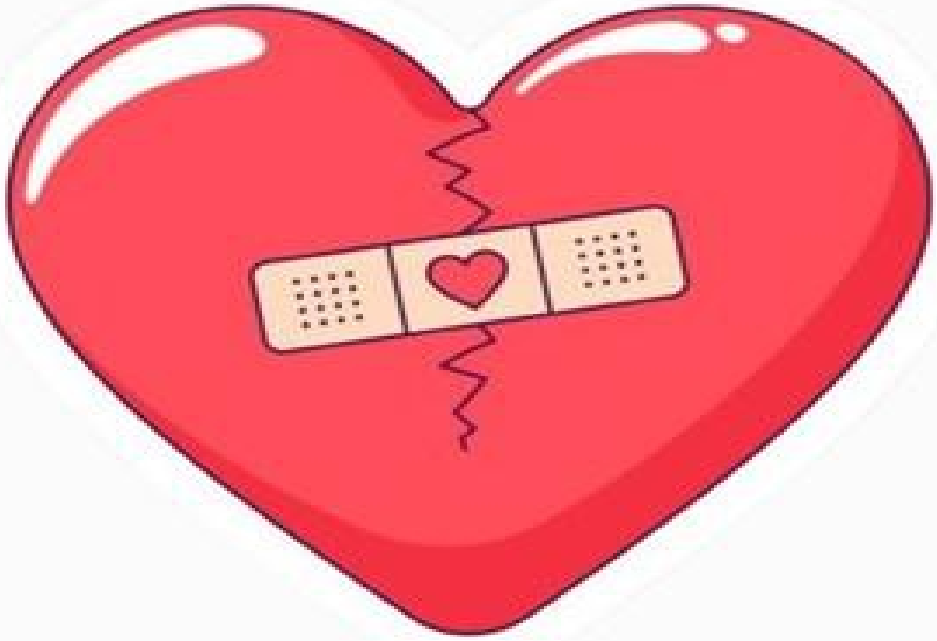
B. E. RAYA

Amores Incondicionales

ANTALOGÍA



AMOR Y TIEMPO

SILENCIOSO DESTINO

AMIGOS NO

Las personas con discapacidad también aman y se enamoran.

B. E. RAYA

Amores Incondicionales

ANTALOGÍA



AMOR Y TIEMPO

SILENCIOSO DESTINO

AMIGOS NO

Las personas con discapacidad
también aman y se enamoran.

NOTA DEL AUTOR

Las personas con discapacidad o algún impedimento físico también aman y se enamoran. Pero la sociedad no comprende sus sentimientos y en muchas ocasiones considera desde prejuicios equivocados que una vida amorosa libre y plena es incompatible con tener una discapacidad.

En estas tres historias encontrarás, emoción, romance, sensualidad y amor incondicional. ¡Descúbrelas!

ÍNDICE

AMOR Y TIEMPO
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO
SILENCIOSO DESTINO
CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
EPÍLOGO
AMIGOS NO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO

Amor y tiempo



B. E. RAYA

AMOR Y TIEMPO

Héctor era un chico de diecinueve años, al cual le gustaba la música, los mangas, el anime, navegar por internet, chatear con sus amigos, le daba flojera la escuela, no comprendía a sus padres y sus padres no lo comprendían a él, amaba la tecnología y trataba de incorporarse a esta nueva era, redes sociales y aplicaciones de móvil eran lo suyo.

Todo era bueno en su pequeño mundo. Hasta que sus padres deciden mudarse a un pueblo abandonado de la mano de dios, que, aunque había tomado algo de auge al ser la sede de una famosa saga de vampiros, no dejaba de ser un pueblo, sin edificios, sin cosas interesantes que hacer, sin sitios sociales a los cuales ir, sin Starbucks, McDonald's o cualquier otro restaurante de comida rápida, era un lugar apartado de la civilización lleno de árboles, lluvia, humedad, frío, más humedad y más frío.

Prácticamente, era como si el infierno se hubiera congelado para él. Odiaba estar ahí, no tenía nada que hacer ahí, no tenía a nadie ahí… al menos eso pensó. Héctor aprenderá que, a pesar de sentirse un chico inteligente, que, aunque es bueno usando el internet… no tiene todas las respuestas. Que nadie las tiene.

PRÓLOGO

Forks, Washington, martes 30 de noviembre de 2010

Héctor Clark entró en el parque sin siquiera ser consciente de que lo hacía, sus pies se movían por inercia, le daba igual hacia donde caminara. No le importaba absolutamente nada en ese momento, ni siquiera tenía fuerzas para quejarse por el frío o la humedad como lo había venido haciendo durante las últimas semanas. Podía escuchar niños corriendo a su alrededor, escuchaba los murmullos de los padres conversando o los gritos llamándoles la atención a sus hijos para que tuvieran cuidado, lo típico que se podía encontrar en un parque público a esa hora. Forks era así, al parecer al único que seguía afectándole tanto el frío era a él.

Héctor caminó sin rumbo, hasta que encontró el árbol. Ese lugar en particular tenía la capacidad de perturbar más aún sus sentimientos. Debería dar la vuelta y correr… pero si su subconsciente lo había llevado ahí…

<<Héctor, el subconsciente es una excusa del ser humano para justificar sus estupideces>>.

A Héctor no le costó trabajo imaginar a Trevor diciéndole esa frase.

Tomando una respiración profunda, recorrió los últimos tres pasos que lo separaban del árbol, sin importarle que el césped estuviera húmedo. Héctor se sentó recargando su espalda contra el tronco. Se estremeció al oír las campanas de la iglesia local anunciando las seis de la tarde. Él no era creyente, ni sus padres lo eran. Héctor consideraba que entre más grande y desarrollada era la ciudad, menos fe existía entre las personas, pero, aun así, ya fuera grande o pequeña, en cada ciudad o pueblo había una iglesia, y distintas religiones, aunque los creyentes disminuían más año con año. La fe de algunos prevalecía.

Hace dos semanas había visto una película religiosa en la televisión, fue una película en blanco y negro, al principio no tuvo la menor idea de que trataba, pero gracias a Trevor se había vuelto fan de las películas clásicas. La película resultó no ser una comedia romántica, sino un pasaje bíblico, la había terminado de ver, simplemente porque no tenía nada más que hacer, estaba en sus cinco minutos de depresión y molesto con el mundo, no quiso ver a nadie, ni hablar con nadie, ni siquiera salir con nadie. Había deseado estar una noche solo y sin hacer nada.

La dichosa película trataba sobre la vida Job[1] y las calamidades que había sufrido. Él no sabía explicar por qué razón la historia de ese hombre le había llamado la atención, era la primera vez que prestaba realmente atención a algún tema religioso. La historia le había parecido sumamente trágica, dramática y un tanto fantasiosa.

Héctor suspiró pesadamente y se recargó contra el tronco del árbol, hizo que su rostro se girara hacia el cielo, estaba atardeciendo nuevamente. Job regresó a su cabeza, recordó que según la historia, en el transcurso de un día Job había recibido varios mensajes, cada uno con la noticia de que su ganado y sus hijos habían muerto. Job había perdido todo. Héctor pensaba que a cualquier persona eso lo hubiera destruido por completo, pero no a Job, ese hombre soportó como los grandes, siguió siendo un fiel devoto, él siguió alabando a Dios. Job perseveró.

¿Cómo podría ser posible? Héctor rio amargamente, tan solo de pensar en eso. Según la historia, la fe de Job fue puesta a prueba y Job venció; su fe fue más fuerte que su odio y su dolor. Y por su fe, Dios recompensó a Job con el doble de lo que tenía antes.

Héctor cerró los ojos tratando de contener las lágrimas, ¿fe? ¿Qué era la fe? Héctor había

buscado en Google esa palabra semanas atrás, y el señor Wikipedia le había contestado que la fe era la seguridad o confianza en una persona, cosa, deidad, opinión, doctrinas o enseñanzas de una religión, y, como tal, se manifiesta por encima de la necesidad de poseer evidencias que demuestren la verdad.

Conceptos, conceptos y conceptos, ¡nadie tenía una respuesta a nada! Solo eran términos generales, opiniones que no aportan nada para comprender realmente lo que era, nada era cierto, justo y certero; ¿existía tan siquiera un Dios?

— ¡Maldita sea!

Gritó frustrado, sintiendo un dolor profundo en el pecho, su estómago estaba revuelto y tenía ganas de vomitar. Abrió los ojos y volvió a mirar al cielo, dirigiéndole su más dura y furiosa mirada a quien estuviera ahí y lo estuviera observando.

>>— ¿Por qué?

Preguntó, su voz era ahogada por el nudo que sentía en la garganta.

>>— ¡Dime por qué!

Volvió a exigir, pero nuevamente no consiguió nada, a excepción tal vez de las miradas incómodas de las personas a su alrededor. Héctor apartó su mirada del cielo, se inclinó para colocar sus codos sobre sus rodillas y recargó su rostro entre las palmas de sus manos, tratando de ahogar sus lágrimas.

Jesús dijo en la cruz antes de morir: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? [2]Según esa película, Job hizo la misma pregunta, pero, aun así, Job conservó su fe. Lo cual debería dejar una significativa lección.

Pero Héctor se preguntaba: ¿qué consiguió Job a cambio de su fe? Pues… Job fue recompensado con hijos de reemplazo, tensión, estrés, dolor, pena, recuperó todo, claro, sin embargo… ¿Valió la pena haber sido un buen sirviente? ¿O habría sido mejor haber maldecido el nombre de Dios desde el principio? Héctor se preguntó por millonésima vez: ¿Dónde estuvo Dios durante todo el sufrimiento y dolor de Job? La respuesta a eso también era muy sencilla: Dios le ganaba una apuesta a Satanás y Job había sido el conejillo de indias. Esto hacía a Héctor preguntarse dónde estaba Dios entre tanta injusticia, desigualdad y crueldad en el mundo. ¿Dónde estaba él ahora?

CAPÍTULO 1

Forks, Washington, 5 de septiembre de 2010

Héctor hizo una mueca al contemplar el legendario letrero “The city of Fork, Welcomes you” “La ciudad de Fork, te da la bienvenida” y como era de esperarse, un par de turistas se habían detenido para tomarse una fotografía.

—Bienvenidos al infierno.

Susurró.

—Héctor.

Dijo su madre con algo de exasperación, y Héctor la ignoró. Ni siquiera la miró, desde que habían salido de Seattle no habían vuelto a mirarse o a hablar, no era necesario, días antes Héctor ya había dicho todo lo que tenía que decir al respecto, pero sus padres jamás lo escucharon. Sus protestas no importaron, habían abandonado la ciudad más espectacular de todos los tiempos y ahora estaba siendo arrastrado a un pueblo de mierda. Le importaba un pepino que tan famoso se había vuelto en los últimos años.

El fanatismo por la saga de libros Crepúsculo, de la escritora Stephenie Meyer y sus respectivas películas, que relatan la historia de una joven mortal, que se enamoraba de un vampiro, había puesto en la escena turística a este pequeño pueblo del norte de Estados Unidos. El primer libro de la saga salió al mercado en el 2005, fue todo un hit inmediatamente la saga fue llevada a la pantalla grande en el 2008. Forks, un pequeño pueblo de Washington, en aquel entonces con 3.120 habitantes y solamente dos semáforos, ubicado en el extremo occidental de la Península Olímpica de Estados Unidos, fue el lugar que *Meyer*[3] utilizó como escenario de sus libros, y que desde entonces se ha transformado en un lugar de peregrinación para los miles de fanáticos de la saga.

Los residentes de esta lluviosa ciudad, cuyas principales industrias fueron la tala de árboles y dos centros penitenciarios, no desaprovecharon la oportunidad de emprender nuevos negocios al ver cómo su pequeño pueblo era invadido por turistas. Por lo tanto, desde entonces a la fecha, la ciudad había crecido considerablemente. Se esperaba el lanzamiento de la tercera película para noviembre de ese año. Y según había leído en internet, cada vez que se acercaba un estreno, el número de turistas arrasaba por mucho los niveles de capacidad de los hoteles y hostales del lugar. Visitar Forks se había convertido en el destino que por lo menos tenías que visitar una vez en tu vida si es que te enamoraste del vampiro Edward Cullen.

Héctor jamás leyó los libros o vio las películas, ese género de películas románticas nunca le gustaron, para él una buena historia de vampiros consistía en dientes, sangre, terror… Pero en esta novela los vampiros eran vegetarianos y buenas personas, era la historia de cenicienta en versión vampiro. Así que consideraba a esa saga como “*historia para chicas*” pero cuando sus padres le informaron que se mudarían a este lugar, Héctor buscó por internet y fue ahí como descubrió él porque Forks era tan famoso ahora, todos los días personas acudían a Forks en busca de los objetos icónicos de la historia. Se toman fotos con la vieja camioneta roja de la protagonista, visitan la cafetería del Forks High School, donde la pareja principal se miró por primera vez, iban al ayuntamiento y a la oficina de policía donde supuestamente trabajaba el papá de la humana, o buscan el tronco cubierto de musgo de la playa en La Push donde el

personaje de Jacob, miembro de la tribu Quileute local, le cuenta por primera vez a Bella que Edward y su familia son "*bebedores de sangre*."

Este pueblo fue puesto en el mapa gracias a la autora del libro y su famosa saga, era fascinante, de verdad, Héctor pensaba que gracias a eso la economía de este pequeño lugar pudo crecer, pero no tanto como a él le gustaría. Por mucho turismo que tuviera, no era Seattle.

Mientras su madre continuaba manejando por las pequeñas calles del pueblo, Héctor contemplaba con desinterés las pequeñas casas rústicas de madera, todas en fila y con jardines enfrente de sus casas, nada comparado con los enormes edificios de su ciudad de origen. Si alguna vez alguien le hubiera dicho que terminaría mudándose a un lugar como ese, lo habría golpeado.

—Héctor.

Llamó a su madre.

>>—Tu padre nos está esperando en la casa, por favor, muestra algo de entusiasmo.

Héctor resopló y giró el rostro hacia su madre, le mostró los dientes.

—Tengo una hermosa sonrisa, ¿no crees?

—Sé que estás molesto, pero por favor, tienes que comprender que esto es importante para tu padre.

Héctor rodó los ojos.

— ¿Es importante?

Arrugó la nariz.

>>—Creo que esto es más un problema de crisis de edad, no sé por qué papá está empecinado en dirigir ese restaurante, debió haberlo vendido.

Dijo molesto. Regresó su vista a la ventana. Cinco meses atrás le llegó una notificación a su padre, informándole que un tío abuelo había muerto. Héctor jamás lo conoció y al parecer su padre tampoco. Por lo que Héctor sabía, su abuelo había estado peleando con su hermano durante años, por esa razón nunca convivieron. Su abuelo había muerto dos años atrás, y su hermano acaba de morir hace pocos meses. El hombre nunca tuvo hijos y no tenía otros parientes, así que el padre de Héctor había sido el heredero del hombre. En su testamento le había dejado una casa en este pueblo, un restaurante pequeño y algo de dinero en el banco. A consideración de Héctor, su padre debió haber vendido todo y guardar las ganancias hasta que encontrara algo productivo en que invertir, pero no. Su padre había venido a Forks a encargarse del funeral de su tío y poco después llamó a casa para anunciarles que tenían que mudarse a Forks.

—Tú sabes que tu padre desde tiempo atrás quería cambiar de empleo, es muy estresante vivir en la ciudad.

—En Seattle hay futuro, aquí no.

Señaló con desdén las casas que dejaban a su paso.

>>—Si quería dejar su trabajo y comenzar un negocio, lo hubiera hecho en Seattle.

Su madre negó con la cabeza con algo de frustración.

—No tienes idea de cuánto dinero se necesita para emprender un negocio en la ciudad; el dinero de la venta de la casa ni siquiera hubiera sido suficiente para comprar un buen local.

—Entonces, por lo menos, me hubieran dejado con Iván, yo jamás me adaptaré aquí.

—Tu hermano acaba de casarse, se merece tener el espacio y el tiempo para hacer que su matrimonio funcione, lidiar con un joven de diecinueve años no es su obligación…

Héctor apretó los labios con furia, y se colocó los audífonos y subió el volumen a la música,

no quería escuchar el resto del discurso, siempre que tenían esta conversación sobre la decisión de su padre de venir aquí, siempre terminaban en el mismo punto al final. Y no quería escuchar de nuevo a su madre decir que era culpa de él mudarse a Forks con ellos por no haber aspirado a entrar en la universidad. Sus padres pensaban que era una estupidez tomarse un año sabático para poder averiguar en realidad qué era lo que deseaba hacer con su vida. La generación de sus padres pensaba que para ser exitosos en la vida se necesita ir a la universidad, trabajar como locos toda la vida, casarse, tener hijos, comprarse una casa, un auto, tener un perro y a los sesenta y cinco jubilarse con una buena pensión. Sus padres seguían viviendo en el siglo pasado.

Muchos tenían éxito sin ir a la universidad, muchos habían logrado sus metas sin un título universitario. A Héctor le gustaba la tecnología, los sistemas computacionales eran su fuerte, en un principio había decidido estudiar eso, pero también le gustaba la fotografía, leer mangas, ver anime. Era medio bueno en ciencias, le encantaba la música, tocaba bien la guitarra, y era muy bueno en los deportes. ¿Cómo una persona podía decidir su carrera cuando le gustaban tantas cosas? Por esa razón había decidido esperar y no hacer trámites a la universidad para decir qué hacer con su vida, pero de haber sabido que terminaría en ese pueblo… Cerró los ojos, ya era tarde para intentar ir a Portland este periodo, y tendría que esforzarse el doble para entrar el siguiente año. Y dado que él no estaría un año completo tomando clases, estaba en desventaja contra aquellos que estaban estudiando y aspiraban a hacer trámites, tendría que estudiar como un loco para recordar muchas cosas, en especial álgebra. La verdad es que jamás se imaginó todo esto, tenía que admitir para sí mismo que pensó que este año sería para descansar de los deberes escolares. Ponerse al día con todos los animes y mangas que tenía pendientes, salir a beber con los amigos, perder su virginidad y encontrar un trabajo de medio turno para poder tener algo de dinero propio y no depender de su mesada…

Ahora estaba en medio de un pueblo frío, lluvioso y rodeado de naturaleza, por lo que sabía que no había un centro comercial aquí, ni siquiera un Starbucks, McDonald’s o un cine. No conocía a nadie, viviría en una vieja casa de madera y para colmo no tendría más remedio que trabajar de mesero en el restaurante de su padre.

—Todo es temporal, hermanito, tienes que dar lo mejor de ti.

Le había dicho su hermano al despedirlos esa mañana con una sonrisa y al lado de su esposa, claro que su hermano quería que viera las cosas positivamente, ya que él no estaba enfrentándose al infierno, tenía su vida resuelta en Seattle, era Héctor el que estaba siendo arrastrado a un pueblo vampírico.

—No puedes mantenerte solo, ¿no es así?

Recordó a su padre decirle esas palabras cuando Héctor quiso oponerse a mudarse, todos estaban en contra de él, no había recibido apoyo de su hermano, ni de sus padres. Al contrario, parecía que estaban disfrutando de su inconformidad, pero Héctor les haría comerse cada una de sus burlas, les demostraría que lo estaban subestimando, soportaría ese infierno por un tiempo, trabajaría como un loco, ahorraría y después se largaría de ese húmedo lugar.

CAPÍTULO 2

Los dedos de Héctor tecleaban rápidamente sobre su móvil, su frustración y odio contra el universo permitían que sus dedos supersónicos teclearon cien palabras por segundo. Estaba decidido a plasmar todos sus sentimientos en 280 caracteres en su cuenta de Twitter. El hashtag del día era #Mividahallegadoasufin. Apenas llevaba dos días en ese pueblo y Héctor ya se estaba ahogando. No podía creer que sus padres le estuvieran haciendo eso. Estaba en medio de la nada.

Este pequeño pueblo era parte de Estados Unidos, pero al mismo tiempo estaba tan apartado de todo lo que se llamara "Siglo veintiuno" que era aterrador, ¿cómo podía vivir la gente de este lugar así? Había restaurantes, lugares pequeños para poder comer comida casera, o un simple café sin marca o una hamburguesa local, nada que él conociera, y no era del todo malo, lo que sí era malo era la monotonía del sitio, durante el lapso de una hora, si pasaban por la calle diez autos, era mucho decir. Por supuesto que Forks ya era un punto turístico y la razón por la que no cambiaba nada en el lugar era para mantener la magia de ser el pueblo de Bella Swan. Mientras Forks estuviera siendo la sede de esa historia, el pueblo se mantendría tal cual para evitar romper la magia.

Podían traer nuevos negocios al lugar, pero se había llegado a un acuerdo con los vecinos y las autoridades locales para conservar la zona tal y como estaba, además muchas de las áreas de esta zona eran reserva natural protegida, por lo tanto, Forks no estaba convirtiéndose en una gran ciudad por el siguiente siglo. El transporte favorito local, eran las dos piernas y si hablábamos de lujo, las bicicletas aquí eran más que los autos, aquí podría utilizar su patineta sin problemas, su madre incluso le dijo que podría irse en ella a hasta el restaurante ¡¿No era fantástico?! Pensó con sarcasmo. La actividad favorita de la mayoría de los hombres aquí era la pesca de salmón y trucha arcoíris, incluso su padre estaba entusiasmado por la idea. Rodó los ojos, su padre era hombre de ciudad, nació y creció en Seattle, pero estaba más que dispuesto a convertirse en hombre de las montañas.

A los dos segundos de publicar su tiut, recibió una llamada.

— ¿Tan mal están las cosas?

Le preguntó Adam, su mejor amigo, al menos hasta ahora, ya que, si Héctor no salía de ese pequeño pueblo, su amigo no tardaría en olvidarlo en la gran ciudad.

—Peor de lo que imaginas.

Héctor se recargó contra el árbol, su madre estaba dentro de la casa, terminando de acomodar las cosas de la mudanza. Héctor no había querido estar ahí para desempaquetar la última caja, sentía que cuando lo hiciera, su infierno sería completamente permanente, era real de todas formas, ya que su padre iba en serio con lo de administrar el restaurante de su tío abuelo, estaban preparando todo para realizar la reinauguración oficial este viernes.

—Deberías volver a intentar hablar con tu hermano y su esposa, no crea que sea mucha molestia si vives con ellos.

—Mi madre dice que solo estorbaría, que la relación de pareja es complicada y que lo que menos necesitan es lidiar con un joven malhumorado.

Héctor sopló delante de su rostro para apartar el cabello que caía por su frente. Ya lo tenía bastante largo, y no le gustaría que tapara sus ojos, pero admitía que no había hecho intento por cortárselo, porque su look tipo coreano con el cabello lacio y bastante largo molestaba a sus padres, por lo tanto, él siempre trataba de ir en contra de todo lo que le dijeran.

—Si hubieras ido a la universidad, no tendrías este problema.

Héctor suspiró. Adam había conseguido una beca deportiva, Héctor, en cambio, no le había entusiasmado tanto seguir estudiando y tenía que admitir que el último año no había estado tan preocupado por ello, no creía en realidad que fuera tan importante, siempre imaginó que eso de las notas era una exageración de los maestros solo para fastidiar.

—Lo que sucede es que mis padres no me comprenden, jamás lo hacen.

—Todos los padres son extraños.

Exclamó su amigo, estando de acuerdo con él.

>>—Mi madre dice que la conversación en la familia es lo que cuenta.

— Con mis padres eso no funciona, jamás escuchan.

Rápidamente, le contó a Adam, como era esta pequeña localidad famosa, la forma en que había turistas jubilados y hombres mayores que tenían largos días de pesca en los ríos colindantes y no se preocupaban por nada. Le contó también cómo era que ahora tendría que moverse caminando, usar bicicleta o patineta porque este lugar era tan pequeño que no se necesitaba un autobús local. Había una parada de autobuses, pero era para los autobuses foráneos que iban desde Forks a las ciudades circundantes. Ni siquiera había un autobús que llevará directamente a Seattle, tendría que trasbordar. La contó también que la casa de su tío abuelo era tan antigua que fácilmente encontraría el cadáver de un dinosaurio, lo que más horrorizó a Adam, fue que le comentó que ahí, no había cines, centros comerciales o lugares de interés.

— ¿Qué pasa con la vida social de ese lugar?

Preguntó Adam horrorizado y divertido, incluso había compasión en su tono de voz.

—Aquí no se necesita.

Las lágrimas comenzaban a agolparse en los ojos de Héctor. Inspiró profundamente, pues no quería que Adam lo oyera llorar. Era un hombre, no un niño de cinco años, por más frustrado que estuviera no se avergonzaría de esa forma.

>>— Además, mis padres van a asegurarse de que no tenga una vida social, ya que tengo un horario como cualquier empleado en el restaurante de mi propio padre.

— ¡No es cierto! ¿Cómo pueden hacer eso?

Murmuró Adam, compasivo.

— ¡Claro que pueden! Tendré que conformarme con ver la diversión desde afuera.

Comentó Héctor con amargura.

—Tienes que pensar positivo, pudo haber sido peor.

— ¿Ah sí?

Reaccionó Héctor.

>>—A mí no se me ocurre nada peor.

—Sigues teniendo las redes sociales, pensaste en comenzar un canal de YouTube hace algunos meses, ¿no? Si lo haces bien y subes buen contenido puedes llegar a ser un gran influencer, estás en un lugar famoso, eso es una ventaja, si te lo propones puedes obtener grandes ingresos por ello.

A Héctor le encantaban las redes sociales, ahí encontraba a personas que pensaban igual que él y lo apoyaban, publicaba todo en Instagram y Twitter. Nunca había tenido la intención hacer videos para YouTube, no sabía cómo se sentiría frente a una cámara, pero ¿sería esa la solución para sus problemas? Él era testigo que muchos de los influencers que seguía no tenían trabajos fijos, solo hacían contenidos para sus canales. ¿Sería posible para él hacer lo mismo? Ahora mismo en su cuenta de YouTube, solo tenía música y agregaba videos que le gustaban, tenía

pocos amigos ahí, ya que solo compartían los videos que deseaban recomendarse mutuamente, en alguna ocasión considero subir videos de sus aventuras por Seattle, sitios de interés, pero ¿y ahora? Ya no estaba en la gran ciudad, y tenía que agregar que la destartalada casa en la que vivía ahora mismo no tenía conexión de wifi fija. Su padre dijo que lo solucionaría, pero seguramente tardaría por lo menos un par de semanas, actualmente Héctor estaba gastando los megas de su compañía de teléfono móvil a gran velocidad, ni siquiera había un ciber café con señal de wifi gratis en este lugar.

Forks era un pueblo pequeño, pero era famoso, tal vez mediante la popularidad del lugar pudiera ser de ayuda para atraer más seguidores. La ira de Héctor se disipó con la misma espontaneidad con la que había aparecido. Ahora tenía una esperanza.

— ¿Héctor, estás ahí?

— Sí, aún estoy en la línea.

Respondió.

>>— Estaba pensando en convertirme al cien por ciento en influencer, no será sencillo.

Ya que la mayoría de los influencers que conocía, siempre mostraban contenido nuevo, novedoso, lugares de interés, sitios de moda… miró alrededor, este pueblucho no tenía mucho que ofrecer. ¿Cómo podría competir con eso?

— Tal vez puedas hacer videos sobre "*aprendiendo a pescar al estilo vampiro*"

Comentó Adam riendo.

— ¿Pesca?

Héctor hizo una mueca.

>>—No creo que ese sería un buen tema, ya que eso es solo práctica de señores antiguos y nuestra nueva generación no le interesa.

Héctor tuvo deseos de reír, aunque la situación no era graciosa en absoluto. Creía que nunca más volvería a encontrar algo divertido en la vida.

—Por supuesto que a tu generación no les interesa.

Comentó una voz detrás de Héctor, giró la cabeza para ver por encima de su hombro, casi se cae del susto al ver a un hombre sentado a pocos metros de él, estaba al otro lado de la cerca de arbustos, aquí las casas estaban divididas por pequeños matorrales, no había privacidad de los vecinos.

>>—Su generación piensa que "*pescar*" es ir al supermercado y sacar el pez congelado de la nevera.

Si algo le llamó de inmediato la atención del desconocido, era su extrema delgadez. Llevaba unos pantalones de chándal y un abrigo de lana, este lugar era muy frío, pero al menos ese día en particular no estaba lloviendo. El cabello castaño era muy claro, su piel era pálida, y sus ojos azules. Sin embargo, no fue el peculiar tono intenso de los ojos lo que le llamó la atención, sino el modo en que lo miró. Por una décima de segundo, tuvo la sensación de que aquella mirada era capaz de penetrar el alma. Tuvo que esforzarse por romper el contacto visual.

—Te llamaré luego, Adam.

Terminó la llamada y se puso de pie.

>>—Señor, debería aprender que es grosero escuchar las conversaciones ajenas.

Él seguía mirándolo fijamente.

— ¿Ajenas?

Preguntó por fin.

>>—Si todo el barrio podía escuchar tus quejas.

Héctor miró hacia todos lados, pero no vio a nadie más.

—Lo que sucede es que a las personas de este pueblo les fascina meterse en donde no los llaman.

El desconocido se encogió de hombros y dio un sorbo despreocupado a su taza, podría estar bebiendo café o té.

—Es el encanto que tiene el lugar, Héctor.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

—Tus padres vinieron a presentarse anoche.

Comentó el desconocido.

>>—Soy Trevor, mi compañero de vivienda se llama Lander, es el médico local, puede pasar días sin que lo veas rondando por aquí.

— ¿Son una pareja gay?

Habría deseado morderse la lengua, no había tenido intenciones de preguntar eso.

>>— Oh… lo siento, fue una pregunta estúpida.

La verdad es que estaba algo interesado en el tema, ya que a él…

—No te preocupes, estoy acostumbrado a esa pregunta.

Contestó.

—Dos hombres de treinta años, ambos en la misma casa, sin novias que demuestren lo contrario, es lógico pensar que ambos nos damos duro contra el muro.

Héctor se movió con nerviosismo. Por alguna razón, sintió vergüenza al pensar en dos hombres… como lo temía. La solo idea provocaba algo en él, todas sus dudas sobre sus preferencias en el último año estaban poco a poco aclarándose.

—Creo que debo irme… Tengo cosas que hacer.

Dijo Héctor, mirando hacia su casa.

—Oh, sí, tu canal de *yoto*.

—Es YouTube.

—Da lo mismo.

Dijo Trevor.

>>—Es una plataforma inútil donde gente sin nada productivo que hacer frecuenta demasiado.

Acentuó la palabra con sarcasmo.

>>—No debe ser muy difícil crear videos para embobar a las personas y que se olviden de sus obligaciones.

Héctor alzó la mirada.

— ¿Quién crees que eres para juzgarme?

Trevor sonrió y su cara delgada se transformó. En sus ojos brilló un destello de picardía.

— No soy nadie.

Trevor hizo una mueca.

>>—Solo soy un espectador que mira a su alrededor y ve cómo los jóvenes de hoy en día, los cuales tienen todo el tiempo del mundo y un montón de oportunidades, desperdician su vida en estupideces.

— Trabajar en internet no es malo.

Se defendió. Él se encogió de hombros, como si le hubiera dado igual una cosa o la otra.

— Yo no dije que lo fuera.

Replicó con sorna.

>>—Son ustedes los jóvenes que le dan mal uso a esas plataformas.

— Es un comentario muy ruin.

Gruñó Héctor.

— A menudo la verdad es ruin.

Dijo.

>>—Son las lecciones que da la vida, pero ustedes los jóvenes piensan que todo tiene que ser miel sobre hojuelas o se sienten estafados.

Un cóctel de emociones se anudó en su estómago. Estaba furioso por la actitud de este hombre, avergonzado y humillado. ¿Quién se creía para darle una lección? Quería contestarle, quería gritarle, pero ya se temía que su madre le diera una lección por pelearse con el vecino.

— Será mejor que me vaya a ayudar con la mudanza.

Dijo dándole la espalda al hombre y dirigiéndose a su casa, en la cocina se encontró con su madre acomodando unos platos.

— ¿Qué sucede?

Preguntó su madre. Ella lo conocía muy bien y siempre adivinaba cuando algo le sucedía o en este caso, le molestaba, ya que últimamente parecía ser su mal estado de ánimo era permanente.

—Conocí a uno de los vecinos.

Dijo Héctor asomándose por la ventana de la cocina. Trevor seguía ahí, en el jardín, se había recostado sobre la silla, su cabeza estaba recargada contra el respaldo y miraba al cielo, parecía cómodo y cansado. Su madre se reunió con él en la ventana.

—Trevor.

Comentó su madre.

>>—Tan bien lo conocimos, pero al parecer no es muy sociable, Lander es un poco más agradable.

—Solo estuve con él un segundo y no fue complicado darme cuenta de que es un amargado.

Héctor arrugó la nariz.

—Creo que si tuvieras la enfermedad que él tiene, también estarías de mal humor.

Comentó su madre, regresando hacia los estantes para seguir desempacando platos.

— ¿Está enfermo?

Preguntó asombrado, aunque no debería estarlo, después de todo vio lo flaco y pálido que estaba.

—Eso es lo que estaba comentando con tu padre ayer.

Explicó su madre.

>>—Uno de los meseros le contó que Trevor tenía una enfermedad cardiaca o algo así.

— Por eso se ve tan cansado.

Dijo Héctor.

>>—Si tiene problemas cardíacos, ¿no es posible un trasplante o algo así?

Su madre meneó la cabeza.

— No tengo idea de si eso es posible.

Su madre sonrió con amargura.

>>—Tengo entendido que Trevor vivía en Los Ángeles, hace un par de años dejó todo y se vino para acá, no quería complicarle la vida a nadie, dicen que tal vez vino a Forks a morir, el doctor Lander es su mejor amigo y había sido asignado a esta localidad un año antes.

Héctor no hizo más preguntas, pues, en realidad, no deseaba conocer las respuestas. Si bien no era la persona más agradable que había conocido, tampoco quería pensar en lo que tenía que

enfrentar.

CAPÍTULO 3

Héctor estaba muy nervioso, se limpió las manos en el delantal y pensó, por milésima vez, que estaba en el infierno, no podía creer que sus padres le estuvieran haciendo esto. En estos días tuvo la ligera esperanza de que ellos cambiaran de opinión y que en cualquier momento de la semana le dijeran “Sorpresa, era una broma”. Tontamente, pensó que ellos le dirían en último momento que simplemente quisieron darle una lección y que no lo obligarían a trabajar en el restaurante como un empleado más, y que lo regresarían inmediatamente a Seattle con su hermano. Esa esperanza se hizo más y más alta, cuando esa mañana vio llegar a su hermano y a su cuñada al pueblo, pero sus anhelos se incendiaron delante de sus ojos cuando Iván anunció que estaban ahí solo para la reinauguración y porque su esposa quería tomarse algunas fotos en los lugares de interés, ya que era una fanática de la serie de vampiros.

Y para hacer más profunda su humillación, todo Forks pareció reunirse en el pequeño local, y para rematar, su madre no tenía ningún reparo en presentarlo como su hijo a cualquiera que se acercara. Y esa gente loca, en lugar de hacer razonar a su madre sobre lo inapropiado que era tenerlo trabajando ahí de mesero, siendo hijo del dueño, parecían alegrarse y alabarlo por ayudar a su familia.

—Un pinot.

Pidió Héctor en la barra, tenía que reconocer que su padre había sido muy inteligente al momento de rediseñar este lugar. El local estaba dividido en dos zonas, el restaurante y el bar. No era un local de cinco estrellas, pero a las personas parecía gustarles.

—Escuchar tu palabra, por favor, de vez en cuando, sería agradable.

Héctor se tensó y alzó la vista justo para ver acercarse a Kendal cargando una pila de vasos. <<Mierda>> se había olvidado que ese hombre era el encargado del bar. << ¿Por qué los dioses de las humillaciones tienen que ser tan injustos?>>. Tratar de llevarse bien con los empleados del restaurante no resultó ser sencillo, ellos lo odiaban por ser el hijo del dueño, aunque tal vez Héctor debía reconocer que cuando su padre les presentó a las personas que trabajan aquí junto con él, no se portó de la mejor manera, había estado molesto. Si bien es cierto que ya sabía que su padre lo pondría a trabajar de mesero, no le gustó para nada enterarse de que una completa desconocida originaria de este pueblucho sería la gerente y la responsable cuando su padre no estuviera. ¡Era injusto! Él era su hijo. Tal vez solo tuviera diecinueve años, pero merecía ser tratado como lo que era: el hijo del dueño. Sus padres estaban siendo demasiado injustos. Había sentido una atracción infalible hacia Kendal cuando lo vio la primera vez, es que simplemente era impresionante… alto, moreno, espectacular cuerpo, cabello negro, ojos oscuros… mientras se cambiaban con el uniforme unas horas antes, había alcanzado a ver un par de líneas oscuras que sobresalían por su pecho y el cuello de su camisa, se había quedado embobado tratando de adivinar qué clase de tatuaje podría tener en el pecho. No reaccionó hasta que Kendal abotonó por completo el cuello de su camisa. El hombre, por supuesto, había notado la mirada de Héctor y le había sonreído con una ceja arqueada; a Héctor no le había quedado más remedio que girarse avergonzado.

—La mesa cinco está esperando.

Le dijo a Kendal, pero el hombre simplemente lo miró fijamente. Héctor suspiró derrotado, ese hombre no iba a rendirse.

>>—Un pinot, por favor.

Kendal le sonrió y asintió con la cabeza con satisfacción, se giró hacia el estante para buscar una copa. Héctor no pudo contener el impulso de mirar el movimiento de los potentes músculos de sus brazos. Este tipo podría no ser agradable y podría haberlo humillado delante de los otros compañeros al llamarlo niño mimado, pero tenía que reconocer que el tipo era apuesto, según había podido averiguar. Tenía veinticinco años, era originario de este lugar y tenía un taller mecánico, estaba trabajando de barman como un favor a un amigo que se había fracturado una pierna y no quería perder este empleo; por esa razón, Kendal se había ofrecido a cubrir su puesto por un par de semanas.

Para ser sinceros, Héctor no había conocido muchos tipos apuestos en este pueblo… tal vez al doctor Lander. Todavía se le caía la baba al recordar al hombre; era apuesto, tenía el cabello castaño y unos ojos color miel preciosos, y era tan agradable, no como su compañero de vivienda. El doctor Lander había ido a casa a llevarle a su madre unas galletas de bienvenida. Era una lástima que el hombre no anduviera en casa muy seguido, al que sí veía con más frecuencia descansando en el jardín o en el porche cuando estaba lloviznando, era a Trevor, pero ni en su sano juicio iría a entablar una nueva conversación con él. Regresando su mente al presente, se quedó contemplando la espalda de Kendal mientras trabajaba. Con movimientos firmes y seguros preparó su bebida. Parecía tener mucha confianza en sí mismo. Se volvió y colocó la copa frente a él.

— Gracias.

Susurró. Él le sonrió.

—Te das cuenta de que no cuesta nada ser agradable.

Comentó Kendal, pero Héctor no le dio respuesta, colocó la copa sobre su bandeja y se marchó para seguir con su trabajo. A las diez de la noche se pudo tomar un descanso, decidió que necesitaba un poco de aire fresco, así que, dejando el mandil en la cocina, tomó su chaqueta y salió del local por la puerta de atrás, esperaba que, con el paso de los días, las personas perdieran interés por la novedad y el local no se llenara tanto de personas, aunque las propinas que estaba recibiendo eran bastante buenas.

—Debe ser difícil para ti todo esto.

Escuchó una voz a su izquierda, apretó los dientes al ver a Kendal sentado sobre una caja de almacén. Fue una afirmación, no una pregunta.

—Sobreviviré.

Héctor sonrió. Kendal sonrió.

—Debo admitir que llegué a pensar que no sobrevivirías a tu primer día.

Kendal sonrió.

>>—Pensé que, a mitad de la jornada, harías un berrinche.

Kendal se encogió de hombros.

—Jamás humillaría a mis padres de esa manera.

Héctor trató de no sentirse ofendido, aunque precisamente lo que más deseaba era gritarle a ese hombre y a los demás que eran unos idiotas les estaba gustando demasiado burlarse de él a sus espaldas. Después de todo, era un chico de ciudad en medio de la nada. Ahora estaba experimentando el bullying a la inversa, ya que los citadinos acostumbraban a burlarse de los nuevos pueblerinos en las grandes ciudades.

—Tal vez no lo hagas delante de tantas personas.

Comentó Kendal.

>>—Pero tampoco es correcto que delante de todos sus empleados lo mires como si fuera tu

enemigo.

Tal vez era el hecho de que estaba cansado, por esa razón no se enfureció y no comenzó a gritarle a ese hombre.

—Ellos no debieron obligarme a venir a Forks.

Dijo, ganando cada vez más confianza. La mirada de él delataba que estaba impresionado. Héctor decidió hacer un nuevo avance.

>>—Y seguramente me dirás que este es un gran lugar, pero no puedes opinar ya que jamás has vivido en un lugar como Seattle, este pueblo es el final de la cadena alimenticia, yo no encajo aquí.

— Claro.

Kendal alzó su botella de agua para darle un trago, lo hizo sin apartar la mirada de Héctor, habló cuando volvió a bajar la botella.

>>—Es difícil adaptarse a un nuevo lugar, solo necesitas tiempo, aunque si te soy sincero, yo no lo logré.

Rio.

— ¿Qué quieres decir?

—Yo obtuve una beca deportiva para ir a la universidad de Stanford.

Kendal sonrió con nostalgia.

>>—Pero solo estuve unos pocos meses allá cuando me di cuenta de que no era lo que yo deseaba.

Esa declaración lo sorprendió.

— ¿Abandonaste la universidad?

—Sí, lo mío es la mecánica, con un poco de esfuerzo y un poco de ayuda, hace tres años logré abrir mi taller.

—Claro, me olvidaba que estabas aquí solo como un favor a un amigo.

—Qué rápido viajan las noticias.

Señaló con la cabeza el restaurante.

>>—Edgar estaba preocupado por quedarse sin empleo, después de todo está planeando proponerle a su novia matrimonio, estoy contento de ayudar, sé que si me encontrara en la misma situación él me ayudaría.

— ¿Tienes novia?

Preguntó e incluso antes de detenerse a considerar la pregunta, se avergonzó.

>>—Lo siento, no es necesario que contestes, es algo que no me incumbe.

—Tienes razón, no te incumbe.

Comentó Kendal, poniéndose de pie, y le obsequió una amplia sonrisa.

>>—Pero no tengo novia, dudo que algún día tenga una.

Kendal lo miró de arriba abajo, su mirada fue tan intensa y tan insinuante que, aunque Héctor fuera un virgen inexperto, no le quedó la menor duda de que esa declaración sobre que jamás tendría una novia era porque las mujeres no le llamaban tanto la atención. Héctor no supo qué contestar, tragó saliva mientras veía a Kendal volver al restaurante. ¿Sería cierto? ¿O lo estaba imaginando? Tal vez Kendal solo estaba bromeando con él y lo que menos quería Héctor era ponerse en evidencia sobre sus preferencias. No era como si en este pueblo hubiera muchas parejas del mismo sexo, no había conocido a ninguna, aquí la gente era mucho más recatada y puritana. Era mejor para él no arriesgarse, sus padres lo odiarían si los avergonzaba de esa manera.

Recomponiéndose, regresó a terminar su turno mientras atendía a un cliente y a otro. Pudo conversar un poco más con Kendal mientras él preparaba sus bebidas, dejando el tema de lado sobre las novias y sobre esa mirada que le dirigió momentos antes. Héctor se enteró de que Kendal ayudaba a sus padres y a su hermana, que era madre soltera. También se enteró de que le gustaban las motos, aunque Héctor no era muy versado en el tema. Él ni siquiera tenía auto y, aunque sabía conducir, su madre muy en raras ocasiones le prestaba el coche en Seattle, aunque aquí ya había podido utilizarlo un poco más. Según su madre, aquí no era tan peligroso conducir.

Estaba de buen humor cuando llegó a casa alrededor de las once de la noche, sus padres se habían quedado en el local, aunque la zona de restaurante estaba cerrada, el bar seguía recibiendo clientes, así que sus padres decidieron quedarse y Héctor no era necesario, aunque le habría gustado seguir conversando con Kendal, no creía que fuera correcto estar interrumpiendo en su trabajo, tal vez podría ir a visitarlo a su taller en la semana.

Todo estaba resultando bien, hasta que, al subir las escalinatas del porche de su casa, al otro lado de la baranda, vio a su vecino Trevor, sentado en el columpio, sumido en el silencio y la oscuridad, si no fuera por la tenue luz de la lámpara de la calle, no lo hubiera visto.

— ¿Qué tal el trabajo?

Le preguntó, en voz baja. Héctor estuvo tentado en ignorarlo y entrar en su casa. Pero el cambio de idea, lo menos que deseaba, era estar en una completa guerra con el vecino; además, no deseaba que Trevor hablara mal de él al doctor Lander.

—Mis padres están muy satisfechos con el resultado.

Explicó.

—Me alegro por ellos.

Le sonrió con simpatía.

>>—Pero te pregunté cómo te había ido a ti.

Insistió Trevor.

—Obtuve buenas propinas.

Héctor se encogió de hombros, buscando la llave de su casa en el bolsillo.

—Si trabajas duro, creo que te irá mejor de mesero que de youtubero.

Comentó Trevor, poniéndose de pie y acercándose más al barandal que dividía ambas casas.

— ¿En serio?

Héctor estuvo tentado a mandarlo a la mierda. Pero no quería darle el gusto de ver cómo lograba siempre fastidiarlo.

—Sí, estuve averiguando por internet, y resulta ser que hacer vídeos para esa plataforma no es bastante rentable, ya que no hay un ingreso fijo, solo ganas centavos por los comerciales que puedas incluir, bastante complicado, la verdad.

Héctor rio algo molesto.

— ¿Estuviste investigando?

Héctor apretó el pomo de la puerta con su mano.

>>— ¿Acaso te quieres volver también influencer?

Trevor se encogió de hombros y frunció la boca.

—Mi tratamiento médico no es barato.

Comentó como si estuviera hablando del clima.

>>—Imaginarlo, un canal de un enfermo terminal.

Trevor se rió.

>>—Podría llamarlo “Morir con dignidad, hágalo usted mismo”

Dijo con sarcasmo y comillas en el aire. Héctor se molestó, se apartó de su puerta y se acercó molesto hacia el balcón de la casa de Trevor.

— ¿Acaso crees que es divertido?

— ¿No lo es?

Preguntó Trevor con una sonrisa.

>>—Si otros hacen canales sobre belleza, sobre comida, sobre arte, ¿por qué no puedo yo contar al mundo sobre una enfermedad que mata?

Por un instante, solo por un instante, Héctor vio dolor en los ojos de Trevor, rápidamente el hombre lo enmascaró con su dura y sarcástica mirada. Entonces su ira se disipó y recordó sus palabras… un canal de un enfermo terminal.

— ¿De qué estás enfermo?

Nunca se había planteado el hecho de tocar ese tema con Trevor o preguntar al respecto, ni siquiera tuvo la tentación de cuestionar al doctor Lander sobre ello. Su madre le había dicho que Trevor estaba enfermo, pero no a tal grado de ser tan grave… la verdad es que no había pensado mucho sobre eso. Trevor le había caído mal, así que no se había interesado en averiguar más.

— ¿Acaso no lo sabes? Es el tema favorito de todos los vecinos.

Héctor frunció los labios.

—Bueno, pues da la casualidad que no soy muy sociable con los vecinos, mi madre dice que es una afección cardiaca.

Trevor se rió y negó con la cabeza.

—Ojalá fuera así de sencillo.

Trevor dio dos pasos hacia atrás y volvió a tomar asiento en el columpio acojinado.

>>—Es tarde, debes estar cansado, no quiero entretenerte.

—Apenas son las once.

Comentó Héctor, recargándose contra la madera para poder ver mirar de frente a Trevor. De repente, el hombre ya no le parecía tan malo como en un principio, por lo menos en ese momento ya no estaba tan a la defensiva. Aunque un no contestaba su pregunta sobre su enfermedad, ¿debería insistir?

— ¿No te lo han dicho?

Trevor le sonrió.

>>—Para este lugar, a las nueve de la noche ya todo el mundo está en la cama.

— ¿Acaso estás cansado?

Preguntó con sarcasmo.

—En absoluto, necesito compañía. Hasta la tuya me vendría bien.

Héctor debería sentirse ofendido, pero no fue así. Sonrió.

— ¿Dónde está el doctor Lander?

—Una emergencia de última hora, no debe de tardar.

—Ya veo.

Héctor trepó sobre la baranda de madera; la zona era ancha, era suficientemente ancho para que se sentara ahí y se recargara contra la otra viga.

>>—Debes estar muy desesperado por sentir la necesidad de hablar conmigo.

—Creo que molestarte es un poco divertido.

Experimentó una repentina irritación.

— ¿Qué pasa? ¿No tienes amigos?

Trevor se rió y apartó un mechón de pelo de sus ojos. El gesto atrajo la mirada de Héctor a

sus manos y brazos. Eran tan delgados, que parecían piel y hueso; las venas de las manos se marcaban claramente en su piel pálida. La irritación de Héctor desapareció al ver la enfermedad. Habría apostado su mensualidad entera a que, debajo del conjunto deportivo de algodón que llevaba puesto y esa enorme sudadera de lana, el resto de su cuerpo estaría igualmente arruinado.

— La mayoría de mis amigos viven en Los Ángeles. Y a diferencia de los tuyos, no son muy amantes de las videollamadas o los mensajes de texto.

—Es bueno que te enteres de que yo solo tengo un amigo en Seattle.

Refunfuñó Héctor, despidiéndose de su compasión.

—En serio, ¿entonces para qué tener redes sociales? ¿Cuántos amigos tienes ahí?

Héctor cerró la boca. Moribundo o no, era un idiota. Si tenía o no razón, era tema aparte. Tenía miles de amigos en Facebook, Twitter, Instagram, pero era verdad que no conocía al 90 % de esas personas, pero ese era el chiste de las redes sociales, entre más personas mejor. Todos lo hacían.

—Compartir tus fotos y tus pensamientos en las redes sociales no es malo.

—No dije que lo fuera.

Dijo Trevor con la mirada algo cansada.

>>—Pero ¿a cuántas de esas personas les importa en verdad?

—Entiendo lo que dices, pero es agradable que a muchas personas les guste lo que piensas o las fotos que publicas.

— ¿Crees que porque le den un "me gusta" a tus publicaciones, les importa lo que haces?

—En los últimos años, las redes sociales se han convertido en uno de los instrumentos más importantes para comunicarse y para hacer amigos, pero también en uno de los principales medios para difundir información a nivel mundial.

Contestó Héctor a la defensiva.

—Pero, ¿qué sucede cuando estas mismas redes nos muestran fotografías de personas poniendo en sus perfiles fotos apuntándose con armas de fuego? ¿O simplemente mostrándolas? ¿Qué piensan las personas que los tienen agregados como amigos? ¿Les parece "normal" acaso? Asimismo, también hemos visto en los últimos meses cómo jóvenes han anunciado su muerte y estas, en la mayoría de las ocasiones, han sido cumplidas. Y nadie hizo nada por evitarlo, nunca nadie vio que algo andaba mal. ¿Dónde estaban esos millones de seguidores?

— ¿En serio quieres tener una conversación sobre el mal uso de las redes sociales?

Preguntó Héctor, cansado.

>>—No soy estúpido, sé que muchos usan el internet para nada productivo, pero no todos somos iguales.

Se defendió, molesto. Trevor estaba incomodándolo.

—Claro que no son iguales, unos son más estúpidos que otros, sigue mi consejo, intenta ir contra la corriente.

Comentó Trevor tosiendo un poco.

>>—Hoy en día, los de tu generación están acostumbrados a seguir a las masas simplemente porque los demás así lo hacen.

— ¿Mi generación?

Héctor rodó los ojos.

>>—Me dijeron que tenías treinta, pero hablas como un anciano.

—Me veo cómo me siento.

Comentó Trevor medio sonriendo. Durante la siguiente hora siguieron conversando, sobre la

diferencia entre la música de antes y la moderna, la literatura, el arte, entre muchos otros temas, siempre marcando una diferencia entre el antes y el ahora. Cada uno tenía su postura y cada uno la defendía.

— Albert Einstein dijo: “Temo el día en que la tecnología sobrepase a nuestra humanidad; entonces el mundo solo tendrá una generación de idiotas”

Comentó Trevor solemnemente.

>>—Su predicción se ha cumplido, hoy en día ya no hay conversaciones cara a cara, todo es a través de un aparato.

—Sé que tienes razón.

Dijo Héctor, algo medio cansado, pero no quería moverse, ya era tarde, pero le estaba gustando tener esta conversación con Trevor.

—Claro que la tengo, hoy en día puede estar una familia en la misma casa, pero el hijo prefiere mandarle un mensaje a la madre diciéndole que tiene hambre en lugar de ir a buscarla a la cocina y asaltar el tarro de galletas.

Héctor se rió.

—Hoy en día las madres ya no hacen tarros de galletas.

Al menos su mamá no lo hacía, mucho menos ahora que estaba aquí para ayudar a su padre a trabajar en el restaurante. En ese momento, las luces de un auto lo cegaron; el vehículo se estacionó justo enfrente de la casa de Trevor.

— ¿Qué hacen ustedes dos?

Preguntó el doctor Lander saliendo del auto.

—Conversando sobre la generación de idiotas de hoy en día.

Explicó Trevor sin moverse de su lugar.

—Espero que no estés siendo grosero con el vecino, Trevor.

Reprendió el doctor Lander subiendo los escalones del porche. Héctor intentó no reír al ver la cara de Trevor.

—Yo jamás haría eso.

Trevor se encogió de hombros.

—Ya me estoy acostumbrando a su encantadora personalidad.

Dijo Héctor con una sonrisa. No podía apartar la vista del doctor Lander, él era un hombre apuesto, sin duda.

—Eso es toda una hazaña, Héctor, yo tengo varios años viviendo con él y no me he acostumbrado.

El doctor Lander se acercó a ellos y colocó una mano en la frente de Trevor, en un gesto obvio para comprobar su temperatura.

—Oye, papá Lander, estoy bien.

Trevor, molesto, empujó la mano del médico, parecía avergonzado de que hiciera eso delante de Héctor.

—Ya está fresco aquí afuera, anoche tenías temperatura, no deberías estar fuera de la casa.

—Sabes que me asfixia estar encerrado.

—Trevor, deja de comportarte como un niño, sabes muy bien que…

— ¡Ya, ya, ya!

Trevor se levantó molesto del columpio.

>>—No quiero escuchar tus sermones, Lander.

Trevor los ignoró y se dirigió hacia la casa, ni siquiera fue bueno para decir buenas noches.

¿Y a él lo acusaba de no tener educación?

—Lamento eso.

Dijo el Doctor Lander con una sonrisa de disculpa.

—No hay problema.

Trevor se bajó del barandal con un salto.

>>—Yo lo siento, estuvimos platicando mucho tiempo, no tenía idea de que estar acá fuera podría hacerle daño.

Durante su hora de conversación, Héctor lo había notado muy animado, si había tosido un par de veces, pero nada que no resultara común.

—Me da gusto que conversé contigo, Trevor no es muy sociable, pero para la siguiente ocasión, háganlo dentro de la casa. Trevor es muy imprudente en ocasiones, es negligente consigo mismo.

— ¿Qué es lo que tiene?

Preguntó.

>>—Mi madre dice que es una afección cardiaca.

—Creo que es algo más complicado que eso.

Dijo el doctor Lander, yendo hacia la puerta.

>>—Pero creo que es decisión de Trevor si te cuenta sobre ello, ¿no crees?

—Tiene razón, descanse, doctor Lander.

Héctor también se dirigió hacia su casa.

—Buenas noches.

Dijo al doctor antes de entrar. Mientras se dirigía a su habitación, pensó en las palabras del médico, ¿más complicado que un problema cardiaco? ¿Cáncer tal vez?

<<Un canal de un enfermo terminal>>.

¿Quería decir eso que Trevor morirá? Se estremeció solo de pensarlo. Héctor sintió un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 4

Héctor tenía que apresurarse para ir a trabajar, pero su madre insistió en que terminara de desempacar las cajas que estaban en su habitación, así que era oficial, Héctor había acomodado su último cómic en el estante, oficialmente vivía en esa casa, adiós a su sueño de volver a Seattle pronto. Lo único que le quedaba por hacer era llevar las cajas al garaje y después correr al restaurante y seguir con su condena de servir mesas.

—Tu madre dice que eres malo en cálculo.

Escuchó la voz de Trevor. Héctor dejó las cajas y salió del garaje, lo encontró recargado contra el marco de madera del porche.

— ¿Dejaremos mi pasión por las redes sociales y ahora me harás sentir mal por mis notas?

—En el examen de la universidad, el cálculo tiene el valor del 30 % del examen, necesitas una buena nota si aspiras a entrar en el siguiente periodo.

—Eso ya lo sé.

Héctor cerró el garaje molesto.

>>— ¿A qué hora tienes tiempo de conversar con mi madre?

—A ella le gusta trabajar en su jardín muy temprano, está dispuesta a convertirlo en el jardín más hermoso de todo el barrio.

Héctor frunció los labios.

—En nuestro departamento en Seattle ni siquiera teníamos una planta, este lugar la está afectando.

—Conoces a tus padres desde hace diecinueve años, en teoría, conscientemente unos diez, tal vez, ya que eres más joven, no tienes la conciencia para comprender, ¿cuántos años tienen tus padres? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? No los conoces en verdad, a lo mejor mientras vivían en Seattle tuvieron que adaptarse a sus circunstancias ahí, pero ¿conoces sus gustos? ¿Sus intereses? ¿Cuáles son las cosas que les apasionan?

Héctor rodó los ojos, se acercó al porche de la casa de Trevor.

— ¿Por qué siempre te las arreglas para darme un sermón?

Lo acusó.

—Porque es divertido molestarte.

Trevor se cruzó de brazos. Héctor rio.

— ¿Por qué me preguntaste sobre mis habilidades en cálculo?

—No me diste tiempo para preguntarte cómo te iba en ciencias e inglés, la universidad a la que quieres aspirar es muy exigente.

— ¿Cómo sabes que…?

Rodó los ojos.

>>—Olvídalo.

Su madre era capaz de publicar la vida de sus hijos en los periódicos de ser necesario.

>>—Estaba tomándome un año sabático para averiguar qué es en realidad a lo que quiero dedicarme; la universidad es solo un plan.

Trevor enarcó una ceja.

—Lo del año sabático es…

— ¡No lo digas! O te juro que te voy a golpear.

Advirtió. Héctor hablaba en serio, al parecer la palabra favorita de Trevor alrededor de él era.

“Estúpido”. No le pasó desapercibido como Trevor estaba intentando no reír.

—En la universidad de Portland no solo buscan potencial académico. Quieren saber qué puedes agregar a la comunidad.

Explicó Trevor, y Héctor enarcó una ceja.

—Ya te dije que no había decidido nada todavía.

Confirmó él.

>>—Tengo tiempo, las solicitudes se entregan hasta noviembre.

—Tienes que estudiar.

Héctor entrecerró los ojos.

—Aún tengo tiempo para estudiar.

— ¿Eso crees?

Dijo Trevor con sarcasmo.

>>—Si piensas que una repasada rápida de último momento a todos tus años de escuela ayudará a que pases el examen, te llevarás una dura decepción.

Héctor no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Quién era él? ¿El alumno ejemplar?

— ¡Eres don perfecto!

Refunfuñó Héctor.

>>—Ahora me dirás que cuando estabas estudiando jamás hiciste un repaso de último minuto.

Trevor resopló.

— Por supuesto que lo hice.

Contestó él.

>>—Era joven, tonto y flojo en ocasiones, hice trampas en mis tareas y no me importaban tanto los exámenes. ¿Y sabes qué? Ahora estoy arrepentido. Es una de las pocas cosas que lamento.

El comentario lo dejó helado.

— ¿Por qué?

— Porque lo más fácil no siempre es lo mejor.

Respondió con franqueza.

>>— Aprendes a enfrentar las cosas duras de la vida cuando estás en una situación como la mía.

Héctor no supo qué contestar y lo miró con detenimiento.

—Mi madre dice que tienes una afección cardiaca, el doctor Lander dice que es algo más que eso, pero en realidad no sé qué es lo que tienes.

Trevor suspiró y le dirigió una sonrisa extraña.

—Eres más terco que una mula, no dejarás de preguntar, ¿cierto?

Héctor se encogió de hombros.

—Es normal que tenga curiosidad, además tú te entrometes en mis cosas todo el tiempo, es justo que quiera saber cosas de ti.

Trevor negó con la cabeza.

—Cuando era un niño me diagnosticaron *mieloma múltiple*[4], luché contra la enfermedad y en ese momento pude haberle ganado una batalla, pero jamás me abandonó del todo. Cuando entré a la universidad, el maldito mal me atacó con todas sus fuerzas, ahora está dañando mi sistema inmunológico, mi recuento de glóbulos rojos y poco a poco afectos a cada uno de mis órganos, soy una bomba de tiempo.

Trevor lo miró profundamente, ya temía que la enfermedad de él fuera grave, pero esto…

—Lo siento.

Susurró ya que no sabía qué decir. ¿Qué se puede decir a alguien que pronto va a morir?

—Tranquilo, niño, no espero que me entiendas, sé que esta enfermedad me va a ganar la guerra, pero antes de eso, dedicaré toda mi fuerza a lograr un imposible.

Héctor enarcó una ceja.

— ¿Imposible?

—Lograré que entres a la universidad, creo que será una batalla más dura que vencer a mi enfermedad, no obstante, moriré en el intento.

— ¿Me ayudarás a estudiar?

—Así es.

Trevor fingió limpiarse una lágrima.

>>—Tengo una lista de las cosas que deseo hacer antes de morir, tú serás mi obra de caridad.

Héctor intentó no reírse, Trevor siempre estaba a la defensiva, ¿cómo conseguía ese efecto de ser cortés y sarcástico al mismo tiempo?

—Entonces… ¿Piensas pasar lo que te queda de vida, ayudándome a estudiar?

Era una pregunta dura, y temió que Trevor lo mandara a la mierda, pero no lo hizo. Simplemente, le dirigió una larga mirada.

— ¿No te parece que hago una buena obra?

—No es eso.

Negó con la cabeza.

>>—Creo que en tu lugar yo estaría buscando el amor, haciendo viajes, teniendo sexo, comiendo todo lo exótico y delicioso que pueda comer… no sé.

Héctor se encogió de hombros, la verdad no sabía cómo explicarlo, pero sí Héctor se enteraba de que iba a morir, pues él estaría tratando de llevar su vida al límite.

—No es que no entienda lo que quieres decir.

Trevor hizo una mueca.

>>—Pero es que no funciona de esa manera, no puedes pretender hacer todo lo que quieres a último minuto. No se puede.

En los ojos de Trevor pudo leer que él ya había intentado hacer las cosas que deseaba antes de morir, pero tal vez no habían resultado como él lo planeaba.

>>—Seguro que tú también tienes una lista de cosas que deseas hacer por lo menos una vez en tu vida, todos la tenemos.

—Tal vez.

Héctor se encogió de hombros.

—Tener una lista no es el problema, el problema es dejarlo hasta último momento, es ahora cuando tendrías que dedicar todo tu esfuerzo a hacer lo que en realidad deseas hacer. Todos nos vamos a morir, podemos morir mañana y no precisamente de una enfermedad como la mía, seguimos con nuestras vidas cotidianas y no consideramos el hecho de que tal vez es el último día, el último beso que das, la última vez que abrazas a alguien, el último momento en que ves a una persona o simplemente es la última ocasión en que haces el amor con esa persona que tanto amas, una persona jamás considera que va a morir.

Héctor sintió el peso de esas palabras en su espalda, era cierto, nadie vivía el día a día con el temor de que fuera a hacer el último. Nadie consideraba que todo lo que hace puede ser la última vez que lo hace, el último beso, la última discusión, la última comida… todo puede ser tu última

acción, pero nadie considera ese hecho.

—Tú sí que sabes hacer que una persona se cuestione cada aspecto de su vida.

—Para mí el valor de cada uno de los días es el mismo, para mí un día más o menos no hará la diferencia, hacer cosas extremas no es la solución, solo tengo que tratar de disfrutar mi día a día, aunque sea con cosas cotidianas, ser tu maestro por un tiempo es algo que estoy dispuesto a disfrutar, lograré que un cabeza hueca como tú entre a la universidad.

—No sé si agradecerte o pedirte que no intervengas.

Tal vez debía recordarle que aún no había decidido del todo si iría a la universidad o no, aún no tenía la menor idea de qué iba a hacer con su vida, pero Trevor parecía tan determinado a ayudarle a estudiar que se sintió incapaz de llevarle la contraria.

—Me lo agradecerás.

Trevor hizo un gesto con la mano como si estuviera espantando a una mascota para que se alejara.

>>—Sé que tienes tus turnos de trabajo por las tardes, así que te veré todas las mañanas y los días que tengas libres.

Con esas últimas palabras se giró y regresó dentro de su casa. Unas horas más tarde, estaba dejando su bicicleta en la trastienda del restaurante. Llegó puntualmente a las cinco; el restaurante abre a las seis de la tarde, pero tenían que estar antes para limpiar, ordenar, y prepararse para la apertura. Héctor era un empleado normal, no tenía ninguna preferencia por ser hijo del dueño, era un mesero común y corriente con el mismo sueldo que los demás. ¿Sus padres estaban siendo crueles? Pues sí, pero Héctor había decidido trabajar duro, no quejarse y pronto salir de aquel infierno.

— ¡Hola!

Levantó la cabeza al ver a Kendal entrar en la pequeña bodega, le entregó una botella de agua. Te vi pasar por delante del edificio.

—Gracias.

Susurró cansado.

>>—No estoy muy acostumbrado a andar en bicicleta, pero es mejor que caminar.

Se miraron a los ojos durante un momento; el silencio fue un tanto inquietante. Luego los dos hablaron a la vez.

— Héctor.

— Kendal.

Entre carcajadas.

>>—Tú primero.

— Sé que este fin de semana tendremos mucho trabajo, pero el lunes todos descansamos.

Dijo Kendal.

>>— ¿Qué tal si te invito a mi casa a que conozcas mi taller?

De todas las cosas que hubiera esperado, que Kendal lo estuviera invitando a una casi cita era… Porque era una cita, ¿no? Negó mentalmente con la cabeza, se estaba haciendo falsas ilusiones, Kendal solo quería ser su amigo, aunque Kendal le gustaba. A lo mejor solo estaba malinterpretando las cosas, Kendal no podía siquiera sospechar que le gustaran los hombres, ¿o sí? Además, Héctor, todavía ni siquiera estaba seguro de ello, había hecho algunos experimentos en el instituto y jamás logró que una chica despertara algo en él, pero sí se trataba de ver a los chicos del club de deporte medio desnudos en las duchas…

—Me encantaría conocer tu taller.

Respondió con una chispa de picardía en la mirada.

>>—Pero tendrá que ser por la tarde, ya que por la mañana ya me he comprometido.

Recordó que Trevor se comprometió a darle clases particulares los días de sus descansos. Aunque no había tenido mucho tiempo para pensar sobre eso, Trevor tenía razón, necesitaba un milagro si deseaba pasar los exámenes de ingreso a la universidad. No deseaba pasar otro año en ese infierno. Se rió de sí mismo.

— ¿Qué es tan gracioso?

—Es solo algo que recordé.

No quería parecer un idiota frente a este chico, pero la verdad es que había llegado a su cabeza el pensamiento de que para salir del infierno tenía que lidiar con el mismo diablo, no se había puesto a pensar que tendría que aguantar todo el mal humor y sarcasmo de Trevor.

>>—El lunes por la tarde pasaré por tu taller, solo necesitas darme tu dirección.

Héctor pateó la llanta de su bici.

—Puedo ir a recogerte en mi motocicleta si lo deseas.

— ¿Tienes una moto?

A sus padres les daría un infarto si lo vieran montado en uno de esos trastos. Una sonrisa perezosa iluminó el rostro de Kendal.

— Una Harley-Davidson 1964.

Comentó Kendal con orgullo.

>>—Aún le faltan algunos detalles, pero poco a poco la he ido restaurando a su antigua gloria.

—Suena tentador.

Héctor señaló con la cabeza su bicicleta.

>>—Pero aún no sé a qué hora terminaré con… el asunto que tengo que atender.

—Podrías llamarme cuando termines.

— Está bien.

Aceptó de inmediato.

—Estupendo. Tenemos una cita entonces.

Dijo Kendal guiñándole un ojo, haciendo que Héctor casi se ahogue con su propia saliva.

El resto del día transcurrió como se debía transcurrir, se dedicó a trabajar, limpiar mesas y atender clientes, como el día anterior, le fue bien con las propinas, y lo mejor de todo fue que durante todas sus horas laborales. Pudo crear una especie de compañerismo y complicidad con los otros que ahí trabajaban; en el mundo real le había costado en tiempos pasados hacer amigos. Adam fue su único verdadero amigo en el instituto, la mayoría eran conocidos, y había amistades de las redes sociales, pero convivir con estas personas, compartir pequeños comentarios, burlas o simplemente una frase, estaba resultando ser más llevadero sus horas en el restaurante. El bonus también fue que pudo tener pequeñas charlas con Kendal en los lapsos que se podía aproximar a la barra, también tomaron justos sus descansos, ahora comprendía que tal vez no estaba imaginando cosas, Kendal después de todo si tuviera un interés en él. ¿Sería eso posible?

CAPÍTULO 5

Ya era más de medio día cuando entró en el jardín trasero de la casa de Trevor y el doctor Lander, era tarde, se había quedado dormido, anoche había llegado del restaurante y se había quedado más tiempo de lo debido publicando algunas imágenes en su Instagram. Había ganado muchos seguidores desde que subía fotografías de Forks. ¿Se estaba aprovechando de la popularidad de la novela de vampiros? Sí, tenía que admitirlo, pero intentaría hacer algo diferente. Estaba trabajando en un video que pronto subiría a las redes sociales, solo tenía que hacer un par de tomas más y luego editarlo y agregarle algunos pequeños detalles. Sería sensacional.

Así que por eso se había dormido muy entrada las tres de la mañana y ya temía el discurso que Trevor le daría. Héctor hasta hubiera imaginado que su vecino sería capaz de presentarse en su casa para sacarlo a fuerzas de la cama.

Encomendándose a todos los ángeles del cielo, caminó por el jardín de los vecinos. No le costó trabajo encontrar a su nuevo mentor. Trevor estaba medio recostado en una de las sillas del jardín. El día estaba medio nublado y con mucho viento, pero Trevor parecía que estaba tomando el sol. En la mesa de metal estaba una caja de madera con un antiguo tocadiscos de esos que solo podía ver en las películas en blanco y negro. ¿Por qué no le extrañó que Trevor usara esos discos de pasta negra? La verdad, sí parecía algo que él utilizaría.

No sabía cómo se llamaba la canción que Trevor estaba escuchando, pero era la inconfundible voz de Frank Sinatra, era la música que escuchaba en la casa de sus abuelos maternos cuando estaba de visita. ¿Por qué Trevor actuaba como un anciano en ocasiones? El jardín estaba protegido solo por arbustos grandes y una cerca, así que no había necesidad de llamar a la puerta. Una vez que lo vio en el jardín, Héctor simplemente había seguido hacia el lado izquierdo de la casa para encontrarlo. Tenía que admitir que el jardín de Trevor era hermoso, no le sorprendía que él prefiriera estar aquí que encerrado dentro de su habitación. Había abundantes flores, desde margaritas, rosas, enredaderas con flores de marfil y otras trepadoras que Héctor no pudo identificar, recorrían el perímetro de la cerca. En el centro del jardín había un inmenso roble y, a su sombra, una mesa de picnic con varios bancos. Trevor estaba sentado en uno de ellos, observándolo. Se acercó con cautela, pero Trevor… era Trevor, así que fue algo típico de él dirigirle una mirada de fastidio.

—Miren quien decidió honrarnos con su presencia.

Héctor cruzó la terraza y avanzó hacia él.

— Hola.

Lo saludó.

—Llegas tarde.

Le reclamó.

—Lo sé… pero…

—No quiero tus excusas.

Después Trevor miró hacia la derecha.

>>— ¿No es fascinante?

Él siguió la dirección de su mirada.

— ¿Qué es fascinante? ¿Esa cosa vieja?

Preguntó refiriéndose a la caja maltrecha de madera, mientras que el disco color negro giraba

y giraba.

—No sé por qué te pregunté, claro que tú no sabes apreciar de verdadera la belleza.

Trevor acarició el borde de madera desgastado.

>>—Esta *vitrola*[5] me la heredó mi abuelo; es uno de mis bienes más preciados.

<<*Ah, conque ése era el nombre de esas cosas*>>.

—Lo que sucede es que en ocasiones me pregunto: ¿Cuántos años tienes?

Arrugó la nariz y señaló el tocadiscos.

>>—Y si esa cosa es de la época de tu abuelo, ¿cómo funciona todavía? Y Frank Sinatra…

—Niño, los siglos podrán pasar, pero Frank Sinatra, jamás pasará de moda.

—Yo creo…

—Silencio.

Lo interrumpió con impaciencia.

>>—Escucha.

Trevor se inclinó y movió la aguja que hacía que el acetato girara, y entonces una nueva melodía comenzó a sonar.

—No sé mucho sobre…

—Solo escucha, tonto, levántame el ánimo, ¿quieres?

Refunfuñó.

>>—Este pobre chico se está muriendo. Simplemente cállate y absorbe la canción.

Héctor cerró la boca, respiró hondo y se acomodó en la silla, tenía sueño, y esperaba no dormirse en los tres minutos que la canción durara. No le costó llegar a la conclusión de que la melodía se llamaba Love. Pero eso no fue lo que al final lo cautivó, fue ver a Trevor en sí, el hombre había cerrado los ojos, tarareaba la canción y movía uno de sus pies, en realidad estaba disfrutándolo, Trevor tenía la cara de un hombre que disfrutaba una buena copa de vino o un cigarrillo al final de la cena. Mientras Sinatra cantaba que el *amor es más que un juego para dos*, Héctor se imaginó a Trevor en uno de esos bailes elegantes, vestido con un frac y pajarita, bailando con una bella dama al ritmo de una orquesta clásica.

Héctor lo contempló y, por primera vez, se dio cuenta de que no se necesitaban grandes lujos para poder disfrutar de algo que en verdad te apasionaba. Trevor tenía razón. Su generación vivía muy aprisa y no sabían apreciar los verdaderos placeres de la vida. ¿Cuándo fue la última ocasión en la que Héctor había escuchado un poco de música sin hacer absolutamente nada? Nunca escuchaba música, pero lo hacía mientras estaba haciendo una infinidad de otras cosas, como leer, jugar o intentar conversar con alguien más por mensaje. Jamás había apreciado una melodía como Trevor estaba haciéndolo. Héctor suspiró. Lo inundó una profunda sensación de paz. Sin darse cuenta, contuvo la respiración y una sonrisa lenta curvó sus labios.

—Apuesto a que con toda tu galantería de los años treinta, conquistaste a muchas mujeres en el pasado, ¿no es así?

Trevor rió.

— ¿Qué mujer no se enamora de ese tipo de música?

Trevor detuvo el tocadiscos.

>>—Pero no, jamás he conquistado a una mujer.

Héctor enarcó una ceja.

—No te creo.

—Admito que me encanta bailar, pero no me interesaban demasiado mis compañeras de baile.

Confesó en un susurro.

>>—Además, con mi enfermedad constantemente siendo una amenaza, no me parecía justo atraer a alguien más a este problema.

Trevor se encogió de hombros.

— ¿Nunca has tenido novia?

—No— Trevor le sonrió.

Y no está entre la lista de cosas que tengo pendientes por hacer.

Héctor frunció el entrecejo. ¿Cómo era posible que Trevor hablara tan fácilmente de su propia muerte?

— ¿Acaso no tienes miedo?

Trevor se arrepintió de la pregunta que hizo. Pero Trevor no parecía molestarse por ello.

— ¿A morir virgen?

Trevor rió.

>>—No soy virgen si es lo que te preocupa, pero tengo dos razones para no tener novia.

—Yo no me refería…

Trevor era imposible en ocasiones. ¿No se tomaba nada en serio?

—Sé a qué te referías.

Trevor suspiró.

>>—Pero no le temo a morir, créeme, superé eso hace mucho tiempo.

—Creo que yo no podría…

No era que Héctor pensara mucho en temas de muerte, en Seattle ocurrían accidentes y muertes trágicas todo el tiempo, pero nada que estuviera directamente alrededor de Héctor, así que no le tomaba importancia. Trevor era la primera persona enferma con la que convivía en realidad.

—Nadie está preparado para ello…

Trevor tosió un poco.

>>—Pero poco a poco te acostumbras.

Por unos segundos se sumergieron en un incómodo silencio.

— ¿Cuáles son tus dos razones para no tener novia?

Trevor se movió un poco en la silla para alcanzar un libro que estaba sobre la mesa del jardín.

—Creo que aún no estoy preparado para darte la respuesta. ¿Qué tal si me preguntas dentro de un par de semanas?

Héctor rodó los ojos al cielo.

—Eres imposible.

—Eso ya lo sé.

Sacó pecho, arrogante.

>>— ¿Ahora qué tal si comenzamos con tus lecciones de hoy?

Héctor perdió la noción del tiempo mientras Trevor le ayudaba a repasar los puntos básicos más importantes. Héctor estaba perdido, no recordaba muchas de esas ecuaciones, pero Trevor era un gran maestro, a pesar de que era sarcástico y criticón la mayoría del tiempo. Mientras le explicaba, demostró infinita paciencia y mucha práctica en eso de enseñar. Todo el tiempo fue claro y contestó a cada una de sus preguntas. Le resultó más fácil entenderle a Trevor que a todos los profesores que le dieron matemáticas a lo largo de la secundaria y preparatoria.

>>—Hasta aquí lo dejaremos el día de hoy, tengo un libro que necesito que te lleves y estudies unas páginas para mañana.

Trevor se puso de pie. Héctor notó que tuvo que apoyarse en la mesa para levantarse del banco y no supo si debía ayudarlo. El instinto le indicó que no. Tal vez sería capaz de darle un puñetazo en medio de la nariz si se atrevía a tocarlo.

— ¿El doctor Lander tuvo que trabajar hoy?

Preguntó, mientras seguía a Trevor a su casa, decidió permanecer cerca por si él se derrumbaba. En realidad, estaba preocupado.

—Ese hombre siempre trabaja, pero prometió que estaría aquí por la tarde y jugaríamos ajedrez.

Entraron en la casa y siguió a Trevor hacia la sala de estar. Era la primera vez que entraba en la casa de los vecinos, era un lugar sumamente masculino, todo en colores verdes, azules y blancos, estaba todo limpio y en orden. Apenas llegaron a la sala de estar, Trevor se dejó caer pesadamente sobre el sofá verde oscuro más grande; su respiración era agitada. No tenía buen aspecto. En esa oportunidad, a Héctor no le importó si se sentiría o no herido en su orgullo masculino. Se acercó a él preocupado.

— ¿Estás bien?

— Por supuesto que no.

Trevor rezongó, y tosió.

>>—Pero es normal.

Señaló el estante de libros.

>>— Busca allí. Segundo estante, tercer libro de la izquierda. Yo voy a descansar.

Héctor se quedó mirándolo un instante y, al ver cómo apretaba la mandíbula para aguantar el dolor, decidió apartarse. Sintió preocupación, ¿debería llamar al doctor Lander? Trevor se sintió un inútil, él vivía al otro lado, y el doctor Lander nunca estaba en casa, ¿qué sucedería si él tenía un ataque al corazón? ¡Moriría solo! Héctor se dio cuenta de que jamás prestó atención a las clases de primeros auxilios que les impartieron en la escuela, no sabía absolutamente nada sobre la enfermedad de Trevor y ni siquiera sabía cómo ayudarlo. Se acercó al estante a buscar el libro, pero no apartó la mirada de Trevor. Después de unos minutos, lo oyó suspirar y respirar con más lentitud. Por fin, pareció volver a la normalidad. Héctor se sintió aliviado. Vio un libro de álgebra avanzada, lo tomó y se acercó al sofá.

— Tengo que ir al trabajo.

Dijo acercándose a Trevor, pero él tenía los ojos cerrados.

>>—Deseas que te traiga algo antes de irme.

Trevor meneó la cabeza en forma negativa.

—Te… veré mañana.

Susurró.

>>—No te olvides de estudiar, y llega temprano, y no vayas a perder mi libro, o te descuartizo.

Héctor rio, Trevor parecía sentir mucho dolor, pero aun así le quedaban fuerzas para ser… lo que siempre era. Sarcástico y malhumorado.

No quería marcharse y dejarlo solo, pero tenía que ir a trabajar. Antes de irse, pasó por la cocina para llevarle un poco de agua por si la necesitaba. Un poco más tarde, en el frigorífico encontró muchas bebidas alcalinas y había un cuenco con fruta picada con una nota adhesiva que decía *“Come”*. *Su* instinto le dijo que el recipiente fue preparado por el doctor Lander para Trevor. Así que tomando una de las botellas de agua y el cuenco de fruta regresó a la sala de estar, Trevor seguía sin moverse y el suave sonido de su respiración le dijo que se había quedado

dormido. Movió con cuidado la mesa de centro sin hacer ruido y la acercó un poco hacia el sofá, colocó el cuenco con la pegatina todavía en ella y la botella de agua, esperaba que, al sentirse un poco mejor, Trevor comiera sin tener necesidad de levantarse. Aún inseguro y con una última mirada hacia la sala de estar, Héctor se marchó, inseguro y preocupado por… su amigo.

Por la tarde, Héctor estaba sirviendo una de las mesas cerca de la entrada cuando alcanzó a distinguir la espalda del doctor Lander en la barra del bar. Sin dudarlo, apartó la bandeja y se acercó a él.

—Doctor Lander.

—Hola, Héctor.

Saludó el doctor con una sonrisa.

>>— ¿Qué cuentas? ¿Qué tal las clases con Trevor?

Héctor rio. Y vio por el rabillo del ojo a Kendal, el cual estaba preparando una bebida a unos cuantos pasos de distancia.

—Aún no me ha arrancado la cabeza, así que supongo que lo estoy haciéndolo bien.

El doctor Lander se rió.

—No cantes victoria todavía.

El doctor sonrió.

>>—Trevor es un buen maestro, pero tiene muy poco sentido del humor y es estricto. Debió ver algo bueno en ti, para ofrecerse a ayudarte.

Ese comentario lo extraño.

— ¿Le molesta que Trevor me dé clases particulares?

—No, claro que no.

El doctor miró su bebida y ese simple gesto de desviar la mirada le indicó a Trevor que la respuesta que le dio no fue del todo sincera.

>>—Trevor es un gran profesor, trabajó duro para graduarse, lástima que no pudo ejercer su profesión.

— ¿Estudio para ser profesor?

— ¿No te lo contó?

El doctor Lander sacó su teléfono móvil y buscó algo en él, después se lo enseñó, era una fotografía de ambos, los dos llevaban togas de color rojo y una enorme sonrisa, Trevor ahí no parecía enfermo y no estaba tan delgado como ahora.

>>—Nuestra graduación, pero he de reconocer que si no fuera porque él me obligó a estudiar y me estuvo dando la lata todo el tiempo, yo no me habría graduado. Siempre fuimos buenos amigos desde niños.

—Su enfermedad no tiene cura, ¿no es así?

Se animó a preguntar, aunque sentía un nudo en la garganta.

—Trevor es la razón por la que me convertí en médico.

Dijo el doctor Lander.

>>—Yo siempre fui testigo de su enfermedad desde que era niño, absurdamente pensé que encontraría la cura milagrosa para él, pero fallé.

Dijo el doctor con melancolía.

—No diga eso, él lo estima demasiado.

—Yo lo sé, es mi mejor amigo.

Héctor lo contempló detenidamente. En las pocas ocasiones que había tratado al hombre, siempre lo había visto con una sonrisa en los labios, pero en ese momento, la máscara de

felicidad y despreocupación se había marchado, Héctor podía ver el dolor en sus ojos.

—Hoy tuvo una crisis.

Confesó.

>>—No supe cómo ayudarlo, simplemente se recostó en el sofá y se quedó dormido, le dejé comida y agua en la mesilla.

El doctor Lander sacó una tarjeta de presentación de su bolsillo y se la entregó. Héctor la aceptó y también intercambió su número con el médico.

—El cansancio es normal, se esfuerza demasiado, no come muy bien, sé que estarás conviviendo con él mucho tiempo, así que trata de no asustarte. Si Trevor necesita que hagas algo, él te lo dirá, aun así, si tienes dudas, puedes llamarme en cualquier momento.

Héctor asintió y se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Trevor dijo que pasaría la tarde con él.

No pudo evitar hacer el comentario acusatorio, ya que por una extraña razón no le gustaba que Trevor estuviera solo tanto tiempo y no precisamente era correcto que el doctor Lander estuviera aquí disfrutando una buena cena y una copa mientras no tenían la menor idea si Trevor seguía vivo. El doctor Lander le sonrió.

—Así es.

Señaló con la cabeza la cocina.

>>—Estoy esperando que me entreguen la cena, creo que hoy Trevor puede animarse a comer un buen filete.

Héctor asintió satisfecho.

— ¿Cómo hace para evitar que todo esto la afecte?

Le preguntó por fin.

—No hago nada.

Le dirigió una mirada distraída.

>>—Me afecta. Esto afecta a cualquiera. Soy médico, se puede decir que trato con gente enferma todo el tiempo, algunos han muerto a mi cuidado, pero son personas que no conozco. En cambio, Trevor…

Se volvió y miró a Héctor.

>>—… Es mi familia, pero no puedo permitirme deprimirme ya que él me necesita.

—Esto es injusto, Trevor es tan joven.

—Tiene tanto para dar en este mundo.

El doctor meneó la cabeza. Nuevamente vio el dolor en sus ojos.

>>— No es como la mayoría de los hombres, él mira las cosas desde otra perspectiva ya que se ha visto obligado a enfrentar algo que un niño no tendría por qué asumir. Su muerte parece una injusticia. Pero no podemos hacer nada.

Héctor intentó tragar saliva para su siguiente pregunta.

— ¿Cuánto tiempo le queda?

El doctor Lander le dirigió una larga mirada. Héctor temió que no le contestara la pregunta.

—No mucho tiempo, pocos meses, es difícil predecir cuándo sucederá, pero tienes que estar preparado.

Se puso tenso. Su conversación fue interrumpida cuando la orden del doctor Lander fue entregada y él tuvo que llevar una orden a una de sus mesas. Una hora después, mientras tomaba su descanso en la trastienda, volvió a recordar su conversación con el doctor Lander. *Pocos meses*, sintió que una lágrima le hacía cosquillas en el mentón. Se la secó con la manga. Pocos

meses.

CAPÍTULO 6

A las nueve de la mañana había entrado en la casa de Trevor. Esa mañana no lo había visto en el jardín, ni en el porche de la casa, pero había recibido un mensaje de texto por parte del doctor Lander de que entrara directamente y siguiera hasta la habitación de Trevor. No fue una sorpresa enterarse de que Trevor se negaba a tener un celular.

Le fue fácil encontrarla ya que solo había tres puertas en la parte baja de la casa, el baño de invitados, un pequeño estudio y supuso que la puerta de fondo era la habitación de Trevor. Llamó suavemente a la puerta de Trevor.

— Pasa.

Bramó él. Héctor sonrió. La voz de Trevor sonaba bien, así que supuso que se debía sentir mejor que el día anterior. Entró en la habitación, pero se detuvo de repente. Trevor se encontraba recostado contra las almohadas con un libro entre las manos, una sábana cubría sus piernas. Estaba despierto y alerta, pero parecía cansado. Además de que junto a su cama estaba un tripié de metal de esas que se utilizaban en el hospital y en las cuales colgaban bolsas de sangre y otras cosas, había una bolsa ahí con un líquido blanco, y la vía intravenosa estaba conectada a un brazo de Trevor.

— ¡Hola!

Saludó sin saber en realidad qué decir, ¿debería preguntarle cómo se sentía?

— Cierra la puerta.

Masculló, sin levantar la vista del libro. Héctor cerró la puerta sin hacer ruido.

>>— Bueno, no te quedes allí, acerca la mesilla de la esquina y comencemos la lección de hoy.

Trevor apartó el libro y señaló una mesilla con ruedas que estaba en una esquina. Ese tipo de mesas también las había visto en el hospital. Al parecer, el doctor Lander se aseguraba de que Trevor estuviera cómodo en casa.

—Si te sientes mal, podríamos…

—No seas tonto.

Trevor rodó los ojos.

>>—Estoy bien, pero Lander insistió en que necesito líquidos *intravenosos*[6], solo está exagerando como siempre.

—De acuerdo.

Susurró él, acercándose a la cama con la mesilla con ruedas. La cama de Trevor era grande o, con su bajo peso, lucía demasiadamente pequeña sobre ella. Héctor se acomodó del lado izquierdo de la cama con la mesilla de su lado. Trevor insistió en que se quitara los zapatos y se pusiera cómodo.

Comenzaron su lección, Trevor se comportó igual que siempre, con su típico sentido del humor y su sarcasmo, pero mientras le daba clases, el hombre era justo, lo felicitaba cuando hacía bien las cosas, o le señalaba sus fallas, además de que lo animaba a intentarlo de nuevo, era como si se transformara ante sus ojos, del hombre enfermo y sarcástico a un buen profesor.

Estuvieron trabajando de esa manera por dos horas, haciendo pequeñas pausas para conversar sobre cosas sin importancia, como por ejemplo todos los libros que tenía en su habitación, prácticamente toda una pared era de puros libros.

También había libros apilados sobre el escritorio. ¿Cuántos tendría? Además de que pudo

distinguir una colección completa de acetatos de música clásica, la habitación de Trevor era cálida y con mucha luz, y si no fuera porque sabía que Trevor estaba muriendo, jamás hubiera pensado que esa habitación tan cálida perteneciera a una persona enferma.

—Tengo que reconocer que eres mucho mejor que mi maestro de cálculo, jamás comprendí este tipo de problemas tan bien, gracias.

Se volvió de inmediato, para agradecerle todo lo que estaba haciendo por él. Pero se encontró con que Trevor dormía profundamente.

Con cuidado de no moverse demasiado, recogió todos los libros y regresó a la mesilla a su lugar. Se acercó a la bolsa de la intravenosa y comprobó que en la bolsa solo quedaba menos de un cuarto de líquido. El goteo era constante y se preguntó cuánto tiempo tardaría en terminarse. No sería correcto que esa cosa se quedara sin líquido, ¿o sí? le tomó una foto y se la envió al doctor Lander.

A los tres segundos, el hombre respondió al mensaje y le aseguró que ya estaba por llegar a casa para retirar la intravenosa. Al comienzo, Héctor se sintió mal por tal vez haber acusado al doctor Lander de simplemente dejarlo con la intravenosa e irse. Dado el caso de que Trevor podía dormir en cualquier momento, era peligroso dejarlo con eso, conectado y sin supervisión.

Pero la culpa no duró mucho tiempo, él era nuevo tratando con un enfermo y no conocía del todo la relación de Lander y Trevor. Así que se justificaba su preocupación y su pregunta.

Al salir de la casa se encontró con que efectivamente el doctor Lander estaba estacionando su coche frente a la casa.

—Hola. ¿Cómo ha ido la lección?

—Ya le estoy tomando el truco a las ecuaciones.

—Me alegro.

El doctor Lander rodeó su coche y del asiento del pasajero sacó una caja. No alcanzaba a ver el contenido, pero por el símbolo amarillo en una de las caras, supo que eran instrumentos médicos.

—Lamento lo del mensaje, pero me preocupo de irme y que el líquido de la intravenosa se termine.

Dijo bajando los escalones del porche.

—No te preocupes.

El doctor Lander le sonrió.

>>—Si quieres, un día que tengas tiempo te puedo enseñar las cosas básicas que tal vez sea bueno que sepas si seguirás tomando lecciones con Trevor.

—Eso me gustaría.

—Me alegra que Trevor pase tiempo contigo, no me gusta que esté solo.

Héctor vaciló.

— ¿No viene su familia a visitarlo?

En realidad, no era asunto suyo, pero la curiosidad lo estaba matando. El doctor Lander frunció los labios y meneó la cabeza.

—Como no pueden manejar la situación, han optado por poner distancia. No es que no quieran a Trevor, mi amigo puede ser muy cabezota y lo que menos desea es que sus parientes le tengan lástima, le llaman o le escriben, pero es todo lo que Trevor permite.

— Cielos, debe ser duro también para sus padres todo esto.

Comentó.

—Así es, por esa razón Trevor no quiere ser una carga para nadie.

Dijo el doctor Lander.

>>—La muerte asusta a la mayoría. Y Trevor está muriendo. Ni siquiera a su novio le permitió estar cerca, tengo suerte de que confió en mí.

— ¿Novio?

Héctor experimentó una sensación rara en la boca del estómago.

>>— No sabía que fuera…

— ¿Gay?

Suspiró.

>>— ¿Es un problema para ti?

— ¡No!

Se apresuró a aclarar.

>>—Solo me sorprendió, ya que yo…

No dijo las palabras en voz alta, y el doctor Lander comprendió.

—Muchos en el pueblo afirman que ambos somos pareja, pero no es así, yo soy heterosexual, aunque hace tiempo terminé con mi novia.

Héctor pensó que la causa por la que no tenía novia era Trevor.

—Lo siento.

—No lo hagas.

El doctor Lander le arrugó la nariz.

>>—Ella se decía una persona compasiva, pero demostró que en realidad era lo contrario.

En pocas palabras, la razón por la que el doctor había terminado con ella era Trevor.

— ¿Tampoco el novio de Trevor era compasivo?

— Creo que tengo otra palabra menos agradable para él.

Dijo el doctor Lander molesto.

>>—Cuando empezó su cuesta abajo, el idiota simplemente se fue sin mirar atrás. Fue entonces cuando Trevor decidió dejar Los Ángeles y venir a vivir conmigo.

Dijo.

>>—Fue una suerte que lo hiciera y no que decidiera internarse en una clínica para enfermos terminales.

—Creo que idiota es la palabra que busca para el exnovio de Trevor.

Sabía que se estaba comportando como un chismoso, pero no podía evitarlo, Trevor no le contaba mucho de su vida o su enfermedad. El doctor Lander miró a Héctor, estudiándolo en silencio.

Me alegra que tú y Trevor hayan hecho buenas migas, solamente Dios sabe cuánto necesita tener alguien a quien aferrarse. Pero no quiero que olvides algo muy importante.

— ¿Qué?

Héctor lo observó con cautela.

— Trevor está por morir.

— Ya lo sé.

— ¿De verdad?

El doctor Lander le sonrió con tristeza.

>>— Lo dudo.

— Por supuesto, lo sé.

Insistió Héctor.

>>—Me lo dijo él, y usted me dijo que le quedan pocos meses.

Solo recordarlo le daba ganas de llorar.

— Correcto. Solo quiero que estés preparado.

El doctor Lander movió un poco la caja que sostenía.

>>—Trevor ha dejado claro que no quiere hospitales, ni medidas especiales, él ha venido aquí a morir en paz y con dignidad. Pronto Trevor ya no estará entre nosotros. Solo quiero que lo comprendas.

El doctor Lander le dedicó un asentamiento de cabeza y se dirigió a la casa.

—Anoche lo dijo hace pocos meses.

Dijo apresuradamente.

>>— Hablamos de ¿seis? ¿Tres? ¿Dos?

Solo quería confirmar que había escuchado bien. Sabía que ya había hecho esa pregunta, pero quizás… A lo mejor, en esta ocasión recibía una respuesta que le gustara un poco más. El doctor Lander se detuvo, pero no se volvió para mirarlo.

—No lo sabemos. Una semana, un mes, dos meses. Ciertas cosas, Héctor, quedan simple y sencillamente en manos de Dios, solo hay que tener fe.

El taller de Kendal resultó ser como cualquier otro taller, grasa, herramientas, más grasa y muchas piezas de mecánica que Héctor no sabía ni para qué servían. Por segunda vez en la vida se sintió un inútil, él que era tan versado en cuanto a tecnología se refería, lo único que sabía acerca de mecánica era… sacar su móvil y hablarle a un mecánico. Y ni siquiera tenía auto, desde que había llegado a ese pueblo había hecho más trabajo físico en una semana que en toda su vida.

—Esta es mi Harley-Davidson.

Dijo Kendal mostrándole una motocicleta un poco antigua, pero en buenas condiciones. Kendal dio un paso adelante para pasar una mano reverentemente a través del asiento de la Harley, acariciando el cuero.

Su palma viajó por encima del tanque de combustible antes de descansar en el manillar, con afecto en su mirada. Con fascinación y orgullo. Eso le recordó el comentario que siempre decía su madre: *“Los hombres y sus juguetes”*.

—No sé mucho sobre motos, pero es hermosa.

— ¿Verdad que sí?

Kendal le sonrió.

>>—El anterior dueño le hizo varios cambios para hacerla más moderna, pero planeó traerla a su antigua gloria.

—Últimamente he conocido a hombres que prefieren lo vintage.

Héctor se rió al recordar a Trevor. Pero al hacerlo también sintió algo de tristeza al pensar en todas las cosas que Trevor no podría disfrutar como los demás. Se preguntó vagamente si a Trevor le gustarían las motocicletas, pero descartó la idea, no le figuraba el estilo de Trevor. Héctor observó a Kendal y lo comparó con Trevor, dos hombres completamente diferentes, cercanos en edad, pero en personalidad eran completamente opuestos. Bien podría imaginarse a Kendal en un bar vestido de cuero, jugando billar, bebiendo una cerveza y escuchando música de rock.

Por otra parte, estaba Trevor con su personalidad ácida, pero al mismo tiempo, ese hombre se las arreglaba para tener un aura más relajada, más… clásica. A él se lo imaginaría en un lugar de música jazz, vestido con un traje, bebiendo whisky demasiado caro y escuchando la música con los ojos cerrados. Definitivamente, dos hombres de dos mundos.

Kendal enderezó la moto y le indicó que lo siguiera, mientras Kendal empujaba la moto más al fondo del taller. Héctor lo siguió, y la posición le permitió estudiar libremente la forma de Kendal. Haciendo un cálculo aproximado, Kendal podría medir un metro ochenta y ocho, más o menos, varios centímetros más alto que Héctor.

Con cada pequeño ajuste en la posición de Kendal, la camiseta negra se estiraba en su amplia espalda y bíceps, que estaban bien definidos como el resto de él. Con cada movimiento de sus muslos, sus cuádriceps se alargaban y se hinchaban ligeramente por debajo de sus jeans. Trago saliva. Héctor alejó su mirada y se concentró en su entorno.

El taller olía a una mezcla de aceite de motor, escape y polvo. Varias motocicletas se alineaban en la pared a la derecha. Un auto negro estaba sobre una rampa y el motor estaba al descubierto, y una camioneta estaba sin la tapa de la cajuela que adornaba una de las esquinas. El taller era un lugar amplio y bien equipado. Kendal le había dicho que había otro chico que le ayudaba, pero ese día había tenido que ir a acompañar a su padre al médico. Por eso estaban ambos solos. Eso lo inquietaba un poco.

—Realmente tienes un buen lugar aquí.

Dijo Héctor mientras se recargaba en una de las columnas de metal y veía a Kendal acomodar su motocicleta.

—Planeo hacer que este lugar sea el mejor del pueblo.

— ¿Acaso hay más talleres en un lugar tan pequeño como este?

Kendal se rió.

—No has conocido a todo el pueblo por completo.

Kendal hizo una pausa.

>>—Sé que este lugar comparado con Seattle no es nada, pero ahora estás aquí, te enamorarás de este lugar.

—No creo que eso suceda jamás.

Héctor se encogió de hombros.

>>—Planeó aplicar para entrar en la universidad en noviembre, así que espero poder salir de este agujero lo más pronto posible. Yo no pertenezco a este lugar.

Kendal no lo miró mientras hacía ese comentario.

—Eres demasiado exigente.

Comentó Kendal.

—No quiero ofenderte.

—No lo hiciste.

Héctor se sintió mal.

—Yo en realidad no pertenezco a este lugar.

Kendal le lanzó a Héctor una mirada interrogante.

— ¿Cómo puedes saber eso si jamás le has dado una oportunidad a este lugar?

Jamás había visto esa mirada tan dura en Kendal, él siempre había sido muy amable con Héctor.

>>—Has odiado todo esto desde el principio, por esa razón condenas cosa a cosa, ¿en verdad te desagrada o es solo la idea de regresar a lo que ya conoces?

— ¿Me estás acusando de no querer salir de mi zona de confort?

—Exactamente, eso.

Dijo Kendal enfrentándolo, eso molestó mucho a Héctor, ¿Por qué a todos les molestaba que él prefiriera la gran ciudad?

—Sabes que…

Héctor se enderezó.

>>—Ya estoy cansado de que todo mundo insista en que acepte este lugar y conforme con lo que tengo ahora.

—Yo no te he dicho eso.

Héctor se giró para irse, pero Kendal no lo permitió. Jaló a Héctor a sus brazos, y sorprendiéndolo, chocó sus labios juntos. <<*Dios, esto está ocurriendo de verdad*>> Kendal estaba besándolo. Héctor gimió y se inclinó hacia él. Héctor había besado un par de chicas en una ocasión, con las cuales no sintió absolutamente nada, pero con Kendal… nunca se había animado a intentarlo con un hombre, tampoco nadie sabía de sus preferencias ya que temía a que sus padres se enteraran y que sus amigos lo juzgaran, sabía que le gustaban los hombres gracias a que eran sus principales fantasías mientras se masturbaba.

Dejándose llevar, tomó un puño del cabello de Kendal en un intento por acercarlo más contra él y profundizar el beso. Su sabor era una mezcla masculina entre menta y algo más… todo estaba yendo de maravilla hasta que sintió cómo Kendal lo alejaba, el verdadero problema fue ver en los ojos de Kendal esa mezcla de confusión y desconfianza. Héctor quiso patearse internamente.

—Héctor…

—Tengo que irme.

Lo interrumpió, lo menos que deseaba era escuchar excusas y disculpas. Empujó a Kendal para poder correr hacia la puerta.

—Espera.

Kendal trató de alcanzarlo, pero Héctor se alejó, apresuradamente buscó su bicicleta en la entrada tratando de no tropezar al dirigirse hacia la acera.

>>—Héctor, tenemos que hablar.

—No puedo... Yo solo... No puedo.

Subió a su bicicleta y pedaleó lo más rápidamente que pudo, fue una suerte que no hubiera caído a mitad de la calle, ya que eso sería la gota que derramaría el vaso de su mala suerte.

CAPÍTULO 7

Cuando sus padres le informaron que el sábado cerrarían el restaurante porque todo el pueblo se reuniría en el parque *Bogachiel State* para la colecta anual del centro de retiro “Vejez Feliz” lo primero que pensó Héctor fue encerrarse en su habitación y no salir en todo el día. Toda la semana había recibido invitaciones para ir, en el pueblo no se hablaba de otra cosa durante la semana, a donde fuera encontraba carteles, propaganda, y anuncios en la radio sobre el gran evento, era algo así como la *comic-con*[7] pero sin *cosplay*[8], o historietas, mangas o animes, aquí era un evento en el que participaba todo el pueblo, había demasiada comida, y demasiadas cosas pueblerinas para hacer, durante la semana todos estuvieron muy entusiasmados. Menos Héctor, claro. Él no tuvo la intención de asistir… hasta que Trevor lo había arrastrado a ello.

Mientras esperaba que la mujer parlanchina terminara de servirle los dos burritos que había pedido, buscó con la mirada a Trevor, estaba sentado sobre una manta a cuadros bajo uno de los enormes árboles cerca del río, sonrió. De todas las cosas posibles, que Trevor se hubiera animado a salir de su casa fue una gran sorpresa, hasta el doctor Lander no podía creerlo. Héctor pensaba que fue la manera de Trevor de llevarle la contraria, ya que Héctor le había dicho que no iría, y esa mañana que llegó a la casa de Trevor para estudiar como hacía todas las mañanas, Trevor estaba ya listo para salir y simplemente le había dicho “*Iremos a alimentar a los patos*” irónicamente en este rió no había patos gracias a la fuerte corriente y la poca profundidad del agua, pero claro que Héctor no había tenido la menor idea, hubiera sido más creíble que Trevor le hubiera dicho que irían a pescar, ya que muchos hombres estaban dentro del rió con el agua hasta las rodillas intentándolo.

—Aquí tienes, amor.

Héctor apartó la vista de Trevor para recibir la comida, no sabía si era correcto que Trevor comiera eso, pero cuando le dijo que tenía antojo de un burrito de pollo, Héctor no se había podido negar a conseguirlo. ¿Tal vez debería preguntar al doctor Lander? Desechó la idea, ya que recordó que en una ocasión el doctor le dijo que Trevor era capaz de decirle que necesitaba o qué deseaba que hiciera.

Mientras regresaba al lado de Trevor, no le gustó encontrarse con personas que le dirigían miradas curiosas a Trevor, pero nadie se acercaba a él. Le molestó escuchar a varios susurrar “*pobrecito*” “*qué lástima*” entre otras cosas más.

—No dejes que te afecte.

Escuchó a Trevor decir unos pasos más hacia delante, él había dejado de mirar a las personas que pescaban y lo miraba con una sonrisa indescifrable.

— ¿Afectarme qué?

Héctor se encogió de hombros despreocupadamente, pero la verdad era que le daba coraje escuchar sus comentarios de lástima. Trevor no estaba muerto aún; al contrario, debería ser admirado por la forma en que enfrentaba su batalla contra la muerte.

—Esa es la actitud.

Trevor sonrió.

>>—Ahora… espero que le hayas puesto suficiente salsa de tomate a ese burrito.

—También le puse bastante picante.

Bromeó Trevor entregándole el plato, después tomó asiento enfrente de él. La música flotaba por todo el parque lleno de gente, durante media hora escucharon música y conversaron, sobre

todo. El viento no dejó de azotarlos en ningún momento, era una suerte que no estuviera lloviendo, pero uno de los lugareños dijo que esa misma tarde habría una fuerte tormenta.

El doctor Lander se había unido a ellos, llevando algunos platos con postres y golosinas. Le gustó ver cómo Trevor devoró todo su burrito, un trozo de pan y muchas galletas. El doctor Lander no le dijo nada al respecto, así que pensó que estaba bien que comiera todo eso, estaba sumamente delgado. El doctor Lander y Trevor estaban sentados lado a lado con las espaldas recargadas contra un árbol, sus piernas estaban extendidas, Héctor no pudo evitar sacar su móvil y hacerles una foto, ambos amigos eran de dos mundos diferentes. Trevor con su aire clásico y relajado y el doctor Lander con su elegancia y sofisticada personalidad, el médico hasta vistiendo unos simples pantalones oscuros y un polo se veía realmente bien.

—Dime, Héctor, ¿ya te estás acostumbrando al relajado ritmo de Forks?

Preguntó el doctor Lander.

—Aún no.

Comentó Héctor, fulminando a Trevor con la mirada cuando el hombre comenzó a reír.

—El príncipe Héctor jamás logrará acostumbrarse a vivir fuera de su torre de marfil, Lander.

Trevor rió.

>>—Por eso me está soportando tanto para poder pasar los exámenes y poder volver a la gran ciudad.

El doctor Lander rió.

—Aunque pase los exámenes, dudo que pueda ir a Portland.

Héctor rodó los ojos.

>>—Ya que hace dos días Trevor me convenció de jugar cartas, eso me hizo perder gran parte de mis ahorros.

Dijo Héctor sonriendo. El doctor Lander rió.

—Creo que debí advertirte que no jugarás juegos de azar con este hombre, es un estafador.

El doctor Lander le dio un codazo a Trevor, el cual lo fulminó con la mirada.

—Yo no tengo la culpa de que no sepa distinguir entre una corrida simple y una flor imperial.

Los tres rieron. La relación que mantenía con Trevor era extraña. Muy extraña. Él seguía dando le clases todas las mañanas y seguía volviéndolo loco, pero de todas maneras a Héctor le gustaba pasar tiempo con él. Esta había sido una buena semana, Trevor había estado mucho mejor, y habían estado horas estudiando, leyendo, conversando y milagrosamente Trevor le permitió llevarse uno de sus libros de literatura <<*con muchas advertencias de lo que le sucedía si arrugaba una sola de sus páginas*>>, apenas había leído el primer capítulo de "*El caballo de Troya*" pero admitía que el libro estaba interesante, siempre le había gustado leer, aunque los mangas japoneses eran más lo suyo.

No había tenido una conversación real con Kendal desde lo ocurrido el lunes, Héctor trataba de evitarlo en el restaurante, las únicas ocasiones en las que le dirigía la palabra eran cuando pedía alguna bebida y Héctor se aseguraba de que hubiera mucha gente alrededor cuando lo hacía. También evitaba deliberadamente sus miradas, ya que no quería volver a ver esa mirada de desagrado en sus ojos. Había sido tan idiota para bajar la guardia, no quería ni imaginar lo que Kendal estaría pensando de él, podría ser que él hubiera besado primero, pero Héctor había correspondido, si Kendal pensaba que podría jugar con él…

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando un grupo de mujeres llegó a llevarse al doctor Lander para que atendiera el puesto de "*un beso por un dólar*" Héctor no pudo evitar pensar que, si fuera una mujer, con placer se gastaría los cincuenta dólares que le quedaban en la cartera. El

doctor Lander era un hombre muy apuesto.

—Ven a sentarte a este lado.

Indicó Trevor, Héctor ocupó el lugar que había dejado el doctor Lander, desde ahí podía ver mejor el puesto color rojo con corazones rosas donde estaba el médico, frente a una gran fila de mujeres ansiosas.

—Siempre ha sido un imán para las damas.

Comentó Trevor.

—Es solo un beso, pero esas mujeres actúan como si quisieran comérselo.

Dijo Héctor riendo.

—Creo que la descripción más gráfica sería violarlo.

Trevor rió.

>>—Cualquiera de esas mujeres daría lo que fuera porque Lander les dirigiera más de una mirada.

Murmuró Trevor.

—El doctor Lander podría tener de novia a quien quisiera.

Héctor apoyó la cabeza contra el tronco, observando a las personas del pueblo interactuar, risas, música, baile, diversión. Todas esas reacciones parecían auténticas, todos estaban relajados, pasándolo bien. Héctor se tensó cuando vio a Kendal detenerse con dos hombres a su lado en un puesto de fajitas de pollo. Héctor no pudo apartar la mirada suficientemente rápido cuando Kendal miró en su dirección. Movió la cabeza para observar a Trevor, y se dio cuenta de que él no se había dado cuenta de la mirada curiosa de Kendal, Trevor miraba con nostalgia hacia donde estaba un gran grupo de personas bailando en parejas. Tenía un brillo especial en los ojos y una sonrisa en los labios. Héctor observó cuán delgado estaba su rostro, la piel parecía estirada al máximo sobre los huesos, y tenía la boca quebrada en líneas de dolor.

— Trevor.

Susurró.

>>— ¿Te sientes bien?

— No.

Admitió Trevor con sinceridad. No se volvió para mirarlo.

>>— Sabes que jamás podré ser capaz de sentirme bien.

— ¿Quieres irte? Podríamos volver a tu casa y escuchar música, podrías descansar mientras yo sigo leyendo el libro que me prestaste.

Parpadeó muy rápido para contener las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos. Él no era un llorón, pero últimamente le afectaba mucho la situación, estaba solo porque Trevor estaba convirtiéndose en alguien importante para él. Siempre le costó trabajo entender a los adultos. Trevor tenía treinta años, pero Héctor había logrado una gran conexión con él en pocas semanas que con sus amigos de instituto durante los tres años de estudio.

—No me quiero ir.

Afirmó con vehemencia, aunque no levantó el tono de voz.

>>—Esta puede ser la última vez. Quiero verlo todo, grabarlo en la mente para no olvidarlo jamás.

Héctor sabía a qué se refería. Se mordió el labio, se volvió y buscó con la mirada a Kendal. Él seguía ahí, seguía mirándolos, parecía que Kendal quería acercarse a ellos, pero no lo hacía. Ahí estaban, Trevor pensaba que era la última vez que podría disfrutar de un evento como este, y Héctor, por otra parte, desperdiciaba su tiempo en estupideces.

— Oye, chico bonito.

Murmuró Trevor a su oído.

>>— ¿Hay alguna razón por la que el mecánico, que no recuerdo cómo se llama, me mire con ganas de quererme quebrar las piernas?

Héctor casi se ahoga con su saliva. ¿Por qué mierda Trevor tenía que ser tan observador?

—No sé de qué hablas.

Héctor carraspeó y volvió la mirada hacia el puesto de besos; una señora regordeta estaba prácticamente colgada del doctor Lander, besándolo en todo el rostro.

>>—Creo que demasiadas cosas dulces te afectaron la cabeza.

Trató de provocarlo para que le contestara algo grosero o gracioso, que la hiciera enojar o reír. Pero Trevor lo echó todo a perder cuando lo sujetó de la mano. Héctor lo miró sorprendido.

— ¿Qué haces?

— ¿Seguro que no hay nada entre tú y el mecánico?

—Se llama Kendal.

Masculló.

>>—Deberías soltarme, la gente está mirándome.

—Todos ya piensan que soy la pareja de Lander.

Trevor se encogió de hombros.

>>—Ahora mismo él me está siendo infiel con cientos de mujeres que están besándolo, ¿por qué no puedo hacer lo mismo besándote a ti?

— Trevor.

Empezó él.

>>—Mira, yo…

Trevor soltó su mano.

—No tienes que explicarme nada.

Interrumpió a Trevor.

>>—Hasta un ciego puede darse cuenta de que ese hombre quiere acercarse para arrancarte de mi lado, pero me tiene lástima por mi enfermedad y no lo hace.

—Kendal, nunca te lastimaría.

— ¿En serio?

Trevor rió.

>>— ¿Aún no asumes que voy a morir? Cualquiera siente lástima por mí.

Claro que lo asumía, Trevor iba a morir. Ya no estaría allí para agraviarlo, molestarlo o debatir con él, ni mostrarle cosas maravillosas en las que nunca había reparado. Y maldita sea, ¡cuánto lo echaría de menos!

— Yo no siento lástima por ti, te has convertido en un gran amigo para mí.

<<El único amigo de verdad que tenía ahora>>.

—Te diré una cosa, la primera vez que me dieron el diagnóstico, no hacía más que pensar que se trataba de una pesadilla, que un día despertaría y descubriría que todo estaba bien.

Trevor lo miró.

>>— Sentí lástima por mí mismo mucho tiempo, y aunque no lo creas, una vez que lo aceptas te resulta una situación mucho más fácil de manejar.

— Pero, ¿cómo puedes aceptarlo?

De pronto sintió ira. Contra él, contra el universo, contra la vida, contra todo.

>>— Eres tan talentoso. Tienes tanto para dar. ¡Un profesor brillante! Con tu inteligencia

podrías contribuir mucho en este mundo.

Explotó, pero Trevor no perdió la tranquilidad.

— ¿Quieres decir que por qué me tocó a mí y no a una cabeza hueca que no tiene nada para ofrecer?

Preguntó Trevor. Parecía divertido.

— A eso mismo me refiero.

Gruñó Héctor.

>>— Me parece que hay mucha gente despreciable y egoísta que no hace otra cosa en este mundo más que ocupar espacio. Algunos viven hasta los cien años y su único aporte es el dolor y la miseria…

Trevor detuvo el torbellino de palabras, colocándole un dedo sobre los labios.

—Una de las cosas que he aprendido es que ninguno de nosotros tiene derecho a juzgar al otro por lo que aporta o no al mundo.

Sacó el dedo, pero antes de apartar la mano, Trevor trazó la línea inferior de sus labios con el dedo índice. Héctor se quedó perplejo. Cuando Trevor desvió su mirada hacia donde estaban los puestos de comida, Héctor siguió su mirada, dejó de respirar cuando observó a Kendal retirarse, sus pasos firmes y apresurados y la tensión en su espalda le dijeron que estaba molesto.

—Parece que tu novio sí tiene compasión por un hombre moribundo. Si hubiera sido Lander, por ejemplo, tu mecánico no habría tenido problemas en venir a golpearlo.

—Kendal no es mí…

—Pero te gusta, ¿no es así?

Trevor volvió a recargarse contra el árbol.

>>—Desde el primer momento que te vi, me di cuenta de que eres gay.

— ¿En serio? ¿Cómo puedes estar seguro de ello si ni siquiera yo mismo lo sé?

Héctor lo miró molesto, pero su mirada volvió a regresar por donde Kendal se había ido. Su instinto le decía que debería seguirlo y explicarle que Trevor y él solo eran amigos, pero su lado razonable le decía que no le debía a Kendal ninguna explicación.

— ¿Todavía te sientes confundido?

Preguntó Trevor. Héctor sintió una extraña emoción que le desgarraba las entrañas. Pero ni él pudo comprender por completo la sensación.

>>—Sé lo difícil que puede ser al comienzo, pero solo es cuestión de aceptarse a sí mismo.

—Nunca me llamaron la atención las mujeres.

Admitió agachando la cabeza.

>>—Pero tampoco he tenido las agallas para intentarlo libremente con un hombre, uno de los planes de mi año sabático era perder la virginidad.

Murmuró la última parte, sintió las mejillas enrojecer, no debió de decirle eso a Trevor, conociéndolo, el hombre estaría a punto de hacerle infinidad de bromas al respecto. ¿Virgen a los diecinueve? ¿Se podría ser más patético?

—Yo tuve mi primer novio en el bachillerato.

Dijo Trevor, recargando la cabeza contra el tronco y cerrando los ojos.

>>—Perder mi virginidad con él fue una película de terror, ninguno de los dos teníamos idea de lo que hacíamos.

— ¿Cómo descubriste que eras gay?

Preguntó. Trevor se encogió de hombros.

—Simplemente lo sabes.

Héctor medio sonrió.

>>—Tu instinto nunca te falla, eres o no eres, es así de simple.

Así era el hablar con Trevor, era tan sencillo. ¿Por qué no podía comunicarse de esta forma con los demás?

—El doctor Lander me dijo que antes de venir a Forks, tenías un novio.

Se arriesgó a preguntar, quería aprovechar este momento donde al parecer Trevor estaba siendo sincero para averiguar un poco más sobre su vida.

—Conocí a Joe en una librería, y a contrario de lo que Lander piensa, Joe no es una mala persona.

Continuó él.

>>— Me quería de verdad. Estuvo a mi lado cuando la enfermedad me atacó con fuerza, no me abandonó cuando me dieron el diagnóstico definitivo y seguramente estaría conmigo ahora si se lo hubiera pedido.

—Pero no lo hiciste.

Comentó Héctor. Trevor abrió los ojos y ladeó la cabeza para mirarlo.

—Era injusto seguir pidiéndole que sacrificara todo por mí, teníamos planes, ¿sabes?

No había amargura ni irá en su voz. Solo resignación.

>>— Yo sabía que moriría y él no soportaría verme morir, ya había soportado demasiado, tenía derecho a continuar con su vida. Hace poco me enteré de que se casó y al parecer es feliz, yo le deseo lo mejor. Fue una persona muy importante para mí.

Trevor sonrió, cruzó los brazos sobre su pecho y poco a poco se deslizó hasta colocar su cabeza en el hombro de Héctor.

—Aun así, opino que si te amaba debió haberse quedado contigo.

Murmuró molesto, se suponía que el amor verdadero era "*en las buenas y en las malas*" la frase favorita de las bodas, junto con el "*hasta que la muerte los separe*"

—Ya te he dicho que la vida no es justa, Héctor, supéralo.

Murmuró Trevor.

>>— Tu turno. Háblame de tu novio.

—No es mi novio.

Rodó los ojos.

>>—Kendal está trabajando eventualmente en el bar del restaurante.

Comentó.

>>—Al principio creí que solo quería ser mi amigo, después hizo varias insinuaciones, pero yo no podía estar seguro de nada hasta que me besó…

— ¿Y no le gustó el beso?

Preguntó Trevor, al parecer estaba bastante cómodo recargado en su hombro. Héctor le contó todo, cómo había visitado su taller, lo que habían hablado, y cómo fue que sucedió el momento en que Kendal lo besó. Trevor escuchó con atención, nunca se le cruzó por la mente que él tenía problemas mucho más graves que los de Héctor. El que Trevor escuchara sus problemas los ponía a ambos a la misma altura. Eran amigos y los amigos comparten tanto las buenas como las malas. Ni siquiera importaba que Trevor fuera once años mayor que él. La verdad era que cuando estaba con Trevor dejaba de pensar en la diferencia de edad entre los dos.

— Fue su mirada después de eso…

Trevor apretó sus manos juntas.

>>—No sé si lo hice bien, no sé si Kendal es gay y simplemente está burlándose de mí, yo lo

miro todo el tiempo cuando creo que no me está mirando, a lo mejor se dio cuenta y…

Trevor se enderezó y lo miró.

— ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor él pensó que no le corresponderías el beso y se sorprendió cuando lo hiciste?

Héctor observó a Trevor como si le hubiera crecido otra cabeza.

>>—Hay personas que sienten atracción por otras, pero al primer beso, al primer contacto se puede saber si son o no compatibles, a lo mejor Kendal descubrió que en verdad le gustas.

Héctor revoleó los ojos.

— Bueno, yo…

Se interrumpió al ver la mirada compasiva de Trevor.

—No sabrás lo que Kendal sintió si no le das la oportunidad de explicarte. En una relación, la conversación es la clave. Deja de suponer cosas por tu cuenta.

—No es tan sencillo…

Necesitaba su consejo. Se dio cuenta de que confiaba más en él que en cualquier otro amigo que hubiera tenido. Ignoraba cómo sabía que podía confiar en él, no era algo sencillo de determinar, pero estaba absolutamente convencido de que Trevor era un amigo con todas las de la ley y que jamás traicionaría su confianza.

—Si lo es, solo habla con él.

Héctor gimió.

— ¿Y si resulta que no le gusto? ¿Qué lo que pienso es verdad?

—Entonces no perderás nada, lo sabrás con certeza y dejarás de suponer cosas, lo superarás y de esa forma estarás preparado hasta que otra persona mejor aparezca en tu camino.

Héctor rodó los ojos al cielo.

—Dicho por ti, no suena tan complicado, siempre haces que las cosas parezcan tan sencillas.

—Es que aún eres un bebé.

Trevor sonrió mostrando todos sus dientes y le dio un par de palmadas en la cabeza.

>>— Los jóvenes de tu edad se ahogan en un vaso de agua.

Héctor ya había perdido la cuenta de cuantas lecciones y frases para reflexionar que Trevor le había dado ese día. Al parecer, a Trevor le gustaba sermonear siempre, era su naturaleza, pero ahora mismo a Héctor ya no le molestaba que lo hiciera, al contrario, siempre aprendía cosas nuevas cuando estaba con Trevor. Por un largo momento se sumergieron en un cómodo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos y observando a las demás personas convivir. Poco después, el doctor Lander fue liberado por las damas y regresó al lado de ellos.

— ¿Cómo va todo?

Preguntó él.

— Yo me estoy divirtiendo.

Comentó Héctor.

—Yo opino lo contrario.

Trevor estaba masticando una zanahoria.

>>—Está aquí al lado de un moribundo, mientras que en algún lugar del parque hay un hombre sexy que está enojado con él. Resulta que nuestro pequeño amigo puede ser un poco torpe en cuestiones de amor.

Dijo Trevor, divertido, el doctor Lander enarcó una ceja.

— No podías quedarte callado, ¿cierto?

Héctor entrecerró los ojos.

— Quiero que dejes de ser un idiota y vayas a hablar con el mecánico.

— No puedo.

¿Por qué lo presionaba con el tema? Lo miró furioso, pero Trevor ni parpadeó. Demonios.

>>— Maldición.

Protestó. ¿Estaba hablando con una persona que había tenido la valentía de enfrentar la muerte y él no era capaz de hablar con el hombre que le gustaba?

>> — Está bien.

Dijo pesaroso.

>>— Hablaré con él, ¿estás feliz?

Trevor sólo se limitó a contemplarlo con ojos misteriosos.

—Bien.

Dijo Trevor, regresando la mirada al doctor Lander, el cual los observaba sin comprender nada. Trevor estiró el brazo hacia su amigo.

>>—No quiero alejarte de la diversión, pero ¿podrías llevarme a casa? Héctor tiene algo importante que hacer.

El doctor Lander ayudó a Trevor a levantarse. Después, el doctor comenzó a recoger la manta y la mochila que Trevor había llevado con un poco de comida y sus medicamentos. Héctor se colocó enfrente de Trevor.

—Yo te llevaré, buscaré a Kendal en otra ocasión.

Su madre le había prestado un auto para que viniera al parque con Trevor.

—No.

Trevor le dirigió una mirada que no supo descifrar.

>>—Búscalo, la verdad te hará libre.

— Para ti es fácil decirlo.

— No seas tan negativo.

Trevor se rió.

>>— ¿Qué es lo peor que podría pasar?

— ¿Qué haga el ridículo?

— Si no te quiere por lo que eres.

Razonó con seriedad.

>>— ¿Vale la pena tenerlo a tu lado?

— Me gusta.

Rezongó entre dientes, fuera de sí.

>>— No quiero verlo, recházame.

— Las pequeñas decepciones fortalecen el carácter.

Trevor le sonrió y colocó una mano en su hombro.

>>— Estarás bien.

—Te odio en este preciso instante, ¿sabes?

— Lo sé.

Respondió enigmáticamente.

>>— También lo superarás.

Con esa frase, dio media vuelta y se alejó con el doctor Lander a su lado. Mientras se marchaban, el doctor Lander giró el rostro para decirle algo a Trevor que, por supuesto, con tanto ruido él no alcanzó a escuchar, pero el rostro del doctor Lander reflejaba algo de preocupación. Trevor, por su parte, simplemente negó con la cabeza y alzó la mano como intentando silenciar

al médico. Héctor solo podría suponer que ambos amigos estaban hablando de él, pero no tenía por qué preocuparse por ello, ya que tenía otra preocupación mucho más mortificante en la que pensar. Suspirando, observó a su alrededor, tenía que encontrar a Kendal entre más pronto mejor, así de una vez por todas tal vez pudiera superar esto y seguir adelante con su vida. Una decepción amorosa no lo mataría, esperaba que Trevor tuviera razón, y de una vez por todas fuera libre.

CAPÍTULO 8

Durante casi media hora estuvo buscando a Kendal por las zonas del parque. En su camino, se encontró con algunos empleados de su padre que lo invitaron a tomarse algo con ellos. Estaban siendo amigables, pero estaban pasando por alto que solo tenía diecinueve años y no tenía la capacidad legal para tomar bebidas alcohólicas. No era que él no hubiera tomado cerveza con sus amigos del instituto alguna vez, había roto las reglas muchas veces, pero en este pueblo, las noticias viajaban rápido.

Encontró a Kendal en una zona del bosque medio apartada de todo el bullicio de la gente, había un grupo de hombres que estaban alrededor de una barbacoa, parecían estarse divirtiendo, entre toda esa comida, bebida y música, las estruendosas risas le indicaban que muchos de ellos ya estaban medio alcoholizados. Estuvo a punto de darse la media vuelta y marcharse, pero las palabras de Trevor en mente le impidieron hacerlo. Tomando su decisión, procedió a hacer lo que Trevor le sugirió, o mejor dicho, "*le obligó a hacer*". Héctor estaba dispuesto a hacer este ridículo para después poder restregárselo en la cara a Trevor.

Con un nudo de nervios en el estómago, Héctor se dirigió a través del pequeño claro. El nudo de su estómago se volvió más apretado cuando la mirada de los chicos se clavó directamente en él, pero trató de mantener la vista directamente en Kendal, el cual estaba lanzando rocas a través del río. Con cada paso que se acercaba a inhalar y exhalar se volvió un poco trabajoso. El corazón de Héctor se detuvo en su pecho, y se quedó inmóvil, convencido de que Kendal lo había visto llegar. Claramente ajeno, Kendal siguió arrojando pequeñas piedras hacia el río; estas rebotaban una o dos veces antes de hundirse entre la corriente. Héctor se detuvo a unos pocos metros de él, esperando a que Kendal detectara su presencia. Pero, con su mirada herméticamente fija en el río y su rostro arrugado por la concentración, Kendal no se dio cuenta. En cambio, los bíceps de Kendal seguían abultándose mientras seguía con lo suyo. Uno de los amigos de Kendal se alejó de ellos adivinando que la situación era un poco delicada; se lo agradeció mentalmente.

—Jamás entendí cómo es que logran que la piedra rebote.

Dijo Héctor. Quedando a mitad de su último lanzamiento, Kendal giró su cabeza para mirarlo, sus ojos mostraban asombro por verlo ahí. Héctor no podía decir si el hombre se alegraba de verlo, o estaba enojado por la interrupción.

—No es complicado si tienes toda la vida haciéndolo.

Contestó Kendal, su voz cuidadosa.

>>—Esa es la ventaja de crecer en un pueblo como este en lugar de las grandes ciudades a las que estás acostumbrado.

Héctor hizo una mueca, <<*Auch*>>, ese había sido un golpe bajo, pero decidió dejarlo pasar.

—No todo en la gran ciudad es tan malo.

Héctor sabía que sonaba tan nervioso como se sentía.

>>—Pero comienzo a comprender por qué a muchos les gusta vivir fuera de ella, soy cabezota pero no soy tonto.

Kendal arqueó una ceja.

— ¿Me vas a decir que después de un par de semanas ya eres todo un pueblerino?

Héctor medio sonrió.

—Aún no, pero me muestro positivo al respecto.

Su sonrisa fue un poco más amplia.

>>—Creo que es mejor adaptarse a las circunstancias antes de seguir escuchando los sermones de Trevor.

Kendal hizo una mueca. Pero no se rió de su chiste.

—Si *Trevor Murphy* puedo adaptarse, no veo por qué tú no puedas hacerlo.

No le pasó desapercibida la manera en la que había pronunciado el nombre completo de Trevor. ¿Sería que Trevor tendría la razón? Haciendo una pausa, Héctor decidió ir al grano.

—No soy Trevor, además él tiene más años de experiencia que yo, y a eso tienes que sumarle que puedo llegar a ser más despistado.

Kendal parpadeó. Después regresó su vista al río y reanudó su lanzamiento de piedras. Héctor siguió adelante, con la esperanza de que la actitud de Kendal pudiera mejorar con el tiempo.

>>—Lamento lo del otro día.

— ¿Qué es lo que lamentas exactamente?

Preguntó Kendal sin dejar de lanzar piedras.

>>— Creo que fue mi culpa, yo malinterpreté tus preferencias.

Héctor enarcó una ceja; su renuencia a enfrentar la mirada de Héctor de nuevo sólo hizo que la tensión empeorara. Mierda, el hombre no sabía cómo ceder ni un centímetro. Héctor consideró irse. Estar aquí con su corazón en la mano era una tortura.

—Lamento haber huido como lo hice.

Dijo Héctor.

>>—Me asusté, yo jamás había besado a un hombre a pesar de que hace algún tiempo descubrí que tengo preferencias por ellos que por las mujeres.

Una amarga risa se le escapó.

>>—Desde que llegué a Forks he podido reflexionar sobre tantas cosas, en realidad, estoy dudando de casi todas las decisiones que he tomado últimamente, y lo que menos deseaba era arruinar nuestra amistad.

Kendal levantó una ceja secamente.

—Me estás diciendo que… ¿eres virgen?

A pesar de la tensión, la esquina de los labios de Héctor se elevó.

—Sé que los chicos de la ciudad tienen pinta de ser liberales, promiscuos y aventureros, pero yo aún estaba tratando de definirme cuando mis padres me arrastraron aquí.

Kendal había dejado su labor de lanzar piedras y ahora lo miraba con rostro sorprendido.

—Cuando te vi huir, pensé que estabas horrorizado al descubrir mis preferencias.

Kendal apretó los labios.

>>—Pensé que me había equivocado al pensar que te sentías atraído por mí.

—Y yo pensé que te estabas burlando de mí, en el instituto tuve que soportar el bullying de muchos compañeros abusivos.

Kendal dio un paso cerca de él y colocó una mano en su mejilla.

—Soy un hombre, no un chico de instituto, no juego a la hora de tratar de luchar por algo o alguien que me gusta.

Después de dos latidos en que sus miradas se cruzaron, Héctor descubrió que se sentía mucho mejor. Trevor había tenido razón, ahora sentía como si un gran peso hubiera dejado su espalda. Eso animó a Héctor a continuar. Por primera vez se permitió tener una esperanza.

—Soy cabezota, terco y obstinado y te lo digo porque tengo la tendencia de meter la pata muy seguido.

Héctor empujó su cabello hacia atrás y tomó aire para fortalecerse.

>>—Me gustas, Kendal, yo no tengo experiencia en esto de las relaciones, soy algo… despistado y apenas estoy intentando conciliar lo que soy con lo que me gusta, tengo miedo de la reacción de mi familia al enterarse de que soy posiblemente gay.

Kendal pareció dejar de respirar, y Héctor pudo distinguir la batalla emocional que tenía en sus ojos.

—Yo…

Con una mirada de frustración, Kendal frunció el ceño y alzó la vista para mirar atrás de él. Héctor apretó los labios, se había olvidado por un instante donde estaban, esperaba que los amigos de Kendal estuvieran lo suficientemente lejos para no haber escuchado sus vergonzosas declaraciones. <<*Seguramente están grabando todo para subirlo a redes sociales*>> pensó mortificado. El corazón de Héctor bombeaba duro, y luchó por mantener su expresión bajo control.

>>— Yo ya no soy un chico de instinto.

Dijo Kendal volviendo la vista hacia Héctor.

—Eso es más que obvio.

Intentó bromear, pero Kendal permaneció serio.

—Tengo veinticinco años, mi propio negocio y tengo prioridades.

Héctor se dio cuenta de que estaba siendo rechazado, luchó por controlarse y no salir corriendo. Ya que correr de todas las situaciones incómodas era su naturaleza.

—Y yo tengo solo diecinueve y no tengo la menor idea de qué voy a hacer con mi vida…

—Esto es más que solo nuestra edad.

Dijo Kendal trazando su labio inferior con el dedo índice.

>>—Me gustas, Héctor, mucho, pero quiero que comprendas que esto no es un juego para mí, yo ya no estoy en esa etapa en la que solo tontear con hombres era divertido, ¿comprendes? Héctor se olvidó de tomar una respiración.

—Yo comprendo…

Susurró.

>>—Pero tienes que ser consciente de que no tengo la menor idea de qué sucederá en unos meses, quiero ir a la universidad, ese es el plan, aunque el plan de hace un mes era solo vagar por Seattle, no podemos planear cada aspecto de la vida.

Kendal frunció el ceño de nuevo.

—Yo no te impediría ir a la universidad.

—Lo sé.

Contestó Héctor.

>>— Pero también corre el riesgo que para ese entonces esté tan enamorado de ti que no quiera marcharme.

Héctor se acercó más.

—Tienes razón, tal vez para ese entonces yo tampoco quiera que te marches.

Suspiró y rodó la cabeza, como para aliviar los músculos tensos.

>>— ¿Eso quiere decir que es mejor que nos apartemos e ignoremos lo que ambos sentimos?

El espectro de una sonrisa venía y se iba de la cara del hombre, las palabras se expandieron en el pecho de Héctor, con el potencial de matarlo. Héctor consideró la pregunta, ¿era lo mejor? Kendal tenía su vida en Forks y Héctor no deseaba quedarse ahí. Ir a la universidad era solo un trampolín para la vida que deseaba tener, una gran ciudad estaba en la lista, pero… Kendal

estaba aquí, y en serio Kendal le gustaba muchísimo. Por un instante, Héctor pensó en todo lo que dejaría atrás cuando se marchara, Trevor llegó a su mente. El mejor amigo que hubiera tenido jamás, aunque en este caso el que primero podría dejarlo atrás sería Trevor, por un instante se preocupó al recordar qué pálido estaba el hombre antes de marcharse. También pensó en lo que Trevor le aconsejaría hacer en esas circunstancias. Héctor sonrió. El alivio lo golpeó, dejando las piernas de Héctor torpes, pero de todos modos se las arregló para cerrar la brecha entre ellos. Se movió tan rápido que a Kendal no le quedó más remedio que atraparlo cuando Héctor se pegó contra su pecho. Con un suspiro, Héctor presionó su frente contra la sien de Kendal.

—No podemos estar viviendo esperando un futuro que tal vez no llegue nunca.

Dijo con solemnidad.

>>—Me gustas, Kendal, y quiero estar contigo, así sea una semana, un mes, un año… el tiempo no importa, ya resolveremos los problemas del futuro cuando lleguen.

Kendal cerró los ojos y tomó en un puño la parte delantera de la camisa de Héctor.

—Héctor…

Dijo Kendal con brusquedad.

>>—Realmente eres increíble, ni siquiera pereciera que tenías diecinueve años.

Con un gran suspiro cósmico de alivio, Héctor finalmente se relajó. Su pulso estaba fuera de control, lentamente se calmó mientras inhalaba el aroma particular de este hombre. Los minutos pasaban, pero, aun así, no se movían. Y no les importaba quién pudiera estar mirando.

—Lo que siento nada tiene que ver con mi edad.

Dijo Héctor.

>>— Trevor, me aconsejo que simplemente dejara de ser estúpido y hablara con sinceridad, no tenía nada que perder si lo intentaba, pero mucho que ganar si lograba aclarar las cosas contigo.

En respuesta, Kendal giró la cara y unió sus bocas, y Mental tomó su labio inferior entre sus labios. El toque no era más que un simple roce de piel contra piel, un compartido, húmedo aliento de exhalación. Y exhalación. Pronto, Kendal se apartó y lo miró directamente a los ojos.

—Entonces creo que le debo un gran favor a Trevor Murphy.

Héctor sonrió nerviosamente.

—Mejor no le digas nada, ya bastante inflado, tiene el ego sin tener que alimentárselo, no quiero soportar toda una semana donde esté dándome la lata hasta que admita que tenía razón.

Ambos rieron. Pero Kendal tenía razón, ellos le debían una a Trevor. Héctor admitía que gracias a él había logrado comprender muchas cosas de la vida en esas escasas semanas que en toda su vida en la gran ciudad. Tenía un gran apoyo en Trevor, más aún que en todos sus amigos del instituto o todos aquellos que tenía en las redes sociales. Gracias a Trevor ahora podía comenzar una relación con el hombre que le gustaba. Le debía mucho a Trevor, pero le dolía pensar que pronto él dejaría de ser parte de su vida. Con esa idea en mente se abrazó a Kendal, agradecido por haber hecho algo bien y ahora estuviera en brazos de ese hombre, pero también tenía miedo, mucho miedo al pensar que tarde o temprano perdería a la otra persona importante de su vida.

CAPÍTULO 9

Era un poco tarde cuando Héctor estaba estacionando el auto de su madre en el garaje, no perdió el tiempo en bajar del auto y caminar hacia la acera donde Kendal estaba estacionado con su motocicleta. El hombre había insistido en escoltarlo hasta su casa. Héctor había tenido la intención de decirle que no era una dama indefensa que necesitaba que lo llevaran a casa, pero sabiamente se había quedado callado. Esto era nuevo para ambos, lo único que tenían que hacer era tratar de averiguar cómo manejar su relación. Héctor sonrió al acercarse a su novio. ¿Por qué eran novios, no? No hacía falta que ninguno preguntara, eran hombres, no era como si Héctor necesitará que Kendal le hiciera la pregunta, o ¿estaba correcto que Héctor la hiciera?

—Tienes esa mirada en tu rostro otra vez.

Dijo Kendal al bajarse de la motocicleta.

— ¿Qué mirada?

Kendal se recargó sobre el asiento de su moto y abrió los brazos para que Héctor se acercara. Dudó, era noche, y muchas de las casas alrededor estaban oscuras, muchos seguían en la feria o estaban dormidos. Su madre le había enviado un mensaje diciéndole que le había dejado algo de comida para él en la nevera. Era bueno saber que los horarios de llegada que le imponían en Seattle se habían relajado completamente en Forks; sus padres pensaban que en este pueblo no había tantos peligros por los cuales preocuparse.

—Esa mirada de qué estás pensando las cosas demasiado.

Kendal estiró el brazo y lo sujetó por la chaqueta, con un rápido tirón lo atrajo hacia sus brazos.

>>— ¿Crees que el pueblo enloquecerá al descubrir que eres gay?

—Tal vez no el pueblo.

Señaló con la cabeza su casa.

>>—Pero mis padres sí podrán comenzar a sacar espuma por la boca.

—Tus padres te aman, se preocupan por ti, todos parecemos verlo menos tú.

Héctor hizo una mueca.

—He de admitir que estaba un poco resentido.

Suspiró.

>>—Pero tampoco he sido un buen hijo.

Kendal sonrió, se inclinó hacia adelante, llegando lo suficientemente cerca de su rostro y llevando a sus labios juntos. Kendal cubrió los labios de Héctor, sujetando su cabeza firmemente, asegurándose de que no había manera de que Héctor pudiera escapar de este imponente beso. Héctor encontró la diferencia de este beso con aquel que compartieron en el taller de Kendal o el que compartieron en el parque, durante las horas que convivieron con los amigos de Kendal. Él lo había tocado, abrazado, sujetado por la cintura y le había dado uno que otro beso en la mejilla o en la sien. Sus amigos no hicieron comentarios malos al respecto, al contrario, le dieron la bienvenida en su pequeño grupo, claro que le hicieron pequeñas bromas a Kendal, al parecer la última semana Kendal había estado de mal humor y sus amigos le agradecían a Héctor haber sacado a su amigo de su miseria.

Ahora estaban solos y, por lo tanto, Kendal estaba besándolo profundamente, colocando todo lo que tenía en el beso. Kendal dominó los labios de Héctor, lo acercó tanto a su cuerpo que, en la posición en la que estaban, era difícil decir dónde comenzaba uno y terminaba el otro. Héctor

abrió la boca, dando la bienvenida a su lengua, saboreando el sabor de menta mezclado con alcohol, en la boca de Kendal. Héctor respondió, agarrando puñados de la camiseta de Kendal y tirando de sus cuerpos más cerca. Mientras Kendal parecía perdido en su pasión.

Héctor quería más…

Héctor deseaba…

Héctor estaba a punto de pedirle más a Kendal cuando el sonido de un auto aproximándose los hizo separarse repentinamente. Héctor no pudo alejarse demasiado, ya que, si lo hacía, terminaría de rodillas en el suelo, no sentía las piernas.

—Creo que será mejor… que me vaya.

Dijo Kendal.

—Si… creo que es lo mejor.

Héctor suspiró.

>>—Aunque no quiero que te vayas.

Admitió un poco avergonzado. Kendal rió bajito y le dio un rápido beso en los labios.

—Tomaremos las cosas con calma.

Kendal se levantó e hizo que diera unos pasos hacia atrás.

>>—Nos veremos mañana.

Kendal le dio otro beso, no tan apasionado como el anterior, pero no por ello menos importante, después, con una sonrisa en el rostro, se colocó el casco y subió a la moto. Héctor alzó la mano en forma de despedida. Se quedó en la acera unos segundos, viéndolo alejarse. Suspirando, se giró, se dirigió hacia el garaje para estacionar correctamente el auto de su madre y después cerrar la puerta. Estaba colocando el seguro del garaje cuando le pareció escuchar una tenue melodía de piano, caminó hacia un lado de la casa por el pequeño camino del jardín que dividía la casa de él con la de Trevor y Lander. Conforme avanzaba, la melodía se hacía más y más alta, entonces se dio cuenta de que había una tenue luz en la habitación de Trevor. Se acercó a la ventana y gritó al ver a Trevor sentado ahí.

—Mierda.

Gruñó, Trevor no reaccionó a su estallido, estaba cómodamente sentado en el diván que estaba contra la ventana, su espalda estaba recargada en varias almohadas. Su ventana estaba media abierta, y no tenía que agregar que estaba haciendo mucho frío, pero al parecer Trevor era el único ciudadano en todo Forks al cual no le afectaba.

>>— ¡Me asustaste! ¿No deberías estar ya dormido?

— ¿Acaso eres mi madre, niño?

Preguntó Trevor con melancolía en la mirada, ¿estaría sintiendo dolor?

—Si no puedes dormir, por lo menos permanece dentro de casa, está a punto de llover nuevamente, hace frío.

Contestó Héctor. Trevor rodó los ojos, se levantó de la ventana y caminó hacia donde estaba el tocadiscos antiguo que tanto le gustaba. Héctor no esperó a que Trevor le dijera nada, simplemente actuó porque así le dijo su instinto. Entró por la ventana como todo un criminal, cerró la cosa y la aseguró. Le tendría que decir al doctor Lander que necesitarían clavar esa cosa para evitar que Trevor siguiera haciendo tonterías. Él estaba muy descuidado con su salud.

— ¿Cómo te fue con Kendal?

Escuchó a Trevor preguntar, y una nueva melodía más tranquila comenzó a sonar en la habitación.

—Aclaramos las cosas.

Dijo, encogiéndose de hombros.

>>— Lo intentaremos, no sabemos si resultará, pero tenías razón, yo malinterpreté las cosas.

—Eso no me sorprende, eres muy lento para comprender las situaciones.

— Estoy solo un poco despistado.

—Muy despistado.

Trevor se volvió y lo miró, con una expresión ilegible. Un segundo después, Trevor se acercó a él, demasiado cerca para su comodidad.

— Trevor…

— Silencio…

Le tapó los labios con un dedo.

>>— Escucha.

Murmuró, sus dedos delgados estaban fríos, pero Héctor no articuló palabra. No quería preguntarle cómo se sentía, ni por qué tenía las manos tan heladas. Sólo se quedó parado con él allí, en medio de su habitación y bajo la tenue luz de la lámpara de noche y la música clásica rodeándolos. Trevor lo atrajo hacia sí y le rodeó los hombros con el brazo. Era un abrazo extraño, se tensó un segundo, pero después simplemente fue algo natural para Héctor apoyar la cabeza contra su pecho y rodear la cintura de Trevor con los brazos. El hombre era delgado, demasiado, cerró los ojos y sujetó en puños fuertemente cerrados la sudadera de Trevor por la espalda. Lentamente, comenzaron a moverse, poco podría ser considerado ese balanceo como un baile, pero para ellos lo hicieron, bailaron y permanecieron así, juntos, durante un rato. Todo el tiempo Héctor luchó por deshacer el nudo que tenía en su garganta.

La melodía cambió. Trevor le apretó el hombro y Héctor sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Parpadeó con desesperación, no deseaba arruinar la magia con un llanto de tristeza o compasión. En otras circunstancias esta sería la situación romántica perfecta, la luz, la música, el aroma particular de Trevor. En una película romántica, sería el momento ideal para besar a Trevor y después el ambiente sería el ideal para irse a la cama y hacer el amor.

Pero la realidad era que Trevor se moría. Héctor tembló, devastado de pronto por la extraña belleza de ese instante imposible. Un instante que, al desaparecer, ya nunca más podría recuperarse. Un instante robado al tiempo. Héctor supo que jamás lo olvidaría. Permaneció allí por lo que a él le pareció una eternidad, aunque en realidad fueron pocos minutos. Trevor se apartó, lo sujetó por los hombros y lo colocó frente a él.

— Gracias.

Fue todo lo que dijo. Héctor asintió, mudo. Trevor le dio un beso en la frente antes de girarse y caminar hacia su cama. Héctor, sin decir una palabra, abandonó su habitación, caminó por el pasillo de la casa como si fuera un zombi. En la sala de estar se encontró al doctor Lander en el sofá. El hombre estaba leyendo un libro, el cual apartó cuando lo vio. El doctor Lander lo observó sorprendido. A Héctor le pareció escuchar que el médico le decía algo, había visto sus labios moverse, pero Héctor no se pudo concentrar lo suficiente como para comprender sus palabras. Ni siquiera dijo buenas noches al hombre, se dirigió a la puerta en rápidas zancadas, abrió y salió, cerrando la puerta detrás de él. Prácticamente, corrió los tres escalones del porche delantero de la casa. Al llegar a mitad del jardín, giró su cabeza al cielo, dejando que el aire helado enfriara su rostro.

— ¡Dios!

Ahora él tenía un problema, minutos antes de tener el beso más increíble del mundo mundial con Kendal, su ahora novio había logrado encender su sangre a un nivel inimaginable. Pocos

segundos después había estado abrazado a Trevor como si no hubiera un mañana y en ningún momento llegó a pensar en cómo Kendal se sentiría al respecto, no había hecho nada sensual con Trevor, simplemente se abrazaron y bailaron, fue algo inocente, pero, aun así, sentía como si hubiera engañado a Kendal. Se sentía el peor ser humano de la historia, sabía que estaba haciendo mal, muy mal, pero que Dios lo amparara porque no tenía la fuerza para hacer lo correcto, no podría de ninguna manera sacar a ninguno de los dos hombres de su vida.

— ¡Maldita sea!

CAPÍTULO 10

Una semana más tarde, Héctor entró derrotado en su habitación después de una larga jornada en el restaurante, lanzando su mochila hacia un rincón, se quitó los zapatos y se tumbó sin ninguna ceremonia sobre la cama. Su cansancio era cada vez más y más, no sabía si echarles la culpa a sus intensivas asesorías matutinas con Trevor, a la carga de trabajo en el restaurante, a su nuevo y frágil noviazgo con Kendal o…

Suspirando, se dio la vuelta y se colocó boca arriba en la cama, cerrando los ojos, se llevó la mano sobre la cabeza.

— ¿Eres un idiota? Héctor.

Murmuró. Claro que lo era, se estaba engañando solo, por supuesto que estaba estresado, pero no era por las asesorías, o por la carga de trabajo, era a causa de su confundido cerebro. Al principio era solo aclarar lo que sentía por un hombre o por el otro.

Trevor/Kendal.

Kendal/Trevor.

Era fácil, el problema real comenzó cuando una noche tuvo un sueño, algo… algo fuera de este mundo, tal vez era virgen en cuanto se refería a compartir relaciones sexuales con otra persona, pero había visto porno, y se había masturbado en incontables ocasiones, ¿qué joven hombre sano no lo hacía? El masturbarse pensando en hombres fue una de las causas que lo hizo darse cuenta de que podría ser gay hace muchos años. Y en casi todas sus fantasías para masturbarse involucraba hombres fuertes, viriles, sensuales… que lo besaban y lo tomaban de la forma más increíblemente posible que podía llegar a imaginar, solo podía imaginar cómo sería compartir sexo con alguien más, ya que jamás lo había hecho con nadie, pero últimamente su imaginación estaba fuera de control. Solo recordar ciertas cosas ahora mismo lo estaban haciendo excitarse.

>>—Mierda.

Esa noche había decidido ir a casa directamente. Con la disposición de estar solo, pensar, analizar su situación e intentar retomar la normalidad de su vida. Nada mejor que estar solo para lograrlo. Pero ahora su cuerpo estaba excitado, se mordió el labio, algo indeciso...

>>—No, ni hablar.

Se dijo para autoconvencerse. Pero su firme decisión se derrumbó diez minutos después, estaba claro que no podría dormir, mucho menos leer para tratar de tranquilizarse, no tendría la paciencia para concentrarse lo suficiente. Así que se rindió a lo inevitable.

Después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, se desnudó, apagó la luz y se metió bajo las sábanas. Cerró los ojos y pensó en Kendal, no había duda alguna que Héctor estaba enamorándose de ese hombre. No sólo por el atractivo físico, sino por cómo hablaba, la capacidad de convicción, por sus ideas... todo en él lo atraía.

Kendal era tierno, pero al mismo tiempo era fuerte, sexy, seguro de sí mismo, así que imagino que él tomaba la iniciativa, rodeándolo con los brazos y besándolo, de forma suave, sin avasallar. Movió sus manos por su tórax, deteniéndose un poco para acariciar sus tetillas.

—Kendal...

Susurró en la oscuridad, mientras imaginaba cómo él se afanaba en quitarle la ropa. Deslizó sus manos por su estómago, su vientre hacia el interior de sus muslos, ignorando su pene erecto. Héctor se concentró en sus testículos, sintiendo el peso de sus bolas, girándolas en una de sus

manos, mientras que con la otra mano regresó a sus tetillas y las retorció suavemente. Su cuerpo iba calentándose al imaginar a Kendal tocándolo y besándolo. Eso era más que suficiente para enviarlo al borde, el problema era que, en los últimos días, su maldito cerebro le había jugado muy feo. En su fantasía aparecía un tercer invitado, siempre ocurría mientras imaginaba que Kendal lo besaba, no podía evitar imaginar cómo alguien a pocos pasos aparecía y los observaba. La primera vez que ocurrió jadeó al darse cuenta de quién miraba sus movimientos. Ahora, ya hasta le resultaba de lo más normal que el rostro hermoso de Trevor apareciera en su fantasía. En su imaginación, Trevor no estaba enfermo, ni delgado, ni cansado, era un hombre sano y vivaz, de buen aspecto físico, no algo tan exagerado como Kendal, pero Trevor poseía una belleza de una forma más refinada.

Cuando vio que Trevor se acercaba a la cama, Héctor sujetó su pene en su puño para evitar correrse con solo la hermosa visión de dos hombres desnudos.

En su fantasía, Kendal lo giraba para quedar detrás de él y así ofrecerle al otro hombre la posibilidad de unirse. Era una locura, lo sabía, sin embargo, por difícil que fuera de explicar, no lo molestó como habría pensado en otro momento y siguió desarrollando su fantasía.

Trevor avanzó hacia ellos y, en un alarde de comportamiento primitivo, lo agarró de la nuca para atraerlo y besarlo. Nada de un contacto suave o una aproximación, sino que se lanzó directamente a devorar su boca.

Héctor comenzó a jadear y a bombear su pene, primero lentamente, prestándole mucha atención a la punta y esparciendo con cuidado el líquido pre seminal. Gemía descaradamente, amparado en la soledad y en el silencio nocturno de su habitación. A partir de aquel momento, los dos hombres tomaron el control y lo poseyeron sin contemplaciones: cuatro manos sobre su cuerpo que no cesaron de acariciarlo hasta que él quedó expuesto ante ellos, para lo que quisieran hacer.

—Eres precioso.

Susurró Kendal a su espalda, delineando su cuerpo con ambas manos hasta llegar a las caderas. Él volvió la cabeza y atrapó sus labios, mientras que Trevor llevaba su boca hacia sus tetillas.

—Sexy y jodidamente excitante.

Lo corrigió Trevor en un murmullo, sin apartar los labios de su piel.

—Y es nuestro…

Sugirió Kendal.

—Todo nuestro.

Contestó Trevor con una sonrisa peligrosamente provocadora. Era sorprendente que hasta este punto pudiera imaginar que ambos hombres eran capaces de ser amigos y trabajar en equipo, definitivamente era una locura, ya que en la vida real, ni siquiera había logrado que ambos aceptaran pasar un rato juntos. Trevor, por su parte, siempre ponía el pretexto de que no le gustaba salir de casa y Kendal siempre tenía trabajo. Esta misma semana ya dejaría de trabajar en el restaurante y se dedicaría a su taller y a todo el trabajo que tenía atrasado.

Mientras Kendal se apartaba un poco, él arqueó la espalda, facilitándole la labor a Trevor y decidió participar más activamente.

Quería tocarlo, posar las manos sobre su cuerpo. Él no opuso resistencia y dejó que explorase a su antojo, aunque aquello suponía dejar de tocarlo durante unos instantes. Héctor notó la piel caliente bajo sus dedos, los extendió y recorrió todos sus pectorales.

—Te deseo tanto, cariño.

Dijo Kendal ajustando nuevamente su cuerpo a su espalda y frotando su polla contra su suave trasero.

>>—No veo el momento de penetrarte y de ver cómo te corres entre los dos.

Trevor no dijo nada, ya que estaba completamente de acuerdo. Trevor se alzó un poco, permitiendo de esa manera que Héctor mirara su potente erección. Se humedeció los labios al más puro estilo actor porno. ¿Sería así de valiente en la realidad? se preguntó en silencio mientras seguía acariciando su pene y se giraba un poco de costado para que su mano derecha alcanzara la entrada de su trasero. ¿Cómo se sentiría tener una polla ahí? ¿Sería doloroso? Héctor solamente había tenido el valor de jugar con su entrada, pero nada más, no quería que su primera vez fuera con su mano o con algún objeto redondo y largo.

Trevor lo hizo incorporarse y se alzó por encima de él, agarrándose la polla. Le ordenó con voz firme que se la chupara. Levantó un instante la vista y se cruzó con su mirada. No era una sugerencia.

—Vamos, cariño, hazlo. Quiero ver cómo se la chupas a otro.

Él no sabía si el Kendal real habría dicho aquello, pero las palabras surtieron efecto y se inclinó hacia adelante, sacó la lengua y lamió sólo el glande. Suaves y delicadas pasadas, manteniendo las manos quietas, junto a los costados, mientras él se lo sujetaba.

—Joder...

Héctor sonrió al escuchar esa sencilla palabra con un marcado tono de excitación… y eso que aún no se la había metido entera en la boca. Kendal no se quedó como un simple observador, se sentó tras él, rodeándolo con piernas y brazos. Comenzó apartando su cabello y buscando su oreja, introduciéndole la lengua y estimulando toda la zona. Colocó las manos sobre su tórax, llegando hasta sus tetillas, los atrapó con dos dedos y presionó sin mucha fuerza.

—Hazle eso otra vez.

Indicó Trevor, controlando el movimiento de sus caderas para no metérsela hasta la garganta.

Kendal obedeció y se entretuvo un buen rato con sus doloridos pezones, mientras Héctor lamía la polla de Trevor cada vez con más soltura. Y no sólo metiéndosela en la boca, sino recorriendo toda la longitud con su lengua, hasta llegar a los testículos y chuparlos con igual dedicación.

—Se acabó el tiempo, es hora de cambiar posiciones, ¿no te parece?

Alegó Kendal, apartándolo de esa erección que parecía tenerlo completamente absorbido. Héctor protestó, pero no se opuso, pues, hasta cierto punto, su novio tenía razón, tenía que prestar su atención por igual a ambos. Kendal lo recostó en la cama y él, de rodillas, se puso junto a su cara para que Héctor pudiera dedicarle a su pene la misma consideración. Él no lo hizo esperar mucho. Primero se humedecieron los labios...

>>—Eso es, cariño.

Lo alabó Kendal, guiando su miembro hacia aquella boca tan tentadora. Trevor contempló toda la escena, no sin cierta envidia, pero compartir a un amante implicaba precisamente aquello, así que, como no tenía por qué esperar de brazos cruzados, se arrodilló frente a él y separó sus piernas. Héctor se tensó al sentir unas manos en el interior de sus muslos con intención de no quedarse allí. Cerró los ojos y siguió chupándosela a Kendal, mientras él, a su vez, experimentaba algo completamente nuevo, tan desconocido como indecente, cuando la lengua de Trevor se enredó en su pene.

—Delicioso...

Gruñó Trevor sin separarse, Héctor no podía controlar todas las sensaciones que invadían su

cuerpo. Dos hombres totalmente dispuestos a ocuparse de él, a ofrecerle el máximo placer, y él allí tumbado y dejando que sucediera, sin querer oponerse.

Héctor saltó y gritó de dolor alrededor de la polla de Kendal cuando el calor irradió desde su culo. La mano de Trevor bajó una y otra vez, la mano del hombre empezó a frotar su carne caliente, haciendo que se retorciera. Añadiendo fricción a su pene, Trevor pasó los dedos por la raja de su culo.

>>—Abre tus piernas.

Ordenó. Héctor hizo lo que se le dijo y sintió los dedos de Trevor separar más sus mejillas y frotar un dedo mojado en torno a su entrada. Entonces el dedo había desaparecido, pero volvió aún más húmedo y empujó en su entrada. Héctor empujó hacia atrás, dejando que se deslizara más profundo. Trevor no dio a Héctor mucho tiempo para empezar a utilizar un dedo antes de poner dos, luego tres. Además de la estimulación en su culo que Trevor le brindaba, tenía a Kendal a su lado, follándole la boca y sin dejar de atormentarlo con ocasionales pellizquitos en sus tetillas, de tal forma que se arqueaba como un loco en busca del siguiente, como si aquel dolor fuera necesario y adictivo.

>>—Va a correrse.

Anunció Trevor, apartándose unos instantes para mirarlo.

—Lo sé.

Combinó el otro entre jadeo y jadeo.

>>—Fóllatelo.

Indicó su novio, ya que no le apetecía lo más mínimo abandonar esa boca. Trevor no necesitó que se lo ordenaran dos veces. Fácilmente, volteó a Héctor, aterrizó sobre sus manos y rodillas, que fue justo donde Trevor lo quería. Así podría ser follado sin dejar de trabajar en la polla de Kendal.

En la vida real, sumergido en sus lujuriosas fantasías, Héctor no fue consciente de haberse girado sobre la cama y de haberse colocado en la misma posición. Estaba tan sumergido en su imaginación que su cuerpo estaba al límite. Su cuerpo estaba sudoroso, jadeaba, sus manos temblaban y su pene estaba tan duro que lo único que anhelaba era correrse… necesitaba correrse.

Trevor no perdió más el tiempo, moviéndose, cubrió con su cuerpo a Héctor, amando la forma en que su pecho estaba frotándose contra la espalda de Héctor. Sondeó con su polla el agujero de Héctor, en busca de esa pequeña abertura que luego traería tanto placer. Bajando, guio su pene a su destino y empujó hasta violar la abertura de Héctor. Él abrió desmesuradamente la boca al notar la dilatación de sus músculos internos.

—Caliente...

Dijo Trevor al comenzar a embestirlo de forma perversamente lenta. Él ya no podía controlarse más. Su cuerpo, sobrecargado de estimulación, ansiaba romper la tensión acumulada y llegar al orgasmo. Pero Trevor debía tener otras intenciones, pues sus envites sólo conseguían enardecerlo más, aunque necesitaba el toque de gracia.

—Voy a correrme en su boca...

Anunció Kendal. Héctor ya se había dado cuenta, pues Kendal no dejaba de jadear y de aprisionar sus maltrechos pezones, mientras arremetía una y otra vez, como un loco, sin control, llenándole la boca con su semen. Él lo liberó y se retiró discretamente, pero no así Trevor, que continuaba bombeando en su interior, dejándole marcas en la piel de sus caderas por la fuerza con la que lo sujetaba y golpeaba su interior. Héctor inhaló profundamente y cerró los ojos al

sentir cómo él, tras eyacular, lo conducía a un poderoso clímax.

Héctor no se movió ni un solo milímetro mientras escuchaba el débil sonido de un vehículo circulando por la calle, abrió los ojos y respiró agitadamente mientras se calmaba, era un desastre, sus sábanas están hechas un asco, su mano toda pegajosa por su semen, aún sostenía su pene medio duro. Necesitaba una ducha y limpiar ese desastre, pero antes, necesitaba un segundo para calmarse. Se dejó caer sobre la cama y miró al techo, tratando de respirar para tranquilizarse.

—Joder.

Susurró, se volvió para acurrucarse en una bola, sin ganas de levantarse de la cama para ir al baño a limpiarse. Follar con dos tipos al mismo tiempo nunca entró en su catálogo de sueños sexuales. ¿Quería tener sexo gay? Claro que sí. Tal vez tener fantasías sexuales variadas era parte de un sexo sano, fantasear con Kendal, el cual era su novio ahora, era lo más normal, no debería avergonzarse de ello, quería a Kendal, lo realmente malo en la situación era que su tercer visitante era nada más y nada menos que Trevor. Era una situación jodida, demasiado irracional. Trevor solo era su amigo, su mejor amigo, y nada más. Tenía que hacer algo antes de que la situación saliera de control y terminaría por joder más su cabeza.

CAPÍTULO 11

Héctor observó de reojo a Trevor, parecía que el hombre estaba profundamente dormido en el asiento del copiloto, pero Héctor sabía que no era cierto, dado que la última semana había sido un poco rara. «*En especial para él*». pensó que una salida de amigos para ver películas y conversar ayudaría a dos cosas, la primera era animar un poco a Trevor ya que en los últimos días lo había notado un poco más cansado, y el segundo objetivo y más importante de todos, era que Héctor necesitaba aclarar su cabeza, tenía que dividir su cerebro de su corazón, Héctor estaba cayendo enamorado de Kendal, él era genial y sexy y mucho más de lo que Héctor pudo llegar a imaginar, pero su cercanía con Trevor lo estaba arruinando todo, Trevor le gustaba, como amigo y nada más, pero esas fantasías que había tenido últimamente….

—Pensé que deseabas ver esta película, Trevor.

—Por supuesto, quiero verla.

Susurró Trevor sin apartar la mirada de la ventanilla.

>>—Sé que *el irlandés*[9] será nominado para varios premios, es una gran producción.

Héctor frunció el ceño sin apartar la mirada de la carretera. Era la primera vez que venía a Port Ángeles y no se sentía muy seguro todavía. Además, era la primera vez que su madre le prestaba el auto para ir más allá del pueblo. Cuando se le ocurrió esta idea, había pensado en venir en autobús, pero sería algo cansado para Trevor. El doctor Lander se había ofrecido a acompañarlos, pero dado que Héctor solo descansaba los lunes, era muy difícil para el médico tomar ese día de descanso.

— ¿Acaso puedes ver el futuro?

Se burló Héctor en un intento de sacar a Trevor de sus casillas y hacerlo reaccionar. Quería hacerlo enfurecer, ya que cada vez que Trevor decía algo sarcástico a Héctor lo tranquilizaba. En su mente, estúpidamente pensaba que si Trevor se irritaba entonces no estaba enfermo.

—Nunca me equivoco en este tipo de cosas, los clásicos son un éxito seguro.

Trevor hizo una mueca.

>>—Claro, que a tu generación eso no le interesa, cierto.

—Desde que te conozco he aprendido que lo vintage tiene su atractivo.

—No te olvides de publicar eso en tu *intagrama*.

Susurró Trevor sin entusiasmo.

—Instagram.

Corrigió.

—Da igual.

Suspiró Trevor. En los últimos días, había observado a Trevor un poco extraño he intentado hablar con él, pero sin ningún éxito, siempre le aseguraba que no tenía nada y cambiaba el tema. Intentaba también hablar con el doctor Lander, quería saber si la condición médica de Trevor había empeorado, pero él le aseguró que todo estaba como debería estar.

Unos minutos después, Héctor le demostró a Trevor que la tecnología no era tan mala si se utilizaba correctamente, ya que gracias al GPS de su teléfono pudieron llegar sin perderse a la plaza comercial donde estaba el cine. Al ser un día laboral, el lugar estaba medio vacío; eso fue una ventaja para ellos. Compraron palomitas, golosinas y unos nachos y se dispusieron a ver la película. Al menos Héctor estaba entusiasmado por pasarlo bien, Trevor, por otro lado… parecía que estaba en otro mundo.

En el transcurso de la película, Trevor se mostró atento a ella, pero a Héctor se le figuró que estaba viéndola sin verla. No sabía bien cómo explicarlo, era como si a Trevor en ese momento no le importaba nada de lo que ocurría en la sala de cine.

A su alrededor solo había otras cuatro personas, dos parejas para ser exactos. En medio de la sala estaba una pareja ya mayor; un poco a la izquierda, dos filas más arriba, estaba la otra pareja más joven y ellos estaban en la parte superior de la sala. El contemplar esas parejas no le quitó de la cabeza la idea de que Trevor y él estaban en una cita. Lo cual era incorrecto en muchas formas. Ahora comprendía por qué Kendal no se mostró muy entusiasmado cuando le dijo que saldría con Trevor. ¿Era correcto que pasara su día libre con su amigo y no con su novio?

—Menos mal que no hay niños en la sala.

Susurró Trevor.

>>—Los asustarías con tu ceño fruncido.

— ¿Yo?

Preguntó Héctor con sarcasmo, se llevó un puño de palomitas a la boca.

>>—Tú eres el que parece estar de muy mal humor últimamente.

—Es que descubrí que me he vuelto un poco estúpido últimamente.

Trevor estaba inquieto, incómodo.

—Soy tu amigo Trevor, sabes que puedes contarme lo que sea, quiero ayudarte.

Él hizo una mueca.

—No creo que sea conveniente que hablemos de esto.

— ¿Por qué?

Héctor apartó la vista de la pantalla y miró a su amigo. Trevor le dio una mirada antes de regresar su vista a la pantalla.

— Confía en mí, Héctor, es mejor dejar las cosas como están.

Negó con la cabeza. Durante un rato, Héctor no dijo nada, tal vez era mejor dejar el tema como estaba, pero la curiosidad lo estaba matando.

— ¿Es sobre tu salud?

Trevor miraba fijamente la pantalla, pero Héctor lo miraba a él; la película no le interesaba para nada en ese momento.

—No.

Contestó Trevor con una mueca.

>>—No puedo estar peor de lo que ya estoy, Héctor… al menos de momento.

— ¿Tuviste problemas con el doctor Lander?

— Héctor…

Comenzó Trevor, pero Héctor lo interrumpió.

— ¿Problemas con tu familia? ¿Te llamo tu ex novio? ¿Alguien te molestó por algo?

Trevor se echó a reír, no le importó que los otros lo miraran feo por interrumpir la película de esa manera.

— ¿Quieres la verdad?

Trevor extendió el brazo para sujetar su mano y lo miró a los ojos. Héctor asintió con la cabeza.

—Soy tu amigo Trevor.

—Ese es el problema.

Gruñó.

>>— Todo esto es culpa tuya.

Trevor lo contempló durante un largo rato, le acarició la mejilla con los nudillos de una mano. Héctor contuvo el aliento cuando Trevor se acercó y rozó con suavidad sus labios con los suyos. Héctor se apartó ligeramente de él. Lo miró con curiosidad y un poco de molestia. ¿Qué estaba…? Pero Trevor no se rindió, cubrió de nuevo la boca de Héctor con la suya, la lengua de Trevor se abrió paso entre sus labios, y con cada roce se avivaba más y más el fuego que lo consumía. Sin ser consciente, Héctor se aferró con fuerza al brazo de Trevor, debió haberlo apartado, pero no lo hizo. Correspondió al beso de Trevor como si no importara nada más, al terminar el beso, se desplomó contra el asiento sin saber cómo reaccionar. En sus fantasías, Trevor lo había besado un sinfín de ocasiones, pero esto…

Trevor se apartó y regresó su vista a la película, ninguno de los dos dijo nada, ya que por parte de Héctor no sabía qué decir. Su cerebro estaba en blanco, no reaccionó hasta que las luces de la sala se encendieron y comenzaron a correr los créditos finales de la película.

— Esto no me causa ninguna gracia. Trevor, tengo novio.

Le advirtió él mientras veía a las otras personas levantarse y alejarse.

— Lo sé.

Trevor suspiró.

>>— Ya lo sé, no tiene ninguna gracia. Ese chico te gusta mucho y yo no quiero arruinar su relación.

Héctor se puso de pie, estaba furioso, se giró hacia Trevor dispuesto a gritarle, pero algo dentro de él le dijo que su furia no era contra Trevor, era contra él mismo, era Héctor el responsable de todo esto, su mente y corazón estaban confundidos entre dos hombres. ¡Hasta tenía fantasías con eso! Era injusto culpar a Trevor por confundirlo aún más.

—Debemos irnos.

Dijo, sorprendiendo a Trevor, seguramente él también esperaba que comenzara a gritarle. Sin dirigirle una segunda mirada, Héctor recogió sus cosas y se encaminó hacia la salida. No se giró para comprobar si Trevor lo seguía, ahora mismo lo único que deseaba era un poco de distancia para poder pensar.

El trayecto de regreso a Forks fue una agonía. Héctor condujo a casa apenas siendo consciente de ello, no hablaron en el camino, ni siquiera se miraron, el plan original había sido salir del cine e ir a comer algo y pasear por la ciudad, pero dado las circunstancias, ninguno de los dos dijo nada cuando Héctor tomó la carretera que guiaba hasta Forks. La música en el coche era lo único que los salvaba de un incómodo momento.

Cuando traspasaron el letrero de bienvenida del pueblo, Héctor miró al cielo y frunció el entrecejo. Unos negros nubarrones provenían del oeste y su ominoso aspecto amenazaba con lluvia antes de que cayera la tarde. Dejaría a Trevor en casa y correría a casa de Kendal antes de que comenzara a llover. Necesitaba desesperadamente ver a Kendal.

— ¿Seguiremos así el resto de nuestras vidas?

Preguntó Trevor. Observándolo, pues había dejado de mirar hacia la calle.

>>— ¿Me odias ahora?

—Solo quiero llegar a casa antes de que comience a llover.

Rezongó Héctor, de mal humor.

— ¿Ahora el clima es el problema?

Tosió.

>>— Me importa un comino si cae una inundación, tenemos que aclarar las cosas, Héctor.

Héctor apretó los dientes y sus nudillos se volvieron blancos cuando apretó con fuerza el

volante del coche.

— Muy bien.

Estalló. Héctor, con un movimiento violento, se orilló en el camino, apagó el motor, encendió las luces intermitentes y se giró violentamente hacia Trevor.

>>— ¿Quieres hablar? De acuerdo. ¿Cuál es el problema?

Trevor se recostó contra el asiento.

— El problema es que estás furioso conmigo, y no es bueno que guardes rencor hacia las personas, grítame, creo que eso nos hará sentir mejor a ambos.

— No estoy enojado contigo.

Le aclaró. Mentira. Sabía que estaba disgustado con él por confundirlo tanto. Primero va y lo convence para que luche por Kendal y ahora de buenas a primeras lo besa, cuando él ya tiene novio.

— Deja de fingir.

Se río.

>> — ¿Estás enojado? Tratas de tragarte la rabia sólo porque no quieres pelear con un moribundo.

Héctor alzó el mentón y lo miró a los ojos.

—Tienes razón, estoy un poco molesto contigo. Ya está. ¿Te sientes mejor ahora que te lo he dicho con todas las letras?

—Lo que me haría sentir mejor es que me aseguraras de que estamos bien.

Refunfuñó.

>>—Sé que he actuado mal, he estado muy mal en la última semana, y no me refiero precisamente a mi salud, y lo último que quiero escuchar ahora es que he perdido a un amigo.

—Estoy cansado, Trevor.

Bramó él. Héctor puso el auto en marcha y regresó al camino.

>>— Lo único que quiero ahora es ir a casa, no tengo nada más que decir por ahora.

Estaba siendo cruel, lo sabía, pero no podía en ese instante darle nada más a Trevor. Cinco minutos después llegaron a casa. Se detuvo frente a la casa de Trevor, pero no apagó el motor. Iría en ese momento a ver a Kendal.

—Yo sabía que era mala idea darte clases.

Dijo Trevor quitándose el cinturón de seguridad.

>>—Desde que me dieron el diagnóstico definitivo, decidí cerrarme al mundo, mantener a todos fuera para así poder proteger mi corazón y que nadie me importara. Morir no me asustaba porque no tenía nada que importara perder, el plan era irme de este mundo resignado y sin sentir que estaba dejando algo atrás.

Héctor escuchó cada palabra, pero no quiso mirar a Trevor.

—Tengo que irme, Trevor.

Dijo intentando que su voz no temblara. Trevor bajó del coche sin mirarlo y sin decirle nada. Héctor tampoco dijo nada y ni lo observó mientras se dirigía por el camino de entrada a su casa. Era momento de marcharse, salvo que ni sus piernas, ni sus manos respondieron a la orden de su cerebro de que pusieran el vehículo en marcha. Si le preguntaran a Héctor sobre si el cerebro o el corazón tenían el mando sobre el cuerpo humano. Héctor hubiera respondido que el corazón. Su sentido común le decía que no debería tenerle compasión a Trevor. Él desde el comienzo fue duro y sarcástico y podía ser que ese beso que le dio había sido otra forma de burlarse de él. Pero su corazón le decía que Trevor no podría ser tan cruel. El sentimiento de culpa, horrendo como

una serpiente venenosa, se había enroscado en su estómago y le provocaba náuseas. Trevor significaba demasiado para Héctor. No las podía dejar, así las cosas.

>>— ¡Maldición!

Héctor apagó el motor del coche, salió y se dirigió hacia la casa de Trevor. Entró sin llamar ya que sabía que la puerta no estaba asegurada y el doctor Lander no estaba en casa. Sin mucha ceremonia irrumpió en la habitación de Trevor. Al principio, Trevor se mostró un poco sorprendido de verlo ahí.

—De acuerdo, tenemos que arreglar esto.

Anunció, ignorando la sonrisa satisfecha de su amigo. Trevor solo se había quitado los zapatos y se había recostado en la cama; parecía realmente cansado.

— No pudiste soportar la culpa de tratar mal a un enfermo en fase terminal, ¿cierto?

Trevor sonrió y palmeó la cama al otro lado de la cama, ese lugar era muy común para Héctor ocuparlo, en sus días de estudio, era normal para ellos estar en la cama, mientras Héctor trabajaba sobre una mesilla, Trevor descansaba o se quedaba dormido a su lado. No había maldad en el acto, aunque para muchos fuera algo extraño.

— ¡Oh, borra esa risita estúpida de tu cara, ¿quieres?! Ya estoy aquí. No quise irme sabiendo que estábamos disgustados.

Notó la mueca de dolor de su amigo cuando el colchón cedió por el peso de su cuerpo. Superando el momento de sufrimiento, extendió la mano y tomó la de él.

— No estoy sonriendo, Héctor.

Susurró.

>>—Tengo miedo. No quiero perderte. No, ahora.

Héctor sintió un nudo en la garganta, pero se lo tragó. Todo el coraje y el resentimiento que sintió momentos antes, se había ido.

— No vas a perderme.

Suspiró, aun con tono gruñón.

>>—Eres mi menor amigo Trevor, estás atrapado conmigo, no es la primera ni la última vez que me llevas al límite de mi paciencia.

—Sacarte de tus casillas es mi deporte favorito.

Le acarició la mano. Héctor se encogió de hombros.

— Lo sé. Estas semanas han sido muy confusas, pero creo que es mejor que olvidemos todo y finjamos que el día de hoy jamás existió.

Trevor extendió la mano y le levantó el mentón, obligándolo a mirarlo. Lo miró con resolución, sus ojos parecían llamas en aquel rostro delgado.

— ¿No eres tonto? Héctor, sabes que olvidar el tema no servirá de nada, no quiero al elefante blanco en medio de nosotros, no es solo el día de hoy, desde el día del festival hemos estado de puntitos alrededor del otro.

Trevor ladeó la cabeza.

>>—Yo sabía que tenía que callarme y soportar verte con Kendal, él es bueno para ti, pero a pesar de lo que Lander piensa, soy un humano, con demasiados defectos y el sentir celos en uno de ellos. Mi cerebro dice una cosa, pero mi corazón, aunque enfermo y maltrecho, se niega a compartirte.

— No seas tonto.

Trató de desviar la mirada, pero él no le soltaba el mentón.

>>— Simplemente debemos de…

Trevor sonrió con tristeza y Héctor sintió una repentina desesperación porque él se callará la boca, por no escuchar esas palabras de sus labios.

—Héctor.

—Por favor.

Suplicó y echó la cabeza hacia atrás. Volvió a moverse en la cama.

>>— Olvidemos esta conversación. Ahora las cosas se han encarrilado…

— Mentira.

Se opuso él.

>>—. No eres estúpido y supongo que sabes qué es lo que siento por ti.

Se quedó helado.

— Somos amigos.

— ¿Amigos?

Trevor ríe sin ganas.

>>— Claro que somos amigos, pero cualquiera que tenga dos dedos de frente se daría cuenta de que me he enamorado de ti.

Y finalmente se oyeron las palabras. Las mismas que él sospechaba que le partirían el corazón en mil pedazos.

—Trevor…

— ¿Quién iba a pensar que yo llegaría a volverme enamorar? y peor aún, de un chico once años menor que yo.

Continuó en un murmullo, mirando ahora hacia la ventana, estaba comenzando a llover.

>>—Estoy muriendo y sé que no es correcto lo que siento, no es justo arrástrate a esto, por eso me alejé de mi familia, de mis amigos, de personas que me importaban, no deseaba hacerles más daño. Lander, por lo menos, es médico y está un poco más acostumbrado a esto, es al único que le permití por años estar cerca de mí.

Héctor estaba mudo, por primera vez veía a Trevor, tan vulnerable.

>>—Yo sabía que serías alguien importante para mí, pero no me pude resistir a tenerte cerca, te convencí de que lo intentaras con Kendal ya que nunca tuve ilusiones de que alguna vez pudiera existir algo entre nosotros. Es demasiado tarde para eso. Yo ya no tengo tiempo…

— ¡Ni lo menciones!

— Estoy muriendo, Héctor, y odio al mundo, al universo, al destino, incluso ahora mismo estoy furioso con Dios, porque simplemente no puedo luchar por tenerte, es injusto arrastrarte a esto, luché tanto por años para no sentir nada, pero llegaste tú, y me arruinaste todo el plan.

Trevor ríe con amargura.

>>— Y porque me importas tanto, te puedo decir que Kendal es un buen hombre. Mi corazón se niega a aceptarlo, pero yo sé que Kendal es bueno para ti, no tengo la menor idea si será permanente o no, aún el futuro no está escrito, pero está bien para ser tu primer novio.

Héctor no sabía qué decir. En el inesperado silencio, oyó los ruidos del martilleo proveniente de su casa; sus padres deberían estar haciendo alguna reforma en la casa. El sonido ni siquiera era amortiguado por el goteo de la lluvia o el retumbar de su corazón acelerado.

>>— Di algo.

Susurró Trevor por fin.

>>—Dime que me crees. Dime que no me consideras un cretino egoísta que quiere arruinar tu vida amorosa y atarte a un moribundo.

— No eres un cretino egoísta, Trevor.

Confirmó.

— Te lo agradezco mucho.

Suspiró.

>>— Pero no debí confesarte mis sentimientos. Soy humano, y el ser humano es algo irracional, estaba furioso y celoso.

— Lamento todo esto, Trevor.

Murmuró, pero de pronto lo supo. Con gran asombro de su parte, descubrió en un segundo por qué Trevor siempre había tenido sobre él mucha más influencia que cualquier otra persona.

— Nunca hay que lamentar nada de lo que hacemos.

Concedió él.

>>—Sea algo bueno o malo, es parte de vivir, y tenemos que superarlo y seguir adelante.

¿Lamenta? pensó Héctor. ¿Lamentaba venir a Forks? ¿Lamentaba conocer a Trevor? Por supuesto que no, y Trevor se merecía la verdad.

—Trevor…

Inspiró profundamente.

>>—La verdad es que me parece que yo también estoy un poco enamorado de ti.

Trevor se quedó petrificado. Si el tema en cuestión no hubiera sido los sentimientos del uno por el otro, Héctor habría soltado una carcajada al verlo con la boca abierta. Aquellos sentimientos que lo confundían, que lo torturaban, que lo mantenían despierto toda la noche tratando de determinar qué clase de persona era en realidad.

>>— Soy un tonto, ¿no es así?

Continuó, vacilante. No estaba seguro de lo que quería decir exactamente y de cuál era el mejor modo de expresarlo.

>>— Porque, si Kendal me gusta de verdad, ¿cómo puedo tener estos sentimientos hacia ti?

Estaba tan confundido que se interrumpió. Trevor se inspiró hondo.

— ¿Y crees que tengo una respuesta para darte?

— ¿Qué no se supone que un profesor tiene las respuestas para todo?

Héctor estaba intentando bromear, pero no era así, necesitaba que Trevor le asegurara que todo estaría bien, él era su roca, su fortaleza.

—Te diré un secreto.

Trevor sonrió.

>>—Todos los profesores tienen dudas, siempre nos preguntamos si les estamos dando a los alumnos las mejores respuestas, pero frente a ellos nos mostramos seguros, majestuosos, con la frente en alto, para que no vean cómo vacilamos.

Héctor medio sonrió.

—Creo que no es el momento para que me des clases de filosofía, profesor, tenemos una crisis aquí.

Trevor respiró profundamente, y rodeó a Héctor por los brazos.

—Dame un segundo, ¿quieres?

Trevor apretó su mano en su hombro.

>>— Intento mantener la calma y pensar antes de hablar, porque si te digo la verdad, creo que el destino es un hijo de perra, y creo sinceramente que jamás debimos habernos conocido.

— Ni lo menciones.

Vociferó él.

>>—Nunca más repitas eso. No entiendo mis sentimientos hacia ti. Tienes la virtud de

fastidiarme, entristecerme, alegrarme, hacerme sentir culpable; me manejas como quieres. No me importa. Vas a morir. Y sé que una parte de ti cree que no soy más que un niño mimado, pero por favor, nunca jamás digas que te arrepientes de haberme conocido.

—Tienes razón, no me arrepiento.

Dijo Trevor con suavidad.

>>—Lo único que lamento es que no haya sido en otro momento, en otro lugar. Sólo lamento estar atrapado en un cuerpo que se apaga con cada segundo que transcurre.

— Nunca se sabe.

Afirmó él con pasión.

>>—. Todos los días ocurren milagros. La medicina avanza cada día.

Trevor le sonrió con tristeza.

— Bueno, ya no puedo exigir más milagros, Dios me concedió un milagro hace poco.

Trevor le sonrió.

>>—Te conocí, eso es más que suficiente para mí.

— ¿Pero en qué nos ha beneficiado?

Razonó él con amargura.

>>—. No sé qué es lo que siento por ti. No sé qué es lo que siento por Kendal. ¡Dios! Sólo estoy seguro de que me he partido en dos.

Trevor extendió, apartó el brazo y sujetó su mano.

— Nunca sabrás lo bien que me ha hecho conocerte antes de tu llegada, simplemente subsistía y rogaba a la muerte que llegará pronto, estaba cansado, aburrido, dolorido y furioso con el mundo.

Explicó.

>>— Jamás tendré oportunidad de conquistarte como cualquier hombre lo haría, ni de hacerte el amor, pero todos los días agradezco a Dios haberte tenido en mi vida por un tiempo. Eso es un milagro, Héctor, me has dado una razón para levantarme todas las mañanas, todos los días espero nuestros encuentros con entusiasmo, cuando estoy contigo no pienso que voy a morir, me ves como un hombre normal, como alguien en quien puedes apoyarte.

Al escuchar esas palabras, todo lo que Héctor tenía acumulado en su sistema se desbordó, inclinó su cabeza contra el pecho delgado de Trevor y comenzó a llorar.

— ¡Oh, Dios!

Se lamentó.

>>— ¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo puedo sentir esto sí creo que estoy enamorado de Kendal? No lo entiendo.

— Oye.

Le dijo él y lo abrazó.

>>—No dejes que esto te afecte. Yo tampoco lo entiendo. ¿Pero cuál es la novedad? Además, ¿hay alguna ley que prohíba que una persona quiera a los dos? Somos humanos sentimentales y poco racionales.

— Pero no tiene sentido.

Insistió él, enjugándose los ojos.

>>—Yo te quiero, Trevor. Sólo Dios sabe cuánto. Pero a él también. Entonces, ¿qué clase de persona soy?

—Una persona maravillosa a la que quiero mucho y Kendal ama también, no dejes que esto te afecte, solo dale tiempo, todo se solucionará.

¿Tiempo? ¿Trevor era la persona con menos tiempo en este mundo y él mismo le daba esa instrucción?

CAPÍTULO 12

Hace algún tiempo, Héctor había leído o visto un video en internet que aseguraba que la mejor manera de despejar la mente era hacer cosas nuevas, ocupar la mente en algo, experimentar… ahora tendría que hacer una nota mental sobre no hacer caso a lo que escuchaba en internet.

Hoy era un típico día como cualquiera en Forks, días con niebla, escaso sol, humedad, y frío. Pero Kendal lo había convencido esa mañana para comenzar sus lecciones para aprender a andar en una motocicleta. Claro. Claro que deseaba aprender a andar en moto, había estado muy emocionado esa mañana cuando Kendal llegó a buscarlo en su camioneta con dos motos sobre un remolque, habían conducido al este hacia el Hoh Rain Forest[10] Según su novio, no había nada más perfecto que deslizarse en motocicleta por esos caminos rodeados por árboles... Héctor pensaba que era la forma de Kendal de asegurarse de que no atropellara a nadie en el pueblo.

—Aún creo que esto no es buena idea.

Dijo Héctor con algo de temor.

>>—Esta es un área protegida, los agentes forestales patearán mi trasero en una celda si daño uno de sus hermosos árboles.

Kendal estaba descargando las motocicletas.

—Estarás bien, bebé.

Kendal era tan amable y tan lindo que era muy difícil no caer enamorado de él. Y Héctor se sentía como la mierda, sentía que estaba engañando al hombre, no había tenido el valor para confesarle que se había besado con Trevor días atrás, Trevor le había aconsejado no decir nada, ya que lo de ellos no había sido nada en realidad. ¿Cómo no iba a ser nada? Trevor le había confesado que se había enamorado de él, y Héctor estaba confundido. ¿Cómo era posible que sintiera que estaba enamorado de dos hombres? ¿Cómo podría estar seguro de que lo que estaba sintiendo era amor? Tenía que reconocer que no conocía mucho a estos hombres en realidad, su estancia en Forks apenas era de algunas semanas, ¿sentía atracción por Kendal? Sí, demasiada, el hombre despertaba en él sensaciones que jamás había sentido… la manera en que lo miraba, lo tocaba… lo besaba. Inconscientemente, Héctor se lamió los labios. Kendal sabía besar, claro que no tenía mucho con que comparar, ya que el otro hombre que lo había besado hasta el momento era Trevor, pero con él había sido… Algo lindo e igualmente intenso, pero es que ambos hombres eran diferentes y lo que sentía por ambos, era… diferente también. Ni siquiera él mismo podía definir con claridad qué era lo que sentía por ambos.

Kendal le dio una lección de más de media hora sobre lo principal que tenía que saber sobre las motocicletas. Escuchándolo en teoría no resultaba demasiado complicado. Le costó en un principio controlar la pesada moto, ya que el cacharro pesaba el doble de lo que él pesaba. Un kilómetro después se dirigió sobre un parche de camino en mal estado, y la Harley de Héctor comenzó a temblar como una lavadora centrífuga. Centrífuga. Héctor se tragó las palabras que se le agolparon en su garganta.

>>—Debes relajarte, bebé.

Escuchó a Kendal por la bocina que tenía el casco.

>>—Relaja tu agarre y deja que la rueda delantera se adapte al terreno. Eso es lo que se supone que debes hacer.

—Es más fácil de decir que de hacer.

Se quejó. Héctor estaba comenzando a pensar que la maldita cosa lo odiaba... Habían estado en la carretera con espectacular vista durante una hora, disfrutando de la temperatura fresca de la mañana y el olor de la tierra y todas las cosas verdes, pero Héctor no estaba más.

Cerca de relajarse de lo que había estado cuando Kendal llegó a su casa. Kendal le había dado instrucciones a Héctor a través del auricular inalámbrico.

—Estás demasiado tenso, deja de pensar demasiado en las cosas y simplemente relájate.

Kendal continuó.

>>— La moto se volverá más eficaz si no estás tan rígido.

—Lo estoy intentando.

Héctor no quiso sonar demasiado cortante, pero no pudo evitarlo, estaba asustado y estresado, no quería morir. Kendal no se molestó por su estallido.

«Respira, Héctor, el cerebro deja de trabajar cuando dejas de respirar». La voz de Trevor sonó en su cabeza, esa era la frase favorita del hombre cuando Héctor trabajaba duramente por resolver una ecuación difícil. Esto no era una ecuación matemática complicada, pero era igual de difícil perder el miedo. . Llegaron a un cruce y redujo la velocidad hasta detenerse, con la intención de virar hacia una de las franjas de la carretera. Kendal venía detrás de él, vigilando y guiándose a través del auricular del casco, pero Héctor no podía depender de sus instrucciones, necesitaba resolver esto por su cuenta o jamás lograría controlar el maldito cacharro.

Héctor se apoyó hacia adelante y se inclinó ligeramente para ajustar el espejo, entonces el desastre se desató, la motocicleta.

Héctor comenzó a inclinarse; era demasiado tarde para hacer nada. La gravedad y el peso de la Harley superaron los intentos de Héctor por permanecer en posición vertical. La máquina cayó al suelo, llevando consigo a Héctor y aprisionando su pierna izquierda debajo de la moto.

Inmediatamente, escuchó la voz de Kendal a través del auricular, pero Héctor se quitó el casco y dejó caer su peso completo sobre el piso. No pudo evitarlo. Comenzó a reír histéricamente. El miedo de hace un momento se disipó, la había cagado, se había caído, pero seguía vivo. Ese fue todo un logro.

Kendal inmediatamente estuvo a su lado, se quitó el casco y le ayudó a levantar la moto que aprisionaba su pierna.

— ¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien.

Le sonrió a Kendal.

>>— ¿La moto está bien?

Lo que menos quería era causar daño a algo que no era suyo, ni siquiera sabía si la moto era de Kendal. Sabía que la que conducía él era su amado tesoro, pero esta no tenía la menor idea de dónde la había sacado para que Héctor practicara.

—La motocicleta se siente especialmente pesada cuando comienza a caerse.

Dijo Kendal arrodillándose a su lado.

>>— ¿Necesitas ayuda? ¿Estás herido?

—Estoy bien.

Se alzó un poco y en acto completamente natural le dio a Kendal un beso en los labios. Héctor aceptaba sus limitaciones con dignidad. Kendal metió el casco bajo el brazo y correspondió el beso, más que eso, cuando Kendal metió la lengua en su boca, Héctor comenzó a estremecerse. Definitivamente Kendal sabía besar. Héctor gimió cuando el dulce sabor del hombre se disparó a través de su lengua. ¿Había alguien tenido un sabor tan dulce alguna vez?

¿Tan delicioso? El beso envió la boca del estómago de Héctor a girar, mientras que Kendal cubría su boca con avidez. Cada onza de miseria y necesidad que había estado reprimiendo desde hace días desapareció.

Segundos después, Kendal se alejó y Héctor quiso protestar. Kendal frotó el pulgar a través de sus labios. Un pedazo de su corazón se rompió en el corazón de Héctor. Kendal en verdad le importaba, podía verlo en sus ojos y a Héctor también le gustaba mucho, pero aún estaba la cuestión del otro hombre que también lo perturbaba y Kendal no se merecía esto.

Un silbido de aire dejó sus pulmones, su corazón latía fuera de control, con fuerza detrás de sus costillas. Ese beso había sacudido su sistema. No estaba seguro de lo que debería hacer ahora.

— ¿Estás seguro de que no te hiciste daño?

Preguntó Kendal, Héctor sonrió, con su ayuda pudo levantarse del todo; intentó sacudir la tierra de sus pantalones.

—Estoy bien, ¿acaso nunca te caíste intentando montar una moto?

—Por supuesto que sí.

Lo ayudó a regresar la motocicleta al camino.

>>—Tengo varias fracturas que dan testimonio sobre ello.

Héctor lanzó una mirada curiosa en dirección de Kendal.

— ¿Con Que hubieras dicho que si era suficiente?

Dijo Kendal.

>>—Lo que menos deseo ahora es terminar con algún hueso roto por intentar montar una de estas.

El espectro de una sonrisa vino y dejó los labios de Kendal, y su mirada cayó de nuevo a su moto. Por la expresión de su cara…

—Si eso sucediera, yo sería tu enfermero particular.

—Eso sería interesante, supongo.

Héctor murmuró y volvió su atención a su motocicleta y hacia el camino, solo imaginar a Kendal con él en él en una habitación lo hacía pensar cosas que no eran correctas de pensar, al menos no en ese preciso instante. La culpa rodó a través de su intestino, esta vez arrastrándose hasta su pecho, y Héctor se pasó la mano por el cabello. ««Hombre, realmente necesitaba un psicólogo»» un rubor de vergüenza calentó el estómago de Héctor. Mientras, Kendal se veía como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Hay que dar la vuelta.

Indicó Kendal. Héctor asintió con la cabeza e imitó todas las acciones de Kendal, logrando dar la vuelta a la moto sin dejarla caer nuevamente.

—Excelente.

Kendal le dio una palmada en la espalda a Héctor. El par de rígidos hombros de Héctor finalmente aflojaron un poco, y Héctor en realidad sonrió. Por alguna bizarra razón, Héctor sentía como si lo que había logrado fuera algo muy grande y se encontró feliz por ello.

—Quiero volver a intentarlo, creo que ahora sé que es lo que hice mal.

—Bien.

Dijo Kendal, mirando a Héctor.

>>—Vamos a regresar por ese camino para tratar de disfrutar, ¿de acuerdo?

—Suena como un buen plan.

Héctor decidió simplemente disfrutar, tenía que dejar su mente en blanco, tal vez estaba

perturbándolo la idea de que ese día había cancelado los estudios con Trevor para pasar la mañana con Kendal antes de ir a trabajar. Se sentía culpable, tenso, pero tenía que entender que Kendal era su novio, tenía que ser más prioridad para él que Trevor. Una vez en el camino y siguiendo a Kendal de nuevo, Héctor giró el acelerador. Con un rugido, su moto salió disparada hacia delante. Le dirigió una breve mirada a Kendal mientras se ponía a su lado.

— ¿Qué tal una carrera?

Héctor dijo por el micrófono, sorprendiendo a Kendal, pudo ver sus ojos a pesar del casco.

— ¿Estás bromeando?

—No.

Héctor se sentía más relajado, más seguro de sí mismo.

>>—Estoy seguro de que puedo ganarte.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Kendal.

—Ahora que por fin te has relajado, tu técnica es sólida.

Dijo Kendal.

>>— Pero ni aun así podrás vencerme, amor.

La risa de Kendal se hizo eco en el casco de Héctor, llevándolos un paso más cerca de sus sencillas interacciones iniciales. Sintiéndose alentado, dijo Héctor.

—Es un camino recto, no hay tráfico, hagamos una apuesta.

Hizo una pausa.

—Eso ya suena interesante, ¿qué vamos a apostar?

—El perdedor hará lo que el ganador pida por una hora.

—Eso es como firmar un pagaré en blanco, cariño, ¿estás seguro?

—Estoy dispuesto a ganar, veremos quién llega primero hasta el puente donde dejamos la camioneta.

Después de unos segundos de considerar si su plan era buena idea, Héctor se inclinó hacia adelante y giró el acelerador, empujándose por delante de Kendal antes de responder.

>>—Nos vemos en la meta.

Héctor se rió y aumentó su velocidad. Mientras los árboles pasaban zumbando por el aumento de la velocidad, el viento pasaba silbando junto a su casco. Su motocicleta aceleró por debajo de él, enviando una vibración que encontraba reconfortante. Estaba comenzado a comprender por qué por qué Kendal amaba andar en moto y recorrer estos caminos, aquí afuera no había decepciones y preocupaciones. Kendal mantuvo su posición justo detrás de Héctor y a su derecha. Estaba claro que el hombre venía cuidándolo. No era su intención ganar. Pero Héctor sí deseaba ganar. Y lo hizo. Sonrió satisfecho.

— ¿Te ves bien?

Dijo Kendal.

—Me siento bien.

Llegaron al puente, y Héctor relajó el acelerador, siguiendo a Kendal mientras se iba a un lado de la carretera y aparcaba. Héctor se quitó el casco, sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos brillantes, le envió a Kendal una brillante sonrisa.

—He ganado y más tarde reclamaré mi premio.

El entusiasmo de Héctor sacó otra sonrisa de Kendal.

—Sabía que te gustaría un poco de velocidad.

Kendal enganchó su brazo sobre el manillar. Héctor se echó hacia atrás en el asiento de su Harley, buscando mostrarse digno, tranquilo y relajado.

—Hay muchas cosas en mi lista que quiero aprender.

Héctor le dirigió una dulce mirada a Héctor.

>>—Gracias por esto, y espero poder contar con más lecciones.

Kendal lo miró con ternura y algo más en los ojos.

—Todas las que quieras, cariño.

Después de dar otro par de vueltas y que Kendal le contara un par de trucos a considerar, dieron el día por terminado y subieron las motos al remolque, antes de subir a la camioneta para emprender el camino de regreso al pueblo, Héctor tomó un par de fotografías de su entorno, sería un bonito recuerdo para subirlo a su Instagram, tenía unos días sin publicar nada, no era porque no tuviera que publicar simplemente se había escapado de su mente, estas semanas había estado tan desconectado de la web, antes, todas las mañanas al abrir sus ojos lo primero que hacía era revisar su móvil, ahora mismo muy escasamente se acordaba de él, no enviaba ni recibía mensajes constantemente, solo recibía mensajes de sus padres, Kendal y el doctor Lander. Trevor se negaba a tener un aparato del infierno. «Sí a lo largo de sus semanas en Forks, Trevor lo había llamado un par de veces, era mucho, y siempre era llamada, desde el teléfono de su casa. El doctor Lander le contó que muchos años atrás se rindió con Trevor referente a que era importante que tuviera un móvil.

Poco después llegaron al taller de Kendal, el camino fue corto, pero sirvió para que ambos se conocieran un poco más, platicaron un poco de todo y hasta acordaron el fin de semana ir a ver el partido de fútbol con los amigos de Kendal, era más que claro que esto era serio para Kendal, deseaba que Héctor se involucrara más en su entorno y eso a Héctor le gustó.

En el taller de Kendal, Héctor le ayudó a descargar las motos y le preguntó por la segunda motocicleta. Kendal le comentó que era de un amigo, que estaba planeando venderla y que se la había dejado para que la probara. Fue solo un instante, pero al ver cómo Kendal desvió la mirada, Héctor se dio cuenta de que Kendal pensaba comprarla por Héctor y eso hizo que su corazón se calentara. Héctor hizo lo único que podía pensar. Se acercó al hombre y se alzó sobre las puntas de sus pies y lo besó. Mientras que en su cabeza una voz le decía que estaba haciéndolo bien y que fuera por más, se dio cuenta de que Kendal se había quedado completamente inmóvil.

Durante unos pocos latidos de su corazón, Héctor pensó que Kendal iba a rechazarlo, por lo que puso su mano libre sobre el pecho del hombre, confinándolo contra la pared. Con la esperanza de darle tiempo a Kendal para que se diera cuenta de sus intenciones. Cuando finalmente le permitió a su cerebro procesar las sensaciones lanzadas como dardos alrededor de su sistema nervioso, notó cómo de flexibles eran los labios de Kendal. Lo había besado antes, pero ahora mismo el beso parecía diferente, era como si tocara al hombre por primera vez. Sus labios se trabaron, y su pulso se disparó más alto.

Las sensaciones aumentaron cuando Kendal agarró los bordes de la chaqueta de Héctor y lo sujetó de la barbilla para meterse de lleno en el beso, empujando el momento de solo un beso caliente a supercaliente. El cambio fue demasiado para procesar, por lo que Héctor cerró los ojos y apagó su cerebro. Aumentó la presión, y sus labios se abrieron voluntariamente bajo los suyos.

La oleada de satisfacción hizo que Héctor se moviera más cerca, instintivamente, inclinando su cabeza para buscar una mejor posición. Primero a la izquierda. Y luego explorando desde la derecha, tomando más de esa boca con la suya. Una corriente de sensaciones zumbó a través de él, semejante a cuando el paisaje se desenfoca a altas velocidades.

Las sensaciones incluían calor, humedad y dulzura, pero también un ardiente húmedo aliento

y el débil sabor de la menta. Disfrutando del pecho duro bajo su mano, Héctor deslizó la palma más abajo, más allá del abdomen plano. Kendal dejó escapar un gemido profundo, y Héctor sólo pudo arreglárselas para no arrastrarse más cerca de él. Abrió la boca aún más, presionándola profundamente. Gimió pidiendo más. El placer casi lo paralizó. Héctor se echó hacia atrás, aturdido. Su sangre en ebullición. Los ojos intensos del hombre parpadearon hacia él.

—Lo siento.

Se disculpó, pero la verdad era que no se sentía culpable por ello, al contrario… solo había una cosa en la que podía pensar en ese momento.

—No tienes por qué hacerlo…

Kendal tragó saliva.

>>—Pero creo que es mejor que dejes de mirar de esa manera, estoy a punto de perder el control.

Héctor se estremeció y Kendal comenzó a apartarse. Héctor lo sujetó del brazo para impedirlo.

—No.

Héctor se aclaró la garganta, esto era demasiado vergonzoso y no podía siquiera pronunciar las palabras, solo esperaba que Kendal comprendiera.

>>— Por favor.

Héctor miró a Kendal un momento, esperaba que sus ojos revelaran lo que con palabras no podía decir. Héctor casi se tragó la lengua, cuando Kendal se humedeció los labios. ¿Había algo más sexy? Kendal lo tomó de la mano y sin decir una palabra lo guio hacia el piso superior de la casa. En la parte baja Kendal tenía su taller y en la planta alta había adaptado el lugar para que fuera un pequeño apartamento. Su valentía comenzó a abandonarlo cuando entraron en la habitación de Kendal.

— ¿Estás seguro de esto?

Kendal se colocó frente a frente, no lo estaba tocando ahora, estaba esperando que Héctor tomará una decisión, y sabía que el hombre comprendería si él decidía echarse para atrás en ese momento. Pero no quería huir, tenía miedo. Pero siempre lo tendría, hasta que no lograra hacerlo. Todos le temían a las primeras veces.

>>— ¿Héctor?

—Quiero hacerlo…

Susurró.

>>—Pero no sé si estoy preparado para llegar hasta el final.

Dijo sinceramente sus temores. Kendal se acercó a él, moviéndose lentamente más cerca hasta que sus cuerpos casi se tocaron, pero no del todo. Héctor contuvo su respiración cuando Kendal se acercó a tocarlo. Podía ver que la mano del mecánico estaba temblando.

—No tenemos que llegar hasta el final si no quieres.

Susurró Kendal cuando menos se lo esperaba.

>>—Pero podemos hacer algunas otras cosas, conocer nuestros cuerpos. ¿Qué te parece?

—Creo que me agradaría eso.

Héctor sintió que podía respirar un poco mejor. Kendal, con un rápido movimiento, se quitó la chaqueta y la camiseta. Héctor tragó. Sus manos temblaron cuando vio la mirada de Kendal, esperando que él hiciera lo mismo. Héctor pensaba que cuando Kendal lo hizo se vio muy genial y sexy, pero dudaba que con él hubiera tenido el mismo efecto. Su maldita camiseta decidió atorarse en su cabeza. Riendo, Kendal terminó ayudándolo. No tuvo tiempo de avergonzarse de

su torpeza porque la mano de Kendal estuvo repentinamente sobre su pecho desnudo. Héctor sentía como si no pudiera respirar.

El ceño pensativo aumentó entre la piel de las cejas de Kendal, mirando a Héctor. No sabía si a Kendal le gustaba su cuerpo, ya que Kendal era todo músculo sexy, en cambio, Héctor era un ser humano terrenal normal, sin nada espectacular, era demasiado flojo para hacer ejercicio, hasta tenía un poquito de sobrepeso, pero dado todo lo que comía, suponía que debería estar agradecido de no tener llantas michelines. Héctor apretó su mandíbula, cuando la mano de Kendal comenzó a moverse por su piel.

El toque fue ligero, vacilante, y le estaba conduciendo a Héctor a la locura. Kendal lo empujó hacia la cama, cayó de la forma menos elegante, pero ambos rieron. Después le ayudó a quitarse las deportivas y los pantalones. Ni siquiera tuvo tiempo a protestar, ni mucho menos a avergonzarse por haber quedado en medio de la cama solo en bóxer con las imágenes de la guerra de las galaxias.

Kendal jamás apartó su mirada mientras se desnudaba a sí mismo, quedando también en calzoncillos negros. Héctor se sintió pequeño cuando Kendal subió a la cama y se arrodilló encima de él cubriendo todo su cuerpo. Cuanto más de su pecho cubría, sus manos comenzaron a excavar en las mantas debajo de él, aferrándose a algo, así no llegaría a Kendal.

Teniendo en cuenta su nivel real de conocimientos prácticos cuando se trataba de sexo, no tenía mucha idea de qué hacer. La única referencia que tenía eran las películas porno que había visto y sus extrañas fantasías sexuales sobre tríos. <<Trevor>> sintió una punzada de culpa al pensar en su amigo. ¿Era correcto estar haciendo esto?

Con las manos de Kendal acariciándole, la necesidad era descaradamente clara. Ahora, extendiéndose bajo las manos exploradoras de Kendal, Héctor quería cosas que nunca soñó. Quería cosas que sólo había escuchado susurradas en conversaciones con sus compañeros del instituto. Héctor sólo quería… Desvió sus ojos cuando los dedos de Kendal trazaron sobre su clavícula. La mirada en los ojos de su novio era demasiado intensa.

—Si algo no te gusta, o te sientes incómodo, todo lo que tienes que decir es no.

Dijo Kendal en voz baja. Héctor tragó, maldijo su inexperiencia. Héctor se acercó y tomó la mano de Kendal en la suya.

—Muéstrame.

Los ojos de Kendal parecían ver su alma; debió haber visto su indecisión cuando Héctor pensó en Trevor. Pero a pesar de que estaba sumamente confundido y no se comprendía a sí mismo. Deseaba a Kendal.

>>—Tócame, por favor.

Héctor se mordió el labio inferior mientras esperaba ver lo que Kendal iba a hacer. Los dedos de Kendal rozaron su abdomen, haciendo temblar el vientre de Héctor. Su pene estaba tan duro que era casi doloroso. Héctor extendió la mano y acarició el brazo de Kendal, acariciándolo cuando le atrajo más cerca de su cuerpo.

Kendal lo miró curioso, aún inseguro de que Héctor quisiera esto, por lo que Héctor bajó la mano y se deshizo de su ropa interior, quedando tendido ante el hombre completamente desnudo, esa era una invitación demasiado clara. Se quedó inmóvil esperando la reacción de Kendal. No tuvo que esperar mucho tiempo. La parte trasera de los nudillos de Kendal tocaron la polla de Héctor y entonces lentamente añadió presión mientras movía su mano arriba y abajo por el eje de Héctor. Jadeó a través de sus dientes cuando sus piernas se separaron más.

>>—Sí, tócame.

Héctor no estaba seguro de dónde le venía la valentía, pero apareció, dándole la posibilidad de moverse para llegar abajo y bajar los bóxers oscuros de Kendal, pero no pudo hacer mucho, su intención fue quitarlos de su camino y dejar al hombre desnudo, pero las sensaciones se lo impidieron, sus músculos no quisieron cooperar, sus ojos se cerraron mientras los dedos de Kendal se deslizaban sobre la cabeza de su polla, extendiendo las gotas de humedad alrededor. Héctor agarró la colcha debajo de él una vez más, sus caderas involuntariamente se movieron en la mano de Kendal.

>>—Kendal.

Héctor dio una súplica un poco ronca. Estaba tan cerca. Tan malditamente cerca. Los ojos de Kendal cambiaron mientras se arrastraba aún más a la cama y se tendía junto a Héctor, sus fuertes dedos envolviendo la polla de Héctor, acariciándolo, apretándolo. Los dedos de Héctor se apretaron, profundizando en la cama. Kendal se acercó más, sus labios tocando el pezón de Héctor.

>>— ¡Oh, dioses!

Héctor enganchó sus caderas de nuevo, sintiendo su polla deslizarse a través del puño apretado de la mano de Kendal. El mecánico ríe.

—Eres ruidoso.

Dijo en tono divertido.

>>—Eso me gusta.

Lo hizo de nuevo, y entonces, una vez más, Héctor se movió, follando la mano de Kendal. Héctor cayó atrás y dijo entre dientes.

—Haz que me corra.

Suplicó. Kendal aceleró su mano, acariciando el pene de Héctor con más fuerza, más rápido. Héctor arqueó la espalda, gritando cuando la semilla caliente explotó de su polla, golpeando su pecho y la barbilla. Su mente estaba corriendo, sus pensamientos dispersos mientras experimentaba su primer orgasmo con un hombre. Él estaba tumbado allí jadeando, luchando porque el aire llegara a sus pulmones, sus ojos lentamente se abrieron. Era algo semejante a preguntarse en los ojos de Kendal mientras Héctor lo miraba. Estaba ensombrecido por la necesidad, una necesidad que Héctor podía sentir presionando contra su muslo. Héctor se agachó y le dio la más gentil de la presión contra el bulto enfurecido detrás del bóxer de Kendal.

— ¿Puedo?

Kendal tragó saliva y asintió.

—Adelante.

Héctor se alzó sobre sus rodillas y Kendal se recostó sobre la cama. El hombre tuvo que alzar las caderas para que Héctor pudiera bajar su bóxer. La respiración de Héctor quedó atrapada en su garganta cuando obtuvo su primer vistazo real de lo que Kendal había estado escondiendo todo este tiempo.

— ¡Maldita sea!

Gritó.

— ¿Qué?

Preguntó Kendal confundido. Héctor rápidamente levantó la vista. Podía ver la preocupación en los ojos de Kendal.

— ¿Por qué todo en tu cuerpo es grande en todas partes? es injusto.

Una lenta sonrisa comenzó a moverse en los labios de Kendal.

—Gracias por subirme la autoestima, pero creo que exageras.

— ¿Exagero?

Héctor señaló con la cabeza la enorme polla de Kendal, que al menos era más grande que la suya.

>>—Es usted muy modesto, señor.

Héctor volvió a mirar la polla más que impresionante, sobresaliendo de la ingle de Kendal. Se lamió los labios. Indeciso.

>>—Nunca he hecho esto, Kendal, así que dime si lo hago mal.

Estaba a punto de inclinarse cuando Kendal sostuvo su barbilla y lo obligó a mirarlo.

—No tienes que hacerlo, solo mastúrbame si quieres.

Héctor se alzó sobre sus rodillas y dio un rápido beso en los labios de Kendal.

—Quiero hacerlo.

Héctor se inclinó y lamió las gotas de líquido pre seminal, reuniéndose sobre la cabeza de la polla de Kendal. El hombre siseó y dio un brinco. Héctor miró hacia arriba, temeroso de que hubiera hecho algo malo.

— ¿Kendal?

—Sigue.

Se quejó Kendal.

>>— Deja que tu instinto te guíe.

Héctor parpadeó mientras miraba la polla en sus manos. ¿Se suponía que tragara todo eso? ¿Era posible? Héctor decidió que, si no lo era, iba a encontrar una manera de hacerlo posible. Experimentó en un primer momento, permitiendo sólo la cabeza en la boca. No fue un ajuste fácil. Kendal se llenó tanto en su boca. Héctor barrió la lengua por los bordes de la cabeza y luego a lo largo de la parte superior, cuando más gotas de líquido pre seminal salieron disparadas. Le sorprendió que el sabor no fuera desagradable. Cuando miraba esto en los videos, la cuestión de que le diera asco siempre fue una preocupación para Héctor. Estaba bajo la impresión de que el sabor del semen sabía amargo. No era así. No se podía del todo ubicar como sabía, no le encantaba del todo, pero tampoco le disgustaba.

—Más.

Declaró Kendal. Héctor trató de respirar por la nariz mientras chupaba más de la polla del hombre en su boca. Si Kendal quería que tomara más, le daría su mejor golpe. Tragó saliva y se tragó más y más, poco a poco se acostumbró, hasta que minutos después logró llegar hasta que los cabellos rizados le hicieron cosquillas en la nariz. Héctor parpadeó en estado de shock. Había tomado todo de Kendal.

Había tragado toda la gran polla del hombre. Debía haberlo hecho bien porque Kendal gemía, su parte inferior del cuerpo se molía contra Héctor. Héctor comenzó a quedar atrapado en la necesidad de Kendal. Chupó la polla en su boca mientras se retiraba, dejando que la lengua trabajara sus muy venosos lados. Kendal pronto extendió sus piernas.

Héctor levantó la vista para encontrar a Kendal observándole. Había tanto que quería y deseaba brillando en los ojos del hombre, que Héctor se detuvo por un momento para tomar todo adentro.

—Héctor, por favor.

Le susurró Kendal. Héctor se sacudió bruscamente, dándose cuenta de que había dejado de moverse. Mantuvo sus ojos fijos en Kendal y chupó la parte de atrás del hombre en la boca hasta que sintió el pene del hombre golpear la parte trasera de su garganta.

—Mis testículos.

Le rogó Kendal.

>>— Tócalos.

Héctor arqueó una ceja.

>>— ¡Por favor!

Héctor se agachó y agarró las bolas de Kendal, rodándolas con suavidad alrededor en su mano. Comenzó a mover la cabeza arriba y abajo en la polla de Kendal, moviendo cada vez más rápido mientras miraba a Kendal empezar a jadear. Parecía haber una conexión directa en la rapidez con la que se movía y lo alto que Kendal llegaba. Quería que el hombre gritara.

>>—Estoy cerca, Héctor.

Se quejó Kendal.

>>—Dios, estoy tan cerca.

Kendal empujó hacia arriba, su polla se condujo profundamente en la boca de Héctor. Héctor se atragantó y tiró un poco hacia atrás hasta que pudo tragar de nuevo. Las manos de Kendal apretaron su pelo.

—Héctor.

Jadeó pesadamente.

>>—Voy a...

Héctor asintió con su cabeza que entendía y entonces apretó los labios alrededor de la polla en su boca. Cuando Kendal dio un saltito, se lanzó hacia abajo y empezó a inclinar su cabeza de nuevo, moviendo la boca arriba y abajo por el grueso eje. Kendal de repente se puso rígido, inmediatamente se apartó de la boca de Héctor, el cual lo liberó con un mojado pop. Al principio Héctor estaba confundido por la acción.

>>—Héctor.

Rugió Kendal cuando se corrió. Los ojos de Héctor se abrieron como platos cuando Kendal disparó su liberación enfrente de su cara. Se quedó un momento mirando al hombre yacer sobre la cama, con los ojos cerrados y la respiración acelerada. Héctor no quiso moverse, haría un desastre si lo hacía. Estaba cubierto de semen. Debería ser asqueroso, pero Héctor simplemente se sentía extraño, abrumado, intentó limpiarse el rostro con el dorso de la mano, quería un baño con urgencia, pero primero deseaba recuperar un poco la compostura, infinidad de sentimientos lo estaban atacando en ese momento. Héctor se deslizó hacia arriba y puso su cabeza en el abdomen de Kendal. Inmediatamente, sintió los dedos del hombre acariciar su pelo. Héctor levantó la vista para ver una pequeña sonrisa en el rostro de Kendal. El hombre había alcanzado la caja de pañuelos y estaba pasando uno tiernamente por su rostro.

>>—Lamento eso, pero creo que era demasiado pronto para correrme en tu garganta, no quería hacerte daño.

— ¿Lo hice bien?

Preguntó indeciso.

—Eres muy bueno en eso.

Héctor sonrió y cerró los ojos, descansando la cabeza en Kendal, ya que al hombre no parecía importarle que estuviera todo pegajoso. Kendal no le había dado ninguna indicación de que debía moverse, así que no iba a hacerlo. A él le gustaba justo donde estaba.

>>—Tomaremos un baño juntos en un momento.

Dijo Kendal mientras pasaba la mano por el pelo de Héctor, haciéndole suspirar.

—De acuerdo.

Dijo sin mucho ánimo. En ese preciso momento no le importaba nada, tenía tanto en que

pensar que no deseaba hacerlo. Cualquier cosa que Kendal le pidiera hacer, lo haría. Había descubierto que tener sexo, aunque lo que acaban de hacer no era precisamente sexo, le permitía que todo a su alrededor se desvaneciera, nada existía más que él, las sensaciones que estaba teniendo en ese momento y la persona que estuviera a su lado. Eso le gustaba, olvidar absolutamente todo a su alrededor y fingir por lo menos por unos minutos que su vida no era un desastre.

CAPÍTULO 13

Héctor entró a toda prisa a su casa, apenas tenía el tiempo justo para… ¿A quién quería engañar? No tenía el tiempo justo para nada, de hecho, debió haberse ido directamente al restaurante, pero, en cambio, estaba ahí, con la misma ropa de la mañana, con el cabello húmedo, y con las manos sudorosas, indeciso sobre si ir o no ir a ver a Trevor. Había faltado a sus lecciones. Seguramente él estaba furioso y seguramente herido al imaginar que lo había dejado plantado por Kendal.

Había estado tan nervioso a causa de no saber qué hacer que no se había percatado en un inicio de que el auto del doctor Lander estaba aparcado en la entrada. Se detuvo en seco cuando su cerebro al fin procesó ese pequeño detalle que le había pasado desapercibido.

<<*Si el doctor Lander estaba en casa, significaba…*>>

Prácticamente, corrió hacia la puerta principal, giró el pomo de la puerta en un intento desesperado porque estuviera sin seguro y pudiera entrar sin llamar a la puerta. Era inadecuado, pero estaba desesperado.

Entró en la sala de estar y su mirada barrió el lugar, buscando desesperadamente a Trevor sentado en el sofá. No estaba ahí. Estaba el doctor Lander con una enorme carpeta en las manos, adivinó que era un expediente médico, y de hecho había varios esparcidos por la mesa del café.

— ¿Héctor? ¿No deberías estar en el trabajo?

—Lo mismo le pregunto, ¿qué hace aquí?

La última intención de Héctor era sonar algo desesperado, pero sí lo estaba, estaba ansioso, con miedo, y lo único que deseaba en ese momento era ver a Trevor con sus propios ojos. Jamás había sentido tanto terror en su vida.

>>— ¿Trevor…?

La mirada de Héctor se desvió hacia el pasillo donde estaba la habitación de Trevor.

—Me tomé el día libre.

Dijo el doctor Lander.

>>—Tengo trabajo que hacer aquí.

Héctor regresó su mirada hacia el médico; parecía una explicación razonable que daría cualquier persona para justificar su presencia en casa en un día laborable, pero Héctor no estaba muy convencido de que fuera eso verdad.

—Iré a ver a Trevor.

Anunció. El doctor Lander estaba mintiendo, lo sabía, y la culpa que sentía Héctor se incrementó cien por ciento. Esa mañana debió haber estado ahí con Trevor, pero andaba jugando con su novio. La culpa lo estaba consumiendo. Trevor se había sentido mal, y si no hubiera estado el doctor Lander…

— ¿Está dormido?

Dijo el doctor Lander, poniéndose de pie y caminando hacia Héctor.

—No lo molestaré, solo quiero ver…

—Es mejor que lo dejes descansar.

Contradijo el doctor Lander, interponiéndose en su camino.

>>—Ven mañana.

—Dime la verdad.

Miró con súplica al doctor Lander a los ojos. El doctor Lander lo miró con ojos escépticos,

parecía que mantenía una lucha interna.

—Trevor es mi amigo, pero al mismo tiempo mi paciente.

Contestó con calma.

>>— ¿Entiendes que médico y paciente mantienen la confidencialidad todo el tiempo?

Héctor quiso golpear a una persona por primera vez en su vida.

—Creo que, con su pregunta, me está diciendo la respuesta que estoy buscando.

Héctor le entregó la pequeña caja blanca que había traído con mucho cuidado. Era un *wienerbrød*[11] recién ordenado. A Trevor le encantaban las cosas dulces, no eran parte de la dieta que debería mantener, pero Héctor pensaba que mientras comiera algo, eran mejores los dulces que no comiera nada.

>>—Déselo a Trevor en cuanto despierte.

Sin dirigirle la mirada al médico dos veces, Héctor corrió hacia la salida, bajo las escaleras del porche, fingió que se dirigía hacia su casa, por si Lander lo hubiera seguido a la salida o si lo observaba por la ventana. Una vez que llegó al límite del jardín, Héctor giró hacia la izquierda y prácticamente corrió los pocos metros que lo llevarían hacia la ventana de la habitación de Trevor.

>>—Maldita sea.

Gruñó cuando intentó levantar la ventana y se dio cuenta de que estaba cerrada con seguro, desesperadamente pegó su cara contra el cristal en un intento de ver el interior oscuro de la habitación. Por suerte las cortinas no estaban corridas, pero había poca luz dentro del cuarto. Luchó por alcanzar a mirar la cama, tenía la esperanza de que el doctor Lander le hubiera mentido y que Trevor estuviera despierto y le abriera la ventana. Pero el doctor Lander no mintió. Desde la ventana alcanzaba a ver un bulto sobre la cama, que pensó era Trevor, estaba inmóvil, ni siquiera las luces de las lámparas de noche estaban encendidas, así que no estaba leyendo. Y todo estaba en silencio. Lo único que podía pensar en ese instante era que a Trevor no le gustaba el silencio. No le gustaba la oscuridad. Y no debería estar solo.

— ¡Trevor!

Gritó. Pero el hombre ni siquiera se movió. Héctor apretó los dientes, ni siquiera a esa distancia podía distinguir si el hombre estaba respirando todavía. Se sentía impotente por no poder hacer nada.

Se apartó de la ventana cuando el doctor Lander entró en la habitación. Se pegó contra la pared para que el hombre no lo viera. Se agachó y por una esquina observó cómo el doctor Lander dejaba la caja blanca que Héctor le había entregado a un lado de la mesilla de noche de Trevor. Bueno. Al menos no la había tirado. Después encendió la luz de la lámpara y apartó ligeramente la sábana, fue ahí cuando Héctor notó que Trevor tenía una intravenosa conectada. No alcanzaba a ver muchas de las acciones del médico, porque con su cuerpo obstruía mucho la visión de Trevor sobre la cama.

Los minutos pasaban, y aunque no comprendía mucho de lo que el médico estaba haciendo. Héctor pudo adivinar que Lander le había tomado la temperatura y le inyectado un medicamento. Poco después apagó la luz, volvió a cubrir a Trevor y se dirigió hacia la puerta. La angustia de Héctor disminuyó un poco, al menos eso indicaba que Trevor estaba vivo. No era un consuelo, pero algo era algo.

Aun renuente y temeroso, Héctor se apresuró hacia su trabajo. No podía llegar tarde, ni mucho menos pedirles a sus padres que lo dejaran quedarse en casa, no quería que todos pensaran que por ser hijo del dueño tenía privilegios, apenas se estaba ganando la simpatía de

todos.

Lo cierto fue que no logró concentrarse mucho en el trabajo, las horas se le hicieron eternas, incluso había recibió un mensaje de Kendal que lo hizo enojar. Su novio le estaba avisando que iría a recogerlo en cuanto terminara su turno, ni siquiera le estaba preguntando si quería que lo fuera a buscar, solo lo estaba avisando, era una tontería, lo sabía, pero Héctor no estaba de humor para ello.

Héctor le contestó que mejor lo vería mañana, que tenía que volver a casa a estudiar. En parte no le estaba mintiendo, aún era uno de sus propósitos aplicar para el examen en la universidad, estudiaría, solo si Trevor estaba despierto para ayudarlo. Al parecer, el estudio con Trevor era su mejor pretexto para brincar la barrera de Lander, que parecía interponerse bastante en su camino. ¿Por qué a Lander le estaba cayendo supermal últimamente?

A las once en punto estaba llegando a casa, maldijo cuando vio que el auto del doctor Lander estaba en el mismo lugar que esa tarde. Se dirigió rápidamente hacia la ventana de la habitación de Trevor. Suspiró aliviado al ver que había luz en la habitación, y sonrió al escuchar las tenues melodías de la música de jazz.

Desesperado, pegó su nariz al vidrio consiguiendo que este se empañara, pero no importaba, lo que realmente importaba era que alcanzaba a ver la figura de Trevor sentado en la cama con la espalda recargada contra las almohadas. ¡Estaba despierto! Esa era una buena señal. Cuando se dio cuenta de que el doctor Lander no se veía por ninguna parte. Héctor llamó a la ventana con los nudillos para que Trevor le abriera. Tardó varios segundos en que el hombre se pusiera de pie y caminara hacia la ventana, casi se sintió culpable por ello. Trevor no debería estar levantado si había tenido una crisis, pero era más la desesperación de Héctor por asegurarse que estaba bien.

—Niño, para eso se inventaron las puertas, ¿lo sabías?

Preguntó Héctor levantando la ventana.

—Es más divertido de esta forma.

Le hizo una seña para que se hiciera para atrás. Héctor no perdió tiempo y entró por la ventana muy poco elegantemente. Fue una suerte que no terminara de bruces contra el piso.

>>—Además tu médico ha prohibido las visitas.

Dijo levantándose y enfrentándose a su amigo, estaba pálido, mucho más de lo normal y hasta podría asegurar que había perdido peso, además sus ojos no mostraban la chispa que lo caracterizaba.

—Lander en ocasiones exagera su papel de protector.

Trevor se tambaleó hacia la cama, Héctor se abstuvo de ayudarlo, simplemente se aseguró de estar cerca por si caía y poder alcanzar a sujetarlo. Una vez que se acomodó en la cama, Héctor se movió hacia el otro lado, pero en esta ocasión no se sentó como siempre lo hacía para estudiar, no sintió vergüenza alguna en recostarse y colocarse de lado para mirar a su amigo.

— ¿Cómo te encuentras?

Preguntó.

—Me veo cómo me siento.

Susurró Trevor medio cansado.

>>— ¿Cómo te fue en tu lección de motocicleta?

Héctor hizo una mueca.

—Me caí, pero es parte de la lección, por lo menos logré regresar a casa de una pieza.

Sonrió, pero su sonrisa murió rápidamente.

>>—Lamento no haber podido regresar para nuestras lecciones.

Trevor suspiró y se colocó de lado, enfrentándolo directamente a Héctor.

—No habríamos podido estudiar de todas formas.

Dijo suavemente.

>>—Recuperaremos el tiempo perdido con las próximas elecciones, estás mejorando un poco en álgebra.

— ¿Un poco?

Héctor arrugó la nariz. Trevor sonrió.

— ¿Qué? ¿Quieres que te diga que has mejorado considerablemente? ¿Has superado mis expectativas? ¿Qué eres más inteligente de lo que pareces?

A Héctor le gustó escuchar el sarcasmo en la voz de Trevor, esa era una señal para Héctor de que su amigo estaba bien, al menos en teoría. Sonrió.

—Sí, claro que quiero que digas esas cosas, los halagos de vez en cuando vienen bien.

La mueca de una sonrisa adornó los labios de Trevor.

—Mejor ve a dormir, Héctor, que mañana no tendré piedad contigo.

Trevor cerró los ojos. Héctor se acercó más al cuerpo de Trevor, la habitación no estaba fría, pero Héctor se aseguró de cubrir bien a Trevor con la manta. Sujetó su mano y se dedicó a observarlo, su respiración se acompasó, su rostro se llenó de tranquilidad, pasaron los segundos, minutos, horas, tal vez… pero Héctor no se marchó.

CAPÍTULO 14

Héctor se agachó para ver a Kendal llegar bajo a una cosa redonda debajo del coche. Estaba en su espalda con la mano empujando hacia arriba en la maquinaria del vehículo, pero todo lo que Héctor vio fueron los fuertes movimientos de sus muslos bien definidos, el corte de sus bíceps esculpidos, y las partes planas de su abdomen. Héctor se sentía como un completo pervertido por concentrarse en el contorno que se asentaba en la entrepierna de los pantalones de Kendal, pero Héctor no pudo evitarlo. Era enorme.

— ¿Necesitas ayuda?

Preguntó Héctor sin apartar la mirada del bulto de Kendal.

—Ya casi término.

Su novio se echó a reír. Héctor podía sentir su cara y orejas acalorarse al ser atrapado comiéndolo con los ojos. Era cierto que había tenido la polla de Kendal en su boca, pero aún estaba avergonzado. Héctor se lamió los labios en recuerdo de lo bueno que su novio había sabido. Nunca ni en un millón de años habría pensado darle a alguien una mamada.

>>—Si sigues lamiendo tus labios y mirándome como si quisieras comerme para el postre, nunca voy a terminar esto.

Advirtió Kendal cuando el bulto en la parte delantera de sus pantalones se hizo más grande. Héctor estaba teniendo el mismo efecto en sus pantalones.

—Creo que voy a sentarme por allá.

Señaló Héctor detrás de él mientras permanecía de pie y retrocedía hacia el fondo del taller.

—Eso puede ser una buena idea hasta que haya terminado aquí.

Dijo Kendal antes de regresar su atención hacia el vehículo que estaba reparando. Héctor tomó asiento en uno de los bancos que estaban en la mesa, donde Kendal tenía muchas herramientas, tornillos, tuercas, entre otras cosas, que no tenía la menor idea de lo que eran. Contempló el estante con demasiadas piezas que tampoco tenía idea para qué servían. Suspiró.

Por segunda vez esta semana sus lecciones con Trevor se habían interrumpido, esa mañana había ido a la casa de Trevor solo para darse cuenta de que no había nadie en casa. Se había asustado. Al parecer, era lo único que había podido hacer en estos días, asustarse y preocuparse por Trevor. Había notado a su amigo más cansado, pero su ánimo sarcástico seguía intacto. Trevor seguía comportándose como un adulto que necesitaba darle lecciones de vida a un niño mimado como él.

El ambiente entre ambos no se tornó raro después de que hubieran dormido prácticamente juntos. Solo dormir. Esa noche, Héctor se había quedado dormido sin ser consciente de ellos, fue así como Lander los había encontrado a la mañana siguiente, pero sabiamente el médico no dijo nada, ni Trevor había tocado el tema tampoco. No hablaron de eso jamás, los siguientes días tuvieron sus lecciones sin ningún incidente, pero esa mañana, no había encontrado en casa a ninguno de los dos. Y Héctor había recibido un mensaje del doctor Lander, al menos era del número del doctor Lander, pero el mensaje era de Trevor.

“Estudia la lección cinco, no seas holgazán, te haré preguntas mañana”

Intentó llamar al doctor Lander para que lo comunicara con Trevor, quería asegurarse que todo estaba bien, pero el doctor jamás le contestó la llamada, estaba comenzando a creer que

Héctor no le caía bien al hombre. Según tenía entendido, el hombre era heterosexual y que había tenido novia, pero con Héctor actuaba como si estuviera enamorado de Trevor y celoso de Héctor. Un ruido fuerte lo sobresaltó e hizo que mirara hacia donde Kendal seguía trabajando, ¿tal vez debería ofrecerse ayudarle? Héctor había venido a visitarlo, ya que Trevor no estaba en casa y no tenía mucho que hacer de aquí a su hora de entrada. La verdad era que se sentía un inútil, no tenía por qué interrumpir a Kendal en su trabajo, pero había querido verlo. Héctor se mordió el labio inferior cuando dio un paso en dirección al hombre. Nuevamente, sus ojos se posaron en la entrepierna del hombre, el bulto en sus pantalones parecía estar llamándolo.

Héctor se preguntó qué se sentiría cuando Kendal finalmente... ¿Le dolería? Había visto varios videos porno y parecía en verdad que esos hombres disfrutaban siendo penetrados, pero no era bueno tomar esas películas de referencia, no era como si tuviera amigos a los cuales preguntarles, y se negó rotundamente hablar del tema con Trevor. No tenía la menor idea de si él en sus relaciones había sido el de arriba o el de abajo, ya que en todas sus fantasías Trevor había sido el que tomaba a Héctor.

Así que habría sido sumamente incómodo conversar del tema con Trevor, además de que no deseaba hacerle daño. Al preguntarle, Trevor se entendería que estaba intentando tener sexo con Kendal. Héctor recordaba el tamaño de la polla de Kendal cuando tuvo que estirar la boca de par en par para tomar el diámetro. Héctor tragó saliva. ¿Podría tomar esa virilidad dentro de su culo?

No, no podía.

Era imposible.

No había manera en el infierno.

No podría suceder.

Héctor podía sentir todo su cuerpo temblar mientras comenzaba a enloquecer. Héctor se retorció las manos delante de él mientras sus ojos se precipitaron hacia la puerta. Realmente no podía hacer esto. La palabra “Corre” apareció en su cerebro como una señal intermitente.

—Héctor.

Kendal había salido de debajo del auto y lo miraba sentado desde el suelo. Los ojos de Héctor miraron con brusquedad a Kendal, preguntándose si el hombre había leído su mente. Tenía una mirada inquisitiva en su cara que le decía a Héctor que él realmente lo había hecho. Héctor tragó saliva; le era imposible hablar en ese momento. A lo lejos escucharon el claxon de un auto. Y alguien que llamaba Kendal. El hombre se levantó e hizo una seña con la mano. Héctor caminó hacia la salida; era mejor irse y dejar al hombre trabajar. Gritó un poco sorprendido cuando un brazo fuerte lo agarró por la cintura y lo tiró hacia atrás. Aprisionándolo contra la parte trasera del vehículo.

—Respira, cariño.

Kendal le susurró al oído.

>>— ¿Por qué estás tan pálido y temblando?

Héctor negó con la cabeza mientras se cubría el rostro.

—Yo había venido con la intención de… tú ya sabes… pero tengo miedo, va a doler, ¿no es así? Va a doler, ¿no? No me mientras Kendal.

Al principio Kendal se mostró sorprendido. Después envolvió a Héctor en sus brazos, besando la punta de la nariz.

—No debes preocuparte, quedamos, que iríamos con calma.

Kendal le sonrió.

>>— Pero si tanto estás preocupado, no te voy a mentir. Va a ser incómodo la primera vez

hasta que tu cuerpo se adapte al mío, pero podemos esperar, simplemente haremos todo lo que te resulte más cómodo.

Héctor suspiró y se abrazó a Kendal. A pesar de estar todo cubierto de grasa, el hombre seguía teniendo ese olor tan particular de él mismo.

—Quiero hacerlo, quiero estar contigo, pero tengo miedo… Eres tan... tan grande.

Kendal río suavemente contra el cuello de Héctor.

—Gracias por subirme la autoestima.

—Kendal, lo digo en serio.

—Si llegamos a esa parte, te prometo que seré amable, amor.

Héctor podía ver la sinceridad en los ojos de Kendal.

>>—Lo que menos deseo es hacerte daño.

Héctor sentía un nudo en el estómago. Simplemente no había manera lógica de que esto pudiera funcionar sin que el dolor se viera involucrado. De ninguna manera en absoluto. Pero estaba decidido a perder su virginidad, no quería llegar a cumplir veinte sin ni siquiera haberlo intentado. Kendal era un buen hombre, tenía veinticinco años y toda la experiencia necesaria, sin duda sería mucho mejor él que un chico de la edad de Héctor que no tendría la menor idea de qué estaba haciendo.

>>—Creo que existe una manera de hacer las cosas más fáciles para ti.

Dijo Kendal dándole esperanzas.

— ¿En serio?

Preguntó con ilusión en la mirada.

—Si, en serio, tengo que ir a buscar una cosa y tengo que terminar mi trabajo aquí, ¿por qué no vas a casa? Y yo te iré a buscarte antes de que te vayas a trabajar, y te llevaré en la camioneta al restaurante.

Héctor frunció el ceño.

— ¿Por qué en la camioneta y no en tu Harley?

Las veces que había pasado por él al restaurante había ido en su motocicleta.

—Creo que para esta ocasión será mejor la camioneta.

Kendal sonrió misteriosamente.

>>—Ya comprenderás mejor por qué.

Con un último rápido y mega caliente beso, Héctor abandonó el taller de Kendal, tratando de no mirar a los ojos al hombre que segundos antes había llegado y que probablemente no solo había visto ese beso, sino que tal vez también había podido escucharlos hablar sobre sus peores miedos. Llego a casa y encontró a su padre podando el jardín, lo saludó y antes de que digiriese a su habitación corrió hacia la ventana de Trevor para averiguar si ya había llegado. Aún no. Nuevamente se preguntó dónde estaría el hombre. Intentó concentrarse en sus estudios, averiguó unas cosas en internet e hizo algunos test que le ayudarán a decidir la especialidad que deseaba estudiar. Aún estaba indeciso entre dos carreras. Pero Trevor le había dicho que no iba a ayudarle a decidir, que tenía que ser él mismo el que se ahorcara al respecto ya que si al final la carrera elegida no era de su agrado entonces no podría culpar a nadie salvo a su propia estupidez. Héctor rio.

En ese momento, su teléfono móvil vibró con la alerta de una nueva notificación en su cuenta de Instagram, frunció el ceño al ver que era un mensaje de su amigo Adam. Tenía semanas que no hablaba con él y ya no publicaba mucho en sus cuentas. La última foto que publicó fue hace días y era una imagen de la motocicleta que había utilizado en sus lecciones con Kendal.

Tampoco habían subido videos a la plataforma de YouTube. Por extraño que pareciera, ahora todo esto estaba resultando quedar en un segundo plano. Al parecer sus estudios, su trabajo, sus nuevos amigos y su novio absorbían todo su tiempo.

Poco antes de las cuatro, llegó Kendal, Héctor nuevamente comenzó a ponerse nervioso, más cuando el hombre le dijo que tendrían que subir a su habitación. ¿Había sido casualidad que Kendal llegará poco después de que sus padres se adelantaron al restaurante? Claro que no.

— ¿Qué piensas hacer?

preguntó Héctor mientras seguía a su novio, mirándolo con recelo.

—Ya lo verás.

Que Dios lo ayudara. Héctor estaba nervioso, pero también deseaba esto. Kendal era endiabladamente guapo. Dejó que Kendal lo llevara a su cuarto, mirando a su alrededor cuando se sentó en la cama. Esto sería realmente vergonzoso si sus padres regresaban a buscar algo que se les hubiera olvidado, aún no tocaban el tema sobre a Héctor le gustaban los hombres, o que ya tuviera novio. Estaba seguro de que sus padres sabían algo, ya que en este lugar no podía haber secretos con la gente tan entrometida. Además, Kendal lo recogía en el trabajo en ocasiones y lo llevaba a casa. Pero sus padres jamás habían mencionado nada al respecto. Y él no había tenido el valor aún de hablar con ellos.

>>—Quítate tus pantalones y súbete a la cama.

—Pero, ¿dijiste...?

— ¿Vas a confiar en mí?

Kendal ladeó la cabeza, esperando que Héctor tomará una decisión. Suspirando. Héctor se quitó sus pantalones y los zapatos rápidamente y después se arrastró sobre la cama y cubrió su pene medio erecto con una almohada.

>>—No tengas miedo, cariño.

Ordenó Kendal.

—Es fácil para ti decirlo, yo soy el virgen aquí.

La almohada fue lentamente arrancada de sus dedos cuando Kendal se unió a él en la cama, posicionando su estructura más amplia entre las piernas de Héctor.

—Y no sabes cómo me gusta pensar que yo seré el primero.

Héctor bufó.

—Típico en el ego de un hombre.

Kendal rió y se inclinó hacia abajo. Héctor silbó cuando Kendal tomó su eje en la boca. Las manos de Kendal parecían estar por todo el cuerpo de Héctor mientras chupaba la polla de Héctor a la parte posterior de su garganta. Héctor gritó por las sensaciones extrañas que se arrastraban a través de su cuerpo. Kendal trabajó su pene con su boca majestuosamente, empujó en las piernas de Héctor, hasta que fueron aplastadas contra su pecho. Su novio utilizó un brazo para abarcar las piernas de Héctor cuando su mano libre comenzó a masajear el saco de Héctor. Héctor agarró la almohada y se la puso sobre su cara, mordiéndola para detener sus gritos.

Su novio se retiró, y Héctor apartó la almohada. ¿Por qué paraba ahora? Lo que había estado haciendo se había sentido bien, más que bien, y estaba a punto de reclamarle cuando sintió una presión en la entrada de su culo. Héctor arqueó la espalda cuando sintió un dedo abriendo brecha en él. Fue aterrador y estimulante al mismo tiempo. Kendal se puso de rodillas mientras trabajaba de nuevo en su polla, mientras su dedo se deslizaba dentro de su culo.

>>—Kendal…

Jadeó Héctor cuando Kendal insertó otro dedo. El cerebro de Héctor estaba funcionando mal

cuando Kendal le llevó a alturas con las que nunca soñó. No había manera de que existiera algo que se sintiera tan malditamente bueno. Se mordió sus labios al sentir una ligera presión en el ano, preguntándose si Kendal lo había tomado. No dolía cómo pensó que lo haría. Se sentía lleno... extraño. La mente de Héctor se hizo añicos mientras Kendal hizo algo dentro de su culo y Héctor explotó; su polla liberó su semilla. Héctor jadeó mientras su cuerpo se volvía gelatina. No podía mover un músculo en esos momentos, aunque lo intentara. Kendal se tendió junto a él, besando su cuello y luego reclamando sus labios. Cuando se separaron, Héctor descubrió que podía respirar mejor.

— ¿Qué has hecho? Sigues vestido, pero yo sentí…

Kendal se rió para sí.

—Aún no hacemos nada interesante todavía.

Héctor no podía entender lo que acababa de suceder. Sintió algo dentro de él. No había la menor duda sobre eso.

>>—Yo sólo inserté un tapón anal. Te estirará y se preparará para mí.

Movió las cejas mientras sonreía.

>> —No parezcas tan decepcionado. En unas pocas horas...

— ¡¿Iré a trabajar con un tapón dentro de mi culo?!

Preguntó sorprendido, debería sentirse indignado, pero estaba algo… ansioso.

—Así es, iré a recogerte a la salida y si aún estás dispuesto iremos a mi casa.

Kendal golpeó la nalga expuesta de Héctor, haciéndole gritar no por el dolor, sino porque la cosa dentro de su culo se movió, haciéndolo estremecer.

>>— Ahora viste que se hace tarde.

Kendal rodó de la cama y recogió los pantalones de Héctor, ayudándole a ponérselos de nuevo. Se sentía extraño tener algo en su culo mientras salía de su cuarto. Héctor se preguntó si alguien se daría cuenta de lo extraño que caminaba. Héctor negó con la cabeza. Él era el inexperto, así que iba a confiar en que Kendal supiera lo que estaba haciendo. O iba a estrangular a su novio.

CAPÍTULO 15

—Maldita sea, ¿por qué no tienes un móvil como todas las personas normales?

Prácticamente, gritó al teléfono.

—Porque no soy normal, niño.

Dijo Trevor con tono divertido. Después de varios, o mejor dicho, millones de intentos, el doctor Lander había decidido contestar sus llamadas; simplemente se había cansado de la insistencia de Héctor. Ni siquiera fue cortés con el hombre, en cuanto contestó, Héctor exigió que lo comunicara con Trevor.

—Los móviles son útiles para la humanidad, más aún si decides desaparecer todo el día.

— ¿Acaso eres mi padre? No porque esté enfermo, debo estar encadenado a mi cama todo el día.

Héctor cerró los ojos, estaba exagerando, lo sabía, pero en las últimas semanas Héctor se había hecho muy dependiente de Trevor, era su mejor amigo, sabía que el hombre jamás le mentiría y podía confiar ciegamente en él. Pero no estaba seguro de si esto podía contárselo, no quería ser un idiota.

>>— ¿Qué sucede, Héctor?

Preguntó Trevor en tono serio.

—Nada…

Susurró.

>>—Solo…

No, no, no, no podía decirle al hombre que estaba nervioso por tener sexo por primera vez con Kendal, sería injusto para Trevor. El hombre había confesado que se había enamorado de él y saber que se acostaría con otro simplemente era demasiado.

—Héctor…

— ¿Cuándo vuelves?

Preguntó con un nudo en la garganta.

—Esta noche.

Contestó Trevor.

>>— ¿Te encuentras bien?

—Sí.

Contestó demasiado rápido, pero Trevor era muy bueno adivinándole el pensamiento, aunque estuviera a distancia.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, Héctor.

Héctor cerró los ojos.

—Lo sé.

Susurró.

>>—Te veré mañana…

Hubo una breve pausa silenciosa.

—Dejaré la ventana sin seguro, Romeo.

Héctor no lo pudo evitar, soltó una carcajada.

—No esperarás a que comience a recitar sonetos fuera de tu ventana, ¿o sí?

Escuchó la risa de Trevor al otro lado de la línea, además de un exasperado gruñido. Seguramente ese había sido el doctor Lander.

— ¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú, Romeo?

Trevor lo dijo dramáticamente.

—Será mejor que dejes el juego o la próxima vez que acuda a la clínica por un resfriado normal, el doctor Lander me inyectará una pócima letal.

La risa de Trevor fue más fuerte, y Héctor se vio reflejado en ella.

—Lander es tan peligroso como un pequeño gatito.

Comentó Trevor tratando de controlar su risa.

>>—Yo me encargo de que papá Lander no intervenga en nuestras citas clandestinas.

—Lo más seguro es que el doctor Lander, apuntale las ventanas esta noche.

La risa de Héctor estaba poco a poco apagándose, pero se sentía mejor que momentos antes.

>>—Te veré después, Trevor.

No podía prometer si lo vería esta noche, porque no sabía qué sucedería después de que saliera del trabajo.

—Héctor…

Trevor hizo una pausa.

>>—Sea lo que sea que te preocupa, saldrá bien, ya lo verás.

Héctor sonrió.

—Gracias, te veré después.

Una hora antes de salir, le envió un mensaje a Kendal, diciéndole que lo vería en su casa, ya que había llevado el auto de su madre al trabajo, tenía que regresarlo, Kendal había tenido razón, habría sido imposible que anduviera en moto, y le había sido misión imposible andar en bicicleta. Su madre ahora se quedaría con su padre para atender el bar y revisar la contabilidad, por lo tanto, tenía el pretexto perfecto de llevarse el auto. <<*Sería muy necesario si al final se arrepentía y necesitaba escapar de la casa de Kendal*».

Nada más apartarse frente a la puerta, Kendal salió a recibirlo. De repente, Héctor se sentía tan caliente al verlo todo sexy y apetecible, tal vez era la tensión que se había acumulado todo ese día en su cuerpo. Se removió inquieto, haciendo que el tapón anal se moviera dentro de él; había sido una tortura tenerlo todo el día.

— ¿Viniste?

La voz de Kendal emitió confianza y un toque de deseo. Tenía que ser el deseo la ronquera que Héctor oyó. Héctor retiró el pelo de sus ojos mientras hacía que sus piernas cooperaran para salir del auto. Usando su coraje de las profundidades de los dedos de sus pies, Héctor caminó hacia la puerta, decidido a pasar por esto. Sus ojos se encontraron con los de Kendal cuando las tripas de Héctor se convirtieron en gelatina.

—Claro que iba a venir.

Sus pies se sentían como pesas añadidas al tratar de recorrer los últimos dos pasos que lo separaban del hombre. Héctor podía sentir los ojos de Kendal en su cuerpo, lo hacían sentir como si estuviera desnudo.

—Aún puedes cambiar de opinión si lo deseas.

Dijo Kendal. Héctor tragó saliva. Tenía miedo, sí, pero también sentía algo más que no sabía explicar.

—No he cambiado de opinión.

Héctor saltó nervioso cuando los brazos de Kendal apretaron su cintura y un beso suave fue plantado en su cuello.

—Te prometo que todo estará bien, bebé.

Kendal mordió su hombro.

— ¿Eso crees?

—Te doy mi palabra.

El cuerpo de Héctor estaba sudando, su pulso estaba fuera de control, estaba excitado y su pene exigía atención. Eso era todo, esa noche perdería su virginidad, había sido uno de sus propósitos de su año sabático. Cada vez que pensaba en el momento que se venía encima, su mente entraba en una fusión nuclear mental.

>>—Solo entrégate a mí, y déjame guiarte a través de esto.

Continuó Kendal causando estragos en los nervios de Héctor mientras su novio caminaba hacia atrás, guiándolo hacia dentro de la casa.

—Confío en ti, Kendal.

—Me haré cargo. No tienes que hacer nada. Lo haré todo.

Héctor estaba agradecido de que le quitaran la responsabilidad de las manos. Tenía tanto miedo de que sería un pésimo profano en la materia, y también estaba preocupado por decepcionar a Kendal. Juntos traspasaron el taller medio oscuro y continuaron escaleras arriba hacia la casa de Kendal.

— ¿Por qué no te das una ducha y te relajas?

Héctor asintió.

—Una ducha suena bien.

—Ve a la ducha, bebé. Te estaré esperando.

Héctor salió de los brazos fuertes de Kendal y entró en su cuarto de baño, cerrando la puerta detrás de él. Se apoyó en el lavabo mientras pensaba en lo que estaban a punto de hacer. Héctor se pasó una mano por el pelo mientras permanecía de pie con la espalda recta y regulaba el agua. Sus ropas flotaron en el suelo cuando Héctor se metió en la ducha y se quedó bajo el chorro de agua, haciendo todo lo posible para que el agua caliente lo relajara. Realmente no estaba funcionando, pero lo estaba intentando. ¿Todos los vírgenes sentían esto en su primera vez? Tal vez si hubiera perdido su virginidad a los dieciséis como todos sus amigos, no hubiera estado tan nervioso como ahora. Le llevó toda una eternidad enjabonar su cuerpo, y después el mismo tiempo para enjuagarse. Dudaba que alguna vez en su vida volviera a estar tan limpio como en ese momento. Estuvo tentado a repetir el mismo proceso, pero ya estaba siendo suficientemente ridículo. Era una tontería. Era sólo sexo hasta ahora, hacerlo nunca había matado a nadie.

Héctor cortó el agua y salió, agarrando una toalla con la que secarse. Se quedó allí secándose cada pulgada de su piel... y luego se secó de nuevo. Se secó el cabello y después se quedó mirando su reflejo en el espejo.

— ¿Desde cuándo eres tan cobarde?

Héctor envolvió la toalla alrededor de su cintura y tomó una respiración profunda y estabilizadora. Entró en la otra habitación con nerviosismo y casi se traga la lengua. Kendal estaba tumbado en la cama como un dios del sexo, y estaba totalmente desnudo.

—Dulce y santa madre.

Susurró con una risa nerviosa, Héctor tragó saliva, y luego volvió a tragar. Su garganta se había quedado seca como el desierto. Se quedó allí en la puerta de entrada del cuarto de baño y no consiguió que sus pies se movieran.

—Ven aquí, Héctor.

Kendal le tendió la mano. Los pies de Héctor obedecieron a su novio cuando caminó en el suelo. Sus dedos revoloteaban sobre su toalla cuando se sentó al borde de la cama. Al sentir el

movimiento de tapón en su culo, Héctor saltó para alejarse, pero Kendal mató el plan cuando su brazo se envolvió alrededor de la cintura de Héctor y tiró de él hacia su cuerpo caliente y sólido. La polla de Héctor era una tienda de campaña debajo de la toalla, delatando su deseo cuando Kendal. Héctor podía sentir su pálida piel sonrojarse cuando los brazos de Kendal se envolvieron a su alrededor.

>>—Deja de estar nervioso.

Una sonrisa que debería ser considerada ilegal tiró de los labios de Kendal. Se tumbaron en la cama, sus cuerpos se moldearon desde los hombros hasta los pies. Aunque no encajaban a la perfección, sin embargo. Kendal era varios centímetros más alto que Héctor y tenía que agregar que sus cuerpos eran definitivamente diferentes. Kendal era esculpido y musculoso, tal vez trabajar como mecánico era la mejor manera de estar en forma.

—No estoy nervioso.

Mintió, Héctor se sentía extraño, eran demasiadas las sensaciones que sentía en ese momento. ¿Por qué Kendal no hacía un movimiento? Una mano aterrizó sobre sus caderas y Héctor saltó.

—Relájate, cariño.

Kendal se inclinó hacia adelante y lamió su cuello mientras su mano vagaba en círculos por encima de su cadera desnuda. ¿Adónde había ido su toalla? Héctor podía sentir los ligeros toques de los dedos de Kendal, provocando su carne usando su lengua, que seducía el cuello y el hombro de Héctor.

Esto era bueno.

Realmente bueno.

Fue maravilloso.

Héctor dejó que la cabeza cayera a un lado cuando Kendal provocó y lamió, chupó y mordió. Héctor se estaba relajando, olvidándose de sus temores, y la mano de su novio recorrió su espalda y luego un dedo trazó un camino por su espina dorsal, haciendo temblar a Héctor.

>>—Eso es, bebé.

Kendal tomó sus labios en un beso que alteró su mente, cuando el dedo que se arrastró por su columna descendió más abajo, corriendo entre el pliegue. Héctor gimió cuando Kendal tocó el tapón con su dedo. Gritó en la boca de Kendal, cuando él empujó el tampón. La sensación se sentía tan bien que Héctor quería más, mucho más. Levantó sus caderas, impulsando su polla en el estómago de Kendal y luego empujando hacia atrás contra la mano de su novio. Héctor quería el tapón fuera y la polla de Kendal dentro.

—Por favor.

Rogó y luego enterró su cara en el hueco del cuello del hombre. Héctor gimió cuando de repente Kendal hizo lo que Héctor había pedido, retiró el tapón, sus manos rápidamente agarraron los hombros de Kendal, cuando les dio la vuelta, poniendo a Héctor debajo de tan sólido músculo. Instintivamente, Héctor levantó sus piernas, ofreciendo a Kendal todo lo que quería o necesitaba. La mirada de Kendal se quedó fija en él, sus ojos tranquilizándolo, diciéndole en silencio que iba a parar si fuera necesario.

—No te detengas.

Kendal sonrió y agarró el lubricante y un preservativo de debajo de la almohada. Se echó hacia atrás, primero abrió con los dientes el envoltorio del condón, se lo colocó rápidamente, después abrió la tapa del lubricante y vertió un poco de lubricante en sus dedos, los cuales segundos después se deslizaron dentro del agujero ya estirado de Héctor. Héctor arqueó la espalda, sintiendo como si fuera a explotar cuando Kendal acarició por encima de su próstata.

Héctor envolvió sus brazos alrededor del cuello de Kendal, atrayéndolo más cerca cuando la polla de Kendal le tocó su agujero y luego se metió más allá del anillo, enterrándose en su interior. Su novio no se movió. Ninguno de sus músculos temblaba mientras Héctor respiraba a través de su amplio tamaño. Es lo que había querido, lo que había estado soñando durante semanas. Héctor enganchó sus caderas, tratando de conseguir a Kendal más profundo en su interior. Kendal se retiró y luego embistió hacia adelante, mirando a los ojos de Héctor, estudiándolo.

>>—Dios… sí.

Rogó Héctor cuando sus pies trataron de subir a la espalda de Kendal.

>>—Más.

Clavó las uñas en la piel de Kendal cuando su agujero se estiró al máximo de su capacidad y más allá. Si Héctor sólo hubiera sabido, realmente sabido lo bueno que esto se sentía tan bien, habría saltado sobre Kendal tan pronto como lo conoció. Tanto tiempo perdido debido a que Héctor había tenido demasiado miedo. Héctor empujó ese pensamiento a un lado, negándose a permitirle estropear su momento perfecto. Estaba sucediendo ahora y eso era lo que importaba.

>>—Dame más, Kendal.

— ¿Cuánto más, bebé?

Kendal jadeó. Héctor podía decir que se estaba frenando, a lo grande.

>>—Todo, muéstrame, qué tan bueno puede ser.

Héctor no estaba seguro de lo que estaba pidiendo, pero esto no era suficiente. Necesitaba más, mucho más. Kendal se echó hacia atrás, empujando una pierna tan lejos que tocó el oído de Héctor. Su novio comenzó a impulsarse dentro de él, dando a Héctor lo que había estado esperando.

>>—Sí, sí, sí.

Gritó Héctor cuando Kendal desató su bestia. Ya no era el hombre amable y considerado, Kendal estaba demostrándole cómo era en realidad el buen sexo, Kendal estaba dándole todo. Héctor se quedó sin aliento cuando Kendal se inclinó hacia adelante. Su mirada era intensa.

—Eres increíble, cariño.

La cabeza de Héctor se balanceó arriba y abajo, su corazón latía fuera de control.

—Kendal…

Su voz sonó casi tan profunda y grave como la de Kendal. Gritó cuando Kendal mordió ligeramente su hombro. La polla de Héctor explotó sin un solo toque. La gran polla dentro de él comenzó a moverse más rápidamente cuando Kendal utilizó su pene para hacer a Héctor correrse por segunda vez. Sus dedos se clavaron en la carne de Kendal cuando él comenzó a moverse más duro, más rápido. El mundo de Héctor estaba chocando con el de Kendal, su novio lo llevó a la más alta cima y cayó en picado por el otro lado. Todo el cuerpo de Kendal se puso rígido cuando enterró su polla profundamente dentro de Héctor y se dejaba llevar por el orgasmo.

Héctor se aferró a Kendal, su respiración era entrecortada mientras descansaba su mejilla sobre el hombro de Kendal. Se quedaron abrazados durante minutos, disfrutando del momento. La calma después de la tormenta. Por fin lo había logrado, ahora ya no tenía dudas. Héctor era gay, le gustaban los hombres y por fin se había deshecho de su virginidad. Ahora comprendía todo lo que hablan los demás y tenía que admitir que esto no era nada comparado a las sensaciones que tenía mientras se masturbaba y tenía sus fantasías sexuales. El sexo en el mundo real era mil veces mejor.

Sintió a Kendal lamer su cuello, Héctor comenzó a retorcerse y luego a reír.

—Eso me hace cosquillas.

La risa profunda de Kendal hizo que Héctor sonriera de oreja a oreja.

—Eso fue perfecto, bebé. Simplemente perfecto.

Los ojos de su novio parecían brillar cuando Kendal lo miró. Héctor sintió que su cara se ruborizaba y deseó poder golpearse por ello. ¿Es que alguna vez iba a dejar de ser una maldita virgen ruborizada? Héctor sonrió hacia él como un loco… perfecto… ¿perfecto? ¿Había sido perfecto? Dudó en la respuesta, por alguna razón tuvo la sensación de que algo había faltado, pero no tenía la menor idea de que, estaba loco. Negó con la cabeza internamente, estaba siendo ridículo. Esto había sido mucho mejor de lo que había esperado, no se podía exigir más. Sonriendo, se abrazó a Kendal, decidió que simplemente estaba abrumado y que solo necesitaba estar cerca del hombre. Kendal era lo único que necesitaba en ese momento.

CAPÍTULO 16

Héctor bostezó, pero rápidamente intentó ocultar su cansancio «y el *dolor que sentía al caminar*». Esa mañana estaba brillando el sol, tenuemente, pero dado que aquí jamás había sol, era algo de agradecer. Se dirigió al jardín trasero, sus predicciones fueron correctas, encontró ahí a Trevor. Estaba seguro de que el hombre lo escuchó entrar, pero no levantó la cabeza del libro que estaba leyendo. Debería ser súper interesante ya que se notaba el entusiasmo en sus ojos.

— ¿Qué tal tu paseo de ayer?

Preguntó, dejando su mochila sobre la mesa del jardín y tomando asiento en la tumbona. Hizo una mueca al sentir el escozor de su culo. «*Mierda*>> esperaba de verdad que Trevor no se diera cuenta, esta era la parte de tener sexo por primera vez que no le gustaba demasiado, había leído en internet que las primeras veces eran incómodas, demasiado, pero que con el tiempo el cuerpo se acostumbraba y era más fácil la recuperación. Esperaba que fuera verdad, porque no quería ni imaginar cómo sería pasar por esto después de cada encuentro.

—Ir a hacer recados no es paseo.

Dijo Trevor sin apartar la mirada del libro. Héctor inclinó la cabeza para ver la tapa. *Las uvas de la ira, de John Steinbeck*[12], jamás habían escuchado hablar de él, pero no era como si todo lo que a Trevor le gustara, a Héctor también le interesaba. La cubierta del libro estaba en blanco y negro y mostraba en la portada un antiguo auto y lo que parecía ser un molino antiguo o algo así. Debería ser interesante ya que Trevor parecía muy intrigado.

—Una salida es una salida, debes disfrutarlo.

—Ir solo a la ciudad a hacer trámites, no es nada interesante, se nota que eres niño de ciudad.

Aseguró Trevor llevándose lo que parecía un trozo de manzana a la boca. Le gustó verlo comer. Héctor se encogió de hombros mientras alcanzaba su mochila para sacar sus cosas.

—Para mí, cualquier viaje es bueno.

Afirmó.

>>—Si tuvieras la posibilidad de ir de vacaciones, ¿adónde irías?

Tal vez no era una pregunta para un moribundo, pero con Trevor siempre parecía fácil hablar de todo. Hasta su enfermedad. Aunque Héctor sabía que había cosas que Trevor no le contaba del todo.

— ¿Un viaje?

Trevor bajó el libro y lo observó pensativo.

>>— Cuando estaba estudiando, hice un plan, ¿sabes?

— ¿Un plan?

Preguntó curioso.

—Prometí que celebraría mi graduación, haciendo un recorrido por toda la costa de California, de norte a sur en una autocaravana, para surfear por la costa.

La boca de Héctor cayó abierta.

— ¿Sabes surfear?

Preguntó incrédulo. Trevor sonrió.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, niño.

Era cierto que apenas conocía a Trevor desde hace poco tiempo, pero no lograría imaginar al hombre haciendo deportes... «*Pero teniendo sexo contigo si puedes imaginártelo»,* dijo su vocecita interna. Héctor se recargó contra la silla y observó a su amigo con una ceja arqueada.

—Ese viaje hubiera sido interesante.

Comprendió que no debió haber dicho eso, al ver la mirada dolida de Trevor.

—Él hubiera no existe, después de todo, esta maldita enfermedad me atacó de nuevo antes de que pudiera concluir mis planes.

Trevor regresó la vista al libro, pero no estaba leyendo. Era más como su forma de decir que deberían cambiar de tema. Sería sensato hacerlo, no quería hacerle daño, pero algo en su interior le dijo que Trevor quería hablar de ello, aunque fuera doloroso para él. Trevor parecía un hombre al cual no le molestaba recordar cosas.

>>— ¿Me dirás por qué estabas tan preocupado ayer?

Preguntó Trevor con calma. Héctor ya se esperaba esa pregunta, y no le gustaba mentirle, pero…

—Estuviste enfermo, después desapareciste y no tienes un maldito móvil, estabas preocupado.

Trevor lo miró atentamente, como intentando averiguar si le estaba contando la verdad. Héctor intentó que su mirada no reflejara nada.

—Fue una salida sin importancia, intentaré avisarte en la próxima ocasión.

Héctor pudo ver en la mirada de Trevor que el hombre sabía que Héctor algo le ocultaba, pero le agradecería que dejara pasar el tema.

—Háblame de California.

Pidió.

>>—Sí sé que eres de los Ángeles, supongo que ese lado del país es mil veces mejor que esta zona llena de lluvias por todos lados, hasta Seattle puede ser insoportable en ocasiones.

Trevor sonrió.

—En Los Ángeles el clima es cálido, pero al norte del país es igual que en este lugar.

Trevor suspiró y se recargó contra la silla, apartó el libro y tomó de la mesilla una botella de agua.

— ¿Y así querías surfear por el norte?

Trevor sonrió de lado y comenzó a narrarle cuáles habían sido sus planes. Primero comenzaría en Crescent City, ese era el último pueblo que había al sur el Estado de California, un pueblo frío, con agua casi congelada, infestado de tiburones. Trevor le explicó que, ya que el agua era fría, había más algas, más focas, por lo tanto, era una zona de comida preferida por los tiburones blancos, pero a pesar del peligro, era una parada muy frecuentada por los surfistas.

—Todos los que van ahí están locos.

Manifestó Trevor Rió.

—Crescent es un pueblo tranquilo por lo que he escuchado, es una parada para relajarte y estar en contacto con lo que te rodea y surfear.

—No me gusta el frío, y con los tiburones ni hablar.

Héctor se estremeció.

>>— ¿Cuál es la siguiente parada?

—Shelter Cove.

Dijo Trevor.

>>—Un pueblo remoto con muchos acantilados y una sola carretera a través de la montaña.

Trevor siguió contándole con lujo de detalles todo y cada uno de los detalles de ese viaje por California, en su mirada podía ver alegría y nostalgia por algo que jamás pudo hacer.

—Sigo pensando que es increíble que sepas surfear.

Se quejó Héctor.

>>—Yo apenas sé andar en patineta.

—Cuando surfeas sientes emoción, incertidumbre ya que toda la actividad no depende de ti o tus habilidades, el océano es el que manda, el frío, el agua helada, el miedo se te olvidan cuando entras en el mar y descubres una ola que jamás habías surfeado y miras el paisaje…

Trevor hizo una pausa mirando al cielo.

>>—Entonces, sin importar la calidad de las olas o la habilidad que tengas, lo único que sientes es felicidad.

La mirada de Trevor lo hizo estremecer, era tan injusto que alguien como él estuviera pasando por esto. Trevor era un hombre lleno de ilusiones y de planes, que ahora solo tenía el tiempo contado.

—Suena genial.

Dijo Héctor. Trevor giró la cabeza en su dirección.

—Eso es intentar hacer un buen uso del tiempo libre, no solo decidir tomar un año sabático sin hacer nada, ni siquiera era el tiempo indicado para ti, fue muy estúpido hacer una pausa en tus estudios.

Héctor rodó los ojos. «*Allá vamos*» ahora continuarían con el sermón por sus malas decisiones.

—Deberíamos comenzar con las lesiones, ya me has criticado demasiado en las últimas semanas.

—No, niño.

Intervino Trevor.

>>—Esta es una gran lección y no quiero dejarlo escrito en una carta o un video para que lo veas después de mi muerte.

—Trevor…

—Tienes que saber hacia dónde vas, y qué es lo que quieres lograr, solo tienes diecinueve años, aún puedes hacer lo que quieras con tu vida.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—En una ocasión escuché algo que me ha quedado grabado en la memoria, y es de una película para niños.

Dijo Trevor riendo. Héctor lo miró sorprendido.

— ¿Te gustan las películas para niños?

Estaba comenzando a creer que no conocía a este hombre como creía.

—Por supuesto, fui niño en algún momento y tengo sobrinos.

Trevor hizo una mueca.

>>—Al menos los visitaba seguido mientras vivía en Los Ángeles.

—Entonces, dime cuál es esa gran lección.

Preguntó. Trevor se llevó un dedo a la cien como intentando recordar.

—Dicen que los cuentos pueden ser realidad, pero solo de ti depende si sucede o no, hay que trabajar duro cada vez, y lo demás vendrá después.

Trevor le guiñó un ojo.

>>—Hasta parece una rima, ¿no?

—Creo que me suenan esas palabras, pero no recuerdo de qué película se trata.

—La película no importa, lo importante es que aprendas a enumerar tus prioridades. La diversión, los viajes, las amantes son cosas secundarias, tampoco estoy diciendo que tener un

título universitario es algo muy necesario, no se necesita un título para ser alguien de provecho, muchos de tu generación esperan que les caigan las cosas del cielo, pero no luchan lo suficiente por ello.

—Entiendo lo que dices.

— ¿En serio?

—Sí, no soy tonto, hay dificultades siempre, pero lo importante es llegar a la cima, ¿no?

Trevor frunció los labios.

—También es importante disfrutar el trayecto, tonto.

CAPÍTULO 17

—Ya parezco un zombi medio muerto, no necesitas maquillarme tanto.

Protestó Trevor.

—Serás el conde Drácula, no un zombi.

Héctor amaba el Halloween, era una de sus épocas favoritas del año, y quería que este año en particular fuera muy especial. Sonrió a Trevor, aunque el hombre seguía protestando, pero no importaba, había prometido que prestaría oídos sordos a todos sus inconvenientes, él había aceptado ir a la fiesta de Halloween que se celebraba en un bar del pueblo, incluso había invitado al doctor Lander, con la esperanza de que eso le diera a Trevor más confianza en ir. El doctor Lander tampoco había estado muy convencido, pero el hombre había aceptado. De verdad, Héctor amaba el Halloween, era ruidoso, divertido y había muchísima comida y dulces involucrados.

— ¿Por qué tengo que ser el hombre lobo y Trevor el vampiro?

Preguntó el Doctor Lander desde la puerta, enseñando las manos cubiertas con guantes peludos con garras. Héctor no era muy bueno en eso del maquillaje, pero el hombre de la tienda dijo que si seguía las instrucciones que venían en la caja, el resultado sería genial. No era tan genial como en la foto de instrucciones, pero admitía internamente que era divertido ver al sofisticado doctor Lander siendo un desastre.

—Porque es parte de la vestimenta local.

Dijo Héctor tratando de no reír, estos disfraces eran una clara referencia a la película que hizo famoso el lugar, incluso el dueño de la tienda de disfraces afirmó que tanto el disfraz de lobo como el de vampiro eran los más buscados. Además, la ciudad estaba llena de turistas con eso del estreno de la tercera película de la saga.

—Así es, Lander, deja de quejarte.

Dijo Trevor con una sonrisa malvada.

>>—Por una vez en la vida, deja que sea yo el protagonista y me quede con la atención de las damas.

El doctor Lander rió.

—Mejor no me hagas contarle a Héctor tu oscuro pasado.

Héctor enarcó la ceja y miró entre los dos hombres.

—Por favor, doctor Lander, si hay algo de información que pueda contarme para poder torturar a Trevor en el futuro, estoy dispuesto a pagar por ello.

El doctor Lander rió. Trevor por su parte no parecía para nada divertido.

—Será mejor que no tientes a tu suerte, Lander.

Se quejó Trevor ajustándose la corbata del traje oscuro que se había puesto, su rostro estaba blanco a causa del maquillaje y eso lograba disimular demasiado sus ojeras profundas. Héctor tenía días notándose más cansado, había notado también al doctor Lander preocupado, incluso el día que lo invitó a la fiesta de disfraces, el doctor Lander le había dicho que si lograba que Trevor se animara a salir de casa, con gusto iría disfrazado de duende si era necesario.

— ¿Acaso temes que el doctor Lander me cuente que fuiste un rompecorazones en tu juventud?

Preguntó Héctor, divertido.

— ¿Acaso me estás diciendo viejo, niño?

Trevor lo fulminó con la mirada.

—Eres once años mayor que yo.

Héctor se encogió de hombros.

—Serían diez años y pocos meses, ya que cumples años en enero, ¿no es así?

Trevor se levantó del banco y no le pasó desapercibido que tuvo que sujetarse de la mesilla para ayudarse a estabilizarse.

—Trevor en el instituto tenía a todas las chicas rendidas a sus pies.

Intervino el doctor Lander tratando de aligerar la preocupación que ambos sentían por Trevor.

>>— ¿Cuántas declaraciones recibiste a lo largo de nuestros años en el instituto, Trevor?

—Yo no tengo la culpa de ser encantador.

Trevor se encogió de hombros, y Héctor rio.

— ¿Encantador? ¿Tú?

Miró al doctor Lander.

>>—Creo que usted está hablando de otro Trevor, doctor Lander.

—Es que tú solo conoces mi lado brillante, Héctor.

Dijo Trevor buscando algo en la mesilla. Era uno de sus contenedores de pastillas.

>>—Además, no me gustaban las mujeres, pero ellas insistían en ver en mí a su *Lancelot*[13] de brillante armadura.

—Todas las chicas se enamoraban de su aura poética, y todas las mujeres cayeron rendidas cuando participó en la obra de *Julio Cesar*[14].

Explicó Lander.

— ¿En serio? Creo que te imagino más como un Romeo.

Héctor frunció el ceño.

>>— ¿Qué no es Romeo y Julieta la típica obra de teatro de un instituto? ¿De quién fue la idea de interpretar una obra sobre el Cesar?

El doctor Lander le hizo una ceja con los ojos hacia Trevor.

—La obra no era sobre el César, era sobre el romance de *Antonio y Cleopatra*[15]

Trevor se volvió hacia los dos hombres.

>>—Romeo y Julieta no son la única pareja trágica de la historia que *William Shakespeare*[16] escribió.

—No sé mucho de literatura así que no puedo juzgar.

Dijo Héctor.

>>—Pero no creo que exista nada que le gane al romance rotundo de Romeo y Julieta.

Trevor lo observó por un largo instante; la literatura, las artes y todo lo antiguo era el talón de Aquiles de Trevor. Héctor pensó que comenzaría una alegata sin fin sobre las enormes ciencias entre grandes obras y lo tonto que era juzgar cuando no conocía la literatura. Pero, en cambio, parecía muy tranquilo, más aún, parecía estar concentrado y parecía que se transformó ante sus ojos.

—Reina mía, ¿me preguntáis si os amo?

Dijo Trevor cambiando el tono de su voz, su postura, la forma en que lo miró y lo dejó sin habla.

>>—Mi amada Cleopatra, la amo… Es muy pobre el amor que puede contarse, ¿queréis saber el límite de mi amor por vos?

Trevor alzó una mano hacia su pecho y estiró la otra hacia Héctor, mostrando una mirada de súplica, de pasión, de anhelo.

>>— ¿Queréis saber el límite del amor que puede inspirarme? ... Entonces necesita descubrir un nuevo cielo y una nueva tierra…

Héctor trago saliva. ¡Santo Dios! Sentía un nudo en la garganta y en el estómago… se quedaron largos segundos mirándose el uno al otro hasta que el doctor Lander decidió hablar.

—Creo que ahora sabes por qué razón conquistó a todas las mujeres en la escuela.

Dijo el doctor Lander rompiendo la magia del momento.

>>—Incluso una chica rechazó mi declaración porque le gustaba mi mejor amigo.

—No seas exagerado, Lander.

Trevor apartó la mirada que lo mantenía clavado en su lugar y caminó unos pasos hacia Lander, dejando a Héctor como un idiota todavía aturdido.

>>—Además, creo que estamos perdiendo el tiempo, se hace tarde, mueve el culo. Héctor, tengo ganas de una manzana con caramelo.

Héctor intentó volver a tener el control de todas sus emociones, eso había sido… intenso. Se giró tratando de no enredarse con las botas piratas con barbas que tenía puestas. Había decidido usar ese disfraz porque al parecer era el único que muchos no deseaban rentar. Trevor tenía razón, se estaba haciendo tarde, y deseaba ahora más que nunca ver a Kendal.

El bar estaba lleno de personas, incluso la fiesta se expandía hacia la parte trasera, la cual habían adaptado con mesas, sillas y sombrillas, además de muchas luces y adornos de Halloween. El restaurante de sus padres también debería estar muy concurrido, pero uno de los meseros estaba cubriendo el lugar de Héctor. El chico se negaba a celebrar estas fechas porque su religión no se lo permitía, además de que le había asegurado a Trevor que le serviría ganar el dinero extra ya que deseaba hacer un viaje pronto. A Héctor en verdad le gustaban estas fiestas, al menos eso creía, ya que ahora mismo, no estaba resultando como había pensado.

Al llegar al bar, había encontrado a Kendal sin ningún problema, convivir con los amigos de su novio no era un gran problema, aunque ellos sabían de su relación, no parecían incómodos, además de que el bar no estaba dando muestras públicas de su noviazgo, Héctor seguía sin estar listo para ello y Kendal lo respetaba, así que en público solo había ciertos roces insinuantes, toques de manos, y sonrisas pícaras. Pero abstenerse de besar y tocar a Kendal como deseaba hacerlo no era el problema, el problema era que su mejor amigo parecía estar mejor sentado lejos del grupo de hombres que estaban jugando al billar. Así que estaba dividido entre estar con Kendal y Trevor. Los dos hombres simplemente creyeron que el saludo inicial al llegar era más que suficiente y no habían vuelto a estar cerca el uno en lo que llevaban de la noche.

—Y esta es la razón por la que tu plan no era buena idea.

Lentamente, volteó la cabeza y se encontró mirando directamente a los ojos del apuesto doctor Lander, el hombre parecía relajado y… algo bebido. Era raro verlo así, tenía una cerveza en la mano.

—Trevor está comiendo, y parece que le gusta estar lanzando dardos, además parece que la música no le desagrada del todo.

Héctor miró a su alrededor. Se había detenido en medio del bar decidiendo con quién le tocaba pasar los siguientes minutos de la noche, se la había pasado yendo y viniendo entre Trevor y Kendal. Acababa de tener un breve descanso de cinco minutos que utilizó para ir al baño.

—No te engañes.

Dijo Lander.

>>—Sé que lo intentas, pero es injusto pretender que puedes tener ambas cosas.

— ¿Qué dices?

—Sé que no eres tonto.

Dijo el doctor, Héctor ladeó la cabeza, mirando a Lander con curiosidad. Pero no podía leerlo.

>>—No debes pretender una relación física con Kendal y no creer que eso dañará a Trevor.

—Al principio eras amable conmigo, Lander ¿qué cambió?

Héctor deliberadamente dejó de lado el título de respeto por el cual siempre le había hablado, esto no era una discusión de médico y amigo del paciente, ambos eran hombres. El estado de ánimo de Lander y la forma en que lo trataba últimamente era muy cambiable. En ocasiones era amable y le pedía que convenciera a Trevor de comer o salir a pasear, en otras ocasiones simplemente no quería que se acercara, eso ya tenía cansado a Héctor. La expresión confundida en el rostro de Lander era perfecta, pero Héctor no se la creía. Una aversión inmediata y tan intensa no aparecía sin ningún motivo.

—No te odio.

Dijo el médico pensativo.

>>—He de admitir que siento algo de celos hacia ti, soy amigo de Trevor desde muchísimo tiempo atrás y he luchado a su lado contra su enfermedad por años… pero apareces tú, y me da coraje admitir que has logrado infundir la vida en unas pocas semanas de lo que yo he logrado hacerlo en años.

—Trevor lo estima demasiado, es muy importante para él, yo, en cambio…

—Sé que soy importante para él.

Lander sonrió, la sonrisa volviendo a sus facciones casi etéreas. Realmente era extraordinariamente apuesto.

>>—Pero también sé que te has vuelto alguien muy importante para él.

Dijo Lander. Sus ojos estaban estudiando a Héctor, evaluadores y agudos.

—Y él para mí.

—También sé eso.

Dijo el doctor Lander, señalando con la cabeza hacia Trevor.

>>—Algún día te daré las gracias por encender una luz en su vida, aunque fuera por un fugaz instante.

Y con esas palabras, el doctor Lander se alejó. El médico se estaba dirigiendo hacia la parte trasera, donde podía verse a Trevor estudiando el tablero de la pared. El trayecto de Lander fue interrumpido por una mujer vestida de tigresa.

Héctor consideró por un segundo qué hacer, y pronto tomó una decisión. Se encaminó hacia el lugar donde varios hombres jugaban en las mesas de billar y sujetó a Kendal de una mano. El hombre alzó una ceja curiosa y le preguntó algo, pero a causa del ruido del lugar, Héctor no alcanzó a escuchar.

Se encaminó hacia la parte trasera del lugar, arrastrando a Kendal tras de sí. Pasaron por un costado del doctor Lander, que lo miró con una ceja arqueada, pero no le prestó atención. Héctor estaba decidido. Trevor se giró hacia ellos cuando estuvieron a unos cuantos pasos, llevaba un vaso de agua mineral en la mano y en la otra, unos dardos, los cuales no había visto siquiera que los lanzara al cuadro en la pared.

—Trevor, a Kendal le gusta jugar al ajedrez, es mucho mejor que yo en eso.

Anunció Héctor, logrando que Trevor alzara una ceja.

—Cualquiera puede jugar mejor que tú, niño.

—Yo no soy tan malo.

Anunció deteniéndose, y Kendal se detuvo a su lado. Y miró entre Trevor y él sucesivamente, como considerando que era lo que Héctor deseaba hacer.

—Si lo eres, confundes los movimientos que hace el alfil con los movimientos de cualquier peón.

Trevor continuó, pero Kendal seguía sin decir nada. Héctor temió que su novio los ignorara y se marchara mejor con sus amigos. Pero se equivocó.

— ¿Cómo puedes confundir algo tan básico?

Dijo Kendal al fin.

>>— El alfil se mueve sobre el tablero en una línea recta diagonal. Se pueden mover tantas casillas como se quiera.

— El alfil no puede saltar sobre otras piezas. Captura del mismo modo que se desplaza, colocándose en la casilla de la pieza oponente.

Concluyó Trevor. Y así de sencillo, algo que comenzó tan tensamente, se solucionó con una breve charla de ajedrez. «Ahora comprendo por qué mi madre siempre dice que nadie nunca jamás ha logrado comprender el cerebro de un hombre>>. Héctor alzó los ojos al cielo agradecido de que las dos personas más importantes de su vida ahora, por lo menos, estaban charlando. Al ver a los dos hombres charlando, <<*aunque fuera para criticar las incapacidades de Héctor para los juegos de azar*>>hizo que un enorme peso de sus hombros desapareciera por lo menos por una noche.

CAPÍTULO 18

Héctor se despertó bruscamente, preguntándose que lo había despertado. Le tomó un momento recordar dónde estaba y luego los recuerdos de la noche anterior llegaron a él. Había sido un día interesante, jamás pensó que él llegaría a interesarle pescar, de hecho, no le interesaba, pero había estado de acuerdo con intentarlo con el único propósito de que Trevor y Kendal se conocieran mejor.

Cerró los ojos, ¿era tan egoísta de su parte pretender que los dos hombres más importantes para él en ese momento se llevaran mejor? Sí, tal vez era egoísta y estaba actuando muy mal al hacer que Trevor presenciara su romance con Kendal, aunque enfrente de los demás, ellos seguían sin tener muestras públicas de afecto tan obvias, pero Trevor era muy obstinado, demasiado, y en una ocasión que Kendal le sonrió y lo sostuvo de la mano, lo primero que hizo Héctor fue buscarla con la mirada a Trevor y apartarse.

Trevor, por su parte, al llegar a casa, le dijo que había sido un idiota, que había lastimado los sentimientos de Kendal y, aunque no le importaba demasiado el hombre, como era su deber educar a un buen universitario, le había ordenado disculparse.

Héctor rio. Trevor Murphy era todo un misterio para Héctor la mayor parte del tiempo. ¿Cómo lo lograba? ¿Cómo lograba Trevor influenciar demasiado a Héctor? Héctor era tan capaz de ahogarse en un vaso de agua, pero Trevor era su cable a tierra. ¿Héctor lograría la misma madurez que el hombre cuando llegara a los treinta? Esperaba que sí.

Así que después de haber terminado su turno en el restaurante, había ido directamente a la casa de Kendal. Les había dicho a sus padres que iría a casa de un amigo y que verían películas y comerían pizza, que llegaría tarde. El problema era que Héctor no llegó a dormir, y seguramente estaría castigado hasta Año Nuevo.

Él sintió una mano sobre su estómago y echó un vistazo a su lado para ver a Kendal todavía dormido. Su mano estaba sobre Héctor mientras él soñaba con tranquilidad. *<<El castigo bastará la pena>>* pensó, se tomó su tiempo disfrutando de la vista de un desnudo y durmiente Kendal.

Los recuerdos de su polla llenándolo cada noche provocaron en él un agudo deseo. Él tocó la mano de Kendal ligeramente, pasando sus dedos por sobre el brazo de Kendal para acariciar su bíceps. Los músculos del hombre se hincharon y los ojos de Héctor volaron hacia Kendal, ahora él estaba despierto, alerta y mirándolo. Sin decir una palabra, la mano de Kendal se movió a lo largo del estómago de Héctor, acariciando su carne mientras él la movía hacia abajo y agarraba su polla, dura como una roca ahora. Héctor jadeó suavemente y despacio bombeó sus caderas, su pene siguió el movimiento dentro y fuera en el puño de Kendal.

Él sintió una presión sobre su pierna, y como miró hacia abajo, Kendal tiró sus caderas hacia atrás entonces Héctor pudo ver su erguida polla. Héctor la tomó y la abrigó en su propio puño. Estaba caliente, y muy dura. Los ojos de Kendal se cerraron, y durante unos minutos los dos se movieron, empujándose mutuamente a las manos del otro, mientras sus puños bombeaban sus pollas. Finalmente, Héctor se separó ligeramente y liberó la virilidad de Kendal.

Los ojos de Kendal se abrieron sorprendidos y no hizo ninguna protesta cuando Héctor lo hizo caer de espaldas. Héctor se subió sobre Kendal, con cuidado alineando su polla, para colocarla completamente sobre la de Kendal. Sus piernas se extendieron a los lados de Kendal, así sus longitudes descansaron con fuerza uno contra el otro. El peso de Héctor y sentir su polla frotándola sobre Kendal le provocó un delicioso temblor.

— Héctor.

Él gimió.

— Buenos días…

Héctor susurró en su oído, su lengua salió y corrió lamiendo todo el lóbulo de su oreja. Al mismo tiempo, Héctor comenzó a moverse, empujando sus caderas y golpeando a Kendal con su pene. Un sonido estrangulado vino de la garganta de Kendal y él agarró las caderas de Héctor, presionándolo más firmemente contra su pene. Las manos de Héctor habían estado descansando junto a la cabeza de Kendal, pero ahora ellas se movieron, enterrándose en su cabello. Héctor se levantó ligeramente, hasta que sus labios estuvieron a un aliento de distancia de Kendal.

— Sí.

Él susurró.

>>—Justo así, cariño.

— ¿Así?

Preguntó un tanto inseguro y con sarcasmo, la verdad era que no tenía la menor idea de qué estaba haciendo, estaba siguiendo su impulso del momento, seguía siendo un virgen en cuanto al sexo se refería, ellos habían estado juntos un par de veces nada más, no tenía la menor idea de cómo se le había ocurrido tomar la iniciativa esta vez.

Pero al parecer no lo estaba haciendo tan mal, gimieron, su propia boca se cerró caliente y mojada sobre la de Kendal, que empujó su lengua para enredarse con la de Kendal mientras ellos lucharon por el predominio del beso, explorando las bocas de cada uno en un duelo silencioso. Sus caderas comenzaron a empujar más duro, más rápido, sus pollas se bombeaban de arriba hacia abajo a lo largo de cada una, acariciándose el uno al otro.

Héctor se retiró del beso, respirando pesadamente, y descansó su cabeza sobre el hombro de Kendal. Su aliento caliente y húmedo soplaba la garganta de Kendal. Las manos de Kendal despacio acariciaron el culo de Héctor, bombeando sobre él. Con cuidado, él permitió a sus dedos explorar el pliegue allí. Aún estaba sensible por sus actividades anteriores, pero no podía negar lo caliente que se sintió cuando los dedos de Kendal rozaron su entrada. Sintió surgir el caliente jugo preseminal, mientras se frotaban. Ello provocó que sus dientes rechinaran como si mordieran arena y a Héctor gemir profundamente.

Kendal experimentalmente insertó la punta de su dedo en el capullo rosa de Héctor, el gemido de Héctor de placer fue gutural. Héctor besó y lamió su cuello y mordisqueó su oído, murmurando las palabras de estímulo.

>>— ¡Ah Dios!

Gimió Héctor, sus caderas lo empujaron hacia atrás y hacia adelante con desesperación.

—Eres increíble, cariño… estoy cerca.

Kendal susurró en el oído de Héctor, él también estaba cerca, pero no tan cerca, necesitaba más, mucho más. Sin decir una palabra por la vergüenza repentina que lo atacó, hizo que Kendal moviera su mano un poco más atrás, directamente hacia su agujero. Tenía que decirle sin palabras lo que deseaba. Su rostro explotaría por la vergüenza si lo expresaba en voz alta. Héctor jadeó y alzó la cabeza para mirar a Kendal a los ojos, dejándole ver lo que necesitaba.

— Kendal.

Murmuró suplicantemente, luego dejó su boca otra vez para capturar a Kendal. Su novio comprendió el mensaje, con un gruñido que fue más un gemido de completo placer masculino. Kendal lo besó con desesperación mientras sumergía su dedo hasta la empuñadura en el culo de Héctor. Sus nudillos grandes tocaron brevemente el anillo de apretadura de los músculos que

protegían su entrada, pero entonces forzó su camino hacia adentro.

El gemido de Héctor reflejaba una satisfacción visceral mientras comenzó a empujar sus caderas, la sensación de sus penes frotándose uno al otro y el dedo Kendal al mismo tiempo follando dentro y fuera de su culo fue demasiado para soportar. Durante algunos minutos los dos se follaron, volviéndose más salvajes, empujando más duro. Otro dedo se unió al primero en el culo de Héctor. Sus alientos eran desiguales, sus gemidos casi incesantes, mientras subían hacia su liberación.

— Te amo, Héctor.

Kendal susurró en medio de la pasión que compartían. Héctor no pudo hablar, estaba sin aliento, al menos esa fue su justificación para no hacerlo.

Él movió su cabeza en éxtasis al sentir los dedos de Kendal en su culo y su pene frotándose contra el suyo. Más allá de todo razonamiento, de toda emoción, se apoyó hacia adelante y besó a Kendal con toda la pasión y el deseo que sentía en ese momento. Kendal se corrió primero al sentir los labios de Héctor arrastrar besos sobre su garganta. Al sentir la caliente corrida de Kendal, hizo que Héctor se corriera.

Los dos hombres gimieron con fuerza mientras se empujaban desesperadamente el uno al otro. Cuando terminaron, Kendal lo sostuvo apretado contra su cuerpo por mucho tiempo. Después se ducharon juntos, donde Kendal lo sedujo y folló con desesperación en la ducha. Desayunaron juntos. Y se despidieron apasionadamente tras la puerta del taller de Kendal. Pero en ningún momento Héctor pudo devolver en palabras la declaración de amor que había recibido.

CAPÍTULO 19

Mientras esperaba que su padre se desocupara para hablar con él, Héctor revisó las fotos de su teléfono, tenía que eliminar las que no quería para poder hacer espacio en la memoria de su móvil, también tenía que recordar hacer un vaciado de archivos a su computadora. Últimamente no había tenido mucho tiempo de nada, desde sus lecciones con Trevor, su relación con Kendal, su trabajo y ahora que tenía que comenzar los trámites a la universidad, muy poco tiempo tenía para pensar en nada, más ahora que tenía que comenzar a hacer servicio comunitario para poder mejorar su hoja de vida para la entrevista en la universidad. A su padre tal vez no le gustaría la noticia que tenía que darle, pero Héctor necesitaba comenzar a tomar decisiones.

Su dedo se detuvo en una foto que había tomado en la fiesta de Halloween. La única foto que tenía de las dos personas que más le importaban en su mundo ahora y que habían cambiado su forma de pensar y de sentir en pocas palabras. Héctor estaba en medio, sonriendo. A su lado derecho estaba Kendal disfrazado de zombi, con la ropa rasgada en varias partes y la cara pálida, pero aun así se veía apuesto. Tenía una media sonrisa y sus ojos miraban hacia Héctor. A su izquierda estaba Trevor. Héctor lo sujetaba por la chaqueta y estaba evitando que Trevor se marchara. Se había negado posar para la foto, por eso le había pedido al doctor Lander que la tomara rápidamente.

Trevor tenía los ojos hacia el techo, pero aun así sonreía. Sin duda no era la mejor foto, pero a Héctor lo hacía sonreír cada vez que la miraba. La fiesta resultó divertida. Kendal y Trevor parecieron llevarse bien, *«su mejor amigo y su novio»*. ¿Qué más podría pedir una persona? pero Héctor todavía seguía confundido por Trevor.

Después de conversar con su padre, el cual no se enojó en absoluto por la decisión que había tomado, al contrario, su padre parecía orgulloso de cuánto había mejorado al llegar a Forks. Héctor pasó por la cafetería, caminó a casa y compró unas galletas de avena y chocolate. No tardó mucho en llegar a casa de Trevor, no llamó a la puerta, entró directamente y se dirigió a la habitación de Trevor. Dos días atrás Trevor no se había encontrado muy bien, aunque habían estudiado como siempre, Héctor lo notó más cansado, y mientras él repasaba sus lecciones, Trevor dormitaba en cualquier parte que estuviera.

Encontró a Trevor en la cama, recostado, las ventanas estaban cerradas y la habitación oscura, la lámpara de la mesilla estaba encendida y pudo ver el rostro adormilado de Trevor cuando levantó la cabeza.

— ¿Qué haces aquí?

Preguntó con un tono malhumorado.

>>— ¿Qué no deberías estar trabajando?

— Renuncié.

Respondió.

— ¿Qué? ¿Por qué?

Preguntó Trevor. Héctor acercó una silla a su cama y se sentó. Colocó sobre una mesa de noche la caja de galletas que había llevado.

—Encontré un trabajo en el almacén, iré a trabajar cuatro días a la semana, eso me dará tiempo de presentarme en la ludoteca a dar servicio comunitario ayudando a niños con sus estudios.

Trevor arqueó las cejas.

— ¿Tú enseñando?

— ¿Por qué te sorprende tanto?

Héctor se hizo el ofendido.

>>—Me gustan los niños, y me gusta la lectura.

— ¿Un estudiante que pretende ser maestro? Estupendo.

Trevor suspiró y cambió de posición en la cama, se arropó más con la manta, parecía que tenía frío, aunque la habitación estaba suficientemente cálida.

— ¿Por qué estás de tan pésimo humor últimamente? Se suponía que era yo quien estaba enojado con el mundo.

—Yo siempre estoy enojado con el mundo.

Dijo Trevor.

>>—Solo trato de poner buena cara.

Héctor se mordió el labio. La verdad era que no sabía cómo hacía Trevor para soportar todo lo que estaba viviendo.

—Ya que estoy aquí, ¿quieres jugar ajedrez?

— ¿Para qué le cuentes a tu novio mi estrategia? No, olvídalo, estoy más que decidido a permanecer invicto.

Héctor trató de no reír. El día que fueron a pescar, Trevor había llevado su tablero de ajedrez. Fue un enfrentamiento veloz, del cual Héctor ni se enteró. Ambos hombres, sin mirarse a los ojos y sin hablar, movieron piezas en el tablero a máxima velocidad. Lo único que supo fue que al final, Trevor había ganado.

—Yo no haría eso, ni siquiera sé jugar decentemente bien, ¿cómo podría enseñarle algo a Kendal?

Trevor resopló y cerró los ojos.

—El amor hace que una persona cometa estupideces, si tuvieras que elegir entre la lealtad hacia tu novio o hacia tu maestro… la respuesta sería clara, ¿no lo crees?

Héctor suspiró. Tal vez sería una respuesta lógica para los demás, pero no para Héctor, ya que si se lo preguntaran en ese instante…

—Te sorprendería si te dijera que… estaría de tu lado.

— ¿Seguro?

Sonrió de mala gana.

>>— Mi ego está fuerte como nunca. Si admites que estarías del lado del hombre que amas, podría resistirlo, ya te lo dije, eres mi amigo, tú eres quien me importa, estoy bien con que estés enamorado de Kendal, él es un buen hombre… al parecer.

—Me gusta Kendal.

Se defendió Héctor, vacilante.

>>— Parece que las cosas van bien entre nosotros, pero no sé hasta dónde podemos llegar, el tiempo lo dirá, lo estoy intentando…

Era algo de lo que no había podido hablar por no lastimarlo, pero como siempre, Trevor los sorprendía al mostrarle la confianza y el apoyo para hablarle de lo que fuera.

—Vive el ahora Héctor, si te preocupas por el futuro entonces no podrás disfrutar los momentos importantes, solo tienes diecinueve años y un largo camino que recorrer.

Comentó y se recostó contra la almohada. Giró la cabeza y señaló en dirección a la caja que estaba sobre la mesa de noche.

>>— ¿Hay galletas allí dentro?

Oscuras ojeras remarcaban sus ojos, el dolor delineaba sus labios. Hacía dos días que no se levantaba y eso a Héctor le aterraba. No necesitaba que el doctor Lander le dijera que, en los últimos días, Trevor había comido muy poco.

— ¿Qué esperabas? Sé que Lander solo te da comida para conejos, por supuesto que hay galletas de chocolate en esa caja. ¿Quieres comerlas ahora? Puedo ir a buscarte un vaso de leche a la cocina, soy tu cómplice y si tú no dices nada, el doctor no se enterará.

Rogó en silencio a los cielos que Trevor comiera algo, siempre se sentía mucho mejor cuando veía que Trevor comía, aunque fuera solo un poco.

— Tengo sueño, te prometo que serán mi merienda.

Se movió, tratando de acomodarse, pero el dolor se reflejó en su rostro.

— ¿Quieres que me quede?

Preguntó dudoso.

—Ya que estás aquí, porque no me lees algo.

— Claro.

Se puso de pie y se aproximó al estante de libros.

>>— ¿Qué quieres que te lea?

— La llave de Sarah… Mil soles espléndidos… La carretera de Cormac McCarthy o tal vez algún libro de Kazuo Ishiguro.

Trevor hizo una pausa.

>>—Mejor escoge el que más te llame la atención.

—Ok.

Aunque sus horas de lectura y su encanto con los libros habían aumentado desde que conoció a Trevor, Héctor no conocía ninguno de los libros de Trevor que mencionó, pero él era muy organizado y sumamente cuidadoso con sus libros. No le costó trabajo encontrar los libros que mencionó, pero en cuanto leía la reseña, lo regresaba al estante y buscaba el siguiente en la lista, todos eran peores que el anterior.

— ¿Por qué escogiste puras novelas trágicas?

Preguntó, girando su rostro hacia la cama.

—La vida es una tragedia.

Susurró Trevor.

>>—Lo siento, tal vez mi estado de ánimo no es muy bueno, por eso no deberías estar aquí, hoy es uno de esos días en el que mi odio por el mundo y el suicidio llenan mi cabeza.

El libro que había estado sosteniendo, respaldo de las manos de Héctor. *Suicidio.* No sabía que había dicho la palabra en voz alta, hasta que Trevor levantó la cabeza para mirarlo.

>>—Creo que no debería haberte dicho eso.

—Haz… considerado…

Su voz tembló, ni siquiera podía pronunciar las palabras, sus manos comenzaron a temblar, Trevor intentó incorporarse.

—No es algo que esté en mi mente siempre.

Contestó Trevor con voz calmada, intentó girarse en la cama para poder verlo mejor, pero perdió la batalla, estaba muy débil.

>>—Lo siento, Héctor, no es mi intención asustarte, pero a una persona con la enfermedad que yo tengo, le es muy difícil no considerar la idea.

—Trevor…

—Pero nunca he tenido el valor de hacerlo.

Trevor le sonrió.

>>—Siempre he pensado que el suicidio dañaría más a las personas que amo que a mí mismo.

Héctor intentó tragar el nudo en la garganta, se giró hacia el estante y tomó un libro al azar. La pasta era café claro con letras rojas, parecía de un estilo vintage, por lo tanto, no parecía ser tan malo como los otros que Trevor quería escuchar. Las piernas le temblaban cuando se acercó a la cama, no se sentó en la silla, sino que tomó su lugar a un lado de Trevor, lo ayudó a girarse y que quedara de costado frente a él.

—Me dirás…

Héctor dudó.

>>—Prométeme que me dirás cuando las cosas empeoren, Trevor, no te perdonaré que me lo ocultes.

Trevor estaba mal. Fue muy grave y a él le aterraba su muerte. Pero no quería ser protegido de ello, quería tener la oportunidad de despedirse, de estar con él cuando todo terminara.

—Lo prometo.

Susurró Trevor. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que no estaba durmiendo. Abrió el libro y empezó a leer.

—La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey de Mary Ann Shaffer y Annie Barrows…

Héctor enarcó una ceja al leer el título, Trevor murmuró que esa había sido una buena elección. Héctor sonrió. Claro que Trevor ya lo había leído, dudaba que él tuviera un libro que no hubiera leído ya. Y considerando que toda una pared eran libros… algún día, por curiosidad, los contaría. Leyó durante horas. No le habría molestado seguir leyéndole todo el día. El libro era interesante; según la historia, Londres se recuperaba lentamente de la II Guerra Mundial y la escritora Juliet Ashton buscaba inspiración para su nueva novela. Como suele ocurrir, esta llegó de la manera más inesperada, de la mano de una carta proveniente de la Isla de Guernsey, donde sus habitantes convirtieron su club de lectura en una manera eficaz de evitar el toque de queda impuesto por los Nazis durante la ocupación. La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey parecían una historia maravillosa sobre el poder de la amistad, el amor por los libros y el encanto de las pequeñas cosas en momentos difíciles.

No supo cuánto tiempo estuvo leyendo hasta que el doctor Lander entró en la habitación. Trevor se había dormido profundamente tiempo atrás, pero Héctor se había negado a irse. Pero Lander no le dio la oportunidad de elegir. Lo hizo salir de la habitación.

— ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando?

Preguntó el médico cuándo estuvieron afuera. Héctor revisó el reloj en su muñeca; eran las seis apenas.

— Renuncié, entraré a trabajar en otra parte hasta el viernes.

El doctor lo miró. Su rostro era una mezcla de exasperación y… algo parecido a la rendición, tal vez al médico le había quedado claro que Héctor no iría a ninguna parte por más que lo intentara, estaría con Trevor el tiempo que más pudiera estar. Después de unos segundos, por fin, asintió con la cabeza.

— Admito que no eres como pensé que serías, me da gusto ver que ustedes dos se volvieron buenos amigos, me gusta pensar que no está solo todo el tiempo.

— Yo tampoco lo hubiera creado si me lo hubieran dicho, Trevor tiene la capacidad de desesperar hasta un santo, pero es mi mejor amigo.

Dijo con sinceridad. El doctor Lander estuvo de acuerdo.

— Ven, te invitaré un café.

Dijo el doctor Lander.

>>—Necesito hablar contigo.

Una vez en la cocina, se sirvió el café. Cuando se sentaron en la mesa, Héctor se preparó para lo peor. Por la mirada de Lander, Héctor supo inmediatamente que no quería tener esa conversación, pero no podía escapar. Lander tomó su taza y bebió un sorbo. Después le obsequió una sonrisa que le hizo estremecer el alma.

>>— Eres una persona muy especial, ¿lo sabías? Creo que te debo una disculpa.

Antígona, Héctor lo miró con la boca abierta.

— Una disculpa…

Repitió.

>>— ¿Por qué? No me has hecho nada.

No todavía, claro. Quizás estaba disculpándose por adelantado, porque en cualquier momento dejaría caer el hacha para cortar las visitas a Trevor. Después de todo, no era un secreto que Lander en ocasiones se molestaba de verlo mucho alrededor de la casa. No solo era el mejor amigo de Trevor, era también su médico.

— Te debo una disculpa por el modo como te traté en ocasiones, estaba enojado contigo, ya que, aunque Trevor aparenta ser un tipo sarcástico y frío en ocasiones, es un alma gentil y una buena persona y yo sabía que bajar sus defensas alrededor de ti no sería buena idea.

Héctor bajó la cabeza avergonzado.

—Trevor es importante para mí.

—Y tú para él.

Dijo el doctor Lander.

>>—Cuando le dieron el diagnóstico final de su enfermedad, Trevor se resignó bastante fácil, desde niño como que venía acostumbrándose a la idea de que tarde o temprano la enfermedad lo vencería, pero desde que llegaste tú, lo he visto sufrir demasiado por no poder ser un hombre sano y no poder luchar contra su enfermedad.

Héctor sentía las lágrimas picar en sus ojos.

—Es tan injusto.

—Hace poco fuimos a la ciudad, ¿lo recuerdas?

Héctor asintió con la cabeza. Fue el día en que no estuvieron fuera todo el día y él había estado nervioso por enfrentar su primera vez con Kendal.

—Ese día fue el chequeo bimestral de Trevor, en ocasiones me cuesta arrastrarlo para ir a realizarse todos los exámenes de rutina, siempre me alegra que es inútil, que no tiene caso ya que los estudios nuevos no le dirán nada, que no sepa ya.

El doctor Lander hizo una pausa.

>>—En esta ocasión, fue algo diferente, ni siquiera tuve que luchar para sacarlo de la casa y mientras esperábamos en el hospital, noté en su mirada algo parecido a la esperanza, no era que Trevor esperaba una cura o que el médico le dijera que habría un nuevo tratamiento para su estado.

— ¿Entonces?

—Yo estoy seguro de que Trevor esperaba que, por lo menos, el médico le dijera que tenía más tiempo.

— ¿Tiempo?

Preguntó en un susurro, y el doctor Lander asintió.

—Trevor siempre me ha dicho que cualquier ser humano viene a este mundo soñando con dos cosas.

El doctor Lander hizo una breve pausa y miró a Héctor directamente a los ojos.

>>—Amor y tiempo.

«A*mor*» Héctor lo observó durante un largo rato. Luego hizo una pregunta cuya respuesta no sabía si le convenía escuchar.

— ¿Y ya no tiene tiempo?

El doctor miró su taza de café y luego miró a Héctor.

— No.

Susurró.

>>— Me temo que ya no. Trevor está muriendo.

CAPÍTULO 20

Forks, Washington, sábado 30 de noviembre de 2010

— Héctor. Tierra llamando a Héctor.

Kendal chasqueó los dedos por debajo de su nariz.

— No hagas eso.

Le dio una palmada en las manos para quitarlas de encima.

>>—Te estaba escuchando.

— ¿Seguro? ¿Por qué estuviste callado los últimos cinco minutos?

Se quejó mientras tomaba su vaso de refresco.

>>—Te hice la misma pregunta tres veces.

Héctor observó a Kendal, pero su cerebro no podía procesar nada. Desde esa tarde que había hablado con el doctor Lander, Héctor había estado en piloto automático, había entrado en el parque, había desquitado todo su dolor y frustración gritándole a Dios, pero aún no lograba encontrar una respuesta, simplemente Dios no le respondería. Después de que oscureció, no supo por qué razón terminó en el taller de Kendal en lugar de regresar a su propia casa.

— ¿Cómo encontraste a Trevor hoy?

— ¿Por qué crees que estoy así por Trevor?

Le preguntó.

— Estudias con él, vive a un lado de tu casa y siempre me hablas de todo lo que Trevor Murphy hace y sabe, ya me acostumbré a la idea de tener que compartirte con él.

Bebió un sorbo.

>>— ¿Por qué? ¿Pensabas que no me daría cuenta de lo mucho que te importa Trevor?

Héctor meneó la cabeza.

—Trevor se está muriendo.

La frase se repetía una y otra vez, como un disco rayado. No era algo que no supiera antes, sabía que el momento llegaría tarde o temprano, pero que el doctor Lander se lo hubiera dicho así, sin anestesia, fríamente… era como si antes no hubiera sido del todo real.

>>— Trevor no está muy bien…

Masculló, con la vista fija en un pedazo de metal con varios tornillos que Kendal tenía sobre la mesa de trabajo.

— Lo siento.

Murmuró Kendal. Extendió el brazo y le cubrió la mano con la suya.

>>— No hay nada que se pueda hacer, ¿cierto?

Héctor quiso contestarle, pero no le salió la voz. Un enorme nudo le oprimía la garganta, de modo que solo negó con la cabeza. Kendal tampoco habló. Solo se quedó sentado a su lado, cobijando su mano en las de él y dejando que respirara hondo, varias veces. Por fin, cuando se aseguró de que no lloraría como un bebé, dijo:

— Nunca creí que me afectaría de este modo. Discúlpame por ser tan tonto.

— No te disculpes, cariño.

Le rodeó los hombros con el brazo.

>>— Estás sufriendo. Se nota. ¿Trevor está muy grave?

Héctor abrió la boca, pero las palabras no salieron. Si lo decía, parecería cierto. Entonces, se

encogió de hombros y esperó que él la entendiera.

>>— Está bien. Creo que puedo imaginarlo.

Dijo.

>>— Pero cuando necesites hablar de esto, avísame.

Estuvo en el taller de Kendal una hora más o menos. Kendal le propuso que salieran a cenar algo, pero Héctor no estaba de humor, así que le pidió que lo acompañara a casa. Si sus padres no llegaran entonces, podrían pedir una pizza y ver algo de televisión.

Llegaron a su casa y estaba quitándose el casco y bajando de la moto, cuando la puerta de la casa de Trevor se abrió y el doctor Lander salió al porche. Héctor se quedó congelado, sus piernas se negaron a moverse, no necesitaba que el doctor Lander dijera nada, todo estaba escrito en sus ojos. Sintió que Kendal lo rodeaba por los hombros y lo ayudaba a caminar, el doctor Lander bajó los escalones del porche y los esperó hasta que no llegaron a un par de pasos cerca de él. El doctor Lander miraba fijamente a Héctor.

—Ha estado preguntando por ti.

Dijo el doctor Lander.

— ¿Por qué no me llamaste antes?

Reclamó, le dio la bienvenida a la ira.

— Ahora está descansando, pero se la pasa durmiendo y despertando a cada rato.

Dijo el doctor Lander sin perder la calma.

>>—Es ahora cuando tienes que decidir qué hacer, Héctor, no será sencillo.

Claro que no lo era, pero no había elección que tuviera que tomar, miró a Kendal. Su novio asintió con la cabeza y se apartó. Héctor se apresuró hacia la casa, caminó sin siquiera ser consciente de lo que lo rodeaba hasta la habitación de Trevor. Abrió la puerta y necesitó tomar varias respiraciones antes de acercarse a la cama. Él se sentó en su lugar habitual, sobre la cama, a un lado de Trevor. Se oía la respiración suave y superficial de Trevor. Le tomó la mano. Quería asegurarse de que aún tenía pulso. No bien lo rozó, él abrió los ojos.

— ¿Por qué tardaste tanto?

Le preguntó, en una voz tan baja que casi no se oyó.

— Lo siento.

Trató de sonreír.

>>— La próxima vez seré más rápido.

Los labios de Trevor se curvaron en un fantasma de sonrisa.

— No habrá una próxima vez, niño.

— No seas tonto.

Susurró Héctor, tratando de contener las lágrimas.

>>— Sólo estás cansado. Mañana estarás gritándome otra vez cuando falles en las ecuaciones.

Pero él sabía que no era cierto. Y Trevor también. Él cerró los ojos durante un largo rato. Él lo creyó dormido, pero se dio cuenta de que estaba despierto al sentir que entrelazaba sus dedos en los suyos.

— Acércate.

Le pidió.

>>— Quiero hablar.

— No.

Gritó Héctor, preso de pánico.

>>— Tienes que ahorrar fuerzas. Debes descansar, Trevor. Aguanta. Tú puedes superarlo.

—No seas llorón, niño.

Suspiró.

>>—Maldición.

Gimió, con voz apenas audible.

>>—. Acércate más. Tengo cosas que decir y muy poco tiempo…

Con lágrimas que rodaban libremente por su rostro. Héctor obedeció. Se recostó en la cama y se quedó frente a Trevor. Sus cuerpos estaban tan cerca.

— No, Trevor.

Le imploró.

>>—. No me hagas esto. No podría soportar que te…

— Te amo, Héctor.

Lo interrumpió.

— Oh, Dios, yo también te amo.

Sollozó.

— Quiero que hagas algo por mí.

— Lo que sea.

Dijo él, secándose las lágrimas.

>>—Haré lo que quieras.

— Ten cuidado con lo que… prometes.

Emitió un sonido que pudo haber sido una risa, pero estaba débil, que parecía tos.

— No trates de hablar, Trevor.

Suplicó, tratando de alejarse de él para poder oprimir el botón y llamar a la enfermera de turno.

>>— Llamaré al doctor Lander. Te llevaremos a un hospital…

— No…

Gimió.

>>— Nada de hospitales, ni de médicos, ni de malditos aparatos. Sí, me amas, si te importa de verdad, déjame morir con dignidad. Todo lo que quiero ahora es a ti… es decirte…

Derrotado, Héctor se acercó más a Trevor, quedó con el rostro a escasos centímetros del de él, apoyándose en la almohada.

— De acuerdo.

Murmuró.

>>—Estoy aquí y me quedaré hasta el final. Pero no necesitas decirme nada. Es demasiado esfuerzo para ti.

— Por Dios.

Bufo él.

>>—Ya basta. Héctor, todavía no estoy muerto. Mis cuerdas vocales aún funcionan...

Con enorme esfuerzo, levantó la mano y la apoyó sobre la cabeza de Héctor, enredando los dedos en su cabello.

>>—Quiero tocarte por última vez…

Héctor lloró en silencio. Las lágrimas rodaron por su rostro y terminaron en el cuello de Trevor.

— ¿Me estás escuchando?

Preguntó él.

— Sí…

— Dos cosas…

Su voz se apagaba.

>>— Quiero saber algo. Si nos hubiéramos conocido en otra época, en otro lugar, ¿habrías podido amarme?

— Te amo ahora y aquí.

Gritó él con pasión.

>>—. Eres el mejor amigo que he tenido en la vida…

— ¿Podrías haberme amado como hombre?

Preguntó Trevor. Héctor ni siquiera tuvo que pensarlo.

— Oh, claro. Trevor, parte de mí siempre te ha amado de ese modo.

— No sabes cómo te lo agradezco.

Héctor se le acercó más. Él se alejaba, apenas tenía un hilo de voz.

— ¿Qué más querías decirme?

— Nunca renuncies a tus sueños.

Susurró Trevor.

— No lo haré.

Le prometió.

— Este pueblo es hermoso y tiene mucho que ofrecer, pero apenas tienes diecinueve años y un mundo de posibilidades, tienes que vivir.

Su voz era tan baja que resultaba difícil comprender las palabras.

>>—En ocasiones te toparás con muchas dificultades, también puede suceder que las cosas no saldrán como esperabas y cuando eso ocurra, no le eches la culpa a nadie, ni a tu entorno, ni a la sociedad, ni siquiera te culpes tú mismo. Simplemente, piensa que así es la vida y así podrás sobreponerte a la frustración.

Trevor tomó una respiración.

>>—Debes aprender a enfrentar tus problemas, puedes correr, esconderte, no hay ninguna regla que te impida intentar un ataque sorpresa, puedes emplear armas poco convencionales si lo deseas… Sé persistente, no te dejes llevar por la impaciencia o el pánico, usa la lógica del ensayo y error y tarde o temprano obtén espléndidos resultados.

Héctor sonrió a pesar de las lágrimas que empañaban su visión.

— ¿Te parece que es el mejor momento para darme un sermón?

—Soy educador, enseñar es mi deber, así que preste atención.

Trevor delineó con su dedo parte de su mejilla, sus labios hasta que su mano se deslizó sobre la cama y Héctor la sujetó con fuerza.

>>— Nunca te arrepientas de tus decisiones, sean buenas o malas, quiero que sepas que yo estaré contigo siempre… y… y… trata de escuchar mejor música, lee todos los libros que puedas antes de morir y viaja cada que tengas oportunidad… aprende a surfear…

Héctor rio, e intentó secarse las lágrimas, solo Trevor era capaz de darle una lección estando en agonía.

—Te prometo que siempre intentaré hacer lo mejor que pueda.

Trevor sonrió.

—Me tranquiliza escuchar eso.

Trevor cerró los ojos y por un momento se quedaron en silencio.

— Trevor.

Lo llamó. Presa de pánico, se sentó y le tocó la cara. Él no se movió. Tenía los ojos cerrados. Héctor extendió el brazo por encima de él tratando de hacerlo despertar; angustiado, llamó al doctor Lander, el cual no tardó ni dos segundos en entrar en la habitación. Kendal venía detrás de él. El doctor Lander lo hizo apartarse mientras revisaba las constantes de Trevor. Kendal intentó sostenerlo de la mano, pero Héctor no quiso apartarse del lado de Trevor. Estaba haciéndole daño a Kendal, lo sabía, pero en ese momento lo único que le importaba era Trevor.

— Está en un estado semicomatoso.

Anunció el doctor Lander.

— Por el amor de Dios.

¡Exclamó Héctor!

>>— ¡Hazlo reaccionar! Llama a una ambulancia.

Tuvo la intención de sacar su móvil para hacer precisamente eso, pero el doctor Lander se lo arrebató de las manos.

— Héctor.

Le dijo con firmeza.

>>— Se está muriendo, no podemos hacerlo reaccionar.

— ¡Podemos intentarlo! Tenemos que llevarlo al hospital.

El doctor Lander lo miró con rudeza y lo sujetó del brazo con fuerza.

— Escúchame. Vamos a respetar los deseos de Trevor. Aquí no hay más medicamentos, ni hospitales, ni medidas extraordinarias. Eso es lo que él quería. Morir con dignidad con alguien a quien él amara. Esa persona eres tú, Héctor. Deseaba que estuvieras con él, de modo que contrólate o mejor márchate.

— ¿No podemos intentar algo por lo menos…?

— No se puede hacer nada, sé que no te dijo nada, pero tiene días con mucho dolor, sus riñones han fallado, además de otras cosas, me sorprende que haya resistido tanto.

Explicó el Lander.

>>— Ahora todo está en manos de Dios y, si no puedes manejar la situación, será mejor que te vayas.

— ¿Qué me vaya?

Una idea totalmente descabellada. Héctor aspiró hondo y cerró los ojos un instante.

>>— No, no puedo irme. Tengo que quedarme con él, por doloroso que sea.

—Héctor, necesitas calmarte.

Dijo Kendal interviniendo.

>>— ¿Quieres salir a tomar aire fresco? —

—Puede pasar un rato hasta que…

Dijo el doctor Lander.

—No importa.

Interrumpió a Héctor en voz baja.

>>— Me quedaré todo el tiempo que sea necesario, no me quiero ir.

Dijo mirando a Kendal, con la mirada le rogó que lo perdonara por todo esto. Después regresó a su posición sobre la cama, aun al lado de Trevor, y le tomó de la mano. Tenía la mente en blanco. ¿Tal vez debería leerle un poco? Pero la verdad no confiaba en su voz, sintió que Kendal y el doctor Lander los dejaban solos. «Perdóname, *Kendal»,* pensó.

Las horas pasaron lentamente. Él no apartó los ojos de Trevor. El doctor Lander volvía cada determinado momento para ver cómo evolucionaba su estado. Más tarde, Kendal le trajo café, se

lo dejó sobre la mesa de noche y le preguntó si deseaba algo más. Héctor solo pudo negar con la cabeza.

Pasó la medianoche y Trevor todavía respiraba. El único segundo que dejaba de mirarlo era para ver la hora en su reloj de pulsera.

Era la una de la mañana y Trevor aún seguía con vida. Héctor se le acercó y comenzó a hablar. Necesitaba hablar, necesitaba decirle tantas cosas.

— Trevor…

Murmuró.

>>— No me dejes. No soporto pensar en un mundo sin ti. Eres el mejor amigo que he tenido. Me haces ver cosas, me haces pensar, me haces sentir… te amo.

Creyó ver un esbozo de sonrisa en sus labios, pero no estaba seguro.

A las dos de la madrugada. Todavía respiraba.

Para las tres, su respiración era tan superficial que el pecho apenas se movía.

A las cuatro de la mañana se había acabado el tiempo. Héctor sintió que sus dedos apretaban su mano. Y escuchó que jadeaba algo, pero no logró comprender sus palabras.

— ¿Trevor?...

Lo llamó, pero no sirvió de nada, siguió con los ojos cerrados. Se acercó a él y con suma delicadeza. Le rozo los labios con los suyos. El débil apretón de manos se aflojó. A las 4:05 a. m. Trevor había dejado de existir.

CAPÍTULO 21

Forks, Washington, sábado 01 de diciembre de 2010

Héctor no tenía idea del tiempo que pasó allí; recostado a un lado de Trevor, estaba tan mortificado y triste que ni siquiera tuvo la voz para llamar al doctor Lander.

No supo si fueron minutos, o tal vez horas, hasta que el doctor Lander se acercó a la cama. Ni siquiera comprobó las constantes de Trevor. El médico miró largamente a su amigo, su mirada se volvió triste, sus ojos brillaron con lágrimas contenidas. Héctor comenzó a llorar en silencio, cuando el doctor Lander se acercó a Trevor y se inclinó para rozar su frente con sus labios. Héctor cerró los ojos al contemplar al hombre que siempre había sido frío y contenido respecto a todo lo referente a Trevor, ahora la máscara de médico se había ido. Solo quedaba una profunda pena en su rostro. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Héctor apartó la vista, con la intención de darle la privacidad al médico para despedirse de su amigo. Era injusto. Héctor había estado todo el tiempo ahí, y el médico había tenido que aceptarlo. Recordó las palabras que le había dicho sobre la voluntad de Trevor.

<<Aquí no hay medicamentos, ni hospitales, ni medidas extraordinarias.» Eso es lo que él quería. Morir con dignidad con alguien a quien él amara. Esa persona eres tú, Héctor. Deseaba que estuvieras con él>> recordó el dolor en la mirada del hombre cuando le dijo esas palabras.

—Héctor.

Escuchó la voz del doctor Lander, abrió los ojos y se encontró con la mirada del médico. Aunque todavía podía ver la tristeza en los rasgos del hombre, ahora podía ver que se acercaba más a ser el médico controlado que siempre era.

>>— Vamos. Ha muerto. Aquí ya no puedes hacer nada. Vamos a la cocina. Tenemos que hablar.

— Pero yo le prometí que me quedaría con él.

Farfulló.

— Ha muerto.

Insistió el médico, indicándole que tenía que liberar la mano de Trevor.

>>—Tengo trámites médicos y legales que hacer. Y necesito hablar contigo.

Todavía renuente, Héctor se apartó del cuerpo de Trevor, le dio una última mirada antes de seguir al médico fuera de la habitación.

Kendal seguía sentado en la barra de la cocina, con una taza entre las manos. ¿Por qué seguía ahí? cuando lo vio aparecer, el hombre se puso de pie y abrió los brazos. Héctor no dudó en refugiarse en ese abrazo ofrecido, ahora mismo necesitaba la fuerza que él no poseía. Kendal no dijo nada, y Héctor tampoco; el primero en romper el silencio fue el doctor Lander.

— Héctor, ¿cómo te sientes?

— Aturdido.

Respondió que si se hubiera permitido sentir, el dolor lo habría matado…

— Seguro que esa sensación te durará por un tiempo.

Comentó el doctor, comprensivo. Héctor asintió con la cabeza. Había ciertas preguntas que sabía qué debía hacer. Había muchas e importantes.

— El funeral…

Dijo con un susurro.

>>— Tiene que haber un funeral, yo tengo ahorros en mi cuenta para la universidad…

— Está todo previsto, quiere ser cremado.

Lo interrumpió Lander.

>>—Trevor sabía que moriría y dejó todo arreglado, de hecho…

El doctor Lander dudó un segundo, antes de acercarse a un sobre que estaba sobre la encimera que Héctor no había visto.

>>— Eres su heredero legal, no poseía mucho, pero ahora todo es tuyo.

— Oh, Dios.

Gimió.

>>—No puedo creerlo.

—Cuando firmé ese documento como testigo, Trevor me pidió que te dijera…

— ¿Qué cosa?

Interrumpió impaciente. No quería más impresiones en un día. El doctor Lander hizo una mueca.

— Me dijo que te diera una advertencia, que si no cuidabas bien sus libros y su colección de discos, vendría del más allá y te ahorcaría.

A pesar de su dolor, Héctor rio.

— Estoy seguro de que será capaz de cumplir esa promesa.

Héctor alzó la cabeza y miró a Kendal.

>>—Gracias por estar aquí.

—No podría estar lejos de ti cuando más me necesitabas.

Kendal le dio un beso en la frente.

>>—Lo lamento mucho, cariño.

—Yo también lo lamento.

Héctor enterró el rostro contra el pecho de Kendal y comenzó a llorar de nuevo, desconsoladamente, no se detuvo, Kendal nunca lo soltó. Lo último que se enteró fue que despertó en el sofá de la casa de Trevor varias horas después cuando el sol estaba en alto. Para esa hora la funeraria ya se había llevado el cuerpo y Héctor jamás volvería a verlo.

CAPÍTULO 22

El funeral de Trevor fue en un día lluvioso y frío como era costumbre en Forks. En el velorio y en el funeral asistieron muchas personas que Héctor dudaba mucho que conocieran a Trevor o que Trevor los conociera a ellos. Tenía que admitirlo. Trevor era bastante antisocial y retraído. También tenía que mencionar que no podía juzgar el comportamiento de la gente durante ese acto, ya que él no había asistido, simplemente había escuchado algunas charlas en el almacén en el cual ahora trabajaba. Ni siquiera les preguntó a sus padres cómo había sido el funeral, cuando intentaron tocar el tema, él se había dado la vuelta y se había alejado.

Trevor se había ido. Estaba muerto. Ya nunca más volvería a verlo. Se había despedido de él en sus últimos momentos, y un contenedor de madera fría solo contenía cenizas.

No se quedó en casa por temor a que Kendal, sus padres o el mismo doctor Lander fueran a buscarlo para arrastrarlo al funeral. La mañana que despertó para darse cuenta de que la funeraria se había llevado su cuerpo, Héctor se había marchado a su casa, cambiado de ropa, tomado una mochila con pocas cosas y se había marchado a tomar el autobús. Su primera parada fue Port Ángeles, de ahí tomó otro autobús hacia Portland, decidió que tenía que visitar el campus y realizar algunos trámites, además de que no sabía cómo escribir su ensayo de aceptación si no tenía la menor idea de cómo era el ambiente en la universidad de Portland para poder querer estar en él. Visitó el campus, las aulas, la biblioteca, e hizo varias preguntas sobre la carrera que deseaba estudiar. No había nada que no pudiera leer en internet, pero según las enseñanzas de Trevor, no había nada mejor que vivir la experiencia en vivo que a través de una pantalla fría.

Estaba confundida.

Estaba aturdido.

Y estaba furioso.

Durante su escapada, no contestó llamadas, pero recibió varios mensajes, de sus padres, su hermano y de Kendal. A todos les contestaba que estaba bien y que estaba realizando unos trámites.

Días después se obligó a regresar a Forks, tenía que trabajar en el almacén como lo había acordado. Al verlo, sus padres lo abrazaron e intentaron consolarlo y le dijeron un montón de palabras de consuelo a los cuales no les prestó atención, asegurándoles que estaba bien. Subió a su habitación, cerró la puerta y puso la música a máximo volumen. No pasó mucho tiempo sin que descubriera que, si sellaba todas sus emociones en un rincón de su corazón, podría soportar el transcurso de cada día. Sus padres estaban preocupados. Lo notaba en sus ojos, de modo que trató de fingir que todo estaba bien. Pero no pudo engañarlos.

Un par de días después de la muerte de Trevor, Héctor estaba intentando estudiar, cuando vio a Kendal parado en la puerta de su habitación. Le sorprendió verlo ahí. Después de todo, Héctor había llegado a la conclusión de que ya no tenía novio. El día de la muerte de Trevor había sido intenso, después había completamente ignorado a todo el mundo y se había negado a contestar sus llamadas.

— ¿Qué haces aquí?

Preguntó.

—El doctor Lander me llamó.

Héctor se alzó de rodillas sobre la cama. No había visto al hombre desde el día de la muerte de Trevor. La casa había estado oscura desde entonces, escuchaba el auto del médico muy

temprano cuando se marchaba y era muy tarde cuando regresaba.

— ¿Por qué te llamo a ti?

—Quiere que te ayude a recoger las cosas de Trevor, y como no sabe si tú estás en condiciones de hacerlo…

Kendal hizo una pausa.

>>—Supongo que no quiere perturbarte con esto.

Pero Héctor sabía que no era eso, el doctor Lander simplemente no quería ni hablar ni ver a Héctor.

— Las cosas de Trevor…

Susurró. Kendal asintió. Miró alrededor de su habitación.

—No creo que la cantidad de libros que vi en su habitación quepa aquí.

Ese comentario logró sacarle una risa. Una pequeña y fugaz risa.

—No sé mucho sobre libros, pero Trevor me mataría si regalaba, donaba o vendía su colección.

—Sí, creo recordar que te dejé esa advertencia con el doctor Lander.

Kendal se acercó y lo abrazó.

>>— Ahora son tus cosas, Héctor. Lo querías mucho. Cuidar de las cosas que él tanto apreciaba es la última cosa que podrías hacer por él. ¿Crees que tendrás fuerzas para enfrentar eso?

Héctor dudó.

— No lo sé…

— Si prefieres, puedo ir yo.

Se ofreció.

>>—Puedo almacenar las cosas en mi taller si no estás preparado…

— No.

Se decidió. Kendal tenía razón. Era lo último que Héctor podría hacer por él. Quería hacerlo. Quería empacar sus cosas, a excepción de los libros y algunos otros objetos, creía que había cosas que podía donar a la caridad, como la ropa.

>>— Lo haré yo.

Kendal lo observó de cerca, estudiando la expresión en su rostro.

— Lo querías con todo el corazón, ¿no?

— Sí.

Admitió. Miró a Kendal y se preguntó si él se habría dado cuenta de cómo quería a Trevor. No pudo determinarlo. ¿Habría sido sólo amor que une a dos amigos? ¿O más que eso? Ya no sabía.

>>—Lamento todo lo que te echo a pasar Kendal…

Kendal se inclinó hacia delante y sostuvo su rostro entre sus manos.

—No te preocupes, comprendo la situación, todas las parejas tienen dificultades.

— ¿Aún somos pareja?

Kendal suspiró y puso los ojos en blanco.

— Sí. ¿Por qué? ¿Quieres que terminemos?

¿Eso quería? No lo sabía. De lo único que estaba seguro era de que, desde que Trevor había muerto, su mundo ya no tenía sentido. Estaba de mal humor, melancólico, retraído.

— No.

Murmuró.

>>—No quiero perderte.

— ¿Entonces, por qué no tratamos de determinar y superar lo que te está molestando tanto?

Héctor miró a Kendal, se confundió y se apartó rápidamente.

— ¿De qué hablas?

— Estás enojado, Héctor.

Respondió él, sin abandonar su tono sereno.

>>—Enojado de verdad, te descargas con todos a tu alrededor. Lo has estado haciendo desde que murió Trevor.

Héctor saltó fuera de la cama y se puso de pie.

— He perdido a mi mejor amigo, perdóname si no estoy mostrando una sonrisa todo el tiempo.

Dijo con sarcasmo. Kendal rodeó la cama y extendió la mano, le tomó el brazo y lo obligó a sentarse en la cama junto a él.

— Sé que perder a Trevor fue más duro para ti que para cualquiera.

Se opuso con firmeza.

>>— Soporté ver cómo te quedaste a su lado, la forma en que lo abrazabas, estuve esperando por ti, y te sostuve mientras llorabas, y después… te fuiste y no supe nada de ti por varios días.

— ¡Necesitaba tiempo!

Gritó Héctor. Kendal lo ignoró. Se puso de pie.

— Soy tu novio y mis sentimientos hacia ti no han cambiado, pero me niego a que me dejes de lado.

— ¿Qué quieres decir?

Él se puso de pie. Su corazón bombeó con fuerza al ver cómo Kendal se dirigía hacia la puerta.

— Quiero decir que me llames cuando creas que has descubierto con quién estás tan enojado. Entonces, tal vez, podamos seguir adelante.

Dio media vuelta y salió del cuarto. Héctor estaba tan atónito que ni siquiera reaccionó. Sólo se quedó mirando la entrada desierta de su habitación. Algo en él reaccionó, sin pensar, salió corriendo detrás de él. Su madre asomó la cabeza sorprendida cuando lo vio correr a través de la sala de estar y salir corriendo a la calle.

— ¡Kendal, espera!

Gritó mientras bajaba corriendo y salía de la casa.

>>—. Por favor, espera. Lo siento…

Lo alcanzó en la acera, se estaba colocando el casco. Kendal alzó la vista y lo vio aproximarse a él. Héctor no se detuvo, se abrazó al hombre, aunque Kendal se sorprendió cuando lo hizo. Héctor estaba aferrado con los brazos enredados en su cintura y su rostro enterrado en su pecho.

— No quiero que nos separemos.

Declaró. Kendal suspiró aliviado. Sintió cómo el hombre lo rodeaba con sus brazos y besaba su frente.

— Bien. Significas mucho para mí, Héctor. No quería echar a perder nuestra relación.

— No me resigno a la muerte de Trevor.

Por fin tuvo el coraje de mirarlo.

>>— A pesar de que yo sabía que iba a morir, sigue siendo un shock para mí, no estaba listo para decirle adiós.

— Nunca nadie está preparado para decirle adiós a una persona que ama.

Respondió con una sonrisa tierna.

>>—Parte de ti, todavía está furioso por su muerte y no te permites reconocer esos sentimientos. Y te tienen atrapado.

— Así es como me siento.

Advirtió.

>>—Con ganas de agarrar a patadas a alguien o algo, sólo que no encuentro a nadie que se merezca ese trato. No tiene tanto enojo. ¿Con quién tengo que irritarme? ¿Con Dios? ¿Con los médicos? ¿Con el destino? ¿Con el universo? ¿De qué me serviría?

Kendal asintió. Colocó una mano en su mejilla.

— La cuestión es determinar con quién estás enojado.

Insistió con discreción.

>>— ¿Todavía no lo has descubierto?

Héctor bajó la vista de nuevo. Las lágrimas acudieron a sus ojos y el corazón palpitaba con violencia contra su pecho. No quería admitirlo. No, quería decirlo en voz alta, pero, si no lo hacía, se ahogaría en su propio veneno.

— Sí.

Murmuró.

>>—Estoy enojado con él.

— ¿Con quién?

Kendal no le daba tregua.

>>— ¿Con quién estás enojado? Dilo, Héctor. Sácalo de tu interior para que puedas seguir adelante con tu vida.

Apretó con fuerza los puños. Una nebulosa encarnada la envolvió en un torbellino que giraba a la velocidad de la luz: lágrimas calientes bañaron su rostro. Se apartó de los brazos de Kendal y, sin importar que estaban a mitad de la calle donde cualquiera pudiera verlos o escucharlos, Héctor gritó.

— Con Trevor. ¡Oh, Dios! Estoy tan enojado con él que siento ganas de gritar.

Se cubrió el rostro con las manos y lloró en silencio. Kendal permaneció callado. Pero, después de unos minutos, Héctor sintió su mano acariciarle suavemente la cabeza. Dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos y, a medida que rodaban, sintió que parte del dolor, de la ira y de la angustia se disiparon.

— Vayamos a tu habitación.

Sugirió Kendal. Guiados por Kendal regresaron a su habitación. Sintió a su madre rondar a su alrededor y escuchó que Kendal le decía algo, pero Kendal no se detuvo hasta que estuvieron en su habitación. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó con todas sus fuerzas, para que siguiera llorando contra su pecho.

>>— Llora, Héctor, saca todo lo que tengas. Que no quede nada dentro de ti.

— ¿Por qué me siento así?

Preguntó.

>>— Trevor no quería morir.

— Por supuesto que no.

Confirmó Kendal.

>>—Nadie quiere morir. Pero también es natural que estés enojado con él. Yo me sentí como tú cuando murió un amigo. Estaba furioso porque nos había abandonado... Demonios, Héctor, es

absurdo, lo sé. Pero eso no significa que los sentimientos no sean reales. ¿Quién dijo que los seres humanos éramos seres racionales?

Héctor se apartó de él y le sonrió.

—Yo no lo soy. Durante todos estos días estuve tan furioso con Trevor que tenía ganas de gritar, aunque sabía que era un sentimiento estúpido. Trevor era la última persona en este mundo que hubiera deseado morir. Amaba la vida.

Kendal lo estudió un momento.

— ¿Te sientes mejor?

Le pareció extraño, pero se sentía mejor. Por primera vez en días, no tenía ese horrendo nudo que le oprimía el pecho.

— Sí, creo que sí.

— Trevor era una buena persona. No es justo que haya muerto. Pero tienes que seguir con tu vida y lo debes recordar con cariño.

—Trevor fue alguien especial.

— Y me alegro de que hubieras estado a su lado. Ojalá siempre estés junto a mí también, cuando te necesite.

— Por supuesto.

Le prometió Héctor. Pero no estaba seguro de poder cumplir esa promesa. Había descubierto que la vida es capaz de desbaratar hasta las mejores intenciones. ¿Quién sabía lo que podría pasar? ¿Quién sabía lo que sentirían el uno por el otro dentro de un año? No había garantías. El universo era una injusticia.

EPÍLOGO

Oregón, 9 de agosto del 2019

Héctor aparcó a *Lilith* con mucho cuidado y sin tratar de dañar ninguno de los otros vehículos estacionados. Era raro conducir un coche tan grande, pero era una autocaravana, ¿qué esperaba? También era sumamente raro que esta cosa tuviera nombre, pero según Aida era la parte divertida del viaje. Quitándose el cinturón de seguridad, observó hacia la derecha donde estaban sus compañeros de viaje. Sonrió al ver a Aidan profundamente dormido con *Dugan* sobre sus piernas, negó con la cabeza. Dugan que era un perro de raza Lebrel irlandés mezclado con alguna otra raza, ¿pastor alemán tal vez? Su pelaje era demasiado largo para ser un Lebrel y su color era de un gris mezclado con marrón, tenía ojos grises y las patas demasiado anchas, para muchos eran demasiado intimidante, y para otros una mezcla de perro demasiado feo, por eso fue muy difícil que alguien lo adoptara de cachorro.

A Héctor no le importaba que fuera de una raza mutante, pero Aidan se empeñaba en decir que Dugan era un compatriota irlandés como él y, por lo tanto, tenía sus mismos derechos. Aidan se tomaba muy en serio en serio ese de sus orígenes irlandeses, al ser hijo de padres inmigrantes de ese país, jamás había ido a Irlanda que Héctor supiera, pero Aidan era un patriota de corazón. Por esa razón, no le había importado haber estado bajo la lluvia esperando a que alguien adoptara a Dugan.

Sonrió al recordar ese día. Dugan que sea la razón por la que ellos se habían conocido cinco años atrás. Héctor había salido un poco antes de lo previsto del trabajo, el plan original había sido ir a casa, darse un baño, cambiarse de ropa y encontrarse en la casa de alguien para pasar el fin de semana. Todos sus planes se vieron arruinados al cerrar la puerta de su local. El día era lluvioso y frío en Portland, así que fue extraño ver a un hombre en cuclillas afuera de la veterinaria del otro lado de la calle, sosteniendo una sombrilla sobre una caja de cartón que decía "*Adóptame*", ahí estaban ambos, hombre y perro, con caras tristes y desesperadas. La. La impresión inicial de Héctor fue pensar que el hombre también tenía cara de querer que lo adoptaran. Aidan resultó ser el nuevo médico ayudante de esa veterinaria, al parecer un grupo de cachorros habían sido abandonados en ese lugar esa misma tarde.

Dugan fue el último cachorro que quedaba y Aidan se había propuesto a no moverse de ahí hasta que alguien lo adoptara. Así que Héctor había caído derrotado por ese pelirrojo con rostro suplicante, con pecas y ojos claros. Héctor jamás había tenido una mascota, pero había adoptado a ese cachorro... Aidan fue quien lo nombró, y fue el pretexto para que ambos comenzarán una amistad que poco a poco se fue transformando en algo más.

Héctor acarició la cabeza de Dugan, él levantó la cabeza y bostezó, ya no era un cachorro dentro de una caja de cartón debajo de la lluvia. Estaba enorme, todo su cuerpo estaba medio tumbado entre el piso y entre las piernas de Aidan, ya no era un cachorrito que podía dormirse en el regazo de sus amos, pero Aidan alegaba que aún era un cachorro y lo mimaba igual o más que el primer día.

— ¿Ya llegamos?

Preguntó Aidan medio adormilado. Héctor se sentía un poco culpable por arrastrarlo a esto, pero era algo que Héctor necesitaba hacer.

—Tengo que hacer una parada aquí, cariño.

Héctor se inclinó y le dio un dulce beso en los labios. Aidan parpadeó y miró hacia los lados.

— ¿Lo visitarás en su trabajo?

—Así es.

Aidan miró directamente sus ojos y asintió, no le preguntó nada más, esa era una de las habilidades de Aidan, esperar a que Héctor libremente compartiera con él lo que deseaba compartir, era una persona demasiado paciente. Cuando. Cuando comenzaron a salir, a Héctor le llegó a desesperar que Aidan jamás lo cuestionara por nada o le exigiera nada.

Él simplemente se limitaba a decir que cuando estuviera listo, él estaría ahí para escucharlo. Era por esa razón que estaban haciendo ese viaje, necesitaba cerrar muchas brechas que dejó abiertas en el pasado.

>>—Espero no tardar mucho, pueden tú y Dugan salir a pasear un poco para estirar las piernas, ha sido un viaje largo y todavía tenemos camino por recorrer…

Eso fue todo lo que pudo decir, antes de que Aidan lo besara en los labios. Al principio el beso fue suave, casi tímido. Pero. Cuando Héctor sintió la lengua de Aidan en sus labios, abrió la boca inmediatamente. Con el primer sabor de Aidan, gimió e inmediatamente profundizó el beso. Aidan tenía la capacidad de tentarlo y hacer que Héctor se olvidara de todas sus preocupaciones. Dugan saltó fuera del regazo de Aidan al ver cómo ambos hombres comenzaban a aplastarlo. Lo que comenzó con un simple beso ahora era algo carnal, embriagador y enloquecedor. Y Héctor no podía pensar en otra cosa que no fuera, tomar a Aidan y llevarlo a la cama de la autocaravana y hacerle el amor sin importarle que estuvieran en medio de un estacionamiento de hospital. Cuando finalmente rompieron el beso, Aidan lo abrazó un poco más fuerte.

—Puedes hacerlo, Héctor, simplemente se sinceró, lo has logrado con tus padres y con ese guapo ex que me presentaste hace unos días.

Aidan sonrió, y Héctor hizo una mueca.

>>—Que sepas que aún estoy algo celoso.

—Kendal es parte de mi pasado, y tú eres mi futuro, cariño.

Aidan sonrió.

—Tienes suerte de que te amé, si no, te diría, que fuiste un reverente tonto por haber dejado escapar a ese mecánico tan sexy.

Héctor rodó los ojos al cielo. Aidan traspasaba el límite en la tabla de rarezas, ¿Quién podría ser tan…? Ni siquiera tenía una palabra para describir a Aidan, saludando efusivamente al exnovio de su actual pareja.

—Eres imposible.

Héctor le dio un último beso antes de alejarse. Bajo la atenta mirada de Aidan, Héctor buscó en el estante sobre la estufa el paquete que estaba buscando. Lo tomó con manos temblorosas, pero decidido a terminar con esto de una buena vez.

—Buena suerte, guerrero.

Aidan levantó los pulgares en señal de apoyo y le dedicó una enorme sonrisa. Dudan lar también estando de acuerdo con su dueño. Héctor rio.

—No se metan en problemas.

Héctor salió de la autocaravana y se abrigó un poco más con la chaqueta. En Oregón no hacía tanto frío como en Forks, pero seguía siendo el norte del país, así que el clima frío era normal por estos rumbos. Con paso firme traspasó las puertas del *St Vincent Hospital East Pavilion*, el lugar era enorme y estaba seguro de que le costaría trabajo localizar a la persona que buscaba.

Preguntó en recepción y le costó un poco de trabajo que la enfermera le hiciera caso, ya que no era posible llamar a un médico a recepción sin ningún buen motivo, no le quedó más remedio que mentir y decir que era hermano del doctor Lander Moore.

Esperó, esperó, esperó, hasta que varios minutos después, lo vio, caminando por el pasillo, venía acompañado por otros dos hombres que venían conversando con él. Pero Héctor reconoció inmediatamente a Lander. Podrían haber pasado casi diez años, pero el hombre seguía prácticamente igual, de hecho, los años no habían restado su atractivo, seguía siendo un hombre de porte elegante, delgado, su cabello impecablemente recortado, ahora usaba gafas y tenía algunas canas en el cabello. Pero seguía siendo Lander. Fue un shock volver a verlo, desde la muerte de Trevor jamás se habían visto o hablado. Héctor había actuado muy mal y había intentado escapar de todos, para cuando Kendal lo había hecho reaccionar, el doctor Lander ya había pedido su cambio de hospital, por lo que pudo investigar. Lander había decidido estudiar una nueva especialidad en cirugía y se había mudado. Fue como si al perder a Trevor, el doctor Lander ya no tuviera razones para permanecer en Forks.

En su visita a sus padres, ellos le habían dicho que Lander, aproximadamente cinco años atrás, había regresado a Forks para hacer arreglos y vender la propiedad. Los últimos años había sido alquilada, pero la última decisión del médico fue venderla definitivamente ya que había estudiado una especialidad en cirugía pediátrica y había decidido establecerse en Oregón definitivamente.

Cuando Lander llegó a recepción, la enfermera en el mostrador se levantó y le dijo algo que Héctor no alcanzó a escuchar, pero estaba seguro de que era sobre él, ya que la enfermera lo apuntó con el dedo, y Lander giró la cabeza hacia él. Se dio cuenta de que Lander lo reconoció inmediatamente. La sorpresa en los ojos del médico fue bastante obvia. Y hubiera sido gracioso en otras circunstancias, pero Héctor estaba nervioso, solo atinó a levantar la mano en modo de saludo. Lander fue el primero en recuperarse, caminó un par de pasos hacia Héctor.

— ¿Héctor?

— ¿Sabía usted, doctor Lander, que Trevor tenía una enorme colección de libros en primeras ediciones?

Héctor levantó su mano para enseñarle el libro antiguo que sostenía. *La divina comedia* de Dante Alighieri, todo un clásico en la literatura. El doctor Lander miró el libro en sus manos e hizo una mueca.

—Trevor heredó muchos libros de su abuelo, era un ávido lector como él, no es desconocido que Trevor gastó todo su dinero en tratamientos médicos y en aumentar esa colección de libros.

Héctor asintió. Extendió la mano para entregarle el libro.

— Revisé en internet y muchos de esos libros están evaluados en varios miles de dólares.

El doctor Lander sujetó el libro que le tendía y lo miró confundido.

>>—Pero dado que Trevor escribió muchas notas en varios de ellos, perdieron su valor monetario, pero… creo que en especial este libro vale más que los cinco mil dólares que pude haber conseguido por él.

El doctor Lander enarcó una ceja y abrió la tapa del libro. La reacción del médico fue instantánea, cara de sorpresa, consternación y tristeza. Héctor miró hacia otro lado. El doctor Lander merecía algo de privacidad para ver lo que Trevor había preparado para él, ahora que lo estaba pensando mejor, tal vez hubiera sido más apropiado iniciar la conversación fuera, pero la verdad era que las cosas habían surgido de esa manera, ni un hola, ni un ¿cómo estás?, nada de eso era necesario, la única conexión y fricción que ellos llegaron a tener fue Trevor.

Y Héctor estaba ahí, para cumplir una misión. En vida, Trevor le aseguró que no le dejaría un testamento, una carta, un video para darle consejos después de muerto. En sí mismo el hombre se contradijo, porque sí le dejó varios mensajes, pero en un estilo muy auténtico que solo Trevor era capaz de inventar en sus libros.

Después de la muerte de Trevor, había recogido todas sus cosas, la mayoría habían quedado guardadas en cajas por falta de espacio en su habitación. Después se había ido a la universidad, y como estuvo compartiendo habitación con otro compañero, ni soñaba con poder tener algo de espacio para almacenar las toneladas de libros que Trevor poseyó. Así que permanecieron en varias cajas, hasta que varios años después, logró tener su propio departamento.

Había comprado varios estantes para todos los libros que tenía, jamás consideró deshacerse de ellos, le gustaba la lectura, no tanto como a Trevor, pero los libros eran un tesoro que tal vez con los años pudiera comenzar a leer uno a uno, tal vez en su vejez, porque actualmente no tenía tiempo para relajarse. Su negocio estaba progresando y no podía darse el lujo de vagar sin hacer nada.

Una noche en particular, para ser más exactos, fue una noche exactamente en la que había tenido problemas con Aidan, había decidido que era buena idea ocupar su mente leyendo y no yendo a hacer una estupidez de la cual se arrepentiría. Tomó un libro del estante para leer un poco, pero su sorpresa fue descubrir que en una de las páginas había un mensaje. ¡Trevor había dejado notas en las páginas de varios de sus amados libros! Héctor había enloquecido y, haciendo un desastre en su sala de estar, había revisado todos y cada uno de los libros para encontrar todas las notas de Trevor.

Crimen y castigo, de Fiódor Dostoyevski

Tengo nuevos vecinos, solo espero que al chico nuevo no le guste el rock pesado o tendremos problemas. Moriré en la cárcel por cometer un crimen.

El Principito, de Antoine de Saint-Exupéry

El chico resultó ser todo un caso, pero como estaba aburrido, he dicho… qué más da, molestarlo un poco fue un poco divertido. Además, me parece que no le será fácil hacer amigos, por eso me ha llegado al corazón. ¡Aún tengo corazón!

El Conde de Montecristo, de Alexandre Dumas

Había olvidado lo mucho que me gustaba enseñar, siento que este chico es diferente a los demás. Hay esperanza.

El Gran Gatsby, de Francis Scott Fitzgerald

Hoy me lo he pasado genial, este chico es interesante y sus gustos por la música no están tan mal, habrá que pulirlo un poco. Antes de morir haré que se enamore de los clásicos.

Romeo y Julieta, de Shakespeare

Cuando estoy con él me hace sentir muy cómodo. Había olvidado esa sensación.

La Celestina, de Fernando de Rojas.

Tengo treinta años y él diecinueve, es injusto sentir atracción por otro hombre después de tantos años. Le deseo, lo deseo. Pero no puedo.

Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez.

Ha sido un día muy malo y muy bueno al mismo tiempo, él ama a otro y lo animé a ir con él, ha sido un día lleno de lágrimas ¿Por qué? ¿Por qué bajé la guardia?

Conversación en La Catedral, de Mario Vargas Llosa.

Bailar con la persona amada es la mejor sensación del mundo. He ocultado mis lágrimas lo mejor que he podido.

1984, de George Orwell

Hoy no me he sentido bien, estuve a punto de rendirme, estoy asustado, pero, aun así, estoy fingiendo para levantar el ánimo de quienes me rodean. Verlo entrar por la ventana ha hecho que mi tristeza y mi desasosiego desaparecieran, aunque fuera por una noche.

El sentido de un final, de Julián Banes.

Me gustaría que mis dos personas favoritas fueran amigos.

El museo de la inocencia, de Orhan Pamuk.

Mi esperanza de vida se escapa de mis manos, ya había estado resignado a mi destino, pero ahora quiero vivir. No debí dejarlo entrar.

El grito silencioso de Kenzaburo Oé.

He sido feliz, tanto que he llegado a preguntarme si había alguna otra cosa en vida que pudiera hacerme así de feliz, no sabía que alguien pudiera necesitarme de esa manera. Me ha hecho tan feliz su confesión que he llorado de dolor y tristeza cuando se ha marchado. No quiero dejarlo solo.

Demasiada felicidad, de Alice Munro.

Tengo que dejar de preocuparme y disfrutar lo que me queda de vida al máximo.

Corazón tan blanco, de Javier Marías.

¡Trevor ama a Héctor!

Muchas de esas notas eran como una especie de diario que Trevor mantenía, escribía cualquier cosa en cualquier página, ni siquiera le ponía fechas, había muchas notas que eran desde antes de conocer a Héctor, y otras más eran frases sin sentido u opiniones sobre cosas sin importancia.

Hablaba en general sobre cómo habían sido sus tratamientos, cómo había enfrentado su día a día entre medicamentos. Había incluso confesiones y planes de apuñalar al doctor Lander con sus propias agujas.

Entre los mensajes que eran significativos para Héctor había otras notas como: "*Estudia más, Héctor" "No te rindas" "Visita a tus padres*", "*No te angusties tanto, H. afuera encontrarás a la persona que es ideal para ti". Eso hacía* a Héctor preguntarse si Trevor creyó desde un inicio que Héctor y Kendal no terminarían juntos. Incluso había notas que simplemente lo hacían reír, como consejos de ajedrez, trucos para preparar un buen té, y la menor manera de conseguir un

croissant con mermelada en Los Ángeles.

Solo a Trevor se le hubiera ocurrido hacer algo tan loco como rayar y echar a perder varios libros clásicos muy costosos. Estaba más que claro que el dinero nunca fue una prioridad para él.

El libro que el doctor Lander sostenía ahora, lo había encontrado al revisar todos los libros; desde entonces había tenido la intención de entregarlo a su dueño legítimo. Por eso estaba ahí, necesitaba cerrar en definitiva este círculo de su pasado.

—Dios.

Susurró el doctor Lander sosteniendo el preciso reloj de plata al estilo antiguo que estaba en el interior. El loco de Trevor había cortado todas las páginas en el libro formando un espacio cuadrado entre las páginas donde había estado oculto el reloj. Héctor supo lo que el doctor estaba leyendo, en la tapa del reloj venía grabado el nombre completo de Lander y en la parte trasera venía una frase que decía:

"*No tengas miedo, nuestro destino no puede ser tomado de nosotros; es un regalo"*
Trev.

Además de esa frase, en la primera página del libro venía una dedicatoria que decía: "*Gracias por ser mi Virgilio y guiar mi camino por entre el purgatorio y el infierno*" Héctor suponía que tanto el libro como las frases significaban algo para el médico y para Trevor. Para Héctor no había tenido sentido, no conocía la historia de la divina comedia, pero investigó de qué se trataba. Y por lo que había podido averiguar en la obra, Virgilio fue un poeta romano, autor de la Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas.

En la obra de Dante Alighieri, aparece como su guía a través del Infierno y del Purgatorio. En realidad, era toda una obra complicada de entender: infierno, purgatorio y paraíso. Pero tratándose de Trevor y Lander, podía darle más o menos sentido al contexto en general. Lander fue el que estuvo todo el tiempo y todo el trayecto doloroso que Trevor había tenido que enfrentar.

—Lamento no haberlo encontrado antes.

Dijo Héctor tratando de que el hombre recuperara la compostura, muchos a su alrededor estaban prestando atención a cada movimiento, pero al doctor parecía no importarle, levantó el rostro y con el dorso de la mano se secó una lágrima que resbalaba por su mejilla.

— ¿Quieres dar un paseo, Héctor?

Héctor asintió con la cabeza, el doctor Lander después de decirle algo a la enfermera en la recepción le indicó que lo siguiera hacia la salida. Caminaron por largos minutos uno al lado de otro, sin decir nada, recorrieron el jardín enfrente del estacionamiento. Desde ahí podía ver la autocaravana, pero no a Aidan. Quería presentárselo al doctor Lander, pero no era el momento.

—Pensé… que un hombre, al llegar a los dieciocho, dejaba de crecer.

Dijo el doctor Lander, deteniéndose a un metro de distancia, recorrió a Héctor con la mirada, de arriba abajo, estudiándolo.

—El ejercicio, una alimentación sana y las proteínas permiten que un hombre aumente su masa muscular; mi estatura sigue siendo la misma.

Héctor sonrió. No era como si él hubiera sido bajo de estatura, pero en aquel entonces solo había tenido diecinueve años, era prácticamente un adolescente entrando en la adultez, era obvio que, para alguien como Lander, Kendal u otros adultos, ahora que lo veían se sorprendieron con su nuevo aspecto, ahora Héctor hacía ejercicio, comía más o menos sanamente, cuidaba su

aspecto físico y era todo un hombre trabajador, parte de la sociedad.

No era un hombre musculoso ni nada por el estilo, simplemente estaba en forma y tenía buena figura. Era primordial tener buen aspecto cuando estabas intentando tener sexo regularmente. Eso lo aprendió en la universidad. Ni siquiera comprendía cómo fue que Trevor y Kendal se pudieron fijar en él, cuando simplemente fue un chico desgarbado, demasiado delgado y sin chiste. «*Suerte de principiante*»

—Esas proteínas no son precisamente sanas.

Dijo el doctor Lander ajustándose las gafas.

>>—Me alegra verte, Héctor, tus padres me han dicho que eres un empresario de éxito.

Héctor rodó los ojos.

—Soy ingeniero en marketing digital, con un amigo tengo un estudio de fotografía profesional y edición.

El doctor Lander asintió.

>>—Resulta que el *Photoshop* es el negocio más rentable en estos días. Las personas aman tener fotos perfectas, es mil veces mejor tener un negocio propio que trabajar de planta en una empresa.

— ¿Tu amigo toma las fotografías y tú las editas?

Preguntó el doctor Lander, interesado.

—Ese fue el plan original, Jadían es el fotógrafo profesional y yo el editor, pero las fotografías perfectas para bodas y eventos sociales son las más demandadas, así que me ha tocado hacerla de fotógrafo de vez en cuando.

Héctor ya había perdido la cuenta de las fiestas a las que había tenido que asistir, tenían tanto trabajo que en ocasiones tenían hasta dos o tres bodas por fin de semana, así que entre Jadían y él tenían que dividirse los eventos.

Además, por su cuenta, Héctor realizaba algunos trabajos de marketing en la web, desde diseños de tarjetas de presentación, portadas de libros, portadas para páginas web entre otras cosas. Era una ventaja tener un negocio propio y no estar sujeto a un horario empresarial.

Héctor no era millonario ni nada por el estilo, pero era independiente, tenía su departamento, su auto, terminó de pagar sus préstamos estudiantiles y podía darse el lujo de tomar vacaciones por lo menos dos veces al año. Pero en esa ocasión era la primera vez que lo hacía, durante los últimos años, se había enfocado en terminar la universidad y en sacar adelante su negocio.

—Creo que debí contratarte para mi boda, el fotógrafo que mi esposa contrató andaba ebrio ese día y no tomó ninguna fotografía decentemente buena para llevar en mi cartera.

El doctor Lander sacó de su bolsillo su cartera y le mostró una fotografía; no era una de una boda. Héctor la observó; era una mujer morena, muy hermosa, y tenía en brazos a un pequeño niño de cabello oscuro y ojos marrones. Se parecía mucho al doctor Lander, pero también tenía rasgos de la mujer que lo abrazaba.

—Es hermosa.

Dijo.

>>—Y apuesto cien dólares a que el hermoso niño se llame Trevor.

El doctor Lander hizo una mueca, pero parecía divertido.

— ¿Qué tan predecible soy?

—No, sólo eres un hombre que amaba de verdad a su amigo y buscaba la manera de honrar su memoria.

El doctor Lander enarcó una ceja.

— ¿Cuándo maduraste tanto?

Héctor se encogió de hombros.

—En aquel entonces solo tenía diecinueve años, no tenía la menor idea de lo que hacía con mi vida, creí que tenía todas las respuestas, pero Trevor me enseñó que no era así.

Héctor comenzó a caminar de nuevo, y el doctor Lander lo siguió.

—Trevor tampoco tenía todas las respuestas, Héctor.

Contestó el médico.

—Lo sé.

Susurró mirando al cielo.

>>—Nadie tiene respuestas a nada, simplemente se necesita seguir viviendo para averiguarlo por nosotros mismos, pero un consejo de vez en cuando no viene nada mal, fue una suerte para mí tener a Trevor.

Si algo le había enseñado la vida en esos años era que un adulto a menudo se arrepentía de sus decisiones en el pasado, ahora comprendía a Trevor, fue en realidad una estupidez de Héctor pensar que a los diecinueve años la vida era una injusticia, se deprimió y reclamó a sus padres por haberlo sacado de la ciudad, pensó que internet tenía todas las respuestas, creyó que él era merecedor de todo sin siquiera esforzarse por trabajar por ello.

A la mejor conclusión que podía llegar era que, en aquel entonces, era joven, estúpido y muy ingenuo. No había tenido la menor idea de nada. Y si no hubiera tenido a Trevor y a Kendal en su vida, Héctor no hubiera llegado a ser lo que era ahora. Durante unos minutos solo caminaron uno al lado del otro sin decir nada.

—Quiero disculparme contigo.

Dijo Lander.

>>—Lamento haberte tratado tan mal, yo estaba siendo irracional en ese entonces, no comprendía cómo era que Trevor después de muchos que se cerró al mundo permitió que tú entraras en su vida.

—Lo comprendo, usted era su amigo y yo simplemente llegué al final.

Enfrentó al médico.

>>—Trevor se equivocó, usted fue el que debió haber estado en sus últimos momentos, no un chico que acaba de conocer.

El hombre se quedó pensativo por unos segundos.

—Trevor vivió los últimos años de vida a su máxima capacidad, intentó hacer cosas que, aunque en su condición, eran imposibles…

El doctor Lander rió.

>>—Fue un alivio que no insistiera en lanzarse de un paracaídas, en el último año, su condición había empeorado y no le quedó más remedio que intentar sobrevivir el tiempo que quedaba, hasta que llegaste tú.

—Y empeoró la situación.

—No.

El doctor Lander señaló el libro.

>>—Tú llegaste a demostrarle que la vida no solo era aventura, diversión, experimento. Todo hombre viene a este mundo a vivir, pero también viene a amar, a sentir. Trevor se había cerrado a no tener a nadie cerca de él porque eso lo haría odiar el destino que tenía que enfrentar.

—Yo de verdad me enamoré de Trevor.

Confesó.

>>— ¡Dios! Fue tan complicado saber cómo me sentía, por una parte, tenía a Kendal y, por el otro, a Trevor, sentía que amaba a ambos hombres, pero…

—Pero era más grande tu amor por Trevor, cualquiera podía ver eso.

Concluyó Lander con una mirada de autocompasión.

—Ahora me doy cuenta de que fue terrible por mi parte tener todas mis necesidades físicas cubiertas por un hombre y todas mis necesidades sentimentales cubiertas con otro.

Todos cometemos errores en cuestiones de amor. Héctor, no debes perturbarte por ello.

El médico palmeó su espalda.

—Cuando fui a la universidad, Kendal y yo intentamos que funcionara, pero no fue así. Con el tiempo dejamos de escribirnos y yo no volví a Forks, no lo había visto hasta hace poco.

Héctor señaló con la cabeza la autocaravana.

— ¿Fuiste a Forks?

—Fui a visitar a mis padres porque deseaba presentarles a alguien.

El doctor Lander abrió los ojos sorprendido.

>>—Y también sentí que era mi deber cerrar los círculos que dejé abiertos en el pasado, Kendal fue una persona muy importante para mí, al igual que Trevor, son un hermoso recuerdo de mis primeros amores…

—El primer amor nunca se olvida, es una suerte que tú tengas dos.

Comentó el doctor Lander caminando hacia la autocaravana. Al parecer, tenía interés en conocer a esa persona que Héctor estaba mencionando.

>>— ¿Cómo está Kendal?

—Se casó un par de años atrás, es feliz, su negocio creció y no me odia, así que eso es un alivio.

Había sido difícil enfrentarse al hombre, recordaba cómo sus piernas temblaron cuando llegó al taller de Kendal, no había llevado a Aidan en esa ocasión, primero necesitaba saber si Kendal no lo golpearía, pero no fue así, al verlo, Kendal se sorprendió y la primera sonrisa que le dirigió hizo que sus temores desaparecieran.

la preocupación de que Kendal lo odiara había pesado sobre sus hombros por años, pero Kendal no lo odiaba, lo recordaba con cariño, como un amor del pasado perdido, claro que había sido complicado perdonarlo y olvidarlo, su nueva pareja había contribuido a ello, al parecer la clave para superar el pasado estaba en encontrar a la persona perfecta que te impulsa a continuar y te animará amar de nuevo.

—Así que fuiste a casa a… presentar a una novia, novio, a un esposo, esposa…

Insistió el doctor Lander sin dejar de estirar la cabeza para ver si lograba encontrar a alguien en la caravana. Héctor rio.

—Podría decirte que es mi novio, porque resulta que en las tres ocasiones en las que él me ha propuesto matrimonio, él me ha rechazado.

El doctor Lander se detuvo de golpe.

— ¿Te rechazó?

—Sí.

Eso era una pequeña cuestión que lo perturbaba demasiado, solo había dos personas a las cuales les había confesado su amor, a Trevor diez años a atrás y a Aidan. A Kendal jamás le dijo que lo amaba, ya que nunca tuvo la menor idea de qué era lo que sentía. Tuvo relaciones antes de Aidan, pero nada serias, jamás sintió más que simple atracción por esos hombres.

A Aidan lo amaba, no tenía dudas al respecto, y quería estar con él, pero Aidan era… Aidan,

un hombre que sobresalía en la escala de rarezas, sabía que Aidan lo amaba, pero era complicado comprenderlo. Héctor se había esmerado en proponerle matrimonio en las tres ocasiones, pero Aidan siempre contestaba que no era el momento. Que no sentía que debía decirle el sí… todavía. Vivían prácticamente juntos, pero Aidan seguía teniendo su antiguo departamento. Héctor lo amaba, así que, conociendo al hombre, Héctor sabía que simplemente tenía que esperar a que Aidan estuviera listo.

— ¿Lo amas?

—Más de lo que puedo decir con palabras.

Dijo con una enorme sonrisa.

—Debe ser alguien especial para que tú soportes ser rechazado en tres ocasiones y sigas con él.

—Es una persona complicada.

Explicó Héctor de una forma divertida.

>>— Durante el primer año que estuvimos saliendo, jamás conocí a su familia o a sus amigos más cercanos; fui un amante secreto.

El doctor Lander enarcó una ceja. Héctor intentó no reír. Claro que, para cualquiera, la relación que Héctor y Aidan mantenían, sería considerada rara. Muy rara. Y eso que no le había contado al hombre que, durante un año, Héctor jamás supo en realidad dónde vivía el veterinario. "*No llevar amantes a su casa*" era una de las reglas de Aidan. Junto con "*No tener sexo más de tres veces con la misma persona*" ahora que Héctor pensaba en todo esto, le daba risa recordar todas sus complicaciones con Aidan, pero la realidad era que sí había batallado bastante para que Aidan confiara en él.

— ¿Es fóbico a los compromisos?

Preguntó el médico.

—No confíes fácilmente en nadie.

Héctor sonrió.

>>—Él cree que los únicos seres en la tierra que no son capaces de hacer daño intencionalmente son los animales.

El doctor Lander ladeó la cabeza.

—Interesante reflexión.

—Sí, es veterinario y un loco de los bichos.

Héctor suspiró.

>>—No tiene ningún reparo en decirle a un perro que acaba de conocer que lo ama, en cambio, a mí me ha costado años poder sacarle esas palabras.

—Realmente eres un exagerado.

Dijo Aidan abriendo la puerta de la autocaravana. Inmediatamente, Dugan salió corriendo hacia Héctor. El ceño fruncido de Aidan se transformó inmediatamente en una cálida sonrisa.

>>—Usted debe ser el famoso doctor Lander, es un gusto conocerlo al fin.

Aidan le sonrió al doctor Lander, robando de esa manera una sonrisa del hombre, < ¡*Ya lo tiene en el bolsillo!» Cuando* Aidan se proponía ser encantador, no había quien le ganara.

Horas más tarde se encontraban en la casa del doctor Lander, el hombre había insistido en que se quedaran un día más en Oregón y se quedaran a cenar para conocer a su familia, a Héctor le hubiera gustado continuar con su itinerario de viaje, pero Aidan había aceptado la invitación sin siquiera pensarlo, Héctor conocía las intenciones de su pareja, quería que siguiera conviviendo un poco más con el doctor Lander, que ambos hombres dijeran todo lo que tenían

que decir y cerrarán de una vez todas esas cuentas que tenían pendientes, lo había hecho en Forks con sus padres y con Kendal. La misión de Aidan era que dejara de una vez por todas atrás su pasado.

Después de cenar, el doctor Lander y Héctor se quedaron solos, habían hecho una parrillada en el patio trasero de la casa y ahora mismo estaban relajándose con una cerveza y escuchando música.

—Así que California… interesante.

Dijo el doctor Lander.

—He aprendido a surfear, no tan bien como una profesional, pero Trevor aseguró que las vistas a todo lo largo de la costa de California son fantásticas, seguramente puedo obtener hermosas fotos, y grabaré un blog.

Durante un segundo el doctor no dijo nada.

—Trevor me aseguró antes de morir que no irías a su funeral.

Dijo el doctor Lander. Héctor se tensó.

—Creo que él me conocía bastante bien.

Contestó avergonzado.

>>—Simplemente soy un cobarde y no pude enfrentar mi realidad, no soportaba haberlo perdido.

—Estabas deprimido.

Dijo el doctor Lander.

>>—Es normal para el ser humano intentar protegerse de lo que le hace daño, yo vi cómo sufriste en la agonía de Trevor, era imposible exigirte más durante su funeral.

—Trevor había exhalado su último aliento en mis brazos, yo creía que en ese cajón de madera ya no estaba él, no quise enfrentar mi realidad, ahora me arrepiento de no haber asistido, siento que no le dije adiós apropiadamente.

El doctor Lander se acercó a él.

—Trevor fue injusto al pedirte que estuvieras con él en esos momentos, era algo duro de enfrentar, más aún sabiendo tus sentimientos hacia él.

—Yo quería estar ahí.

De eso no se arrepentía, pudo estar ahí cuando más lo necesitó, y estaba seguro de que si volviera a repetirse ese momento, también volvería a estar ahí, sus sentimientos hacia Trevor seguían siendo los mismos. Durante años estuvo como a la deriva, tuvo varias relaciones fallidas porque nada era suficiente bueno para Héctor. Esos hombres no fueron el problema, fue Héctor y su incapacidad para poder poner fin a un sentimiento antiguo por la persona que había perdido. Después de la muerte de Trevor, muchas cosas dejaron de tener sentido para él. Héctor se levantó y caminó hacia el jardín, estaba comenzando a alterarse. Su propósito al visitar al doctor Lander era dejar todo atrás y jamás olvidaría a Trevor, pero deseaba que cuando lo recordara no sintiera culpa o remordimiento.

—Tengo sus cenizas.

Escuchó decir al Doctor Lander. Héctor se giró hacia el hombre.

— ¿Qué?

Preguntó sorprendido.

—Trevor quiso ser cremado y me encargó de que después dispusiera de sus cenizas como mejor creyera conveniente, pero nunca he logrado decidirme…

El doctor Lander parecía triste, fue obvio para Héctor darse cuenta de que en realidad el

hombre no se había dispuesto a las cenizas de Trevor porque aún no había estado listo para decirle adiós a su amigo.

>>—En un principio pensé en entregárselo a sus padres, después pensé en ti, pero no volvimos a vernos, ni siquiera quise estar presente cuando recogiste todas sus cosas.

—Esas cosas debieron haber sido tuyas.

Declaró Héctor.

—Trevor hizo lo correcto al dejártelas a ti, tú las valorarías más que yo.

El hombre entrecerró los ojos.

>>—En mi profesión no tengo mucho tiempo para leer.

El doctor sacó de su bolsillo el reloj que Trevor le había dejado.

>>—Jamás lo hubiera encontrado, como sea… lo que intento decir es que tú debes disponer de las cenizas de Trevor.

Héctor parpadeó un segundo.

>>—Es la mejor manera de que te despidas correctamente de tu primer amor, ¿no crees?

Héctor dudó, no había considerado la idea de que Lander aún pudiera conservar las cenizas de Trevor, jamás siquiera se preguntó qué había sucedido después del funeral. «*Un adiós correctamente»*

—California.

Susurró.

>>—Estoy haciendo este viaje gracias a que era algo que él deseaba hacer… llevar sus cenizas allá creo que sería lo correcto.

El doctor Lander asintió.

—Su último viaje.

El doctor Lander alzó la botella de su cerveza al aire.

>>—Por Trevor.

Héctor sonrió y se acercó para chocar su botella con la del médico.

—Por Trevor.

Durante horas ambos brindaron, bebieron y conversaron sobre Trevor, el doctor Lander le contó cómo fue crecer con él, sus aventuras de niños, su adolescencia, su juventud y muchas cosas de la enfermedad de Trevor que Héctor no sabía, estaba claro que lo que comenzó como un viaje para que Trevor se reconciliara con su pasado, también había ayudado al doctor Lander a superar ciertos resentimientos y dolor que tenía por la pérdida de su amigo, lo comprendía, ambos conocían a Trevor y podían hablar de él libremente, no era nada fácil conversar de eso con alguien quien no lo conoció. Héctor lo había intentado, había hablado de él con Aidan, pero con el doctor Lander parecía a un más real y más liberador.

Al día siguiente emprendieron su camino para comenzar su aventura a todo lo largo de la costa de California, comenzando por Cresent City. Héctor había planeado ese viaje desde la universidad, había sido algo que Trevor quería hacer y Héctor lo consideró un buen plan. Durante varios años, su itinerario original había cambiado, ahora incluía a dos compañeros de viaje. Aidan y Dugan. Su familia. Su aventura era un viaje de dos semanas haciendo diez paradas. Después de la fría costa de Cresent City, siguió a Shelter Cove, donde le costó trabajo evitar que Aidan se robara uno de los ciervos que vagaban por el pequeño pueblo y los campos. Después fue a la Bahía de San Francisco, Santa Cruz, C Street, Los Ángeles, Huntington Beach, Newport, Oceanside y finalizando en la hermosa playa de Blacks Beach, el paraíso de todos los surfistas. Fue un viaje hermoso y cansador, vieron hermosas puestas de sol y maravillosos

amaneceres, visitaron muchos lugares y vivieron grandes y divertidas aventuras. Héctor aún no era buen surfista, así que apenas había entrado en el mar, menos aún en el norte, las aguas eran sumamente heladas, se conformaba con admirar las vistas y entrar lo suficiente en las olas para cumplir con su misión.

En cada parada, Héctor había dejado un poco de las cenizas de Trevor; durante nueve intentos, no dijo nada, simplemente entró, esparció un poco de las cenizas y salió del mar, pero era su última parada. Estaba mar adentro en la playa de Blacks Beach, varado sobre la tabla de surf, tratando de pensar qué decir. Apenas se veía el sol saliendo al fondo del mar, era una vista impresionante y estaba haciendo mucho frío, surfistas se veían en el horizonte surfeando las enormes olas frías. Héctor se adentró solamente lo necesario, las olas eran fuertes y aunque sabía nadar muy bien tenía que ser precavido.

—Estabas loco, Trevor, aquí no hace tanto frío, pero el norte de California es zona para ser comida de tiburones.

Declaró.

>>—Sé que te gustaba mucho el frío, pero fue imposible nadar en Cresent City.

Sostuvo con fuerza la caja de madera que tenía en sus manos. Trevor en una caja de madera. Seguramente estaría desde el más allá maldiciendo al doctor Lander y a Héctor por haberlo mantenido cautivo tantos años.

>>—Sabes una cosa, cada que intento recordar lo que sucedió… lo único que pudo pensar es que te perdí… me dejaste solo.

Respiró profundamente para hablar de nuevo.

>>— ¿Adónde quiera que voy? Te veo ahí, siempre estás en mi cabeza…

Sentía un nudo en la garganta y, a pesar de que se había prometido no volver a llorar, estaba fracasando miserablemente. Era la segunda vez que se despedía de su primer amor, de su mejor amigo. Durante años, Trevor fue la persona más importante de su vida.

>>—Estás en todo lo que veo…

Trevor le enseñó que tenía que vivir la vida, enfrentar sus problemas, sobreponerse a la decepción y al dolor. Le enseñó a desear tener a alguien a su lado que compartiera sus alegrías, sus triunfos y decepciones. Al principio le había costado perdonarlo por abandonarlo, había estado furioso con él…

>>—Fuiste un gran ser humano, mi mejor amigo, yo quería que siguieras viviendo porque fuiste la primera persona que en realidad se preocupó por mí, contigo, pude ser yo mismo.

Trevor vio en él algo que los demás no habían visto, creyó en Héctor.

>>—Sin necesidad de definir nuestra relación como amistad o amor, tú me escogiste a mí, me necesitaste tanto como yo a ti, una relación como la nuestra no se puede expresar con palabras normales y corrientes, ya que nadie a nuestro alrededor sería capaz de comprender… lo que trato de decir es…

Miró al cielo.

—Te extraño…

Con manos temblorosas abrió la tapa de la caja y lentamente dejó caer el contenido arenoso sobre las olas.

>>—Hay alguien a quien amo ahora, pero siempre vivirás en mi corazón, y aunque tengo que seguir adelante, siempre estarás conmigo.

Se quedó en el agua unos minutos más, hasta que se recompuso, nadó hacia la orilla, y pudo surfear una pequeña ola hasta que salió a la playa. Aidan estaba ahí, esperándolo, como había

hecho en las otras nueve ocasiones. En esas ocasiones simplemente le sonreía y le decía que fueran a comer o hacer algún recorrido. Pero en esta ocasión, Aidan lo esperó sentado sobre la arena. Dugan estaba recostado a un lado, profundamente dormido.

— ¿Cómo te sientes?

Preguntó Aidan. Lo hizo sentar a su lado.

— Siento que todo ha terminado.

Respondió pensativo.

>>—No porque alguna vez vaya a olvidarlo. No quise decir eso. Supongo que siento que he hecho lo que pude... Oh, demonios, ya sabes a qué me refiero.

Aidan le dio un beso en la mejilla.

— Te comprendo. Has hecho lo que él quería. Pero hay una cosa con la que no has cumplido. Algo que Trevor habría deseado es que hicieras más que nada en el mundo.

— Lo sé.

Dijo. Y era cierto.

>>— Tengo que seguir adelante con mi vida. Él se marchó. Tomé conciencia de ello.

Trevor no estaba presente con su espíritu. Por mucho que él deseara lo contrario, él ya no estaba, vivirá por siempre su corazón y nunca lo olvidaría, pero debía dejarlo partir.

—Lamento que perdieras a Trevor.

Aidan recayó la cabeza en su hombro.

>>—Sé que es egoísta de mi parte, pero si él estuviera aquí, yo no lo tendría a mi lado.

Héctor sonrió y le rodeó los hombros con el brazo.

—El hubiera no existe, tal vez si Trevor no se hubiera enfermado, él y yo jamás nos hubiéramos conocido.

Héctor estaba seguro de que Trevor jamás se hubiera fijado en un chico de diecinueve años estando sano. Se imaginaba que Trevor jamás hubiera dejado Los Ángeles, y hubiera sido profesor de universidad, y que al final se hubiera casado con un historiador o un antropólogo. A Trevor le gustaba lo vintage.

>>—Lo único que sé sin lugar a dudas es que la vida no brinda garantías de ninguna especie. Se hace lo que se puede y se sigue adelante en la lucha.

Héctor le dio un beso en la frente a Aidan.

>>—Trevor me cambió, por supuesto. Sin él, jamás habría escuchado la música clásica, ni había reparado en los pequeños detalles de la vida que solo se obtienen en la vida real y no a través de una pantalla, ni siquiera hubiera leído un libro por voluntad propia, yo amé a Trevor.

—El amor no viene con prospectos ni instrucciones, solo es. Incursiona en tu alma y se roba un pedazo de tu corazón cuando menos te lo esperas.

Explicó Aidan. Héctor sujetó el mentón de Aidan y lo obligó a mirarlo.

— ¿Es una declaración de tu amor por mí?

Aidan lo amaba, pero era raro conseguir esas dos palabras muy a menudo.

—Sabes que sí.

Dijo Aidan.

>>—Y espero que, ya que tu ex amor no estará en la autocaravana con nosotros, me logres demostrar cuánto me amas.

Héctor rio. Durante esas dos semanas no habían tenido sexo, ya que Aidan dijo sentirse observado por las cenizas de Trevor. Era raro hacer el amor con Trevor en un estante enfrente de la cama. Héctor lo besó para sentirle más cerca. Cuando finalmente rompieron el beso, Héctor lo

abrazó un poco más fuerte.

—Te amo, Aidan.

Eran unas palabras muy ciertas para Héctor. No podía imaginar la vida sin él. ¿Era el mismo sentimiento que había sentido por Trevor? No, era diferente. Si perdía a Aidan… estaba seguro de que Héctor no sobrevivirá a ello.

De todas maneras, no sabía qué deparará el futuro. Lo que sí sabía era que pasara lo que pasara, ya no tendría miedo. Creía en que la última enseñanza de Trevor: "*no permitir que la preocupación por lo que vendrá mañana robe la dicha del hoy*. El presente era lo que contaba y Aidan era su presente y su futuro, y lucharía con todo y contra todo para ser feliz.

Fin

Silencioso destino



B. E. RAYA

SILENCIOSO DESTINO

Cuenta una leyenda que las personas destinadas a conocerse están conectadas por un hilo rojo invisible. Este hilo nunca desaparece y permanece constantemente atado a sus dedos, a pesar del tiempo y la distancia.

Hikaru Kiyomizu proviene de una familia japonesa encargada de cuidar el templo del Dios Musubi, además de que se les han asignado ciertos dones y poderes para poder resguardar y ayudar a aquellos que desean encontrar a su alma gemela. Esos poderes para Hikaru son una maldición, no desea saber nada del hilo rojo, ni de parejas predestinadas y mucho menos encontrar a su alma gemela. Durante años ha renegado de su don y tratado de controlar sus poderes. Pero nadie puede escapar al destino.

Su alma gemela no es nada de lo que él esperó, no es una mujer y para colmo no puede comunicarse con él de forma normal. El dios del amor había escogido para él una pareja masculina con un problema médico que lo había dejado sordo años atrás. ¿Su suerte podría empeorar? A Hikaru no le quedó más remedio que aceptar los poderes mágicos que le fueron otorgados y utilizarlos para encontrar una manera de romper el lazo que lo une a Valentín. Estaba seguro de que existía una manera de cambiar el destino y él estaba dispuesto a encontrarlo.

CAPÍTULO 1

El destino del hombre está en su propia alma.
Herodoto

Nueva York, noviembre de 2017…

Hikaru Kiyomizu esperó pacientemente a que las puertas del tren se abrieran, intentó esquivar a una señora que lo empujó contra la multitud. Suspiró derrotado, la cultura de respeto al espacio personal en este lado del continente era completamente contraria a lo que era en Japón. Había emigrado al país americano cinco años atrás y se había establecido en Nueva York hace dos meses, jamás se quedaba en un solo lugar. Sus padres le recriminaban vivir fuera de Japón, y más aún no comprendían por qué razón prefería viajar de ciudad en ciudad y no establecerse en Kioto y, más aún, no justificaban su terquedad de no hacerse cargo del negocio familiar.

Él no quería estar en Kioto.

Él no quería hacerse cargo del negocio familiar.

Él deseaba ser libre.

Amaba Japón, era un país hermoso y su ciudad de origen, Kioto, era realmente maravillosa. «*Dejando de lado la ciudad creciente»,* era una ciudad impresionante, con su montaña, su lago y su vasta vegetación. Amaba el aire fresco. Lo que no encontraba en las grandes ciudades contaminadas, pero Hikaru no podía estar ahí, viajar por el mundo era la mejor opción para él.

Mientras caminaba por la escalera que lo llevaría a la abarrotada calle de la ciudad, no pudo evitar observar a los transeúntes que simplemente, al igual que él, sobrevivían en esta enorme ciudad. ¿Qué problemas tendrían? ¿Cuáles serían sus sueños? En realidad, no importaba, no. Cuando Hikaru sabía muy bien que no importaba cuánto lucharas, el destino tenía algo preparado para ti. Jamás podrías ser libre por más que lo intentaras. El humano nacía, crecía y sobrevivía hasta que llegaba la hora de partir de este mundo. Ahora mismo no le costaba para nada afirmar que la rutina diaria y el bullicio de la ciudad borraban toda la expresión de los rostros. Su cara no debería ser la excepción. Atrapado en la rutina monótona, Hikaru pensaba vagamente en todo lo que había hecho mal en el pasado, en todo lo que había amado y atesorado y que había perdido abruptamente simplemente por ser heredado de un deber divino de mierda que ni siquiera llegaba aún a comprender del todo. No tenía la menor idea de cuál era el objetivo y lo trastornaba de una manera tan cruel.

Se detuvo un segundo para observar a una pareja bajando por las escaleras eléctricas de un costado. Ambos venían sonriendo, tocándose y haciéndose cariños. Hikaru observó sus manos. Por un segundo permitió a sus poderes surgir, todo a su alrededor se desvaneció, simplemente la pareja quedó resaltada en su visión. Las dos figuras poco a poco perdieron color, excepto por sus manos izquierdas. Hikaru enfocó su vista en lo que de verdad importaba… Sus dedos meñiques. El color rojo quedó resaltado, efectivamente sus dedos mostraban atados el delgado lazo de hilo rojo colgando. Dicho lazo no estaba unido entre ellos, el lazo de la chica era largo y extendido hacia la puerta. Lo que quería decir es que ella estaba unida a alguien más y ellos ya se habían encontrado en alguna ocasión, a lo mejor eran amigos, conocidos o solo un encuentro furtivo. Pero ahí estaba, sus lazos estaban unidos de por vida. El chico, por su parte, no se había encontrado hasta ahora con esa persona a la cual estaba predestinado, tal vez jamás lo hiciera,

muchos jamás conocían a su pareja destinada. Entre ellos no existía el amor verdadero. Solo un simple deseo, el cual no contaba para nada. El destino estaba sellado y ellos no eran el uno para el otro.

Parpadeando, rompió la conexión y todo a su alrededor volvió a la normalidad, continuó con su camino. No entendía por qué seguía intentando saber estas cosas. El saber que esa pareja jamás podría ser feliz era un peso que Hikaru tenía que soportar.

De acuerdo con un antiguo mito, toda persona en su dedo meñique tiene atado un hilo rojo invisible que lo conducirá hacia otra persona con la que hará historia. Según le habían contado sus parientes, las relaciones humanas están predestinadas por un hilo rojo que los dioses atan a los dedos meñiques de aquellos que se encontrarán en la vida. De acuerdo con la leyenda, las dos personas conectadas por este hilo tendrán una historia importante, sin importar el lugar, el tiempo o las circunstancias. El hilo rojo se puede enredar, contraer y estirar, como seguramente a menudo ocurre, pero nunca se puede romper.

La familia Kiyomizu ha sido la encargada del templo Kiyomizudera en Kioto, Japón por generaciones. Según su abuelo, su sangre tenía un legado sagrado que solo los dioses otorgaban a la familia Kiyomizu. En su templo se veneraba al dios Musubi, y era un recinto de oración especializado en parejas. Todo aquel que tiene el sueño de encontrar a su pareja ideal, tiene que ir a Kiyomizudera a orar y pedirle al dios Musubi que le permita encontrar a su amor predestinado y es deber sagrado de su familia, intentar que sus creyentes logren sus deseos.

Hikaru nunca creyó en todo lo que su abuelo contaba. Según decía la leyenda, un hombre en cada generación dentro de la familia Kiyomizu, es heredero del don divino de poder ayudar y guiar a las parejas a encontrar a su amor predestinado. En pocas palabras, entre muchas cosas, el portador del don divino sería capaz de poder ver el hilo rojo del destino que une a los humanos. Su abuelo tiene ese don, su padre también, y por desgracia él lo había heredado.

Hikaru no quería ese don. Esa capacidad era más una maldición que una bendición. El dios del amor se había equivocado de portador; debería ser alguno de sus otros dos hermanos. Él era el menor, pero por desgracia, le había tocado a él. Esa maldita capacidad de ver el hilo rojo había complicado demasiado su existencia.

Su capacidad de ver el lazo había despertado al cumplir sus veintiún años, justo cuando estaba perdidamente enamorado de una mujer y estaba a casi nada de pedirle matrimonio. Su padre le había dicho que no estaba destinado a ella, su abuelo se lo advirtió también, pero él no había escuchado. La verdad era que Hikaru pensó que su familia estaba loca por creer esas chorradas del hilo, pensó que hacían todo ese show por conservar el legado familiar. Él fue el primero en no intentar dedicarse al templo al cien por ciento. Vivió ahí, y ayudó los fines de semana con tal de sacar algo de dinero extra, pero su sueño no era permanecer en Kioto. Había ido a Tokio a estudiar y planeaba que esa fuera su ciudad permanente, tenía que aclarar que él también fue el primero en su familia en ir a la universidad.

El día de su cumpleaños número veintiuno, iba a proponerle matrimonio a esa mujer. Había tenido planes… Graduarse, casarse y establecerse y tal vez en unos cinco años, tener a su primer hijo. Pero, el maldito destino, junto con el Dios Musubi, le arruinaron los planes al darse cuenta por primera vez que todas las chorradas que le contaron sus antepasados sobre el dichoso hilo que jamás había creído eran ciertas. Jamás olvidaría esa escena, frente a él estaba la mujer que tanto amaba, y el hilo rojo que colgaba de su dedo meñique estaba unido a otra persona. Su mejor amigo.

Después de ese garrafal día, le costó trabajo asimilar todo lo ocurrido. Lógicamente, terminó

con la chica, le hizo un favor también al mencionarle que tendría que intentarlo con su mejor amigo. Ella lo abofeteó esa noche, pero por lo que sabía, ahora mismo ellos estaban juntos.

Por su parte, Hikaru se recuperó, se graduó, al siguiente día tomó su mochila con pocas de sus pertenencias y tomó el primer vuelo que encontró; eso lo trajo a América. Aquí hizo todo tipo de trabajo, tomó nuevamente cursos y diplomados para hacer valer su carrera en Estados Unidos.

Así que su vida ahora era trabajar y viajar, y entre más conocía parejas en el mundo, más cuenta se daba de lo miserable que era tener su maldito legado familiar. ¿Cuántas parejas había conocido que estaban casadas, pero no unidas por el hijo rojo del destino? Demasiadas para contarlas. Además, el universo era demasiado grande. ¿Quién aseguraba que lograrías encontrar a tu pareja predestinada? Hikaru había viajado durante los últimos cinco años, no lo hacía por encontrar a su pareja, al contrario, lo hacía para no relacionarse con nadie, ni siquiera podía darse el lujo de tener amigos. Era algo imposible poder estar rodeado de personas sin que le diera curiosidad por saber si sus amigos eran parejas verdaderas. Así que su lema era.

No, amigos.

No, lazos.

No, relaciones.

Su carrera en diseño gráfico le permitía poder trabajar independientemente. En ocasiones laboraba en empresas simplemente como empleado extra numerario. Era un *freelance*[17] independiente que en ocasiones trabajaba para alguna empresa como trabajador extranumerario. Realizaba el trabajo para el que era contratado y después podía marcharse. Claro que en ocasiones le ofrecían un contrato permanente, el cual siempre rechazaba. Además, la herencia que le había dejado su abuela materna años atrás, le permitía tener un pequeño fondo en caso de que no encontrara trabajos inmediatamente. Sus padres le exigían volver a casa, casarse y trabajar en el templo como era su deber sagrado. Pues el templo, el dios del amor y el legado familiar podrían irse al carajo. Él no sería un títere del destino. Ni sería cómplice en ese asunto de ordenarles a las personas con quienes estar.

Hikaru caminó las dos cuadras desde la estación del metro hasta la empresa publicista en la que laboraba en ese momento, a lo máximo un mes más, y terminaría de diseñar el sistema nuevo, así podría marcharse a su siguiente lugar, tal vez Seattle. Dentro del edificio no saludó a nadie, y nadie lo saludó tampoco. Meses atrás habían desistido en hacerse amigos. En la puerta de seguridad, Hikaru sacó su identificación y la deslizó en la apertura de la barra. Esperó la indicación del guardia de seguridad, el cual asintió con la cabeza e Hikaru pudo pasar las puertas de cristal.

En el elevador hacia las oficinas de "*Publicidad Fasion*" varias personas abordaron en diferentes pisos, al igual que otras dejaban el ascensor; era un largo camino hasta el piso trece que era su destino. Siempre se colocaba en el rincón más alejado. La monótona música era lo único que se escuchaba. Todo era normal, siempre era de esa forma su rutina diaria, pero algo inesperado ocurrió. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Era como sentir una premonición de que algo muy malo estaba a punto de ocurrir. Justo cuando las puertas del ascensor se abrieron, él sintió un tirón en su mano derecha, sin que invocara sus poderes, ante sus ojos vio cómo el hilo rojo de su mano izquierda aparecía al mismo tiempo que comenzaba a crecer y crecer...<< *¡Esto tiene que ser una broma*!>>.

—No, no, no— comenzó a decir nerviosamente, los otros a su alrededor lo miraron sin comprender. Él los ignoró, salió del ascensor y como si su cuerpo tuviera mente propia, comenzó

a caminar, hacia el lado contrario de donde se encontraba su oficina. Sus pies caminaron a toda marcha siguiendo el delgado hilo color rojo. Debería correr hacia el lado contrario, alejarse, no quería saber… Pero ahora mismo su cerebro no estaba funcionando. En su carrera tropezó con varias personas; sin embargo, apenas fue consciente de ello. ¡Estaba sucediendo! Acababa de encontrar a la mujer a la cual estaría atado de por vida. ¿Quería saber quién era? ¿A quién quería engañar, claro que deseaba saber? Odiaba todo esto del destino, no había buscado a su alma gemela, de hecho, pensó jamás encontrarla, por esa razón había abandonado Japón. Había huido. Pero ahora, la mujer de su vida estaba aquí, en Nueva York. La conocería por fin.

Apenas fue consciente de entrar en el departamento de administración. Un grupo de personas estaban congregadas ahí, apenas se dio cuenta de que el director de la empresa estaba dando un discurso. Se detuvo cuando un grupo de mujeres le impidieron el avance. Con los ojos siguiendo la línea roja, sus ojos se detuvieron justo cuando unos zapatos negros muy bien lustrados invadieron su visión. Trago saliva. «*Esto debe de ser una broma*» sus ojos se posaron en un hombre joven, alto… Muy alto, ojos marrones, cabello oscuro, vestido de un traje gris, era un hombre que no podía pasar de tener más de los treinta años. Si no fuera porque estaba rodeado por un grupo de personas y el jefe de la empresa estaba hablando, Hikaru hubiera comenzado a reír y a gritar al maldito dios Musubi. Esto era *karma*[18]. Estaba renegando de su familia, de su legado familiar y sus poderes. Ahora el dios Musubi se vengaba de él, enviándole a su pareja predestinada que no era otro que un hombre. ¡Un hombre! Y él era heterosexual.

CAPÍTULO 2

De la vista nace el amor.
Proverbio en español

¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre! Hikaru volvió a bañar su rostro con agua fría, sin embargo, hasta ahora eso no estaba logrando el resultado que deseaba. <<*Esto es una pesadilla*>> Una broma bastante pesada. Según recordaba, en las pocas lecciones que tomó con su abuelo. El dios del amor era nombrado de forma distinta en cada cultura o religión. Musubi, Afrodita, Cupido, Eros, Hathor, San Valentín, Xochiquétzal, Milda, Kamadeva, entre muchos otros. Y maldijo mentalmente cada nombre.

Hikaru, con su cara escurriendo de agua, observó su mano izquierda. No era mentira, el hilo rojo atado en su dedo índice estaba ahora largo y tirante y simplemente pasaba por debajo de su puerta. Lo tocó, era uno de sus otros dones, tocar el delgado material, y a pesar de que se veía frágil, Hikaru sabía por experiencia que no se podía hacer nada por romperlo o quitarlo. Lo que tanto había temido estaba sucediendo, y para acabar de complicar el asunto, su alma predestinada era un hombre, un maldito hombre con un pene y testículos. ¡A él le gustaban las mujeres!

—¡Jódete, maldito Dios Musubi!

Miró al cielo, ¿tal vez esto era su castigo divino por haber renegado del don que le habían otorgado?

—Tienes que controlarte, Hikaru.

Se reprendió a sí mismo. Tenía que controlarse y enfocarse, tal vez era un error… tal vez tenía… La puerta del sanitario de hombres se abrió en ese momento. Lo sintió antes de siquiera verlo. Era él. Lo miró a través del espejo. Su alma gemela estaba ahí. Alto, moreno e imponente, pero ese cuerpo regio no concordaba con la mirada de preocupación con la cual lo observó.

Su pareja destina se acercó a él. Lo sorprendió sacando del bolsillo de su traje un pañuelo de tela. De esos pañuelos blancos que las abuelitas bordaban con las iniciales de los nombres y que hoy en día nadie utilizaba, se lo ofreció a Hikaru. Entonces comprendió por qué lo hacía, ya que todo el rostro de Hikaru estaba empapado por el agua. Como si su cuerpo tuviera vida propia, sujetó con su mano izquierda el pañuelo ofrecido, nuevamente su vista fue hacia la mano del hombre. El hilo rojo estaba ahí, como una señal silenciosa de que no había equivocación. Él era su pareja predestinada.

—Gracias.

Susurró, dando un paso atrás, no quería estar cerca de ese hombre, no podía ni siquiera describir todo lo que estaba sintiendo en este momento. El hombre no dijo nada. Simplemente le sonrió. <<*Este hombre es raro*>> << *¿Estará afectado por la conexión?*>> Según recordaba también de sus lecciones, que las parejas predestinadas, sin importar las circunstancias y que no fueran conscientes de la magia, podían sentir inevitablemente la atracción, era la forma en que el destino se aseguraba de que la pareja quedara junta. No importaba lo que hicieran, o cuánto lo evitaran, era inevitable no desear o sentir la atracción hacia la persona seleccionada para ti. <<*Una reverenda mierda*>>

—¡Valentín! Debes darte prisa, la reunión va a…

Un hombre mayor, de no muy alta estatura, entró en el baño. Le extrañó que mientras hablaba golpeaba la puerta con la palma abierta como si estuviera tocando un tambor, para

llamar la atención del otro hombre… <<*Valentín*>> ¿En serio? A Hikaru le dieron ganas de reír, definitivamente los dioses tenían un retorcido sentido del humor, estaba seguro de que, si Hikaru apostaba en este momento de que su pareja predestinada había nacido el día de San Valentín, ganaría.

>>—¿Interrumpo algo?

Preguntó el recién llegado. Hikaru salió de su ensoñación.

—No… lo siento, yo entretuve al señor… Valentín.

Y si pensó que habían acabado las sorpresas y no podía empeorar, se equivocó. El hombre alto delante de él comenzó a hacer movimientos con sus manos y movimientos con la boca, pero no emitía palabra alguna, Hikaru estaba en shock al comprender lo que estaba presenciando.

—¿Por qué no le preguntas tú?

Alegó el hombre de la puerta, y nuevamente Valentín comenzó a mover las manos. El otro hombre suspiró.

>>—De acuerdo.

El hombre dio varios pasos dentro del cuarto de baño y se dirigió directamente hacia Hikaru.

>>—Su nombre es Valentín Wilding… Y pregúntate si te sientes bien.

Dijo el hombre de la puerta.

>>— Valentín, padece de *hipoacusia*[19] bilateral severa, no te escucha y, aunque puede hablar, no le gusta hacerlo en público. Yo soy Benjamín Sorrow, representante de Valentín. Este hombre es diseñador de calzado de cuero, más que nada en una línea femenina, seguro que has escuchado hablar de su marca de zapatos.

Hikaru negó con la cabeza, su negativa no solo era por no conocer la marca de zapatos. Si no que también le costaba aceptar el hecho de que su alma gemela no era solo un hombre, para agravar la situación era un hombre sordo. Hikaru sentía que estaba a punto de ceder a sus rodillas, sus ganas de escapar ahora mismo eran demasiadas. Valentín dio un paso hacia Hikaru, al mismo tiempo que sacaba su teléfono celular y escribía algo en él a toda velocidad. Cuando terminó, giró la pantalla y estiró la mano para que Hikaru leyera.

“¿Estás enfermo? ¿Quieres que llamemos a alguien?”

Eran las palabras escritas en la pantalla.

—Estoy bien…

Dudó un segundo y miró al hombre mayor en busca de ayuda, para que le tradujera sus palabras.

—Él puede leer tus labios.

Dijo el hombre.

>>—Yo solo traduzco en ocasiones lo que él tiene que decir, es bastante cansado estar escribiendo en su móvil o en algún pizarrón y te repito, puede hablar, pero no le gusta y no logramos convencerlo de lo contrario.

Hikaru asintió en comprensión. Aunque en realidad todo esto aún era irreal.

—Estoy bien, gracias.

Pronunció cada palabra con cuidado y lentamente, esperaba estar haciéndolo bien y no parecer un idiota hablándole a un retrasado. En su defensa diría que estaba nervioso, confundido y todavía furioso. No tenía la menor idea de cómo comportarse, jamás había tenido problemas con las personas que tenían capacidades diferentes, pero esta persona estaba ligada a él. Era

confuso y desesperante. Se dio cuenta de que algo debió haber hecho mal, ya que algo cruzó por la mirada de Valentín. ¡Diablos! Lo había ofendido. ¿Y por qué rayos le afectan ver sus ojos dolidos? Era el maldito lazo, sin duda. El hombre mayor se acercó a Valentín y le hizo señas con las manos.

—Valentín, debemos irnos.

Insistió el representante diciendo cada palabra acompañada de señas con las manos. ¿Por qué hacer señas y hablar al mismo tiempo? El hombre alto asintió. Y con otro asentimiento de cabeza hacia Hikaru, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Es…

¿Qué rayos estaba haciendo? ¿Acaso quiso detenerlo? Era inútil, él no escuchaba, así que Hikaru terminó hablando con la puerta cerrada.

>>—¡Maldita sea!

Gritó golpeando la pared. ¡Hijo de puta! ¿Por qué está sucediendo esto? Ya sabía el porqué, era un maldito castigo de su Dios. Había encontrado a su maldita pareja destinada, que no solo era un hombre, sino que también era sordo. ¿Cuánto más se burlaría el dios Musubi de él? Ningún poder en la tierra podría haberle quitado el dolor que apuñaló su pecho como un cuchillo. De repente se sintió muy cansado, enfadado y … Cansado. Él estaba muy cansado. Parecía que había estado luchando los últimos años contra algo, solamente para descubrir que por más que luchara jamás conseguiría ganar. Era solo un maldito títere que bailaba al son que tocaba el Dios Musubi y su estúpido legado familiar.

CAPÍTULO 3

Es en tus momentos de decisión cuando creas tu destino.
Tony Robbins

—Lo siento.

Dijo Hikaru a la mujer que tenía recostada sobre la cama. Parecía complacida, pero no del todo. Hikaru se levantó de la cama y buscó su ropa interior. Había conocido a esta mujer en un bar y no había dudado en invitarla a un hotel. Ella había aceptado de inmediato, pero dentro de la habitación… Era la primera maldita ocasión en que Hikaru no había logrado tener una erección.

—Debes tener mucho estrés en tu trabajo.

Dijo ella cubriéndose con la sábana.

>>—Lo comprendo, también he pasado por eso.

—Eso debe ser.

No sabía qué era peor, la compasión por parte de ella o su penosa actuación de esa noche. Hikaru terminó de vestirse y cuando ella se apresuró hacia el cuarto de baño, él aprovechó para marcharse, sin despedidas, sin adioses. Ni siquiera sabía su nombre, ahora mismo ni siquiera deseaba saberlo o volverse a encontrar con ella. Hikaru había decidido ir de caza esa noche después del trabajo, la primera parte de su proyecto había resultado bien, pero su desempeño sexual no fue el esperado. No logró desconectar su maldito cerebro de sus problemas y no había logrado ponerse duro. Terminó haciéndole a la chica sexo oral simplemente para no quedar como el peor amante de la historia.

Saliendo de la abarrotada calle de Nueva York, caminó hacia el parque que estaba enfrente del hotel. No le quedaba opción, tenía que pedir ayuda. Era de noche, pero el parque estaba bien iluminado, además había demasiadas parejas deambulando alrededor en modo romántico. Encontró una banca, dejó su maletín y pesadamente se dejó caer. Era noviembre y el frío estaba comenzando a empeorar. Su plan era estar fuera de Nueva York para cuando comenzara a nevar. No le gustaba tanto el frío. Sacando su móvil, dudó antes de marcar el número que necesitaba. Mentalmente, contó las horas para saber qué hora era en Kioto. Desde Nueva York hasta su ciudad natal eran trece horas de diferencia horaria. Increíble. Sus hermanos hacían innumerables bromas sobre si siempre vivían un día por delante de él.

—Residencia Kiyomizu.

Contestó su madre al segundo tono. Hikaru hizo una mueca, su familia era bastante tradicional, incluso ellos eran de los pocos que utilizaban vestimenta tradicional japonesa, su abuelo decía que era para mantener la magia del templo.

—Hola, *Okasan.*[20]

Un hombre pasó a su costado y lo miró alzando una ceja al escucharlo hablar en japonés. En esta ciudad, si hablaba inglés, se burlaban de su acento, si hablaba japonés lo veían raro… Interesados también, todo extranjero era objeto de curiosidad en estas ciudades grandes.

—¡Hikaru! Hijo, qué alegría escucharte, ¿por qué no llamas más seguido? ¿Cuándo regresas a casa?

—Okasan…

Hikaru cerró los ojos, no entendía por qué se molestaba. Su madre jamás escuchaba, ahora mismo estaba hablando con él, pero al mismo tiempo gritaba a toda la familia que era Hikaru el

que llamaba. Ahora le pasaría el teléfono a su padre, después sus hermanos o sus sobrinos intentarían hablar con él y al final Hikaru no entendería ni una palabra de lo que ellos decían. Además de que ellos hablaban demasiado, ni siquiera dejaron que Hikaru terminara una frase. Así estaba de loca su familia. Estuvo un periodo de quince minutos, hasta que su abuelo logró ponerse al teléfono.

—¿Cuándo regresas a casa, Hikaru-*kun*[21]?

Preguntó su abuelo sin rodeos.

—Aún no, *Ojīsan*[22].

Contestó Hikaru.

>>—Necesito preguntarte algo, Ojīsan.

Ahora venía la parte difícil.

—¿Qué es?

—Yo… Alguna vez… Yo quisiera saber.

Hikaru no sabía cómo rayos preguntar esto. Su abuelo enloquecería. Se ahorraría esta charla si tan solo hubiera prestado atención a sus lecciones de niño, pero la verdad no le importaron tanto, ya que se suponía que el que heredaría el don sería su *Onīsan*[23] y no él.

—¿Por qué estás tan nervioso, Hikaru-kun?

—¿Hay alguna forma de romper la conexión del hilo rojo en una pareja?

Preguntó sin rodeos. Durante un segundo la línea permaneció en silencio, hasta que pensó que la llamada se había cortado.

>>— ¿Ojīsan?

—¿Has encontrado por fin a tu pareja predestinada, Hikaru-kun?

Él dudó en decirle eso a su abuelo, pero estaba seguro, sé que, si no le contaba la verdad, jamás lograría obtener la información que necesitaba.

—Es un hombre, Ojīsan.

Esperaba que esa simple declaración sirviera. Además, su familia era tradicional. El amor entre dos hombres, ¿en serio? Esperaba que su abuelo lo ayudará.

>>—Además, él es sordo, tienes que ayudarme, Ojīsan, ¿El dios Musubi está molesto conmigo?

—¿Un hombre?

Preguntó su abuelo.

—¡Sí!

Contestó Hikaru con frustración.

>>—A mí me gustan las mujeres, ¿cómo se supone que funcionaria…? Además, es sordo, no puedo comunicarme con él.

Hikaru cerró los ojos tratando de controlar su ira.

>>—Te lo suplico, Ojīsan. Dime que hay una manera de romper esto.

Nuevamente, el silencio se prolongó por largos segundos.

—Tienes que traerlo a Japón.

Dijo su abuelo. Al principio Hikaru creyó que lo había escuchado mal.

—¿Qué?

—Hay una manera…

Su abuelo hizo una pausa.

>>—Pero tienes que traerlo al templo.

—¿Cómo mierda piensas que lo haré, Ojīsan?

Preguntó molesto.

—Ese lenguaje.

Gruñó su abuelo.

—Lo siento.

Por más que Hikaru estuviera molesto, jamás les hablaba irrespetuosamente a sus abuelos o padres.

>>—Pero en realidad estoy desesperado.

—Si quieres arreglar esto, tienes que traerlo al templo.

Repitió su abuelo.

—¿Quieres que lo drogue y lo secuestre?

—Podrías intentar ser su amigo y después invitarlo de vacaciones a Kioto.

Sugirió su abuelo.

—¿Estás de broma?

Hikaru resopló.

—Quieres romper el hilo rojo, ¿no? Entonces tendrás que buscar la manera de traerlo. La forma más sencilla es hacerlo tu amigo, y después convencerlo de tomar un avión y viajar hasta el otro lado del mundo.

—Pero…

—Sin peros, es la única manera en la que puedo ayudarte, avísame cuando puedan venir. Buena suerte.

Hikaru se quedó como idiota con el teléfono en la oreja, escuchando el pi, pi, pi. Su abuelo había cortado la llamada.

—¡*Imaimashī*[24]!

Gritó Hikaru sin importarle que los otros habitantes del parque lo escucharan. Estaba metido en problemas hasta el cuello. Tal vez era mejor simplemente marcharse de Nueva York, jamás volver a ver a ese hombre, pero ¿ bastaría con eso? ¿Dejaría de pensar en él? ¿Con el tiempo dejaría de sentir el tirón hacia el hombre? Ya sabía la respuesta. Él jamás podría estar con otra persona sin sentir que algo le hacía falta. Por millonésima vez maldijo a Musubi y a su estúpido legado familiar.

CAPÍTULO 4

A veces son las decisiones más pequeñas las que pueden cambiar tu vida.
Keri Russel

Durante los siguientes dos días, Hikaru se pasó estudiando sus opciones. Averiguó primero en internet todo sobre Valentín Wilding. Tenía veinticinco años, más de los que Hikaru calculó en un principio, y por lo visto, era un famoso zapatero o diseñador de zapatos de piel, como decía en varios artículos que leyó. En realidad, era arte lo que realizaba. Y según decía en el reporte, Valentín amaba diseñar calzado femenino por los colores y millones de combinaciones que podía crear. Había visto varios de sus diseños, que en realidad eran obras de arte. Eran zapatos artesanales de cuero, hechos a mano, coloridos, con diseños retro, llenos de color.

También pudo obtener un poco de información personal del hombre. La descripción decía que era soltero y que siempre tuvo habilidades para el arte. Diseñar zapatos de mujer surgió cuando comenzó a trabajar con su abuelo, que era zapatero. Ahí combinó ambas habilidades y antes de los veinte se convirtió en famoso al vender su primer par de zapatos en más de dos mil dólares.

Respecto a su… Discapacidad. Hikaru leyó un millón de artículos sobre la hipoacusia, y cada vez estaba más confundido. Ya que jamás mencionaban que la persona era completamente sorda, todo se vio aclarado cuando leyendo la biografía de Valentín. Ahí también se mencionaba que su problema de hipoacusia se agravó cuando le dio *otosclerosis*[25]. Su sordera neurosensorial era una consecuencia de un daño en su oído interno, de pequeño intentaron tratarla, pero con el tiempo se fue agravando. Pero en la página no mencionaban si Valentín escuchaba algo o no.

La discapacidad para Valentín no había sido ningún problema para él. En Google encontró millones de páginas donde él demostraba ser un luchador, era un emprendedor de éxito y un ser humano que ayudaba a los demás.

Tal vez si él fuera una mujer, Hikaru no habría tenido problemas para aceptar haber encontrado a su pareja destinada… También tuvo tiempo para investigar, ¿cómo maldita sea era que hacían el amor dos hombres? Tuvo que cerrar de golpe su laptop en el segundo video. Ni en un millón de años él podría hacer eso. Simplemente, no se veía a sí mismo metiendo su pene en un culo o viceversa.

Intentó también averiguar por internet sobre el lazo rojo del destino, quería saber si existía otra persona en el mundo aparte de su familia que pudiera ver el lazo o pudiera romperlo… Encontró millones de foros sobre el tema y millones de charlatanes que decían poder ver y romper el lazo. Fue una vil mentira. Hikaru podría decirlo a simple vista, esos charlatanes simplemente se la pasaban engañando a las personas. Lo cual, solo le quedaba el plan A. Intentar llevar a Valentín a Japón. Cada vez que pensaba en ello, reía nerviosamente porque no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

Así que había decidido que lo primero en hacer era acercarse a ese hombre. Averiguó que la empresa en la cual trabajaba actualmente era la encargada de realizar la campaña publicitaria del calzado de Valentín Wilding. Tenía un plan.

Así que aprovechó su hora del almuerzo, bajó a la planta baja, donde era donde se efectuaban las fotografías y videos para las campañas publicitarias. Ese día, estaban ejecutando la primera toma de fotografías del calzado que mostrarían en las revistas de la siguiente edición. Hikaru

tenía un pretexto, el pañuelo que él le había prestado, tenía que devolverlo. Había comprado una caja de panecillos para ofrecerlos en compensación por las molestias. A él no le gustaban mucho las cosas dulces, pero eran las mejores de la tienda. Así que esperaba que le gustaran. Negó con la cabeza, no tenía que preocuparse por si le gustaban o no, simplemente tenía que acercarse a él y encontrar la forma de volverse amigos rápidamente para llevarlo con su abuelo.

La zona de filmación estaba llena de actividad, cámaras, equipos, personas, y millones de cosas se agrupan por todos lados. Hikaru era partidario del orden. Definitivamente, se volvería loco trabajando ahí. No le sorprendió en ningún momento sentir calor en su dedo meñique. Nuevamente, sin invocar sus poderes, el hilo rojo apareció en su dedo, su mirada siguió el camino que se abrió paso entre todo el desorden de la bodega hasta dar con el hombre que estaba arrodillado cerca de un estante. No llevaba traje, iba vestido con pantalones oscuros y un polo color rojo, estaba concentrado acomodando sus zapatos o ¿Estaba limpiándolos? No tenía la mejor idea. A su alrededor había un grupo de personas, unas modelos conversando, estaban medio desnudas. ¿Por qué siempre los publicistas pensaban que podían promocionar las cosas mejor con hombres y mujeres desnudos? En esa ocasión el objetivo era promocionar esos zapatos, ¿no? Ellos eran bastante llamativos, así que no necesitarían a una mujer sumamente delgada, medio desnuda para promocionarlos.

También había tres hombres más. Los reconoció, era el director creativo y el fotógrafo. Ambos conversaban y señalaban el estante que Valentín acomodaba, parecían molestos por alguna razón. El tercer hombre era el representante de Valentín… Benjamín, el representante, intentaba explicarles algo, pero a esa distancia no podía saber qué era. Su mirada regresó hacia el hombre arrodillado; en apariencia, Valentín parecía un hombre rudo y tosco. Sin embargo, tocaba sus zapatos con el mayor de los cuidados. Los movía de una forma, de otra, acomodaba las cintas de uno de los zapatos, tacón, limpiaba la flor de otro. Todo a su alrededor no existía. Solo sus zapatos. Ni siquiera las mujeres medio desnudas a su costado que intentaban llamar su atención parecían perturbarlo en lo más mínimo.

Hikaru se acobardó, estaba claro que él era el único afectado en todo este asunto. Valentín no estaba sufriendo por la conexión del hilo rojo. ¿Por qué lo haría? Los demás ni siquiera eran conscientes de estar o no estar con la persona destinada, aquí la culpa era por la sangre mágica que corría en las venas de Hikaru. Si él no hacía nada, entonces con Valentín no ocurriría nada. Ser inconsciente de la situación era su bendición. Él podía encontrar a otra persona para amar y no ser afectado. ¡Qué idiota había sido!

Hikaru sacó una lapicera y escribió algo rápidamente en la caja de los panecillos de crema y chocolate. Al azar, detuvo a uno de los asistentes del productor creativo y le entregó la caja con el pañuelo; le pidió el favor de que se lo entregara al señor Wilding.

•❤•

A la hora de salida, Hikaru seguía sin tener la menor idea de qué iba a hacer ahora. Su abuelo había llamado más temprano, pero no contestó la llamada. No tenía la fuerza para enfrentarse a él. Pensó que la mejor solución sería seguir el plan original. Terminaría su contrato ahí, después viajaría a la siguiente ciudad. De preferencia un lugar donde no hiciera tanto frío. Abrigándose lo mejor que pudo, dio un paso fuera de las puertas de cristal del edificio. Decidió que pasaría de camino por una tienda de servicio rápido y compraría cerveza y algo para cenar.

Al menos ese era el plan hasta que sintió cómo un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

¡Mierda! Al levantar la vista se encontró con una figura alta recargada contra la pilastra. Valentín Wilding estaba ahí. Esperando. Y supo que lo esperaba a él al ver cómo el hombre daba un paso hacia delante al verlo. Él le sonrió. Y Hikaru lo único que deseaba era correr. Pero recordó la mirada de dolor que vio en el cuarto de baño y no quería que el hombre pensara que la razón por la que deseaba evitarlo era por su discapacidad, y no por el hecho de no querer estar unido a un hombre.

—¡Hola!

Dijo Hikaru valientemente. El hombre se acercó a los pasos que los separaban, sacó su teléfono móvil y le enseñó la pantalla.

—*Gracias por los panecillos, estaban deliciosos.*

—De nada. Eran una muestra de agradecimiento por haberme ayudado.

Intentó decir las palabras normalmente, para no parecer una idiota como en la ocasión anterior. Valentín volvió a mover algo en su pantalla.

—*No tenías por qué devolver el pañuelo. Era un obsequio.*

—No podía quedármelo.

Contestó. Observó cómo un tic en la mejilla se contrajo en la cara de Valentín, se apresuró a explicar.

>>—Parecía que era un pañuelo bordado a mano. Seguramente hecho por alguien que te aprecia mucho. No era correcto quedármelo.

Su explicación pareció convincente, él asintió con la cabeza. Volvió a tomar su móvil y escribió algo. Hikaru se dio cuenta de que los otros dos mensajes ya los había traído escritos, ahora estaba escribiendo apresuradamente con sus dedos. Comunicarse con esta persona sería sumamente complicado. Recordaba que Benjamín había dicho que Valentín podía hablar, pero no le gustaba hacerlo. Además, tal vez en lugar de haber desperdiciado dos días investigando con charlatanes cómo romper el hilo rojo, debió haber aprovechado el tiempo para aprender una que otra palabra en señas. Valentín terminó de escribir y le mostró de nuevo el móvil.

—*Mi abuela tiene la costumbre de regalarme un pañuelo bordado en cada festejo de mi vida. Tengo muchos.*

—Mayor razón para conservarlos, ella se toma la molestia de bordarlos, debes atesorarlos, regalárselos a un extraño es un desperdicio.

Hizo una pausa.

>>—Por cierto, soy Hikaru.

Estiró la mano a modo de saludo, él la estrechó firmemente. El contacto de sus manos provocó una reacción en él que no esperaba. ¡Demonios! Esto del hilo rojo era fuerte. Apenas mantuvo la sonrisa en su rostro mientras contenía la respiración. Al menos tenía el consuelo de que su abrigo era largo, le llegaba hasta las rodillas, eso evitaría que el hombre viera la tienda de campaña súbita en la parte delantera de sus pantalones. Recordó cada mala palabra que había en el diccionario. Lo que sentía era equivocado, a él no le gustaban los hombres, no se excitaba viendo penes, excepto que no podía dejar de sentirlo y todo era por la culpa de la maldita magia. Solo tocar a Valentín hacía que Hikaru... Él quería ... Quería tocarlo. Había todo tipo de lugares que quería tocar. Y eso era malo… muy muy malo.

Hikaru fue distraído de su ensoñación al ver cómo Valentín liberaba su mano y comenzaba a hacer un par de señas con ambas manos. Sus movimientos fueron lentos al mismo tiempo que movía sus labios. Hikaru comprendió. Ajustó mejor la correa de su bolso y trató de repetir los últimos pares de movimientos que él hizo.

—Valentín Wilding.

Sonrió.

>>—Mucho gusto en conocerte.

Claro que sus movimientos fueron torpes y dudaba que lo hubiera hecho bien, pero valió la pena el esfuerzo al ver la sonrisa en la cara de Valentín. «*Deja de estar haciendo idioteces y lárgate de una vez*», dijo su cerebro. Durante un largo periodo de tiempo se quedaron observando un instante. Torpes. Sin saber qué hacer.

—Yo… A… tengo que irme.

Dijo Hikaru dando un paso hacia la avenida. Era hora de largarse. Valentín parecía que quería decir algo. Pero el gran problema era que, si comenzaba a hacer señas con las manos, Hikaru no comprendería <<*Gracias, dioses del amor, la han hecho en grande*>> Valentín levantó la mano a modo de despedida, la señal universal del adiós. Aun así, su mirada parecía triste. <<*Joder*>> ¿Por qué mierda sentía culpa? Este hombre era muy transparente con sus emociones, Hikaru sabía con solamente un vistazo lo que el hombre estaba sintiendo. Antes de detenerse, a pensar en lo que estaba haciendo. Regresó sobre sus pasos y se enfrentó a Valentín.

—Yo… voy a ir a tomar una cerveza antes de ir a casa.

Observó atentamente al hombre para asegurarse de que estuviera comprendiendo.

>>—¿Quieres venir?

Con la mano señaló la esquina.

>>—Hay un bar en esa calle, es un lugar muy tranquilo. Tomemos algo.

Cuando la mirada del hombre cambió completamente a una de alegría. Hikaru supo que estaba en problemas. <<*Tengo que hacerme su amigo, como sugirió el abuelo*>> se dijo a sí mismo. Esperaba estar haciendo lo correcto. Tal vez tener un amigo no sería tan malo después de todo.

CAPÍTULO 5

Ser valiente no es la ausencia de miedo. Ser valiente es tener ese miedo, pero encontrar un camino a través de él.
Bear Grylls

Valentín confió en sí mismo para hacer esto. Tenía que hacerlo. Estaba dispuesto a dejar su zona de confort por arriesgarse un poco. Haber conversado con su padre esa mañana le había servido para darle la confianza que necesitaba. Él no era muy bueno socialmente. En realidad, no era nada sociable, no podía comunicarse con la gente como normalmente otra persona lo haría. Toda la vida de Valentín simplemente había sido alrededor de su familia, ya que ellos podían comunicarse con él. Poder leer los labios de las personas era una ventaja, pero si los demás no entendían lo que Valentín deseaba decir, entonces la comunicación era inútil. Valentín podía hablar, pero ¿cómo podría medir su tono de voz al hablar si no podía escuchar? Todo en el cuerpo humano estaba ahí por una razón. El cuerpo humano era perfecto, una máquina perfecta que funcionaba en sintonía. Así que, si él no podía escuchar lo que estaba diciendo, ¿cómo se suponía que estaría seguro de que decía lo correcto? Lo sabía por experiencia. No solo podía leer los labios, sino también el rostro de la gente. En sus primeros años, Valentín sufrió al contemplar las caras divertidas de sus hermanos al escucharlo, hablar, o alzar la voz. También la incomodidad de otras personas y en algunos casos fue especialmente doloroso verlos aguantarse la risa. Por esa razón, dejó de intentar, de hablar; era inútil.

Todas sus inseguridades le impedían involucrarse con la gente. Ahora mismo no entendía que se había apoderado de él para acercarse a Hikaru. Debería simplemente dar la vuelta y regresar a casa. Hacer lo que siempre hacía, tener nuevas amistades no era lo suyo. En realidad, no tenía amigos y seguía sin comprender cómo era que este hombre le alteraba tanto.

En su encuentro en el baño simplemente había mostrado preocupación por su estado, una persona más que podría estar en problemas. Lo que realmente le sorprendió fue recibir esos panecillos y el pañuelo que le había obsequiado. Para Valentín no afectaba tanto darle ese pañuelo, ya que tenía cientos de ellos, pero Hikaru tenía razón. Era un regalo de su abuela y tenía que apreciarlo más, aunque la verdad no le importaría si Hikaru quisiera conservarlo.

Su padre lo alentaba a hacer amigos, tenía que ser más sociable, por esa razón ahora estaba intentando trabajar en primera fila promocionando su línea de zapatos. Aunque para él era más importante diseñarlos que venderlos. Era su pasión dibujar, calcular, crear. Los zapatos eran su mundo. Inconscientemente, sus ojos se fueron hacia los pies del hombre delante de él. Mentalmente, calculó la medida de calzado del hombre y trató de imaginar qué tipo de zapatos le gustaban lucir a Hikaru. Él podría saber mucho de una persona por el calzado que utilizaba.

Valentín se detuvo al darse cuenta de que Hikaru se había detenido. Levantó la vista y se dio cuenta de que el hombre miraba a ambos lados de la calle antes de cruzar, Valentín lo siguió. Realmente estaba haciendo esto, estaba yendo con el hombre a tomar algo a un bar. Algo que él jamás había hecho. No estaba seguro de cómo exactamente se suponía que debía actuar o qué se suponía que debía hacer.

Valentín miró hacia arriba. La aprehensión comenzó a correr a través de él cuando se dio cuenta de que habían llegado a un local con luces brillantes. Valentín había estado en un local así una vez. Fue para la despedida de soltero de su hermano, no le gustaba demasiado el olor del cigarrillo o las multitudes, pero no podía despreciar la invitación de Hikaru. Quería conocerlo

mejor. Quería ser su amigo; lo único que sabía del hombre era sobre su nacionalidad japonesa. Y eso simplemente se lo comentó Benjamín, por sus rasgos asiáticos, su piel era blanca, sus ojos oscuros rasgados eran fascinantes, tenía el cabello oscuro y era un poco bajo de estatura y cuerpo delgado. Hikaru sobresalía entre los demás, ya que era diferente físicamente. En la ciudad de Nueva York habitaban personas de todas partes del mundo, pero Valentín jamás les había prestado demasiada atención. Además, en raras ocasiones salía de su taller. Prefería trabajar en sus zapatos y sus diseños y dejar que Benjamín y sus padres se ocuparan de todos los demás.

Sabía que la insistencia de sus padres para que saliera y participara más en la promoción de sus creaciones era más por el hecho de que hiciera nuevos amigos y se consiguiera una novia. Todos los hermanos de Valentín estaban ahora casados y con niños. Pero en su condición, Valentín no podía aspirar mucho a encontrar a una mujer que lo aceptara así. Siendo sinceros, ¿Quién quería una pareja con la que no podías tener una conversación normal? Desde pequeño siempre vio en la mirada de otros cómo les incomodaba su discapacidad, por eso siempre decidió aislarse en su propio mundo, era más seguro de esa forma. No le gustaba ver el desprecio o la compasión en la cara de otras personas.

Hikaru se detuvo en la puerta del local para mirarlo, después le hizo una seña con la cabeza para que entrara, tragándose su incomodidad, siguió al hombre al interior.

«*Hay tanta gente*» Fue lo primero que pensó, durante un segundo sintió terror. Las personas los miraron al llegar, pero a Hikaru no pareció molestarle. <<*Tienes que ser valiente, Val*>> pensó, sus hermanos lo impulsarían a que hiciera esto. Miró hacia Hikaru cuando sintió que el hombre le agarraba del antebrazo.

—*Todo estará bien.*

Valentín leyó los labios de Hikaru. La promesa en los ojos de Hikaru le dio confort. Valentín asintió con la cabeza en señal de que había comprendido su mensaje. Valentín sabía que tenía que entrar en el mundo real en algún momento. Él no podía quedarse encerrado en su estudio para siempre y tenía que ampliar sus fronteras lejos de la protección de su familia. Esto era... Valentín respiró profundo. Esto le daba miedo, pero él podría hacerlo. Él podía hacer cualquier cosa si con eso conseguía hacer un amigo. Dio un paso, luego otro y otro y continuó caminando hacia donde Hikaru lo guiaba. Su corazón latía un poco más rápido con cada paso que daba. Sin embargo, estaba decidido a ser su primer amigo.

•❤•

«*Está nervioso*» de eso se había dado cuenta, si no le gustaba esto, ¿entonces por qué molestarse? Se preguntó Hikaru. Pero él sabía la respuesta. Valentín sentía atracción por Hikaru, estaba haciendo esto por él y todo era por culpa de la maldita magia que los mantenía atados. Hikaru no quería dañar a Valentín, no le caía mal ni nada. Él no era el culpable de ser el alma gemela de Hikaru. Esto era culpa del Dios Musubi, no quería hacer daño a Valentín e Hikaru admitía que jamás debió haberlo invitado en primer lugar, no a un bar por lo menos. En su cara se podía ver su inseguridad y la rigidez de su cuerpo a causa del temor. Pero admitía que el hombre era valiente. Acercándose a la barra, Hikaru dudó un instante sobre qué hacer a continuación. Colocándose en el banquillo de al lado, Valentín tomó asiento. Sus ojos miraban hacia todas partes, por lo menos ahora en sus ojos se veía un poco más la curiosidad que el temor. Llamó la atención de Valentín, en un principio pensó en preguntarle sobre qué deseaba tomar, pero sabía que sería complicar más las cosas. Por la cara de Valentín no era fácil deducir

que el hombre no era de los que bebían alcohol.

—*¿Quieres cerveza o algo más fuerte?*

Valentín leyó sus labios e hizo una seña con la mano y alzó un dedo. Suponía que quería decir lo primero, ya que solo alzó un dedo. Se volvió hacia el barman y pidió dos cervezas de barril.

Al recibir cada uno su bebida, no hubo mucho que hacer a continuación. Hikaru nuevamente se dio cuenta de su mala idea, pero qué mierda, esto no era culpa de él. ¿Qué se supone que tenían ellos en común? A excepción de que Valentín podía leer sus labios, Hikaru no podía hacer nada más por comprenderlo. Sería demasiado cansado tener una conversación escrita en su móvil. Lo único que podían hacer ahora era terminar esa cerveza e irse. Al menos eso fue lo que pensó, hasta que Valentín sacó una pequeña libreta y una lapicera. Hikaru enarcó una ceja mientras lo veía escribir algo.

—*Lo siento, esto no debe ser divertido para ti.*

Hikaru leyó las palabras, pero se negó a mirar a Valentín a los ojos, no quería quedar expuesto nuevamente a su mirada dolida. Suspirando, sujetó la lapicera y garabateó en la hoja. Estuvo claro a primera vista que Valentín tenía mucho mejor letra, claro que Hikaru tuvo que adaptarse mucho de escribir japonés a inglés, y el español era todavía más complicado. Además, todo mundo se burlaba de su acento, por lo menos era algo de lo que no podía preocuparse Valentín. Cuando terminó, empujó la libreta hacía Valentín. El hombre sonrió cuando leyó lo que había escrito. Asintiendo, dejó su cerveza y comenzó a mover las manos. Estaba haciendo lo que le había pedido. Que dijera en el lenguaje a señas cómo se decía cerveza. Y así comenzó todo. Durante un largo rato, estuvieron tomando cerveza mientras utilizaban la libreta para conversar. Hikaru no era muy buena en el lenguaje a señas, pero poco a poco estaba tratando de comprender algunas cosas. Fue divertido, lo que sí admito. Además, el tiempo se pasó volando, cuando menos se dieron cuenta ya era medianoche y llegó el momento de marcharse.

CAPÍTULO 6

El primer suspiro del amor es el último de la cordura.
Antoine Bret

Hikaru se inclinó más sobre la plataforma para poder observar mejor los zapatos del estante de abajo; eran increíbles, tenía que admitir. El trabajo de Valentín era excepcional, en cada pieza se notaba la calidad y la dedicación de los diseños. La noche anterior había podido observar con más detenimiento las manos de Valentín mientras escribía; sus manos presentaban callos, y sus dedos, cicatrices de muchos cortes que dejaban entrever el esfuerzo y el trabajo que realizaba al hacer zapatos hechos a mano, y el resultado era magnífico. Desde los colores del cuero, los detalles, las formas… ¿Qué hombre no admiraba a una hermosa mujer en unos hermosos zapatos de tacón? Él no era un fetichista de zapatos y piernas de mujer, pero era un reconocedor de la belleza femenina.

Era su hora del almuerzo y había accedido a almorzar con Valentín, pero como estaban a mitad de las grabaciones de sus comerciales, tuvieron que comer emparedados en la zona de grabación. No era que Valentín no pudiera permitirse un descanso para almorzar, lo había notado anoche y hoy mismo lo confirmaba, esto era incómodo para él. Pero Valentín quería asegurarse de que el trabajo se hiciera correctamente. Momentos antes lo había visto mover sus dedos ansiosos al ver cómo el fotógrafo se enfocaba en el cuerpo de las chicas que modelaban en lugar de los zapatos. El representante de Valentín… <<Pobre *hombre*>> Estaba en medio de dos fuegos cruzados. Por una parte, Valentín y, por otra, el publicista de la empresa. Por esa razón, ahora Hikaru pudo acercarse a los estantes a observar los zapatos diseñados por Valentín, ya que todos los involucrados ahora estaban en un tiempo muerto tratando de resolver la situación, puesto que al diseñador no le estaba gustando la publicidad.

Hikaru se dio la vuelta y observó a su alrededor, después los estantes, las modelos y al final regresó su mirada a Valentín, el cual estaba en medio de los otros hombres con Benjamín de intérprete. Tal vez debería retirarse… Después de todo, su hora del almuerzo casi terminaba.

—Hola, ¿eres nuevo?

Hikaru giró su cabeza, una de las modelos se había acercado a él. Era bonita, rubia, con hermosos ojos azules y piel blanca, hermosa en realidad.

—Trabajo en sistemas, estoy aquí por mí… amigo.

Sonrió. La chica le devolvió la sonrisa y se acercó más a Hikaru, sí que era toda una belleza, unos momentos antes pudo haber observado esas hermosas piernas debajo de esa corta bata, ella era del tipo de mujer que a todo hombre le gustaría tener debajo de él.

—¿Quién es tu amigo? ¿Y por qué te ha dejado solo?

Ella movió su cabello hacia un lado, estaba claramente coqueteando con él.

>>—Eres asiático, ¿cierto? ¿Japonés tal vez?

Sus rasgos asiáticos eran lo primero que llamaban la atención de las mujeres. Hikaru siempre aprovechaba eso a su favor, pero… Su vista regresó hacia el grupo de hombres que momentos antes estaban discutiendo. Efectivamente, Valentín ahora lo miraba a él. Hikaru lo había sentido. Era parte de la conexión sumada a los poderes especiales que Hikaru poseía. Y la mirada de Valentín… ¿Por qué le afectaba tanto sus reacciones? Hikaru sabía la respuesta.

—Me disculpas un segundo.

Hikaru sonrió a la chica y se encaminó hacia Valentín, y aunque no pudiera sentir las reacciones de la chica como lo hacía con Valentín, Hikaru sabía que ahora mismo ella lo estaba maldiciendo por dejarla botada. Se burló de su propia estupidez, si no fuera tan tonto, esa misma noche habría podido estar follando con esa mujer… Pero no. El maldito lazo no lo dejaría libre hasta que lograra cortar la conexión con Valentín.

Valentín se separó del grupo cuando lo vio aproximarse hacia él. Hikaru se detuvo enfrente del escenario donde estaban tomando las fotos para la publicidad.

—Mi hora de almuerzo ya casi termina, tengo que irme.

Le dijo a Valentín. El hombre asintió con la cabeza, pero vio la desilusión en sus ojos <<*Maldita sea*». Valentín hizo una seña con la mano, la conocía bien, era... *Lo siento*. Los otros tres movimientos no supieron descifrarlos <<*Maldito sistema de comunicación en una sola vía*».

—La chica de allá.

Hikaru señaló a la mujer con la que segundos antes había estado platicando… Una breve y miserable plática

>>—Tiene lindas piernas.

Valentín miró a la chica, después a Hikaru enarcando una ceja.

>>—En la vitrina hay unos zapatos altos con una flor en el broche del tobillo, haz que le tomen una foto usándolos, que sea una foto de cuerpo completo, que ella se coloque de costado, su pierna izquierda alzada sobre una caja y su cuerpo inclinado ligeramente hacia adelante, que utilice una falda corta y una blusa sencilla de gasa, será una hermosa foto.

Valentín lo consideró por largos segundos… Posteriormente, sonrió. Y tal vez… solo tal vez, Hikaru pensó que por esa sonrisa valió la pena no haberle pedido el número de teléfono a la hermosa modelo.

•❤•

—Cualquiera pensaría que recibiste una mala noticia, *Kiyomizu-Chan*[26].

Hikaru dejó su móvil en el cajón e ignoró completamente a Jasper. En otro momento podría mostrar más tolerancia con el hombre, pero ahora mismo no estaba para aguantar sus burlas. Por lo general era bien tratado en las empresas en las que trabajaba, no obstante, siempre había por ahí un idiota o dos que se burlaban por su origen japonés. ¿Qué tenían de graciosos los honoríficos japoneses? Era una manera de mostrar respeto hacia los demás, pero claro, en otras culturas no era comprensible, tanto, que en ocasiones Hikaru no comprendía las tradiciones estadounidenses. Jasper no era un idiota todo el tiempo, simplemente le gustaba disgustarlo con algunas cosas.

>>—Venga, compañero, dime que te molesta, desde esta mañana he notado algo raro.

Hikaru levantó la vista de su computadora y miró a su compañero de oficina. Jasper era el titular en el área informática dentro de esta empresa. Al principio al hombre no le gustó para nada que la compañía hubiera contratado a Hikaru para actualizar sus sistemas. Pero poco a poco se había acostumbrado a la presencia de Hikaru, incluso hasta en ocasiones se había ofrecido ayudarle en algunas cosas y hecho sugerencias muy buenas sobre algunos puntos.

—Jamás hablo de mi vida personal, ya deberías saberlo.

Comentó.

>>—Mejor revisa la interfaz que te acabo de enviar, dime si funciona.

Como era de esperar, Jasper no le hizo caso, se levantó de su escritorio y se acercó a Hikaru,

recargó cómodamente la cadera contra el escritorio.

—*Senpai*[27], soy tu amigo y sé que, aunque no eres muy abierto, me he dado cuenta de que desde hace días algo te molesta, deja de ser tan serio.

—No es de tu incumbencia.

Hikaru lo miró seriamente.

>>—Y no me llames Senpai.

—¿Problemas de dinero?

Preguntó Jasper, Hikaru enarcó una ceja.

>>—Tal vez no, ¿problemas en el trabajo? ¿Tu familia? ... ¿Una novia?

Jasper hizo una pausa.

>>—¿Tienes tan siquiera una novia? En serio, que no sé nada sobre ti.

—Somos compañeros de trabajo, no tengo por qué contarte mis problemas, además de que tampoco quiero que me cuentes nada de tu vida.

Hikaru lo miró fríamente.

>>—Revisa la interfaz que te envié.

Jasper rodó los ojos.

—Eres un gruñón.

Refunfuñó, pero, aun así, su estrategia de distracción, funcionó. Jasper se encaminó hacia su escritorio. El teléfono móvil de Hikaru, nuevamente emitió el sonido de tintineo, lo que quería decir que tenía un nuevo mensaje. Contra su buen juicio, alcanzó el móvil y revisó. Era otro mensaje de Valentín.

“¿Quieres salir a cenar esta noche?”

Momentos antes también le había enviado la foto de la modelo rubia. Hikaru tenía razón, las piernas de la chica y esos zapatos de tacón combinaban a la perfección, era una foto sensual y seductora. También le había preguntado si le gustaba la comida italiana, mensaje que no había contestado, y pensó que, al no recibir respuesta, Valentín desistiría. Pero pensó muy mal, era obvio que no lo haría.

La noche anterior y esa mañana habían pasado buenos momentos con Valentín; ese era el problema. Hikaru no podía permitirse el lujo de que a Valentín le agradara. ¿Acaso podría ser su amigo sin que le gustara? Sentía la maldita conexión con el hombre, era peligroso. Pero, ¿de qué otra manera podría llevarlo a Japón? Lo que su abuelo pretendía era una locura, esa misma mañana le preguntó si no había otra manera y su abuelo le dijo que no. ¡Bravo con el apoyo familiar! Hikaru estaba confundida sobre qué hacer. Tal vez simplemente debería irme de Nueva York y no volver a ver a Valentín.

Hikaru levantó la vista, miró a Jasper teclear en la computadora, por un instante Hikaru dejó a sus poderes salir, vio la mano derecha de su compañero. El lazo rojo estaba colgando en su dedo, lo cual indicaba que aún no había conocido a su alma gemela. Pero por lo que sabía, el hombre estaba casado, la alianza en el dedo anular de su mano izquierda era la prueba. Además, el hombre también tenía un hijo. En el escritorio estaba la fotografía de un niño de unos cinco años más o menos. Supuso que la mujer morena era la esposa.

—¿Cuánto tiempo has estado casado?

Hikaru preguntó incluso antes de que pudiera pensar la pregunta. Jasper detuvo su trabajo y lo observó.

—Creí que no querías saber nada de mi vida personal.

—No quiero, olvida que pregunte.

Hikaru se negó a sentirse apenado, dejó el móvil sobre el escritorio y comenzó a correr el nuevo programa.

—Nos conocimos en la universidad, pero no nos hicimos novios hasta varios años después de que nos volvimos a encontrar y comenzamos a salir, un año después decidimos casarnos y formar una familia.

—¿La amas?

Preguntó sin mirar a su compañero.

—No estaría con ella si no la amara.

Hikaru detuvo su labor y observó a su compañero. ¿Debería decirle? ¿Lo entendería? ¿Qué sucedería si le dijera que esa mujer no era su alma enlazada? …

—¿Y qué sucede si no es tu alma destinada?

Preguntó. Jasper enarcó una ceja.

—¿Hablas sobre eso, del destino y todo eso? ¿En serio crees en esas chorradas?

—Soy japonés, tengo creencias diferentes a las tuyas.

Hikaru se encogió de hombros.

>>—Mi familia se encarga de un templo, creen en las almas destinadas.

Jasper lo observó por un largo segundo, como considerando la idea.

—¿Por qué ella no sería mi alma destinada?

Jasper miró la foto en su escritorio.

>>—Antes de casarme, estuve con varias mujeres, de todos tipos, y llegué a tener mujeres realmente hermosas en mi cama.

Jasper regresó su mirada hacia Hikaru.

>>—La mujer con la que me casé, es mi mejor amiga, mi amante, mi compañera, mi apoyo y mi razón para vivir. Ella me ayudó y me apoyó cuando nadie más creyó en mí. Si eso no es amor, no sé lo que será.

—Pero…

—Si ella es mi alma gemela, no lo sé, no sé si creo en eso, no obstante, te aseguro una cosa, la escogería a ella sobre cualquier otra.

Jasper sonrió.

>>—En esta empresa trabajan mujeres muy hermosas, demasiado hermosas, además de que seguido llegan modelos espectaculares, y aunque mi cuerpo reacciona a ellas, jamás me ha llegado el pensamiento de engañar a mi esposa. Porque yo sé que es lo que perderé si lo hago, hasta ese grado amo a mi mujer.

Jasper habló con tanta convicción que, si Hikaru no conociera la verdad, estaba seguro de que le creería. ¿Qué sucedería si algún día Jasper conociera a su verdadera pareja? Esperaba de verdad que jamás sucediera eso. Porque Hikaru sabía la respuesta. ¿O tal vez no? La verdad era que, viendo esa convicción en los ojos de Jasper, Hikaru llegó a apostar a que ni el Dios Musubi lograría que Jasper dejara a su mujer.

—Conocí a alguien.

Comentó Hikaru.

>>—Pero no estoy seguro…

¡Esto era tan malditamente difícil! Él no era de los que hablan de sentimientos.

—Te diré un secreto, Senpai.

Dijo Jasper sonriendo.

>>—En cuestión de amor, jamás estarás seguro de nada, mi mejor consejo es… Deja que las cosas se den naturalmente. No pierdes nada intentándolo.

—No creo que eso sea buena idea.

—¿Por qué no?

Preguntó Jasper curioso. Hikaru abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea. Era mejor no seguir hablando del tema. Solo Dios sabía cómo reaccionaría Jasper al enterarse de que esa persona era un hombre.

—Revisa la interfaz.

Cortó el tema de golpe y regresó su mirada a la computadora. Apretó los dientes al escuchar la risa de Jasper. De reojo, Hikaru miró su móvil. Parecía un elefante blanco dentro de la habitación. <<*Mierda*>> Hikaru alcanzó su móvil, abrió la aplicación de mensaje de texto y escribió rápidamente.

"Tengo trabajo esta noche"

Justo cuando le dio en la tecla de enviar, sintió una punzada de culpa. «Joder, *joder*, *joder*>> A su cabeza llegó la imagen de la cara dolida de Valentín al leer el mensaje. Sus dedos se movieron rápidamente antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo.

"¿Tienes una pantalla de TV? Este sábado es la final del hockey sobre hielo. ¿Podríamos verlo en tu casa?"

Hikaru presionó la tecla enviar antes siquiera de poder pensar qué estaba haciendo. Al releer el mensaje comprendí su estupidez. Primero tendría que haberle explicado a Valentín que él no tenía TV en su casa, ya que cambiaba de casa constantemente, no era nada práctico tener muebles y eso. Siempre trataba de alquilar apartamentos amueblados. Pero eso rara vez incluía un buen televisor. Además, ni tiempo tenía de ver televisión, y si deseaba ver algo, siempre utilizaba su portátil conectándose a internet. Era mejor que la señal de cable local… Su segunda estupidez fue el hecho de preguntarle a Valentín si tenía televisor. ¿En qué estaba creyendo? Él era sordo, ¿para qué rayos quería un televisor? <<*Idiota, Idiota, Idiota*>> Estaba a punto de disculparse cuando llegó otro mensaje.

"***Mi familia es apasionada a los deportes, tengo una pantalla de setenta y cinco pulgadas, te enviaré mi dirección***"

—¡*Inazuma*[28]!

Murmuró Hikaru nerviosamente. ¿Ahora qué?

—¿Te han bateado? Te has puesto pálido.

Preguntó Jasper si era divertido.

—Al parecer tengo una cita el sábado.

Dijo mirando a su compañero de trabajo.

—Eso es bueno, felicidades, esperemos que tengas las agallas para llevártela a la cama, te regalaré una caja de preservativos.

Sonrió.

>>— No te ofendas, pero no tienes cara de los que se divierten a menudo, apuesto que si tienes un preservativo en tu cartera ya debe estar caducado y…

—Es un hombre.

Interrumpió a Jasper.

>>—Mi cita es con un hombre y no soy gay.

La cara que puso Jasper, valió la pena. Valió todos los momentos que Jasper le había hecho pasar con sus estúpidos chistes japoneses.

—No jodas, ¿estás jugando?

Hikaru negó con la cabeza, su cara seria debió convencer a Jasper de que no era broma, lo que acaba de decir.

>>—¿Te gustan los hombres?

—Te he dicho que no soy gay.

—¿Entonces por qué saldrás con un hombre?

Jasper parecía realmente curioso por el asunto, era una ventaja que no estuviera enloqueciendo o fuera homofóbico.

—No lo sé.

No era como si pudiera contarle sobre el hilo rojo, sus poderes divinos o su plan para romper el lazo. Esas tres palabras eran en realidad lo único que Hikaru sabía con certeza, ¡no tenía la maldita idea de qué era lo que estaba haciendo! Ni sabía la razón de por qué no ignoraba a Valentín y se largaba de Nueva York.

—¿Te gusta? ¿No es así?

—No soy gay.

Repitió.

—No hablo sobre que te gusten los hombres…

Jasper rodó los ojos.

>>—Hablo de qué te gusta él. Solo él… Como persona. La verdad es que no tengo la menor idea de cómo describirlo. Pero ciertamente creo que no saldrías con un hombre si no te gustara.

—Solo quiero ser su amigo.

—Pero tal vez él no solamente quiera ser tu amigo.

Dijo Jasper.

>>—Tú sabes que él busca algo más, y creo que es un poco cruel de tu parte darle alas. ¿No te parece? Creo que, si no estás dispuesto a ir más allá con él, sería correcto, de tu parte, apartarte antes de que le hagas daño.

Las palabras de Jasper le dolieron. Justamente porque él tenía razón. No era correcto lo que estaba haciendo, sabía que Valentín sentía la conexión. Sentía atracción y si estaba destinado que ellos estuvieran juntos, hasta que Hikaru pudiera romper el lazo, los sentimientos de Valentín se harían cada vez más y más fuertes.

>>—Pero por si las dudas, me aseguraré de regalarte un lubricante junto con los preservativos.

Comentó Jasper antes de soltar la carcajada. Hikaru no era violento, no lo era, pero ahora mismo estaba a nada de cometer un crimen.

CAPÍTULO 7

El deseo vence al miedo, atropella inconvenientes y allana dificultades.
Mateo Alemán

Valentín revisó nuevamente que todo en su pequeño apartamento estuviera en orden, su madre siempre lo acusó de ser el más desordenado de todos. Pero no podían culparlo, después de todo era un zapatero. Su taller tenía que estar desordenado, era la regla de todos los talleres, al menos era lo que su padre decía. Dos años atrás, Valentín vivía solo, cosa que a su familia no le agradaba mucho, pero él quiso independizarse. Quería ser como cualquier hombre de su edad. No era correcto que siempre viviera con sus padres, tampoco sería correcto interferir en la vida de casados de sus hermanos. Él quería ser como cualquiera, aunque fuera sordo, deseaba tener una vida normal. Aunque él no era normal.

Observó el reloj que estaba sobre el microondas, ya casi era la hora que habían acordado. Miró su móvil. No tenía ningún mensaje de él cancelado. Cerró los ojos. Esto era tan confuso. Tomó una respiración profunda y abrió los ojos. Solo eran amigos, el primer amigo que tenía y no iba a echar a perder eso.

Una luz roja sobre la puerta anunció que alguien estaba llamando al timbre. Sonrió. Ese era un invento de uno de sus hermanos, ya que él no podía escuchar. Corrió hacia la puerta para recibir a Hikaru. No pudo evitar poner cara de decepción al ver que era precisamente Tyrone, su hermano mayor, el que estaba ahí.

—*También me alegra verte.*

Dijo su hermano en lenguaje de señas acompañado de sus labios; sus ojos indicaban sarcasmo.

—*Lo siento.*

Respondió también Valentín en lenguaje de señas, al mismo tiempo que asomaba la cabeza por la puerta. Hikaru llegaba tarde. Tal vez el hombre había decidido no venir.

Valentín podía pensar en un millón de razones por las que Hikaru podría no venir. Es decir, ¿qué podía obtener Hikaru en todo esto? Aunque Valentín aparentaba ser la mayor parte del tiempo una persona normal. No lo era. Tenía capacidades diferentes y modos de actuar distintos. En lo personal a Valentín no le gustaban mucho los deportes. No entendía mucho sobre ellos a pesar de que su padre y sus hermanos los amaban y siempre intentaban incluirlo en sus salidas a los estadios o sus fines de semana viendo tele. El tener una pantalla en su casa fue un regalo de sus hermanos. Y seguido utilizaban el departamento de Valentín como centro de reunión para un viernes de descanso lejos de sus esposas. Cuando Hikaru le envió el mensaje para ver el hockey, se alegró de tener el pretexto de verlo, también agradeció por tener una pantalla, pero no sabía nada sobre ese deporte. Así que había tenido que averiguar un poco. Como fuera, Valentín estaba dispuesto a hacer todo lo posible por ser un verdadero amigo para Hikaru y que él no se aburriera pronto de Valentín. Hikaru probablemente tenía una vida y estaba muy ocupado. Miró el reloj de nuevo. Cinco minutos más habían pasado. Una mano delante de su cara llamó su atención. Tyrone le sonrió.

—*Tienes que calmarte, hermano, él vendrá.*

Valentín frunció el ceño. Por un instante se había olvidado de su visita inesperada.

—*¿Qué haces aquí? Le avisé a nuestro padre que este fin de semana estaría ocupado.*

Su hermano se encogió de hombros. Pasó delante de Valentín y se dirigió a la cocina, seguramente a buscar cerveza. Si había bebidas alcohólicas en este departamento era porque sus hermanos y su padre se aseguraban de ello. Por otro lado, si había comida era porque su madre y su hermana también contribuían. Él no sabía cocinar, y siempre que trabajaba en sus diseños, se concentraba tanto que hasta de comer se olvidaba. Era ahí donde su familia intervenía y lo mantenían con vida. Valentín, con un último vistazo al pasillo para asegurarse de que Hikaru no venía saliendo del ascensor, cerró la puerta y siguió a su hermano a la cocina.

—Jeremiah y Asher creen que es mi deber como hermano mayor asegurarme que ese nuevo amigo tuyo no sea un abusador o un patán.

Explicó su hermano dejando una cerveza en el mostrador.

>>*—Me ordenaron darle un vistazo.*

—Tengo veinticinco años, puedo cuidarme sola.

Las señales que hacía Valentín mostraban enojo y frustración. Amaba a su familia, pero en ocasiones exageraban en su papel de protector, sobre todo sus hermanos.

—Nuestra hermana Elin, por su parte, opina que debo de tener "La charla" contigo.

Dijo su hermano arrugando la nariz. Valentín enarcó una ceja sin saber a qué se refería. Por primera vez en la historia vio la cara de su hermano Tyron sonrojada, parecía avergonzado.

>>—Vamos, *Valentín, no que tienes veinticinco, no me hagas decirlo, ya fue bastante vergonzoso que Elin me tuviera que ordenar hablar de sexo contigo.*

Sexo… sexo… sexo… Valentín repitió en su cabeza. ¡Sexo! Se atragantó con su saliva, levantó las manos en señal de rendición y dio un paso atrás. Negó con la cabeza. No, esto no era de sexo, Valentín solo quería ser amigo de Hikaru. Sexo involucraba…

>>*—Hermano… ¿Te encuentras bien?*

—Estoy bien, ustedes están mal, Hikaru únicamente es un amigo. Nunca tuve un amigo antes, y ustedes tienen que dejar de actuar extraño.

No estaba seguro de cómo exactamente se suponía que debía actuar o qué se suponía que debía hacer.

—Te gusta, ¿no? Le dijiste eso a nuestro padre.

Preguntó su hermano, y la cara de Valentín se sonrojó. Rápidamente, bajó la vista a su regazo. ¡Rayos! Un hombre, ¿cómo explicarle esto a su hermano? Sus padres los educaron para no juzgar el amor entre una pareja heterosexual y otra en el mismo sexo. Pero a él no le gustaban los hombres, ¿o sí?, o las mujeres, jamás se fijó en ninguna mujer porque todas actuaban extraño a su alrededor, hasta las amigas de sus hermanos. En su adolescencia Asher le enseñó revistas de mujeres desnudas, eran hermosas y por supuesto que eran materiales para masturbarse, pero ahora era adulto. Recordó lo que sintió cuando vio a Hikaru hablando con una de las modelos… Aunque tristemente tenía veinticinco, en teoría él seguía siendo virgen, jamás había tenido sexo con una mujer y no era que eso le hubiera molestado mucho… Hasta ahora. Habló de eso con su padre, de todo lo que sentía y su padre había sugerido que tal vez, en realidad, su inclinación fuera hacia los hombres, que tal vez el sentimiento que tenía no era solo de amistad hacia Hikaru. Pero fueron solamente teorías, su padre era un amigo para todos ellos, siempre fue comprensivo y los aconsejó, sobre todo. Por eso había recurrido a él en primer lugar… No obstante, su padre se lo había contado a sus hermanos. Cerró los ojos, avergonzado. Su hermano se acercó a él y levantó su rostro para que lo mirara. Se abrió los ojos.

—Está bien que te guste, Hikaru.

Leyó los labios de su hermano.

>>—No hay nada malo con que te guste Hikaru, pero tienes que recordar que él quiere ser tu amigo. Podría ocurrir, que eso sea todo lo que quiere ser. Y papá nos avisó sobre que tú tal vez podrías estar inclinado hacia otra cosa, no te vamos a juzgar si te gustan los hombres, lo sabes, ¿cierto?

El corazón de Valentín se apretó tan fuerte.

—Lo sé.

Hizo la seña con la mano. Su hermano le sonrió.

—Te amamos, Valentín, y eres el bebé de la familia, todos estamos preocupados, no queremos que sufras.

Tyrone suspiró, sus dedos acariciaron el rostro de Valentín. Había tristeza en su voz cuando habló.

>>—A veces nos gusta la gente que solamente quiere ser amiga de nosotros. Podrás tener sentimientos por esa persona, pero tienes que ser consciente de que las relaciones amorosas no siempre funcionan.

—No quiero echarlo a perder.

—Lo sé, Valentín, pero no siempre conseguimos lo que queremos.

No quería escuchar eso.

— ¿Cómo sé si él quiere solamente ser mi amigo?

Su hermano frunció el ceño.

—Creo que tal vez solamente tengas que esperar y llegar a conocerlo mejor.

Su hermano le dio una sonrisa tranquilizadora, acompañada de un golpe en el hombro.

>>— ¿Quién sabe, tal vez con el tiempo puedes descubrir que en realidad no te gustaba después de todo? Y después conocerás a la mujer perfecta para ti.

A Valentín le dieron ganas de reír, era verdad que todos en su familia respetarían si él resultaba ser homosexual, pero aún resultaba extraño e incómodo para ellos, era comprensible que aún guardaran la esperanza. El teléfono móvil de Valentín vibró en ese momento, Valentín lo sacó de su bolsillo y casi se le paraliza el corazón; era un mensaje de Hikaru.

"Estoy en la puerta de tu departamento"

Apartando a su hermano violentamente, corrió hacia ahí. Abrió la puerta conteniendo la respiración: ¡Él había venido! Valentín trató de no parecer demasiado ansioso cuando abrió la puerta, pero todo quedó olvidado cuando al abrir la puerta vio a Hikaru.

Hikaru se veía bastante bien en traje y corbata; sin embargo, verlo vestido casualmente en jeans, camisa blanca y chaqueta de cuero resultaba igual de impactante. Valentín no podía hacer nada más que estar allí y mirar.

—Siento que llego tarde.

Dijo Hikaru, esperando que leyera sus labios, él podría enumerar un sinnúmero de razones por las que llegaba tarde, el tren, no encontrar la dirección, el bullicio de la ciudad… Pero la realidad era que Hikaru aún no estaba seguro de que estar ahí fuera una buena idea. Una y mil veces se pateó el trasero mentalmente por haberle sugerido ir a su departamento. ¿En qué estaba pensando? «*No pensabas idiota*» dijo su subconsciente, en esto también podría culpar la mala influencia sentimental dramática de Jasper. Valentín le sonrió y se hizo a un lado para que entrara, con una seña de la mano marcó el camino. Hikaru tomó una respiración profunda. «*Tengo que intentarlo*» Colocó en su mano izquierda la bolsa con cerveza y frituras que había

llevado y con la mano derecha hizo la señal de gracias y con permiso. Había estado averiguando algo sobre el lenguaje a señas, quería poder hablar con él, sin una libreta o el maldito celular en medio. Solo había aprendido las palabras básicas, pero algo era algo, y muchas cosas se le olvidaban; sin embargo, practicando con Valentín sería más sencillo de agarrarle el truco a esto. Hikaru supo que valió la pena desvelarse hasta las tres de la madrugada leyendo y practicando, con solamente ver la cara de sorpresa y la sonrisa en la cara de Valentín al verlo intentar usar el lenguaje a señas. Hikaru no dio ni tres pasos dentro del departamento cuando un hombre alto, muy parecido a Valentín, apareció en la sala.

—Hola, ¿tú debes ser el amigo japonés de mi hermanito?

Dijo el hombre.

—Mi nombre es Hikaru Kiyomizu, gracias por invitarme.

Hizo una pequeña reverencia, eso no se utilizaba en Estados Unidos, pero eran las costumbres de Hikaru, algunas cosas no eran fáciles de olvidar.

—¡Vaya, hombre! Sí que eres intenso.

Se rió el hombre, se acercó a Hikaru y le ofreció la mano.

>>—Soy Tyrone, uno de los cuatro hermanos de Valentín. Hikaru estrechó su mano. Pero no era tonto, esas últimas palabras fueron una clara amenaza. Valentín se acercó a ellos y, mirando a su hermano, comenzó a hacer señas. Obvio que Hikaru no entendió lo que dijo, pero Tyrone sí. El hermano de Valentín rodó los ojos y resopló.

—Si lo sé, ya me voy.

Dijo su hermano moviendo las manos y hablando al mismo tiempo.

>>—Hablaré con el clan, quédate tranquilo.

Tyrone se acercó, abrazó a su hermano dándole una fuerte palmada en la espalda, después pasó por un costado de Hikaru y también le dio un golpe en el hombro.

>>—Adiós, hombre japonés, te encargo a mi hermanito.

Dijo el hombre desde la puerta. Hikaru enarcó una ceja. La mirada que le dirigió Tyrone no dejaba duda alguna a qué se estaba refiriendo.

—Valentín es una persona muy valiosa para mí, quiero ser su amigo.

Dijo con sinceridad, él jamás le haría daño a Valentín intencionalmente.

—Me alegra escucharlo.

El hombre levantó una mano en señal de despedida, abrió la puerta y se fue en el siguiente instante. A su costado, Valentín comenzó a teclear en su móvil. Después de que terminó, se lo enseñó a Hikaru.

*“**Lamento eso, no sabía que él iba a venir, les avisé que hoy tendría visita**”*

Hikaru ocultó su diversión, era claro que en Valentín no existía la maldad, pero en los hermanos sí. Ellos protegerían a su hermanito. Los comprendía. Él tenía hermanos y aunque cada uno era respetuoso de la vida de los demás, también eran unidos y procuraban siempre el bienestar de la familia.

—No habría importado si lo invitabas a quedarse a ver el hockey.

Dijo para tranquilizarlo. Valentín medio sonrió, pero la ligera inclinación hacia abajo en el lado derecho de sus labios le indicaron a Hikaru, el que no estaba de acuerdo en eso de que su hermano se quedara con ellos.

—Traje cerveza.

Dijo Hikaru entregando la bolsa, para evitar pensar en el hecho de que Valentín claramente quería estar a solas con él.

Valentín tomó las cervezas y señaló la cocina, Hikaru lo siguió, en cinco minutos prepararon unas botanas, tomaron unas cervezas de la nevera y se fueron directamente a la sala de estar. Todo en un cómodo silencio. Hikaru ya no se sentía tan extraño estando a un lado de Valentín. Ahora le era más fácil estar atento a sus gestos, señas fáciles y le era fácil intuir lo que Valentín quería decir. Aunque seguía creyendo que era peligroso estar en su departamento.

Hikaru no pudo evitar emocionarse por la enorme pantalla de plasma de Valentín. En verdad le gustaba el hockey y verlo en grande y en vivo era un regalo que no desaprovecharía.

El nerviosismo de Valentín había desaparecido, él no sabía nada de hockey, pero le gustaba que Hikaru tratara de explicarle algunas cosas que ocurrían durante el partido. Él asentía y, para no hacer sentir mal a Hikaru, hacía alguna que otra pregunta. Ahora el pizarrón pequeño que años atrás le habían regalado sus sobrinas estaba resultando útil. Era más cómodo que el móvil. Hikaru también se veía más relajado y se notaba que disfrutaba del partido. Había movido la mesa de café aún costada y se había sentado sobre la alfombra, mientras que Valentín estaba medio recostado en el sofá. Le gustaba esa posición, desde atrás podía observar al hombre a centímetros de distancia. Pudo disfrutar de cada uno de sus gestos, desde la alegría hasta la furia y frustración. Hikaru hablaba y gritaba cosas a la pantalla, le gustaba que el hombre olvidara que Valentín no podía escuchar, aunque podía leer sus labios. En la mayoría se perdía lo que decía, ya que estaba de espaldas a Valentín, más cuando estaba molesto por algo que le pasaba a su equipo.

Algo bueno sucedió en el partido, porque Hikaru se levantó del piso y comenzó a saltar de la emoción. Valentín sonrió, más aún cuando Hikaru tiró de su mano y lo obligó a levantarse para celebrar junto con él.

Valentín, sin pensarlo, abrazó a Hikaru mientras saltaba, pero al pasar la emoción inicial, ambos quedaron frente a frente. Valentín era más alto que Hikaru por varios centímetros; sin embargo, eso no impidió que se miraran a los ojos y de repente la emoción por el juego quedó atrás y sin siquiera detenerse a pensarlo dos veces, Valentín se inclinó y besó a Hikaru. Él no sabía besar, al menos jamás había besado a nadie, aunque sus hermanos le habían dicho lo que tenía que hacer. Valentín realmente creía que estaba haciéndolo muy mal. Ya que Hikaru no se movió, sus labios estaban firmemente cerrados. Estaba a punto de retirarse y correr a encerrarse en su taller, cuando la mano de Hikaru se curvó alrededor de la parte posterior del cuello de Valentín, acercándose más, dejó escapar una pequeña risa, esto hizo que los dedos de los pies de Valentín se rizaran y su cuerpo comenzara a cantar. Él gimió, deseando lo que sea que Hikaru le ofreciera. La mano de Hikaru se envolvió alrededor de la parte posterior de su cuello, apretando y tirándolo más cerca cuando deslizó la lengua sobre sus labios. El cuerpo de Valentín se tensó con necesidad cuando sintió la otra mano de Hikaru, agarrarle la cadera y luego deslizarse alrededor de la parte baja de su espalda.

Los pulmones de Valentín quemaban por oxígeno, pero se negó a alejarse. Abrió la boca cuando la lengua de Hikaru presionó contra la costura de entre los labios. La lengua se sumergió dentro, barriendo y explorando.

Valentín se agarró de los hombros de Hikaru cuando su cabeza empezó a dar vueltas. Hikaru lo acercó, apretando su cuerpo contra el suyo, mientras sus lenguas se batían en duelo. Ahora comprendía por qué sus hermanos decían que tenía que utilizar la lengua para besar. Hikaru lo consumía con su beso que parecía no terminar nunca. Era perfecto, al menos eso creyó, hasta que

de repente Hikaru rompió el beso y dio varios pasos hacia atrás. Valentín lo miró sin comprender, pensando que había hecho algo que molestara al hombre. Valentín quedó petrificado al ver la cara de horror en el rostro de Hikaru. Su corazón se partió en dos.

—*Será mejor que me vaya, Valentín*.

Valentín leyó sus labios y negó con la cabeza. Intentó acercarse al hombre para detenerlo, pero él salió como alma que llevaba el diablo del apartamento de Valentín.

Valentín se quedó mirando aturdido hacia la puerta, que en pocos segundos fue cerrada. Lágrimas nublaron sus ojos. No sabía qué pensar de lo que acaba de suceder entre Hikaru y él. Sin embargo, de algo estaba seguro: acababa de perder al primer y único amigo que había tenido.

CAPÍTULO 8

Son muchísimos los que aman; poquísimos los que saben amar.
Stefan Zweig

—¿Lo besaste?

Preguntó Jasper.

—Sí.

Hikaru rodó los ojos, ni siquiera sabía por qué le había contado a su compañero lo sucedido.

—¿Lo besaste y te largaste?

Insistió Jasper.

—Él me besó primero.

Era una miserable excusa.

—Eso no importa, hombre.

Jasper estaba furioso. Nada más llegar el lunes a la oficina, Jasper lo había asaltado con preguntas y burlas sobre si ya era oficialmente gay.

>>—Tú correspondiste el beso y luego te largaste, idiota.

—Yo…

—¡Cállate! Que no he terminado.

Jasper apretó el puente de su nariz; jamás había visto al hombre tan furioso.

>>—Eres un cobarde, eso no es de hombres, ni siquiera es aplicable si el otro receptor del beso es un hombre, simplemente no está bien. Si hubiera sido yo ese chico, te habría dado un puñetazo.

—¡Ya basta!

Gritó Hikaru exasperado. Levantándose de su silla, dio un manotazo al escritorio con la palma abierta.

>>—Tienes razón, lo admito, estuvo mal, pero ¡compréndeme! A mí me gustan las mujeres y…

—¿Si no te gustó besar a un hombre porque correspondiste el beso? En cuanto él hizo el primer movimiento, te hubieras alejado, además…

Jasper lo miró con ojos acusadores.

>>—Tú ya intuías sus intenciones, si no tenías la intención de corresponder, no debiste de ir a esa cita, simplemente le diste alas y jugaste con sus sentimientos.

Hikaru no pudo decir nada contra ese argumento. Tampoco era como si Hikaru pudiera decirle cuáles eran sus verdaderas intenciones. Había metido la pata. Y ahora no sabía cómo reparar el daño. Valentín no tenía la culpa de nada, era responsabilidad de Hikaru. Él era quien quería romper el lazo que los unía y estaba haciéndole daño al hombre en el proceso y no era justo. Jasper estaba realmente furioso, porque después de gritarle simplemente agarró los cigarrillos del cajón del escritorio y salió de la oficina con fuertes zancadas. En el momento en que Jasper desapareció por la puerta, Hikaru se recostó contra la silla, mirando hacia el techo. Estaba tan increíblemente jodido.

Hikaru estaba lamentándose de su miseria cuando uno de los asistentes de recepción apareció en la oficina con un paquete dirigido hacia Hikaru. Le extrañó, ya que él jamás recibía nada. Todos los materiales de la oficina siempre venían dirigidos a nombre de Jasper, puesto que él era

el jefe de este departamento e Hikaru solo era un empleado temporal.

Hikaru firmó la orden de entrega, y la chica con una sonrisa le dejó la caja sobre el escritorio. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al ver la caja rectangular de treinta por veinte centímetros más o menos. Un sobre estaba pegado con cinta adhesiva por un extremo en la parte superior. Trago saliva. Tenía un extraño presentimiento. Hikaru, primero que nada, quitó la tapa de la caja. Contuvo el aliento. Eran un par de zapatos para caballeros. Desde que conoció a Valentín, Hikaru no solo había averiguado lo del lenguaje a señas, sino que también había investigado un poco sobre su trabajo. El proceso de fabricación de calzado artesanal era muy laborioso, requería de muchas horas de trabajo, y de unas manos expertas y cuidadosas que fueran capaces de transformar y dar nuevas formas a distintos materiales, consiguiendo una belleza única en un simple par de zapatos. El trabajo de Valentín era arte puro y aunque sus diseños eran encaminados a una línea femenina, ahora mismo estaba apreciando el par más elegante de zapatos para hombre que había visto. La combinación de la piel en tono café oscuro y un poco más claro, no era algo que Hikaru utilizaba, pero los detalles y el acabado en este par de zapatos era excepcional. Y para su asombro eran de su talla. ¿Tanto se había fijado en él, Valentín? Este no era un trabajo que se terminaba en un día. Hikaru sabía que Valentín diseñaba su línea de zapatos y, después del primer modelo, los demás eran producidos en masa por la empresa que manejaba su familia. Este par en particular, Hikaru sabía que había sido diseñado, cocido y trabajado por las propias manos de Valentín.

No habría copias.

No sería comercializado.

Eran única y exclusivamente para Hikaru.

Con manos temblorosas extrajo el sobre de la tapa. Lo abrió y sacó la hoja de papel. No tenía dudas de que el obsequio era de parte de él, pero la letra del mensaje era otra comprobación de que era Valentín. Realmente tenía una bonita letra.

"Lo lamento, prometo no volver a molestarte, pero no me odies, por favor"

—Cielos, ahora que sé quién es el hombre misterioso, estoy más furioso contigo.

Hikaru se apresuró a cerrar la caja y fulminó con la mirada a Jasper.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Es suficiente para comprender ahora muchas cosas.

Jasper se encaminó hacia su escritorio.

>>—Sé que Valentín Wilding es sordo, es de lo que todos hablan en la empresa, ahora entiendo por qué te quieres alejar, sé que eres un idiota, pero no sabía que fueras una persona que discrimina a las personas con discapacidades.

—No me importa que sea sordo.

Hikaru se sintió ofendido porque su compañero sugiriera eso.

—¿Entonces tu problema es porque tienes un pene y no una vagina?

—Ya es suficiente, Jasper, no vuelvas a meterte en mi vida privada.

Jasper lo estudió por un minuto. Después, asintió con la cabeza, buscó algo en su escritorio y tomó asiento frente a su ordenador.

—Solo diré una cosa más.

Jasper lo miró duramente.

>>—Déjalo tranquilo, tu trabajo en la empresa casi termina, te irás, comenzarán en otra parte

y con el tiempo Valentín podrá encontrar a una persona que lo aprecie. No creo que le cueste trabajo, es atractivo, talentoso, y si los rumores son ciertos tiene una cuenta bancaria muy gorda, seguro que más de uno aprovechará lo que tú no quieres.

Jasper se volvió hacia su ordenador, ignorando desde ese momento a Hikaru.

Hikaru hirvió de ira por ambos. Contra Jasper por decirle las cosas tan tajantemente y con Valentín por hacerle sentirse tan confuso y conflictivo. Se levantó furioso, tomó la caja y salió en busca de algunas respuestas.

CAPÍTULO 9

Un fracaso en amor es, para el hombre, como una misión cumplida. Los corazones están hechos para ser rotos.
Oscar Wilde

Valentín decidió esperar en la sala a que llegara su hermano; también necesitaba pensar qué explicación daría a su familia por no haber ido el domingo a la comida familiar. Pero la verdad no había estado de ánimo para enfrentarse a nadie, mucho menos a las preguntas indiscretas de sus hermanos. ¿Qué les diría? ¿Qué había fracasado en hacer un amigo? Tyrone se lo había advertido. Esa mañana ni siquiera quiso ir a la agencia de publicidad. A él no lo necesitaban para nada. No salía en los comerciales que estaban realizando, y si no fuera porque prácticamente lo estaban obligando a salir, Valentín podía quedarse en su taller a trabajar en sus nuevos diseños, aunque también en ese momento su inspiración estuviera ausente.

Valentín se acercó y frotó la mano por su pecho, donde había empezado a doler desde el sábado por la tarde. La agonía edificándose dentro de él parecía crecer con cada segundo que pasaba. Valentín imaginó que lo consumiría en poco tiempo. Y no estaba seguro de que le importara si lo hacía.

El conocimiento de que había arruinado su amistad con Hikaru le producía la vergüenza y la culpa.

Los zapatos que le había enviado en señal de disculpa. Al principio los había diseñado como algo especial, nunca planeé dárselos. Lo mejor es para un cumpleaños o fecha especial. Para Valentín simplemente fue imposible no ver los pies del hombre cuando lo conoció, o no imaginar qué número calzaría o qué tipo de zapato le quedarían perfectos. Los zapatos eran su vida, comenzar a diseñar unos para Hikaru fue algo completamente espontáneo desde el día que lo conoció. Hacer un zapato a mano era algo sumamente difícil y requería mucho trabajo, llevaba días de elaboración. Sin embargo, él trabajó arduamente sábado y domingo para poder enviarlos el lunes por la mañana. Disculparse y asegurarle que no lo molestaría de nuevo parecía que era lo correcto que tenía que hacer. Pero Valentín podía sentir su corazón roto en pequeños pedazos mientras estaba sentado allí, preguntándose cómo hubieran sido las cosas si él no lo hubiera arruinado. Se limpió los ojos, negándose a salir como un bebé llorón. Era un hombre, y tenía que enfrentarse al hecho de que había fracasado estrepitosamente. Valentín saltó cuando su celular vibró en su bolsillo.

"Ábreme, estoy en la puerta"

Era Hikaru, su mirada fue hacia la puerta cerrada de la entrada, ¿qué estaba haciendo ahí? Un nuevo mensaje llegó a su teléfono.

"Sé que estás ahí, ábreme, no me iré sin hablar contigo"

Hikaru estaba molesta, y decidida. Valentín le creyó al decir que no se movería de la entrada, lo cual sería un problema, ya que su hermano estaba por llegar pronto. Se apresuró hacia la entrada, abrió rápidamente y su aliento quedó atrapado en su garganta. Su corazón tartamudeó

cuando vio allí de pie a Hikaru, con la caja de zapatos bajo el brazo. Los ojos de Valentín se congelaron en la larga y delgada figura del hombre que lo atormentaba últimamente.

—*¿Por qué?*

Dijo Hikaru mientras le entregaba la caja plateada. Los ojos de Valentín pasaron del rostro de Hikaru a la caja en sus manos y de vuelta arriba. Y si pensó que no podía sentir más dolor, se equivocó. Ver cómo Hikaru estaba despreciando algo que él había diseñado con tanto cariño solo para él y aunque había trabajado lleno de dolor, seguían siendo un obsequio para una de sus personas especiales. Sabía que le había hecho daño a Hikaru. Pero ver despreciar su regalo era sumamente doloroso. Valentín iba a decirle que no los quería, que podía tirarlos si quería; sin embargo, era claro que el lenguaje a señas de Valentín no lo entendería Hikaru y por primera vez en la vida odió su discapacidad para comunicarse. Se odió por no ser normal, tal vez si lo fuera Hikaru… Valentín respiró profundamente, cuando la agonía llenó cada célula de su cuerpo. Apartó la mirada, parpadeando con rapidez para mantener sus lágrimas en la bahía. Sabía que Hikaru no lo quería, pero leer las palabras en sus labios le hizo un corte profundo.

—Lo siento. Yo...

Dijo Valentín en voz alta. Valentín tragó saliva, e hizo una seña con la mano. Esperaba que Hikaru entendiera un poco, ya que sus dedos temblorosos no podrían teclear las palabras en su móvil. Valentín llevaba, sin usar su voz, durante mucho tiempo, y con el nudo en la garganta dudaba que entendiera lo que estaba diciendo.

>>— Nunca tuve la intención de...

Valentín se encogió de hombros. Qué caso tenía… No parecía que hubiera nada más que decir. ¿Qué podía decir? La había cagado, y ahora estaba pagando el precio. Estaría pagándolo por el resto de su vida... Sin importar el tiempo que fuera. Seguramente nadie podría vivir durante años con este nivel de dolor dentro. Se asombró al sentir unos dedos en su barbilla, Hikaru lo obligó a mirarlo.

—Mírame, Valentín.

Dijo Hikaru.

>>—Esto no es personal. Espero que lo sepas . Yo no quiero herirte. Diablos, ni siquiera sé lo que siento, se suponía que no me gustaban los hombres y mucho menos tengo la intención de establecerme en una relación. Es complicado, en este momento simplemente es demasiado confuso para mí.

Valentín leyó cada palabra, pero no estaba seguro de comprenderla.

—Entiendo.

Valentín le susurró a pesar de que sentía que realmente no lo hacía. Había utilizado su voz sin darse cuenta. No obstante, tenía que decir las palabras.

—No, Valentín, no creo que lo hagas.

Valentín deseaba que Hikaru se marchara, quería derrumbarse y no deseaba hacerlo delante del hombre. Esto era tan malditamente fácil, el fuerte, masculino olor de Hikaru hizo que el corazón de Valentín latiera más rápido mientras tomaba el aroma en sus pulmones, dejando que el olor penetrara en su cerebro. Quería recordar ese olor mucho después de que Hikaru hubiera desaparecido de su vida. Valentín quería recordarlo para siempre.

Hikaru traspasó la puerta y colocó la caja de zapatos en la mesa auxiliar de la entrada. Respiró hondo. Hikaru parecía pensativo, reflexivo, como si estuviera tratando de ordenar sus pensamientos antes de hablar.

—Esto...

Hikaru hizo un gesto con la mano entre ellos.

>>—No tengo idea de lo que es, nada de ello. Me gustan las mujeres. ¿Comprendes? Siempre me imaginé enamorarme de una bella mujer.

Valentín leyó las palabras en los labios de Hikaru y sintió… Celos. Por supuesto que él también imaginó que, si se casaba algún día, sería con una chica. Pero no era como si quisiera casarse con Hikaru, ¿o sí? Ellos… se enrojecieron. Valentín asintió con la cabeza.

—Mira, Valentín, me gustas. Realmente es así; sin embargo, ahora mismo no estoy listo para una pareja. ¿Por qué no trabajamos en una amistad en primer lugar? Tal vez en algún punto la línea pueda cambiar, pero justo ahora necesito espacio y tiempo para adaptarme a todo esto.

Valentín no estaba seguro de lo que Hikaru exactamente le estaba tratando de decir, sin embargo, tomaría lo que pudiera conseguir en estos momentos.

—¿Aún quieres ser mi amigo?

Valentín preguntó con sus manos y su voz, esperaba que Hikaru comprendiera. Lo hizo, Hikaru asintió con la cabeza. Necesitaba una aclaración. Valentín no iba a continuar con suposiciones. Eso únicamente lo había metido en problemas y le había producido un corazón roto.

—Sí, Valentín, amigos.

Hikaru contestó de la misma manera que Valentín, con señas en sus labios. Aún le faltaba algo de coordinación en sus movimientos, pero le gustó que lo intentara.

Al contemplar la sonrisa en la cara de Valentín, Hikaru sintió que la gran roca que había cargado en su espalda por el último par de días, desaparecía. «*Joder*» Esto era tan complicado.

—Muy bien, amigos. Siento interrumpir, no obstante, tenemos que irnos.

Hikaru se giró al escuchar que alguien hablaba desde la puerta. Era un hombre, de casi su misma estatura, pero los rasgos eran inconfundibles; era otro pariente de Valentín.

>>—Esto fue conmovedor, me alegra que haya hecho los pases, pero que sepas que estás en mi lista negra, chino.

Dijo el hombre. Hikaru quería mandarlo a la mierda. A su costado, Valentín se movió y se colocó a un lado de Hikaru, comenzó a mover sus manos. Su hermano enarcó una ceja.

>>—Soy mayor que tú Val, y no eres mi mamá, para recordarme mis modales.

Dijo el hombre, Valentín siguió haciendo señas, rápidamente, Hikaru pudo comprender tal vez un par de palabras, pero nada que le diera luz de lo que Valentín le estaba diciendo.

>>—¡De acuerdo!

Dijo el hombre alzando las manos en señal de rendición. Miró a Hikaru con una sonrisa falsa en la cara.

>>—Me disculpo, Hikaru, sé que eres japonés y no quería ofenderte.

El hombre miró a Valentín, el cual estaba cruzado de brazos esperando. El hermano rodó los ojos y regresó su atención a Hikaru.

>>— Soy Asher, hermano de Val, un placer conocerte.

Hikaru se mordió la lengua, era obvio que este hombre no toleraba a Hikaru. No lo culpaba por ello, después de todo, Valentín era su hermanito. Y cómo no quería que Valentín también lo reprendiera por su falta de modales. Hikaru también se presentó. No se estrecharon las manos, no hacía falta.

>>—Bueno, hecho esto, mueve el culo, Valentín, qué mamá nos está esperando.

Valentín miró a su hermano, luego a Hikaru y viceversa sin saber qué hacer, Hikaru intervino. Sujetó a Valentín del brazo para llamar su atención.

—Ve con tu familia, hablaremos mañana.

Dijo pausadamente, para que él comprendiera.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Hikaru?

Dijo Asher hurgando en la caja plateada que Hikaru había colocado en la mesilla.

—Tengo que volver al trabajo y eso es mío, así que agradecería que no me lo tocaras.

Dijo Hikaru, pero Asher lo ignoró.

—Joder, ahora mismo tengo ganas de golpearte.

Asher murmuró, y como estaba de espaldas a ellos, Valentín no pudo leer sus labios. Asher lo hizo con ese propósito, que sólo Hikaru escuchara. Asher se giró hacia ellos.

>>—Todos en la familia estamos ansiosos por conocerte mejor. Hikaru, deberías venir con nosotros.

Sus palabras eran educadas, no obstante, él no perdió la amenaza y el desafío en la voz. ¿Por qué los zapatos habían agravado su situación? Era claro que Asher tenía resentimiento contra él, era normal que los hermanos se preocuparan, pero ver esos zapatos… Valentín comenzó a buscar en sus bolsillos, hasta que sacó la pequeña libreta que siempre llevaba con él. Rápidamente escribió algo.

*"**No tienes que venir si no quieres**"*

Hikaru leyó, miró al hermano de Valentín, el hombre lo fulminaba con la mirada. Cualquier opción que tomara sería mala, y lo único que no deseaba hacer era hacer daño a Valentín, no caería en el juego de Asher. Miró a Valentín.

—Tengo trabajo que hacer hoy, salí de la oficina a mitad de la jornada, tendré que trabajar hasta tarde.

Valentín abrió los ojos, sorprendido, miró el reloj de su muñeca. Era cierto que Hikaru se había salido en horario laboral, ya había sobrepasado su hora de almuerzo. Jasper estaría furioso. Valentín levantó la vista de nuevo hacia él.

>>—Conoceré a tu familia en otra ocasión, si mañana vas a la empresa, podríamos almorzar juntos, si quieres.

La sonrisa de Valentín fue amplia.

—Me gustaría almorzar contigo.

Valentín habló en señas, e Hikaru comprendió el mensaje. Hikaru regresó su mirada a Asher.

—Me disculpo por no aceptar la invitación.

Hizo una inclinación de cabeza.

>>—Pero debo volver a mis obligaciones.

Se acercó a la mesa y tomó la caja de zapatos. Eran suyos. No tenía por qué devolverlos si Valentín los había hecho para él; aun así, le gustaría saber por qué el hermano estaba tan molesto por ello.

—Qué desgracia.

Dijo el hermano dramáticamente.

>>—Todos querían conocerte.

—Tal vez lo hagan.

Dijo Hikaru sonriendo con maldad.

>>—Quiero conocer a la familia de Valentín, ya que espero que con el tiempo él conozca a mi familia.

Asher enarcó una ceja. Hikaru, con alevosía y ventaja, se dirigió hacia la puerta.

>>—Creo que a Valentín le gustará Japón.

Evitó reír al ver la cara de consternación en Asher. Hikaru sabía una cosa, ellos amaban a Valentín, por eso lo protegían tanto y estaban en contra de Hikaru, lo entendía, y lo justificaba, pero era divertido molestarlos. Él no se dejaría intimidar.

—¡Japón!

Gritó Asher, seguido de varias maldiciones en italiano. Hikaru ignoró a Asher y se volvió hacia Valentín.

—Gracias por los zapatos. Nos vemos mañana.

Valentín sonrió. Eso era todo lo que Hikaru necesitaba. Por ahora.

CAPÍTULO 10

La decisión es un riesgo arraigado en el coraje de ser libres.
Paul Tillich

Hikaru clavó una dura mirada en Jasper, ya se estaba cansando de su compañero, << *¿No le bastó haberme aplicado la ley del hielo todo el día? ¿Ahora también me acosará en la cafetería?*>> Comprendía la molestia de Jasper. No, lo cierto era que no lo comprendía, si estaba almorzando con Valentín a Jasper no debería de importarle. Pero ahora mismo, estaban en la cafetería de la empresa y su compañero estaba a unos diez metros de distancia. Vigilándolo como un halcón. Hikaru regresó su mirada hacia la mesa, Valentín había terminado de escribir y había girado la libreta hacia Hikaru.

"***Puedo hablar. De pequeño, aunque tenía problemas auditivos, podía escuchar. Ahora mismo que no tengo audición, siento que no pronuncio bien las palabras, por eso evito hacerlo, no quiero parecer idiota o retrasado***".

Después de leer Hikaru levantó la vista, Valentín comenzó a repetir las palabras que había escrito instantes antes en el lenguaje a señas. Hikaru prestaba cuidadosa atención a cada movimiento, trataba de relacionar lo escrito con cada movimiento. Era difícil, pero estaba cogiéndole el truco. Cuando Valentín terminó. Hikaru le dio un enorme mordisco a su emparedado para desocupar sus manos. Tragándose rápidamente su bocado comenzó a decir al mismo tiempo que comenzó a mover las manos.

—Me sorprendió escuchar tu voz ayer y no creo que parezcas un idiota al hablar.

Cuando se trababa en alguna palabra, Valentín le decía cómo debía ser el movimiento de las manos. Era realmente difícil. Pero Valentín sonreía. Así que valía la pena. Hikaru era un desastre en esto, y sus compañeros alrededor parecían realmente divertidos con sus tontos intentos. Pero a nadie más importaba. Estaba dando su mejor esfuerzo para comunicarse con Valentín al cien por ciento. El día de ayer, después de dejar el departamento de Valentín, Hikaru cayó en cuenta que Valentín había pronunciado algunas palabras. Su voz fue alta, y las palabras sonaron un poco raras en sus labios y marcaba demasiado cada palabra. Pero había hablado. Hasta ese momento Hikaru no había pensado en ello, Valentín era sordo, no mudo. Pero no había relacionado una cosa con la otra. Además, recordaba su primer encuentro, el representante de Valentín había dicho que podía hablar, pero no le gustaba hacerlo, lo único que podía decir al respecto es que lo había olvidado. Estaba más impactado al descubrir que su pareja destinada tenía un pene que cualquier cosa ocurrida ese día había escapado de su cabeza por completo. <<*Soy un idiota en palabras mayúsculas*>>

Cuando Valentín movió la mano para alcanzar de nuevo la libreta, Hikaru bajo sus manos a la mesa, sus manos se rozaron, pero ese no fue el problema, lo que en realidad sorprendió a Hikaru fue el hecho que su dedo quedó medio enlazado con el dedo meñique de la mano izquierda de Valentín, fue una fracción de segundo… Solo una décima de segundo, pero Hikaru tuvo la impresión que el nudo rojo atado en el dedo de Valentín se había movido a causa del roce con la mano de Hikaru. Seguramente estaba alucinando. Valentín fue ajeno a lo que acababa de ocurrir, nuevamente estaba garabateando en la libreta. Hikaru no podía dejar de mirar el nudo de hilo en

el dedo de Valentín como esperando que el hilo cayera sobre la mesa en cualquier segundo. Todo era extraño, además acababa de darse cuenta de que cuando estaba con Valentín, no era necesario que invocara sus poderes, en cualquier segundo simplemente el hilo rojo aparecía entre los dos. Hikaru había atribuido ese hecho como un recordatorio del Dios Musubi sobre que su pareja destinada estaba ahí y no estaba haciendo nada para reclamarlo. Salió de su ensoñación cuando Valentín giró nuevamente la libreta hacia él.

"No puedo saber que digo las palabras bien si no puedo escucharlas, las miradas de otras personas al escucharme me persuadieron de no usar mi voz, es más práctico usar el lenguaje a señas"

—Mi pronunciación también es mala, soy extranjero, no dejes que esto te afecte, jamás podrás darles gusto a las personas.

Dijo Hikaru solo con sus labios, no confiaba en sus manos temblorosas en ese momento, seguía afectado por lo sucedido un momento antes.

>>—¿Escogiste ser zapatero para no tener contacto con la gente?

Cambió deliberadamente el tema, se había dado cuenta de que lo referente a utilizar su voz o no, era algo preocupante para él y ahora mismo no quería mortificarlo o comprometerse a que utilizara su voz con él delante de más personas. Empujó la libreta hacia él para que escribiera su respuesta.

"Mi abuelo era zapatero, yo me la pasaba con él en su taller, me gustan los colores y los zapatos femeninos tienen millones de opciones de diseño"

Hikaru sonrió. Ya había imaginado que los colores y las cantidades distintas de opciones en cuanto a zapatos femeninos se referían eran la razón por la que Valentín se dedicaba a ellos. Tenía la intención de preguntarle por qué Asher se había molestado al saber que había diseñado zapatos para Hikaru. Pero temió por la respuesta. No estaba listo para ello.

Miró de nuevo los dedos de Valentín… ¿Qué sucedería si intentara…? Negó con la cabeza. Alzó la vista hacia el hombre sentado delante de él. Le sonrió. Recargó la cabeza en su mano derecha.

—Me gustaron los zapatos que hiciste para mí, no tenías que hacerlo.

Dijo cada palabra lentamente. Le gustó ver el sonrojo en la cara de Valentín, no sabía que un hombre pudiera sonrojarse de esa manera.

>>—¿Cómo supiste qué número calzaba?

Valentín intentó jalar la libreta, pero Hikaru lo detuvo

>>—Háblame a señas, intentaré comprender lo que dices.

Era tal vez la única manera de tratar de aprender el lenguaje de Valentín más rápido. Un qué dudando, Valentín asintió y comenzó a mover las manos. No estaba seguro de haber comprendido absolutamente todo lo que dijo. Lo esencial era, sobre que Valentín en lo primero que se fijaba en una persona era en sus pies e inmediatamente comenzaba a imaginar qué tipo de zapatos le quedarían a esa persona. Algunas señales las entendió, otras se las tuvo que repetir Valentín hasta que atinó la palabra correcta. Por el rabillo de su ojo, vio a Jasper salir de la cafetería, miró su reloj, aún tenía diez minutos antes de regresar a sus labores.

—Dime qué color te gusta más.

Preguntó, y a esa pregunta, le siguió otra y otra y otra más, Hikaru preguntaba y Valentín contestaba en su lenguaje. Sin darse cuenta la hora de su almuerzo terminó. Y aunque se había divertido, al llegar a su oficina no pudo sacarse de la mente, el hilo rojo que unía su vida con la de Valentín.

Él podía tocar su hilo, lo sabía, ya lo había intentado en infinidad de ocasiones. Incluso cuando descubrió sus poderes, intentó desatar el hilo de su dedo, pero fue imposible, jamás había intentado tocar el hilo rojo de otras personas, pero estaba casi completamente seguro que por accidente estuvo a punto de deshacer el nudo en el dedo de Valentín ¿Sería posible? ¿Lo había imaginado?

Esas preguntas lo atormentaron por horas, además de que no podía dejar de preguntarse qué otras cosas podrían ser capaz de hacer, después de todo, no tenía la menor idea de cuáles eran las tareas que realizaban su abuelo o su padre para ayudar al dios Musubi.

Durante sus horas de trabajo, Jasper no le dirigió la palabra, tampoco Hikaru intentó tener una conversación. Se dedicó a terminar la jornada y justo cuando salió de trabajar mientras caminaba hacia la estación del metro, sacó el teléfono móvil y marcó a su casa, antes de que timbrara la primera vez, cortó la llamada. No tenía caso preguntarle a su abuelo, estaba claro que no le diría las cosas claras. Ellos no le ayudarían, tenía que encontrar la manera de buscar respuestas por su cuenta.

•❤•

Valentín estaba confundido con la presencia de Hikaru en su casa. Pero para nada estaba disgustado. En el almuerzo tuvo que resistir el impulso de invitarlo a su casa nuevamente o de por lo menos salir a cenar juntos, no había querido ser encajoso, pero el que Hikaru se apareciera de sorpresa en su casa era una grata alegría. Y una mortificación también, ya que no había estado preparado para recibirlo, y la sorpresa en la cara de Hikaru al ver la ropa que llevaba puesta también dejó claro que él no esperaba verlo así. Valentín era un desastre en ese momento. Llevaba una camiseta de tirantes manchada y rota en algunas partes y un pantalón corto desgastado. Había estado trabajando en curtir la piel en su taller, por lo tanto, usar ropa desgastada era lo ideal, además. Por lo menos ahora estaba medio vestido, en tiempo de calor, se mantenía con unos pantalones cortos para andar en casa. Valentín era un hombre sencillo, de gustos sencillos. No era nada elegante como Hikaru.

—*Lamento si interrumpo tu trabajo.*

Dijo Hikaru con sus labios y algunos movimientos de las manos. La palabra “Interrumpo” en el lenguaje a señas no la dijo bien, pero Valentín comprendió. Además, agradeció que el hombre intentara hablar su idioma. Valentín se hizo a un lado para invitarlo a pasar. Hikaru solo entró unos pasos en el apartamento, dejando el espacio suficiente en la entrada para que Valentín cerrara la puerta. Hikaru no hizo ninguno, intentó por quitarse el abrigo o dejar el maletín. La mirada que le dirigió a Valentín era una mirada que jamás había visto en el hombre.

—Valentín…

Hizo una pausa.

>>—Si te pido cerrar los ojos un instante, ¿lo harías?

Valentín enarcó una ceja, no comprendía absolutamente nada, y tampoco entendía por qué Hikaru estaba tan serio… Valentín no dudó. Confiaba en Hikaru. Cerró los ojos. Y esperó… esperó… esperó.

Sus nervios se sentían expuestos y en carne viva, mientras esperaba que algo ocurriera. Su cerebro le decía que esto era algo extraño, pero confiaba en que Hikaru no le haría daño. No supo cuánto tiempo transcurrió, hasta que sintió que Hikaru sujetaba una de sus manos. La mantuvo por un largo momento sobre su mano, podía sentir la piel caliente de Hikaru en su palma. El sudor corría por su sien cuando la temperatura de la habitación se elevó unos cuantos grados. Valentín estaba a punto de estallar por no saber lo que quería Hikaru. Sin soltar su mano, Valentín sintió la otra mano de Hikaru en su mejilla. Abrió los ojos sin poder evitarlo. Sus ojos quedaron clavados en los ojos de Hikaru. Su mirada era indescifrable para Valentín.

—¿Qué sucede?

Preguntó. Nunca usaba su voz, ni siquiera con su familia últimamente, pero con Hikaru… se negaba a sentir vergüenza. Tenía la boca seca, sus manos sudaban y su corazón le latía tan fuerte. Valentín quedó sin aliento cuando Hikaru ahuecó su cara con ambas manos, tirando de ella hacia la suya. Sus ojos se clavaron en los labios deliciosos y tentadores de Hikaru. ¡Iba a besarlo!

Antes de que perdiera los nervios, Valentín saltó, cerrando sus labios en los de Hikaru y haciendo todo lo posible para devorar al hombre. No estaba seguro de cómo Hikaru iba a reaccionar, pero Valentín no estaba dispuesto a perder la oportunidad de probar el cielo.

Las manos de Hikaru se deslizaron hacia arriba a los lados de Valentín y luego se envolvió en torno a él, tirando de su cuerpo más cerca cuando se hizo cargo del beso, inclinó la cabeza hacia un costado para facilitar el acceso. Valentín se abrió, permitiendo a la lengua de Hikaru hacer lo que infierno quisiera. Hikaru lo empujó hacia la sala, en un principio pensó que estaba tratando de alejarlo como la última vez. Pero no. Hikaru, sin soltarlo, lo llevó hasta el sofá, empujándolo. Valentín no tuvo más remedio que sentarse, Hikaru no perdió tiempo y separó sus piernas, hasta que se sentó a horcajadas sobre él, entonces lo empujó atrás sobre el sofá, ni una sola vez rompiendo el contacto con los labios del hombre. Besar a Hikaru era como besar a una estrella fugaz. Hizo que su estómago hormigueara y su corazón latiera más rápido. Estaba sin duda fuera de este mundo. Valentín gimió cuando Hikaru se apartó de él. Quería continuar besándolo, y no quería que huyera otra vez. Valentín no podía soportarlo.

—*Si continuamos… ¿Sabes lo que sucederá, Valentín?*

Hikaru dijo las palabras lentamente para que Valentín comprendiera. ¡Oh, cielo! Estaba hablando de que ellos… ellos…

—*No te detengas.*

Dijo Valentín mientras jadeaba.

>>—*No te detengas, Hikaru.*

La mano del hombre se deslizó por su estómago, ahuecando su polla mientras se la apretaba con suavidad, su sonrisa sexi iluminando el rostro mientras miraba fijamente a los ojos de Valentín.

—¿*Alguna vez has tenido sexo con otro hombre?*

Preguntó Hikaru y Valentín enrojeció. Negó con la cabeza. Valentín podía sentir ruborizarse cuando la mano de Hikaru corría arriba y debajo de su cubierta de longitud. Un gemido salió de sus labios cuando sus caderas se movieron contra la mano de Hikaru. Valentín quería quitarse sus pantalones cortos. Quería sentir la mano caliente de Hikaru sobre su carne desnuda. Valentín estaba tan preparado que solamente anhelaba.

—¿*Has tenido sexo antes, Valentín?*

Y ahí estaba la pregunta que se negaba a contestar. Tenía veinticinco años y era virgen. Hikaru seguramente se burlaría de él. Estuvo tentado a mentir. Casi. Pero mentir simplemente no

era la personalidad de Valentín. Negó con la cabeza. Ahora seguramente Hikaru se apartaría y volvería a huir. Valentín no sabría cómo complacer a Hikaru si jamás había tenido la experiencia. Pasaron largos segundos y Valentín lo único que deseaba era desaparecer.

—Quítate los pantalones. Valentín.

Dijo Hikaru apartando la mano y levantándose de su regazo. Valentín parpadeó confundido. ¡Hikaru no estaba huyendo! Valentín se estremeció ante la mirada de lujuria de Hikaru. Valentín se levantó, sus dedos temblaron mientras empujaba sus pantalones y ropa interior hacia abajo y se los quitaba de una patada.

—Ahora la camisa.

Leyó los labios de Hikaru. Valentín agarró el dobladillo, tirándolo por encima de su cabeza, y la arrojó con el resto de su ropa que estaba en el suelo. Se quedó mirando fijamente a su ropa, temeroso de mirar a Hikaru. Tragó saliva, sintiéndose tan nervioso que tenía el estómago hecho nudo.

Valentín podía leer los sentimientos de las personas en sus rostros, esa era una de sus mejores habilidades, y ahora mismo los ojos llenos de lujuria de Hikaru estaban oscuros con el deseo cuando Hikaru pasó las manos sobre el estómago de Valentín, y luego viajaron hasta los muslos, sus dedos pasando sobre la piel hipersensible de Valentín.

—Eres espectacular, Valentín.

Hikaru lo empujó de nuevo contra el sofá. Y después trepó sobre él. Valentín ajustó su cuerpo en el sofá, dando a Hikaru todo el espacio que necesitaba. Pero ahí no tenían mucho espacio, aunque el sofá era amplio. Quería sugerir que fueran a la habitación, pero no quería romper el momento. Valentín no podía describir lo que sentía en ese momento. Estaba desesperado y ansioso y caliente como el infierno.

—¿Estás seguro?

Preguntó Hikaru. Una vez más asintió con la cabeza. Sin apartar la mirada, Hikaru se levantó un poco, lentamente se quitó el abrigo, la chaqueta, el saco, el chaleco, la corbata, y sensualmente desabotonó uno a uno los botones de su camisa. ¿Había visto algo tan sexi antes? Eso ni siquiera se compara a la película porno que su hermano Asher le dio en su cumpleaños. Cuando Hikaru abrió sus pantalones y liberó su pene, el corazón de Valentín se aceleró mientras su cuerpo se ruborizó cuando vio la polla de Hikaru. Jamás pensó que ver el miembro de otro hombre lo haría estremecer. «*Realmente voy a tener sexo*». Su rostro se sentía como que estaba demasiado cerca del sol, caliente, abrasador y rojo ardiente. Esta era su primera vez. Valentín era impotente para resistir las sensaciones en espiral a través de su cuerpo cuando los labios de Hikaru se posaron en su cuello. El hombre lo besó, dejando un rastro sobre el pecho, su pezón, y luego apretó los labios alrededor de la dura protuberancia.

—¡Hikaru!

Valentín gritó cuando sintió un sentimiento que nunca había sentido en su vida, quemar a través de él. Se arqueó, presionando su pecho contra la boca de Hikaru, con ganas de más. Quería todo.

>>— Por favor, Hikaru.

Era la primera vez que pronunciaba el nombre de Hikaru en voz alta, en ese momento no se preocupó por cómo sería su entonación o cómo lo pronunciaría o cómo Hikaru lo escucharía. Simplemente, no podía pensar en nada. Él quería más. Quería sentirlo todo, por cada centímetro de su cuerpo. Le encantó ver la sonrisa de Hikaru, era sensual. Lucía como un hombre que estaba orgulloso de sí mismo y sus acciones. A la mente de Valentín llegó el pensamiento de que a

pesar de que Hikaru era el primero para Valentín, estaba seguro de que para Hikaru no lo era. Estaba por lo menos tranquilo al saber que las anteriores amantes eran mujeres. Valentín era el primer hombre, Hikaru se lo había mencionado el otro día, a él siempre le gustaron las mujeres. Aunque ahora estaba confundido con Valentín. La palabra lástima llegó a su cabeza, pero rápidamente la desechó cuando Hikaru besó su camino hacia el otro pezón, moviendo su dedo sobre la pequeña protuberancia tensa. Valentín pensó que iba a perder la cabeza. Cada movimiento del dedo de Hikaru, cada tirón, parecía enviar sensaciones explotando a través de su cuerpo. A Valentín le dolía… Él necesitaba…

Valentín se estremeció cuando Hikaru se inclinó y acarició su lengua a través de su pezón sensible. El hombre parecía disfrutar de alternar entre sus pezones, lamiendo uno y luego yendo a tirar del otro. Su polla se endureció tanto que casi dolía.

Valentín parecía no poder recuperar el aliento. Cuando Hikaru se trasladó por el pecho hacia su abdomen, Valentín sintió cómo que él iba a arder en llamas. Cuando la lengua de Hikaru lamió la cabeza de su polla, el mundo de Valentín se estremeció por las sensaciones. Gimió cuando su cuerpo estuvo envuelto en un placer tan intenso que rayaba en dolor. Protestó cuando Hikaru apartó su boca. Jadeando miró hacia Hikaru, nuevamente temió que el hombre huyera, pero, en cambio, Hikaru sonrió justo antes de alzarse para reclamar los labios con un magnífico beso lleno de pasión y de deseo. Valentín lo sintió todo el camino, hasta los dedos de los pies. También sintió las manos que se movían sobre su cuerpo suavemente, acariciándolo, despertándolo. Hikaru cubrió la boca de Valentín, su lengua exigiendo entrar contra los labios. Era una demanda que no pudo negar cuando Hikaru agarró sus caderas y lo atrajo hacia sí. Él permitió que su lengua fuera acariciada, degustada, y, sin embargo, Valentín quería más.

Con la mano temblorosa, Valentín extendió la mano y la deslizó sobre los bíceps de Hikaru, su abdomen y a lo largo de sus hombros. Hikaru se presionó contra Valentín de nuevo, su muslo insinuándose entre los de Valentín. La presión del muslo de Hikaru hizo que el cuerpo entero de Valentín se sienta como con un nervio expuesto, sensible y receptivo al toque de Hikaru.

Hikaru rompió el contacto y se inclinó para alcanzar su chaqueta; extrajo un pequeño sobre metálico que rompió con sus dientes. Cuando levantó la cabeza, miró a Valentín con calor abrasador en sus ojos. Era una mirada que puso a temblar todo el cuerpo de Valentín.

Respiró hondo cuando Hikaru se agachó entre sus muslos y empujó un dedo lubricado en su culo. Él no lo había esperado y la quemadura fue intensa. Valentín comenzó a jadear cuando el dedo de Hikaru se movió lentamente dentro y fuera de él. Apenas tuvo tiempo para adaptarse a un dedo en su culo antes de que un segundo fuera añadido, y a continuación, un tercero. No podía detener los temblores que sacudían su cuerpo. Yacía allí, con sus labios entreabiertos y los ojos medio cerrados. Ni siquiera estaba seguro de lo que eran las emociones que corrían a través de él. Solamente sabía que no quería que ese momento terminara.

El cuerpo de Hikaru se movió sobre el de Valentín, adorando su piel con los labios. Se retorció bajo el hombre, queriendo a Hikaru más cerca. Él gimió al sentir los músculos duros bloqueándolo en su lugar, impidiéndole sacudirse. Jamás había imaginado que tener sexo se sentiría de esta manera. El placer lo consumía. Quería experimentar más de lo mismo, todo.

—*¡Hikaru!*

Abrió las piernas aún más cuando Hikaru se empujó hacia él, una de sus piernas estaba sobre el respaldo del sofá y la otra colgando en el suelo. Casi gritó en protesta cuando Hikaru le quitó los dedos. No quería sentirme vacío. Hikaru le mostró una parte de la vida de la que Valentín no sabía nada, pero ahora codiciaba más. Sus ojos se cerraron cuando Hikaru alineó su pene y

lentamente se hundió en él. Valentín sintió dolor, dolor que se transformó en algo que él jamás había sentido antes. El momento se congeló en el tiempo. Valentín abrió sus ojos para ver a Hikaru por encima de él, su cuerpo inmóvil. Se quedó mirando a Valentín, mirándolo aturdido por lo que pareció una eternidad, y entonces él sacó sus caderas hacia atrás. Valentín se sintió como si fuera a estallar cuando Hikaru comenzó a moverse. Tocó algo dentro de él, y el cuerpo de Valentín reaccionó por su propia voluntad. Él comenzó a retorcerse, con ganas de sentir esa sensación una y otra vez. Su cuerpo se había vuelto a la vida, y era todo lo que podía hacer para no llorar por el placer. Los golpes de Hikaru se hicieron más duros, su polla lo llenó hasta que sintió que se iba a romper. Su cuerpo tembló por las sensaciones que se disparaban a través de él.

Estaba seguro de haber gritado cuando Hikaru lo empaló con su polla con toda la fuerza de su cuerpo. Con una mano, Valentín se sujetó al respaldo del sofá, mientras que con la otra mano se agarraba el reposabrazos, <<*definitivamente hubiera sido mejor la cama*>>. Miró a Hikaru con asombro. Siempre había sido tan amable con él. No es que Hikaru lo lastimara porque él no lo hacía. Estaba sorprendido de que Hikaru utilizara semejante fuerza. Valentín podía ver un pequeño tic en la mandíbula apretada de Hikaru. El férreo control que tenía en las caderas de Valentín, junto con la intensa expresión de su cara, le dijo que Hikaru finalmente había perdido su rígido control. Lo que emocionó a Valentín. Fue bueno verlo tomar lo que quería, por una vez. Valentín envolvió una mano en el pelo de Hikaru y tiró su cabeza hacia abajo por un beso, mientras con la otra mano le recorría la espalda.

Los empujes de Hikaru se hicieron más urgentes y su cuerpo comenzó a temblar. Hikaru sujetó su pene y comenzó a masturbarlo casi al mismo ritmo que lo penetraba. Cuanto más duro Hikaru empujaba, más se excitaba. Justo cuando pensó que no podía aguantar más, Valentín se arqueó, lanzando su cabeza hacia atrás mientras gritaba. Valentín sintió el engrosamiento repentino de la polla de Hikaru cuando se hundió y derramó su semilla en su culo, momentos después Hikaru se derrumbó encima de él.

Valentín tiró de Hikaru a su pecho y luego los hizo rodar de manera que se enfrentaron el uno al otro. No le importaba que ellos estuvieran cubiertos de semen y sudor. O que el sofá fuera tan estrecho. De hecho, era perfecto porque obligaba a Hikaru a estar pegado a él. Tenía a Hikaru en sus brazos. Habían hecho el amor, había tenido su primera vez con este hombre y había sido maravilloso. Nada más importaba en ese momento que el hombre junto a él. Un hombre. Definitivamente, su familia tenía que perder la esperanza de que él terminaría casado con una mujer, acababa de tener un vistazo de lo que era el cielo y estaba más que decidido a no dejarlo ir.

CAPÍTULO 11

El destino no reina sin la complicidad secreta del instinto y de la voluntad.
Giovanni Papini

Hikaru había probado el tabaco cuando estaba estudiando en el instituto, fue algo más como un experimento para impresionar a los amigos y seducir a las chicas. ¿Qué chica no amaba a los hombres rebeldes? Lo dejó cuando maduró y entró en la universidad, pero ahora mismo, estaba tan ansioso por un cigarrillo que hasta estaba sorprendido. Ahora más que nunca comprendía el vicio que Jasper no podía dejar. Antes no había pensado mucho en ello, pero ahora sí.

Miró sobre su hombro, Valentín seguía fuera de combate, de verdad debería estar agotado, ya que no se había movido para nada. Hikaru se sintió el peor hijo de puta de la historia. Era la primera vez que Valentín y Hikaru lo habían follado como si no hubiera un maldito mañana y para colmo lo había hecho en el sofá. Con sus amantes, de ocasión se había tomado la molestia de llevarlas a un hotel, de hacerlo sobre una cama… Hacerlo en cualquier superficie de una casa tenía su morbo, pero por supuesto que no era para hacerlo por primera vez con un virgen.

Hikaru estaba reflexionando qué hacer a continuación. En sus otras relaciones sexuales, siempre después de terminar, se largaba; sin embargo, ahora… En cuanto las piernas le pudieron responder de nuevo, no tuvo la fuerza para alejarse tanto, se había sentado al filo del sofá y ya estaba sintiendo culpa por dejar a Valentín en esas circunstancias.

Su mirada fue hacia la mano de Valentín, la cual colgaba por un costado del sofá. Ahí estaba, el hilo rojo, y un par de horas antes, si Hikaru hubiera aprovechado la oportunidad…

¡Mierda! ¿Qué iba a hacer ahora? Había ido a casa de Valentín en un arranque de valentía y confusión, tenía que aclarar las cosas, no pudo quedarse con la duda. Cuando le pidió Valentín cerrar los ojos, él no dudó ningún instante. Tal vez darse cuenta de la confianza que el hombre tenía en él lo detuvo de haber desatado el lazo rojo. Estuvo un segundo, en cambio…

Sonrió. Había tenido sexo con un hombre, ¡con un hombre! Y tenía que admitir que había superado sus expectativas. Ahora la pregunta era… ¿Qué iba a hacer? Con cuidado sus dedos rozaron el dedo meñique de la mano izquierda de Valentín. La yema de su dedo se posó sobre el delgado nudo rojo. Sentía la textura de la hilaza. Sería tan fácil… estaba seguro de que podía desatarlo, lo sentía moverse… él no podía hacer nada con el hilo de su dedo y no entendía qué significaba que él pudiera desatar el del dedo de Valentín, pero…

Dejó la mano de Valentín y se trasladó a su mejilla, realmente estaba mal pensar que un hombre lucía adorable cuando dormía. No obstante, era innegable que con el aura tranquila de Valentín y esa inocencia innata provocaran ternura en cualquiera. Al sentir el toque de su mano en su rostro, Valentín parpadeó confundido. Hikaru sonrió. Acercó su rostro para que Valentín pudiera leer sus labios.

—Se ha hecho tarde, pediré un taxi y tú debes ir a la cama o amanecerás con dolor de cuello.

Lo había despertado por dos razones, la primera era para que no creyera que Hikaru había huido de nuevo y la segunda era porque no quería que durmiera incómodo. Ya era bastante siria la incomodidad que sentiría por sus actividades sexuales. Después de todo, lo había tomado por el culo. Ni siquiera para alguien con experiencia en esa área resultaría tan fácil. Menos para Valentín, que era primerizo.

—Quédate a dormir.

Murmuró Valentín. Debería estar cansado para usar el lenguaje a señas. Era cierto que el acento de Valentín al hablar no era normal, pero, aun así, le gustaba su voz. Cuando Valentín hablaba, sonaba como alguien que tenía la música demasiado alta y no podía escuchar; por lo tanto, alzaba demasiado la voz pensando que la otra persona no podía escuchar tampoco. Instinto. Siempre el cuerpo humano trataba de compensar una cosa con la otra. Valentín no tenía el sentido del oído para saber qué era lo que decía, era comprensible que para los demás fuera algo incómodo, para él no lo era. Comprendía la situación de Valentín, hasta lo admiraba. Él era sorprendente, como hombre, como ser humano, como persona. Mucho mejor que Hikaru, que era un hijo de perra que se estaba aprovechando de la situación.

—Mañana tengo que trabajar, debo cambiarme para ir a la empresa.

Hikaru bien podría quedarse a pasar la noche y después ir a su casa muy temprano para cambiarse, luego ir a trabajar. Pero necesitaba un poco de espacio. Y esta era la mejor excusa. Hikaru se inclinó y dejó un beso en la comisura de la boca de Valentín

>>—Te enviaré un mensaje mañana, ve a la cama a dormir.

Hikaru se levantó y se colocó la camisa.

Cuando se terminó de vestir, Valentín no se había movido del sofá. Hikaru se dio la media vuelta y lo miró. Se quedaron mirándose fijamente.

Valentín sabía que lo correcto sería levantarse y acompañarlo a la puerta. No quería que se marchara, pero comprendía que el hombre tenía que trabajar; aun así, Valentín sentía esto como una despedida. Como si fuera un niño al que estaban abandonando, habían hecho el amor, y había sido maravilloso, al menos para Valentín. Sin embargo, no sabía lo que Hikaru esperaba de él. ¿Tal vez para Hikaru fue solo sexo? Sus hermanos le habían fanfarroneado sobre algunas de sus conquistas a lo largo de los años, para ellos resultaba normal tener sexo con alguna chica y después decir adiós. Pero Valentín no era una chica y no era como sus hermanos. ¿Hikaru si lo era? Se preguntó si Hikaru era como sus hermanos, y como otros hombres, que el sexo no era más que una satisfacción física y fácilmente podrían seguir adelante sin pensar en el amante dos veces.

¿Quién de los dos daría el primer paso? Valentín estaba seguro de que quería volver a verlo, una noche no había sido suficiente. ¡Por favor! Tenía tantas cosas en la cabeza, había desarrollado tantas fantasías con Hikaru como protagonista, pero él parecía ahora como algo frío… Quizás arrepentido, no lo sabía. Valentín no estaba seguro de nada en ese momento.

—Bueno.

Murmuró Hikaru sin saber bien qué decir, miró la hora y se ajustó la chaqueta.

>>—Tranquilo, estaré bien.

Dijo Valentín, a él mismo se le hacía extraño usar su voz, pero con Hikaru no sentía vergüenza. Ahora mismo sentía que podía ser él mismo frente a este hombre… al menos eso le gustaba pensar. Hikaru lo hacía vulnerable y fuerte al mismo tiempo.

Esas palabras dejaron helado a Hikaru. La situación no le gustaba nada, ni un pelo. Tenía tantas cosas que pensar… tanto que procesar. No quería sentirme culpable. Valentín era un hombre como él. No era una frágil mujer que echaría a llorar al sentirse solo, ¿o sí? Irse de su casa, así, como si tal cosa le hacía sentirse fatal. Y no tenía la menor idea de qué palabras más decir, así que simplemente se acercó a él y lo besó de nuevo. Fue simplemente en los labios.

—Nos vemos luego.

Dijo. Después se alejó del sofá y, sintiéndose aún peor, salió por la puerta.

Valentín se quedó unos instantes, recostado en el sofá boca abajo. Solo otra vez «*Confórmate*

con lo que tienes» se regañó mentalmente. Este tipo de relaciones en las que dos personas tenían sexo casual y después todo terminaba eran normales, y él quería ser normal como todos los demás. Cerró los ojos. Pensó que muchos otros hombres en sus circunstancias estarían agradecidos por el sexo y que después estarían pensando en la siguiente ocasión en la que se acostarían con la misma persona o simplemente buscarían a otra. Pero él no quería a otro hombre. De verdad temió no volver a ver a Hikaru nuevamente o que él se negara a ser su amigo simplemente. Eso ahora hacía más difícil volver a empezar. Había observado cómo Hikaru también se sentía incómodo, como si quisiera buscar las palabras políticamente correctas para poder marcharse con su orgullo intacto. Se abrió los ojos. Esto realmente era difícil, no quería pensar, no quería dormir, no sabía qué esperar…

Como si su cuerpo tuviera mente propia, se levantó, gimió al sentir la incomodidad en su culo, pero lo ignoró. Buscó con la mirada sus pantalones cortos, se los puso y con paso firme se encaminó hacia su taller. Era el único lugar que lo reconfortaba y lograba que su alma, mente y cuerpo estuvieran en paz. Estaría bien… Valentín estaría bien… siempre lo estaba.

CAPÍTULO 12

Cada hombre tiene su propio destino: el único imperativo es seguirlo, aceptarlo, sin importar a dónde lo lleve.
Henry Miller

Hikaru sonrió sensualmente a la chica que tenía enfrente, ella le devolvió la sonrisa pícara, Hikaru se sentía como la peor mierda del mundo por hacer esto. Se sentía enfermo al coquetear con esta mujer, la estaba utilizando descaradamente, y a eso debía sumarle el sentido de culpa que estaba sintiendo. <<No estoy engañando a Valentín>> Era cierto que habían follado, pero no eran novios, ni tenían una relación, así que el que estuviera aquí intentando seducir a una mujer sin ninguna intención de llevársela a la cama, no contaba como engaño.

Sin dejar de representar su papel, sujetó la mano izquierda de la chica, ella coquetamente se pegó a su cuerpo, trato de no arrugar su nariz ante el empalagoso olor dulce de su perfume. Sin que ella notara nada sospechoso, Hikaru sujetó el dedo meñique de su mano izquierda, cerró los ojos, sentía el fino hilo rojo, pero el nudo no se movía ante el toque de Hikaru.

Dejo que la magia surgiera, fue como si su alma se desprendiera de su cuerpo, en un segundo, pudo tener una vista de ambos abrazados, era como una imagen en blanco y negro de dos cuerpos, lo único a color era el hilo rojo de la mano de la mujer, después la imagen de los dos cuerpos se fue alejando y alejando, más y más, era como si el alma de Hikaru hubiera abandonado su cuerpo y se estuviera elevando, primero tuvo una imagen del edificio donde se encontraba y el único punto de color era un destello rojo. Siguió subiendo más y más, hasta que tuvo una vista clara del planeta, era como esas imágenes que publicaba la NASA del mundo vista desde una estación espacial. Fue aterrador y al mismo tiempo fascinante, más aún cuando el pequeño destello rojo, comenzó a convertirse en una línea, la cual fue creando una trayectoria desde el punto de partida hasta el otro lado del mundo. ¡Escocia! Él no era bueno en geografía, y no sabía cómo lo supo, pero lo supo. Esa línea roja se detuvo en algún punto en Escocia. Y así de rápido como se elevó en las alturas, él regresó a la tierra y a su cuerpo de un golpe. Tuvo que tomar un segundo para aplacar su acelerado corazón. Se alejó de la mujer, cuando sintió que rozaba su oreja con su lengua.

—¿Te gusta Escocia?

Preguntó a la mujer al tiempo que intentaba alejarla de su cuerpo, ella lo miró extrañada, pasó su lengua rosada por sus labios rojos. Ni siquiera ese gesto tan sexual despertó nada en él.

—Son montañas ¿No? ¿Por qué llamaría eso mi atención? No me gusta la naturaleza

Hikaru sacó su billetera y pagó las bebidas, ella lo miró extrañada.

—Deberías considerarlo, a lo mejor unas vacaciones por las tierras altas de escocia cambiarían tu vida

Dijo tomando su chaqueta y apartándose de la barra.

La investigación de Hikaru iba progresando, pero no tanto como a él le gustaría. Miró que su reloj ya pasaba de las once de la noche, pero era relativamente temprano. Revisó su teléfono móvil, no tenía mensajes de Valentín. Más temprano, ese día, le había avisado que no podría verlo esa noche. Ni siquiera almorzaron juntos, después de haber tenido sexo, Hikaru no tenía el valor para verlo a la cara. Al menos no hasta que terminara de aclarar algunas cosas. Solo esperaba que Valentín no estuviera llenándose la cabeza con ideas equivocadas… ¿A quién

quería engañar? Claro que Valentín estaría pensado que lo había utilizado y luego se había alejado. Hikaru era un idiota. De qué otra forma podría pensar Valentín, no lo había buscado en todo el día, y solo le había enviado dos mensajes. Nada más. Necesitaban hablar de lo que había sucedido, pero él estaba tratando de aplazar el tema.

Al llegar a la calle, reconsideró sobre qué hacer. Hasta ahora, había recorrido tres bares, coqueteado con tres mujeres y el resultado seguía siendo el mismo. Hikaru había descubierto que no podía manipular el hilo de las manos de las chicas, simplemente era capaz de tratar de ubicar en qué parte del mundo se encontraba su pareja predestinada. Lo siguiente en la lista era encontrar personas que estuvieran enlazadas y tratar de averiguar qué ocurría… También considero intentar con otro hombre lo que había hecho con las tres chicas anteriores, pero… simplemente, su cuerpo protestó con la idea de tocar a otro hombre. Era otro gran descubrimiento, no era gay, no le gustaban los hombres, simplemente el que lo afectaba era Valentín. Así de jodido estaba.

En la avenida principal, detuvo un taxi y antes de siquiera pensar qué estaba haciendo, le dio la dirección del edificio de Valentín. Mientras subía en el elevador hasta el piso de Valentín, se dijo a sí mismo que necesitaba realizar otra vez el experimento con Valentín, para tratar de averiguar qué más podría hacer con ese lazo.

Al llegar frente a su puerta se acobardó, no era tan noche, pero a lo mejor él ya estaría durmiendo. Dudo un segundo sobre enviarle un mensaje avisándole que estaba en la puerta. Tal vez era mejor marcharse… Al menos lo pensó, ya que no tuvo la menor oportunidad de huir, cuando la puerta se abrió. «Mierda» Un hombre casi de la misma estatura que Hikaru lo fulminó con la mirada, de hecho, al inicio el hombre mostró sorpresa por encontrarlo al otro lado de la puerta, inmediatamente después su mirada se ensombreció. Y Hikaru supo que era otro de los hermanos de Valentín. ¡Genial! Tres de tres.

—Creo que estas no son horas de visita, señor.

Dijo el hombre, cruzándose de brazos. Su gesto y su postura eran firmes, severas, duras, ¿exmilitar tal vez? ¿Cómo se llamaba? Valentín le había hablado de sus hermanos. Hasta ahora este era el tercero que conocía, faltaba la mujer y lo único que sabía de ellos era que amaban a Valentín y odiaban a Hikaru. Comprensible.

—Soy Hikaru Kiyomizu y soy…

¿Qué era? Dudó. Amigo, novio, amante… Maldita sea, ¿Que no tener un amorío con un hombre era más fácil que con una mujer? Los hermanos de Valentín lo miraban como si él estuviera abusando de él. O intentando robar su virtud… Lo cual ya había hecho.

—Sé quién eres…

Dijo el hermano.

>>— Pero Valentín está ocupado…

—Con todo respeto.

Interrumpió Hikaru, él no tenía experiencia tratando con los parientes de su amante, o novio, o lo que fuera, ni siquiera cuando salía con mujeres se enfrentaba a esto, pero no toleraría la mierda de los hermanos de Valentín.

>>—Vengo a ver a Valentín, no a ti, que también sería correcto que se presentará… Señor.

Sujetó su móvil, le enviaría un mensaje, si él no quería verlo, entonces que se lo dijera a la cara, no a uno de sus hermanos matones.

—¿Valentín, no te ha hablado de nosotros?

—Lo ha hecho.

Dijo Hikaru.

>>—Pero se me olvidan los nombres con facilidad.

Hikaru se mostró a la defensiva.

>>—Después de todo, cada vez que me encuentro con alguno de ustedes, intentan intimidarme, espantarme, incluso hasta golpearme.

Por un instante creyó ver diversión en la cara del hombre. También no le pasó desapercibido que él mirara sus pies, resistió el impulso de seguir su mirada, ya sabía lo que buscaba: los zapatos que Valentín había hecho para él. ¿Por qué eran tan importantes?

—Soy Jeremiah.

El hombre regresó su mirada al rostro de Hikaru.

>>—Y aunque no lo creas, no soy tan idiota como Tyrone o Asher.

El hombre ríe.

>>—De quién debes cuidarte es de Elin, se cree la segunda madre de Valentín, anda con cuidado.

Hikaru asintió con la cabeza.

—Comprendo su recelo hacia mí.

Hizo una pausa y habló con sinceridad.

>>—Pero lo que menos deseo es hacerle daño a Valentín.

Hikaru notó la clara diferencia entre los tres hermanos; este, por lo menos, estaba intentando comprenderlo.

>>—Sé que es difícil de creer, pero esto es tan nuevo para mí como para él y temo que soy yo el que no es demasiado bueno para tu hermano.

—Valentín tiene la cualidad de sacar lo mejor de las personas.

Dijo Jeremiah dando un paso hacia un costado.

>>—Tienes agallas, te concedo eso.

Hikaru enarcó una ceja.

>>—Pero que sepas que, si le haces el menor daño a Valentín, no tendremos piedad contigo.

Hikaru evitó reír ante la amenaza, esta situación con los hermanos de Valentín, lo divertida.

—Si Valentín está trabajando, no quiero molestarlo.

Dijo que Jeremías le dio un golpe en el hombro y prácticamente lo empujó dentro del departamento.

—Val, siempre está trabajando, si dependiera de él, no comería ni dormiría con tal de hacer zapatos.

Hikaru notó que el hermano de Valentín llevaba puesta la chaqueta, lo cual indicaba que ya estaba de salida.

>>—Vine a cenar con él y mientras yo lavaba los platos volvió a encerrarse en su taller, todos nos pasamos por aquí de vez en cuando para sacarlo de su taller y obligarlo a convivir con el mundo exterior. No lo olvides.

Dijo el hombre antes de cerrar la puerta. Hikaru miró la puerta cerrada sin saber qué hacer, ahora mismo podría marcharse sin ningún problema, pero ya estaba aquí, quería estar ahí. Dejó su maletín en el suelo y sé que quitó la chaqueta, el saco, se aflojó la corbata y, a causa de los años de costumbre, se quitó los zapatos. Dejándolo todo en el lobby de la entrada.

Hikaru se quedó allí, en medio de un enorme hall, por lo menos tan grande como su pequeño apartamento. Pintado de un blanco cegador. Los muebles y la decoración tenían un toque femenino aquí y ahí. Estaba seguro de que a Valentín no era de los que le importaba poner

jarrones con flores o velas aromáticas. Avanzó por un pasillo a la derecha, alcanzó a divisar tres puertas; la primera resultó ser un pequeño baño.

En la siguiente puerta encontró un dormitorio vacío, observó la cama, Cielo Santo, al menos medía dos metros de ancho, aquí podría dormir durante una semana y no estar dos veces en el mismo sitio. La habitación era, como el resto de la casa, sumamente sobria, las paredes de un blanco no tan cegador, pero igualmente carentes de calor, la gran cama con armazón en madera oscura resaltaba en medio de la estancia. Cerró la puerta y se dirigió hacia la última; suponía que ese era el taller de Valentín.

Dudó antes de abrir la puerta, no sabía con qué se contaría, lo primero que se dio cuenta es que ese lugar sin duda alguna era el espacio de Valentín. Sobresalía de forma muy diferente al resto del departamento. Las paredes estaban pintadas de un color verde pistache, resaltaban muy bien los anaqueles de madera oscura. La estancia olía a cuero y a algo más que no pudo descifrar, era cierto que también estaba algo desordenada, pero en la estancia se respiraba paz, tranquilidad y armonía y eso se debía a Valentín, sin duda.

Hikaru entró, estuvo a punto de hacer algo para llamar la atención de Valentín, pero el suspiro profundo de Valentín lo detuvo. Él estaba inconsciente de su presencia, entonces él silenciosamente cerró la puerta y lo miró.

Él se inclinaba sobre una enorme mesa de trabajo, estaba trazando líneas sobre algún tipo de material blanco, estaba vestido únicamente con pantalones cortos y una camiseta desgastada, estaba descalzo, sus piernas estaban extendidas, los dedos de un pie posados en el suelo, el otro pie levantado sobre un pequeño banco de madera. Inclinado sobre la mesa como estaba, no fue nada asombroso que Hikaru inmediatamente se lo imaginaba desnudo en aquella posición, la imagen de su pene hurgando en su caliente y apretado culo, lo atormentó. Sin un pensamiento consciente, él se acercó sigilosamente.

Furtivamente, se apretó contra el cuerpo de Valentín, como si cazara alguna presa. Cuando sus manos se detuvieron para descansar ligeramente sobre sus caderas, él chilló sorprendido y tropezó mientras intentaba darse vuelta. Hikaru lo sujetó, su trasero se quedó embutido contra su frente, mientras él encontraba su equilibrio.

— ¡Hikaru! ¡Me asustaste!

Gritó Valentín. Cada vez le resultaba más fácil utilizar su voz con Hikaru. Eso le gustaba. Hikaru se separó un poco para permitirle darse la vuelta, pero solo fue un poco. En cuanto estuvieron cara a cara, lo aprisionó contra la mesa nuevamente.

—Te mentiría si te dijera que lamento venir sin avisar.

Hikaru dijo las palabras lentamente para que Valentín las comprendiera

>>— Pero tenía ganas de verte y tu hermano me dejó entrar.

La sorpresa en la cara de Valentín ante sus palabras fue muy obvia. Hikaru utilizó su asombro como ventaja. Él se alzó, llevando su cuerpo contra el de Valentín. Sus cuerpos quedaron pegados el uno contra el otro, ya que, con la mesa de atrás de Valentín, él no tenía ningún lugar donde correr. Hikaru apoyó primero sus caderas y luego su pecho contra él. Hikaru podía sentir la excitación de Valentín embutida con intimidad contra él, tan seguramente como Valentín podía sentir la suya. Parecía pura maldad sensual, las dos pollas duras, estiradas bajo la ropa. Hikaru recordó cómo se sentía el aterciopelado pene caliente de Valentín frotándose contra el suyo anoche y puso ese conocimiento en sus ojos para Valentín, mientras con cuidado, giraba su cabeza para que lo mirara, colocando un dedo debajo de su barbilla. Sintió el corazón de Valentín apresurarse en su pecho.

Hikaru se alzó sobre sus pies lo bastante como para sentir sus labios, rozar la cara de Valentín, luego tocó conmovedoramente la piel de su frente, para luego rozar hacia abajo por su larga nariz, alrededor de la curva de su pómulo, y luego recorrer su mandíbula. El aliento de Valentín era errático cuando Hikaru se detuvo en sus labios. Hikaru estaba sorprendido de sí mismo, nunca nadie, ni una sola mujer, había despertado esta ternura en él. Ser tierno con un hombre podría resultar raro, pero con Valentín, todo surgía naturalmente <<Es el maldito lazo>>.

Los labios de Valentín ligeramente fueron separados, su aliento caliente se deslizó por sobre los labios de Hikaru, hambriento por probar el calor húmedo que allí había. Él deliberadamente rozó sus labios contra los de Valentín en una manera similar a lo que había hecho la noche anterior. El angustioso quejido de la excitación de Valentín fue casi demasiado bajo como para escucharse, pero Hikaru lo sintió por todo su cuerpo.

—Juró que no venía con esta intención esta noche.

Susurró colocando un beso ligero contra la comisura de los labios de Valentín. Él hizo una pausa para besar la otra esquina.

>>—Pídeme que me detenga.

Otra pausa y un golpe de lengua contra el labio inferior de Valentín.

>>— Ordéname que me vaya.

Él puso sus labios totalmente contra Valentín, ligeramente separados mientras Valentín se mantenía firme. Hikaru tuvo que esperar un momento antes de que Valentín devolviera la presión, sus puños agarraron la camisa de Hikaru. Fue Valentín quien profundizó el beso, Valentín fue quien empujó su lengua en la boca de Hikaru, y esta vez fue el turno de Hikaru gemir excitado. La rendición de Valentín a su deseo era una de las cosas más apasionantes que Hikaru alguna vez había experimentado. Su lujuria rugió con el triunfo y él se aplastó contra Valentín, queriendo sentir cada pulgada de su musculoso cuerpo y la fuerza de su erección palpitante.

El beso continuó sin cesar, los dos hombres se alimentaron de sus bocas del mismo modo en que bebían de la pasión de cada uno. La frustración y la necesidad de Hikaru fueron vertidas en aquel beso. Hikaru se odiaba a sí mismo por utilizar de esta forma a Valentín. El hombre en sus brazos no sabía nada sobre las maquinaciones de Hikaru, o el hecho de que momentos antes estuvo tratando de seducir a tres mujeres. Hikaru era un hijo de puta y Valentín no debería confiar en él. Si Hikaru fuera un buen hombre, se mantendría alejado de Valentín, pero Hikaru no era un buen hombre, era un idiota.

Él capturó los suspiros y gemidos de Valentín en su boca y le devolvió lo mismo a Valentín. Finalmente, sus manos se enterraron en el grueso pelo de Valentín, sus caderas empujaron contra las caderas de Valentín, e Hikaru rompió el beso con un jadeo. Valentín lo agarraba con fuerza, haciéndolo levantar su culo y sosteniendo su polla embutida con fuerza contra él. Ellos estuvieron así, de pie, por una eternidad, mirándose a los ojos, hasta que su respiración se calmó. Valentín sujetó la mano de Hikaru y la colocó contra su pecho.

—Te quiero, Hikaru.

Valentín dijo cada palabra lentamente y con un sentimiento profundo que hizo estremecer a Hikaru. Si no fuera porque Valentín no lo mantenía apretadamente contra su cuerpo, se habría derrumbado contra el suelo. Hikaru recargó su cabeza contra el pecho de Valentín y miró al suelo avergonzado.

—No debes amarme.

Susurró, pero sabía que en esa posición Valentín no podría leer sus labios. Hikaru debería irse, debería dejar de jugar con Valentín, él no se merecía esto. Valentín merecía a alguien mejor que él. Hikaru se retiró y pasó sus manos sobre el pelo de los costados de la cabeza de Valentín, inclinó su cabeza hacia atrás hasta que ambos estuvieron mirándose a los ojos. Intento decir algo, cualquier cosa, quería contarle la verdad, decirle que lo que estaba sintiendo no era verdad, era a causa del hilo rojo de su mano.

— Iré a Kioto este fin de semana, a la casa de mis padres.

El dolor en los ojos de Valentín lo hizo sentir culpable, tal vez no era la respuesta que él esperaba en ese momento. Hikaru no podía devolverle esa declaración de amor, primero tenía que encargarse de un asunto, esto era algo que tenían que hacer.

>>— ¿Quieres venir conmigo? Yo me ocuparé de todo y pagaré los gastos, sólo serán dos días…

Valentín miró profundamente en los ojos de Hikaru y él vio la verdad antes de que Valentín pudiera decir las palabras.

— Sí.

Prácticamente, gritó.

>>—Iré contigo.

Valentín reía cuando Hikaru reclamó su boca otra vez. La pasión llameó a la vida entre ellos otra vez y la risa de Valentín giró a gemidos. «Eres un hijo de puta Hikaru» Dijo su conciencia, Valentín estaba pensando que Hikaru lo llevaba a conocer a su familia con una buena intención, pero no era así. No tenía opción. Si quería que su plan funcionara, tenía que seguir fingiendo por ahora.

Cuando Hikaru comenzó a arrancarle la ropa, Valentín no sabía si debía protestar o ayudarlo. Al final, él simplemente dejó a Hikaru hacerlo a su modo. Su camisa desapareció primero y el placer que recibió de solo sentir las manos de Hikaru robó su aliento. A él le mordió el labio inferior a Hikaru y él gruñó, pellizcando los pezones de Valentín entre sus dedos, haciéndolos rodar allí mientras oía los gritos bajos de placer de Valentín.

Hikaru besó el costado del cuello de Valentín y sus caderas tironearon de solo pensar en la boca caliente y mojada de Hikaru trabajando sobre sus pezones. En realidad, no podía creer que esto estuviera sucediendo. Ese día había sido un infierno. En realidad, no sabía qué pensar de Hikaru, aunque anoche fue muy amable, él se había ido, y no se habían visto en todo el día, se había puesto nervioso al pensar que tal vez Hikaru no quería volverlo a ver. Su hermano Jeremías había llevado la cena, pero no había estado de muchos ánimos para ser buena compañía, su cerebro no dejaba de mandarle mensajes sobre que había hecho algo para molestar a Hikaru. Pero ahora ahí estaba, besándolo y poseyéndolo como el día anterior.

Sin una palabra de advertencia, la cabeza de Hikaru cayó abruptamente y él mordió con cuidado cada uno de los pezones de Valentín, luego tomó el sensible pedazo con su lengua y lo tironeó. Valentín no pudo suprimir el estruendo de su gemido. Hikaru rió en silencio contra su piel ante el sonido que también reflejaba su propia emoción erótica. Hikaru se movió y lo mordió para luego lamer su otro pezón, y las manos de Valentín se izaron para agarrar su cabello y atraparlo entre sus dedos.

Cuando Hikaru pasó un dedo de una mano bajo el borde de sus pantalones cortos y ligeramente rozó con su otra mano su polla al mismo tiempo que mordía su pezón, Valentín gritó.

Hikaru no tuvo compasión, movió sus manos sobre el pene de Valentín, haciéndolo

estremecerse y suplicar. Hikaru pasó sus manos por sobre los brazos de Valentín y los colocó hacia atrás de la mesa. Valentín entendió que debía mantenerlos allí. Una vez que estuvo seguro de que Valentín no se movería, utilizó sus manos para acariciar sus brazos, su pecho, su vientre… Hikaru dejó de acariciar sus bíceps para pasar un dedo a lo largo de cada uno de sus hombros y hacia abajo a través de su pecho y sus pezones. Valentín jadeaba de deseo. Hikaru comenzó a pasar su lengua a lo largo del hombro de Valentín y luego besar por encima de su brazo. Él mordió con delicadeza el músculo, como si probara su fuerza, y Valentín gimió.

Sabía que debería sentirse avergonzado, pero por Dios, disfrutaba de cada momento de tortura de Hikaru. ¡Cómo había anhelado ser poseído nuevamente por este hombre!

Él dejó de respirar mientras miraba la mano de Hikaru bajar hasta cubrir su polla.

Valentín gimió cuando Hikaru comenzó a frotar su pene bajo la delgada tela de los pantalones cortos. Hikaru se inclinó hacia atrás, pero no quitó su mano del pene de Valentín. La presión hizo gemir a Valentín y empujó contra él. Hikaru tomó su boca tiernamente, empujó su lengua de la misma manera en que deslizaba su mano. Las manos de Valentín se movieron desde donde ellas todavía descansaban sobre la mesa. Él no pudo soportarlo más y bajó sus brazos, otra vez pasando con sus manos por el pelo de Hikaru.

Hikaru rompió el beso. Respiraba pesadamente, tan pesadamente como Valentín. Un sollozo se rasgó de la boca de Valentín cuando sintió a Hikaru agitadamente abrir los botones de sus pantalones cortos. Hikaru se distanció y empujó la ropa ahora abierta hacia abajo por sobre las caderas de Valentín, exponiendo el largo y grueso pene de Valentín, casi púrpura con la excitación.

Él se colocó sobre sus rodillas delante de Valentín. Él apenas podía estar de pie. Sus rodillas se sintieron débiles de deseo al ver cómo Hikaru se preparaba para chupar su polla.

— Hikaru.

Le dijo él y esperó que Hikaru alzara la vista.

>>— Me gusta esto. Soy muy afortunado de tenerte.

Hikaru le dedicó una mirada que Valentín no supo descifrar. Tampoco tuvo mucho tiempo de pensar en ello, ya que Hikaru se inclinó y lamió la punta del pene de Valentín, su lengua se deslizó sobre la cabeza de su pene. Valentín se estremeció profundamente, empujando sus caderas contra Hikaru. Valentín gimió, temiendo la tortura sensual que sabía que Hikaru era capaz de darle, tanta como él la deseaba. Él quería que Hikaru lo devorara. Hikaru comenzó con una serie de largas y lentas lamidas de arriba a abajo por los costados de su polla. Los estruendos de placer de Hikaru vibraron a lo largo del duro pene de Valentín y él sintió sus pelotas apretarse.

Hikaru sujetó la polla de Valentín mientras lamía a lo largo de la cima. Con la súplica de Valentín la agarró en su puño y la levantó.

Valentín no tuvo nada de tiempo para prepararse antes de que Hikaru deslizó sus labios sobre la cabeza de su hinchada erección y aplicara una succión profunda y dura, llevando su boca regularmente hasta la raíz del pene de Valentín. Valentín gritó otra vez y sus caderas tiraron, empujando su polla aún más profunda en la garganta de Hikaru.

Hikaru rió en silencio cuando introdujo en su boca el pene de Valentín. El placer de Valentín era tan intenso que parecía que veía estrellas delante de sus ojos. En cuanto Hikaru puso sus labios alrededor de la verga de Valentín otra vez, las caderas de Valentín comenzaron una serie de empujes. Él no podía controlarlo, no podía pararse, ni siquiera si lo intentara. La mano de Hikaru se posó con dulzura, pasando de arriba hacia abajo por las caderas de Valentín, como si

lo domesticara gentilmente.

Sus golpes se hicieron duros y él se aseguró de no empujar demasiado profundamente en la boca de Hikaru. De pronto Hikaru lo tomó profundamente, empujando su cabeza adelante, su boca tomó casi hasta la raíz de su pene, eso fue demasiado, demasiado intenso, demasiado placer. Él sintió su semilla reventar por su dura longitud e intentó retirarse, pero Hikaru no lo dejó. Valentín tomó los lados de la cabeza de Hikaru con fuerza, sus manos se enredaron en su pelo. Él explotó en el calor de la boca de Hikaru, gritando, doblándose y luchando para mantener sus ojos abiertos. El punto culminante fue tan intenso que casi fue doloroso y Valentín no pensó que él fuera a sobrevivir. Cuando terminó, se derrumbó como una muñeca de trapo, cayendo de rodillas. Solamente las manos de Hikaru sobre sus hombros lo mantuvieron derecho. Hikaru con cuidado lo tiró hacia delante hasta que su cabeza descansó sobre el pecho de Hikaru y su amante despacio acarició su trasero y su pelo mientras recuperaba el aliento.

Cuando estuvo seguro de que iba a vivir, Valentín provisionalmente se abrazó con Hikaru y levantó su cabeza para frotar su cara contra el cuello de Hikaru. Él se sintió entonces, condenadamente bien, mejor de lo que casi alguna vez Valentín hubiera experimentado. Esto era perfecto. Valentín se preguntó si se podría morir de felicidad. ¡Cielos! Estaba enamorado de este hombre. Él no tenía la menor idea de qué estaba a punto de hacer, pero dejó que sus instintos lo guiaran. Se separó de los brazos de Hikaru y fue por sus labios. Hikaru, sorprendido, correspondió su beso, con manos ansiosas le quitó la camisa de forma impecable y abandonó su cuello para ir besando todo su pecho. En esa posición arrodillada, Hikaru echó la cabeza hacia atrás. Me encantaron las atenciones de Valentín.

Valentín dejó de besarle el pecho para separarse un instante y mirarle fijamente, él tenía los ojos entrecerrados y una expresión contenida. Bien, eso era buena señal, iba por el buen camino. Tras pasar dos veces sus manos masajeándole el pecho se detuvo un instante en la cinturilla de los pantalones.

Pasó un dedo por todo el contorno de su cintura, bordeando los pantalones, haciéndole estremecerse. Alcanzó sus labios y le besó con pasión obteniendo una entusiasta respuesta de él, simultáneamente empezó a desabrochar el cinturón, después con toda la tranquilidad del mundo siguió el botón del pantalón, notó cómo Hikaru se tensaba. Valentín no era una persona valiente, ni segura de sí misma, pero Hikaru lograba despertar en él cosas que jamás pensó experimentar, quería complacerlo, quería hacerlo vibrar, como Hikaru lo hacía con él.

Fue bajando lentamente la cremallera, provocándole deliberadamente. Pese a su impaciencia, Hikaru lo dejó seguir, estaba realmente encantado, si Valentín quería llevar la voz cantante … Él se dejaría mimar. No pudo evitar agarrarlo por las caderas cuando él empezó a acariciar su pene por encima del bóxer, iba demasiado despacio. Se entretuvo de esa forma todo cuando quiso mientras prodigaba pequeños besos y moriscos en el pecho. Cuando estaba a punto de tomar las riendas, él le bajó parcialmente la ropa interior y los pantalones para por fin tomarlo en su mano.

Valentín no sabía muy bien cómo hacerlo, si bien lo había visto y experimentado, Valentín prácticamente seguía siendo virgen. Inclinándose bajo sus labios, abandonando sus pezones para detenerse un instante en el ombligo, la erección de Hikaru estaba en su cuello, apuntándolo, a la espera de recibir sus atenciones. Sin más, le besó en la punta, primero de forma rápida, para después, una vez superado el miedo al primer contacto, posar sus labios con más determinación. Sin la experiencia debida, pero con más voluntad que nadie, empezó a imitar los movimientos de su mano con los de su boca, provocando en Hikaru un fuerte gemido de pura satisfacción. Era extraño verse allí, ante él, sin decir una sola palabra, permitiendo que él introdujera su polla en la

boca. Pero sin saber muy bien a qué atribuirlo, si a la confianza que desde el primer momento depositó Hikaru en él, o a la atracción que sentía por este hombre. Valentín estaba allí, frente a él, chupándole la polla, sin saber muy bien si esa era la forma acertada, pero debería estarlo haciendo bien, ya que Hikaru no lo había tenido todavía.

Hikaru no podía creerlo, joder, estaba de cuclillas en el suelo, intentando no caerse, no únicamente de la impresión. Le había dejado anonadado, el placer que le estaba proporcionando no solamente era físico. Sin saber qué hacer con sus manos, las enredó en el cabello de Valentín, despeinándolo, ayudándolo con suaves movimientos. Le gustaría ir más rápido, imponer el ritmo, pero no quería ni por asomo asustarlo.

Valentín notaba cómo cada vez Hikaru se agitaba con más fuerza, cómo sus manos ejercían más presión sobre su cabeza, eso solamente podía significar una cosa, estaba al borde e iba a correrse, y él lo había logrado. Se movió aún con más rapidez, acelerando, sus manos jugaban, amasándole los testículos, recorriendo toda su longitud hasta de nuevo atraparlo en su boca.

—Valentín…

Hikaru intentó decir; pero por supuesto que Valentín no lo escucharía, tenía que advertirle de alguna manera que estaba a punto de correrse. Intento jalar su cabeza, pero él no le hizo el menor caso, continuó, más y más fuerte, llevándole al límite, hasta que él no pudo aguantar. Valentín se atragantó, pues no esperaba ese chorro líquido tan abundante y caliente, como un principiante, es lo que era en ese aspecto, tosió.

Hikaru comenzó a darle golpecitos en la espalda, ¡Joder! ¡Pobre Valentín, debía haberse mostrado más firme y apartarlo! Él jamás había estado con nadie, mujer u hombre, y aunque era la primera experiencia de Hikaru con alguien del mismo sexo, era menos complicado para él que para Valentín.

Cuando Valentín levantó la cabeza y dejó de toser, exhibió una sonrisa encantadora. Sin rastro de culpa ni de vergüenza, estaba realmente contento. Él le devolvió esa sonrisa y lo abrazó. Dios, este hombre era increíble hasta cuando se comportaba como un novato.

—¿Lo he hecho bien?

Consiguió preguntar a Valentín al cabo de unos minutos. Estaba arrodillado junto a él, aun con los pantalones a mitad del muslo, con él en brazos. No esperaba esa pregunta precisamente.

—Valentín, ¿tú qué crees?

—No lo sé.

Se encogió de hombros.

>>— No estaba seguro, pero para ser la primera vez…

Él arqueó una ceja.

>>— Bueno, supongo que habré aprobado, ¿no?

Valentín acompañaba sus palabras con algunos movimientos de sus manos, en ocasiones hablaba sin utilizar el lenguaje a señas, pero en otras mezclaba ambos, era la costumbre de no usar su voz. Con Hikaru usaba su voz, pero no quería que dejara de usar su lenguaje a señas. Hikaru seguía aprendiendo. Hikaru se rió con ganas.

CAPÍTULO 13

Lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir.
Miguel de Cervantes

—*No sé si felicitarte o darte el pésame*.

Valentín enarcó una ceja.

—¿*Por qué*?

—Mírate, *querido, tienes unas ojeras… pero al mismo tiempo tu piel está brillante y no hay cosmético en el mundo que logre esos efectos, más que sexo, sexo, sexo*.

Su hermana se echó a reír, y Valentín solo quería que la tierra lo tragara. Miró alrededor para asegurarse de que nadie la hubiera escuchado. Esa mañana ella se había presentado a su casa y lo había arrastrado para desayunar fuera. Él tenía cuatro hermanos. Tyrone era el mayor y el más gruñón, Jeremiah era el más serio y más calmado, Asher era una tormenta en todos los aspectos y su hermana Elin… A ella simplemente no le había descrito que le hiciera justicia.

—Elin, *¡por favor!*

Valentín se ruborizó y miró a su alrededor. Cualquiera que estuviera en la cafetería podía oírlos. Dudaba mucho que alguien entendiera el lenguaje a señas, pero Elin hablaba en voz alta mientras repetía las palabras con sus manos.

—*Conmigo no te hagas el interesante. ¿Estamos? Puedes contarme todo, quiero todos los detalles. ¡Por fin mi hermanito tiene novio!*

Ella frunció los labios.

>>— *Espero llevarme mejor con él que con mis otras cuñadas.*

¿Novio? ¿Hikaru era su novio? En realidad, no habían hablado sobre eso. Sus hermanos se habían declarado a sus novias, pero entre dos hombres no sabía quién era quién debería preguntar. Todo esto era tan… complicado. Valentín sonrió antes de contestar.

—*He hecho cosas…*

Dijo con sus manos, dudando en terminar la frase. ¿Era correcto que hablara de esto con su hermana? No lo sabía; sin embargo, no confiaba en que Tyrone, Jeremiah o Asher tomaran esto en serio, no quería ser blanco de sus burlas.

>>— *Yo… nunca me hubiera imaginado*

Y se echó a reír… es que esto era irreal. Ni siquiera sabía cómo describir lo sucedido anoche.

—*¡Detalles! Quiero los detalles. Valentín.*

Insistió Elin.

—*No seas morbosa*.

—*¿Morbosa? Perdona, querido. Yo únicamente quiero hacer un estudio comparativo. He hecho investigación sobre las relaciones hombre con hombre y encontré un sinfín de cosas interesantes*.

Dijo con seriedad. Valentín negó con la cabeza. En ese punto, tal vez hubiera sido mejor que el hermano encargado de checar que todo estuviera bien, hubiera sido Jeremías. Valentín no era tonto. Sabía que su familia confiaba en que él pudiera cuidarse solo. Desde que decidió tener su propio apartamento, le enviaban mensajes, lo visitaban de vez en cuando, no era raro que estuvieran al pendiente, pero desde que les contó sobre Hikaru, siempre de alguna u otra forma,

uno de sus hermanos se pasaba por su apartamento todos los días. Estaban exagerando en su plan sobre protector.

>>—¡Vamos, *Val! Eres el único hermano con el que podré conversar sobre sexo, confía en mí, es divertido*.

Ella sonrió enormemente.

>>—Dime, *¿qué tan bueno es?*

Valentín dudó. Esto no era correcto. Era su hermana, una mujer. Sin embargo, como no tenía amigos y nadie que lo aconsejara. Dudaba que sus hermanos se mostraran serios en esto. Ellos tenían mujeres, su hermana tenía un marido, un hombre. No es que Valentín se sintiera como una mujer ni nada, solo era lógico pensar que, ya que él no tendría una pareja mujer, escuchar el punto de vista de su hermana que tenía un marido le sería de mayor utilidad. Era la única opción que tenía. "Qué triste» suspirando tomó valor.

—Nunca imagine… jamás había supuesto que se pudiera disfrutar así del sexo. Nunca pensé que yo era capaz de…

Valentín manoteó a toda prisa, se puso rojo como un tomate.

—¡Santo Dios! Estoy a punto de sangrar por la nariz.

Chilló su hermana, falsamente indignada, poniéndose aún más colorada que Valentín.

>>— ¡*No puedo creerlo! ¡Qué vergüenza*!

Dio un sorbo a su café y abandonó ese tono de institutriz.

— ¿*Y?*

Valentín le contó. Más o menos. Pues se atragantaba con la tostada, la intimidad que había alcanzado con Hikaru, por suerte Elin aprobaba toda y cada una de sus acciones, pero únicamente se mostró en desacuerdo con él yendo a Japón.

—Yo no soy quién para darte consejos.

Empezó Elin de forma seria.

>>—Pero si te planteas una relación seria con él, deberías primero esperar un tiempo antes de ir a conocer a su familia. Lo conoces hace solo una semana, Valentín, y ¿ya vas a viajar fuera del país? Al clan eso no le va a gustar.

—No necesito que les guste, yo respeto las decisiones de todos, ¿por qué no pueden respetarme?

Valentín estaba molesto, ya temía que su familia se opusiera a que él viajara, siempre lo sobreprotegían, pero él ya no era un bebé.

—Valentín, no me gusta recordarte esto. Sin embargo, tú no eres como todos los demás. Viajarás a un país extranjero con un idioma diferente y tu acompañante ni siquiera sabe utilizar el lenguaje por señas.

Su hermana dijo todas esas palabras con los labios apretados y utilizando sus manos para dar énfasis a su teoría.

>>—Además, ¿qué sabes de él? ¿Quién es su familia? ¿Cuántos hermanos tiene? Asher averiguó que ese hombre solo trabaja temporalmente en la empresa y su contrato está a punto de finalizar. ¿Entonces qué sucederá?

—No sigas.

Valentín estaba a punto de llorar.

—Está bien, lo siento, sé que es duro. Pero tienes que pensar las cosas, Valentín. Ese hombre puede ser un estafador o peor.

—Pensé que todos tú me apoyarías, que tú me comprenderías.

Dijo abatido.

—*Yo te apoyo, Valentín, sabes que lo hago; sin embargo, no voy a permitir que ese hombre te haga daño*.

Valentín se puso de pie lentamente, sacó de su billetera un par de billetes, su hermana intentó tomar su mano, pero él se apartó. Alzó la vista y miró a su hermana con la mejor seriedad de la que fue capaz.

—Sé que en toda relación hay riesgo.

Dijo en voz alta sin usar sus manos, la cara de sorpresa de su hermana no se hizo esperar. Muchos años atrás, Valentín había dejado de usar su voz hasta con su propia familia.

>>—¿Cuántos noviazgos tuvo Asher antes de casarse? Y Jeremiah, ¿cuántas noches llegó a casa ebrio después de que una chica lo botara?

Hizo una pausa.

>>—¿Cuántos compromisos fallidos tuvo Tyrone? ¿Cuántas noches pasé contigo tirado en el sofá comiendo helado y dulces cuando un novio te engañaba? Dime cuántas.

Valentín estaba enojado, no recordaba alguna vez haber estado tan molesto con su familia.

—Valentín…

—Sé que soy sordo, vulnerable, inocente y no veo el mundo como ustedes. Pero merezco intentar ser normal.

Valentín intentaba no llorar.

>>—Si Hikaru me rompe el corazón, perfecto, me deprimiré, lloraré, tal vez me embriague o intente suicidarme. No lo sé. No puedo saber qué sucederá. Lo único que pido es que mis hermanos estén ahí para ayudarme como yo estuve con ustedes.

Sintió remordimiento al ver cómo a su hermana se le llenaban los ojos de lágrimas. No obstante, no se acercó a consolarla. Tenía que poner un alto a su familia, y esta era la única manera.

—Lo siento…

—Me tengo que ir.

La interrumpió. Valentín siempre acostumbraba a despedirse de su hermana y madre con un beso en la frente o en la mejilla. Esta vez no lo hizo. Recogió su abrigo y se alejó. Tenía que ser firme con su familia o seguirían siendo una intromisión.

Valentín venía tan distraído que, al bajar las escaleras eléctricas del centro comercial, no se dio cuenta del hombre mayor que lo miraba atentamente y lo esperaba al final de las escalinatas metálicas. Fue más como un presentimiento, al alzar la vista se encontró con la mirada del anciano. Él sonreía. Le sonreía a Valentín. ¿Por qué? Todo fue más confuso cuando el hombre movió sus labios y dijo su nombre. El mal día de Valentín no hacía más que comenzar.

•❤•

Al final del día, Hikaru estaba exhausto. Lo único que deseaba en ese momento era un buen baño y dormir hasta el día siguiente. Hikaru no tuvo tiempo de salir a almorzar ese día. Si su plan era ausentarse unos días, tenía que adelantar el trabajo lo más que pudiera. Su contrato especificaba que, aparte de los fines de semana, tenía derecho a un día laboral libre al mes. Llevaba un par de meses en la empresa y jamás había tenido un día libre. Por lo tanto, si partían para Kioto el viernes por la noche, podrían regresar el martes. Era un vuelo pesado y largo, solo para sábado y domingo.

Hikaru iba a meter su tarjeta para marcar su salida, cuando Jasper sin remordimiento se le adelantó. Hikaru lo fulminó con la mirada, pero no sirvió de nada. Su compañero, ni siquiera lo miró, simplemente se alejó. Jasper y él seguían en las mismas condiciones, no habían hecho los pases, y solo se hablaban para lo más indispensable. Debería estar agradecido, ya que fue lo que quiso desde el principio. Por fin podía descansar de todos esos chistes de chinos y japoneses, pero…

Ya en la calle volvió a encontrarse con Jasper. Él estaba besando a una mujer. La reconoció gracias a la fotografía que Jasper tenía en su escritorio; era su esposa. Ambos sonreían y Jasper besaba a su esposa juguetonamente en los labios, la mejilla, al parecer estaba contento porque ella había venido a recogerlo. Realmente estaban muy enamorados. Hikaru intentó controlarse, tenía que controlarse, no debería intentar saber si ella… Sintió un estremecimiento en la columna. Sus palmas comenzaron a quemarse con la energía que estaba haciendo todo el esfuerzo por controlar. No podía permitir a sus poderes surgir, porque Hikaru dañaría irremediablemente a Jasper si descubría que la mujer de la cual estaba tan enamorado ya estaba enlazada a otro. Pero esta carga de energía era más fuerte… Su vista comenzó a nublarse, las imágenes a oscurecerse y el color rojo…

—Es de mala educación entrometerse en las relaciones amorosas cuando la pareja no lo ha pedido, Hikaru-Kun.

La advertencia vino acompañada de una mano que se colocó sobre su hombro derecho. Toda la magia en Hikaru se detuvo. Recuperó la vista y la energía a su alrededor se evaporó. Hikaru se dio la vuelta tan deprisa que casi estuvo a punto de caer.

—¡Ojīsan!

No lo podía creer. ¿Qué hacía su abuelo en Nueva York?

>>—Pero cómo…

—No te he visto en mucho tiempo y así es como saludas a tu abuelo.

Su abuelo era igual y como siempre había sido, siempre tenía un aura de tranquilidad a su alrededor y una cara amable. Antes de que Hikaru pudiera hacer nada, su abuelo lo sorprendió dándole un profundo abrazo.

—¿Pero…?

—Tranquilo, Hikaru-kun, todo está arreglado.

El hombre se separó y a Hikaru lo estremeció ver esa sonrisa en el rostro de su abuelo, no era amable, no era como siempre era… No sabía cómo describirlo.

—No entiendo…

Hikaru estaba confundida, mucho.

>> —Este fin de semana iba a…

—Lo sé.

Interrumpió a su abuelo.

>>—Pero estoy aquí, vine a ayudarte y ya no tienes que preocuparte por nada.

—¿A qué te refieres?

Su abuelo palmeó su espalda.

—Pues a tu pareja predestinada, estaba claro que el Dios Musubi se equivocó, y ya lo he arreglado todo.

—¿Qué?

Hikaru clavó su mirada en su mano izquierda, instantáneamente el hijo rojo de su dedo meñique apareció, pero ahora no era un rojo brillante, era un rojo opaco, sin vida, y estaba roto.

En lugar de ser una línea roja interminable, ahora era un pedazo de cuerda de no más de diez centímetros lo que colgaba de su dedo.

>>—¿Qué has hecho?

Susurró la pregunta con un pequeño hilo de voz. Su pecho comenzó a doler. Su corazón comenzó a palpitar aceleradamente y por primera vez en mucho tiempo se sintió… vacío.

CAPÍTULO 14

No hay nada más frío que un amor que se ha ido.
Romy Schneider

—¡Dijiste que el lazo solo se podía romper en el templo!

Hikaru gritó. Jamás les había levantado la voz a sus padres o a sus abuelos, pero estaba fuera de sus casillas. Ni siquiera sabía cómo fue que se pudo controlar todo el camino hasta su departamento. Y a pesar de que Hikaru estaba fuera de sí, su abuelo estaba tan tranquilo sentado sobre la alfombra de la pequeña estancia que utilizaba como sala.

—Fue una pequeña mentira.

Su abuelo se encogió de hombros.

>>—Tenemos ciertos poderes concedidos por el Dios Musubi, por supuesto que yo tengo más práctica, si vivieras en Kioto ya hubieras aprendido un truco o dos.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el comienzo?

—Porque jamás un bendecido por el Dios Musubi ha renegado de su pareja predestinada. Tenía mis dudas, por eso quería venir a comprobar algunas cosas.

Hikaru estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba. Se acercó a la mesa y se inclinó para que sus ojos quedaran al nivel de su abuelo. Era otra falta de respeto estar de pie delante de un familiar mayor. Pero ahora mismo no le importaba ninguna mierda.

—Iba a ir a Kioto este fin de semana.

—Lo sé.

—¿Cómo? Si ni siquiera he comprado los boletos de avión, ¿cómo se supone que me encontraste?

Hikaru no le había avisado a su familia de sus planes, ni especificado la dirección exacta de donde trabajaba o vivía en la ciudad de Nueva York.

>>—¿Cómo encontraste a Valentín?

—Tengo mis secretos.

Su abuelo hizo una mueca.

>>—Pensé que estarías contento, he hecho lo que querías, ahora podrás encontrar una nueva pareja.

—¿Por qué fuiste con Valentín?

Hizo una pausa, las palabras de su abuelo penetraron su cerebro.

>>—¿Qué le dijiste, Ojīsan?

—Ubicar a una pareja es lo más sencillo del mundo, ¿no es cierto? Lo has descubierto por ti mismo. Dime qué más has aprendido.

La mirada profunda que su abuelo le dirigió hizo comprender a Hikaru que el poder que el dios Musubi le había otorgado a su familia era mucho más fuerte de lo que Hikaru era consciente. ¿Cómo su abuelo conocía todas esas cosas? ¿Cómo podría saber que Hikaru había estado explorando sus poderes? Hikaru se rindió. Cayó pesadamente sobre la alfombra. Estaba comenzando a dolerle la cabeza, cerró los ojos y enterró su cabeza en sus brazos sobre la mesa.

—Yo pude haber desatado el nudo en la mano de Valentín, pero no el mío, o el lazo de otra persona. ¿Por qué?

—Como bendecidos del Dios Musubi, tenemos demasiadas responsabilidades.

Dijo su abuelo en voz calmada.

>>—Somos sus enviados y guardianes de su templo. Un Dios necesita creyentes para existir. Por lo tanto, requiere de nuestra ayuda para que los fieles sigan orando por él.

Hikaru alzó un poco la cabeza, su abuelo era muy bueno para dar lecciones, si se lo permitían. Él podría estar hablando y hablando y jamás llegar a la idea principal.

>>—Por lo tanto, tenemos ciertos privilegios, ¿qué sería de un templo si el guardián no logra encontrar a su pareja y ser feliz?

—¿Qué quieres decir?

—Que pudiste desatar el lazo de Valentín-Kun y escoger a otra persona que tu corazón deseara de verdad.

Informó su abuelo como si estuviera diciéndole que era de noche y era hora de cenar. Hikaru se alzó de golpe.

—¿Puedo escoger a cualquiera?

—Ahora no, ya que he cortado el lazo y tendrás que esperar a encontrar a tu pareja nuevamente.

Explicó su abuelo.

>>—Pero si, si hubieras querido, habrías podido quitar el lazo y atarlo a alguien más, el problema sería ¿A quién? A menos que hubieras tenido en este momento a una persona que de verdad desearas, no hubiera tenido caso hacer ese asunto.

—¿Pude haberme enlazado con Meylin?

—Ella ya estaba enlazada a otro, Hikaru-kun.

Hikaru fulminó a su abuelo con la mirada.

—Pudiste haber roto el lazo de ellos, ¿cierto?

No era una pregunta.

>>—Tú y Otōsan[29] lo sabían, pudieron haberme ayudado con Meylin, pero no lo hicieron, dejaron que ella se fuera con Okayima.

Dio una palmada fuerte a la mesa.

>>—¡¿Por qué lo hicieron?!—

—Ella no era la indicada para ti.

—¡Eso no lo saben!

Hikaru estaba furioso, él había sufrido por Meylin, era el amor de su… vida. Al instante, una imagen de un hombre sonriente llegó a su cabeza… Valentín. Se levantó furioso.

—¿Adónde vas?

Preguntó su abuelo al verlo dirigirse hacia la puerta.

—¿Dónde crees?

Hikaru buscó en el pequeño armario unos zapatos más cómodos. Nada tenían que ver con el pantalón de vestir y la camisa, pero tenía prisa, no perdería su tiempo cambiándose de ropa.

>>—Iré a averiguar qué le hiciste a Valentín.

No quería ni pensar en qué estado emocional estaría el hombre ahora. Valentín era un hombre muy sensible.

—No le echo nada malo, le conté todo sobre nuestro legado familiar, fue algo difícil, ya que él es sordo y yo no entiendo su lenguaje. Pensé que me bombardearía con preguntas, pero en su libreta solo escribió unas dos o tres cosas.

Hikaru miró a su abuelo.

—¿Le contaste todo?

—Sí. Le conté sobre el hilo. Que ustedes eran pareja predestinada y que tal vez el Dios

Musubi se equivocó. También planteé la teoría de que su alma se había encarnado en un cuerpo masculino y no en un femenino, ya que a ti te gustan las mujeres.

—¡Ojīsan!

—Muchas cosas pudieron haber ocurrido, pero ya está solucionado. Lo tomó muy bien, aceptó que cortará el lazo, incluso realice el ritual y le informé que su nueva pareja la encontraría aquí en Nueva York.

A Hikaru se le heló la sangre. Se quedó con el pomo de la puerta en la mano.

—¿Nueva pareja?

Miró a su abuelo. Él señaló sus manos.

—Ambos encontrarán a su nueva pareja predestinada, ya sabes cómo utilizar el poder de enlace, ¿cierto? Ahora podrás encontrar a tu pareja más fácilmente, en lugar de ir a buscar a Valentín, podemos intentar encontrarte a tú…

—Siente cómo en casa, Ojīsan.

Dijo Hikaru interrumpiendo a su abuelo.

>>—No me esperes despierto.

Abrió la puerta y la cerró de un portazo.

•❤•

Ningún poder en la tierra podría haberle quitado el dolor que lo apuñaló como un cuchillo. Valentín no tuvo idea de cómo había llegado a casa en primer lugar, lo único que importaba era acurrucarse en algún rincón y tratar de procesar todo lo que estaba sucediendo. Llegó hasta su habitación y cerró la puerta, tenía que llegar a la cama, pero sus piernas comenzaron a temblar, así que terminó cayendo sobre la alfombra. Presionó su mano contra su pecho, donde el dolor parecía centralizarse.

—El dios Musubi se equivocó con ustedes, no deberían ser pareja predestinada cuando no son compatibles. Ambos necesitan buscar una mujer y formar un hogar. Hikaru tiene responsabilidades como guardián del templo y dudo que tú puedas ayudarle en algo. Está el tema de los niños, es importante que en nuestra familia existan sucesores.

Las palabras que le dijo ese hombre apuñalaban su corazón, él sabía que no era el correcto para Hikaru. Pero aun así… lo amaba. El abuelo de Hikaru le habló sobre muchas cosas que él no comprendió, no sabía quién era ese Dios Musubi, dado que él era cristiano. El hilo rojo del que hablaba… Miró su mano, ¿era cierto? ¿Él estaba unido a Hikaru de por vida? ¿Era la razón de ese lazo por la que Hikaru estaba atraído por él? Magia… tenía sentido, ya que en estado consciente dudaba que Hikaru lo quisiera como él lo quería. Porque, aunque había aceptado que el abuelo de Hikaru cortará el lazo, él seguía amando a Hikaru.

Había hecho lo correcto, no era lo suficientemente fuerte como para mantener a Hikaru con él cuando Hikaru quería ser libre. Valentín se sentía como si estuviera caminando por las brumas, en una especie de niebla adormecedora se había apoderado de él. Las lágrimas empezaron a deslizarse por la cara mientras hacía el esfuerzo por levantarse y llegar a la cama. Se dejó caer pesadamente sobre la colcha y enterró su rostro en la almohada. Las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas más rápido de lo que podía limpiarlas. Su corazón estaba roto. Hacía poco que Valentín no conocía a Hikaru, pero ahora podía vivir durante doscientos años y sabía que no lo olvidaría. El hombre estaba impregnado en su alma. No importaba que Hikaru no lo quisiera. No importaba que él pudiera encontrar a alguien más. Ambos tomarían caminos separados, pero

Valentín jamás olvidaría a su primer amor.

Su corazón le dolía muchísimo, se sorprendió de que todavía estuviera entero. Solamente se quedaría en la cama y dormiría hasta que ya no le doliera.

CAPÍTULO 15

El dolor es el principal alimento del amor, y todo amor que no se alimenta con un poco de dolor, muere.
Maurice Maeterlinck

Hikaru estaba frustrado, jamás le importó la discapacidad de Valentín, de verdad, que jamás había considerado a Valentín incapaz de nada. Hasta ahora. La realidad era que no importaba cuánto aporreaba la puerta a golpes, o timbrara a su teléfono. A cualquier persona podría molestarle el constante toque de la puerta o las llamadas, pero a Valentín no. Hikaru podría primero romperse la mano golpeando la maldita puerta o algún vecino llamar a la policía antes de que Valentín atendiera la puerta. Había mandado cientos de mensajes, pero hasta ahora nada en respuesta.

"***Por favor, estoy al otro lado de la puerta, abre, necesitamos hablar***"

Pasaron largos segundos, y nada. No sabía si Valentín estaba viendo los mensajes o no, o estaba deliberadamente ignorándolo. ¿Podría culparlo? Valentín debería estarlo odiando ahora. No tenía la menor idea de todo lo que su abuelo le había contado. Pero ahora Valentín sabía que Hikaru lo había engañado y que había intentado no estar conectado con él.

"***Valentín, habla conmigo, por favor***"

Suspiró, retrocedió unos pasos y se recargó contra la pared de enfrente, a esperar. Estaba decidido a no moverse de ese lugar hasta poder hablar con Valentín. En algún momento él tendría que salir o uno de sus hermanos aparecer. Golpearía a Jeremiah, Asher y a Tyrone de ser necesario, pero entraría y hablaría con Valentín a como diera lugar. Hikaru miró su mano, el lazo rojo se colgaba de su dedo. Esto era increíble. ¿Por qué su abuelo tuvo que intervenir? Estaba furioso, aunque su conciencia le decía que no tenía por qué culpar a su Ojīsan. Después de todo, él se lo había pedido a un inicio… Hikaru pesadamente se deslizó por la pared hacia el suelo.

Cielos, esto era una locura. ¿Qué estaba haciendo allí a esta hora? Lo más racional sería esperar hasta que las cosas se calmaran y tuviera la oportunidad de hablar con su abuelo y saber exactamente de lo que había hablado con Valentín. Pero Hikaru no podía perder tiempo, tenían que aclarar esto…

"¡***Maldita sea Valentín! Abre la puerta, tenemos que hablar***"

Si pidiéndolo, por favor, no consiguió que abriera la puerta, enojado, menos conseguiría nada. Sin embargo, Hikaru estaba molesto. Molesto con su abuelo por entrometerse, aunque al inicio él se lo hubiera pedido. Molesto con el maldito dios Musubi. Molesto con el mundo. Molestó consigo mismo por no saber lo que quería… Es cierto que en un principio renegó porque Valentín fuera hombre, porque fuera sordo y porque simplemente él no quería tener una pareja predestinada atada por un maldito Dios. Quería la libertad para escoger. Y ahora podía hacerlo, pero la verdad era…

*“**Desconozco que te haya dicho mi abuelo, no importa que haya roto el lazo, necesito verte… Quiero verte”***

Hikaru apretó los dientes, ahora ya no había ningún lazo que los uniera, según las palabras de su abuelo, ambos tendrían nuevas parejas. La sola idea lo puso inquieto y ansioso. Hikaru no creía que él fuera capaz de ver a Valentín con otra persona. Su autocontrol no era lo suficientemente bueno como para eso. Ahora lo sabía, todo estaba claro en su cabeza. Quizás reprimir y evitar las emociones durante años realmente había sido una mala idea. Él no sabía cómo lidiar con esto en absoluto. Todas estas emociones… Todo este dolor… La ansiedad… Los sentimientos… Cerró los ojos un instante, contuvo todo su poder, de ser posible jamás volvería a usarlo, no quería volver a ver el hilo rojo en su vida, se olvidaría de su legado familiar, no quería una nueva pareja… Cuando volvió a abrirlos, su corazón y su mente estaban llenos de resolución, con valentía escribió en su móvil.

“***Te amo, Valentín***”

Tres simples palabras eran su verdad, y se estaba jugando el todo por el todo. Los segundos que transcurrieron fueron los más difíciles de su vida. Llegó a considerar que Valentín ignoraría sus mensajes, o simplemente no los había visto. O simplemente Valentín ya no sentía nada por él. La noche anterior había dicho que lo quería, pero después de cortar el hilo rojo, no tenía la menor idea de cómo serían los sentimientos de Valentín ahora.

El corazón de Hikaru saltó a la garganta cuando la puerta del departamento de Valentín se abrió de golpe. Hikaru se puso de pie con la agilidad de una gacela. Su corazón cayó derecho a sus pies cuando vio la hinchazón roja alrededor de los ojos de Valentín.

—¿*Me amas*?

La voz de Valentín sonaba rasposa y los movimientos de sus manos fueron temblorosos.

—Te amo.

Dijo sinceramente.

>>—No me importa el hilo rojo, que se joda el Dios Musubi… Yo te amo, Valentín.

La reacción de Valentín a sus palabras sorprendió a Hikaru. Pero no se iba a negar a tenerlo en sus brazos o sus labios presionando contra los suyos. Gimiendo, lo agarró del pelo y le devolvió el beso, ansioso y necesitado. Hikaru lo besó más profundo, empujando su lengua dentro. El beso fue desordenado y carnal; lengua, dientes, gruñidos, jadeantes y gemidos, y él no podía besarlo lo suficientemente duro y lo suficientemente profundo. Nada tenía sentido, nada importaba, nada excepto esto.

Si le preguntaban cómo había sucedido, él no sabría cómo responder. En un instante estaban en la entrada del departamento de Valentín y al siguiente estaban en su dormitorio. Durante el trayecto se arrancaron la ropa el uno al otro sin dejar de devorarse, ni tocarse. Lo siguiente que supo fue que se estaban besando con furia, las manos en el cabello del otro. Valentín gimió en la boca de Hikaru y tiró de él, acercándose más, con más fuerza, hasta que él estaba sobre su espalda e Hikaru estaba encima de él.

Jadeando, Valentín enganchó su pierna alrededor de la cadera de Hikaru y molió sus erecciones juntas. Hikaru gimió contra su boca y lo besó con más fuerza. Valentín gimoteó cuando tuvieron que dejar de besarse para tomar un muy necesario oxígeno en sus pulmones.

Valentín abrió los ojos y miró a los de Hikaru, a pulgadas de distancia de los suyos. Las pupilas de Hikaru quedaron completamente dilatadas, y estaba respirando con tanta dificultad como él. Sus cuerpos estaban entrelazados tan estrechamente que no había espacio para que quepa un pelo entre ellos. Pero Valentín todavía lo quería más cerca. Más. ¡Con más fuerza!

—Ya no soy tu pareja predestinada.

Valentín no comprendía mucho de lo que el abuelo de Hikaru había dicho; no obstante, ya nada lo unía a Hikaru. Él pertenecía a alguien más… Sin embargo, lo que sentía por él dudaba mucho que llegara a sentirlo por alguien más. Hikaru colocó un dedo en sus labios.

—Eres mío.

Hikaru dijo las palabras firmemente, Valentín leyó sus labios y le creyó, era la convicción que vio en sus ojos. Los ojos de Hikaru vagaban por su cara antes de que repentinamente besara a Valentín de nuevo.

>>—¿Me amas, Valentín?

Preguntó, abandonando los hinchados labios de Valentín solamente para continuar con su cuello en su lugar, dejando calientes besos urgentes por su garganta y lamiendo chupetones en su piel. Valentín jadeó, apenas era capaz de pensar. Sujetó la cabeza de Hikaru y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Te amo.

Dijo las palabras colocando una mano en su pecho. Hikaru se inclinó y le dio un breve y duro beso. Excepto que el corto beso se convirtió en uno muy largo y Valentín terminó con las piernas envueltas alrededor de la cintura de Hikaru, sus estómagos y erecciones apretados uno contra el otro. Se besaron así; húmedos besos con la boca abierta, lenguas entrando y saliendo, por interminables minutos. Valentín se apartó con un gemido, jadeando en busca de aire, Hikaru rodó fuera de él. Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de Valentín.

—Espera un poco.

Dijo Hikaru saliendo de la cama y corriendo desnudo por la habitación. Al principio, Valentín no comprendía nada, hasta que vio que Hikaru extraía algo del bolsillo de sus pantalones, era un sobre de lubricante. Valentín juraba que él había tenido intenciones esa mañana de comprar algunos suministros que necesitaban, pero después del encuentro con el abuelo de Hikaru…

—Abre las piernas.

Dijo Hikaru una vez que volvió a subir a la cama con él. Valentín obedeció la orden, un segundo más tarde Hikaru estaba empujando sus muslos más abiertos y tocando su agujero con sus dedos largos y lisos, masajeándolo.

Valentín se mordió el labio inferior, sin saber si debía empujar hacia arriba o hacia abajo, y se conformó con retorcerse un poco frenéticamente. Tenía que mantener sus dientes apretados para evitar mendigar por más tiempo. Estaba muy sensible allí abajo. Demasiado sensible. Lentamente, un dedo se deslizó en él. Quemó, solamente un poco, y Valentín se cerró alrededor de él, tratando de intensificar la quemadura. Se sentía bien, y él quería más.

El rostro de Hikaru estaba tenso, con la mandíbula apretada con fuerza. Valentín se estremeció y cerró los ojos. Luego de un par de minutos, Hikaru estaba penetrándolo con su dedo, duro y profundo. Trabajó un segundo dedo al lado del primero, y esta vez hubo algo de verdadero dolor mientras el músculo se estiraba para dar lugar a la intrusión, pero añadido a la sensación, hizo que todo se sintiera más nítido y mejor. Valentín empujó sus caderas de nuevo en la mano de Hikaru y su polla consiguió ponerse más dura por las entradas y salidas de su interior, dedos rambos capturados en el borde de su agujero con cada embestida de la mano de Hikaru.

Podía sentir la presión construyéndose en sus bolas mientras los dedos follaban en él, pero no era suficiente. Todavía le sentía hueco, vacío.

Valentín gimió con voz entrecortada, Hikaru agregó un tercer dedo, y Valentín ya no podía formar palabras. Los dedos se deslizaron lentamente, dejando a Valentín sintiéndose vacío y frío.

Tomando una profunda respiración, Valentín forzó sus ojos a mantenerse abiertos. Hikaru estaba allí, sonrojado, despeinado y excitado, los ojos oscuros y salvajes, su compostura desaparecida. Era de esta forma como le encantaba verlo. Fuera de control. Hikaru por fin retiró sus dedos y luego Valentín sintió la presión de la polla de Hikaru contra su suave agujero dolorido. Hikaru deslizó sus manos bajo Valentín, levantando sus caderas.

Con el lento deslizar de la polla de Hikaru en él, Valentín renunció a pensar y solamente podía gemir, el sonido procedente de algún lugar profundo en su pecho. Echó la cabeza hacia atrás, con las manos en puño en las sábanas tan apretadas que sus dedos se sentían entumecidos. Podía sentir a Hikaru temblando encima de él. Con otra embestida, Hikaru golpeó directo en su próstata, y los ojos de Valentín se voltearon en su cabeza. Dios. Desenredando las manos de las sábanas, Valentín pasó sus brazos alrededor de la espalda de Hikaru, trayéndolo más cerca, y sus bocas se reunieron en otro hambriento y profundo beso. La sensación de su propia polla atrapada entre sus cuerpos, manchada de sudor y presumiendo, le hizo gemir. Hikaru aceleró el ritmo, y Valentín clavó las uñas en la espalda de Hikaru mientras sus ojos se cerraron y su boca se abrió con la forma de una O. Dios, él se sentía perfecto en su interior, largo y grueso, estirándolo hasta esa delgada línea entre el dolor y el placer, cada golpe volviéndolo a Valentín loco. Él estaba gimiendo y rogando por más y no podía parar.

En poco tiempo, el autocontrol de Hikaru se perdió por completo, y empezó a embestir con todas sus fuerzas. La cama crujía bajo ellos, y el olor a sexo llenaba el aire. Valentín sabía que su agarre sobre Hikaru era lo suficientemente apretado para dejar moretones, pero no podía dejarlo ir, no podía acercarlo lo suficiente. Él escarbó en los hombros de Hikaru y gruñó, torciendo sus piernas alrededor de la mitad del cuerpo de Hikaru. Su agujero estaba demasiado sensible y dolorido, y él solamente quería más, más de Hikaru, en este ángulo perfecto, rápido y brutal, chocando contra él, llenándolo tanto.

Hikaru se retiró para mirar hacia abajo en él. Sus ojos aturdidos se encontraron. Una estocada final dura y profunda, y un músculo a lo largo de la cara de Hikaru tembló, sus ojos ampliándose y sin ver. Su estómago empujó contra la polla de Valentín, duro, y Valentín arqueó la espalda mientras se corría con un grito lloroso. Su agarre fue tan fuerte en los hombros de Hikaru que probablemente sería doloroso. Él estaba diciendo algo, pero no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. En ese momento le era imposible poder concentrarse para leer sus labios. Los temblores corrían a través del cuerpo de Valentín, e Hikaru se desplomó encima de él.

—Eso fue … Yo…

Valentín logró decir, con la voz temblorosa. Hikaru hundió su rostro en su cuello, respirando con dificultad, su cuerpo pesado, caliente, y perfecto. Tan jodidamente perfecto.

CAPÍTULO 16

Me apoderaré del destino agarrándolo por el cuello. No me dominará.
Ludwig van Beethoven

Valentín se despertó bruscamente, preguntando qué lo había despertado. Le tomó un momento recordar dónde estaba y luego los recuerdos de la noche anterior llegaron a él. Él sintió una mano sobre su estómago y echó un vistazo a su lado para ver a Hikaru todavía dormido. Su mano estaba sobre Valentín mientras él soñaba. Sonrió.

Él se tomó su tiempo disfrutando de la vista de un desnudo y durmiente Hikaru. Los recuerdos de su polla llenándolo en la noche provocaron en él un agudo deseo. Él tocó la mano de Hikaru ligeramente, pasando sus dedos por sobre el brazo de Hikaru para acariciar su bíceps. Los músculos se movieron y los ojos de Valentín volaron hacia Hikaru, ahora despierto y mirándolo con vehemencia.

La mano de Hikaru se movió a lo largo del estómago de Valentín, acariciando, mientras él la movía hacia abajo y agarraba su polla, dura como una roca ahora. Valentín jadeó suavemente y despacio bombeó sus caderas, su pene siguió el movimiento dentro y fuera en el puño de Hikaru. Él sintió una presión sobre su pierna, y como miró hacia abajo, Hikaru tiró sus caderas hacia atrás, entonces Valentín pudo ver su erguida polla. Valentín la tomó y la abrigó en su propio puño. Estaba caliente, y muy dura. Los ojos de Hikaru se cerraron, y durante unos minutos los dos se movieron, empujándose mutuamente, a las manos del otro, mientras sus puños bombeaban sus pollas.

Finalmente, Valentín se separó ligeramente y liberó la virilidad de Hikaru. Los ojos de Hikaru se abrieron distraídamente y no hizo ninguna protesta cuando Valentín lo hizo caer de espaldas. Valentín se subió sobre Hikaru, con cuidado alineando su polla, para colocarla completamente sobre la de Hikaru, sus piernas se extendieron a los lados de Hikaru, sus longitudes descansaban con fuerza uno contra el otro. El peso de Valentín y sentir su polla frotándola sobre su Hikaru le provocó un delicioso temblor.

— Valentín.

Valentín leyó su nombre en los labios de Hikaru, le gustaron los gestos de su rostro al decirlo. Él estaba disfrutando de esto. Valentín comenzó a moverse, empujando sus caderas, golpeando a Hikaru con su polla. El rostro de Hikaru mostraba placer, dolor, desesperación, todo al mismo tiempo, y eso despertaba en Valentín un deseo incontrolable. Él agarró las caderas de Valentín, presionaron más firmemente contra su polla. Las manos de Valentín habían estado descansando junto a la cabeza de Hikaru, pero ahora ellas se movieron, enterrándose en su cabello. Valentín se levantó ligeramente, hasta que sus labios tuvieron un aliento de distancia de Hikaru.

Rozó con sus labios sobre Hikaru, y la lengua de Hikaru salió disparada, buscando el calor de la boca de Valentín. Su propia boca se cerró caliente y mojada sobre la de Hikaru, que empujó su lengua para enredarla con la de Hikaru mientras ellos luchaban por el predominio del beso, explorando las bocas de cada uno en un duelo silencioso. Sus caderas comenzaron a empujar más duro, más rápido, sus pollas se bombeaban de arriba hacia abajo a lo largo de cada una, acariciándose el uno al otro con sus duras, calientes, aterciopeladas longitudes. Valentín se retiró del beso, respirando pesadamente, y descansó su cabeza sobre el hombro de Hikaru. Su aliento caliente húmedo soplaba la garganta de Hikaru.

Los dos hombres gimieron con fuerza mientras se empujaban con fuerza y desesperadamente el uno al otro. Ellos se besaban desesperadamente, sus lenguas sonaban, sus dientes raspaban mientras por ellos corrían enloquecidos orgasmos simultáneos. Se quedaron abrazados durante lo que parecieron horas. Nada en el mundo exterior importaba, solo estaban ellos, pero Valentín sabía que tenían cosas de las que hablar, además Hikaru tenía que ir a trabajar. Alzo la vista para ver el reloj en la mesilla de noche. Eran las cinco de la mañana. Demasiado temprano. Pero no quería que Hikaru se fuera sin aclarar las cosas. Valentín los hizo rodar para quedar de costado, cara a cara. Acarició el rostro de Hikaru. Era un hombre muy apuesto.

—Háblame sobre el hilo rojo.

Pidió. Hikaru, al escuchar sus palabras, se tensó, alzó la vista hacia él. En sus ojos vio… temor. Hikaru sujetó la mano izquierda de Valentín y con sus dedos delicadamente acarició su dedo meñique.

—Es una leyenda oriental sobre almas gemelas.

Hikaru hizo una pausa y lo miró a los ojos.

>>— El hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo rojo se puede estirar, contraer o enredar, pero nunca romper.

—¿Tú puedes verlo?

Hikaru cerró los ojos.

—Mi familia ha sido guardián por generaciones del templo que adora al dios Musubi. Un miembro de cada generación hereda el poder de ver el hilo, entre otras cosas. Mi abuelo, mi padre y … Se suponía que debería haber sido mi hermano mayor, pero me tocó la ronda a mí.

Hikaru se movió. Con movimientos que parecieron furiosos y frustrados, se removió hasta quedar sentado con la espalda recargada en la cabecera. No le gustó que se tirara de las sábanas para cubrir su desnudez; sin embargo, entendió que de momento estaban hablando de algo que a ambos los afectaba.

—Tu abuelo dijo que huiste de Japón cuando descubriste tus poderes.

Valentín se movió hacia el centro de la cama, tenía que estar de frente a Hikaru para poder leer sus labios.

—¡No, hui!

Hikaru pasó su mano por su cabello desordenandolo todavía más.

>>—Yo no quería ser controlado por el dios Musubi, en esa época estaba muy enamorado de una mujer a la cual le iba a proponer matrimonio. Pero cuando iba a hacerlo, mis poderes aparecieron y descubrí que estaba enlazada a un amigo mío. ¿Sabes cómo me sentí?

Valentín trató de no sentirse mal al saber que Hikaru estaba enamorado de alguien más. Inconscientemente, Valentín comenzó a acariciar su dedo meñique.

—Tu abuelo cortó el hilo, ya no estamos destinados a estar juntos, tal vez tu nueva pareja sea una mujer y…

No pudo continuar hablando porque Hikaru se había movido rápidamente y le tapó la boca, ahora estaba a centímetros de su cara.

—No hables.

Dijo Hikaru.

>>—No te voy a negar que cuando te conocí estaba confundido y algo furioso. Jamás había pensado que yo podría estar con un hombre y sí, planeaba romper el lazo al principio, pero… Todo cambió. Cuando el abuelo me contó que te había buscado y lo que había hecho, me sentí…

Desesperado, vacío y... solo.

Valentín hizo que Hikaru apartara su mano.

—Soy sordo.

Murmuró.

>>—Soy inadaptado socialmente, no me gustan las multitudes y en ocasiones me encierro en mí mismo para crear mis zapatos, soy raro, obsesivo y muy obstinado.

Hikaru sonrió.

—Yo tampoco soy un gran premio, poco a poco descubrirás mis rarezas.

De repente, Hikaru se puso serio.

>>—Quiero que sepas que soy celoso y puedo llegar a ser egoísta… Sé que no debo pedírtelo, que tu vida está aquí en Nueva York, que estás muy apegado a tu familia, pero quisiera que nos fuéramos a vivir a otro lugar.

Valentín enarcó una ceja. ¿Irse?

—¿Por qué?

Él amaba a su familia, eran unos entrometidos y cotillas, pero… ¿Irse? El corazón de Valentín bombeó duro, y luchó por mantener su expresión bajo control.

—Respira, Valentín, no te obligaré a dejar a tu familia.

Hikaru colocó una de sus manos sobre su mejilla.

>>—Era una idea loca que tenía, pero al ver tu rostro la he desechado. Tengo miedo de que tu nueva pareja aparezca y te quieras alejar de mí, pero te advierto que no pienso permitirlo.

Valentín se abrazó a Hikaru. Ahora recordaba que el abuelo de Hikaru le había dicho que sus nuevas parejas estaban en Nueva York, ambos tenían posibilidades de encontrarse con ellos en cualquier momento. ¡Valentín podía perder a Hikaru!

—Me iré contigo.

Ahora irse de la ciudad tenía sentido, amaba a su familia, pero no quería perder a Hikaru. Hikaru hizo que Valentín lo soltara y lo mirara a los ojos.

—Estaremos juntos, Valentín. Suceda lo que suceda.

Hikaru sujetó su mano derecha nuevamente.

>>—He tomado la decisión de no volver a utilizar mis poderes, nos olvidaremos de la existencia del Dios Musubi y del hilo rojo. No importa ya. Rechazaré por completo mi legado familiar… Solo somos tú y yo y lo que sentimos. Podemos luchar contra el destino, sé que sí. Que el lazo de nosotros esté roto no ha perjudicado para nada lo que siento por ti.

El alivio lo golpeó, dejando las piernas de Valentín torpes; sin embargo, de todos modos, se las arregló para cerrar la brecha entre ellos. Se movió tan rápido que sorprendió a Hikaru cuando Valentín trepó sobre su regazo, pegándolo contra su pecho. Con un suspiro, Valentín presionó su frente contra la sien de Hikaru.

—No quiero perderte.

—Lo que sea que tengamos que hacer, lo haremos juntos.

Dijo Hikaru con brusquedad.

>>—Lo que sea necesario.

Valentín creyó las palabras de Hikaru y finalmente se relajó. Su pulso fuera de control lentamente se calmó mientras inhalaba el aroma de Hikaru. Los minutos pasaban, pero, aun así, no se movían. Todo estaba decidido, desafiarían a todos por quedarse juntos. No sería fácil, no obstante, lo intentarían.

CAPÍTULO 17

A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo.
Jean de La Fontaine

Al llegar a su oficina, lo primero que hizo Hikaru fue prepararse una taza de café. Después colocó su móvil a cargar. Todo había sido un maratón desde el día de ayer. Esa mañana apenas tuvo tiempo de pasar a su departamento a darse una ducha y cambiarse de ropa. Lo que le extrañó fue no encontrar ningún rastro de su abuelo. La situación lo alivió, no tenía por qué mentir. No quería enfrentarse a él. Aunque tarde o temprano tendría que hacerlo. Tenía que dejarle claro que no le iba a permitir que se entrometiera nuevamente en su vida.

—Buenos días.

Dijo Jasper al entrar en la oficina que ambos compartían.

—Buenos días.

Saludó Hikaru, era lo mismo de todas las mañanas, simplemente la cortesía de cada día. Pero él no quería esto, si ya había decidido quedarse en Nueva York, tendría que hacer las paces con Jasper.

>>—Jasper… ¿Tienes algo que hacer este viernes?

Jasper lo miró extrañado.

—Si quieres que alimente a una de tus mascotas mientras vas a Japón, olvídalo, soy alérgico.

Toda la semana, Jasper había estado molesto con él. Hikaru pensó que lo mínimo que Jasper le diría sería "*No me hables*" pero estaba comportándose como siempre.

—Creo que pospondré mi viaje a Kioto.

Informó mientras servía otra taza de café para Jasper. Su compañero enarcó una ceja cuando se lo entregó.

>>—¿Qué tal si salimos a cenar? Invita a tu esposa, quiero conocerla y quiero presentarles a Valentín.

Esto era realmente difícil, en serio, pero Hikaru estaba haciendo un gran esfuerzo. Jasper también lo sabía. La mirada pasmada que le dirigió le dijo a Hikaru que en definitiva esto no se lo esperaba.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Estás seguro de ser gay?

—No soy gay.

Hikaru gruñó.

>>—Creo que me queda mejor la etiqueta de bisexual.

Rodó los ojos.

>>—Pero no importa, quiero presentarte a Valentín, porque quiero demostrarle a él que voy en serio en esto.

Lo que los demás opinaran sobre él no le importaba. Pero ahora que las cosas estaban demasiado frágiles entre Valentín y él, ambos tenían que ganar seguridad en esta relación.

—¿Qué sucederá cuando termines tu contrato aquí?

Preguntó Jasper, receloso. No lo culpaba, Hikaru tenía fama de ser un freelance que nunca aceptaba un trabajo base.

—Espero que la empresa me ofrezca un contrato permanente; si no es así, buscaré otro empleo en la ciudad.

No le gustaba mucho quedarse en Nueva York. Temía que Valentín encontrara a su nueva pareja predestinada, aunque ambos habían jurado permanecer juntos. La magia de su abuelo y del Dios Musubi sería un temor constante sobre su cabeza, pero no quería alejar a Valentín de su familia. Jasper sonrió.

—Sí que te han pillado, amigo mío.

Jasper le dio un par de golpes en el hombro.

>>—Te ha pegado duro el amor.

Hikaru gruñó. El resto de la mañana pasó de esa manera, entre bromas y comentarios sobre el nuevo noviazgo de Hikaru. «*Novio*» ni siquiera había pensado en Valentín como novio. Sonaba raro, pero a la idea no le desagradaba. Jasper había vuelto a ser el de antes, siempre tomándole el pelo. Su desacuerdo anterior quedó en el olvido. No era como si Hikaru se hubiera disculpado por sus palabras; sin embargo, Jasper se estaba encargando de cobrárselas.

Antes de la hora del almuerzo, Hikaru recordó que su teléfono se estaba cargando y quería mandarle un mensaje a Valentín para invitarlo a almorzar.

Al encender su móvil, este se volvió loco, al instante comenzaron a aparecer mensajes, correos de voz y llamadas perdidas. Un mensaje era de Valentín deseándole buen día, pero el resto eran de su familia. Seguramente eran para asegurarse de que su abuelo estaba bien en Nueva York. Comenzó a escuchar los mensajes de voz y cada uno contenía la voz angustiada de su madre, su padre o uno de sus hermanos pidiendo que se comunicará en cuanto los escuchara. Llamó inmediatamente a su casa. Su padre contestó al segundo tono.

—Otōsan, ¿qué sucede?

Ignoró la cara de Jasper al escucharlo hablar en japonés. Nunca llamaba a su familia en la oficina, pero esto parecía una emergencia.

—Hikaru, tu Ojīsan…

Su padre hizo una pausa, e Hikaru iba a disculparse por no avisarles que su abuelo había llegado bien a Nueva York.

—Ha muerto.

A Hikaru se le heló la sangre.

—¿Qué…?

—Lo siento mucho, hijo.

—No es cierto.

Hikaru comenzó a temblarle el cuerpo. No, su abuelo estaba en Nueva York, estaba en su casa. Su padre estaba explicándole cómo el día de ayer por la mañana lo habían encontrado en el templo. Todas las mañanas su abuelo decía sus oraciones, al parecer le había dado un ataque al corazón. Hikaru escuchaba las palabras, pero no eran ciertas, él había visto a su abuelo, él estaba en Nueva York. Él… Intentó invocar sus poderes para verificar el lazo de su mano; era una prueba de que su abuelo había ido a la ciudad para cortar el lazo con Valentín. Intentó que la energía pasara por su cuerpo… Sin embargo, nada funcionó. No sentía nada, sus poderes no servían.

—Hikaru.

Él levantó la vista y Valentín estaba ahí, con Jasper detrás de él, con cara de preocupación. Hikaru no se detuvo a pensar en por qué Valentín estaba ahí, o que era incorrecto lo que iba a hacer. Simplemente sucedió. Se lanzó a los brazos de Valentín.

—Joder, Hikaru, ¿qué sucede?

Ese fue Jasper, pero Hikaru no dijo nada, enterró su rostro en el pecho de Valentín. Estaba tan confundido, no entendía nada, no obstante, lo único que importaba y necesitaba estaba ahí con él. Escuchó a Jasper hablando y se dio cuenta de que había dejado caer el móvil, ahora él hablaba con su padre. Hikaru levantó la vista para mirar a Valentín; él parecía preocupado.

—¿Viste a mi abuelo ayer?

Preguntó lentamente para que Valentín leyera sus labios.

—Sí.

—¿Mi abuelo, te hablo de mi familia y del lazo rojo del destino?

—Sí.

—¿Mi abuelo cortó el lazo?

—Sí.

Valentín contestó, con el semblante lleno de tristeza.

—Mi abuelo está muerto, Valentín.

Anunció Hikaru. La reacción de Valentín no se hizo esperar.

—No, pero… él.

—Mi familia lo encontró muerto el día de ayer en la mañana en el templo, le dio un infarto mientras decía sus oraciones.

—No…

Valentín negaba con la cabeza. Lo comprendía, era difícil para ambos aceptar que estuvieron hablando con un fantasma. Al menos Hikaru se sentía mejor al saber que no fue el único que lo había visto, nadie creería esto, ni siquiera su familia. ¿Por qué? ¿Por qué el fantasma de su abuelo fue a visitarlo? ¿Tan siquiera era posible? Y la pregunta que más preocupó a Hikaru fue: ¿Había perdido sus poderes? Se había jurado jamás usarlos, pero esto… ¿Qué estaba sucediendo?

CAPÍTULO 18

Eres el dueño de tu destino. Puedes influir, dirigir y controlar tu propio entorno. Puedes hacer que tu vida sea como quieres que sea.
Napoleon Hill

Kioto Japón, noviembre de 2017…

Durante las siguientes horas, todo fue muy confuso y muy rápido. Valentín seguía sin poder procesar todo lo sucedido. Incluso ahora que se encontraba arrodillado en medio de un gran salón con piso de madera rodeado de personas, lograba comprender todo lo que había sucedido.

El último par de horas había sido testigo como Hikaru, al lado de toda su familia, recibía los respetos y condolencias de varios amigos y conocidos. Las costumbres japonesas eran interesantes, aunque la mayor parte del tiempo no entendía nada. Si Hikaru no estaba junto a él, poco podía hacer para comprender a los demás. Todo lo complicaba el hecho de no poder leer los labios de las personas, al hablar japonés no era capaz de comprender. La familia de Hikaru podía hablar un poco el inglés y otros idiomas, ya que estaban en un templo turístico donde acudían varias personas de todo el mundo, pero solo eran palabras básicas. Así que no podía tener una gran conversación con nadie. ¿Era así cómo se sentían los demás al no poder entender su lenguaje a señas? Tal vez sí, pero ahora mismo no le importaba que lo comprendieran o no, estaba aquí para acompañar a Hikaru.

Su mirada se fue hacia la imagen del hombre en la foto rodeado por flores. No había duda, era el hombre que había conocido en el centro comercial. No lo había imaginado, pero encontrar una explicación a lo ocurrido estaba por hacer que le estrellara la cabeza. La mejor y más loca teoría que ambos tenían, era que ellos habían tenido un encuentro con el espíritu del hombre. Sacando cuentas de los horarios en los cuales ellos lo habían visto y la hora en que encontraron su cuerpo en Japón, no habría posibilidades de que el hombre hubiera ido y regresado a Kioto en un instante; era un vuelo de más de trece horas. A ese hecho había que sumarle muchos datos interesantes que antes no había notado.

El hombre había tenido una conversación con Valentín. Una conversación larga y en inglés, más personas lo vieron, al menos el mesero que los atendió en el centro comercial bebió un café, además el hombre había comido un croissant, eso no podía hacerlo un fantasma, ¿o sí?

Valentín tampoco quería pensar en el hecho de que la última preocupación del hombre antes de morir fuera Hikaru. Razón de más para que hubiera recurrido a cortar el lazo que los unía. ¿Qué significaba? ¿Qué debería de respetar la voluntad de un muerto y alejarse de Hikaru?

Regresó la mirada hacia el hombre del que estaba enamorado, vestido con esas ropas típicas japonesas. Absorbió cada detalle de su cara. Las líneas fuertes y tensas de sus facciones duras y atractivas, los brillantes ojos, la mandíbula cuadrada… Se detuvo y frunció el ceño. En realidad, Hikaru tenía un aspecto horrible. Parecía no haber dormido desde hacía días. La verdad era que tenía un aspecto tan horroroso como, probablemente, el que ofrecía él. Deseaba desesperadamente tocarlo.

Valentín bajó la vista a sus manos y respiró profundamente; las últimas veinticuatro horas habían sido una verdadera carrera. Hikaru había pedido una licencia en su trabajo para poder viajar al funeral de su abuelo. Valentín no había dudado en acompañarlo cuando se lo propuso,

su familia no estaba muy contenta con ello, pero a pesar de toda la situación, Valentín deseaba estar con Hikaru. Aunque tenía que admitir que sentía algo de escalofrío por estar ahí. No podía dejar de pensar en el hecho de que el plan de un inicio de Hikaru era haberlo llevado al templo para romper su lazo. ¿Traición? Sí, así se sentía Valentín, cada que reflexionaba en ello, pero debían superarlo, lo habían hablado, se habían perdonado y estaban intentando tener una relación. ¿Podría funcionar ahora que no eran pareja verdadera? ¿Cómo era posible que pudiera importarle tanto algo que no podía ver? Él era de otra religión, con creencias diferentes, asistía a la iglesia cada que podía y tenía fe en Dios… Pero todo esto del Dios Musubi, el hilo rojo del destino, la pareja predestinada…

Levantó la vista de golpe al sentir que alguien tocaba su hombro. Hikaru se había acercado a él y le dedicó una sonrisa cansada.

—Ven conmigo.

Hikaru le tendió la mano y Valentín no dudó en aceptar su ayuda. Estar horas de rodillas lo habían dejado entumido. Al levantarse intentó no enredarse con el pantalón del hakama[30] no había conversado mucho con la familia de Hikaru. «Aparte del idioma y la discapacidad de Valentín, ellos habían aparecido casi al final del funeral>> no habían tenido tiempo de nada. Pero nada más llegar, lo hicieron que se instalará y se vistiera de la misma forma que el resto de su familia, eso lo hizo sentir un poco bienvenido.

Valentín sintió las miradas de todos al verlos salir de la habitación, ahora comprendía cómo se sentía Hikaru en Nueva York. Valentín era un norteamericano en medio de una gran estancia llena de personas asiáticas, y no era que lo miraran feo ni nada, pero a Valentín no le gustaban las multitudes y no le gustaba demasiado llamar la atención.

Pudo respirar más tranquilo cuando llegaron al jardín. Habían llegado pocas horas atrás y estaba a punto de amanecer. El funeral terminaría al amanecer y se llevarían el cuerpo del abuelo de Hikaru para su cremación, al siguiente día, las cenizas del hombre serían depositadas en el santuario familiar. Pero ellos no estarían presentes, tenían que regresar ese mismo día a Nueva York para estar a tiempo para que Hikaru se presentara a trabajar.

Ambos caminaron por el porche de madera, uno al lado del otro, sin decir nada. Esta casa era enorme, en su vida Valentín había visto una o dos películas de *samuráis*[31] y si entonces pensaba que esas casas y los jardines que mostraban eran hermosos… comparados con la realidad, se habían quedado muy cortos. Todo era precioso y los jardines y las casas eran espectaculares, lástima que no pudieran quedarse más tiempo.

Caminaron por corredores, pasillos y más pasillos. Lo único bueno que sucedió fue que Hikaru lo tomó de la mano en algún momento del camino. Aunque no le gustaba que estuviera demasiado serio. Comprendía que la situación era complicada, pero ambos sabían que deberían hablar de lo sucedido.

En la última vuelta que dieron en una esquina, llegaron a un porche trasero. Al menos eso parecía, ya que a la distancia se habría un hermoso jardín con una hermosa vista de una montaña y a su costado la vista de varias casas a lo lejos. Ver el amanecer desde ese lugar sería fantástico, sin duda.

Guiado por Hikaru, ambos se sentaron en el borde. Hikaru arrodillado y Valentín decidido dejar que sus largas piernas colgaran fuera madera, le dolían las rodillas. ¿Cómo era posible que estas personas se la vivieran sentados o arrodillados en el piso? Se veía genial en la televisión, pero en la vida real… al menos para Valentín era incómodo. Hikaru llamó su atención para que lo mirara a la cara.

—No estaremos en el ritual antes de la incineración.

Le informó Hikaru.

—¿Por qué?

Preguntó confundido. Hikaru señaló una estancia a la lejanía. Ese lugar se veía más antiguo que todo lo demás. Volvió su vista hacia Hikaru para leer sus labios.

—El ritual se hará en el templo del Dios Musubi.

Dijo lentamente.

>>— No quiero entrar ahí.

Valentín se estremeció, tampoco quería entrar ahí… Pero era el funeral de su abuelo.

—Hikaru…

—Al amanecer nos despediremos de mi familia y nos iremos a la ciudad, puedes conocer un poco Kioto antes de irnos al aeropuerto, ¿qué te parece?

Huir, prácticamente era lo que estaban haciendo… huir de una realidad que ambos querían mejor olvidar… Sin embargo, no podían hacerlo. ¿Podían desafiar el destino?

—No podemos seguir evadiendo el tema, Hikaru.

Dijo tratando de aparentar tranquilidad que no sentía. Hikaru sujetó su mano y se la llevó al rostro, recargó su mejilla contra su palma como si fuera un gatito en busca de caricia.

—No hay nada de qué hablar, desconozco mucho sobre los poderes que mi familia ha heredado, que el abuelo hubiera hecho eso fue…

—¿Increíble?

Sugirió Valentín.

—Sí, pero iba a decir que fue mi culpa, yo presioné demasiado con este asunto al principio.

Valentín intentó no sentir dolor al recordar cómo el hombre intentó negarlo.

>>—No sé si en realidad el abuelo tenía este poder, o si sacrificó su vida por ello… No lo sé.

Valentín dudó en decirle que tal vez deberían respetar la voluntad del hombre e intentar encontrar a la nueva pareja que él había escogido para ellos. Valentín miró hacia el templo del dios Musubi. Un dios que él no conocía, pero que estaba afectando completamente su vida. Aun así, envió una petición hacia el templo y hacia el abuelo de Hikaru. Una plegaria. Un único deseo. Lo que esperaba se cumplió.

—Si es como dices, tu abuelo sacrificó su vida para darte a la pareja que querías.

—Yo te quiero a ti.

Hikaru hizo que girara su cara hacia él para que viera sus labios.

>>—Te amo a ti.

Dijo las palabras acompañadas con señas de sus manos, y Valentín sonrió.

—El mensaje me ha quedado claro.

Valentín tomó una profunda respiración.

>>—Ahora, si de verdad quieres que recorramos Kioto antes de volver a Nueva York. Deberíamos marcharnos ya, quiero llevar recuerdos para toda mi familia.

Hikaru frunció el ceño, pero no supo si fue porque mencionó a su familia o porque no le respondió con las mismas palabras de amor que él le declaró.

—Tendrá que ser un buen regalo, tus hermanos no estaban muy contentos porque vinieras conmigo.

Valentín sonrió. Sus hermanos eran muy protectores; sin embargo, eran su familia y Valentín los amaba.

—No es de mis hermanos de los que debas preocuparte, mi madre ha exigido que te lleve a

casa a una de las barbacoas que organiza cada fin de semana.

Hikaru le sonrió, no parecía realmente preocupado.

—Soy muy bueno con las damas.

—Dime eso, después de tratar con mi madre y con mi hermana.

Ambos rieron.

Después de eso, fueron a cambiarse y a prepararse para su partida. Valentín rompió el tiempo récord en darse una ducha, cambiarse, le ayudó mucho en su plan que el padre de Hikaru había ido a buscarlos para la siguiente parte del ritual e Hikaru había salido de la habitación con él. Seguramente estaba informándole que no asistirían al resto del funeral y que estaban regresando a Estados Unidos. Como fuera, eso le dio la oportunidad de llevar a cabo su plan.

Valentín logró escabullirse de la habitación y fue un milagro no haberse perdido en alguna parte de la enorme casa. Le ayudó a poder divisar las enormes cúpulas del santuario y el enorme arco color rojo que estaba a la entrada del templo.

Admitía que para esta parte de su plan había tenido que buscar en internet algo de información, poco antes había pedido al Dios Musubi un deseo, pero no creía que fuera de la forma correcta, su madre le había enseñado a hablar con Dios. Su Dios. Sin embargo, claro que para esta cultura era de forma diferente, además había visto con su hermana algunas novelas asiáticas, así que no quería quedarse con la idea de que había hecho mal las cosas.

Según las instrucciones de internet, buscó el *temizuya*[32], que según el traductor era una fuente. Fue fácil de encontrarla, según había entendido, esta fuente estaba a la disposición para que la gente se purificara. Encontró la pila de agua que suponía era el temizuya. Valentín tomó una profunda respiración antes de comenzar. El lugar estaba vacío, esperaba hacer esto bien. En primer lugar, agarró uno de los cuencos de madera con una larga agarradera de madera en un extremo y tomó un poco de agua de la fuente. Se lavó la mano derecha y luego la izquierda y finalmente tomó un trago de agua. Después enjuagó el cucharón y volvió a colocarlo en su lugar.

El segundo paso era introducir algunas monedas como ofrenda en la caja roja que estaba aún costado. Ahí se encontró con un problema, ya que él no había tenido tiempo para poder cambiar algunos dólares por la moneda nacional de Japón. Así que sacó de su cartera un billete de cien dólares. El dinero era dinero. Después de introducir el billete, tocó la campana que colgaba casi por encima de su cabeza. Cerró los ojos y se inclinó mostrando respeto y aplaudió dos veces. Según Valentín había cumplido con todos los pasos del ritual, era momento de hacer su petición al Dios Musubi.

CAPÍTULO 19

Un hombre no es otra cosa que lo que hace de sí mismo.
Jean Paul Sartre

Su familia no estuvo muy de acuerdo con su decisión de marcharse. Era una deshonra no terminar el ritual de despedida del jefe de la familia. Pero Hikaru no podía quedarse más tiempo. Su padre se enfureció con él, pero después de explicarte todo lo que había sucedido, su padre se tranquilizó un poco. Además de que quedó igual de confundido que ellos. Era increíble que su abuelo hubiera hecho lo que hizo. Claro que al principio su padre se mostró incrédulo. Pero cuando Hikaru le dijo que intentará ver el hijo rojo de su dedo para que comprobara sus palabras, su padre le creyó. Sin embargo, no le creyó porque su dedo mostraba el hilo rojo roto. Le creyó porque su padre no pudo invocar sus poderes sobre Hikaru, ni sobre Valentín, algo sin duda muy raro estaba sucediendo. Hikaru ya no tenía poderes y su padre ahora no podía hacer nada alrededor de Hikaru y Valentín. La mejor explicación que a Hikaru se le ocurrió fue que su abuelo se aseguró de que su padre no pudiera reparar lo que él había roto. Hikaru temió que, de alguna forma u otra, su abuelo se asegurará de que Valentín y él se separaran. Su padre le dijo que intentaría averiguar qué ocurría, y que estaría en contacto con él.

Por lo que restaba de su estancia en Kioto, Hikaru decidió no pensar de nuevo en este problema y se propuso que ambos se pasaran un buen día. Hacía años que no estaba en Kioto, y se propuso que ambos disfrutaran el día. Fue grandioso ver las caras de Valentín mientras recorrían la ciudad.

Visitaron la Torre de Kioto. Su forma de cohete ha generado diferentes opiniones en cuanto a su estética, pero, aun así, es un lugar de obligada visita. Desde la parte superior las vistas eran alucinantes y pudieron tener una vista impresionante de la ciudad, ya que a causa de la escasez de tiempo no pudo llevar a Valentín a todos los lugares que Hikaru quería enseñarle.

Y no se podía visitar Kioto sin pasar por la calle Pontocho, era el lugar frecuentado por Geishas y Maikos. Valentín estuvo encantado observando a las mujeres con sus vestimentas tradicionales, pero lo que de verdad le llamaba la atención, eran sus zapatos. Fue gracioso ver a un hombre tan alto como Valentín, inclinarse para intentar ver los geta[4] debajo de los ropajes de las mujeres. Valentín era la muestra de que podría alejar al hombre de los zapatos, no obstante no al zapatero del hombre. Como no quería que los acusaran de intentar espiar las piernas de las mujeres, Hikaru lo llevó al centro de la ciudad, donde encontraron una tienda de ropa tradicional japonesa. Valentín pasó una buena hora examinando cada tipo de geta, que existía.

Con plataforma, sin plataforma.

Con tacón, sin tacón.

Con tiras de piel, con lazos… no hubo un solo par que el hombre no examinara con interés.

Mientras él estaba entretenido con eso, Hikaru aprovechó para comprar un yukata para Valentín. Le había gustado ver al hombre con ropa tradicional, y esperaba que una vez que terminara toda esta locura, pudieran divertirse un poco en casa… imaginar a Valentín usando eso mientras él…

Negó con la cabeza, no era el momento para tener esos pensamientos en la cabeza.

Antes de irse al aeropuerto, pasearon más por la ciudad, recorrieron el mercado Nishiki compuesto por una serie de comercios artesanales. En el cual compraron varios regalos para la

familia de Valentín, Hikaru compró una figura de samurái para Jasper. Se sentía raro haciendo esto, pero había comenzado a pensar en Jasper más como un amigo que como un compañero de trabajo. Además, conocía muy bien al hombre, y seguramente lo torturaría durante meses si Hikaru regresaba y no llevaba un recuerdo de Japón.

Su aventura por Kioto terminó casi al atardecer, y ambos esperaban en la sala de espera ser llamados pronto para abordar su vuelo de regreso a Nueva York. Mientras aguardaban en la sala de espera, Hikaru se acercó a los ventanales de cristal para observar el despegue y aterrizaje de los aviones. Se preguntó cuándo volvería a Kioto otra vez, definitivamente no sería en un futuro cercano. Deliberadamente, él estaba negando sus orígenes y sus herencias familiares, estaba furioso con el dios Musubi, y tristemente estaba furioso con su abuelo. Era esto último lo que más le dolía. Valentín se colocó a su lado, por un segundo, ninguno dijo nada.

—¿No has pensado en volver a vivir en Kioto?

Preguntó. Hikaru giró su rostro hacia Valentín para que leyera sus labios.

—No lo he considerado, pero no creo que pueda adaptarme a vivir de nuevo en este continente, mi lugar está en el lado yanqui[6]

Ambos riñeron ante el comentario.

>>—No te preocupes, volveremos de visita, todavía te falta conocer el placer de las aguas termales de este lugar.

Al comprender sus palabras, Valentín se sonrojó y miró a los lados, preocupado porque alguien más los escuchara. Eso no mortificaba a Hikaru, fue una sorpresa darse cuenta de que ya no le importaba que Valentín fuera hombre. De que ahora tuviera la etiqueta de ser gay por estar con él o que creyeran los demás.

—Tu familia está aquí.

Dijo Valentín, acompañando sus palabras con unas señales de manos. Aunque ahora le resultaba más sencillo a Valentín hablar delante de los demás, seguía con la costumbre de hacer señas. No le molestaba, al contrario, Hikaru debería hacer un esfuerzo por seguir practicando el lenguaje a señas.

—Tú eres mi familia.

Dijo con señales de manos. Valentín se quedó pensativo unos segundos. Pareció llegar a una resolución, ya que tomó valor y dio un paso hacia Hikaru.

—¿Qué sucederá con el don de tu familia? ¿No te harás cargo del templo cuando falte tu padre?

Y ahí estaba, la pregunta en la cual él no había querido pensar.

>>—Además… somos hombres, no podemos tener hijos, ¿Quién heredará tu don?

Hikaru se aproximó hacia Valentín y colocó una mano en su mejilla.

—Ya no tengo mi don, y mis hermanos tienen hijos, alguno de ellos puede heredar los poderes. Por lo general el poder se manifiesta a la edad de veintiún años, no creo que el Dios Musubi sea tan tonto como para dejar su templo sin guardianes.

—Pero hay una mujer…

Hikaru se apartó como si Valentín lo hubiera golpeado.

—¡No hay nadie, Valentín! Estaré contigo, no me importa que exista una mujer predestinada para mí, soy tuyo y eres mío, ¿pensé que había quedado claro?

Dolor en el pecho atacó a Hikaru, la idea que llegó a su mente no le gustó para nada.

>>—A menos que tú hayas cambiado de parecer y quieras buscar a tú…

No pudo terminar la frase, Valentín cubrió su boca con una de sus manos, después pegó su

frente a la de él, cerró los ojos.

—Lo siento.

Se disculpó.

>>—Yo te amo, no quiero a nadie más.

Hikaru sonrió detrás de la mano de Valentín, apartó la mano y le dio un rápido beso en los labios, antes de abrazarlo rápidamente. A su alrededor muchos los miraron con curiosidad, pero a él no le importó, lo único que necesitaba en ese momento era el consuelo de su amante.

Poco después anunciaron su vuelo y ambos tuvieron que separarse para ir a embarcar. Cuando estaban esperando en la fila para abordar, Hikaru recordó algo al ver la caja que Valentín llevaba en las manos y que cuidaba como si fuera el mayor de los tesoros, por supuesto que lo hacía, eran unos zapatos artesanales japoneses que llevaba para su colección. Hikaru hizo que Valentín lo mirara.

—¿Puedo preguntarte algo?

Valentín asintió con la cabeza.

>>—¿Por qué tus hermanos parecieron algo molestos al enterarse de que me habías regalado unos zapatos?

Valentín abrió los ojos con sorpresa, después se sonrojó y apartó la vista. No le contestó inmediatamente porque la fila comenzó a avanzar, abordaron el avión y se fueron directamente a sus lugares. Estaba abrochando su cinturón de seguridad cuando Valentín sujetó su mano.

—Si por mí fuera, no vendería mis creaciones, pero necesitaba el dinero, para ayudar a mi familia y poder independizarme.

Hizo una mueca.

>>—Los zapatos de mi línea al comercializarlos puede haber desde cien a un millón de pares iguales, cualquiera puede comprarlos en cualquier número que deseen. Se venden en masa. Pero he diseñado y confeccionado con mis manos un par único de zapatos para las personas especiales para mí, es la forma de transmitir mis sentimientos hacia esa persona. No hay un segundo par igual al que he diseñado para mis padres, mis hermanos… O para ti.

Sintió una extraña tensión en el pecho, una sobrecogedora ternura hacia el hombre sentado a su lado.

—Aún no me conocías bien, cuando me los diste.

—Sentí atracción por ti desde el primer momento que te vi, no sé si era el hilo o no, yo no soy de tu religión. Después me hablaste y me trataste como una persona normal. Quería ser tu amigo, pero surgió algo mucho más de lo que yo esperaba.

Toda emoción conocida circuló por el cuerpo de Hikaru, y maldijo la mala suerte que tenía al estar sentado en un avión en medio de otras cuarenta personas. Hikaru sonrió, se inclinó y pegó su frente contra la de Valentín.

—Vamos a casa.

CAPÍTULO 20

La manera en que una persona toma las riendas de su destino es más determinante que el mismo destino.
Wilhelm Von Humboldt

Nueva York diciembre de 2017…

Valentín no había estado de ánimo ese día para ir al orfanato. Pero su madre y hermana habían insistido, ya que la fundación Wilding patrocinaba este lugar desde hace cinco años. Valentín era el invitado especial a la pastorela navideña que se organizaba cada año. Valentín no se sentía cómodo con esto. Después de que comenzara a hacerse famosa, su línea de zapatos se vio con mucho dinero en las manos que simplemente no necesitaba. Así que había comenzado a destinarlo a buenas causas. Los niños con problemas y sin padres fueron la mejor opción. No hacía esto para hacerse famoso o para hacer un lavado de conciencia con lo que ganaba. No sentía culpa por tener dinero, simplemente quería contribuir con algo. Desde su infancia, él fue un niño con problemas auditivos, pero tuvo a su familia para apoyarlo. Sus padres hicieron cuanto fue posible para que Valentín no quedara sordo, pero su problema neurológico simplemente no quiso abandonarlo. Ahora convivía con él y no le molestaba tanto como debería.

Estos niños no tenían padres, el apoyo familiar era tan importante como el dinero. Valentín jamás ostentaba lo que tenía, no lo necesitaba, simplemente usaba lo básico para poder vivir. Sus padres siempre los educaron de esa manera. Había estado apoyando a este orfanato en particular porque era una institución ligada a la iglesia que ellos frecuentaban. No hacía esto por publicidad, nadie sabía de su contribución, ni siquiera a Hikaru le había contado sobre esto.

Valentín apretó los dientes, era duro ser consciente de que un mes no bastaba para conocer a una persona, esa mañana había tenido toda la intención de invitarlo a acompañarlo. Pero las cosas simplemente no estaban bien. Ni siquiera sabía si querría pasar la noche de Navidad con él y su familia. Unos días atrás le preguntó sobre cómo era que los japoneses celebraban la Navidad, él le contestó que era una costumbre cristiana que en su país había adoptado también, pero era más como un aspecto de decoración y comercio.

En Japón, las calles y comercios por estas fechas se engalanan e inundan de luces de colores y decoraciones con motivos navideños. Pero, una vez pasado, el 25 de diciembre, se retiran rápidamente para preparar la verdadera celebración de los japoneses: el fin de año y el Año Nuevo.

Para Valentín, como para muchas familias de su religión, la Nochebuena y la Navidad era una época para pasarlo en familia, en cambio, para los japoneses es solo una celebración normal que generalmente celebran en pareja. Hikaru le contó que, en Japón, en Nochebuena, se puede ver a las parejas paseando en la calle disfrutando de las hermosas decoraciones o simplemente teniendo una cita para cenar en algún restaurante con cierta elegancia. En resumen, Hikaru y Valentín no podían ser más diferentes.

Había pasado un mes desde la muerte de su abuelo y aunque relativamente estaban las cosas bien entre ellos, Valentín simplemente no podía relajarse. Se sentía como si estuviera caminando por la cuerda floja y en cualquier momento caería en picada, y esa mañana todo se agravó cuando le propuso a Hikaru vivir con él. Fue duro darse cuenta de que Hikaru aún no estaba cien

por ciento seguro sobre ellos. Habían acordado quedarse juntos, sucediera lo que sucediera, pero las palabras se las llevaba el viento. Así que en ese momento Valentín no tenía la menor idea de nada. Sintió que tocaban su brazo y levantó su vista.

—*Estás muy distraído*.

Acusó su hermana.

>>—*Con esa cara asustas a los niños*.

Los movimientos de las manos de su hermana mostraban determinación, aunque él no escuchara nada. Podía distinguir por los movimientos de las manos y las facciones de una persona, sus sentimientos. Su hermana estaba molesta, parecía una madre reprendiendo a su niño.

—*Lo siento*.

Se disculpó sinceramente. No tenía excusas, ni podía contarle qué sucedía a su hermana. Su familia todavía tenía reservas en cuanto a cómo Hikaru se trataba. Con sus hermanos había perdido la esperanza de que en alguna ocasión aceptaran a Hikaru, pero en su hermana y sus padres había más aceptación por el hombre.

El recorrido por el asilo de huérfanos tomó más de una hora porque los niños se congregaban a su alrededor, encantados por tener visitas. Más aún, por tener dulces antes de cenar. Valentín había tomado la decisión de llevar caramelos para repartir. ¿Qué niño no amaba los dulces? Valentín dejó que su hermana y madre se encargaran de las conversaciones con la directora del orfanato y los demás directivos. Valentín no necesita diplomacia y a Lagos, ayudaría, así que simplemente necesitaba una lista de todas las necesidades que tuvieran y se encargaría de que se cumplieran. Valentín estaba haciendo todo lo posible para simplemente caminar tranquilamente y fingir que no era un polvorín de nervios. Los niños en realidad lo hacían sentir mejor. A pesar de su situación, estaban alegres y emocionados con la nueva compañía, que rompía la monotonía de sus días. Y Valentín no podía dejar de responder igualmente a sus sonrisas y risas. Valentín llegó a la conclusión de que el orfanato estaba abarrotado de niños, este lugar estaba sobrepasando su capacidad y eso no era bueno. Los niños tenían que tener espacio apropiado para poder vivir y la directora del lugar les dijo que habían comprado un terreno para construir nuevas instalaciones. Una mirada a su madre le bastó para que ella asintiera y comenzará a preguntarle sobre ese proyecto. La directora encantada comenzó a explicarles que pretendían hacer un nuevo edificio con dormitorios más amplios y este edificio adecuarlo para hacer aulas de estudio y espacios de recreación. Para Valentín sonaba bien la idea, solo que le gustaría ver los planos primero y dar alguna que otra sugerencia. En ese momento sintió su móvil vibrar en su bolsillo. Sin querer ser grosero, se apartó del grupo para revisar su móvil; acaba de sentir que le había llegado un mensaje. Era Hikaru, sintió su corazón correr a mil al ver el nombre de su amante en la pantalla.

“No llegaré a dormir esta noche, saldré a beber con Jasper.”

Toda la alegría que llegó a sentir segundos antes, salió volando por la ventana de su corazón como una parvada de pájaros que migraban hacia el sur. Como no confiaba en el temblor de sus dedos, respondió “ok”. En ocasiones, Valentín no sabía cómo lidiar con la manera en que Hikaru manejaba las cosas. En cuanto una situación se ponía difícil, Hikaru se alejaba para pensar y tomar decisiones. «*Siempre huye*». Era la verdad. Hikaru siempre corría para evadir los problemas. Desde que regresaron de Japón, no había vuelto a mencionar a su abuelo, ni siquiera

habían hablado sobre cuándo regresarían a Japón de visita nuevamente y ni siquiera sabía si Hikaru había llamado a sus padres para simplemente saludar.

Negó con la cabeza, dudaba que alguna vez llegara a comprender a este hombre. Pero, aun así, lo amaba demasiado. Una enorme puerta de madera oscura llamó su atención, era una puerta diferente a las demás, esta tenía el picaporte demasiado alto como para que un niño lo alcanzara. Valentín llamó la atención de su hermana Elin y le señaló la puerta.

—*Pregúntale a la directora qué es lo que hay detrás de esa puerta.*

Pidió Valentín, señalando ese lugar. Ella asintió y comenzó a hablar con la directora.

—Oh, en esa área están los niños especiales.

Les dijo la directora. Valentín leyó sus labios con cuidado. La mujer estaba nerviosa y hablaba demasiado rápido.

>>—Son niños con alguna discapacidad o que requieren un cuidado más especial.

La directora dudó un segundo, antes de agregar.

>>— También hay niños que fueron objeto de malos tratos, y no pueden relacionarse con otros niños.

Su madre y su hermana pusieron cara de profunda tristeza. Valentín había palidecido considerablemente, pero al mismo tiempo sus labios se afinaron con desaprobación. Ser diferente no era una causa para tenerlos apartados.

—¿Podemos entrar?

Preguntó Valentín. Todos se asombraron al escucharlo hablar. Hasta su madre y hermana no estaban acostumbradas a escucharlo emitir palabras. Sonrió internamente. Hikaru al parecer era el único que tal vez lo conocía mejor que los demás.

—¿Está seguro?

Preguntó la directora. Ella miró nerviosamente a la hermana de Valentín.

—Sí, por favor.

Respondió Elin. Fue más una orden que una pregunta.

—Por supuesto.

Las puertas no estaban cerradas con llave, lo que sorprendió a Valentín. De modo que no estaban tratando de mantener a los niños en el interior, solo protegiéndolos del exterior. El pasillo estaba en silencio. Era oscuro, pero Valentín vio unas ventanas al final, y las puertas de varias habitaciones estaban abiertas, y todas ellas tenían ventanas también. Era solo el día gris y triste infectando el orfanato. En esta sección olía a desinfectante.

—Muchos de estos niños son muy temerosos. No les gusta que los toquen demasiado, temen a los extraños, a los ruidos fuertes, a ese tipo de cosas.

Explicó la directora. Su hermana iba a traducir sus palabras, pero ya que la mujer había hablado directamente hacia Valentín, había podido leer sus labios.

—¿Han sido abusados?

Preguntó Elin en un susurro. Le gustó que su hermana se adelantara a su pregunta.

—Algunos sí.

Dijo la mujer con profunda tristeza.

>>—Es difícil llegar a ellos, pero hacemos lo que podemos para que logren superar lo sucedido.

Tan pronto como entraron en la sala, varios niños gritaron o gimieron angustiados y salieron corriendo. Estaba claro que muchos de esos niños eran como los había descrito la directora del lugar. Su corazón se rompió ante las expresiones de incomprensión en sus caras y ante la bondad

de la mujer a cargo de la sala, que trató de calmar a los niños que estaban más angustiados. Los más pequeños se acurrucaron en sus faldas y buscaron consuelo en ellas. Todos miraban asustados a Valentín, tal vez porque era el único hombre del grupo o el más grande. No importaba, lo que menos deseaba era causar angustia en estos niños. Era mejor marcharse. Estaba a punto de decirle a su hermana que era mejor irse cuando su atención se centró en una pequeña niña que estaba apoyada contra la pared en una esquina. Los estaba mirando con recelo, pero sus ojos eran claros e inteligentes. Y lo miraba determinadamente, como retándolo a acercarse. Tenía miedo, claro, pero también le quedó claro a Valentín que ella estaba decidida a luchar si alguno de los recién llegados atacaba. Ella estaba dispuesta a defenderse sola y no fue como otro de los niños que corrió en busca de protección de la profesora del lugar. Esa determinación en ella le gustó.

—¿Por qué está ella aquí?

Preguntó Valentín señalándola.

>>—La niña en el rincón.

La directora saltó un poco al escucharlo hablar tan bruscamente, pero se recompuso rápidamente.

—¿Vanessa?

La mujer sonrió.

>>—Ella tiene un carácter difícil y no ha dicho una palabra desde que llegó con nosotros. Ha estado aquí casi un año. El doctor dice que no hay nada malo con ella, que puede hablar, pero no conseguimos que emita ni un sonido, tiene solo cinco años.

—¿Qué sucedió con su familia?

Preguntó Valentín, dando un paso hacia la niña, y Vanessa pegó las manos contra la pared detrás de ella; sus ojos enormes se abrieron con miedo. Valentín rompió el contacto visual con la pequeña Vanessa, quien se desplomó de alivio sobre la pared. Miró a su hermana para que le tradujera la respuesta que había dicho la directora.

—*No tiene a nadie.*

Dijo su hermana que, en el lenguaje de señas, vio el temblor en las manos de su hermana. Ella sentía tristeza, impotencia y frustración por la suerte que habían tenido estos niños. La comprendía, ni el hombre más valiente podía llegar a este lugar y no sentir nada.

>>—*Fue encontrada a punto de morir en la calle. Nunca ha dicho su nombre, así que fue bautizada con el nombre de Vanessa por el ministro del lugar*.

Valentín sonrió a su hermana y a su madre tranquilizadoramente.

—Me quedaré aquí un rato, ustedes pueden seguir recorriendo el lugar.

Su hermana y su madre sonrieron.

—Nosotros nos encargaremos de todo, toma tu tiempo, cariño.

Dijo su madre. Valentín no esperó respuesta de la directora, no estaba pidiendo su permiso y dudaba que la mujer le negara nada. Después de todo, las donaciones de Valentín eran lo que mantenían a flote a este lugar. Valentín no pensó mucho en lo que estaba haciendo, simplemente sentía que era correcto estar ahí y era más correcto tratar de acercarse a esa pequeña. Sin mirar a la pequeña, Vanessa se acercó a la pared del fondo y se sentó en el suelo a pocos metros de la niña. Valentín no le dirigió una mirada, simplemente se sentó y estiró sus largas piernas. Se quitó la corbata y la colocó en el suelo. Sacó del bolsillo de su chaqueta una tira de cuero color rojo y el estuche de costura. Era una manía que tenía, siempre cargaba con algo de sus materiales de trabajo. Si la ocasión lo ameritaba, siempre podía ponerse a trabajar en algún lapso de tiempo

que tuviera libre, estuviera donde estuviera. Ahora mismo, necesitaba hacer una flor para el broche de una zapatilla.

No miró a nadie en la habitación. Ni siquiera a la niña, Valentín comenzó a trabajar en coser los bordes de la tira piel para crear un dobladillo que le permitirá darle a la flor algo de vuelo. Pasaron los minutos hasta que sintió a la pequeña niña moverse lentamente en su dirección cada vez más cerca de Valentín. Algunos de los otros niños se acercaron a Valentín curiosos por lo que estaba haciendo, pero Vanessa les ahuyentó. Eso lo hizo sonreír. Y su sonrisa fue aún más amplia cuando Vanessa finalmente se sentó junto a él, sus pequeños deditos tocaron la tira larga de piel que colgaba sobre las manos de Valentín. ¿Por qué hablar con alguien que no quiere hablar de nuevo? Era sencillo para Valentín comprender eso, estaba seguro de que la gente había estado hablando con ella sin parar, tratando de hacerla decir algo. Pero no era necesario, si ella no deseaba hablar, no tenían por qué forzarla.

Valentín miró los ojos enormes de la pequeña mientras trabajaba, tocaba y tiraba de la tira de cuero color rojo. Esos ojos enormes de fascinación y curiosidad le recordaron a alguien, a él mismo, cuando era niño. Cuando acudía al taller de su abuelo, lo miraba trabajar sin que ambos dijeran una palabra. Las palabras en ocasiones estorbaban y hacían daño. Las acciones y los sentimientos no. Valentín sonrió. Dándose cuenta después de horas de que había hecho mal al juzgar a Hikaru. Por supuesto que la situación no era fácil para ninguno de los dos, pero era aún más difícil para él. Valentín había crecido y vivido sin saber de la existencia del hilo rojo del destino, pero eso era legado de la vida de Hikaru. Comprendía sus temores. O tal vez no. Valentín se había olvidado de lo esencial, no tenía que tener en cuenta las palabras, sino las acciones de Hikaru. El hombre lo amaba. Estaba seguro de ello, no tenía por qué decepcionarse porque no quería vivir con él. También respetaría si él no quería pasar la Navidad con Valentín. Tenía que darle tiempo, ser paciente y esperar que él mismo viniera por su propia voluntad hacia Valentín. Él vendría, estaba seguro de ello. Hikaru jamás lo dejaría y Valentín tampoco lo haría. Estaban unidos por algo más que un simple hilo rojo.

Valentín apartó un mechón de cabello de la carita de querubín de Vanessa, ella lo miró con esos hermosos ojos grandes color chocolate, pero no parecía asustada. Valentín sonrió, le entregó el trozo de cuero y con cuidado le indicó cómo tirar del hilo que Valentín acaba de coser; ella lo hizo. La tira de cuero comenzó a juntarse y arrugarse y en un instante Vanessa tuvo una hermosa rosa de cuero en sus manos. Ella sonrió encantada. Esa hermosa sonrisa hizo que toda la tormenta oscura que Valentín tenía en su interior lo abandonara, acababa de salir el sol.

•❤•

—¿Vas a contarme qué es lo que te pasa?

Preguntó Jasper a su lado, al tiempo en que pedía otro par de cervezas.

—No me sucede nada.

Aseguró, pero su rostro y la forma tan rápida que contestó no fueron muy convincentes para Jasper. Él tenía la habilidad de poder descifrar todo lo que Hikaru trataba de ocultar, al igual que Valentín. No había nada que pudiera ocultarle al hombre.

—Venga, cuéntame, ¿acaso hay problemas en el paraíso gay? ¿Has descubierto que no te gusta que te den por culo?

Hikaru fulminó a Jasper con la mirada; el hombre ya estaba medio ebrio.

—Eres un ser repugnante, no sé cómo tu esposa te soporta.

Jasper se encogió de hombros.

—Me ama, soy el hombre de su vida.

Unas semanas atrás, Hikaru había conocido a la mujer. Ella era dulce y una buena mujer, comprendía por qué Jasper estaba tan enamorado, era la mujer perfecta para su compañero. Hikaru negó con la cabeza y dio un trago a su cerveza. Observó a su alrededor, este bar era un poco más ruidoso de lo que a él le gustaría. Pero era fin de semana. Jasper lo había invitado a salir a tomar unos tragos después del trabajo y Hikaru había aceptado, necesitaba pensar. Aunque con la música de rock pesado que invadía la estancia tal vez no lo conseguiría, en nada cuadraba la decoración navideña y esa música. Hikaru miró su móvil, no tenía mensaje de Valentín, más temprano le había enviado un mensaje avisándole que no iría a su departamento porque saldría con Jasper. Valentín simplemente le había contestado un "Ok". Esa respuesta fría le confirmó que el hombre todavía estaba molesto <<*O herido*>>.

Había pasado un mes desde la muerte de su abuelo y seguían juntos. Amaba a Valentín. Pero como todo en las parejas, no siempre era todo perfecto. Tenían sus pequeños desacuerdos. Y todavía ni siquiera vivían bajo el mismo techo. Que esa era la razón principal del problema, anoche Valentín le había propuesto que se mudara a vivir con él. Hikaru no supo qué contestar, es cierto que tenía su apartamento, pero se pasaba la mayor parte del tiempo con Valentín. ¿Por qué dudar en hacerlo oficial? Pero Hikaru dudaba, y Valentín, lo sabía. La amenaza de que tarde o temprano alguno de los dos podría encontrar a su persona predestinada seguía pendiendo de sus cabezas y eso causaba cierta inseguridad en cada uno. Habían acordado luchar y quedarse juntos, pero del dicho al hecho había mucho trecho.

Estar enamorado de Valentín era lo mejor que le había podido ocurrir, no dudaba de sus sentimientos, el hombre era fantástico y en este mes había logrado conocerlo mucho mejor, era inteligente, divertido, tierno. Se estaba convirtiendo en su mejor amigo y en muchas cosas que Hikaru necesitaba. Claro que era un poco complicado adaptarse a las necesidades de Valentín y a su intensa familia. Pero lo estaba consiguiendo. Ahora podía comprender mejor el lenguaje a señas y ya no le extrañaba tanto cuando Valentín se levantaba a las dos de las mañanas a trabajar en su taller porque se le había ocurrido un nuevo diseño de zapato.

Era maravilloso poder despedirse de alguien en las mañanas y ser recibido por la noche. El departamento de Hikaru era un lugar frío, pero en casa de Valentín se sentía como en un hogar. Hasta hacer los quehaceres del hogar era divertido con él. A Hikaru le encantaba el orden, algo que no se podía decir mucho de Valentín. Su taller era una zona prohibida para entrar con el sacudidor y la escoba. Le encantaban sus fines de semana de ocio en la casa viendo deportes, comiendo comida rápida y follando como conejos. También amaba sus noches tranquilas de juegos de ajedrez. Para Hikaru era como si hubiera pasado toda una vida con Valentín. Pero simplemente había transcurrido un mes. Había un largo camino por delante, y era momento de tomar decisiones, pero él no estaba seguro de nada aún.

Estaba pidiendo otra cerveza cuando Hikaru sintió que su vista se nublaba, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y energía a su alrededor comenzó a fluir.

—Demonios.

Susurró, él sabía que era esto.

>>—No, no, no.

Su cuerpo, por iniciativa propia, se giró en el banco, buscando. Todo a su alrededor se volvió blanco y negro, y el sonido estridente de la música se silenció. Todo a su alrededor se desvaneció, excepto la mujer que acababa de entrar en el bar. Era impresionante con esa

impactante combinación de pelo negro, piel blanca, ojos azules y labios rojos. Y ese cuerpo... qué demonios, tenía un cuerpo ante el que cualquier hombre aullará de deseo. Extremidades largas y torneadas, un trasero muy redondo y unos pechos turgentes. Cuando sintió que su mano izquierda se calentaba, más específicamente su dedo meñique, comenzó a desprender un destello rojo de color. Hikaru salió de su ensoñación, cubrió su mano izquierda con su mano derecha, como si intentara ocultar algo, era un intento inútil, pero no importaba. Luchó con todas sus fuerzas por reprimir sus poderes. ¡Esto no debería estar pasando!

—Amigo, ¿estás bien? Te has puesto pálido.

—Tengo que irme.

Hikaru se levantó, agarró su maletín y su chaqueta. Sacó unos dólares y los puso en la barra.

—¿Estás bien?

—Sí, solo… Nos vemos el lunes.

Apresuradamente, se dirigió hacia la puerta. Rodeo una de las mesas para intentar no acercarse a la mujer. Sintió la mirada de ella sobre él, pero Hikaru luchó con todas sus fuerzas y logró abandonar el bar. Salió a la fría y nevada calle de Nueva York. Aspiró bocanadas de aire helado tratando de calmarse, rápidamente caminó hacia la avenida para detener un taxi y le dio la dirección de su apartamento. El corazón le martilleó en el pecho, su mano izquierda no dejaba de temblar. ¿Por qué? ¿Por qué? <<*Era lo que habías deseado*>> Una voz le contestó en su cabeza, Hikaru cerró los ojos. ¿Algún día dejaría de pagar por haber renegado de su pareja predestinada? Tal vez no, este era su castigo. Hikaru había deseado una hermosa mujer, y la tenía ahora.

En su mente apareció la cara de Valentín, sonriendo.

Recordó cómo era pasar un fin de semana en casa, sin hacer nada.

Las horas que pasaban en la sala, Hikaru viendo el juego en la TV y Valentín leyendo un libro.

Sus múltiples juegos de ajedrez subidos de tono.

Las mañanas en que Valentín le preparaba el desayuno y lo despedía antes de irse al trabajo.

Los mensajes que se enviaban durante el día.

La forma en que lo defendía de sus hermanos.

Pero, sobre todo, recordó todo lo que sentía por ese hombre, la forma en que Valentín lo había cambiado y lo apreciado que era para Hikaru.

Hikaru sintió que recuperaba la calma y le dio al chofer del taxi otra dirección. Jasper tenía razón, la mayor parte del tiempo Hikaru era un idiota, pero sabía reconocer sus errores y era muy bueno disculpándose.

Cuando llegó al apartamento de Valentín, pensó que lo encontraría en su taller trabajando, pero el lugar estaba oscuro y en silencio. Solamente una pequeña luz iluminaba la sala de estar, sonrió. Aunque le había avisado que no llegaría a dormir con él, Valentín había dejado esa luz que encendía para él siempre, sin importar que Valentín siempre lo esperaba.

Sonriendo, se dirigió a la habitación, trató de no hacer ruido para no despertarlo, se desnudó y se metió en la cama con su amante, lo atrajo hacia sus brazos por la forma en que Valentín se tensó, supo que el hombre se había despertado, pero ninguno dijo nada.

Durante mucho tiempo estuvieron así en la cama, Hikaru lo sostenía contra su pecho y sus manos recorrían su espalda lisa y suave.

—¿Estás bien?

Por fin preguntó Valentín. Hikaru sabía que Valentín presentía que algo había ocurrido. Valentín se giró en los brazos de Hikaru y alzó la mirada.

>>—¿Hikaru?

Hikaru salió de sus pensamientos y miró fijamente los ojos de su amante.

—¿Cásate conmigo?

Pidió. Valentín lo miró intensamente.

—¿Qué dijiste?

Hikaru se tragó el nudo en su garganta.

—Quiero casarme contigo, y no quiero mudarme a tu apartamento, quiero que busquemos otro lugar que escojamos ambos, y por supuesto que nos repartamos los gastos.

Ese era uno de los tantos problemas entre ellos. Valentín tenía mucho mayores ingresos que Hikaru. Y no quería que los demás pensaran que estaba con él solamente por eso. Valentín era un hombre de gustos sencillos que jamás derrochaba su dinero u ostentaba sus cuentas bancarias. Pero, aun así. Hikaru se sentía un poco intimidado ante eso.

>>—Te amo, Valentín, nada me haría más feliz que decidieras compartir tu vida conmigo.

Hikaru se maldijo a sí mismo por el temblor en su voz. Pero ya estaba, esa era su decisión. Su desafío al destino. Escogía sobre todas las cosas al hombre que tenía en sus brazos, sin importar que el Dios Musubi tuviera otros planes para ellos. Valentín no dijo nada, solo sonrió y se inclinó hacia delante. Besó sus labios rápidamente, antes de seguir bajando y besando cada centímetro de su piel. Pasó su lengua por el vello que iba desde su ombligo hasta la pretina de sus calzoncillos.

—¿Por qué quieres casarte conmigo y no solo vivir juntos?

Preguntó Valentín, mirándolo a los ojos. Hikaru tuvo que recurrir a todo su autocontrol para concentrarse en su pregunta. Sus manos temblaron mientras Valentín besaba su abdomen. Esos besos parecían calentar su piel en cualquier lugar que los labios de Valentín lo tocaban. Valentín ya no era el amante tímido e ingenuo que de hace un mes. Y eso le encantaba. Lo volvía loco, le encantaba que Valentín hubiera ganado más seguridad en sí mismo. Él era único y especial y el que fuera sordo no era ningún impedimento para que cualquier hombre o mujer lo deseara y lo amaran. Cuando Valentín detuvo sus atenciones, Hikaru supo que estaba esperando una respuesta a su pregunta.

—Quiero contraer contigo el más grande de los compromisos posibles.

Valentín besó su ombligo, y poco a poco fue subiendo hasta detenerse en su pezón izquierdo. De pronto todo el cuerpo de Hikaru se estremeció.

>>—Cásate conmigo, Valentín.

Hikaru rogó suavemente.

—Matrimonio…

La lengua de Valentín chupó su pezón, tomándolo dentro de su boca.

—¿Acaso no crees que puedo ser un buen marido para ti?

Hikaru consideró por un segundo que, tal vez, Valentín no quería aceptar su propuesta esperando que la pareja predestinada apareciera. ¿ Qué había ocurrido con Hikaru? Tal vez él conoció…

—¿Esposo? Me gusta cómo suena esa palabra.

Valentín bromeó pasando sus manos por el pecho de Hikaru. Hikaru lo miró fijamente. No había malestar ni lástima en sus ojos, pero lo que veía era una inalterada lujuria. Hikaru cerró los ojos. Esto era demasiado. Solo malditamente demasiado.

—Mírame.

Valentín rogó mientras tomaba la pretina sus calzoncillos y los bajaba. Hikaru lentamente

abrió los ojos y vio a su hermoso Valentín. Los ojos de Valentín recorrían su desnuda forma como si la apreciara.

>>—Dime qué ha ocurrido, para que de pronto me propongas matrimonio.

—¿Por qué crees que ha ocurrido algo?

—Porque siempre actúas como si en cualquier momento, yo saldré corriendo y buscaré a esa persona que supuestamente está destinada para mí.

¡Auch! Eso dolió, pero Valentín tenía razón. Hikaru siempre esperaba lo peor de todas las personas. En su mente tenía la idea arraigada de que él jamás podría ser feliz. Pero estaba feliz, al lado de esta persona. Hikaru giró la cabeza y vio dentro de los ojos de Valentín el gran amor que había en su corazón y sintió cómo la enorme piedra que cargaba en sus hombros desapareciera.

—No quiero dejarte correr.

Dijo Hikaru, no quería hacer daño a Valentín diciéndole que había encontrado a la mujer que su abuelo había escogido para él. Se iría con ese secreto a la tumba, aunque Valentín ahora mismo estaba actuando como el hombre más sexi y seguro del universo, conocía la verdadera alma bondadosa del hombre. Era un lobo con piel de cordero. Si Valentín se enterara de que esa mujer estaba cerca, se haría a un lado y le entregaría a Hikaru en bandeja de plata con el deseo de que Hikaru fuera feliz. Era la naturaleza de Valentín, sacrificarse por el bien de los demás. Pues que se jodiera el universo, él no era un alma bondadosa, lucharía contra todo por estar con Valentín.

>>—Nadie correrá, estarás atado a mí de todas las maneras en las que pueda encontrarte, eres mío.

Valentín se inclinó hacia delante para besar su mejilla.

—Y mi hermano Asher dice que no tienes una vena romántica en el cuerpo.

Hikaru rió.

>>—Nada me haría más feliz que casarme contigo, lo único que deseo es estar contigo, envejecer contigo y no dejaré que nada nos separe.

Hikaru intentó besar a Valentín con toda la pasión que sentía en ese momento, pero él no lo dejó, lo empujó para que se volviera a recostar, vio cómo Valentín tomó el lubricante, lubricó el pene de Hikaru y entonces subió sobre él, empalándose mientras apoyaba sus manos en el pecho de Hikaru pasando sus dedos a su pecho.

—Te amo, Hikaru.

Valentín murmuró mientras tomaba el pene de Hikaru.

Hikaru gruñó, girando a Valentín y acomodando las piernas del hombre sobre sus brazos.

—Se supone que yo tenía el control, esta vez.

—Lo siento, cariño, pero te deseo.

Valentín se carcajeó mientras arqueaba su espalda, permitiéndole a Hikaru entrar más profundamente. Sus empujones se convirtieron en largos golpes, haciendo que Hikaru se sintiera posesivo. Valentín lo aceptaba por completo, con defectos y virtudes. Él quería gritar a los cuatro vientos con cada uno de sus alientos que su hombre lo amaba.

—Mío.

Hikaru gruñó para besar al hombre.

—Tuyo. Solo tuyo.

Valentín pasó sus manos sobre el pecho de Hikaru mientras gritaba. Hikaru empujó las piernas de Valentín hacia atrás, sus ojos fijos en el lugar en donde sus cuerpos se unían, y gimió ante la hermosa vista. Sus empujes aumentaron mientras sus bolas se apretaban en su cuerpo.

Valentín tomó su pene y comenzó a jalarse rápidamente, su mano libre acariciaba cada centímetro de su pecho que alcanzaba a tocar. Hikaru les dio la bienvenida a las callosas manos de su amante. Ellas calmaban las preocupaciones de su alma, él se salió hasta que solamente la cabeza de su pene permaneció en el apretado y caliente agujero de Valentín, entonces se volvió a empujar hacia dentro deleitándose al sentir el cuerpo de Valentín.

Valentín arqueó su espalda y gritó, chorros de su blanca nacarada semilla se disparaban en un pulsante ritmo. Hikaru lo miró con fascinación durante un momento antes de que la presión en su pene fuera demasiada. Se empujó una vez más, y entonces su columna se tensó con el impacto de cada glorioso orgasmo. Gritó mientras penetraba como taladro hidráulico a Valentín, vaciando su semilla dentro del apretado culo del hombre. Hikaru liberó las piernas de Valentín, jadeando por aire.

mientras sacaba su pene, caía en la cama al lado de él. Hikaru tomó a Valentín y lo jaló más cerca, inhalando su aroma y acurrucando a Valentín en sus brazos.

—Te das cuenta de que mi madre y mi hermana se volverán locas cuando se enteren de que nos vamos a casar.

Hikaru rió, y alzó el rostro de Valentín para que leyera sus labios.

—Ellas me aman.

Había costado trabajo, pero Hikaru se las había ganado, los hermanos, por otra parte… Intentarían matarlo. Recordó que la vez que jugaron baloncesto, el padre de Valentín lo había salvado de no terminar con algún hueso roto. <<*Accidentes del deporte*>> decían los hermanos. Aunque para Hikaru era un intento de homicidio muy bien planificado.

—No importa que sea una boda civil o no, ellas te pondrán un esmoquin blanco, adornarán todo con flores y habrá un gran banquete.

A Hikaru le tembló el párpado nada más imaginar una boda romántica y cursi, deseaba casarse, pero no quería nada afeminado. No eran mujeres.

—¿Quieres fugarte conmigo a Las Vegas?

Valentín se sorprendió al principio. Pero luego rió divertido.

—Esa es una buena idea.

Ambos rieron antes de fundirse en un beso apasionado. Un segundo después, Valentín empujó el pecho de Hikaru para que se separaran un poco.

CAPÍTULO 21

El hombre es el verdadero creador de su destino. Cuando no estás convencido de ello, no es nada en la vida.
Gustave Le Bon

A la mañana siguiente, Hikaru preparaba el desayuno. Valentín buscaba en internet apartamentos en renta, pero hasta el momento no habían tenido suerte.

—Este es de dos habitaciones, pero está un poco lejos de la estación.

Dijo Valentín. Hikaru, pensativo, dio vuelta a la tortilla con queso que tenía en la sartén. Giró un poco la cabeza para que Valentín pudiera leer sus labios.

—Creo que tres o cuatro habitaciones serían lo ideal, necesitamos espacio para tu taller, y yo quiero una oficina, ahora que me voy a establecer, hay en mi mente mucho equipo que deseo comprar.

Sonrió. Con su profesión y el equipo adecuado Hikaru podría hacer infinidad de trabajos desde casa y ganar dinero extra.

—También quiero un perro.

Miró a Valentín, el cual pensó que se reiría ante su idea, pero, en cambio, había palidecido y ahora se encontraba un poco ¿Asustado? Miraba a Hikaru con algo de indecisión.

>>—¿Acaso no te gustan los perros?

Valentín tragó saliva.

—Ayer fui con mi hermana y mi madre a un evento navideño de un orfanato.

Hikaru dejó la espátula sobre la plancha de baldosa. Esperando que Valentín continúe.

>>—Soy benefactor del orfanato "*Little hope"*

¡Oh, oh! Hikaru presentía lo que se le venía encima, tendría que entrar en pánico y correr, pero Hikaru extrañamente no está asustado.

—Eso es una buena causa, cariño. ¿Por qué no me contaste?

Valentín se encogió de hombros.

—Aún no sé qué piensas sobre los eventos navideños, no hemos hablado sobre si querrás pasar la Navidad conmigo y mi familia. Y no tengo la menor idea de cómo te sientes ante la idea de tener niños en el futuro.

Nuevamente, Valentín dijo toda la frase sin siquiera tomar un respiro. «*Dioses de todos los planetas, ¿qué he hecho? Tengo traumado a este hombre.* Valentín estaba tomando una actitud defensiva, como esperando que Hikaru corriera en cualquier momento, que era exactamente lo que estaba acostumbrado a hacer.

—Yo no sé nada sobre las celebraciones en tu religión, mi amor. Pero estaré feliz de estar contigo dondequiera que vayamos, no importa.

Hikaru. Sacó la tortilla en un plato y rodeó la encimera, colocó el plato enfrente de Valentín y se inclinó para darle un beso.

>>—Y respecto a los niños…

—Conocí a una niña…

Dijo Valentín apresuradamente.

>>— Se llama Vanessa, tiene cinco años, es hermosa, inteligente, tiene unos ojos hermosos y … No habla.

Hikaru fue consciente de todas las cualidades de la hermosa niña, pero la que más llamó su atención fue la última. No hablaba, tenía una discapacidad como Valentín. Estaba seguro de que eso fue lo que llamó de manera principal a su amante. Valentín comenzó rápidamente a contarle cómo había conocido a la niña y lo que había tenido que hacer para acercarse a ella. Hikaru escuchó atentamente cada palabra y esperó que en algún momento comenzará a llegarle el pánico. Era más que obvias las intenciones de Valentín. Pero el pánico no llegó.

—Fue sorprendente que lograras llegar a esa niña, cariño.

Hikaru se inclinó para darle un beso en la comisura de los labios.

—Hikaru…

—¿Sí?

Hikaru amó el sonrojo en el rostro de Valentín, y contuvo un gemido al ver cómo se pasaba esa pecaminosa lengua por los labios.

—Necesito con urgencia nuestro acta de matrimonio.

Dijo Valentín seriamente. Hikaru parpadeó, y no pudo hacer nada por contener la risa.

—Estoy comenzando a creer que, si yo no te hubiera propuesto matrimonio, tú me lo hubieras propuesto a mí.

Valentín se encogió de hombros.

—Elin me sugirió varias maneras de hacerlo, hasta habíamos planeado ir a buscar sortijas de matrimonio.

Hikaru volvió a reír y abrazó a Valentín con más fuerza.

>>—Tengo el folleto de adopción y el requisito número uno es estar legalmente casados.

Hikaru miró a Valentín directamente a los ojos.

—Aún estamos a tiempo de fugarnos a las vegas.

—Sigo pensando que es una buena idea.

Valentín sonrió.

>>— Pero luego recuerdo que mi madre es más peligrosa que los narcotraficantes rusos y pienso que no me gustaría ser viudo tan pronto.

Hikaru volvió a reír. Se sentía tan bien reír, parecía que todo este mes había sido un pesado lastre que había cargado que le impedía ser feliz, no sabía por qué razón, pero desde anoche Hikaru se sentía… en paz.

—Entonces no hay que arriesgarnos, no pienso dejarte solo en mucho tiempo.

Hikaru le dio otro rápido beso.

—Desayuna, bajaré por el correo y el periódico, tal vez ahí encontremos una mejor oferta de apartamentos, tendrá que ser un lugar amplio si planeamos adoptar a Vanessa.

—Hikaru… No quiero que pienses que Vanessa es la razón por la que quiero casarme…

Hikaru silenció a Valentín con un beso.

—Lo sé.

Le dijo sinceramente una vez que se separaron.

>>—Sé que me amas y yo te amo a ti. Planear nuestro futuro juntos es parte de eso, no me había planteado la idea de ser papá y no sé si podré serlo. O si ella nos quiere como padres, y tampoco tengo idea qué problemas tendremos que enfrentar al ser un matrimonio gay. Pero creo que el camino correcto es tomar las cosas como se nos presenten. Tal vez deberíamos comenzar porque conozco a Vanessa. ¿No crees?

Valentín sonrió.

—Te enamorarás de ella, lo sé, podemos ir hoy si quieres.

Hikaru asintió. Claro que tenía curiosidad por conocer a esa niña lo más pronto posible.

—Desayuna, e iré a traer el correo.

Valentín asintió, y se giró hacia su tortilla.

Mientras Hikaru bajaba al primer piso, pensó que tal sería buena que dejara a un lado su orgullo tonto y simplemente se mudara aquí. Era un buen edificio, bien ubicado, con seguridad y espacio, tal vez quedara un poco lejos de su trabajo, pero no le importaba usar el metro. Aunque en verdad Hikaru deseaba un espacio que ambos decoraran, que ambos pagasen, quería iniciar de cero con Valentín. Estaba seguro de que en algún lugar había un lugar perfecto, simplemente tenían que buscarlo. En cuanto a la boda, no era que le emocionaran mucho las ceremonias, se conformaría con ir al juzgado y llevar a los testigos. Pero una boda no solo era un evento de dos, nada mejor que toda la familia reunida que diera fe de los sentimientos de la pareja. Tal vez eso sirviera para que los hermanos de Valentín se dieran cuenta de que iba en serio con su hermano.

Y Vanessa… una niña… Claro que él se había planteado tener hijos en el futuro, pero eso fue cuando tuvo esperanzas de tener una relación con una mujer. Con Valentín no lo había pensado, la adopción era ideal, pero no sabía si sería buena idea adoptar tan pronto. Después de todo, apenas tenían un mes de relación, y el sistema tenía muchos recelos todavía ante una pareja del mismo sexo. No era que no quisiera adoptar esa niña, temía que no pudieran hacerlo y, más aún, temía que Valentín terminará con el corazón desgarrado si no lo conseguían.

Al abrirse las puertas del ascensor, Hikaru pensó en todo lo que involucraría una boda, era cosa de mujeres, ellos eran hombres, ni siquiera sabía si era correcto comprar anillos o no.

Negó con la cabeza, ya pensaría en eso luego, lo más inteligente sería dejar la boda en manos de Valentín, su hermana y madre. Él solo se ocuparía del viaje de bodas. Sonrió. Eso sí que podía hacerlo. Un fin de semana en la playa, tal vez, tuvo que apartar de su cabeza la imagen de Valentín solo en bañador; no quería andar en el vestíbulo del edificio con una erección.

Saludó al guardia de seguridad y se acercó al buzón, encontró el periódico del día, además de algunas revistas y propaganda, pero lo que le llamó la atención fue un sobre blanco, con timbre postal japonés. ¡Era de su familia! ¿Pero cómo ellos sabían la dirección de Valentín? Siempre hablaban por teléfono, durante sus años de viaje Hikaru les decía en qué ciudad estaba, pero nunca su dirección para evitar que ellos se presentarán e insistieran en que volviera a Kioto.

Una mujer empujando un cochecito de bebé lo hizo salir de su ensoñación, tomó el bulto de revistas y sobres y regresó al apartamento. Pensó en esconder la carta de su familia, pero luego recordó que se había prometido no volver a mentirle a Valentín. Esto sin duda arruinaría su mañana y no sabía que contenía el maldito sobre, pero era mejor que enfrentarán esto juntos.

—¿Qué sucede?

Preguntó Valentín cuando entró en la cocina.

—Ha llegado una carta de mi familia.

Lo miró directamente a los ojos.

—¿Aquí?

Valentín parecía tan confundido como él. Hikaru le entregó el sobre que Valentín observó con atención. La escritura japonesa y el timbre postal no mentían; esa era la letra de su padre. Valentín le regresó el sobre. Hikaru no perdió el tiempo, era mejor que de una vez por todas supieran a qué se estaban enfrentando. Dentro del sobre, encontró una carta envuelta alrededor de un sobre más pequeño, enarcó una ceja y Valentín se encogió de hombros. Aunque le enseñé la carta, Valentín no sabía leer su idioma. Así que Hikaru leyó en voz alta, era parte de su padre.

Querido hijo:

Sigo sin comprender todo esto y todo lo que tu abuelo hizo, me he dado cuenta de que ni yo mismo, ni con todo mi entrenamiento, he logrado desarrollar al máximo mi don divino. Lamento mucho que todo esto te esté afectando, jamás me había puesto a pensar lo que sería para alguien recibir un don que no desea tener. Yo acepté mi destino, pero no tiene por qué ser el tuyo. Aplaudo tu entusiasmo por luchar por lo que en verdad deseas. Espero de verdad que vuelvan a venir a Japón, todos deseamos dar la correcta bienvenida a Valentín-kun y a la familia.

Un día después del funeral del abuelo, se dio lectura a su testamento, el abogado me entregó esta carta con la instrucción de que la enviara a la dirección que tu abuelo había dejado marcada a nombre de Valentín-kun. ¿Cómo sabía su dirección? Es otro de los misterios que dudo mucho podamos resolver. Aunque dudé en hacerlo, algo dentro de mí luchó por cumplir la última voluntad de mi padre. Deseo que ambos sean felices y sé que sin importar lo que diga en ese sobre. Ustedes están hechos el uno para el otro.

Kiyomizu Yoji

Hikaru miró a Valentín, él asintió con la cabeza, animándolo a que abriera el otro sobre. Hikaru decidido rompió la parte superior del sobre. Fuera lo que fuera que estuviera ahí, lo enfrentarían juntos. Lo primero que les sorprendió a ambos, fue que la carta no estaba escrita en japonés sino en inglés. Su abuelo se había asegurado de que Valentín también pudiera leerla, ya que estaba dirigida a ambos.

Amados nietos:

Alguien dijo una vez que la vida del hombre es tan efímera, es como un pestañeo comparado con la vida del planeta o del sol. En esta vida, un hombre nace, se ríe, llora, pelea, sufre, regocija, lamenta, odia, y ama a otros. Todo transcurre rápidamente y al final todos caemos en el sueño eterno llamado muerte. La vida se va en un abrir y cerrar de ojos, por esa razón les dejo estas siete reglas de oro para su vida, son siete reglas que rigen en todo en nuestra vida. Ahora les explicaré a cada una de ellas, queridos nietos. Regla número. Vivan en paz, como ayer, el pasado quedó enterrado en el cementerio de ayer, olviden lo que no es importante, hoy es hoy, vivan siempre en el ahora. Regla dos. Siempre hay que concentrarse en las cosas que los hacen felices. Viven nietos, con todo aquello que les dé felicidad, con todo aquello que les dé satisfacción, concentren su energía, sus pensamientos en ser felices y en todo lo que les rodea. Regla tres: disfruten cada paso, no es importante llegar cómo disfrutar el camino, nietos. Muchas personas se concentran en lo que quieren alcanzar, se concentran en la meta que desean llegar a obtener, pero olvidan el proceso, el camino. El objetivo es concentrarse en disfrutar cada instante de lo que hacen. Regla cuatro, no se comparen jamás con nadie porque cada uno de ustedes son únicos y originales, si se comparan retroceden y pierden. Son únicos. Regla cinco. Cambien lo que tengan que cambiar, pero recuerden que solo pueden cambiar ustedes mismos. No busquen cambiar a las personas o las circunstancias, cambien ustedes. Pero cambien y progresen. Regla seis. Son ustedes nietos, el cien por ciento responsables de su felicidad, no existen otros seres humanos o deidades a los cuales les puedan dedicar esa responsabilidad, si son felices o infelices es su responsabilidad, llévenlo a otro nivel. Regla siete. Sonrían, siempre sonrían, es gratis, y la vida también, lloren si tienen que llorar en algún

momento, queridos nietos, pero después sonrían.

Hikaru-kun, Valentín-kun, este es mi legado para ustedes. Siete reglas que ustedes han sabido seguir hasta ahora, aunque no sabían que existían. Estoy orgulloso de ustedes, la fuerza más poderosa del universo es el amor, sin importar lo que un puñado de personas puedan decir. Recuerden que el destino no está escrito, siempre depende de nosotros encontrar y alcanzar aquello que se nos promete.

Hikaru-kun lleva a Valentín-kun a Kioto en los meses que florecen los cerezos, son hermosos, muéstrale lo maravilloso que es nuestra cultura. Ahora será parte de su legado también. Lamento si te hice algún daño, pero siempre fue con la intención de velar por el bienestar de cada uno de los miembros de mi familia. Lo comprenderás algún día. Valentín-kun, cuida de mi nieto. Lamento no haber tenido el tiempo para conocerte mejor. Sé que ahora mismo estarán confundidos y preguntándose cómo es que esto está ocurriendo. Solo les diré una cosa, queridos nietos, la muerte no es el final de todo, solo es otra transformación.

Kiyomizu Li

Hikaru observó los ojos llorosos de Valentín, pero él estaba tan confundido que no alcanzaba a comprender que era todo esto. ¿Por qué su abuelo escribió una carta para ambos cuando había cortado el hijo rojo e Hikaru había encontrado a la mujer…? Hikaru se apartó de Valentín, estaba nervioso, ansioso, confundido.

—¿Hikaru?

Escuchó la preocupación en el tono de Valentín, pero ahora mismo no podía pensar con claridad. Sintió cómo la magia comenzó a circular por su cuerpo.

—No, no, no.

Conocía muy bien la causa del estremecimiento de su columna, y el calor que comenzó a sentir en su mano derecha. Intentó con todas sus fuerzas controlar la explosión de energía, pero fue inútil. A su alrededor todo comenzó a ensombrecerse, el destello rojo comenzó a adornar su mano. No, no, no. A su espalda sintió que Valentín lo sujetaba, pero no quería tenerlo cerca, no quería que se diera cuenta de…

El hilo rojo en su dedo comenzó a extenderse, sin importar que él luchara por impedirlo. Entonces algo dentro de su cabeza le dijo que se calmara, que todo estaría bien, era como si le hubieran susurrado en el oído…

El hilo rojo de su dedo comenzó a crecer y a crecer, pero no se dirigió hacia la puerta como había esperado. El hilo rojo no buscó su camino hacia la mujer que había conocido esa noche. El hijo rojo del destino no creció tan largo, simplemente fue unos metros hacia atrás. Hikaru casi temió bajar la vista, pero aun así lo hizo. Valentín lo había sujetado por la cintura en un intento de evitar que corriera. Y ahí estaba, en el dedo meñique de la mano izquierda de Valentín. ¡No puede ser!

Se giró en los brazos de Valentín. Cerró su boca con un fuerte beso.

—¿Qué ocurre, Hikaru?

Valentín estaba preocupado y confundido. Hikaru estaba emocionada, sujetó la mano izquierda de Valentín.

—Nuestro hilo no está roto.

Dijo emocionado.

>>—Somos una pareja predestinada.

Valentín parpadeó, sabía que él no podía verlo, pero no importaba. Ellos estaban unidos nuevamente. No sabía cómo había sucedido, o si solo fue una estrategia de su abuelo, pero el hilo rojo del destino estaba de nuevo atado a Valentín.

>> —Te amo, Valentín, bésame.

Sonrió abiertamente, todo estaba bien ahora.

—¿Estás seguro de que el lazo…?

Preguntó desconcertado.

—Somos pareja predestinada nuevamente, nadie nos separará.

—¿Estás seguro?

Preguntó, mirando sus manos unidas.

—¡Sí! Bésame, por favor, si no empezaré a decir tonterías. Valentín olvidó todo lo demás, nada más importaba cuando miró los ojos de Hikaru, eran pareja, el lazo estaba de nuevo en su lugar. Valentín envolvió sus brazos alrededor del cuello de Hikaru y lo besó con toda la pasión de que fue capaz. Hikaru acomodó una de sus piernas entre las suyas y Valentín presionó sus bolas en ella, necesitaba la presión para aliviarse. Su cabeza se fue hacia atrás cuando Hikaru chupó su camino por su cuello. Las manos de Hikaru se deslizaron por la espalda de Valentín mientras él se acercaba. Valentín se rodó en su pierna más duro. Él estaba tan cerca.

Cuando Hikaru tomó y apretó su pene a través del pantalón de chándal, Valentín gritó, disparando en sus pantalones. Hikaru mordisqueó su cuello, frotando la sensible piel mientras Valentín flotaba de regreso.

Los ojos hermosos de Hikaru estaban profundamente fijos en él. Se estiró y besó a su… prometido, aún no podía siquiera acostumbrarse a la idea, sonaba raro, ya le costaba decirles a los demás que tenía un novio, ¡un novio! Y no porque fuera cosa de que Hikaru fuera un hombre, era porque Valentín ya se había resignado a permanecer solo en esta vida, ahora tenía un prometido, porque si todo seguía conforme al plan se casarían ¡matrimonio! Tendría un esposo, comenzó a reír. Por el rabillo del ojo vio que Hikaru dijo algo, pero solo alcanzó a leer “gracioso” en sus labios. Por este momento dejó pasar el resto de la frase, había cosas más importantes, como que la pierna de Hikaru afortunadamente seguía entre las suyas. La mano de Hikaru se deslizó por la pretina de los pantalones de chándal y deslizó sus dedos por la grieta del culo de Valentín, tocando su estrellado agujero.

—¡Sí!

Valentín se empujó hacia atrás. El dedo se deslizó dentro de su agujero mientras Hikaru lo veía con la mandíbula tensa y una determinada mirada, como si quisiera que Valentín se corriera de nuevo. Valentín se empujó a ese dedo y otro fue agregado. Hikaru colocó su mano libre en la espalda de Valentín, evitando que cayera hacia atrás.

Hikaru empujó su dedo más profundamente, haciendo que Valentín subiera por su muslo. Oh, cielos, él iba a correrse de nuevo solo con esa fija mirada de determinación en él, esa tensa mandíbula y esa delgada línea de sus labios. Hikaru giró los dedos, golpeando la próstata de Valentín, gritó. Hikaru le daba ligeros besos por el cuello y frotaba su espalda.

—Por favor…

Valentín rogó. Hikaru lo giró bajando los pantalones de chándal y bajó los suyos hasta las rodillas, con el semen de Valentín lubricó su agujero. Valentín gritó cuando Hikaru entró en él, tomándolo de las caderas mientras Valentín se agarraba del mostrador. Era difícil abrir las piernas con sus pantalones en sus tobillos, deteniéndose en el lugar. Hikaru lo levantó apoyándolo en el mostrador mientras lo penetraba duro.

—Más duro, Hikaru.

Valentín gimió mientras Hikaru se empujaba más duro. La mano de Hikaru tomó el pene de Valentín y comenzó a jalarlo de arriba abajo mientras partía a Valentín en dos. Valentín bajó la cabeza hacia atrás y se corrió, Hikaru se estremeció detrás de él. Cayó hacia el mostrador, satisfecho, deseado y demasiado feliz como para poder soportarlo.

EPÍLOGO

Kioto, Japón, marzo de 2019…

Valentín encendió con cuidado la veladora con aroma a manzana. Se aseguró de que estuviera bien colocada sobre la madera y que no fuera a provocar un accidente. Aquí en Japón las familias adoraban a sus difuntos de diferente manera que en las costumbres de Valentín. Aunque las cenizas del abuelo estaban en la cripta familiar, dentro de la casa había un lugar donde se encontraba el retrato del hombre con algunas flores frescas que eran cambiadas casi todos los días e inciensos que siempre estaban perfumando la estancia. Valentín había traído una veladora desde Estados Unidos, y siempre que oraba en la iglesia encendía una veladora. Y no haría algo diferente solo porque estuviera en Japón. Aunque en su mayoría Hikaru y él trataban de mezclar sus tradiciones, en ocasiones era muy difícil, incluso hasta imposible.

Una vez que se aseguró de que la veladora estaba bien colocada, Valentín se retiró y se acomodó sobre sus rodillas, junto a las manos, e hizo una reverencia.

—Gracias, abuelo.

Susurró. La última vez que estuvo en Japón había sido para el funeral de este hombre. Sentimentalmente, no había estado en buenas condiciones y las circunstancias no habían sido las mejores. Pero ahora…

Valentín pensó que la vida no podía ser más perfecta. Miró por las puertas corredizas de madera, desde el jardín podía escuchar las risas incansables de Vanessa.

Se levantó y caminó hacia el porche de madera, justo para ver a Vanessa correr hacia su padre gritando mientras las flores de cerezo caían a su alrededor. El abuelo había tenido razón; ver florecer los cerezos era un evento hermoso.

—Corre, papá.

Gritó Vanessa, riendo a carcajadas. Hikaru la agarró y tiró de ella hacia su regazo, haciéndole cosquillas. Era difícil reconocer a la silenciosa niña atormentada que habían visto por primera vez escondida en un oscuro rincón del orfanato hace más de un año.

Aunque en una historia de amor, siempre había finales felices para siempre y cosas hermosas. La realidad era muy distinta. La parte fácil fue que Hikaru conociera a Vanessa, pese a la seriedad y cara de pocos amigos que tenía Hikaru, al igual que Valentín se había ganado a la niña en un instante. Recordaba ese momento. Fue la mañana de Navidad, ese día le darían la noticia a la familia de Valentín sobre su matrimonio. Hikaru había llamado a sus padres también, ellos habían tomado muy bien la noticia e invitarlos a visitarlos. No esperaban la misma reacción de los hermanos de Valentín, pero iban a correr el riesgo. Antes, Hikaru había querido conocer a Vanessa. Ambos habían estado nerviosos, Valentín había entrado al orfanato e invitado a Vanessa al patio a jugar con la nieve, ella no dudó en salir a jugar con él. No obstante, se acobardó una vez que vio a Hikaru recargado contra un árbol esperándolos.

Fue un instante tenso que, aunque solo fue un segundo, para Valentín se sintió como una hora. Hikaru, sin hacer movimientos bruscos, se acercó a Vanessa, la cual sostenía su mirada, al igual que había sucedido el día que conoció a Valentín. Ella tenía miedo, pero le sostuvo la mirada desafiante a Hikaru. Era una niña valiente. Hikaru, sin apartar la mirada de Vanessa, se

arrodilló frente a ella, no le dijo nada, simplemente le sonrió y con su mano derecha pasó su dedo índice por toda su nariz. Fue un gesto cariñoso y lindo que hasta ahora mantiene. Hikaru, en lugar de decirle hola, siempre se inclinaba sobre ella, le daba un beso en la mejilla y pasaba su dedo por su nariz. Tal vez para los demás no tenía sentido, pero era su peculiar manera de hablar en su pequeña familia. Ahora mismo, Vanessa ya hablaba, simplemente un día se levantó y habló. Ellos habían estado en la cocina haciendo la cena y ella, como si nada fuera extraordinario, había entrado en la cocina y les había dicho que deseaba un poco de cereal.

Cuando comenzaron a tratar a Vanessa, efectivamente se dieron cuenta de que físicamente ella no tenía ninguna discapacidad que le impidiera hablar. Tuvieron que investigar más a fondo su pasado. Recurrieron a las autoridades para conocer un poco más sobre el pasado de la niña. No encontraron nada, ni siquiera ella estaba denunciada como niña desaparecía, la habían encontrado sola en la calle y jamás nadie se había presentado a reclamarla. Sus padres, su familia, todo era un misterio, tal vez simplemente la abandonaron, o habrían muerto. Tal vez algo había sucedido con ellos que le había causado a Vanessa el trauma de no querer hablar con nadie, infinidades de posibilidades habían llegado a la cabeza de Valentín, pero por ahora y tal vez nunca obtendrían una respuesta.

Vanessa jamás había mencionado a sus padres o sus familiares, tampoco les había dicho por qué estaba sola en la calle o por qué se negó a hablar, y ellos habían llegado al acuerdo de nunca preguntarle. Si ella no quería contarles o no se acordaba de ello, ¿para qué presionarla? Ella ahora era una niña feliz, y ellos estaban felices de tenerla. Todo era un misterio alrededor de Vanessa, pero él ya estaba acostumbrado a ello. Hikaru tampoco era que fuera un ser humano normal. Todo alrededor de la familia de su esposo era místico y misterioso.

Ahora mismo, Vanessa hablaba inglés. Hikaru le estaba enseñando japonés y Valentín su lenguaje a ciegas. Su hija sería muy buena adaptándose entre sus dos mundos.

Para poder adoptarla habían transcurrido meses, fue una larga espera burocrática de diez meses. Además de que también estuvo la cuestión de la ciudadanía de Hikaru, ya que él estaba en Estados Unidos solo con visa de trabajo. Y en lo que arreglaban eso, la adopción de Vanessa se tuvo que retrasar un poco. Aun así, gracias a las contribuciones de Valentín con el asilo, pudieron visitarla todo el tiempo que quisieran y en ocasiones le permitieron pasar con ellos algunos fines de semana o simplemente salir a pasear por unas horas. Ahora ella era suya legalmente y era la primera vez que podían venir a Japón.

Los juegos entre Hikaru y Vanessa fueron interrumpidos cuando sus primos la llamaron para ir a buscar ranas. Su pequeña imperativa no tuvo ningún remordimiento en dejar a su padre en medio del jardín y salir corriendo tras los otros niños.

Hikaru negó con la cabeza, recogió del suelo el suéter olvidado por Vanessa y se acercó al porche donde estaba Valentín.

—Parece que se ha adaptado bien a sus primos japoneses.

Dijo Valentín, sentándose en el borde del porche. Hikaru se acercó y se colocó entre sus piernas.

—Hay que reconocer que nuestra pequeña es más sociable que nosotros dos juntos.

Hikaru prácticamente recargó todo su cuerpo contra él. Valentín felizmente lo envolvió en sus brazos. El tiempo transcurrió con calma, hasta que Hikaru alzó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—¿Te he dicho lo feliz que me haces?

Susurró Hikaru y su cálido aliento le rozó la mejilla.

—No, desde esta mañana, cuando me has hecho el amor hasta casi matarme.

Respondió él, juguetón. Hikaru arqueó una pícara ceja.

—Quizá lo consiga esta noche.

Le rozó los labios con un suave beso, no una sino dos veces, y a Valentín se le aceleró el corazón por la simplicidad del gesto. No pasaba un día sin que lo besara y le dijera que lo amaba. Hikaru era mucho más de lo que alguna vez Valentín soñó. Y aunque en ocasiones la relación de pareja se complicaba, siempre encontraban la manera de solucionarlo. Tenían una regla, nunca jamás se iban a dormir estando enojados y sin resolver sus problemas. Ese fue el consejo del padre de Valentín el día que se casaron. Según su padre, ese era el secreto para que la relación de pareja jamás se fracturara. ¡Y funcionaba! Valentín creía firmemente que el secreto para la felicidad era comprender a tu pareja y ser consciente de las cosas que los hacen diferentes.

Hikaru y él no podrían ser más diferentes. Ambos provenían de países y culturas completamente opuestas, pero trataban de respetar las creencias de los demás. Ahora mismo su hogar era una mezcla entre la típica casa japonesa y una de las gran ciudad. Sus hermanos renegaban cada vez que llegaban de visita y tenían que quitarse los zapatos para entrar. Hikaru respetaba sus creencias religiosas y asistía con él a la iglesia en las celebraciones importantes, cenaba con su familia en el día de acción de gracias, Navidad y Valentín, a cambio, festejaba el Año Nuevo según las costumbres de Hikaru. Además de que trataba de comprender cómo era que Hikaru manejaba la cuestión del hilo rojo de las demás parejas. No intervenía directamente, pero en ocasiones Hikaru sin poderlo evitar hacia una que otra labor para poder unir parejas en Nueva York. Lo hacía con amigos o compañeros de trabajo más que nada, por petición de Valentín, Hikaru nunca le había dicho si sus padres eran pareja predestinada. Tampoco si sus hermanos estaban casados con sus almas gemelas. Era algo que Valentín no deseaba saber; ver el amor entre ellos era más que suficiente. Y aunque no estaba entre los planes de Hikaru vivir en Japón y hacerse cargo del legado familiar, Valentín vendría con él y lo ayudaría en todo lo que pudiera.

Hikaru de repente se tensó y se dio la media vuelta rápidamente. Valentín alzó la mirada, no le costó mucho averiguar qué fue lo que hizo que Hikaru se pusiera en estado de alerta. Su hija venía atravesando el jardín agitando las manos y gritando algo, pero a esa distancia, Valentín no podía leer sus labios. Hikaru le hizo una seña de que se tranquilizara, ya que Valentín estaba a punto de correr hacia su hija. Ella corría por la cuesta cubierta de césped y hojas de cerezo, ella venía despeinada y en uno de sus brazos sostenía un pequeño gatito, tan blanco como la nieve de enero. Valentín resopló y negó con la cabeza. Aquel era el tercer animal que su hija rescataba en el último mes, ahora mismo sus padres estaban cuidando de *Chocolate y el señor Grin;* que eran más específicamente un pequeño cachorro de raza indefinible que encontró en un callejón de basura y una tortuga que aún no comprendía cómo había llegado a terminar en la estación del tren. Si por su hija hubiera sido, se los habría traído a Japón. Pero solo era un viaje de diez días, ya que Hikaru tenía que volver a trabajar al terminar sus vacaciones.

Las hojas del roble que colgaban del pelo de la niña le indicaban que era muy probable que su hija hubiera tenido que trepar a algún árbol para bajar al gato.

—¿La regañaras por rescatar al gatito que trae con tanto orgullo?

Le preguntó Hikaru. Mientras el muy sinvergüenza le sonreía. Valentín tenía la firme intención de regañarla esa vez, pero el mohín que Vanessa hacía con la boca le aseguraba que podría escapar de cualquier castigo.

—Si no ponemos un límite a sus heroicos actos, nuestra casa pronto estará llena de criaturas

de cuatro patas.

Dijo Valentín. Sin embargo, la verdad era que no tenía corazón para regañar a su hija. Vanessa se acercó a ellos y les presentó a su mascota. Hikaru la ayudó a subir el porche y quitarse los zapatos. Vanessa colocó al pequeño animal sobre la madera, esperaba que su suegra no viera la escena, le daría un infarto ver sus pulidos pisos de madera manchados de barro.

—Su nombre es *Unmei.*

Dijo ella con orgullo. Valentín no supo interpretar la palabra hasta que Hikaru le tradujo que el gato se llamaba “Destino”. Su esposo también parecía asombrado por el nombre.

—¿Tú le pusiste ese nombre?

Preguntó Hikaru. Distraído de la reprimenda que pretendía darle por haber trepado a otro árbol.

—No, ojīsan. Li me lo dijo.

Valentín se tensó cuando Vanessa señaló la repisa del salón de atrás, no tenían que girarse para saber que de quién hablaba Vanessa era del abuelo de Hikaru. Cuando llegaron a Japón, Hikaru le había dicho que era ojīsan Li, para evitar confusiones cuando llamara al padre de Hikaru ojīsan. Además, en casa también tenían un retrato del abuelo. Hikaru apretó su mano.

—¿Ojisan Li?

preguntó Hikaru con calma, no quería espantar a la pequeña.

>>—¿Dónde lo viste? —

—Ayer lo vi en la fuente, jugó conmigo un rato y me contó una historia muy bonita. Me habló sobre un hilo rojo y que ustedes se aman mucho.

Vanessa frunció el ceño.

>>—Hoy me dijo que tenía que rescatar al gatito porque él necesitaba un hogar, y me pidió que cuidara mucho a mis papis.

Valentín miró a Hikaru y él se encogió de hombros. Vanessa tenía una vívida imaginación y hablaba más con sus mascotas que con otros niños.

—¿Qué más te dijo Ojisan Li?

Preguntó Valentín acariciando la mejilla de su hija. Ella no parecía asustada ni desconcertada.

—Me pidió que te dijera que el deseo que pediste se cumplió.

La niña frunció el ceño.

>>—¿Qué pediste, papi?

Tibias lágrimas bañaban las mejillas de Valentín, y Hikaru, a su lado, se las enjugó antes de que cayeran. Hikaru le dio una palmada a Vanessa en la cabeza.

—Será mejor que bañemos a la bola de pelos, no queremos que *Obāsan* se enfade por ensuciar la casa.

Dijo Hikaru. La niña asintió, sujetó a su mascota con ambas manos.

—Tomaremos el baño juntos.

Vanessa desapareció por el pasillo e Hikaru miró a Valentín con curiosidad. Antes de que pudiera resistirse, lo besó con intensidad; fue un beso exigente al que él respondió con fervor. Lo apartó demasiado pronto y la miró a los ojos.

—¿Pediste un deseo?

Preguntó Hikaru. Valentín asintió con la cabeza.

—El día del funeral de tu abuelo, fui al templo del Dios Musubi, recé para que encontrarás a tu pareja destinada y fueras feliz.

Hikaru sonrió.

—Entonces se cumplió tu deseo.

Valentín sonrió y acarició su mejilla.

—¿Le crees?

Preguntó, era increíble creer que su abuelo a esas alturas… Pudiera hacer algo tan fantástico como aparecer delante de Vanessa. Ella sabía que su bisabuelo estaba muerto. Al llegar a Japón, lo primero en hacer fue visitar la cripta familiar; a ellos no les asombraba que el espíritu del abuelo Li anduviera por ahí y siguiera cuidándolos aún después de muerto. Ya habían sido testigos del alcance del poder del hombre, pero lo que sí era maravilloso era el hecho de que Vanessa no tuviera miedo de hablar con el espíritu de alguien que había muerto. Se preguntó si el hombre estaba aquí porque no podía encontrar el descanso eterno o era una cuestión de su religión, no sabía ni qué pensar. No obstante, lo que sí sabía era que no tenía miedo y estaba agradecido con el abuelo Li. Si estuviera donde estuviera, era claro que el hombre siempre velaría por el bienestar de su familia. Y estaba aceptando a Vanessa como parte de su familia también.

—Sí, le creo.

Hikaru asintió, sujetó su mano izquierda y la alzó hasta sus labios, le frotó el dedo meñique de la mano izquierda.

>>— Igual que creo que tú eres mi alma gemela y que, cuando llegue la hora de abandonar este mundo, estaremos juntos en la vida eterna.

Él inclinó la cabeza para darle un profundo beso. Pero antes de poder acercar sus labios a los suyos, Valentín lo detuvo. Lo miró directamente a los ojos.

—Y yo te amaré durante toda la eternidad, mi alma destinada.

FIN

Amigos no



B. E. RAYA

AMIGOS NO

Daniel tuvo una mala adolescencia, <<Muy muy muy mala adolescencia>> siendo el típico inadaptado social de gafas y alumno pobre becado en una escuela de niños ricos lo convirtió en el foco de entretenimiento de los idiotas más petulantes de la escuela. Los K.A. los chicos mimados más ricos de la escuela. La ironía de la vida fue que muchos años después llego a trabajar para el mismo idiota que le hizo la vida imposible en la preparatoria. Franco Murphy no lo recordaba y ahora que eran adultos, Franco no era para nada como aquel adolescente bastardo que tanto lo hizo sufrir, era amable, atento, inteligente, apuesto y trataba a Daniel con un amigo. Por esa razón se quedó a su lado y todo iba bien hasta que aparece Alaric Lee. Él sí que lo recordaba. Ahora tenía que hacer todo lo posible para que Alaric no le contara a Franco sobre su pasado y sobre los sentimientos que secretamente tenía hacia él.

CAPÍTULO 1

Daniel suspiró cansadamente, ni siquiera el expreso doble con triple cafeína que había comprado de camino hasta aquí había logrado despertarlo del todo. Odiaba los lunes por la mañana. Incluso, odiaba más los lunes por la mañana que la sopa de coliflor que le daba su nana de pequeño.

Daniel era un adulto responsable, que tenía la capacidad de reconocer que no debió haberse quedado hasta tarde leyendo ese manga. Pero no había podido soltarlo y, en consecuencia, había dormido muy poco a causa de los efectos colaterales de andar leyendo historias. *Yaoi*[33]. Había estado más caliente anoche que en sus años de adolescencia. Gimió de frustración, mientras que otros a sus treinta y dos años estaban establecidos en una relación formal, con pareja e hijos. Él era un gay soltero, que trabajaba demasiado y no tenía vida social en absoluto. Por consecuencia, no le quedó más remedio que sumergirse en lo que más le gustaba en esa vida, que era leer; y últimamente, a causa de un accidente inesperado en la web meses atrás, había descubierto los mangas. «*Bendita casualidad*» Ahora su obsesión era tanta que incluso en ocasiones se planteaba muy en serio el hecho de aprender a leer japonés, simplemente por no tener que esperar las traducciones oficiales al español.

<<Soy patético>>.

A su edad, debería estar planteándose casarse, tal cual le decía su hermana a menudo, pero la verdad era que estaba disfrutando de su vida tal y como estaba.

<<¿Cuál vida?>>.

Dijo su subconsciente con maldad. La mayor parte de las ocasiones, Daniel consideraba que él mismo era su peor enemigo. Apartó esos pensamientos, era lunes y lo que menos necesitaba ahora era tener una charla con su maldita conciencia. Las puertas del ascensor se abrieron con el típico clic, cerró los ojos y pidió en silencio paciencia a los cielos. Cada inicio de semana era lo mismo y no sabía cuánto tiempo más podría soportarlo.

—Buenos días, señor Brown.

—Buenos días, señora Lincoln.

Sonrió al ama de llaves en la cocina. La mujer mayor le devolvió la sonrisa mientras colocaba en la encimera una taza de café humeante. Esa mujer siempre lograba ponerlo de buen humor, aunque Linda apenas tenía unos cuarenta años. Su cara angelical y sus ojos claros le recordaban a su abuela. Él amó a su abuela, lástima que la mujer había muerto cuando él apenas era un niño.

>>—¿Qué haría yo sin ti, Linda?

—Seguramente atormentarías al señor Murphy hasta que me trajera de vuelta.

Dijo la mujer colocando sobre la encimera una percha con un vestido de lentejuelas doradas perfectamente limpio y planchado, y Daniel hizo una mueca. Miró a la mujer, ella estaba tratando de contener una sonrisa.

>>—El trabajo dividido en dos partes es mejor.

—¿Te olvidas de Jean? Herirás sus sentimientos.

Al ama de llaves se le iluminó la mirada al pensar en el chofer/guardaespaldas/hombre de confianza del señor Murphy. Daniel pondría las manos en el fuego apostando a que muy pronto Linda sucumbiría a los encantos de Jean, el hombre había estado haciendo su trabajo en seducirla, pero Linda siempre se mostraba desconfiada a causa de la diferencia de edad. Según tenía entendido, era diez años mayor que Jean. ¿Qué importaba la edad? A Daniel no le

importaría si esa persona fuera su verdadero amor, pero la mujer se lo tomaba muy en serio. Además, era viuda y tenía dos hijas, en cierta forma la comprendía. Solo deseaba que tuvieran un final feliz, ya le había sugerido a Jean que se esforzara todavía más si era verdad que sus sentimientos eran verdaderos.

—Cierto, entonces nos toca la tercera parte.

Ella colocó la mano sobre la tuya.

>>—Aunque apuesto que para ti es más trabajo que para nosotros.

Aunque ella no lo dijo en voz alta, la nostalgia en su mirada era claro. Odiaba que las personas lo miraran con lástima, pero ¿qué más podía hacer? Había trabajado años con esta mujer, sus sentimientos podrían estar ocultos para cualquiera, excepto para dos personas, Linda y Jean. Y eso que ellos no conocían toda la verdadera historia.

<<*Y era mejor mantenerlo así*>>.

—Será mejor que me ponga a trabajar.

Dijo que para desviar el tema, de mala gana levantó la percha con el vestido, mientras se colocaba el auricular manos libres en el oído. Miró su reloj, solo tenía tres minutos para actuar antes de comenzar en serio su día.

>>—Odio este trabajo.

Murmuró para sí mismo, sin llamar a la puerta, entró en la habitación principal, como esperaba, una hermosa rubia estaba acostada boca abajo en la enorme cama principal. No alcanzaba a escuchar la ducha, lo cual indicaba que Franco estaría haciendo ejercicio en la planta alta. Sin remordimiento encendió la luz, y con el mando a distancia que estaba a un lado de la mesilla de la puerta encendió el televisor justo en el canal del tiempo. La mujer rubia pegó un brinco asustada. Aunque le dieron ganas de reír, Daniel no cambió sus rasgos fáciles.

—Buenos días.

Dijo profesionalmente. Entrando en la habitación, la mujer gritó espantada al verlo y se tapó apresuradamente los pechos con la sábana .«A*l menos esta mujer, no está operada*». Daniel no descompuso su gesto, las mujeres no despertaban nada en él, jamás lo hicieron.

—¿Quién eres tú?

Preguntó ella con una voz gritona: «*Urraca*», el nombre le quedaba bien. Daniel jamás conocía el nombre de las conquistas de Franco Murphy. Y su jefe, definitivamente, jamás se acordaba de ellas tampoco, así que para que Daniel pudiera hacer su trabajo y bloquearlas cada vez que ellas intentaban comunicarse desesperadamente con su jefe, Daniel les colocaba sobrenombres, solamente así podía etiquetarlas en la agenda de Franco. Eran pocas a las cuales volvía a ver, puesto que Franco rara vez repetía conquista.

>>—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Franco?

—Soy el asistente del señor Murphy.

Informó Daniel sin el menor entusiasmo.

>>—Le traigo su ropa lavada y planchada, y un coche la espera abajo para llevarla a donde usted quiera.

La rubia se apartó el pelo de la cara.

—¿Dónde está Franco?

Insistió. Suspiró interiormente; esta sería de las difíciles.

—Le recomiendo que se vista pronto, incluso el ama de llaves podría ofrecerle café para llevar.

—¿Quién te crees, idiota?

Gritó la fulana, arrastrándose hasta la orilla de la cama.

>>—Haré que te despidan por esto.

Daniel quería poner los ojos en blanco.

—El señor Murphy se disculpa, pero tuvo que salir muy temprano, tal vez le llame más tarde.

Daniel fingió una sonrisa, ese "*tal vez"* jamás llegaría, pero hoy no estaba de ánimo para lidiar con las hormonas femeninas heridas. Las mujeres despechadas eran un fastidio, por esa razón Franco era inteligente en dejarle esa tarea a él, además le pagaba demasiado bien por ello. Así que Daniel siempre terminaba haciendo el trabajo sucio. Ella entrecerró los ojos.

—Ya sé quién eres.

Dijo ella soltando una risita.

>>—Te he visto en esas revistas, siempre eres el perrito faldero que hace el trabajo sucio de Franco.

Daniel ni siquiera se inmutó por el insulto. Al contrario, mostró una deslumbrante sonrisa.

—Soy su asistente personal y mano derecha. Hago todo lo que el señor Murphy me ordena y en ocasiones admito que no es un trabajo agradable de hacer; la basura en ocasiones es difícil de limpiar.

Lanzó el vestido sobre la cama, antes de girarse.

>>—Tiene tres minutos… Señorita.

A propósito, titubeó en la última palabra, eso bastó para enfurecer a la mujer, la cual le gritó varios insultos en italiano. «*Urraca Italiana*» Sí, ese nombre le pegaba más. Justo al cerrar la puerta de la recámara principal, su teléfono timbró.

—Buenos días, Margaret.

Saludó a la secretaría a través del manos libres.

—Buenos días, Daniel. ¿Qué tal tu fin de semana?

Daniel resopló.

—¿Cuál fin de semana?

Preguntó con sarcasmo entrando en el despacho de Franco, tenía treinta minutos antes de que Franco bajara a ducharse y a desayunar antes de ir a la oficina.

—¡Pobre de ti! Envidio tu sueldo, pero no tu trabajo.

Comentó Margaret, ella era la secretaria de Franco, según su contrato. Porque en la vida real, era la secretaria de Daniel, y él a su vez era todo para Franco, lo cual indicaba un trabajo de 27/7 sin límite de tarea.

—Créeme, en ocasiones también siento lástima por mí mismo.

Suspiró mientras encendía el ordenador.

>>—Dime, ¿qué tenemos para hoy?

Durante los siguientes quince minutos, entre los dos organizaron la agenda de Franco para toda la semana.

—El señor Murphy me envió un correo ayer ordenándome cancelar la reunión a las siete de la tarde.

Informó Margaret, Daniel revisó la agenda en línea, y efectivamente, la junta con el corporativo, Dantes Erg. Estaba cancelado, ¿Estaba loco? Ese contrato era importante para la constructora.

—¿Por qué hizo eso?

Preguntó más para sí mismo que para Margaret, había trabajado muy duro por ese trato, ¿por qué cancelaba, así como así?

—En el mensaje solo decía: asunto K.A.

Informó Margaret y al escuchar esas dos letras a Daniel se le heló la sangre.

A su mente llegó la imagen de un joven delgaducho con lentes de primer año, en medio del jardín de la preparatoria. Estaba todo sucio y lleno de harina, huevo y Dios sabe qué más, mientras muchos otros idiotas estudiantes lo rodeaban y le seguían lanzando cosas. El pobre joven, aunque cubierto de lágrimas, no se daba por vencido.

—¿Saben una cosa?

Gritó el chico.

>>—No me rendiré. ¿Piensan que está bien pisotear a todo el mundo?

Gritó, pero por supuesto nadie le hizo caso, solamente le lanzaron otro huevo a la cabeza.

>>—Te metiste con la persona equivocada.

Susurró lleno de tristeza, tenía los ojos puestos en lo alto de las gradas de la cancha. Un chico alto de cabello oscuro lo observaba con autosuficiencia.

>>— Todo es fácil para ti, ¿verdad? Pero te olvidas de una cosa.

A pesar de las circunstancias, el chico desafiaba a su enemigo con la mirada.

>>—Para la gente normal, la perseverancia es la clave para sobrevivir.

—¿Daniel? ¿Estás ahí? ¿Daniel?

La voz de Margaret lo regresó a la realidad.

—Lo siento, Margaret.

Se disculpó sacudiendo su cabeza, no quería esos recuerdos en su mente, ni ahora, ni nunca.

>>—¿Qué decías?

—¿Sabes lo que significan esas iniciales?

—No.

Mintió.

>>—Concreta una videoconferencia con Omar Dante para medio día, trataré de convencerlo para agendar una nueva reunión.

—Hecho.

Dijo Margaret.

>>—¿Almorzamos juntos hoy?

Preguntó ella esperanzada, a Daniel le rompía el corazón, hacerle daño, sabía que la mujer tenía un interés en él y era una chica guapa, pero Daniel no bateaba por ese lado, además en su corazón...

«*Deja de pensar en esas tonterías» Se lo* dijo a sí mismo. Además, no podía decirles a todos sus preferencias o la situación se volvería incómoda en su trabajo. Y no necesitaba ese problema en su lista.

—No prometo nada, tal vez nos encontremos en la cafetería.

Dijo Daniel, y la chica suspiró. Esperaba que pronto ella captara la indirecta y dejara de insistir. Si aceptaba ir con ella, eso alentaría las esperanzas de la chica creyendo que tenían una cita; sí, en cambio, se encontraban ahí y no sería tan importante.

—Te veré más tarde, entonces.

—Hasta dentro de poco.

Daniel terminó la comunicación. Miró de nuevo la pantalla; las letras K.A. en la pantalla parecían estarse burlando de él.

—Mierda, ya sabía que hoy no debía haberme levantado de la cama.

CAPÍTULO 2

Aunque Daniel se había propuesto no aferrarse al pasado, no lo pudo evitar, no había podido superarlo y al parecer jamás lograría superar su pasado. Miró a su ordenador, su peor pesadilla se estaba volviendo realidad.

"*Reservación a las 8 en Stcakhouse*"

—Malditos prostitutos.

Murmuró Daniel, restaurante y hotel en el mismo lugar, muy práctico. Lo más seguro era que los cuatro jinetes del apocalipsis se reunirían para cenar y después se irían a hacer una orgía con varias mujerzuelas en el hotel.

«*Jamás cambiarán*».

Entrando en su correo electrónico, revisó sus archivos guardados ahí, abrió la carpeta que decía "*Apocalipsis*" era su anuario de preparatoria. El original lo había quemado después de escanearlo, y solo lo había hecho por una razón, para recordarse que jamás en la vida volvería a dejarse pisotear por nadie. Pasando por entre las imágenes, llegó a la que estaba buscando, los K.A., aunque en lo personal él los llamaba los cuatro jinetes del apocalipsis, tal vez era exagerado, pero en aquel entonces no había podido pensar en algo peor que eso.

En la escuela eran del grupo *Kappa Alpha*, en referencia a la fraternidad de la universidad en Princeton. Aún estaban en preparatoria, pero los Kappa Alpha eran su herencia, su legado. Todos los hombres de estas cuatro familias asistían a Princeton y siempre pertenecían a esa fraternidad, por esa razón esos niñatos ya se hacían llamar en aquel entonces los K.A. Incluso había escuchado que no importaba si estos niños ricos aprobaban el examen o no; la cuenta corriente de sus padres aseguraba su lugar en la Universidad. Era como un pacto satánico. Los hombres Kappa Alpha se casaban casi al mismo tiempo, tenían hijos de la misma edad que casi siempre eran unos malditos, asistían siempre a las mismas escuelas, frecuentaban los mismos círculos sociales y hacían sus maldades juntos. Eran amigos de por vida, un círculo que se repetía generación tras generación.

«*Sí, el mundo era una mierda la mayor parte del tiempo*».

Buscando en sus archivos encontró otra foto más moderna, eran los mismos cuatro hombres, pero quince años después. A excepción de la edad, no habían cambiado mucho. Poniendo las dos imágenes ante sus ojos, comparó a cada uno.

El primero a la derecha era Colton Foster, un arrogante mujeriego, que vivía en la ciudad de Los Ángeles. Por lo que Daniel podría decir era que el hijo de puta era afortunado de haber nacido en cuna de oro. El hombre había logrado ir a la universidad, aunque dudaba mucho que fuera para estudiar precisamente, ahora el tipo era un importante inversionista. Miró sus rasgos, rubio, el cabello lo mantenía igual que en la preparatoria, un poco largo y lacio, sus ojos azules y su sonrisa sexy le aseguraba a las compañeras de cama todos los días.

Después se encontraba Noah Moore, modelo internacional, ¿cómo no? Dudaba que ese idiota tuviera cerebro para algo más. ¿Por qué siempre los idiotas nacían con buena estrella? No solo había nacido en una familia rica, sino que tuvo la fortuna de ser atractivo, buen cuerpo y linda cara. Aunque en lo personal no le gustaba el cabello demasiado largo, y eso que era gay, pero en gustos se rompen en géneros, admitía que si tenía que envidiarle al hombre algo, ese sería su firme trasero.

En la esquina a la izquierda se encontraba Alaric Lee. Daniel suspiró. En Alaric

definitivamente habían pasado los años. En la preparatoria mantenía el cabello un poco largo, ahora estaba demasiado cortó, su cabello era castaño claro, sus ojos color chocolate y ligeramente rasgados, puesto que la familia de su padre era de ascendencia china. Ahora mantenía barba, eso lo hacía parecer más maduro… Daniel apartó la mirada, nunca supo por qué él pertenecía a los K.A. Nunca lo comprendió, Alaric era como un espíritu libre, siempre se lo imaginó viajando por el mundo viviendo como hippie. Era tranquilo, serio y callado. En la escuela, cuando no estaba con sus tres cómplices, lo podías encontrar recostado en los jardines con la mirada perdida en el cielo, o en el salón de música tocando el piano, incluso juraba que en una ocasión lo escuchó cantar mientras tocaba la guitarra. Y siempre que veía a sus amigos torturar a alguien en la escuela, él se alejaba… Daniel movió la cabeza. Alaric no era un ángel, era tan idiota como todos los demás. Hoy en día era un importante fotógrafo que viajaba por el mundo, sus cuadros eran vendidos por miles de dólares.

Por último, estaba Franco Murphy, su mayor pesadilla y su dolor de cabeza personal, gracias a él, Daniel apenas había podido sobrevivir a la preparatoria. El último año fue más llevadero, puesto que ellos eran un año mayores que él. El día que se graduaron, Daniel lloró de alivio. El último año logró concentrarse en sus estudios en lugar de andarse cuidando las espaldas, y cuando llegó el momento de ir a la universidad, se fue lo más lejos posible. Princeton jamás estuvo en su lista .

Pensó haber superado todo ese infierno, pero el destino tenía un raro sentido del humor. Años después volvió a encontrarse con el jinete principal, Franco Murphy, y ahora trabajaba para él. Daniel rio. El hombre, ni siquiera lo recordaba, debería haberse sentido insultado, pero la verdad era que cuando aspiró a este trabajo rogó para que Franco no lo reconociera, y había corrido con suerte. El hombre había cambiado, al igual que todos sus amigos, era un idiota todavía, pero un idiota maduro que había fundado una firma de arquitectos que para nada tenía que ver con los negocios de su familia. Fue grato darse cuenta de que detrás de todos esos músculos y su arrogancia, el hombre tenía cerebro.

Miró la foto de su ahora jefe, ¿quién lo hubiera dicho? Ciertamente, Daniel jamás pensó que el hombre lograría terminar una carrera y mucho menos que fundara su propia empresa y tuviera tanto éxito. Era un arrogante arquitecto con una reputación de prostituto y mujeriego. Su cabello oscuro y su mirada penetrante siempre le aseguraban compañía y hace un par de años había cambiado de solo mujeres a incluir a hombres en su menú. Lo cual empeoró para él. Hizo mala cara. Hasta el momento el hombre no mantenía una relación, sería más allá de unos pocos días o una noche. Daniel al principio no estaba seguro de entrar a trabajar aquí, pero ahora ya llevaba seis años, y era la mano derecha de Franco.

Rio mientras se recargaba en la silla. Su peor pesadilla ahora mismo dependía tanto de él y, aunque en un principio Daniel se propuso encontrar una manera de vengarse… Eso quedó solo en un pensamiento. Daniel debía odiar a Franco, pero la verdad era...

— ¡Daniel! ¿Por qué no contestas el teléfono?

Daniel pegó un brinco del susto al escuchar a Margaret abrir la puerta de su oficina.

— ¡Margaret! ¿Por qué hiciste eso? ¡ ¡Me asustaste!

Acusó a la secretaria; ella entró en su privado.

—Te he estado llamando y no contestas, el señor Murphy quiere verte en su oficina ahora. ¿Qué estabas haciendo?

Daniel logró quitar las fotografías de la pantalla antes de que Margaret se acercara demasiado.

—Estaba leyendo unos informes.

Se excusó, levantándose, tomó su agenda y los documentos que Franco tenía que firmar.

— ¿Seguro? Pareces culpable. ¡Te has sonrojado! ¿Estabas viendo porno?

Margaret rió, pero a él no le causó ninguna gracia.

—No seas tonta, yo no hago eso.

<<Solo *fantaseo de vez en cuando con cierta persona que aparece en ocasiones medio desnudo en las revistas*>>.

>>—Ahora vayamos a ver qué quiere el jefe.

•❤•

No le extrañó para nada entrar en la oficina de Franco y encontrar a una chica tumbada en su regazo. Daniel apretó la mandíbula.

—Pensé que me necesitabas, pero regresaré más tarde…

—Espera, Dan, tenemos que revisar un proyecto.

Lo detuvo Franco, no le gustaba que Franco lo llamara Dan. Cuando escuchó por primera vez esa abreviación, temió que hubiera recordado quién era, pero no, simplemente Franco le dijo que le era más fácil pronunciar tres letras en caso de que necesitara gritarle. Su jefe observó a la chica en su regazo.

>>—Lo siento amor, pero tengo que trabajar.

—Eres malo, Franky, ¿Te veré esta noche?

«Maldita *bruja ofrecida*» Daniel no permitió que sus facciones revelaran nada. Ni siquiera se molestó en desviar la vista, si eso molestaba a las mujeres en consideración de Daniel, entonces no deberían de andar de ofrecidas tan descaradamente.

—Lo siento, cielo, tengo planes esta noche, pero te llamaré.

La mujer puso un puchero, Daniel rodó los ojos.

—Siempre dices eso, pero nunca me llamas Franky, hace mucho que no nos vemos, te extraño.

—He tenido trabajo, mi amor.

Dijo Franco, colocando ambas manos en el trasero de la mujer para apretarla contra su regazo. La mujer jadeó como una perra en celo. Daniel tuvo suficiente.

—Colocaré su nombre en la agenda del señor Murphy y me aseguraré de que le llame señorita.

La mujer lo miró de arriba abajo por encima de su hombro, y por un segundo Daniel temió que fuera de las mujeres que había tenido que correr a la fuerza de la casa de Franco.

—Anda, cielo, tengo que trabajar.

Franco le dio una palmada a la mujer y la obligó a ponerse de pie. Con cariño y falsa sonrisa, Franco la escoltó a la puerta mientras la mujer se derretía en sus brazos.

—Tonta.

Murmuró Daniel, aproximándose al escritorio. ¿Por qué las mujeres no se valoraban? Franco solamente necesitaba una cosa de ellas. Sexo. Ya que el hombre era fóbico al compromiso.

—Bien hecho, Dan, ese es mi chico. No podía deshacerme de ella. Era demasiado pegajosa.

Dijo Franco lanzándole un brazo al hombro.

>>— ¿Qué haría yo sin ti? Siempre me cuidas las espaldas.

—Tienes suerte de que necesite este trabajo.

Dijo Daniel quitándose el brazo del hombre.

>>— ¿Qué vas a hacer con Omar Dante? Se ha negado a renegociar.

—Ya me ocuparé de él.

Franco le restó importancia al asunto y regresó a su escritorio. Daniel sabía que no sería útil discutir con él.

>>— ¿Vendrás conmigo esta noche? Quiero que mis amigos te conozcan.

—Tengo planes.

Mintió sin mirarlo. Rebuscó en la carpeta por los documentos que requerían ser firmados. Pensar en los K.A. le estaba provocando dolor de cabeza.

—Siempre tienes planes, Dan. De verdad quiero que mis amigos conozcan al hombre más importante de mi vida.

Daniel levantó la vista, sintió su corazón latir a mil por hora… Unas simples palabras, pero que tenían un enorme efecto en él. Eran palabras vacías, no tenían el significado que a Daniel le gustarían, Franco era dependiente de él… De manera laboral, no sentimental. Jamás sería sentimental y él era un idiota por haber...

>>—Ven conmigo esta noche, mis amigos quieren conocerte.

«*No en esta vida*»

—Yo no tengo la culpa de que siempre se reunían sin avisar, la gente normal tiene una vida planeada.

Era una patética excusa, pero bajo presión era lo que mejor se le ocurría. Franco rió divertido y se recargó en la silla, alzó las manos, no llevaba chaqueta ni corbata, su cabello estaba ligeramente despeinado… Daniel apartó la mirada de sus bíceps, los cuales se abultaban ante la apretada camisa blanca. El hombre era el pecado en persona. «*Porque tiene que ser tan tentador*»

—Es más divertido de esa forma, lo imprevisto es más estimulante.

—¿Perder un contrato millonario no es estimulante?

— ¡Vamos, Dan! Hace dos años que no nos reunimos todos.

Se quejó Franco. Daniel lo miró, eso era verdad, los cuatro estaban esparcidos por el mundo con sus respectivos trabajos. En ocasiones solo se juntaban uno o dos. El que más podía venir a Nueva York era Noah, con Colton era con el que más hablaba por teléfono y con Alaric solamente podía comunicarse por correo porque por lo general el hombre se perdía por los lugares donde no había mucha cobertura telefónica.

—No necesita mi permiso, señor Murphy, soy solo su asistente. Franco se enojó y le lanzó un blog de notas a la cabeza. Daniel lo esquivó.

—No seas tonto, Dan, sabes que eres indispensable para mí.

Aseguró Franco.

>>— Pero quiero ver a mis amigos, me trae buenos recuerdos.

Franco se giró en su silla a la fotografía de la pared que había enviado Alaric como un regalo para Franco cuando la constructora se mudó a este edificio. Era un foto collage de los cuatro K.A. en distintas etapas de su vida, de niños, de adolescentes, en la preparatoria, al graduarse de la universidad… Odiaba esa foto, si no fuera porque era demasiado cobarde, ya le habría pedido al intendente que la diera por perdida.

>>—¿Seguro que no quieres venir esta noche? Te presentaremos a varias chicas y de verdad quiero que conozcas a mi pandilla de juventud.

—En otra ocasión, será.

Daniel esbozó una sonrisa profesional y le entregó unos documentos. Franco hizo mala cara, pero sujetó la carpeta y comenzó a estudiarla. Franco podría ser un despistado y no recordarlo, pero no confiaba en que Alaric, Noah o Colton no lo hicieran y él no podría darse el lujo de perder este empleo por el momento.

CAPÍTULO 3

El martes no tuvo que ir a la casa de su jefe, y evitó a toda costa ir al hotel donde se hospedaron los cuatro líderes infernales. Y como era un asistente demasiado eficiente, se ocupó de mover para otro día todo lo que estaba agendado ese día muy temprano, puesto que sabía con anticipación que Franco no llegaría a la oficina por la mañana. Y cuando lo vio llegar al mediodía y por la pinta que traía, Daniel concluyó que su pronóstico había sido cierto. Habían pasado una noche salvaje; bebida y amantes sin duda fueron el menú principal del reencuentro. Como fuera, esperaba que los otros tres K.A. restantes ya estaban a bordo de un avión volando bastante lejos de Nueva York y que transcurrieran varios años antes de volver a saber de ellos.

—Te diría buenos días, pero dudo que lo sean.

Dijo que entrando a la oficina de Franco acompañado de Margaret, la secretaria se aproximó rápidamente al escritorio para dejar un par de aspirinas y un zumo de naranja.

—Dan, ¿podrías no gritar tanto? Me estoy muriendo.

Daniel rodó los ojos, Margaret se disculpó y los dejó solos.

—Eso te pasa por beber tanto.

Dijo, tomando asiento delante de él.

>>—Además, ¿qué clase de locos beben un lunes por la noche? Ustedes son dementes.

Franco rió, pero luego hizo una mueca.

—La fiesta es fiesta sin importar el día que sea.

—¡Como sea!

Murmuró.

—Richard llamó, ¿por qué no contestas sus llamadas?

Preguntó descaradamente, cambiando el tema, quería poner a los cuatro K.A. fuera de su mente, la tormenta había pasado.

>>—El dueño del edificio del nuevo hotel va a entablar una demanda.

Informó. Y como esperaba, Franco no se sorprendió.

—¿Cuál es el problema? Nunca puedo entender a esta gente.

Murmuró molesto mientras comenzaba a buscar unos planos en su computadora. A su lado, el celular de Franco comenzó a sonar, pero su jefe solo miró por el rabillo de su ojo antes de ignorarlo. Daniel pidió paciencia a los cielos. ¿Cómo es que este idiota logró fundar una compañía tan exitosa cuando en ocasiones se comportaba como un crío mimado? Ese exceso de seguridad era admirable en muchos de los casos, pero también era un dolor de cabeza tener que andar lidiando con sus problemas.

—Las recientes tormentas han comprometido el terreno de la contracción y Scott tiene dudas sobre los materiales.

Informó.

—¿No puede improvisar?

—Las lluvias excedieron la capacidad de desagüe de las tuberías que instalamos.

Daniel negó con la cabeza.

—En realidad, las tormentas fueron el problema, no nosotros.

Contestó, Franco, molesto, se levantó para buscar unos planos en el estante de atrás.

—Aun así, el dueño del edificio quiere demandarnos.

Dijo, mientras acomodaba unos lapiceros en la esquina y tiraba varios papeles a la basura,

Franco era un desordenado. Si no fuera por Margaret y él, esta oficina nadaría en papeles desechos, y los de limpieza siempre tenían precaución de no tirar nada que después Franco pudiera reclamar, por eso nunca tocaban su escritorio. Margaret y él podían más o menos predecir qué boceto podría ser desechado sin que Franco hiciera un drama por eso.

—Que lo haga.

Franco extendió un plano sobre la mesa de trabajo.

>>—¡Al diablo! No es mi problema, el cambio climático es responsable, no nosotros.

Daniel negó con la cabeza, pero hizo anotaciones en la agenda, tendría que pasar este asunto al departamento legal, a Franco no le importaba esto, pero gracias al cielo tenían abogados. Nuevamente, se preguntó: ¿Cómo era que Franco mantenía esta empresa?

>>—Necesito que mañana vayamos a comprobar este terreno, tengo una nueva idea para el nuevo resort, pero necesito comprobar algunas cosas.

—Camila ya hizo la valoración de riesgos, tienes los datos en el archivo.

—Quiero verlo yo mismo.

Franco Debatió, Daniel asintió, era inútil. Cuando a este hombre se le metía algo en la cabeza, no había poder humano que lo hiciera cambiar de ideas. Si algo admitía era que la arquitectura era lo suyo, por esa razón era quien era. Podría no saber de leyes, le importaba poco el clima o cualquier otro tema, pero diseñar estructuras impresionantes y ser un prostituto promiscuo definitivamente eran los suyos.

—De acuerdo, ¿a qué hora quieres ir mañana?

—Muy temprano.

Comentó Franco, distraído, buscando algo en su maletín.

>>—Partimos de mi casa a primera hora.

Informó.

>>—¡Mierda!

—¿Qué sucede?

—Dejé en mi casa la USB donde contenía el archivo con los nuevos datos que quiero cambiar.

Daniel resopló: «*Un arquitecto muy genial pero idiota en muchas ocasiones*».

—Te he dicho que, si trabajas desde casa, actualices los diseños en la nube para poder descargarlos desde aquí.

Franco se quitó la chaqueta y la corbata.

—Sabes que nunca recuerdo hacerlo, ¿podrías ir a buscarla?

—También tengo trabajo, ¿sabes?

Daniel se levantó y juntó todas sus cosas.

>>—Enviaré a alguien.

—Dan.

Franco dijo su nombre en una súplica. Daniel rodó los ojos. Solo le dio una mirada a Franco antes de apartar la vista. «*Era un idiota, pero un idiota guapo*».

—Iré.

Se quejó yendo hacia la puerta.

>>—¿Quieres algo de almorzar? Puedo comprar comida china de regreso.

Franco se quejó.

—¡Dios! ¿Me quieres matar? No, gracias.

Daniel rió ante la cara verde de Franco, provocarlo así siempre lo hacía sentir mejor.

>>—Quiero algo grasiento, crujiente y muy picante.

—Morirás de un infarto a los cuarenta.

Daniel arrugó la nariz.

>>—¿Cómo es que caminas en vez de rodar?

Por lo que sabía, Franco jamás vigilaba su dieta, hacía ejercicio, mucho ejercicio. A juzgar por sus ajustados pantalones, su estrecha cintura, su culo... Daniel quería golpearse. Controló sus emociones cuando Franco le guiñó un ojo.

—Soy apuesto por naturaleza.

Dijo Franco.

—¡Como sea!

Daniel tenía que salir de ahí. Cada vez que su mente comenzaba a divagar por ciertas cualidades del hombre, su cuerpo lo traicionaba inmediatamente. Cada vez era más difícil disimular. Tal vez era momento de irse buscando otro empleo, este comenzaba a tornarse peligroso.

•❤•

Entró en la casa de Franco, sabía que a esa hora Linda no se encontraba en casa, andaba haciendo recados o comprando en el súper los víveres para la semana. Moría de ganas de un café, pero primero le enviaría el archivo a Franco para que lo dejara en paz. Otra de sus horribles cualidades era la insistencia, todo el camino le estuvo mensajeando preguntándole si ya había llegado, incluso el muy obseso del control se molestó porque había tráfico, como si Daniel tuviera la culpa de ello. ¡Él tuvo la culpa desde el principio! Si fuera un poquito más cuidadoso, entonces esto no ocurriría.

Se dirigió directamente al despacho de Franco, pero le extrañó escuchar música. Lo primero que pensó fue que tal vez Linda o el mismo franco habían dejado el equipo de música encendido. De Franco no le extrañaría, ese hombre no perdía la cabeza nada más porque la tenía pegada al cuerpo. Pero sí era impensable que a Linda se le pasara ese pequeño detalle.

Las notas de una melodía de piano flotaron en el aire, y se dio cuenta de que el sonido no provenía de la biblioteca o del despacho, sino de la sala de estar. Su cuero cabelludo picó de repente, se estremeció, no entendía por qué de repente estaba tan nervioso, fue como si su cuerpo supiera primero que sus ojos lo que encontraría ahí.

Tocando el piano estaba un hombre, con el cabello castaño corto, tal cual como había visto en las fotografías el día anterior, pero no era un corte desarreglado, tenía la cabeza gacha y no lograba ver su rostro, pero no necesitaba verlo para saber quién era. De repente comenzó a dolerle el pecho y se dio cuenta de que acababa de dejar de respirar. Algún ruido debió haber hecho porque de repente la melodía se detuvo y el hombre levantó la mirada. Ojos medio rasgados, color chocolate, lo miraron fijamente. Durante un instante se quedó paralizado, tieso, pasmado, aterrado.

¡Alaric Lee!

Gritó internamente. ¿Qué estaba haciendo aquí? Se suponía que ninguno de los K.A. debería estar ya en Nueva York, cuando el hombre se puso de pie, Daniel salió de su asombro, dando media vuelta y sin decir nada se alejó. «*Salir huyendo era la mejor definición*» Corrió al despacho de Franco y cerró la puerta.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Con cada maldición golpeó la cabeza contra la puerta.
—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!
Tal vez después de todo sí tendría que buscar un trabajo nuevo.

CAPÍTULO 4

Daniel se encontraba en el tejado del edificio de la biblioteca. Este era el único lugar donde lograba escapar de su realidad. Miró hacia abajo, diez metros lo separaban del piso, no era la primera vez que pensaba en el suicidio. ¿Había algo peor que la preparatoria? Ya no creía que pudiera soportar más, y no podría decirles a sus padres que no quería seguir viniendo a la escuela. Este colegio era muy costoso y él tuvo la suerte de salir becado. Sus padres hacían un gran esfuerzo por completar sus gastos estudiantiles y estaban ahorrando muchísimo para enviarlo a la universidad. Daniel no quería decepcionarlos, pero la verdad era que ya estaba llegando al límite de sus fuerzas. ¡Maldita sea la hora en que se cruzó con los K.A.! Esos malditos niños ricos hacían lo que querían y nadie podía reportarlos. Además, no ganaría nada el valiente que fuera a la dirección, por lo que sabía que las familias de esos niños mimados aportaban importantes donaciones al colegio.

—Los odio.

Gruño mirando hacia la cancha de básquetbol, era la hora de los deportes, pero Daniel había fingido sentirse mal de nuevo y se había reportado a la enfermería. No quería tener que sufrir de nuevo a causa de los golpes del balón, aun sus costillas no se recuperaban de la paliza del día de ayer. Además, esa tarde tenía que ir al mercado a cargar cajas para recuperar algo de lo que gastó en la tintorería con su uniforme, la harina y el huevo seco era muy difícil de quitar. Y simplemente la mesada que sus padres le daban al mes para sus gastos no le alcanzaría para el final del mes. Y no podía pedirles más a sus padres, ni tampoco quiso llegar nuevamente con el uniforme destrozado, eso preocuparía a sus padres. La primera vez que ocurrió, ellos llamaron a la escuela para reportar la situación y lo único que ocurrió fue que el maltrato aumentó. No había otra cosa que más odiaban los abusadores que ser reportados por los abusados. Así que desde hacía tiempo había decidido guardar silencio y aguantar. Por lo tanto, por ahora no le quedaba más remedio que intentar conseguir algo de dinero por su cuenta. Le había tocado nacer pobre.

—¿Hay algo que el dinero no pueda comprar?

Se preguntó, ¿esos niñatos tenían la fortuna de haber nacido en cuna de oro? En cambio, él había tenido que trabajar desde niño. Por esa razón no podía renunciar, era la esperanza de sus padres, sería el primero en la familia en ir a la universidad.

—El aire.

Daniel se giró rápidamente para encarar la voz a su espalda. El terror lo invadió. ¿Cómo? Había mantenido desde aquí vigilados a los K.A. Esperaba que el día de hoy pudiera salir ileso.

>>—El aire.

Volvió a repetir Alaric Lee, Daniel no sabía de qué rayos hablaba, de hecho, no sabía que ese chico hablaba, y no tenía la menor idea de por qué era miembro de los K.A. Siempre estaba presente en las fechorías de sus amigos, pero siempre se mantenía apartado con los brazos cruzados como si estuviera vigilando.

>>—El aire.

—Yo…

Daniel se aclaró la garganta y olisqueó el aire.

—Yo no huelo nada.

Tal vez si se mostraba humilde, este chico lo dejaría tranquilo. El chico castaño de ojos

rasgados ríe.

—Tú preguntaste qué era lo que el dinero no podía comprar.

Dijo Alaric en un tono tranquilo, el chico estaba recargado en la pilastra con las manos en los bolsillos.

>>—El aire.

Daniel abrió los ojos con sorpresa. No supo qué decir. ¿No estaba aquí para golpearlo? Durante un segundo se miraron. Inconscientemente, Daniel se relajó, al parecer él no estaba ahí para intimidarlo.

—¿El aire?

Susurró Daniel.

>>—Es verdad.

—Así es.

Alaric sonrió. Daniel jamás lo había visto sonreír. Alaric sacó la mano de su bolsillo y se aproximó hacia él. Daniel se tensó. Temeroso de que siempre le fuera a hacer daño, cuando él extendió su mano hacia su cara, Daniel cerró los ojos y se encogió a causa del terror, ya tenía práctica en eso. Entonces nada sucedió. Los segundos pasaron y nada sucedió. Entonces entreabrió un ojo. Pero Alaric ya no estaba.

Daniel escuchó que llamaban a la puerta, pero lo único que deseaba era no salir de la cama para nada. Sacó la cabeza de entre las sábanas, el timbre dejó de sonar, pero, en cambio, golpes insistentes aporreaban la puerta. Miró el reloj de la mesilla, eran las nueve de la mañana, no había ido a trabajar, se había reportado enfermo ¡por primera vez en la historia! Si lo despedían le daba igual, de todas formas, planeaba renunciar. No había forma en el infierno que pudiera seguir trabajando ahí. No, ahora que Alaric lo había descubierto, se asombraba que el día anterior Franco no le hubiera llamado o hubiera aparecido en su casa para reclamarle. «A lo mejor por eso está aquí ahora».

Porque su instinto le decía que el que estaba como loco derribando la puerta era él.

—Maldita sea Daniel, abre la puerta o la voy a tumbar.

Cerró los ojos al escuchar la voz de Franco, se había relajado demasiado pronto. «Ya no eres un niño, puedes defenderte» dijo su subconsciente y eso le dio valor, no tenía por qué tenerle miedo al jinete del apocalipsis, ya no era un crío y, aunque Franco era más alto que él, bien podría hacerle frente hasta que los vecinos llamaran a la policía.

Con esa determinación apartó las sábanas y salió a enfrentarse a la bestia. Mientras caminaba por la sala de estar, Franco no dejaba de aporrear la puerta.

—Brown habló en serio… abres o…

—¿O qué?

Retó Daniel, abriendo la puerta abruptamente, dio un paso atrás listo para detener el primer golpe.

—¡Maldita sea! Ya estaba comenzando a preocuparme.

Dijo Franco, entrando en su casa y colocando la mano en su frente, Daniel se tensó.

>>—Pensé que estaban inconscientes tirados en alguna parte, estaba a punto de llamar al 911.

—¿Qué?

Preguntó confundido.

—Margaret dijo que llamaste para informar que estabas enfermo, tú nunca te enfermas.

Dijo Franco, tomando su muñeca derecha y retirando la mano de su frente.

>>—No tienes fiebre, ¿ya viste al médico?

Preguntó mirando su reloj como tomando el pulso. ¿No está aquí para matarlo?

>>—¿Qué es exactamente lo que te ocurre? Yo te veo muy bien, y la última vez que te dio gripe, aun así, estuviste trabajando esparciendo virus por todo el edificio. Eso no te detuvo.

Dijo Franco, Daniel no estaba comprendiendo nada. ¿Alaric todavía no le había contado quién era?

>>—¿Daniel?

—Me duele la cabeza.

Dijo apresuradamente, retirando su muñeca.

>> —Y dolor de estómago, pero ya me siento mejor.

—¿Por un dolor de estómago dejaste de ir a trabajar?

Franco le dio un golpe en la frente con dos dedos.

—¡Me asustaste, idiota! Pensé que tenías algo más grave.

—Auch.

Se quejó, pero en verdad no le había dolido. ¿En serio no sabía todavía quién era? A lo mejor…

—Si ya te sientes mejor, entonces ve a cambiarte, de verdad tengo que ir a supervisar el terreno para el Resort.

Franco lo empujó hacia su habitación.

—Pero…

—Sin pretextos, Brown, ya me hiciste perder mi tiempo, mueve el culo, que tenemos que irnos.

Aún confundido, Daniel se apresuró a su habitación, seguía sin comprender nada. Pero admitía que se sentía un poco aliviado, le gustaba el trabajo en la constructora, pero…

>>—Te esperamos en el auto, no tardes.

Gritó Franco golpeando la puerta de su recámara.

—Eres un mandón.

Gruñó.

—Si no bajas en cinco minutos, subiré por ti y te arrastraré sin importarme cómo estés vestido.

—Te odio.

Murmuró Daniel mientras se apresuraba a la ducha. Tendría que ser una exprés, ya que si alguien cumplía siempre sus amenazas era Franco y no quería tentar más a su suerte.

Cinco minutos después, caminó hacia la entrada de su edificio, no se había puesto traje, después de todo iban a un terreno boscoso, además se dio cuenta de que Franco llevaba ropa de Sport. Cerrando la puerta, caminó hacia la camioneta Audi todoterreno. Jean bajó del auto para intentar abrirle la puerta de la parte trasera. Daniel lo saludó y lo detuvo. No hacía falta esas formalidades entre ellos, pero estando Franco, Jean se comportaba con profesionalidad. Casi sin ser consciente, subió a la parte trasera, ignorando a la figura que estaba al otro lado del asiento. Colocando su portafolio a un lado, buscó a ciegas el cinturón de seguridad.

—Estaba a punto de subir…

—No seas exagerado, ya estoy aquí.

Gruñó Daniel colocándose el cinturón… Entonces se dio cuenta de que Franco habló desde el asiento delantero y no a la izquierda como había pensado en un principio. Daniel tragó saliva, miró a su costado… y ahí estaba él.

—¡Hola!

Dijo el hombre, vestido con camisa color blanco y pantalón caqui, un sombrero panamá[34] completaba su conjunto, dándole un aire despreocupado y sexy. Sus ojos color chocolate lo miraban con diversión.

—Dan… te presento a mi muy buen amigo, Alaric Lee.

Daniel ni siquiera podía respirar, cuando Franco le dijo que “Lo esperaban abajo” supuso que se refería a Jean y a él. Franco nunca manejaba distancias largas, aprovechaba ese tiempo para trabajar mientras otro se ocupaba de liderar con el tráfico.

—Es un gusto conocerte al fin… Dan.

Dijo Alaric sin tenderle la mano.

>>—Franco habla mucho de ti.

Daniel se pateó mentalmente, debió haber seguido con su plan original, pero ahora estaba encerrado en una camioneta con dos hombres del infierno. Huir hubiera sido perfecto de no ser porque Jean en ese momento bloqueó los seguros de las puertas. Decidió recomponerse. Lo que tuviera que suceder sucedería.

—Sí, también se habla de ustedes.

Dijo mirando al frente. Franco enarcó una ceja, pero no dio ningún signo de que supiera quién era él en realidad. Daniel se cruzó de brazos y miró hacia la ventana. Estaba tan cansado de todo esto, que debería de decir todo de una vez y regresar a casa, pero en eso Franco le dio la orden a Jean de irse. Así que, por ahora, tenía que aguantar y soportar el viaje.

CAPÍTULO 5

—De verdad estás actuando muy raro el día de hoy, ¿qué ocurre?

preguntó Franco mientras tomaba unas medidas sobre el terreno. Daniel miró a las dos mujeres que estaban un poco más allá, observaban con interés. Se habían detenido en su camino por la carretera, esta zona era desierta, puesto que el hotel más cercano estaba a unos kilómetros, pero a los lugareños les gustaba correr por esta zona, después de todo era desierta y colindaba con la bahía. Por lo tanto, fue una agradable caminata con abundantes árboles por el camino, lástima que la mayoría terminaron derrumbándose. Las mujeres trataron de llamar la atención de ellos, pero Daniel estaba consciente de que al que querían en realidad era a Franco, él tendía a causar ese efecto en la gente. Suspirando, regresó su atención a Franco; estaba inclinado a poca distancia, tomando las medidas del suelo.

—Estoy bien.

Contestó al darse cuenta de que Franco quería una respuesta.

—No es así.

Se quejó Franco mientras hacía anotaciones en su blog.

>>—¿Qué te pareció, Alaric?

Soltó un largo suspiro.

—Es tu amigo, ¿qué puedo decir?

Durante el largo trayecto nadie habló. Franco se sumergió en el trabajo revisando algunos planos. Jean condujo. Alaric se colocó el sombrero sobre la cara y durmió todo el camino, mientras escuchaban a Frank Sinatra. Eso confundió a Daniel como el infierno. Y confirmó que Alaric no le había contado a Franco que se habían conocido el día de ayer y llegó a pensar que tal vez Alaric tampoco se acordaba de él. No quería tener esa pequeña esperanza, ¿pero qué más podía pensar?

—Alaric, Noah y Colton son como mis hermanos, y no creo que me sienta bien que no te lleves bien con ellos.

Dijo Franco y parecía sincero. ¿Por qué era tan importante para él?

—Yo solo trabajo para ti, no tienes porqué preocuparte porque tus casi hermanos no me quieren.

—Eres mi amigo Dan, lo sabes.

Dijo Franco, poniéndose de pie.

>>—Al menos es lo que siento yo.

Daniel sonrió, era un estúpido por sentirse así, cuando Franco actuaba de esta manera hacía que para Daniel fuera imposible odiarlo… Si no fuera por los K.A. tal vez… Resoplando, Daniel apartó la mirada y volvió a mirar a las mujeres, las cuales habían avanzado unos metros más allá, y sabía por qué razón se habían detenido otra vez.

—No soy bueno socializando con la gente que no conozco.

Dijo mirando nuevamente a Franco, y él sonrió.

—Eso es mentira, eres muy bueno manejando a la gente.

Franco se encogió de hombros.

>>— Al menos eres bueno manejándome a mí.

Daniel resopló dramáticamente.

—Soy bueno para lidiar con tu mal genio, pero no para manejarte, si fuera de esa forma no

me meterías en demasiados problemas. ¿Hablaste con Omar Dante?

Franco rió, golpeando su hombro.

—Esta mañana le mandé un mensaje, quedamos en cenar un día de esta semana, si no hubieras fingido estar enfermo, tú mismo habrías cambiado la agenda.

— ¡ ¡No estaba fingiendo!

Pero Daniel no era un buen actor.

—Eres malo mintiendo, Brown, bien podrías tener viruela y estarías en la oficina restregando el látigo.

Dijo Franco.

>>— Te conozco demasiado bien, no estabas enfermo, algo te sucede y lamento que no confíes en mí para contármelo.

Daniel suspiró.

—Nunca me dejarás superar eso, ¿cierto?

Franco se echó a reír.

—No, de verdad quiero ayudar si es que puedo hacerlo.

Daniel sonrió débilmente y miró alrededor de la zona.

—Estoy bien.

Miró hacia las mujeres que estaban caminando de regreso, hacia donde estaban ellos.

>>—Esas mujeres te están mirando.

Quería cambiar el tema desesperadamente. Funcionó. Franco levantó la vista.

—Me dijo la pelirroja.

Dijo.

>>—Pero ya tengo la agenda ocupada para esta semana.

—Tu cama está bastante llena.

Daniel hizo cara de asco. Franco siempre había sido del tipo de "*fóllalas y déjalas*" menos mal que al menos el hombre tomaba sus precauciones y chequeos médicos regularmente.

—Sí.

Dijo Franco, su voz suavizándose.

>>—Pero la tuya no, ¿quieres que consigamos sus números?

Daniel abrió la boca y la cerró. Sonrió, buscando palabras. Las palabras correctas. Nadie sabía en la empresa sobre sus preferencias, en ocasiones había logrado desviar la atención de Franco mintiendo sobre alguna cita con una mujer, o agregando comentarios pícaros sobre chicas que se encontraban.

—Creo que no estoy de ánimo.

Comentó. Franco se ajustó las gafas oscuras, e hizo una mueca.

—De verdad me gustaría saber qué mierda te tiene tan tenso.

Daniel sonrió más ampliamente. Sus mejillas comenzaron a dolerle a causa de la sonrisa fingida.

—Nada que una botella de whisky no pueda arreglar.

—¡Tú no bebes! Ahora sé que algo realmente jodido está sucediendo. ¿Me lo dirás o tendré que torturarte para hacerte hablar?

—Tengo una vida, Franco, y aunque no lo creas, no todo gira alrededor de ti.

Daniel se encogió de hombros, mirando hacia otro lado.

—Dan…

Dios odiaba que Franco lo llamara así. Nadie más que Franco lo hacía. Algunos amigos de

Daniel trataron de llamarlo Danny. Pero él prefería a Daniel, los diminutivos le molestaban, aunque Dan o Danny no eran tan feos como Franco lo había bautizado en la preparatoria. <<*Nerdando*>> eran una mezcla entre *Nerd*[35], Dan y Tarado. Muy creativo. Daniel lo odiaba. Sí, lo odiaba. Por eso no pensaba en eso y de verdad llegó a pensar que era una de las razones por las que Franco no lo recordaba. En la preparatoria nadie lo llamaba por su nombre real, sino por ese estúpido nombre que le pusieron los K.A.

>>—Dan.

Dijo Franco de nuevo, sin tener ni idea de que estaba destrozando las entrañas de Daniel.

—¿Qué?

Dijo Daniel, tratando de recuperarse. Nunca era fácil reponerse a sus recuerdos, pero algunos días eran más difíciles. Algunos días se preguntaba cuál era el propósito de todo esto. Mentir y fingir nunca le resultó natural. Mentir a Franco de quien era le estaba pasando un coste mental aterrador. Franco llevó una mano alrededor de su cuello. Daniel respiró con cuidado. El pulgar de Franco presionó su cuello, una orden silenciosa para que lo mirara. Siempre había sido así desde que Franco traspasó la barrera de lo profesional y comenzó a tratarlo más como amigo que como asistente personal. Franco siempre había sido el que empujaba, el de opiniones fuertes, el líder en todos, desde que lo conoció en su adolescencia. Franco había sido el rey, el general, el villano, el héroe galante o el dragón, mientras todos los demás lo seguían sin dudar.

>>—Dan…

La presión del pulgar de Franco aumentó ligeramente. Suspirando, Daniel cedió y miró al hombre más alto. Un surco arrugó la frente de Franco.

>>—¿Tienes problemas de dinero? ¿Problemas con la ley? ¿Problemas con una chica? Dímelo, puedo ayudar.

Daniel casi se echó a reír. El ser un despistado sin duda era la cualidad que más le gustaba de Franco.

>>—Si alguien más te está molestando, también puedo encargarme de eso.

Dijo Franco con una mirada dura. Daniel sacudió la cabeza con una sonrisa suave. Esta era la razón por la que nunca desearía que Franco descubriera su secreto, odiaría perder esto… Este hombre era tan diferente a aquel chico que lo torturó. Daniel realmente estaba enfermo mentalmente de alguna manera, ¿A qué clase de enfermo mental le gustaba el hombre que más odiaba en su vida? No importaban las horas de terapia, su psicólogo le decía que no había nada malo en él. Pero...

—Te prometo que todo estará bien.

Dijo Daniel.

>>—No es nada malo como piezas, solo creo que estoy cansado.

El gesto en la cara de Franco permaneció duro y sin expresión.

—Sigo sin creer eso.

Franco se rió entre dientes.

>>—Pero hablaremos de eso más tarde.

Dijo señalando con la cabeza hacia un lado.

>>—Tengo que revisar esa zona también.

—Tengo que llamar a Margaret, te espero aquí.

Dijo, esa zona estaba plagada de hierba, definitivamente no quería arruinar sus zapatos o arriesgarse a que un bicho saliera por ahí. Franco lo fulminó con la mirada.

—Bien.

Franco señaló con la cabeza hacia las mujeres, que incluso ahora estaban más cerca.

>>— Consigue el número de la pelirroja.

Ordenó, apretando ligeramente la nuca de Daniel. Él refunfuñó y apartó la mano.

—Ese no es mi trabajo.

—Eres mi asistente y te he dado una orden.

Dijo Franco burlón.

—¿No quieres que la desnude y la meta en la cama por ti también?

Preguntó, cruzándose de brazos. Franco rio.

—No lo creo, los tríos no son los míos, me basto solo para agotar a una mujer, no necesito que un hombre me quite la mitad de la diversión.

Dijo Franco, alejándose a tomar las medidas que necesitaba. Daniel se preguntó si realmente le dolería más si Franco le metiera un cuchillo en el estómago y lo retorciera.

—Idiota.

Se giró. Se dirigió hacia el coche. Pero se detuvo abruptamente, Alaric Lee estaba parado a unos metros de distancia. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Sería muy obvio si se diera la vuelta y corriera hacia donde se había marchado Franco? Definitivamente, sí. Al parecer siempre que veía a este hombre le daban ganas de correr. Alaric lo miraba fijamente, sus manos en los bolsillos de su pantalón en una pose que podría parecer relajada, no podía predecir qué pensaba el hombre porque con las gafas oscuras era difícil de leer.

«*No se acuerda de ti, idiota, si no ya le habría contado a Franco...*» La pequeña esperanza llenó su pecho, a lo mejor sí estaba de suerte y Alaric era tan despistado como Franco. Fingió una sonrisa.

—¿Necesita algo, señor Lee?

Miró por encima del hombro del hombre, pero no lograba ver a Jean. Alaric Lee era de la misma estatura que Franco, pero físicamente eran completamente diferentes, donde uno era moreno y el otro era blanco de piel. El cabello oscuro y el castaño contrastaban entre sí, pero su personalidad era lo que más lo distinguía. Donde Franco era un ángel oscuro, Alaric era...

—Respóndeme algo.

Comentó Alaric, haciéndolo temblar. Hasta su voz contrastaba con el tono grave de Franco, pero, aun así, su voz lograba hacerlo estremecer. <<*Eran malos recuerdos*>> también recordaba que al principio Franco le causaba miedo cuando comenzó a trabajar para él, duró meses en acostumbrarse y dejar de temer que en cualquier momento el hombre se acordaría de él.

—¿Qué cosas?

Contestó con temor. Alaric se quitó las gafas y caminó un paso hacia él. Daniel se obligó a no moverse, no habría podido de todas formas, aunque hubiera querido. La intensa mirada de Alaric Lee lo tenía paralizado. ¡Él lo sabe! ¡Alaric lo había descubierto! No sabía cómo lo sabía, pero Daniel presintió que todo terminaría, Alaric sabía la verdad después de todo…

—¿Desde cuándo estás enamorado de Franco… Nerdando?

Su garganta trabajó cuando intentó tragarse el doloroso nudo en su garganta. No lo logró. Un sonido terrible y estrangulado escapó de su garganta. Su pecho comenzó a pesarle. Inspiró y exhaló. ¡No podía ser cierto! Estaba en más problemas de lo que pensaba.

>>—No necesitas contestar.

Dijo Alaric.

>>—Tu silencio me lo dice todo.

Alaric se colocó las gafas y comenzó a alejarse. Daniel sintió que las rodillas se le aflojaban.

Eso era todo, sus dos grandes secretos estaban a la luz, y el segundo era el más doloroso que el primero, siempre le había dicho a su psicóloga que tenía algún tipo de síndrome de *Estocolmo*[36] o algo así. Pero era imposible que se hubiera enamorado de su torturador. Daniel no estaba seguro de cuándo había empezado exactamente a enamorarse de su jefe. No podía recordar que no lo amaría.

Cuando comenzó a trabajar para él, incluso con sus miedos y reservas, Franco fue paciente y poco a poco fue ganándose su confianza. Extrañamente, Franco fue el primer amigo real que había hecho por su cuenta, el único que no estaba impresionado por sus rarezas y lo trataba como si de verdad lo apreciara.

El Franco adulto era todo lo que él no era: audaz e insistente, imprudente y decidido, y sin saberlo el hombre se convirtió en algo más para él. Algo que no estaba destinado a ser.

Al principio todo fue confuso como el infierno, porque no podía entender qué era lo que deseaba de Franco cada vez que lo tocaba. Por entonces todavía lo odiaba. Sin embargo, todo cambió con el tiempo, cada vez que Franco pasaba un brazo alrededor de sus hombros y lo acercaba, lo hacía despertar sentimientos que no pensó sentir jamás por ese idiota. Si realmente siguiera odiando a Franco, no se masturbaría pensando en la boca y las manos de Franco en él. ¿O sí? No se sentiría enfermo de amor cuando Franco le sonreía.

Era embarazoso.

Era mortificante.

Era horrible.

Una situación realmente horrorosa porque sabía que Franco no se sentía de la misma forma. El afecto de Franco por él era simple, amistoso y profesional. Además, Franco era recto como una flecha. Si Franco descubriera lo que Daniel deseaba, probablemente se sentiría raro e incómodo.

Sin importar su pasado, y todos sus secretos, Franco era heterosexual y nunca querría a Daniel de esa forma. A Franco nunca le correspondería. Por muy arraigado que estuviera este amor, era unilateral y siempre lo sería. Aceptó eso hace mucho tiempo y lo estaba logrando disimular. No todo amor era correspondido; esa era la cruel realidad. El teléfono zumbó en su bolsillo, haciéndolo estremecerse. Tenía un mensaje nuevo de Franco.

"¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué te quedas pasmado como una roca? Se va la pelirroja idiota"

Daniel alzó la mirada, las mujeres ya no estaban a la vista, no importaba, jamás tuvo la intención de ir a conseguir el número de la mujer, y sabía que Franco tampoco pensó que lo hiciera. Estaba preocupado, pensando que seguía con la cabeza en las nubes, se giró, entrecerró los ojos. Él no llevaba gafas oscuras, con los pupilentes que utilizaba desde hace años no podía ver bien si usaba gafas oscuras. Se mareaba con facilidad, entrecerró los ojos. Franco estaba muy retirado pero alcanzaba a mirarlo, desvió la mirada hacia Alaric, no había caminado hacia Franco para contarle su secreto, se había acercado a un árbol y se había sentado recargando su espalda contra el tronco, con su cámara fotográfica en mano, comenzó a sacar fotografías, no parecía importarle si se ensuciaba la ropa. ¿Qué sucedía? ¿Qué planeaba Alaric? ¿Por qué no iba a contarle toda la verdad a Franco en ese momento? Estaba actuando tan despreocupado, parte de él le dijo que era algo bueno. Ya no sabía que era mejor, tenía miedo de que Alaric hablara, pero, por otro lado, si sucedía era mejor ahora que vivir con la incertidumbre, si todo explotaba ahora

sería más fácil para él seguir adelante.

Excepto... Excepto que no quería seguir adelante. No sabía qué clase de persona sería sin Franco. Estaba jodido, pero era la verdad. Este enamoramiento irracional, por desesperante y doloroso que fuera, había sido parte suya por demasiado tiempo y Daniel no sabía quién sería sin perder a Franco. Su teléfono volvió a vibrar.

"***Creo que, sí tendré que llevarte al médico, estás distraído y en las nubes, ¿te estás drogando? ¿Es eso?"***

Daniel rio, negó con la cabeza, contestó el mensaje.

"***Adivinaste, pero no te preocupes, me dijeron que era de buena calidad, por lo que los efectos no son permanentes"***

Recibió una respuesta casi instantáneamente, lo que le hizo sonreír. Sí, era así de patético.

"***El grupo Murphy tiene una política antidrogas muy estricta, pero tienes influencias con el jefe ** tu secreto está a salvo conmigo. Ordena pedido a domicilio, yo invito***"

Daniel no pudo evitarlo, sonrió.

"***Eres un idiota, ¿por qué no viniste a trabajar? Hace calor y tengo hambre, así que date prisa y termina de una buena vez***"

Aunque a esa distancia no podía ver bien el rostro de Franco, sabía que el hombre estaba sonriendo. Ya no recibió respuesta de regreso. Le encantaban estos momentos, odiaría perder esto, pero si, Alaric hablaba… Tuvo la sensación de ser observado, no se equivocó, Alaric lo miraba. Podía sentir su penetrante mirada estudiándolo, se giró. Daniel cerró los ojos, mientras que la familiar sensación agridulce llenaba su pecho. Su vida era una mierda y al parecer las cosas irían mucho peor.

CAPÍTULO 6

Al día siguiente Daniel entró en el vestíbulo de la casa de Franco. ¡Maldita la hora en que comenzó a venir a su casa en lugar de trabajar desde la oficina! No recordaba exactamente cómo sucedió, pero una vez que estuvo ahí, la cosa se fue haciendo más frecuente y el sistema de adaptación que tenían entre ambos funcionaba. Franco se sentía más cómodo trabajando desde su casa y seguido se quedaba hasta tarde haciéndolo, por consiguiente, a la mañana siguiente no estaba muy apurado para ir a trabajar a la oficina, y aquí era donde todo había comenzado… Trayendo el trabajo de Franco a casa. El problema ahora era un hombre castaño con rasgos asiáticos.

Todo el camino de regreso, el día de ayer, había sido muy tenso. Daniel temió todo el trayecto porque Alaric dijera en voz alta lo que sabía. Fue muy estresante, pero todo el camino el hombre lo ignoró. Anoche, casualmente le preguntó a Jean si sabía cuánto tiempo se quedaría el señor Lee y la palabra "*Indefinidamente*" no le sentó nada bien.

—Llega temprano, señor Brown.

Daniel miró a Linda, preguntándole por qué tanta formalidad, y entonces cerró la boca. Ahí estaba él, sentado en la barra del desayuno viendo una revista.

—Buenos días.

Saludó, Linda respondió el saludo y Alaric asintió con la cabeza porque tenía la boca llena de lo que fuera que estuviera desayunando. En ningún momento lo miró, estaba concentrado en lo que estaba leyendo.

—Aquí tiene su café, el señor Murphy está en la ducha, ¿quiere desayunar?

—Solo un pan tostado, señora Lincoln.

Inseguro se acercó a la barra del desayuno. La verdad es que sí tenía algo de hambre, pero dudaba que pudiera pasar un bocado con el hombre ahí. Pero esa mañana decidió que no podía vivir con miedo, tenía que tomar el toro por los cuernos y... Necesitaba hablar con Alaric Lee y averiguar cuáles eran sus intenciones.

«*No dejes que huela tu miedo*» se dijo mentalmente. Durante largos minutos estuvieron ahí y ninguno dijo nada, la señora Lincoln se ocupó de sus cosas, pero hasta ella debió percibir la tensión porque decidió disculparse para ir a ver la lavadora. Temeroso miró a su lado, pero Alaric seguía ignorándolo.

<<*Hablando de Idiotas*>> <<*Vamos, Daniel, tú puedes*>>

—Yo…

Habló, pero su voz sonó como si tuviera una gallina en la garganta.

>>—Eh…

Volvió a intentarlo, pero era tan difícil. ¡No seas un cobarde, Brown! No tenía mucho tiempo, Franco podría aparecer en cualquier minuto.

>>—Este…

— ¿Sabes cómo se hacen los *hot cakes*[37]?

Interrumpió a Alaric a su lado. Daniel lo miró confundido.

— ¿Qué cosa?

—Los panqueques, tortitas, o como quieras llamarlos.

Alaric le mostró la revista, era una revista de cocina, y efectivamente era una receta para hacer panqueques. ¿Este hombre estaba loco o qué?

>>— ¿Sabes prepararlos?

Volvió a preguntar, Daniel sacudió su cabeza confundido, esto era surrealista.

—Eh… harina, huevo… mantequilla… ah… Leche.

No sabía por qué se sintió tan idiota diciéndole los ingredientes. ¡Ah! Molesto golpeó la barra del desayuno.

>>— ¿Estás jugando conmigo o qué?

— ¿Jugando?

Alaric rió, pero regresó su mirada a la revista.

>>—Solo he preguntado si sabías prepararlos, si no querías contestar no lo hubieras hecho.

Daniel rodó los ojos.

—¡Escucha! No sé qué pretendes hacer, pero quiero que sepas que lo que crees que es, no es en realidad.

Alaric enarcó una ceja y lo miró con ojos burlones.

— ¿Eres el nieto de Confucio o algo así?

Pregunta divertida

—¡Suficiente!

Este hombre lo desesperaba.

>>—Me dijiste ayer que…

—Te pregunté... No te dije nada.

Interrumpió a Alaric. Daniel se puso de pie.

— ¿Por qué lo intenta enredar todo, señor Lee?

Cuestionó Daniel. Alaric se giró hacia él, se recargó cómodamente en la barra.

—Tú eres el que está confuso, yo solo hice una pregunta, tú simplemente confirmaste mis sospechas y llámame solo, Alaric, si me hablas de usted me haces sentir viejo.

—Bueno, pues yo…

— ¿Qué ocurre?

preguntó Franco al entrar en la cocina. Daniel sintió que la sangre bajaba hasta sus pies.

—Solo estábamos conversando, al parecer tu asistente tiene algo que decirme.

Explicó Alaric. Daniel lo fulminó con la mirada para que guardara silencio, pero Alaric ni siquiera se inmutó.

— ¿Hablas?

Preguntó Franco, acercándose a la barra del desayuno y tomando la taza de café que Daniel no había tocado. Al instante la habitación se inundó con el olor a menta del champú del hombre. ¡Dios! ¿Por qué estoy metido en estos malditos problemas?

>>—Pensé que no se habían caído bien, ayer apenas hablaron en el camino.

—Sorpresa, sorpresa. Al parecer soy más agradable de lo que parece.

Dijo Alaric.

>>— ¿Ya te vas a la oficina? —

—En un momento, tengo que hacer unas llamadas.

—Tengo que revisar unos archivos.

Dijo Daniel, alejándose de los hombres, había quedado en medio y eso era todavía más incómodo.

— ¿No vas a desayunar, Dan?

Preguntó Alaric.

—Ya lo hice.

Explicó tomando sus cosas.

>>—Te espero en el despacho.

Le dijo a Franco. Disculpándose, se apresuró a correr por el pasillo. Justo al tomar el pomo de la puerta para entrar en el despacho, escuchó unos pasos, aproximarse, temió que fuera Franco, fue mucho peor. Alaric caminó despreocupadamente hacia él.

—No habrá una próxima vez.

Dijo Alaric.

>>—Tú y yo sabemos lo que pasa y admito que siento curiosidad, no tienes por qué decírmelo si no quieres, pero esta será tu última oportunidad para explicarte.

—No sé qué…

—Quiero escuchar qué tienes que decirme.

Alaric lo interrumpió.

>>—Eso planeabas hacer en la cocina, ¿no?, quieres darme una explicación.

Daniel suspiró; estaba claro que Alaric no se daría por vencido.

—Estás equivocado.

Lo enfrentó, tenía que terminar con esto de una vez por todas.

— ¿Sobre qué, exactamente?

Alaric metió las manos en sus bolsillos. Parecía divertido.

—Fue un malentendido, yo solo trabajo para Franco.

—Pues muy bien, comprendo.

Alaric miró a su espalda.

>>—Lástima Franco, al parecer no le gustas a Daniel. Aunque sabía que no había nadie en su espalda, el hecho de verse descubierto lo hizo sobresaltarse, había caído en la trampa redondita, y se había descubierto solo. Miró con furia a Alaric.

— ¿Qué estás haciendo?

—Eres fácil de leer, cuando menciono a Franco te pones pálido... Cuando entra en la habitación te sonrojas, porque no lo aceptas de una vez.

Daniel le iba a decir a Alaric que se fuera a la mierda, que no le importaba lo que decidiera hacer. Ya estaba harto. Justo cuando iba a comenzar a hablar, Franco entró en el pasillo hablando por teléfono. Alaric miró por encima de su hombro, se mordió el labio para no reír, después miró a Daniel.

—Seguiremos esto más tarde.

Dijo y posteriormente se marchó por el pasillo como si nada hubiera ocurrido. Franco miró entre él y Alaric, pero siguió hablando por teléfono. Sin embargo, por la mirada que le dirigió, Franco le estaba diciendo que tenían que hablar. ¡Genial! Dos tipos, dos conversaciones y no quería tener ninguna de las dos.

•❤•

Tenía que haber salido hacía una hora, pero no era nada nuevo, tampoco que se quedara a trabajar hasta tarde. Tenía dolor de cabeza y solo deseaba ir a casa y dormir todo lo que pudiera rogando a los cielos que este maldito infierno terminara pronto.

Franco se había marchado horas antes porque tenía la cena con Omar Dante, aunque se lo pidió. Daniel se había negado a ir. Tenía varios informes atrasados y esa era su culpa por estar tan distraído.

Estaba por apagar la computadora cuando su teléfono timbró, no conocía el número, pero eso no cambia el hecho de que al ser el asistente de Franco Murphy tenía que contestar, podría ser un nuevo cliente.

—Buenas noches, habla Da…

—¿Seguro que me diste bien la receta de los hot cakes?

Daniel hizo mala cara al teléfono, incluso lo despegó de su oreja para mirarlo como si automáticamente su teléfono le mostraría una foto de lo que mierda estuviera sucediendo.

—¡Daniel! ¿Estás ahí?

—¿Señor Lee?

—¿Acaso podría ser alguien más? Me diste la receta equivocada para los panqueques y deja de una buena vez eso, señor Lee, me estás haciendo enfadar de verdad.

Alaric parecía en serio molesto.

>>—La maldita cosa se queda cruda en la sartén.

Daniel miró al techo, a lo mejor estaba muerto y en una dimensión paralela o algo así.

—¿Te sientes bien…?

—Los panqueques, Daniel, ¡concéntrate! ¿Por qué se quedan planos y pegados a la sartén?

—Yo…

¡Joder! ¿Qué mierda está sucediendo?

>>—¿En serio estás haciendo hot cakes?

—Yo siempre hablo en serio. Te espero en la casa de Franco en diez minutos.

—¿Qué…?

Alaric cortó la llamada.

>>—¡Maldito idiota!

Daniel estaba pensando seriamente que ese hombre estaba mal de la cabeza o algo así.

CAPÍTULO 7

Nueva York 4 años atrás…

Daniel estaba terminando de acomodar los planos en el estante, el asunto de California había terminado bien, si todo salía según lo planeado, podían comenzar la construcción en un mes. Daniel miró por encima de su hombro, Franco estaba concentrado realizando unos trazos. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Trabajando para Franco Murphy! Al principio creyó que era temporal en lo que encontraba otro empleo, pero acababa de cumplir dos años y nada era como pensó que sería. ¿Cuándo el niño idiota se había convertido en un adulto más o menos responsable? En muchas ocasiones llegó a pensar que estaba equivocado. Que el Franco Murphy de la preparatoria no era este Franco Murphy, ¿su gemelo bueno tal vez?… Cuando no tenía esos malos recuerdos del pasado, Daniel podía pensar en Franco como otra persona, como en un hombre que…

—¿Por qué se siente esa energía tan negativa? ¿Ocurre algo?

Preguntó Franco sin dejar de trazar líneas. Hoy estaba muy apuesto, cada vez que cerraba un trato importante, él utilizaba su mejor traje, él siempre estaba apuesto, pero hoy, con ese traje de raya diplomática, con barba de dos días…

>>—Hoy fue un buen día y tus malas vibras están alterando mi chi.

Daniel rodó los ojos. Este hombre nunca se tomaba nada en serio.

—¿Te hago una pregunta?

—Si te digo que no… ¿Prometes no hacerla?

Daniel no tomó en serio sus palabras, dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia su ¿Amigo? ¿Desde cuándo comenzó a pensar en Franco como un amigo?

—¿Consideras que es correcto suprimir tus emociones y no expresarlas a la persona que te gusta solo para no arruinar una amistad que vale la pena conservar?

Franco dejó lo que estaba haciendo y lo miró, se ajustó las gafas considerando su respuesta. Por un instante Daniel se tensó; nadie en la oficina sabía sus preferencias sexuales.

—¿Estás enamorado?

Preguntó intrigado, parecía realmente interesado.

—Responde a mi pregunta.

Dijo para evitar contestar.

>>—¿Qué opinas al respecto?

—Sería una estupidez.

Dijo Franco seriamente.

—¿Eh?

—Estupidez.

Repitió Franco dejando su lápiz sobre la mesa, giró en su silla hacia él.

>>—Es como si no aceptaras que esa persona es especial para ti, imagina que mañana es el fin del mundo, ¿no crees que lo lamentarás?

El corazón de Daniel comenzó a latir con fuerza, sentía calientes las orejas, esperaba que no estuviera tan sonrojado. Franco hablaba seriamente. ¿Cuándo se había vuelto tan maduro? Esas palabras eran fuertes, proviniendo de un hombre que tenía una amante cada noche. Pero Franco tenía razón… tal vez debería...

—Franco…

—¿Qué…?

«No, no debería»

—¿Cómo qué? ¿Desde cuándo te volviste tan brillante? Franco rio.

—¿Apenas te das cuenta?

Franco le lanzó una hoja de papel.

>>—En mi opinión, es mejor arrepentirse por hacer algo, que arrepentirse por no haberlo hecho.

Daniel se frotó los ojos para asegurarse de que estaba viendo correctamente, el olor a quemado inundaba el ambiente. Sobre la estufa y toda la encimera se podían divisar trastes sucios, todo estaba cubierto de harina, huevo, y quién sabe qué otra cosa.

—¿Dónde está, Linda?

—Tenía la noche libre.

Dijo Alaric, maldiciendo, mientras lanzaba al fregadero una sartén humeando.

—¿Qué mierda crees que haces?

«*Pregunta estúpida*» se dijo a sí mismo, era más que obvio que este hombre estaba loco.

—Me diste mal la receta para hacer panqueques.

Acusó a Alaric. Daniel gruñó, se acercó a la barra y frunció la nariz, olía horrible. ¿Qué le había echado ese hombre?

—¿No te fue más sencillo pedírselos a Linda?

—¿Aprender a cocinar está en la lista?

Explicó Alaric buscando en el gabinete un nuevo recipiente. Daniel negó con la cabeza, tenía que hacer algo o mañana que Linda entrara aquí le daría un infarto al corazón.

>>—¿Qué lista?

Preguntó, dejando el maletín en el banco y quitándose la chaqueta. Se arrancó la corbata y se arremangó las mangas de la camisa.

—Mi lista de cosas por hacer.

Dijo Alaric encogiéndose de hombros, Daniel no le dio mucha importancia a eso. Estaba más espantado viendo cómo Alaric vaciaba una gran cantidad de harina en el cuenco con la cuchara sin importarle tanto las medidas.

—¡Ahhh! Deja eso, es mucha harina.

Dijo Daniel rodeando la barra.

—¿Qué estoy haciendo mal?

—¡Todo!

Gritó Daniel arrebatándole el recipiente.

>>—Tienes que medir las cantidades.

—Tú no dijiste cantidades.

Acusó a Alaric, Daniel entrecerró los ojos.

—¿Eres tonto o qué?

Señaló Daniel el libro de recetas sobre el gabinete.

>>—Se supone que tú deberías seguir la receta, yo ni siquiera recuerdo qué te dije sobre lo que preguntaste.

Alaric lo miró con semblante acusador.

—Entonces es tu culpa, no la mía, yo te pregunté buenamente, pero claro, en tu cabeza solo tienes espacio para tu amor no correspondido. Te daré un consejo, si no le dices a Franco lo que

sientes, él jamás se dará cuenta.

Daniel abrió la boca para maldecirlo, pero decidió guardar silencio. Este no era un tema que quisiera tocar, definitivamente eran más seguros los panqueques.

—¿Quieres que te enseñe a hacer los panqueques o no?

—Por eso te llamé.

—Bien.

Dijo Daniel de mala gana.

>>—Presta atención, porque no pienso repetirlo.

Durante la siguiente hora, Daniel intentó enseñarle a Alaric cómo preparar los hot cakes. "*Intento*" era la palabra clave, fue misión imposible, no sabía cómo lo lograba, pero en cada ocasión en que a Alaric le tocó poner la mezcla en el sartén, o se quemaban, o no se cocinaban bien, o se desparramaban por toda la sartén. Este hombre era un caso perdido, hacer panqueques era la cosa más sencilla del mundo, pero Alaric parecía que tenía una maldición al respecto. Durante todo ese tiempo estuvo temiendo que Alaric sacará de nuevo el tema de Franco. No lo hizo, realmente estaba interesado en cocinar. ¿Por qué sería? Ni siquiera se molestó cuando Daniel le mencionó que los hot cakes por lo general eran para el desayuno, no para la cena. Él estaba determinado a que le salieran bien. Daniel se preguntó si la razón era porque quisiera impresionar a alguien. Inmediatamente, apartó de su mente esa idea. No era su asunto.

—Mañana iremos a cenar.

Dijo Alaric guardando una sartén en el estante. Por lo menos el hombre sabía fregar los platos.

—¿Qué cosas?

Preguntó confundido.

—Te recogeré al salir de la oficina.

—No quiero salir contigo.

—Eres muy lento para entender, ¿verdad?

Dijo Alaric sacando otro plato. Al menos no le había dejado hacer solo la tarea de limpiar.

—¿Qué?

Preguntó confundido.

—No te estoy preguntando, no tienes opción.

—¿Qué quieres decir?

Lo enfrentó, Alaric enarcó una ceja como diciendo: ¿Tú qué crees que quiero decir? Entonces lo comprendió. Daniel se enfureció.

>>—¿Me estás chantajeando?

¿Ahora tenía que ser el esclavo de este hombre con tal de que no le contara la verdad a Franco?

—Es correcto.

Alaric sonrió.

>>—Desde hoy, sin importar la hora que sea y te llame, deberás ser cortés conmigo y elogiarme.

Daniel bufó y rodó los ojos.

—¡No lo puedo creer!

Daniel lanzó de mala gana la toalla de manos sobre la encimera. ¡Lo que le faltaba!

>>—¿Y si decido no hacerlo?

Preguntó desafiante, y Alaric se puso serio al instante.

—No deberías retarme.

Dijo con voz dura. Y Daniel supo que hablaba en serio. ¡Joder! ¿En qué se estaba metiendo? No podía ceder a esto, era como firmar un trato con el diablo.

>>—Pasaré a recogerte mañana.

Y con esas últimas palabras, Alaric salió de la cocina.

CAPÍTULO 8

Daniel miró por la ventana, en toda la tarde no había parado de llover, se inclinó más hacia adelante, su apartamento estaba apenas en el segundo piso. Se inclinó, se inclinó un poco más, luchando para ver con claridad, pero la calle estaba vacía. Resopló de mala manera. Era ridículo, no esperaba que Alaric apareciera en su casa y armara un escándalo. Si eso sucedía, solamente él tendría la culpa, había retado a la bestia.

A propósito, ese día había salido a medio día con el pretexto de ir a conseguir unos datos financieros sobre un edificio que la empresa quería derrumbar y modernizar. Se tomó todo el día. A pesar de las consecuencias que posiblemente esto traería, no andaría como un cachorro asustado detrás de Alaric simplemente porque él lo había amenazado.

Se preparó mentalmente para las consecuencias; lo primero que pensó fue que Alaric aparecería en su casa. No lo hizo. Lo siguiente que supuso fue que al no descubrirlo en la empresa, llamaría a Franco y le contaría toda la verdad. Jamás sucedió. Acababa de hablar con Franco y él no le mencionó nada. Por casualidad preguntó si él y su amigo tendrían planes esa noche. Franco simplemente le contestó que desde la mañana Alaric le dijo que tenía una cita. Franco había reído y comentado que estaba ansioso por conocer a esa persona, puesto que desde hacía unos años no había visto a Alaric así. Que ese alguien debería ser especial porque Alaric había vuelto a sonreír. Ni siquiera había comprendido lo que quería decir, porque inmediatamente Franco cambió el tema, como si hubiera dicho demasiado.

Miró su reloj, eran las nueve todavía, pero su supuesta cita tendría que haber sido dos horas atrás, ya había pasado suficiente tiempo como para que Alaric hubiera actuado. Pero seguía sin tener noticias.

— ¡Ah! A mí qué mierda me importa lo que haga ese hombre.

Se lo dijo a sí mismo. Pero volvió a ver el reloj. Después, su celular. Nada. Y esta espera lo estaba matando. Caminó hacia la puerta, se puso una chaqueta, zapatos, tomó un gorro y un paraguas. Ni siquiera tuvo tiempo a pensar qué estaba haciendo. En menos de veinte minutos estaba de regreso en el edificio del grupo Murphy. Dejó su coche estacionado unos bloques más atrás, tomó su paraguas y caminó hacia su destino y no podía creer lo que sus ojos vieron. ¡Alaric seguía ahí! Fuera del edificio. El techo del edificio lo resguardaba de la lluvia, pero no del frío. Estaba vestido elegantemente, con una gabardina color café claro que le llegaba a las rodillas, pantalones gris claro y zapatos a juego. <<*Siempre le han quedado bien los colores claros*>> pensó, pero apartó rápidamente esos pensamientos. Alaric levantó la vista y lo miró, como un león que estaba a punto de atrapar a su presa, caminó hacia él, los transeúntes se apartaban de su camino para dejarlo pasar. Estaba furioso.

—¿Tienes idea de la hora que es?

Acusó a Alaric, deteniéndose frente a él.

—Eso es lo que debería preguntarte.

Dijo Daniel, colocando la sombrilla más hacia adelante para que alcance a cubrir a ambos.

>>—¿No tienes algo mejor que hacer?

La verdad es que el que Alaric siguiera aquí era toda una sorpresa y Daniel no sabría decir en realidad cómo se sentía respecto a ello.

—¿Recuerdas lo que te dije que te iba a suceder si me desafiabas?

Daniel sonrió, no sabía por qué él no creía que Alaric en realidad cumpliera esa promesa.

—Yo no prometí que vendría, ¿o sí?

Retó. Alaric iba a dar una contestación mordaz, pero cambió de idea.

—¿Pero viniste?

Las palabras de Alaric eran más como un susurro. ¿Qué iba a hacer Daniel con este hombre?

—Solo vine a ver si seguías aquí.

La verdad no supuso que Alaric continuaría esperándolo, él no pensaba asistir ni mucho menos dejarse chantajear por él, estaba cansado de ser el peón de alguien. Fue a la escuela y se prometió a sí mismo jamás dejarse manipular de nuevo, era un adulto, podía afrontar sus problemas.

>>—¿Qué habrías hecho si yo no hubiera llegado?

Preguntó curioso, lo había esperado dos horas bajo el clima frío, y una hora antes había comenzado a llover. Al mirar el rostro del apuesto hombre, Daniel tuvo su respuesta; fue algo muy breve, porque Alaric enmascaró sus rasgos rápidamente, pero por un instante Alaric pareció avergonzado.

—Pero si ya llegaste, ¿no?

Daniel contuvo la risa, Alaric estaba evitando contestar esa pregunta.

>>—Además, no tienes ningún derecho a estar molesto, en tu conciencia quedarás si muero de hipotermia.

Daniel miró a este hombre, sonrió, la verdad no lo comprendía la mayor parte del tiempo, era raro, excéntrico, malhumorado, otras veces, era dulce, enigmático y hasta ingenuo. Recordó lo de los hot cakes, ¿por qué quería cocinar teniendo a Linda ahí? Si no fuera porque tenía buen cuerpo, buena apariencia y cara de adulto, Daniel pensaría que era un niño.

—Vamos.

Dijo Daniel.

>>—Te invitaré una bebida caliente, no quiero que te enfermes.

Caminaron uno al lado del otro, no irían muy lejos, Daniel no estaba vestido para ir a un restaurante lujoso y mucho menos tenía recursos para pagar algo así. «*Y esto no era una cita*» llegaron a una cafetería que estaba en la esquina de la calle.

Al entrar, todas las miradas se giraron hacia ellos. Daniel apretó los labios. Tarde comprendió su error. Él era conocido en esta zona, de hecho, todos los que estaban aquí eran conocidos, puesto que trabajaban alrededor. Era más como un café de trabajadores, tal vez no los conocía de nombre, pero sí de vista. Y ahora mismo dudaba que estuvieran asombrados por su aparición. No. Estaban impresionados por el hombre que lo acompañaba. Hombres y mujeres se lo comían con los ojos. Alaric resaltaba como un pulgar herido. No solo era la ropa que llevaba puesta, tal vez era su seguridad, la forma de caminar, su aura tranquila o su mirada… Ni siquiera sabría decir con seguridad si a Alaric le gustaban las mujeres o los hombres... <<*Está en una cita contigo, idiota, ¿tú qué crees?*>>

Alaric pasó a su lado y se dirigió directamente a una de las mesas de enfrente de la ventana. Daniel puso los ojos en blanco. Este hombre, si iba en serio, estaba sentándose en una mesa donde todo el mundo dentro de la cafetería y fuera de ella podía verlos. Tomó una respiración profunda y los siguió. Era mejor terminar con esto de una vez por todas.

En los primeros minutos todo resultó bien, dejó de preocuparse por las miradas indiscretas y se concentró en su bocadillo nocturno y su taza de té helado. Eso fue hasta que Alaric decidió ponerse en plan preguntón.

—¿Por qué trabajas con Franco?

—Es un buen trabajo.

No era una mentira. Y era bueno en su trabajo, por esa razón fue ascendido a los tres meses de secretario a asistente. Daniel había estudiado negocios internacionales, y como a Franco no le importaba nada que no fuera diseñar estructuras, todo el trabajo administrativo de la empresa recaía en los hombros de Daniel.

—Puedes encontrar trabajos mejores. ¿Por qué con él? ¿Por qué enamorarse de él?

—Nunca he admitido que estoy enamorado.

Daniel se defendió. Fue tonta por haber pensado que podían tener una cita normal sin que Alaric sacara el tema. «*No es una cita»,* se dijo a sí misma. Tal vez era la hora de marcharse.

—No hace falta, se ve en tu mirada cada vez que lo miras, además no soportarías al hombre que te fastidió la vida muchos años si no estuvieras enamorado de él.

Alaric tomó un sorbo de su café. El muy arrogante había pedido vino, pero no vendían eso aquí. Aun así, tomaba su bebida como si fuera el más caro de los licores.

>>—Te estoy haciendo un favor al no descubrirte, así que deberías ser más amable.

Daniel ríe.

—No debo decir esto, pero…

Daniel lo miró duramente.

>>—Si yo te debiera algo, si les debiera algo a los cuatro, creo que esa deuda ya quedó pagada hace años y hasta con intereses, ¿no crees?

Daniel tomó un sorbo de su té.

>>—Si piensas usar esto en mi contra, ¿por qué no le has dicho a Franco quién soy en verdad?

Alaric lo observó durante un largo momento, como considerando sus palabras.

—Es verdad.

Dijo Alaric.

>>—Nunca he pensado en decirle esto a Franco, es su culpa ser tan despistado, tiene al enemigo a un lado.

—¡Yo nunca le haría daño a Franco!

—¿Por qué no?

Alaric enarcó una ceja.

>>—Yo lo haría, nadie podría culparte por ello.

Daniel suspiró.

—Yo no soy así…

Daniel bajó la cabeza.

>> —Entonces, si no planeas decirle nada a Franco, ¿por qué sigues intentando chantajearme?

—No se me ocurre otra manera de verte.

Alaric se encogió de hombros y se recargó en la silla; tenía la actitud de ser el rey del mundo.

—Creo que me enamoré de ti

La mandíbula de Daniel cayó. ¿Qué cosa?

—No estés jugando…

—Y me enamoro más cada vez que te veo.

Dijo seriamente, ¿a qué estaba jugando este hombre? ¿Le estaba haciendo una declaración, cuando sus facciones faciales ni siquiera habían cambiado? Hasta pareciera que estuviera proponiéndole más una cuestión de negocios que declarando sus sentimientos. ¿Pensaba este

tonto que Daniel era idiota o qué? Daniel estaba perdiendo la paciencia.

—Escúchame…

—¿Por qué te gusta Franco?

Preguntó Alaric interrumpiéndolo, Daniel apretó los labios y clavó una dura mirada en Alaric; el hombre jamás desistiría. ¿Por qué insistía tanto con lo mismo? Y, ¿por qué Daniel se empeñaba tanto en negarse a responder? Total, no era como si Alaric no lo hubiera descubierto, pero Daniel tenía miedo de dar voz a sus sentimientos. Temía… temía… temía… que, si pronunciaba las palabras en voz alta, algo malo sucedería y todo se derrumbaría, pero…

—No tengo absolutamente nada que contarte sobre lo que siento por Franco.

Dijo calmadamente.

>>—Ni siquiera tuve la oportunidad de pensar porque ese hombre me gusta tanto y no sabría decir cuándo sucedió, y debo estar loco, puesto que fue la persona a la que más odié.

Daniel sonrió sin apartar la vista de Alaric.

>>—Pero no puedo evitar sentir lo que siento y cada día ese sentimiento aumenta.

Daniel se inclinó hacia adelante y colocó las manos sobre la mesa. Su mirada atenta le hacía esperar a que continuara.

>>—Tal vez me harías un favor en contarle a Franco la verdad, he estado pensado en ello y creo que sería mejor terminar con todo esto ahora y tal vez así podré seguir con mi vida porque sé que jamás tendré esperanzas de que Franco corresponda mis sentimientos por muchas razones.

—Sí, eso es cierto. ¿No deberías hacer algo más?

Dijo Alaric calmadamente, en ocasiones a Daniel le aterraba que el hombre fuera bueno, enmascarando sus sentimientos.

—¿Qué cosa? ¿Confesarme?

Alaric hizo un gesto con la mano, desechando esas palabras.

—Buscaré otro amor.

Dijo Alaric.

>>— En vez de intentar seducir a un hombre al que no solo odias en el interior, sino que es heterosexual.

Daniel apretó los puños sobre la mesa. Sabía que Alaric decía la verdad, palabras crudas y sin anestesia, pero le dolía que se las restregara en la cara.

—No te preocupes por mi amor platónico. Daniel esbozó una sonrisa forzada.

>>—Me siento bien y soy bueno en esto, así que deja de preocuparte tanto por mí, no necesito apoyo.

Daniel miró el mantel de la mesa antes de mirar de nuevo a Alaric a la cara.

>>—Si no es tu plan descubrirme, entonces te pido que guardes mi secreto hasta que llegue el día en que mi camino con el de él se separe completamente. No planeo vivir por siempre bajo la sombra de los K.A.

Alaric suspiró, cruzándose de brazos.

—Guardar el secreto, encubrirte, planes secretos… Eres agotador, estás pidiendo demasiado a cambio de nada, ¿no crees?

—Yo…

—Gracias por la cita.

Interrumpió a Alaric poniéndose de pie. Daniel se quedó confundido viéndolo marchar.

CAPÍTULO 9

Para el siguiente lunes, Daniel entró en la casa de Franco todavía sin menos energía que la semana anterior. Y ahora no tenía más pretextos que el simple hecho de que su mente no descansaba por darle vueltas a las cosas.

Para su desgracia, Alaric Lee no se había marchado todavía. Y nadie, ni siquiera Franco, sabía su propósito para permanecer en Nueva York, al menos eso era lo que él decía. Sin embargo, Daniel presentía que algo le ocultaba. Cuando de casualidad salió el tema entre ambos, Franco dudó un instante antes de decirle que Alaric tal vez estaba ahí para tomar un descanso y tal vez tomar algunas fotos.

Ese día en particular tenían que viajar a Connecticut, Franco tenía una reunión importante con Omar Dante ahí. Le había mandado un mensaje el día de ayer diciéndole que Alaric los acompañaría porque el hombre quería tomar unas fotografías.

Desde el día de su "*cita*" no habían hablado, se habían encontrado en dos ocasiones y simplemente Alaric se limitaba a mirarlo, sonreírle, guiñarle un ojo, pero no a hablarle. ¿Tal vez sería porque en ambas ocasiones Franco estuvo presente? El viernes recibí una rosa blanca por la mañana en la oficina. Sin ninguna nota o remitente, pero sabía de parte de quién era, las chicas en la oficina se habían vuelto locas preguntando si tenía una admiradora secreta o algo así. Aguantó las ganas de reír… Si supieran la verdad.

Franco también había visto el obsequio, se había limitado a enarcar una ceja y preguntarle si conocía a la chica. El día de ayer, había recibido en su casa una caja envuelta finamente, la cual contenía una hermosa corbata de seda de la mejor calidad color azul cobalto con líneas blancas. Era hermosa, muy fina y muy cara. Ni siquiera tenía un traje lo suficientemente adecuado que le combinara con algo tan fino. No podía aceptarla.

—Buenos días, Daniel.

—Hola, Linda, Buen día.

Saludó Daniel caminando a la barra del desayuno por su café. Le extrañó que Linda no lo mirara a los ojos.

>>—¿Qué ocurre?

Ella le dirigió una sonrisa.

—Nada.

Pero no le creyó ni por un minuto, entonces se dio cuenta de las dos perchas sobre la encimera. Una era un vestido de mujer color rojo, y al otro lado era una camisa de hombre color verde, podía ver los pantalones oscuros sobresalir por debajo del percha.

—¿Franco tuvo un trío anoche?

Preguntó a Linda, no era nada nuevo, en tres ocasiones se habían visto en esa situación, aunque en dos de ellas, el tercer invitado nunca se quedó a pasar la noche. Omar Dante no era de los que necesitaban ser corridos por la mañana. Ese hombre era el único que podía rivalizar con el carácter de Franco. El otro tipo fue un italiano del que nunca volvió a saber.

—No exactamente.

Dijo Linda, Daniel la miró a los ojos. Y obtuvo su respuesta. *Alaric*. ¡Mierda! Daniel sonrió a la mujer.

—No te preocupes, Linda, no me voy a espantar porque el amigo de Franco es gay.

Linda le sonrió.

—No estoy preocupada por él, cariño.

Tranquilizó Linda. ¿Qué estaba pensando, Linda? ¿Acaso creía que de verdad le gustaba a Alaric? Ella tenía la impresión equivocada, si Daniel le preguntaba a ella en ocasiones por él no era porque le gustara, sino porque le tranquilizaba saber dónde encontrar al enemigo.

>>—Yo llevaré la ropa…

—No.

Dijo Daniel, dejando su café y sacando la caja de regalo de su maletín.

>>—Yo me encargo.

Tomó ambas perchas y caminó por el pasillo. Sin temor aparente llamó con los nudillos a la puerta de Alaric, esperaba que, al verse descubierto, el hombre dejará esta tontería de que estaba enamorado de él. Uno no folla con otra persona si está enamorado, ¿cierto? La furia que estaba sintiendo era el valor que necesitaba para enfrentarse al hombre. En cuanto la puerta fue abierta, se dispuso a atacar.

—Tú…

Daniel se quedó con las palabras atascadas en la garganta al encontrarse con un medio desnudo Alaric. Acababa de salir de la ducha, solo llevaba una toalla atada a la cintura, su pecho esculpido musculosamente brillaba con pequeñas gotas de humedad. ¡Santa providencia! Este sí era una buena vista para contemplar. Tragó saliva.

—¿Te gusta lo que ves?

La pregunta le hizo regresar la mirada a la cara del hombre. Alaric lo observaba divertido. Recomponiéndose, le lanzó casi a la cara el perchero con la ropa de su amante. Alaric rió.

—Aquí.

Daniel señaló la caja en sus manos.

>>—¿Por qué me enviaste esto?

—Ese color te sienta bien.

Dijo Alaric lanzando la ropa hacia una silla en una esquina.

>>—Deberías usarla hoy, es un bonito día.

—Deja de jugar, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? Es un regalo especial para el hombre del que me he enamorado.

—¿En serio?

Como si todo estuviera bien ensayado, la puerta del baño se abrió, y apareció un hombre rubio. Era casi de la estatura de Daniel, su cabello era demasiado largo para su gusto, pero admitía que el hombre era atractivo. Alaric siguió su mirada, pero ni siquiera se mostró mortificado por haberse encontrado descubierto con las manos en la mesa. «*Las manos en el culo de ese hombre*».

—¿Quién es él?

Preguntó el rubio con una ceja arqueada.

—Mi amor platónico.

Informó Alaric señalando su ropa en la silla.

>>—Vístete, tienes que irte.

—¿Tu amor platónico?

Preguntó el hombre divertido acercándose a su ropa.

>>—¿En serio todavía eso existe? No obstante, a pesar de que suena absurdo, he de decir que es lindo.

Alaric lo ignoró, dio un paso hacia Daniel haciendo que él lo mirara y al mismo tiempo lo

ocultaba de la vista del rubio.

— ¿Necesitas algo más?

Daniel lo miró duramente.

>>—¿Esta es la actitud de alguien que dice estar enamorado?

—Y si así fuera, ¿no puedo acostarme con nadie más?

—Eso no tiene sentido.

Se quejó Daniel.

>>—Si uno está enamorado, no busca llevarse a otra persona a la cama.

—¿Te acostarías conmigo?

Preguntó Alaric tranquilamente.

—Por supuesto que no, ¿estás loco?

—¿Y pretendes que te sea fiel? A ti te gusta alguien más. ¿Por qué esperas que te sea fiel?

Daniel se enfureció, quería romperle la cara para borrarle esa actitud petulante de la cara. Le entregó de mala gana la caja de regalo y salió de la habitación. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Ni siquiera sabía por qué estaba tan molesto.

Una hora más tarde estaban en la oficina, Daniel estaba intentando arreglar el balance de fin de mes y Franco no hacía otra cosa que ir y venir de su oficina. Hoy estaba de mal humor, no solo porque Dante había cancelado su reunión a última hora. Además de eso, una de las construcciones tenía un retraso importante y al señor perfeccionista no le gustaba eso. Como fuera, estaba estresando aún más a Daniel y de verdad tenía trabajo que hacer.

Fuera de su oficina escuchó un revuelo, se le hizo extraño, se inclinó hacia adelante para ver a través de la pared de cristal, dos de las secretarías de contabilidad pasaron corriendo delante. ¿Qué mierda estaba sucediendo? Comenzó a escuchar risitas femeninas medio tontas justo antes de que por la ventana alcanzara a divisar al hombre que caminaba decidido hacia su despacho.

¡Joder! ¿Por qué tenía que ser tan sexy el desgraciado? Vestía pantalones color blanco, camisa color crema de cuello alto y chaqueta café, sin corbata, para estar en una oficina tan formal donde todos vestían de trajes y corbatas, él resaltaba como una luciérnaga en una habitación oscura. Las mujeres de la oficina lo seguían como moscas a un pedazo de pastel. ¿Podría culparlas? Por supuesto que no. Estaban encandiladas con esa sonrisa encantadora. «*No es encantador*» se reprendió. Alaric entró en su oficina sin siquiera llamar.

—No me devolviste la flor.

Dijo Alaric sin siquiera saludar. Su mirada crítica recorrió toda su oficina.

>>—¿Dónde está?

—La tiré.

Mintió. Daniel se había llevado la flor a casa, estaba secándose, esa mañana la había puesto entre dos libros para poder crear un separador.

—No te creo.

Alaric se acercó a su escritorio y sonriéndole, rodeó la mesa de madera y se sentó sobre su mesa justo delante de su cara. Daniel apenas alcanzó a hacerse un poco atrás con la silla para generar un poco de espacio. Se esforzó en mirar al hombre a la cara en lugar de su entrepierna. Alaric dejó una pequeña cajita sobre la mesa antes de cruzarse de brazos en una pose despreocupada.

>>—Por lo que pude descubrir, tienes problemas con aceptar regalos caros.

Señaló con la cabeza la cajita color marrón.

>>—Franco dijo que te gustan los dulces.

—¿A qué estás jugando?

Preguntó Daniel, mirando hacia la puerta. Un grupo de secretarias se habían reunido ahí para cotillear, los miraban con la boca abierta. Al ver la mirada dura de Daniel, todos corrieron a sus puestos.

—Parece que estás enojado.

—Estoy cansado de tus juegos.

Señaló con la cabeza la caja de lo que parecía un bombón de chocolate, «*bastante caro para ser solo una minúscula pieza de chocolate*».

>>—No deberías darle regalos a la gente cuando tienes… Un amante.

Iba a decir novio, pero dudaba que esta picaflor formará parte de los cuatro K.A. tuviera novio o novia. Daba lo mismo. Por lo que pudo averiguar, tanto Alaric como Colton eran bisexuales.

—¿Me dejas explicarme?

—No tienes que contarme nada, todo quedó muy claro en la mañana.

—Solo pasé la noche con él.

Dijo Alaric, Daniel apretó los puños sobre sus rodillas, no quería escuchar detalles sórdidos sobre los romances de él.

—¿Crees que no lo sé?

Daniel resopló.

—Te encontré medio desnudo y él saliendo de la ducha. No hay que ser investigador profesional para deducir los hechos.

No era tan idiota para creer que solo había jugado al monopolio.

—¿Qué esperabas? Que lo abandonara y corriera detrás de ti.

Preguntó Alaric con voz seria.

>>—No soy tan joven como para correr detrás de alguien que no está interesado en mí. Tengo treinta y tres años, no soy impulsivo y todavía tengo principios, no podía hacerle eso a él después de haber pasado la noche juntos.

Alaric hablaba seriamente, Daniel lo comprendía y respetaba al hombre por ser tan considerado, muy diferente a Franco, que usaba a las mujeres por la noche, y al día siguiente Daniel tenía que hacerse cargo del asunto.

—No tienes por qué darme explicaciones.

Daniel señaló con la cabeza la cajita sobre su escritorio.

>>—Gracias por el chocolate.

Sonrió.

>>—Pero tengo que trabajar, así que…

—¡Daniel! Necesito que…

Franco entró en la oficina. Se detuvo al ver la escena delante de él.

>>—¿Qué ocurre?

—Estaba invitando a Danny a comer.

Informó Alaric a Franco. ¿Danny?

>>—En una cita.

Daniel contuvo el aliento, Franco se mostraba claramente sorprendido.

—¿Una…?

—Cita, sí.

Alaric regresó la mirada a Daniel.

>>—Te veré en el vestíbulo a la una.

Se inclinó hacia él, Daniel contuvo el aliento pensando que el hombre lo besaría, pero no fue así, se detuvo en el último segundo. Daniel lo miró a los ojos.

>>—A la una.

Repitió con contundencia. Esa mirada le estaba dejando claro que no le permitiría rechazarlo. Daniel asintió.

—Sí.

Susurró Daniel. No le convenía negarse, no quería que Alaric fuera indiscreto estando Franco aquí.

—¡Perfecto! Me marcho.

Alaric se levantó y se alejó, al pasar, por un lado, de Franco, lo palmeó en la espalda. Su jefe estaba todavía sin creerlo.

—¿Franco?

—Me alegro de que tú y Alaric se hicieran amigos.

Comentó Franco.

—¿En serio?

Preguntó sorprendido. Franco se aproximó a su escritorio y colocó unas carpetas sobre la mesa.

—Sí.

Aseguró Franco.

>>—Tengo tiempo queriendo presentarte a mis amigos. Faltan Colton y Noah. Ellos te van a agradar también.

La mención de ellos a otros K.A. bastó para arruinar su humor.

—¿Qué es eso?

Señaló las carpetas.

—Hay que escanearlos y enviarlos a la oficina de Omar.

•❤•

Daniel mordisqueó su bocadillo mientras caminaba por la calle llena de puestos, sonrió. Un hombre de traje con corbata y comiendo un emparedado mientras recorría un mercado de antigüedades. ¿Esta era la versión de Alaric de una cita a la hora del almuerzo? Observó al hombre, caminaba a su lado con su cámara fotográfica en mano, recorrían los puestos, pero no era para comprar nada. Alaric venía tomando fotografías, la gente de aquí debería conocerlo porque muchos le sonreían y saludaban. Algunos otros hasta se apresuraban a mostrarles nuevas piezas que tenían a la venta, Alaric conversaba con todos y tomaba varias fotografías de los objetos.

Daniel admiraba la forma en que Alaric actuaba, tan relajado y despreocupado, era como si nada en el mundo lo pudiera perturbar.

—¿Estás muy callado?

Comentó Alaric tomando una lámpara y colocándola unos centímetros más a la izquierda, estaba concentrado en hacer que la fotografía saliera bien. Daniel terminó su bocadillo y lanzó la envoltura en una papelera cercana.

—No quiero interrumpir tu concentración.

Daniel se colocó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Tonterías.

Río Alaric.

>>— ¿Te has dado cuenta dónde estamos? No es especialmente silencioso.

—Cierto.

Se acercó a Alaric.

>>— ¿Harás una colección de fotos de cosas antiguas?

Daniel sujetó un candelabro antiguo; era bonito; se imaginó cómo se vería en la mesilla de su sala. Giró la cabeza al escuchar el clic de la cámara. Fulminó a Alaric con la mirada.

—Soy un hombre creativo.

Él volvió a tomarle una fotografía.

>>—Puedo hacer una hermosa foto a partir de cualquier cosa.

Otra vez le tomó una foto.

—¡Oye! Deja de hacer eso.

Alaric no lo escuchó, siguió tomándole fotografías.

—¿Por qué no? Eres hermoso, mi amor.

Comentó Alaric amorosamente y la mujer del puesto rió tontamente. Daniel hizo una mueca, dejó el candelabro en su lugar. No sabía por qué las palabras de Alaric lo avergonzaban. Decidió no contestar y seguir hacia el siguiente puesto. Sujetó un portarretrato de madera tallada. Pero no lo estudié demasiado antes de que Alaric se acercara a él y con un dedo recorrió su mejilla, la cual por cierto estaba sonrojada. ¡Mierda!

— ¿Desde cuándo te atraigo?

Preguntó Alaric llamando su atención, y no solo la de él; estaba un grupo de señoras cerca, las cuales estaban riendo avergonzadas por la escena, pero aun así no hacían nada por marcharse.

>>— ¿Qué opinión tienes sobre mí?

— ¿Estás bromeando?

—Nunca lo hago.

Alaric le dirigió una sonrisa de mil megavatios, de esas que estaban hechas para reventar bragas. Las mujeres a su lado suspiraron emocionadas.

—Escucha.

Daniel lo obligó a apartar la mano.

>>—Esto se está yendo de las manos, sabes muy bien que no funcionaría.

—No pienso apartarme.

Comentó Alaric, evitando que Daniel regresará el portarretrato sobre la mesa, sacó unos billetes y se los entregó a la mujer sin siquiera haber preguntado el precio.

>>—Eres mi amor platónico, ¿recuerdas?

Alaric lo sujetó del brazo y siguieron caminando.

—Alaric…

—No aceptaré que digas que no.

Alaric lo hizo detenerse, lo miró a los ojos. Daniel tuvo que alzar la cara, ya que el hombre era varios centímetros más alto.

>>—Deseo comenzar una relación contigo.

Daniel parpadeó.

—¿Qué cosas?

—Ya escuchaste. Deseo comenzar una relación contigo.

—Yo…

Daniel boqueó como un pez.

>>—¿Conmigo? ¿En serio? ¿Te has vuelto loco?

—No aceptaré que digas que no.

Y entonces escuchó el clic de la cámara.

—¡Alaric! Deja de hacer eso.

Reprendió, pero Alaric sonrió tomándolo de la mano.

—Es hora de irnos, tu hora del almuerzo está por terminar.

Daniel había comenzado a creer que este hombre tenía personalidad múltiple. Pasaba de una conversación a otra completamente diferente en un segundo. Estaba mareando.

— ¿Por qué haces esto? Te estás volviendo loco.

Sé que se quejó Daniel, pero de nada le servía. Se rindió. Y siguió al hombre por el mercado de antigüedades; los transeúntes los veían curiosos caminar por la calle agarrados de la mano, murmuraban y se reían. Daniel quería golpear algo, este hombre estaba demente, en un momento era tranquilo, después estaba enojado, feliz, decía cosas absurdas, tomaba un tema delicado para luego no darle importancia y cambiar el tema. ¡Era agotador! Ni siquiera dejaba a Daniel asimilar una cosa cuando ya estaba atacándolo con otra. Era como ser golpeado por un auto.

CAPÍTULO 10

Y si no fuera porque después de regresar de un almuerzo un poco... Intenso. Llegó a la oficina para enterarse de que ni más ni menos Janeth Noris estaba en la ciudad y no solo eso. Franco les informó que esa noche irían a cenar. Apenas habían salido del ascensor cuando Franco los interceptó e ignorando el hecho de que Daniel trataba de alejar a un Alaric empalagoso unos centímetros, Franco les informó que tenían una cita programada, y ninguno de los dos podía decir que no.

Daniel tenía un mal presentimiento sobre esta maldita comida, jamás le había gustado Janeth Noris, y el desagrado era mutuo, esa mujer lo odiaba. La relación de esa mujer con Franco era rara. Janeth era la mujer más frecuente en la vida de Franco, muchos años atrás supo que se habían acostado, y como siempre Franco la votó. Sin embargo; ella era una ingeniera muy respetada en Nueva York, así que continuaban viéndose por cuestiones de trabajo, y en ocasiones… Volvían a costarse. Pero Franco era Franco, y él no estaba muy interesado en nada formal. He ahí donde no comprendía la obsesión de Janeth por Franco. ¿De verdad eso era amor? Además, sabía que la mujer no era una santa tampoco, andaba con todos y con nadie a la vez, era la versión masculina de Franco Murphy. Y ella odiaba a Daniel, jamás había intentado ocultar su desagrado por el hecho de que Daniel era la persona de confianza de Franco.

Ella tenía un sexto sentido y en una ocasión que tuvieron un encuentro ella le había acusado de estar enamorada de su jefe. Por supuesto, Daniel ya tenía práctica en controlar sus emociones al respecto e ignoró a la dama. Tenían más de dos meses que no se veían, porque ella había estado en Italia, y que al regresar hubiera invitado a Franco a cenar y le pidiera que llevará a Daniel no le daba buena espina. Lo más normal sería que ahorita ella y Franco estuvieran como conejos en una habitación de hotel. No estamos cenando como personas civilizadas.

—Pareces asustado.

Comentó Alaric tras de él. Inconscientemente, se había detenido cerca de la entrada, desde ahí se podía apreciar la mesa al final de la habitación donde Janeth estaba saludando a Franco con un beso en la boca.

—¿Has visto esas hienas, que salen en los documentales sobre naturaleza?

Preguntó sin mirar a Alaric. En cambio, fingió una sonrisa cuando Janeth, con su perfecta sonrisa e inmaculado peinado, miró en su dirección y los saludó hipócritamente con la mano.

—He visto Hienas en vivo y a todo color, recuerda que soy fotógrafo, estuve en África. ¿Por qué lo preguntas?

—Estás a punto de enfrentarte con la líder de todas ellas. Alaric rió ante su comentario, pero aun así él lo empujó hacia la mesa. Le agradecía, dudaba mucho que hubiera podido caminar hacia allí por su propia voluntad.

—Daniel, querido, cuánto tiempo sin verte.

La Hiena se aproximó hacia él para saludarlo con dos besos en la mejilla. ¡Oh mierda! Ahora definitivamente estaba seguro de que algo planeaba. Franco presentó a Alaric y todos tomaron asiento. Alaric se sentó delante de él y a un lado de Janeth, por lo tanto, Franco estaba delante de Janeth y a un lado de Daniel.

—Yo invitaré hoy, tengo ganas de emborracharme, ¿Beberás conmigo Daniel? Franco ya me ha dicho que él tiene trabajo que hacer mañana.

Dijo Janeth, a Daniel le dio escalofríos por la mirada que le dio.

—Yo trabajo para él, por lo tanto, también tengo trabajo.

Contestó con calma, mientras el maître servía las copas de vino.

—Siempre tan eficiente, Daniel.

Ella sonrió, estiró su mano y tocó la mano de Franco.

>>—¿Qué harías sin este hombre, Franco?

Franco rio, se apartó del toque de Janeth y pasó un brazo sobre los hombros de Daniel. Se tensó. ¡Joder! Esto no iba bien. Su corazón se aceleró. ¿Qué pretendía Janeth?

—Sería como si me cortaran ambos brazos.

Sonrió. Con tan simples palabras bastaban para que a Daniel le costara trabajo respirar. Entonces algo llamó su atención delante de él. Alaric los estaba estudiando con atención, hasta ahora no había dicho ni una palabra.

—Deberías dejar de hacer eso, Franco, cariño, la gente puede pensar que ustedes son pareja.

Daniel abrió los ojos con horror. Miró a Franco, y él soltó una carcajada.

—Nunca me ha importado lo que la gente opine.

Explicó Franco, apartando el brazo y tomando su copa de vino.

—Tal vez a Daniel sí le importe.

Comentó Janeth.

—No lo hace.

Se apresuró a contestar.

— ¿Y qué tal si tu novio se molesta?

Preguntó Janeth.

>>—¿Por qué tienes novio? ¿No, Daniel?

Daniel apretó las manos debajo de la mesa, las ganas no le faltaban de saltar y desgreñar a esa mujer, pero nunca había golpeado a una mujer y no esperaba hacerlo jamás, aun así…

— ¿Crees que no sé qué Daniel es gay?

Preguntó Franco divertido. Daniel miró a su jefe con sorpresa.

—¿Lo sabes?

Preguntó en un susurro. Franco le sonrió y lo despeinó, Daniel le gruñó e hizo que apartara la mano.

—Por supuesto.

Comentó.

>>—Pero no era mi deber decirte nada, pensaba que lo harías cuando estuvieras listo. ¿Por qué crees que hay una política ante la discriminación sexual en la empresa?

Por un instante observó a Franco… Este hombre siempre lo sorprendía. Tal vez…

—Qué considerado, Franco.

Interrumpió a Janeth.

>>—Pero apuesto que Daniel no tiene novio, sino a alguien que le gusta.

¡Maldita bruja! Franco lo miró .

—Nunca te he conocido con una pareja, y trabajas demasiado para la empresa, así que tampoco creo que tengas novio.

Franco bebió un sorbo de su vino, sus afirmaciones eran tranquilas, no pareciera que estuviera dejándose llevar por las intrigas de Janeth.

>>—Pero si hay alguien que te gusta, adelante, hasta me gustaría conocerlo.

Daniel se sentía atrapado. ¡Esto era todo! La verdad saldría a la luz, y a Franco tal vez no le importaría que fuera gay, pero sí que estuviera enamorado de él.

—Yo… ¿Por qué tanto interés en mi vida personal?

Preguntó en un intento desesperado de alargar su suplicio.

—Adelante.

Dijo Janeth.

>>—Todos queremos saber quién es ese hombre que tanto te gusta y te hace suspirar.

Daniel tenía que buscar una ruta de escape, tenía que correr y alejarse. Tenía...

>>—¿Quién es él? ¿Acaso trabaja en el grupo Murphy?

¡Santo infierno! ¡Santo infierno! ¡Santo infierno! Esta mujer estaba dispuesta a todo. Sus presentimientos nunca le fallaban; de alguna manera ella había montado este teatro para hacerlo caer.

—Tienes algo de razón.

Comentó Alaric llamando la atención de todos sobre él. Alaric giró su cabeza hacia Janeth.

—El hombre que a él le gusta está relacionado de alguna forma con el grupo de la constructora.

Daniel palideció. Su corazón comenzó a bombear con fuerza. ¿Él no lo haría? No podía traicionarlo, ¿o sí?

—Alaric…

Dijo con un nudo en la garganta, pero Alaric estaba enfocado en Janeth.

—¿Entonces conoces al afortunado?

Preguntó Janeth un tanto confundida, pero siguiendo su actuación a la perfección.

—Sí.

Alaric esbozó una deslumbrante sonrisa.

>>—El hombre por el que tanto estás preguntando…. Soy yo.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué…?

Ella estaba realmente sorprendida por esa afirmación.

—¿Tú?

Preguntó Franco.

>>—¿Entonces todo lo que has hecho estos días es en serio? Colton y Noah no me van a creer cuando les cuente lo romántico que te has vuelto. Además, acaban de conocerse.

Daniel estaba concentrado en Alaric como para darse cuenta de la sorpresa de Franco.

—No me importa que se burlen de mí.

Comentó Alaric.

>>—Estoy haciendo mi trabajo de conquista, él lo vale.

Le guiñó un ojo.

>>—Daniel, no tarda en rendirse, sabe que quiero estar con él.

Alaric se levantó de la mesa, se acercó a Daniel y lo ayudó a levantarse. Prácticamente, lo forzó a levantarse.

>>—Nos disculpan un segundo, ahora regresamos.

Daniel estaba tan sorprendido que no se opuso mientras Alaric lo tomaba de la mano y lo guiaba fuera del restaurante. Escuchó a Franco y a Janeth hablar, pero no entendía lo que decían.

Alaric se detuvo en la entrada para recoger sus abrigos, volvió a tomarlo de la mano y salieron del lugar. No se detuvieron, continuaron caminando. Daniel no se opuso, no importaba que ahora mismo Janeth y Franco se estuvieran preguntando dónde estaban, para Daniel estaría

bien que no regresaran, le importaba poco lo que pensaran de él en ese momento, lo único que quería era alejarse.

Caminaron, caminaron y caminaron, uno al lado del otro y tomados de la mano. Vagamente, se dio cuenta de que estaban rodeados de árboles, estaban en un parque. Por esa razón, su paso era lento, estaba haciendo frío, pero por lo menos no estaba lloviendo.

—¿Te encuentras bien?

Preguntó Alaric después de mucho rato.

>>—Esa mujer sí que es todo un peligro.

Daniel se abrazó a sí mismo.

—Esperaba que esa mujer me atacara como siempre lo hace, pero no que ella supiera…

—Tu secreto no puede ser secreto más tiempo, si ella es como dices que es, ahora mismo puede estar diciendo a Franco todo.

No lo haría, al menos eso esperaba. Ella había tenido la esperanza de que al momento que Franco supiera que era gay lo correría de la empresa, pero, en cambio, él lo apoyó. Si Franco sabía que estaba enamorado de él, no creía que fuera tan grave como que supiera quién era en realidad. Pero dudaba que Janeth supiera sobre su pasado con los K.A.

—Lo sé.

Comentó.

>>—Estoy tratando de pensar.

—Seguramente te preocupaste.

Comentó Alaric, Daniel negó con la cabeza.

—Fue intenso.

Recordó cuando Franco lo abrazó.

—De verdad Franco me aprecia, pero no sé…

Daniel no se dio cuenta de que se detuvo, tenía la mirada perdida entre los árboles.

>>—Aún siento su brazo sobre mis hombros… su olor… su mirada de apoyo. Todavía lo siento junto a mí, eso me dio esperanzas de que tal vez…

Daniel estaba hablando sin pensar, ni siquiera sabía por qué estaba contándole esto a Alaric. Había algo en este hombre que siempre lo obligaba a bajar sus defensas.

—Ya veo.

Comentó Alaric.

>>—Entonces subamos la intensidad.

Daniel lo miró sin comprender… fue demasiado tarde. Alaric comenzó a inclinarse más cerca, se detuvo, solo para mirarlo a los ojos. Daniel se perdió en esos hermosos ojos que lo observaban con intensidad. Luego Alaric cerró el resto de la distancia entre ellos. Daniel no estaba seguro de qué esperar cuando los labios de Alaric lo rozaron. Había sido besado antes, y tenido sexo antes, pero esto era en definitiva… intenso… mucho más que intenso.

Los labios de Alaric lo estaban haciendo estremecer. Él gimió, deseando lo que Alaric le estaba ofreciendo. Sus ojos se quemaban con lujuria y dejaron sin habla a Daniel. La mano de Alaric se envolvió alrededor de la parte posterior de su cuello, apretándole y tirándolo más cerca al tiempo que deslizó su lengua sobre sus labios. El cuerpo de Daniel se tensó con necesidad cuando sintió la otra mano de Alaric agarrarle la cadera y luego deslizarse alrededor de la parte baja de su espalda.

Los pulmones de Daniel se quemaban por oxígeno, pero se negaba a alejarse. Abrió la boca cuando la lengua de Alaric presionó contra la costura de entre los labios, la lengua se sumergió

dentro, barriendo y explorando. Daniel se agarró de las caderas de Alaric cuando su cabeza empezó a dar vueltas. Comenzó a moverse, empujando su dolorida polla contra el ápice de los muslos de Alaric.

Alaric lo acercó, moviéndose contra él cuando sus lenguas se batieron en duelo. Suavemente, mordió el labio inferior de Daniel. Se quedó sin aliento antes de morderlo también con mucho cuidado.

Alaric lo consumía con un beso que parecía no terminar nunca, Daniel no quería que se detuviera. La lengua de Alaric parpadeaban sobre sus labios, con burlas tentadoras. Murmuró el nombre de Daniel, enviándolo a una locura salvaje.

•❤•

—Es ridículo.

Comentó Franco mirando hacia la puerta del restaurante, estaba comenzando a dudar en serio que ellos regresaran. ¿Qué mierda jodida estaba sucediendo? Hace algún tiempo supo que Daniel era gay, de hecho, había sido bajo señalización de Omar Dante, ya que él jamás lo notó. Y la verdad no le importaba. Dos de sus mejores amigos eran bisexuales. Pero de ahí a insinuar que Daniel…

—¿Realmente no lo sabes o es que finges no saberlo?

Preguntó Janeth con una dura mirada.

— Pero, ¿qué estás diciendo?

Señaló con la cabeza hacia las dos sillas vacías a un costado de ellos.

>>—Ya quedó claro que Daniel está interesado en Alaric, no en mí.

—Sí, fue una buena actuación, pero créeme, te conozco desde hace años, y he visto cómo te mira Daniel, cómo trata a las mujeres que te tiras como si fuera una novia celosa, todos a tu alrededor nos damos cuenta, excepto tú.

Franco volvió a mirar hacia la puerta, no podía ser. ¿O sí?

—Creo que sigues estando equivocada.

Franco tomó un sorbo de su vino. Él jamás pensó… además Franco era heterosexual, cien por ciento, nunca había sentido interés en los hombres.

—¿De verdad no sabías que Daniel estaba enamorado de ti?

Janeth rio divertida.

>>—Yo creo que sí, pero lo disfrutabas en secreto, después de todo, quien no quiere un perrito faldero a su entera disipación.

— ¡Suficiente!

Franco golpeó la mesa con la palma de la mano.

>>—No tienes que ser sarcástica conmigo, bruja, sabes que no tolero juegos tontos.

Janeth le hizo mala cara.

—No tienes que ponerte así, yo solo quería abrirte los ojos.

— ¿De eso se trató esto? ¿De un juego estúpido para que Daniel se confesara? Al parecer te salió el tiro por la culata.

Franco rio, no era fan de Janeth, la toleraba porque tenían negocios juntos, y era buena en la cama, pero a comparación de ella Franco no tenía el menor interés en nada más. En cambio, ella hasta le había propuesto matrimonio. ¡Mujer loca! Ella era una mujer sexy, exitosa, hermosa y sensual como ninguna, pero Franco reconocía que en el interior estaba podrida. Estaba

obsesionada con Franco y no descansaría hasta obtener lo que quería. Esta noche su víctima fue Daniel, y Franco se maldecía mentalmente porque en cierta forma colaboró con su maldito plan macabro.

—Solo quería confirmar algo.

Comentó ella, cruzándose de brazos.

>>— ¿Deseo saber cómo te sientes?

Franco no le contestó.

>>—No dices lo que yo quiero oír.

—¿Qué sería eso?

—¿De qué a pesar de que ya lo sabes, el asunto no te interesa?

¿No le interesaba? Las entrañas de Franco se anudaron fuerte. Con la mandíbula apretada, Franco volteó la cara, tratando de ordenar sus caóticos pensamientos de alguna forma. Lo último que necesitaba en ese momento era que Janeth notara lo mucho que sus palabras lo habían asustado.

Sin embargo, sí era honesto consigo mismo, había una parte de él que no estaba tan sorprendida. Recordaba que durante un par de ocasiones se imaginó una situación. Daniel era perfecto acoplándose a él, tanto en lo laboral como en lo personal, él siempre parecía saber lo que necesitaba incluso antes que Franco mismo, y en un par de ocasiones pensó que hubiera deseado que Daniel hubiera sido una chica, entonces sin dudar con ella no tendría fobia al matrimonio. Sin embargo, la idea había quedado solo en eso… una idea, la cual había descartado como ridícula en ese momento. Pero ahora… Mierda. Estaba en problemas.

CAPÍTULO 11

Daniel no supo exactamente cómo fue que terminaron en una habitación de hotel, y la verdad no le interesaba. Ahora mismo ni siquiera le interesaba la decoración del hotel o cualquier otra cosa, solo tenía ojos para el hombre parado delante de él. Alaric cerró la puerta de la habitación, miró a Daniel mientras comenzaba silenciosamente a desvestirse. El corazón de Daniel latía más rápido y de hecho podía oír su propia respiración, desigual y temblorosa. Él se quedó quieto y observó su piel cálida, su polla dura y pesada en sus calzoncillos. Debería detener esto, no debería estar ahí… Pero la verdad era que no podía moverse. En su interior no hubiera podido luchar. Estaba tan cansado de ser cauto y de estar anhelando algo que no podía tener, él estaba necesitado de contacto, de cariño, y Alaric se lo estaba ofreciendo.

Por fin, Alaric quedó desnudo. Daniel se permitió el lujo de estudiarlo, músculos firmes, era obvio que Alaric estaba conforme con su cuerpo, seguro de sí mismo. Alaric se acercó a la cama, dejó algo en la mesilla de noche, se sentó y dio unas palmaditas en su rodilla; la tensión podría sentirse en el aire. Daniel tragó saliva al contemplar su regazo, su erección permanecía larga y gruesa contra una mata de vello oscuro en su ingle.

Daniel apartó la mirada; estaba claro que ahora era su turno. Apagó todas las alarmas de su cabeza, y comenzó a desvestirse lentamente.

—Mírame.

Ordenó Alaric. Al instante, Daniel clavó los ojos en el hombre. Su corazón estaba acelerado. Jamás había sentido nada como esto. No sabía cómo describir este momento. Había tenido sexo con más hombres, pero esos momentos empequeñecían en comparación con lo que estaba sintiendo. Sin apartar la mirada del hombre, Daniel se deshizo de su ropa. Ni siquiera se permitió avergonzarse. Él quería esto. Era adulto y sabía lo que estaba por ocurrir. Lo deseaba más que a nada y la mirada intensa de Alaric lo único que provocaba era incendiar aún más su libido.

Una vez completamente desnudo, caminó hacia Alaric. Él sujetó su brazo y lo tironeó a su regazo. El resto era un borrón de calientes besos y toques, y tanta piel. Daniel nunca se había sentido tan fuera de control por el deseo, incapaz de pensar, sin poder hacer otra cosa que sentir y desear.

Cuando finalmente se dejó caer contra la polla de Alaric, el profundo alivio fue abrumador. Él gimió. La plenitud, la intimidad era enloquecedora y aterradora por su intensidad. Alaric gruñó, tirando de Daniel más fuerte contra él, sus pechos rozándose entre ellos. Mirando dentro de los ojos del chocolate del hombre, Daniel se movió creando fricción entre sus pollas. Fue tan excitante ver los ojos de Alaric entrecerrarse, la forma en que su cabeza se sostenía con su espalda arqueada fue lo más erótico que había visto en su vida.

Alaric se estiró para alcanzar un sobre de lubricante y el preservativo que había dejado momentos antes en la mesilla de noche. Jadeó al sentir los dedos de Alaric hurgar en su agujero. Había pasado algo de tiempo para Daniel de no tener amante. Pero no necesito decir nada, entre caricias y besos calientes, Alaric se tomó su tiempo en prepararlo.

Daniel abrió sus piernas un poco más, ajustando su postura mientras tomaba, tan profundamente como podía, la longitud caliente de Alaric. Miró hacia abajo en medio de sus cuerpos, fascinado por el movimiento de sus propias caderas mientras continuaban girando en su lugar. Alaric lo guió con las manos en la cadera mientras lo montaba, mientras la propia polla de Daniel se quedó sin ser tocada entre ellos; estaba enrojecida y gruesa, la humedad reluciente se

deslizaba por su eje.

Los pulgares de Alaric acariciaron sin pensar los huesos de la cadera, su lengua trazó una franja húmeda en su cuello mientras su polla extendía a Daniel tan condenadamente bien. Tragándose sus gemidos, Daniel empujó hacia abajo para aumentar la presión y tomarlo completamente. La sensación del estómago duro de Alaric deslizándose contra la carne dolorida de su polla hizo a Daniel gemir. Él se aferró a los hombros de Alaric un poco más apretado mientras abandonaba las rotaciones con su pelvis y comenzaba a deslizarse hacia arriba y abajo en la polla de Alaric, duro y rápido, con ganas de más, más profundo, más.

Tampoco podía respirar bien y ambos necesitaban hacer todo más duro y más rápido, y pronto Alaric estaba golpeando sus caderas para encontrarse con Daniel en cada embestida, y Daniel jadeaba cada vez que Alaric golpeaba su próstata, estrellas chisporrotearon detrás de sus ojos.

Alaric gruñó, sus músculos trabajaron mientras él levantaba a Daniel y lo bajaba sobre su polla, y joder, su fuerza era tan excitante, y Daniel lo quería, lo necesitaba y lo anhelaba.

Alaric se corrió primero, y Daniel lo siguió poco después, sacudiendo su camino a través del orgasmo. Hundió sus dientes en el hombro de Alaric para amortiguar sus gemidos. Daniel solamente era vagamente consciente de Alaric levantándose y acomodándose en la cama, sentía sus ojos pesados y su cuerpo lánguido por el placer, no tardó mucho en dormirse dejando que sus problemas y el mundo se desvaneciera.

CAPÍTULO 12

Daniel siempre había tenido la capacidad de sentir las miradas sobre él. Gruñó adormilado, al abrir los ojos no se equivocó. Alaric lo observaba atentamente.

—No hagas eso.

Murmuró Daniel bostezando.

>>—No es sexy que me veas dormir.

—Eres lindo cuando duermes.

Dijo Alaric moviéndose a su lado. Suspiró de placer cuando Alaric se derrumbó encima de él. Él era pesado, pero a Daniel no le importaba. No le importaba en absoluto. Le encantaba esto, el peso de su cuerpo, el aroma, la presión, la sensación de seguridad. El resto del mundo parecía muy lejano. Alaric no dejaba de mirarlo y eso lo estaba haciendo sentir incómodo.

— ¿Qué…?

—No has huido.

Contestó Alaric inclinándose para darle un beso en el cuello. Daniel sintió los labios de Alaric moverse contra su clavícula, formando palabras sin sonido. Alaric besó la sensible piel allí antes de chupar duro.

— ¿Por qué lo haría?

Preguntó.

>>—Soy adulto y sé asumir las consecuencias de mis actos.

Daniel murmuró. Daniel rara vez se arrepentía de algo en su vida, él no culparía a Alaric por esto, había deseado que ocurriera lo que ocurrió y si alguien decía lo contrario, era un mentiroso.

—Bien.

Alaric le dio otro chupetón. Y luego otro. Eso dejaría marcas, él debía pararlo. Los chicos en el trabajo iban a darle miradas extrañas, pero no le importaba. Daniel se encontró enredando sus brazos y piernas alrededor del hombre sobre él y cerrando los ojos, sintiéndose ridículamente caliente por dentro. A salvo. Daniel se rió ante la idea. Dios, él realmente estaba mal de la cabeza. Pero no recordaba alguna vez haberse sentido así con nadie.

—Que un hombre se ría mientras estás intentando seducirlo mata el orgullo de cualquiera.

Alaric murmuró, aun mordiendo su garganta.

—No quiero ir a trabajar.

Dijo Daniel, deslizando una mano hacia abajo por la ancha espalda de Alaric.

>>—Pero Franco me arrancará la piel si se entera de que prefiero estar en la cama contigo, cumpliendo mi deber, que es para lo que me pagan.

Alaric dejó de besar su cuello. Él se apoyó en un codo y lo miró hacia abajo. Había una extraña expresión en sus ojos.

—Tal vez él mencione lo de anoche.

Daniel tragó su estómago, tensandose.

—Tal vez, pero es mi vida privada, no tengo que darle explicaciones.

Los labios de Alaric se fruncieron. Alaric observó su cara durante tanto tiempo que Daniel comenzó a sentirse incómodo.

— ¿No le dirás que nosotros…? Quiero que quede claro que no estaba bromeando ayer.

Daniel abrió la boca para mandarlo a la mierda, pero las palabras murieron en sus labios bajó la intensidad de la mirada de Alaric.

—Dudo que pregunte, anoche, ¿lo dejaste claro? Estamos juntos.

Dijo, en cambio, sintiéndose nervioso sin motivo.

—Hablaré con él para asegurarme de que entendió el mensaje.

Alaric se inclinó para besarlo, callando así cualquier protesta. ¿Por qué iba a protestar?

•❤•

—El proyecto del resort está ahora en el departamento legal, redactarán los cambios que acordamos y me enviarán el contrato final para que lo revises.

Comentó Daniel. Franco asintió con la cabeza, pero ni siquiera lo miró, estaba concentrado en un plano sobre la mesa. Daniel regresó la mirada a la agenda, ya temía que esto sucedería. Odiaba las situaciones incómodas.

>>—Omar Dante me envió un correo con las nuevas medidas de seguridad que quiere implementar en el edificio.

Nuevamente, Franco volvió a asentir con la cabeza. Él se removió incómodo en la silla. ¿Sería que estaba molesto por lo de Alaric? ¿ ¿Acaso Janeth le dijo algo más?

>>—¿Ocurre algo con Franco?

Su jefe levantó la cabeza y lo miró a través de sus gafas de montura, como queriendo decir algo, pero cambió de idea y regresó su atención al plano.

—Llama a Robles, hay que reunirnos con él, en esta zona no me gusta cómo está quedando.

Dijo Franco. Definitivamente, algo andaba mal, Franco lo evitaba, no quería tocar el tema y, siendo sinceros, Daniel tampoco. Así que enfocarse solo en el trabajo fue una buena idea.

•❤•

Daniel regresó a su oficina después de su reunión y encontró a un grupo de mujeres rondando su oficina.

— ¿Qué ocurre?

Todas se sobresaltaron al verlo y corrieron, menos Margaret.

—¡Hola! ¿Qué tal la reunión?

—Aburrida como siempre. ¿Qué ocurre, Margaret?

La chica parecía avergonzada, ella señaló su oficina con la cabeza. Daniel jadeó, su escritorio estaba lleno de pétalos de rosas, y en el centro una caja de regalo adornaba la estancia. Cerró los ojos.

>>— ¿Quién hizo eso?

Preguntó, pero era una cosa estúpida, ya conocía la respuesta.

—El señor Lee estuvo aquí mientras estabas en tu reunión.

Explicó Margaret.

>>—¡Oh Daniel! ¡Es tan romántico!

¡Exclamó emocionada!

>>—Ni siquiera importa que ambos sean hombres, ¡es tan lindo! ¿Por qué no me dijiste que eras gay?

Daniel abrió los ojos y miró a la mujer; estaba en la punta de la lengua negar esa acusación. Sabía que ella había tenido un enamoramiento por él.

—Lo siento.

Se disculpó.

—No importa.

Ella señaló de nuevo el escritorio.

>>—Admito que no puedo competir con eso, aunque no fueras gay, seguro que ese hombre no se hubiera detenido por nada.

—Supongo que es insistente.

Suspiró Daniel.

>>—Regresa a tu escritorio, Margaret. Franco puede estarte necesitando.

—Si, señor.

Dijo ella sonriendo. Daniel entró en su despacho. Olía a rosas. ¡Alaric estaba loco! ¿Cómo era posible que hiciera cosas? ¿Cómo estás? Se acercó a su escritorio. Sujetó un puñado de pétalos de rosas en las manos. Rosas blancas… definitivamente ese era el color que caracterizaba al hombre. La caja también era blanca. Lo primero que encontró fue un reproductor de MP3, lo miró con el ceño fruncido, hasta que tenía sus auriculares y toda la cosa. Estaba pre programada en una canción en específico. Daniel se colocó uno de los audífonos y puso play. Sonrió al escuchar los primeros silbidos, ya había escuchado esa melodía antes.

Desde que te vi
Sentí como que ya te conocía.
Un minuto fue suficiente.
Y ya sentía quererte.

Definitivamente, ese hombre estaba loco. Daniel miró los otros artículos de la caja mientras continuaba escuchando la canción de "*Mi persona favorita*[38]" El siguiente era un objeto rectangular, supo lo que era incluso antes de quitar el papel de seda. El portaretrato del mercadillo de antigüedades. Pero lo que llamó su atención fue la fotografía. Eran ellos. Ambos. En el mercadillo, precisamente. Alaric había tomado esa selfie mientras estaban cara a cara. Él estaba sonriente con una actitud arrogante en su rostro, mientras que Daniel tenía cara sorprendida y las mejillas rojas. Él debió haber tomado la foto justo en el momento cuando le dijo que comenzaría una relación con él. Negó con la cabeza. Por último, había un sobre en la caja. Daniel dejó el portarretrato en la caja. Sacó la tarjeta. Pensó que sería una dedicatoria. Pero no fue así. Era una tarjeta de regalo con varios corazones y en el centro había una lista. Rió.

Manual de ~~la novia perfecta~~
Del novio perfecto.

1.- Piensa en él todo el día.
2.- Si no puedes conectarlo por teléfono, ponte triste y preocúpate.
3.- Pasa por el frente de su casa con la esperanza de verlo.
4.- Incluso si es solo un instante, míralo con nostalgia desde lejos.
5.- Si habla con otras mujeres o hombres, ponte celoso a punto de querer romperle un hueso.
6.- Consigue una foto suya y llévala en tu billetera.
7.- De vez en cuando preséntate en su casa sin avisar.

—Estás demente, Alaric, ¿de dónde sacaste esto?

¿Quién inventó cosas como esas? Dudaba que fuera un buen material de mercadotecnia. Daniel rio. Hasta había tachado la palabra mujeres, este hombre no tenía límites. Pero tenía que admitir que era un loco demasiado lindo para su propia seguridad.

CAPÍTULO 13

El viernes en la noche, Daniel sentía que había corrido la milla olímpica toda la semana, estaba agotado, y no precisamente por el trabajo. Al parecer, la situación tensa entre Franco y él iba más allá de las cuestiones laborales.

—¿Tenemos que usar muro de contención?

Preguntó Daniel haciendo apuntes en su computadora, era tarde, pero Franco había insistido en revisar esto antes de marcharse.

—El agua fluye por cada lado de la tierra, no importa cuál sea el costo, hay que ir por lo seguro.

Comentó Franco seriamente.

—Bien.

Daniel comprobó la agenda.

>>—Podríamos ir al sitio la próxima semana para hacer la revisión.

—¿Verificaste otra vez?

Franco señaló la estructura. Daniel se extrañaba que estuviera preguntando eso, después de todo, si alguien era obsesivo en cuestión de ver las cosas con sus propios ojos era él.

—Los flujos de agua están perpendiculares y podrían encontrarse y causar una inundación, así que Scott sugiere mover la estructura para cambiar el flujo del agua. Tenemos que visitar el lugar para estar seguros.

Daniel no era arquitecto, pero había aprendido un par de trucos o dos observando a Franco y al equipo.

—Bien.

dijo Franco, levantándose y tomando su chaqueta.

>>—Yo iré al lugar este fin de semana.

Comentó tomando su maletín.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No hace falta.

Tomando su chaqueta, se encaminó hacia la puerta.

>>—Nos vemos el lunes.

¡Mierda! Le molestaba no saber qué sucedía, ahora más que nunca estaba seguro de que Janeth le había comentado algo. Franco estaba muy frío con él. No solo eso, lo evitaba la mayor parte del tiempo, era una situación insoportable, pero no tenía las agallas para tocar el tema, se decía a sí mismo que era mejor esperar a que las cosas tomaran su propio rumbo.

Tomando sus pertenencias, salió del edificio desierto. Margaret le había dicho que irían a tomar unos tragos con el grupo, pero Daniel lo único que deseaba era irse a casa, tomar un largo baño y tirarse frente al sofá con una cerveza en la mano. Al traspasar las puertas, su teléfono sonó. Sin poderlo evitar, sonrió.

—¿Qué tan lejos estás?

Preguntó a Alaric, este par de días había aprendido a conocer al hombre un poco y sabía que andaba cerca. Escaneó la calle, lo vio recargado en un coche, unos autos, calle arriba.

—¿Qué tal me veo de lejos?

Preguntó él en tono seductor.

—¿Desde lejos?

Daniel ríe.

>>—Lo siento, no tengo puestas mis gafas.

—Por supuesto, me veo mejor de cerca.

A Daniel se le erizaron los vellos de la nuca ante la voz enronquecida de Alaric.

>>—Si te acercas, te aseguro que dejarás de respirar.

Daniel volvió a reír y terminó la llamada. Se acercó a Alaric.

—Hola, extraño.

Saludó, se sentía algo torpe. No sabía en realidad en qué punto estaba su relación con Alaric. En cambio, él no tenía ningún inconveniente en mostrar sus sentimientos. Se acercó a él y le dio un rápido beso en los labios.

—¿Adónde quieres ir hoy?

Preguntó. Daniel hizo un mohín.

—Si te soy sincero, lo único que deseo ahora es una ducha caliente y una cena en mi casa.

—¿Solo eso?

Alaric movió las cejas insinuadamente, Daniel le dio un golpe.

—No seas patán, vamos a mi casa y si eres bueno, hasta te prepararé la cena.

No tardaron mucho en llegar a su casa, era buena cosa que Daniel fuera organizado, su departamento estaba en orden, limpio y tenía surtido el refrigerador. Sería un colmo que él organizara la vida de Franco y que la suya fuera un desastre. Mientras Daniel preparaba la cena, Alaric había puesto música, había corrido las cortinas, quitado los zapatos y se había puesto cómodo. Andaba por su casa como si fuera la suya propia.

—Huele bien.

Comentó Alaric colocando un par de platos sobre la encimera, después comenzó a servir el vino.

—El salteado de pollo es rápido.

Tenía hambre, y no se había dado cuenta de cuánto, también había notado que tenía mucho sin cocinar. Había pasado mucho tiempo desde que había comido comida casera. Usualmente, comía fuera de casa, para la cena ordenaba comida a domicilio, o tenía la suerte de comer en casa de Franco. Eso le recordó.

>>—¿Has hablado con Franco?

Alaric se sentó frente a él.

—¿Sobre qué?

Daniel no lo miró a los ojos mientras llenaba los platos con el guiso.

—Ha estado muy serio conmigo y apenas me mira en la oficina, tal vez Janeth le dijo…

—Qué importa ya.

Gruñó Alaric.

>>—Ahora estás conmigo, qué más da lo que piense Franco.

Daniel se rascó el cuello, no quería tener esta conversación justa ahora. Colocando los platos sobre la encimera, se quitó el delantal y tomó su copa de vino. Tarareando la canción que se escuchaba en la estancia, Daniel tomó asiento en el banco a un lado de Alaric y comenzó a comer. ¿Por qué era tan difícil? No debería importarle lo que Franco pensara ahora, pero… Le importaba. Lo consideraba un amigo y estaba enamorado...

—Mírame.

Ordenó Alaric, tomándolo por la barbilla y haciendo que lo mirara. Sus dedos se movieron a la mandíbula de Daniel y con su pulgar acarició el labio inferior. ¡Joder! Este hombre estaba

poco a poco teniendo un gran poder sobre Daniel, solo bastaba con que Alaric lo mirara de esa manera para sentir la necesidad de ponerse de rodillas ahí en la cocina y chupar a Alaric hasta que colapsara.

>>—Solo tengo que importarte yo, Daniel, ¿entiendes?

Daniel olvidó que estaban hablando cuando, sin apartar la mirada, Alaric deslizó su pulgar dentro de la boca de Daniel. Su lengua recorrió la yema y sus labios se cerraron alrededor del dedo. Comenzó a chuparlo con entusiasmo, viendo a Alaric cerrar los ojos y abrir los labios. Alaric gimió y Daniel dejó caer el tenedor sobre la encimera. Se puso de pie, envolvió sus brazos alrededor del cuello de Alaric. Comenzó a besarlo, Alaric acomodó una de sus piernas entre las suyas y Daniel presionó sus bolas en ella, necesitaba la presión para aliviarse. Su cabeza se fue hacia atrás cuando Alaric chupó su camino por su cuello. Las manos de Alaric se deslizaron por la espalda de Daniel mientras él se acercaba. Daniel rodó en su pierna más duro. Él estaba tan cerca.

Cuando Alaric tomó y apretó su pene a través de su chándal, Daniel gritó, disparando en sus pantalones. Alaric chupaba su cuello, frotando la sensible piel mientras Daniel flotaba de regreso. Los ojos de café chocolate de Alaric estaban profundamente fijos en él. Se estiró y besó a su amante. La pierna de Alaric afortunadamente seguía entre las suyas. La mano de Alaric se deslizó por el elástico de su chándal y deslizó sus dedos por la grieta del culo de Daniel, tocando su estrellado agujero.

—Dios sí.

Daniel se empujó hacia atrás. El dedo se deslizó dentro de su agujero mientras Alaric lo veía con la mandíbula tensa y una determinada mirada, como si quisiera que Daniel se corriera de nuevo. Daniel se empujó a ese dedo y otro fue agregado. Alaric colocó su mano libre en la espalda de Daniel, evitando que cayera hacia atrás.

Alaric empujó su dedo más profundamente, haciendo que Daniel subiera por su muslo. Oh, joder, él iba a correrse de nuevo solo con esa fija mirada de determinación en él, esa tensa mandíbula y esa delgada línea de sus labios. Alaric giró los dedos, golpeando la próstata de Daniel, ya no podía resistirlo más.

—Por favor, jódeme.

Daniel rogó. Alaric lo giró bajando los pantalones y bajó sus pantalones hasta las rodillas, con el semen de Daniel lubricó su agujero. Daniel gritó cuando Alaric entró en él, tomándolo de las caderas mientras Daniel se agarraba del mostrador. Era difícil abrir las piernas con sus pantalones de chándal en sus tobillos, deteniéndose en el lugar. Alaric lo levantó apoyándolo en el mostrador mientras lo penetraba como un taladro hidráulico.

—Más duro, Alaric.

Daniel gimió mientras Alaric se empujaba más duro. La mano de Alaric tomó el pene de Daniel y comenzó a jalarlo de arriba abajo mientras partía a Daniel en dos. Daniel bajó la cabeza hacia atrás y se corrió, Alaric gritó detrás de él. Cayó hacia el mostrador, eso no era bueno para nada, ahora quería dormir. Alaric suavemente lo bajó, levantó los pantalones hasta su cintura y lo tiró hacia su pecho.

—No puedo moverme.

Daniel gimió. Suaves labios besaron la parte de atrás de su cuello mientras Alaric lo movía a una silla y lo sentaba.

—Todavía tienes que cenar.

Alaric tomó el tendedero y le ofreció un trozo de pollo. No recordaba a ninguna de sus

amantes anteriores dándole de comer.

—Seguro.

Daniel abrió la boca, no creía tener la fuerza necesaria para comer por sí solo. Había tenido el sexo más fantástico de su vida. Alaric era como una adicción de la que no podía tener suficiente. Alaric era todo lo que Daniel había estado buscando en una pareja.

Alaric lo acomodó más en su regazo y siguió alimentándolo. Él habría su boca, tomando lo que Alaric le daba, pero realmente no lo estaba saboreando.

—Necesitas dormir, bebé.

Alaric tocó su cara tiernamente, haciendo que se derritiera de nuevo. Daniel bajó la mirada, impactado de ver el plato vacío. Ni siquiera recordaba haber comido tanto. Alaric lo arrastró a la habitación, Daniel quería protestar cuando el hombre lo sentó en la cama y comenzó a desnudarlo. Daniel obedientemente lo dejó hacerlo, estaba tan emocionado por este pequeño gesto. Daniel era de los que siempre se ocupaban de las necesidades de los demás, no de las suyas, hoy estaba siendo al revés, y decidió que le gustaba, le gustaba demasiado. Una vez que estuvo desnudo, Alaric fue al cuarto de baño, humedeció una toalla y regresó para limpiarlo de sus juegos en la cocina. La tela caliente se sentía maravillosa en su piel.

—Duerme.

Alaric besó su frente, retiró su cabello de los ojos mientras Daniel cerraba los ojos y se olvidaba de que el mundo exterior existía.

CAPÍTULO 14

—Despierta Daniel.

Daniel gruñó, ¡no! No quería moverse. Estaba tan relajado y tan calentito. No era una persona perezosa, pero era sábado y nunca había dicho esto, pero… por un fin de semana no quería saber nada de la constructora o de Franco para el caso. Planeaba quedarse en la cama el sábado y el domingo.

>>—Vamos, levántate.

Dijo una voz persistente, dándole una palmada en el trasero.

>>—Tenemos planes para hoy.

—¿Los tenemos?

Daniel parpadeó y trató de abrir los ojos. Sus pestañas revolotearon mientras rodaba sobre su espalda. Alaric estaba sentado en la cama a un lado.

>>—¿Estás loco?

Daniel gimió cuando se dio cuenta de la ligera oscuridad que invadía la habitación. Miró la mesilla de noche. Cinco de mañana. Alaric rió entre dientes.

—Deja de ser tan perezoso, tenemos que irnos.

Daniel refunfuñó entre dientes mientras pateaba las sábanas y hacía un esfuerzo sobrehumano para poder sentarse. Se frotó las manos por la cara, tratando de borrar el sueño de sus ojos.

—Es sábado.

Se quejó con un mohín. Alaric se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso en los labios.

—Lo sé, y son los únicos dos días de la semana en que serás absolutamente mío.

Alaric le entregó un puñado de ropa.

>>—Vístete, prepararé café.

—¿Adónde vamos?

Preguntó mientras subía sus pantalones por las piernas y los abotonaba. Alaric sonrió mientras se inclinaba y le daba otro beso en los labios.

—Buenos días, chico guapo.

Alaric le guiñó un ojo.

—Dormimos juntos, pero los modales se imponen primero.

Daniel frunció el ceño ante el hombre. Estaba evitando contestar la pregunta, no era tonta.

—Buenos días.

Daniel gruñó mientras se pasaba la camisa por la cabeza.

>>—Ahora dime a dónde vamos.

—Te espero afuera.

Dijo Alaric mientras prácticamente corrió fuera del dormitorio.

>>—Tenemos que irnos, en cinco minutos.

—Alaric.

Daniel iba a estrangular al hombre mientras dormía. Colocándose una chaqueta, Daniel fue al baño, hizo su negocio y se cepilló los dientes; cinco minutos después, Alaric lo arrastró fuera de su departamento. Un chofer estaba esperándolos afuera, por un instante pensó que era Jean, pero no, era un auto precontratado. Lástima. Hubiera querido preguntarle al hombre sobre el estado de ánimo de Franco. Durante el trayecto hablaron poco, pero se dio cuenta de que Alaric estaba de buen humor. Parecía un niño en Navidad.

—¿Adónde vamos?

Volvió a preguntar mientras entraban en el aeropuerto.

—Es una sorpresa.

Se quejó Alaric jugando con su mano distraídamente.

>>—Deja de preguntar o te amordazaré.

Daniel rio. Miró al chofer, pero el hombre estaba concentrado en el camino. Se inclinó hacia Alaric, y una de sus manos a propósito rozó la entrepierna de su amante. Fue un tacto sutil, como si hubiera sido un accidente.

—Promesas, promesas.

Susurró al oído de Alaric. Daniel no era muy abierto con respecto a la seducción, pero Alaric lograba despertar en él ese instinto. Alaric se abalanzó sobre él, pero Daniel lo detuvo con la mano en el pecho, con los ojos le señaló que no estaban solos.

—Hablaremos más tarde.

Amenazó Alaric. Un jet privado los estaba esperando cuando llegaron, tomándolo de la mano, Alaric lo guió hacia el pequeño avión. No le pasaron desapercibidas las miradas decepcionadas de los sobrecargos al descubrir que ellos obviamente eran algo más que amigos. Evitó reír. En ocasiones se le olvidaba que Alaric era igual de prostituto que Franco.

Despegaron cuando el amanecer se abría en los cielos. Era realmente hermoso. Daniel estaba emocionado, nunca había estado de viaje solo por diversión, y nunca a esta hora del día. ¿Para eso lo había traído Alaric? Para contemplar el amanecer. Enfrente de él, Alaric estaba trabajando con la cámara.

—¿Tendrás una exposición pronto?

Preguntó. Se acababa de dar cuenta de que no sabía mucho acerca de la vida de Alaric, a excepción de lo que Franco comentaba o leía en las revistas.

>>—Esa es la suposición que tengo del porqué te quedaste en Nueva York.

Alaric hizo una mueca, pero fue algo muy efímero, luego le sonrió.

—En un par de semanas.

Comentó Alaric.

>>—Por supuesto, serás un invitado de honor.

Daniel sonrió. El sobrecargo les trajo el desayuno.

—¿Me dirás a dónde vamos?

De verdad esta ansiedad lo estaba matando, ¡quería saber!

—Washington.

Contestó Alaric secamente.

—¿Eh?

Preguntó confundido. ¿Por qué se sentía decepcionado? ¡Joder! Su cabeza le jugaba bromas, el muy tonto había pensado que irían de una escapada romántica a un lugar paradisiaco.

—No te sientas decepcionado, te aseguro que te gustará.

—Conozco a Washington.

Comentó, tomando su café, odiaba que Alaric pudiera leerlo tan bien.

—Tendremos un excelente fin de semana, ya los verás.

Poco más de una hora después llegaron a su destino, o al menos eso creyó, puesto que un helicóptero estaba esperando. Ahora realmente estaba curioso. Pensó que Alaric iría a alguna galería o tendría una reunión de trabajo.

—Mira ahí.

Dijo Alaric a través de los audífonos. Daniel se asomó por la ventana. Un extenso terreno se abría ante sus ojos. Era hermosa. Colores entre amarillos, naranjas y marrones adornaban el panorama, era una zona de cultivo. La luz de la mañana simplemente embellecía más el paisaje. Alaric le señaló con el dedo un poco más adelante: una hermosa casa estaba apareciendo en el panorama. Era una hacienda antigua.

—¿Es tuya?

Preguntó sin apartar la mirada.

—Es el viñedo propiedad de mi familia.

Comentó Alaric. Daniel lo miró, ¿venían a conocer a su familia? ¿No sabía nada de su familia? El pánico se estaba apoderando de él. No se sentía preparado para conocer a la familia de nadie, ni siquiera sabía qué era lo que tenía con Alaric. Él debió leer sus pensamientos porque los aclaró.

>>—Mi madre vive en Italia, venimos a pasar el fin de semana, nos relajaremos, nadaremos y podremos montar a caballo.

—No sé montar a caballo.

Alego. Alaric acarició su mejilla.

—Yo te enseñaré.

Daniel regresó la mirada al panorama. Realmente era una belleza, no teníamos estas vistas en Nueva York, el aire parecía tan limpio. Y el sol calentaba, no como las lluvias constantes en la ciudad en esta época del año.

Aterrizaron en un helipuerto situado a la espalda de una mansión lejos de los viñedos. Alaric lo tomó por la cintura y luego le hizo una seña para que esperase mientras él hablaba con el piloto. Mientras tanto, Daniel miró la casa, una hacienda rústica antigua que seguramente guardaba en ella secretos de generaciones y de la generación de Lee. Entonces se dio cuenta de algo. Que al pasar por encima del terreno, alcanzó a contemplar el nombre del viñedo "*Château St. Michelle*"

—Andando.

Dijo Alaric regresando a su lado.

—Dijiste que era propiedad de tu familia.

También recordaba que la familia de Alaric se dedicaba a los vinos, pero siempre pensó que llevarían su apellido.

>>—Pero no llevas tu apellido a este lugar.

Alaric rió.

—Michelle es el apellido de mi madre, todo esto es por herencia materna.

Explicó Alaric, guiándolo a la casa.

>>—Mi padre era un catador de vinos que llegó a Estados Unidos por una convención de vinos.

Explicó Alaric. Llegaron a la casa y un mayordomo y un grupo de sirvientas lo recibieron educadamente. Alaric se detuvo para saludar y presentar a Daniel como su novio. ¡Novio! Si, novio. ¡Dijo novio! Y Daniel no lo corrigió. Él podía sentir las mejillas rojas. Cuando todas las sirvientas se marcharon, Daniel se sintió aliviado, no era muy bueno siendo el foco de atención.

—Tus padres se enamoraron.

Comentó Daniel tratando de recuperar la conversación, quería saber más sobre la vida de Alaric. El mayordomo les ofreció algo de comer, pero Alaric lo rechazó, dijo que le mostraría la casa a Daniel. Tomados de la mano, Alaric lo guió por una escalera de piedra.

—Mi abuelo contrató a mi padre para trabajar aquí, realmente estaba muy impresionado por sus habilidades. Al principio mi padre se negó, le gustaba su trabajo en Corea, pero mi abuelo era muy insistente, jamás se daba por vencido en algo.

Daniel ríe.

—Supongo que heredaste eso de él.

Alaric rió también ante esa afirmación.

—Seguro que sí.

Comentó.

>>—Le ofreció el doble del salario que ganaba en su antiguo trabajo, le pagó el traslado y le mandó construir una casa cerca del terreno para que tuviera una vida independiente y se trajera a su familia si era necesario.

—Tu abuelo fue muy generoso.

—Así era mi abuelo, siempre se salía con la suya.

Entraron en la habitación. Pero Daniel apenas la apreció. Estaba más interesado en la historia. Era como una esponja tratando de absorber toda la información posible. Alaric se quitó la chaqueta y los zapatos. Después se acercó a Daniel y lo abrazó por la cintura.

—¿Qué pasó cuando conoció a tu madre?

Preguntó, colocando las manos en su pecho.

—Se enamoraron.

Sonrió.

>>—A mi padre le encantaba narrar la historia de cómo casi cae del caballo al ver a la mujer más hermosa que jamás hubiera visto paseando por los viñedos como si fuera un ángel.

Alaric miró hacia la nada con mirada nostálgica. Daniel apretó los labios, había leído que Alaric había perdido a su padre cuando solo tenía seis años.

—¿Tu abuelo lo permitió?

—Claro que no.

Dijo Alaric con cara de horror.

>>—Fue la típica historia de la novia rica y el chico pobre, mi abuelo se sintió traicionado, no permitiría esa relación, mis padres huyeron y mi abuelo desheredó a mi madre.

—¿Qué sucedió después?

Preguntó interesado, realmente esto era como una novela en la vida real. Casi distraídamente, Alaric le quitó la chaqueta y comenzó a desbotonarle la camisa.

—Pocos meses después mi abuela le tendría una trampa.

Daniel enarcó una ceja.

>>— Mi abuela lo encerró en la biblioteca con un bebé de pocos meses que no paraba de llorar.

Dijo Alaric con una hermosa sonrisa.

—¿Hiciste eso?

—Mi abuelo no pudo resistirse a ese hermoso bebé llorón tan hermoso.

Daniel ríe.

—Ese bebé eras tú.

Adivinó. La sonrisa de Alaric fue más amplia.

—¿Qué puedo decir? Desde bebé soy adorable.

Se encogió de hombros. Daniel le dio un golpe en el pecho.

—Bastado, arrogante, es lo que eres, sinvergüenza.

De repente estaban besándose, él exigiendo en silencio que abriese la boca para jugar con su lengua. Daniel extendió la mano y acarició el brazo de Alaric, acariciándolo cuando le atrajo más cerca de su cuerpo. En cuestión de segundos, Daniel estaba con los pantalones en los tobillos, con Alaric devorando su boca y su mano derecha acariciando su eje. Daniel sorbía el aire a través de sus dientes cuando sus piernas se separaron más.

—Alaric…

Mencionó su nombre más como una súplica. Daniel no estaba seguro de dónde le venía la valentía, pero apareció, dándole la posibilidad de llegar abajo y desabrochar los pantalones de Alaric. Lo deseaba. Los ojos de Alaric se cerraron mientras sus dedos se deslizaban sobre la cabeza de la polla de Daniel, extendiendo las gotas de humedad alrededor. Daniel agarró la camisa de Alaric con los puños apretados, sus caderas involuntariamente adaptándose a los movimientos de la mano del hombre.

—Por favor.

Daniel dio una súplica un poco ronca. Estaba tan cerca. Tan malditamente cerca. Los ojos de Alaric cambiaron mientras empujaba a Daniel hacia la cama, tumbándolo, se tendió junto a Daniel, sus fuertes dedos envolviendo la polla de Daniel, acariciándolo, apretándolo. Los dedos de Daniel apretaron la colcha sobre la cama. Alaric se acercó más, sus labios tocando el pezón de Daniel.

—¡Oh, dioses!

Daniel enganchó sus caderas de nuevo, sintiendo su polla deslizarse a través del puño apretado de la mano de Alaric. Lo hizo de nuevo, y entonces, una vez más, jodiendo el puño de Alaric. Estaba tan caliente. Un ronroneo sordo se escapó de la garganta de Alaric cuando la cabeza de Daniel cayó hacia atrás, suplicándole entre palabras intangibles que lo hiciera correrse. Alaric aceleró su mano, acariciando el pene de Daniel con más fuerza, más rápido.

Daniel arqueó la espalda, gritando cuando la semilla caliente explotó de su polla, golpeando su pecho y la barbilla. Su mente estaba corriendo, sus pensamientos dispersos mientras experimentaba su orgasmo. Él estaba tumbado allí, jadeando, luchando por aire. Inflará sus pulmones, sus ojos lentamente se abrieron. Alaric le estaba quitando por completo los pantalones y los zapatos.

—Pensé…

Jadeo, parecía que había corrido un maratón.

>>—Pensé que me mostrarías la casa.

Comentó burlón.

—Te la enseñaré más tarde.

Contestó Alaric girándolo sobre su estómago. Daniel ríe entregándose completamente a su amante.

CAPÍTULO 15

—Hola… soy yo.

Daniel hizo una pausa, se sentía tan tonto, no recordaba nunca en la vida haber tenido que dejar un mensaje de voz a Franco. Él siempre contestaba sus llamadas y mensajes, y en caso de que estuviera ocupado, confiaba en que el hombre lo llamaría en cuanto tuviera tiempo. Bien, pues desde ayer no había sabido nada del hombre y no había recibido llamadas de él en todo el día.

>>— Solo quería avisarte que recibí un correo electrónico con la aprobación de la alcaldía sobre el proyecto del este. Ya envié la copia al equipo legal; necesitarán tu firma de aprobado.

Daniel hizo una pausa. El asunto del centro comercial del Este podría esperar hasta el lunes, pero Daniel lo había usado de pretexto para poder hablar con él.

—Te los llevaría hoy, pero estoy fuera de la ciudad.

Daniel caminó hacia el balcón de la habitación; era una vista hermosa del atardecer desde aquí; en realidad, todo era perfecto. La casa, el aire, el ambiente, el trato de la servidumbre, Alaric… Aun así Daniel se sentía algo ansioso y todo era a causa de Franco.

>>—Aun así, tengo el celular conmigo todo el tiempo, si necesitas algo, llámame.

Hizo una pausa. Esto realmente era incómodo. Daniel no podía seguir así, tenía que arreglar las cosas, esto se estaba saliendo de control. Daniel sabía por Linda que Franco estaba en casa, todo el día no había salido y se la había pasado encerrado en su despacho trabajando. Incluso Linda le comentó que esa mañana Margaret estuvo ahí con él. ¿Por qué razón? Se suponía que antes de que Margaret hiciera algo, tenía que recibir la orden de Daniel, no de Franco. Él siempre trataba primero con Daniel. ¿Por qué llevar a Margaret? No tenía sentido.

>>—Franco…

¡Dios! Esto era una jodida mierda.

>>—Soy tu amigo, ¿qué sucede? Habla conmigo.

Se sentía tan tonto tener que suplicarle al hombre que confiara en él. Sin despedirse terminó la llamada. Suspirando, se recargó en la baranda del balcón, miró hacia la distancia, los campos eran preciosos iluminados por el sol del atardecer, los viñedos tenían una cualidad mágica que lo intrigaba y quizá un paseo le sentaría bien, pensó.

Poniéndose un jersey de Alaric, decidió aventurarse él mismo a conocer la zona. Descubrió que Alaric había empacado una pequeña bolsa con algo de ropa y sus artículos de aseo. Venía con una sudadera de capucha, pero el jersey le llamó más la atención. Después del sexo matutino, Alaric le había dicho que tenía unas cosas que hacer y que lo vería más tarde. Daniel había decidido dormir una hora más, después se había duchado y comido algo. Y como no quería pensar más en la situación con Franco, explorar la zona era buena idea.

Llegó al jardín, a su paso se encontró con varios trabajadores que lo miraron con curiosidad. Daniel le sonreía a su paso y ellos le sonreían y saludaban con respeto. Se sentía extraño. Él provenía de una familia de clase media y no estaba acostumbrado a este trato. Claro que trabajar con Franco le había enseñado lo que era la vida de un hombre con fortuna, pero al final él no era más que un empleado más sin importar que fuera la mano derecha de Franco Murphy. Aquí, en cambio, era el novio del dueño. ¡¿Qué tan ridículo sonaba eso?!

Bajó por la zona sin rumbo fijo, hasta que terminó en lo que parecían las caballerizas. Era verdad lo que había dicho, no sabía montar y no estaba acostumbrado a los animales, pero

admitía que le gustaba contemplar a estas bestias. En pocas ocasiones había acompañado a Franco al hipódromo. Y deseó más de una vez poder montar con tanta gracia como otros hombres.

Un mozo de cuadra le sonrió al pasar, le preguntó si quería que preparara uno de los caballos para que saliera a cabalgar un rato. Daniel declinó la oferta y le dijo que solo estaba paseando. Con una inclinación de cabeza, el hombre se marchó. Daniel siguió explorando, al doblar la esquina se encontró con otro grupo de cuadras, en las cuales había cuatro caballos. Uno negro, uno pinto, otro castaño y al final una yegua blanca. Era hermosa.

La sensible potra armó un gran alboroto cuando Daniel se acercó a acariciarla. La puerta lateral estaba entreabierta y dejaba filtrar el sol, que formaba una franja de luz sobre el pelaje plateado del animal.

—Su nombre es Rubí.

Comentó Alaric. Daniel pegó un brinco del susto.

>>—Lo siento, pensé que me habías visto.

—No tengo ojos en la espalda.

Acusó. Alaric pasó a su lado, llevaba un pantalón vaquero, la camisa la tenía arremangada sobre los brazos y cargaba un bote con *pienso*[39].

—Tú pasaste, por un lado, mío y ni me notaste.

Acusó a Alaric yendo hacia la cuadra de la yegua blanca.

—En mi defensa, podría decir que no te reconocí.

Señaló con la mirada su ropa. Era mentira. Con cualquier ropa reconocería al hombre… Hasta la ropa de trabajo le quedaba bien. De verdad no lo había visto, la zona de atrás estaba algo oscura.

—Para otra ocasión vendré desnudo, así me aseguraré de llamar tu atención.

Dijo Alaric que era divertido. Se acercó a la yegua. La orgullosa beldad no se tranquilizó en un buen rato, el animal tenía carácter, pero al fin Alaric la sedujo y la obligó a manifestar una parte de su temperamento gentil.

—Sin duda es una belleza.

Señaló Daniel.

—Pero un tanto salvaje.

Repuso Alaric sonriendo cuando la yegua trató de morderle la mano. A Daniel le gustaba verlo sonreír. Entonces se dio cuenta de algo. Inconscientemente, se había sentido atraído por la yegua porque ella era perfecta para Alaric. Inconscientemente, sabía que la yegua era de él. Miró a los otros tres caballos a un costado.

—Son de ellos.

No era una pregunta. Daniel estaba seguro de ello. Alaric lo miró a la cara directamente.

—Perdigón, Relámpago, y Tzar.

Dijo Alaric.

>>—De Franco, Noah y Colton, respectivamente.

>>— ¿Por qué no le sorprendía que el caballo negro fuera de Franco? Daniel se cruzó de brazos y se recargó en una de las vigas de madera.

—¿Por qué eras miembro de los K.A.?

Preguntó, ni en sus más locos sueños pensó que llegaría a tocar este tema con Alaric. De hecho, trataba de borrar de su mente que el hombre que estaba tirándose era miembro del club de los jinetes del apocalipsis.

—Nos conocimos desde niños.

Comentó Alaric después de un largo momento de silencio.

>>—Yo… Lamento lo que sucedió.

Daniel observó a su amante; él había comenzado a cepillar a Rubí.

—¿Qué lamentas?

Preguntó con sarcasmo, apretó las manos en puños.

>>—¿Qué me hayan torturado? ¿Humillado? ¿Acosado?

Cada palabra era dura, lo sabía, pero no podía evitarlo. Cada vez que suponía que había superado esa etapa de su vida, se sorprendía de que cada vez que recordaba, la ira lo invadía como en aquellos años. Su odio parecía que jamás disminuiría.

—Por todo.

Alaric parecía inseguro y avergonzado.

>>—Siempre estuve en contra de la violencia… Pero jamás los detuve.

—Lo entiendo.

—¿Lo harás?

Alaric lanzó el cepillo a un costado.

>>—Porque yo no… Lo he pensado, ¿sabes? Y siempre me digo a mí mismo que era joven y estúpido, y que ellos eran mis amigos.

Alaric estaba realmente molesto consigo mismo, eso hizo que el dolor de Daniel disminuyera un poco.

—Cuando eres joven, haces realmente estupideces, deja de culparte, comprendo que tuvieras lealtad a tus amigos.

Alaric salió de la cuadra de Rubí y atrancó la puerta, se acercó decidido a Daniel.

—¿Por qué trabajas para Franco si sabías quién era?

Preguntó Alaric. Daniel suspiró, había temido esta conversación por mucho tiempo.

—Es una locura, ¿cierto?

Comentó Daniel agachando la cabeza.

>>—Ni yo mismo tengo respuesta para eso.

Alaric hizo que lo mirara.

>>—Había estado buscando trabajo, y mi antiguo jefe me recomendó que su empresa había quebrado, pero en verdad me apreciaba, sus intenciones fueron buenas al intentar conseguirme un empleo. Cuando recibí la llamada de recursos humanos del grupo, Murphy no podía creerlo.

—Pudiste rechazarlo.

—Lo sé.

Dijo Daniel, avergonzado.

>>—Pero algo dentro de mí quería enfrentarse a Franco, quería que el maldito hombre me mirara a la cara y se atreviera a llamarme basura nuevamente, ya no era un niño, podía enfrentarlo en esta ocasión.

—Pero él no te recordó.

Concluyó Alaric.

—No.

Daniel suspiró.

>>— Estaba confundido ante su amable reacción y sonrisa. Fue una prueba fiel de que fui poco importante en su vida, que ni siquiera me recordaba, y de que viví años con malditas pesadillas.

Miró a Alaric a los ojos.

—Así que decidiste quedarte a trabajar.

Daniel se encogió de hombros.

—No me recordaba y yo necesitaba el empleo, además…

Daniel tragó saliva.

>>—Quería averiguar de lo que era capaz Franco en la actualidad, no te voy a mentir que el pensamiento de venganza no pasó desapercibido por mi mente.

—Pero te enamoraste de él.

Acusó. Alaric de repente sentía la garganta seca mientras esos ojos color chocolate lo miraban acusadoramente.

—Yo no planeé eso… Solo sucedió y…

Alaric acortó la distancia y devoró sus labios, ese beso no fue tierno, el beso fue brutal, posesivo y provocó gemidos por parte de Daniel. Envolvió los brazos en el cuello de Alaric para atraerlo más cerca. Alaric mordió su labio inferior, marcando claramente quién era el macho dominante entre ellos. Había hambre, una necesidad salvaje y un crudo deseo de posesión por parte de Alaric.

—¿Te gustó?

Alaric preguntó jalando a Daniel. Pero no esperó respuesta, lo atrajo contra su cuerpo mientras se tumbaba sobre la paja dentro de la cuadra que estaba detrás de ellos. Daniel terminó a horcajadas sobre Alaric.

>>—Desnúdate.

Ordenó, pero no esperó a que Daniel hiciera nada, comenzó a arrancarle la ropa. Alaric palmeó su abdomen, indicándole a Daniel que se sentara en él. Daniel se subió sobre Alaric, pero no se sentó. En lugar de eso, se colocó en cuclillas con una pierna a cada lado de la cadera; su fuerte y erecto pene pulsaba.

>>—Prometí que te enseñaría a cabalgar, bebé.

Alaric rompió un sobre de lubricante con sus dientes, después sintió los dedos húmedos en su agujero. Esto era… caliente, ellos dentro de una cuadra de caballos tumbados sobre la paja, Alaric completamente vestido y Daniel encima de él completamente desnudo. Esta zona era muy grande, pero varios hombres trabajaban aquí y podían ser pillados en cualquier momento y ese hecho en lugar de apagar su libido, lo aumentaba a doscientos por ciento.

—Voy a correr. Mejor detente.

Daniel exhaló. Alaric sacó los dedos. Daniel le arrebató de las manos de Alaric el preservativo y ansiosamente se lo colocó.

—Móntame.

Ordenó a su amante que golpeara su pecho antes de montarlo. Se inclinó hacia adelante, guiando la polla de Alaric hacia su culo. Su agujero se abrió más. Se sentía lleno, teniendo sexo de esta manera. Alaric plantó sus pies, tomando las caderas de Daniel mientras lo levantaba. Daniel apoyó sus palmas en el pecho de Alaric. Encajo los dedos en su pecho mientras el estremecimiento por la montada lo recorría. Se inclinó y le dio un apasionado beso a Alaric. Los dedos de Alaric se envolvieron alrededor del cuello de Daniel, embistiéndolo más duro mientras Daniel gemía dentro de su boca. Era demasiado fácil perderse por la manera en que Alaric le hacía el amor. Daniel quebró el beso y gritó su liberación sin el menor pudor por quien pudiera escucharlos.

Alaric empujó duro, su espalda se arqueó, levantándose del suelo, tratando de enterrarse más

profundamente dentro de Daniel, entonces explotó.

—¡Daniel!

Gritó cuando su pene se empujó profundamente dentro del culo de Daniel. Colapsando, cayó con los brazos y piernas extendidos sobre el cuerpo de Alaric. De repente, Daniel se acordó de algo y comenzó a reír.

—¿Qué es tan gracioso?

Pregunta Alaric.

—Acabo de recordar …

Se enderezó y miró a Alaric a los ojos, le gustaban sus ojos, ahora sabía de dónde provenían esos rasgos orientales, le gustaría ver una foto de sus padres. Cariñosamente, apartó el cabello húmedo del rostro de Alaric.

>>—Yo les llamaba a ustedes los jinetes del apocalipsis.

Señaló con la cabeza a las cuadras donde estaban los cuatro caballos.

>>—Tal y como los imaginé.

Río de nuevo, pero Alaric no rio. Al contrario, su mirada era tan seria que daba miedo.

—Lo lamento de verdad... Todos esos años.

—Shhh.

Daniel silenció a Alaric tapándole la boca, negó con la cabeza, no quería hablar de eso. Daniel sonrió a Alaric. A sus treinta y dos años él nunca había sido tan feliz. Alaric llenó el vacío de soledad que él no se había dado cuenta de que tenía antes… era perfecto, casi tan perfecto que daba miedo.

•❤•

—Tequila.

Ordenó una voz conocida sentar dos sillas más allá. ¡Mierda! Lo que le faltaba, Franco miró su vaso. Evidentemente, él no era el único que necesitaba algo más fuerte así tan temprano.

—Gracias.

Dijo Omar Dante cuando el cantinero le entregó su orden. Él se lo tomó de un trago y dejó el vaso en la barra.

—Otro con una cerveza.

Omar se dio cuenta de que Franco lo veía.

>>—¿Qué? ¿Un tipo no puede venir a tomarse un trago cuando lo necesita?

Franco levantó su vaso de whisky.

—Para nada.

Omar asintió con la cabeza cuando la bebida fue puesta en la barra.

—Vaya para, ¿eh? Apenas es mediodía y ya estamos tratando de olvidar.

—Más o menos.

Dijo Franco cuando apoyó su vaso de nuevo. Omán Dante no era precisamente su amigo, así que no estaba para andarle contando sus malditas intimidades, y la situación era en el mismo sentido, por lo que sabía que Omar no confiaba en nadie tampoco.

—Nunca imagine que fueras de esos hombres con el corazón roto, Murphy. —

—¿Corazón roto?

Bufó burlándose del hombre.

>>— No sabía que tenías sentido del humor, Dante.

Levantó su bebida y miró a Franco.

—Brindemos por nosotros entonces.

Franco golpeó su vaso con el del hombre.

—Salud.

Dante bajó su bebida, y no dijo nada. Franco pensaba en todas las cosas que deseaba poder olvidar. Sacó su teléfono celular, el mensaje de voz de Daniel seguía ahí, después de escucharlo no lo había borrado. ¿Qué iba a hacer? Esta situación le estaba volando los sesos. No quería creer lo que Janeth le dijo, pero entonces la sombra de la duda comenzó a acosarlo y pequeños detalles de pronto cobraron sentido. ¿Sería que Daniel había estado enamorado de él y jamás vio las señales? ¡Pero qué mierda importaba ya! Estaba claro que estaba saliendo con Alaric. Su amigo le había mandado un mensaje ayer sobre que no estaría en todo el fin de semana. Habían quedado de reunirse con Colton y Noah en el Caribe esta semana, pero Alaric había cancelado. Franco también lo hizo, no tenía ánimos. Ahora Alaric estaba de fin de semana a solas con Daniel y pensar en ello estaba causando en Franco grandes estragos. «*Celos*» frunció el ceño, él no estaba celoso. A él no le gustaban los hombres, y Daniel era un hombre.

—¿Dónde está tu otra mitad?

Eso llamó la atención de Franco. Sus ojos se entrecerraron mientras estudiaba a su… Casi rival en los negocios.

—¿Qué dices?

—Tu otra mitad, tu alma gemela, tu sombra, tu mano derecha o como quieras llamarlo.

Comentó Omar dando un trago de su cerveza.

>>—Por lo general no puedes estornudar sin que el chico te limpie la nariz.

Franco solo se encogió de hombros. Lo último que quería era admitir nada ante este hombre. ¡Y una mierda! No le daría ese poder.

>>—Vaya, creo que he tocado una fibra sensible.

—Vete a la mierda, Omar, hoy no tengo ánimos de lidiar contigo.

Omar levantó su cerveza y se la acabó en tres tragos.

— Pasé por varios amantes antes de descubrir que solo hay una persona predestinada para uno en la vida.

Comentó Omar, poniéndose de pie.

>>—Fui un idiota que no se dio cuenta a tiempo y lo perdió.

Franco lo miró a los ojos.

>>—Cree, reconozco las señales.

Dante le palmeó la espalda.

>>— Sé cómo terminará esto, bienvenido al club de los idiotas.

CAPÍTULO 16

—Háblame de tu familia.

Pidió Alaric que al día siguiente, nuevamente lo había despertado temprano para ir a cabalgar. Si no fuera porque estaba emocionado de aprender a cabalgar de verdad, hubiera matado a Alaric por haberlo despertado a las seis de la mañana un domingo.

—Mis padres viven en California.

Explicó mientras apretaba los muslos para controlar el caballo. Esto era más difícil de lo que Alaric lo hacía aparentar. Miró a su amante. Él lucía tan sexy arriba de Rubí: «*Bastardo arrogante, todo le sale bien*».

>>—Soy el menor de cuatro hermanos, somos dos hombres y dos mujeres. Mis tres hermanos están casados y tienen hijos, tengo cinco sobrinos, tres niños y dos niñas y soy el tío favorito.

Dijo sonriendo que amaba a su familia.

—¿Las visitas a menudo?

Daniel hizo una mueca.

—No, como me gustaría.

Suspiró.

>>— California está hasta el otro lado del mapa, trato de visitarlos lo más que puedo y confieso que en un par de ocasiones he utilizado las millas de vuelo de Franco para comprar pasajes para que mis padres vengan de vacaciones.

Alaric rió.

—Eres listo, bebé. Eso es abuso de confianza.

—Franco no las necesita.

Se encogió de hombros. Lo malo era cuando utilizaba un jet privado en lugar de un vuelo regular, así no acumulaba millas de viajero, y Daniel entonces tenía que utilizar sus ahorros.

>>—¿Adónde vamos?

—Ya los verás.

La curiosidad de Daniel comenzó a guerrear con su necesidad de dormir más cuando Alaric le condujo por un sendero arbolado; ya estaban muy lejos de la hacienda.

—Creo que es momento para decirte que no me gustan las sorpresas.

Alaric tenía una sonrisa en su rostro mientras lo miraba por encima del hombro.

—No seas tan aguafiestas, disfruta del panorama.

Los ojos de Daniel entrecerraron los ojos.

—¿Falta algo?

Preguntó Daniel, con la esperanza de que le diera algún tipo de pista de dónde iban, y por qué.

—Te lo dije, es una sorpresa.

Daniel rodó los ojos.

>>—Bien.

Suspiró.

>>—Entonces conversemos, ¿qué hay de tu familia?

—Mi padre falleció en un accidente de auto cuando tenía seis años.

—Lo siento mucho.

Alaric detuvo su caballo hasta colocarlo a la altura de Daniel, se estiró y sujetó su mano.

—Era un niño, no lo recuerdo mucho, mi abuelo fue quien me crió.

Explicó reanudando la marcha.

>>—Crecí aquí, mi madre al poco tiempo se fue de viaje a Italia para terminar su especialidad, se casó tiempo después con un italiano.

—¿Te abandonó?

Aunque lo haya dejado con sus abuelos, eso era abandonó aquí y en China.

—Creo que yo le traía malos recuerdos, me parezco mucho a él.

Explicó Alaric, pero eso no era pretexto, ¡era su hijo!

>>—Fui el hijo que mis abuelos siempre desearon.

—¿Murieron hace mucho?

—Hace un par de años, primero falleció mi abuelo y a las pocas semanas mi abuela, se amaron mucho, ¿sabes? Mi abuela no podía vivir sin su compañero de toda la vida.

Sonrió con nostalgia.

—¡Qué bonito!

—Gracias a ellos considero que sí existe el amor verdadero.

Daniel se sentía cálido y difuso en su interior, pero a menudo se sentía de esa manera alrededor de Alaric. Parecía como si la meta en la vida de Alaric fuera hacerlo sentir feliz y seguro. Daniel no se quejaba. Alaric le dio otro suave apretón a su mano antes de soltarlo y comenzar a trotar por el camino. Daniel arreó al caballo para que siguiera la marcha de Rubí. Daniel tuvo que admitir que estaba un poco emocionado por averiguar ahora con qué lo sorprendería Alaric.

Unos kilómetros más adelante, se detuvieron cerca de un grupo de árboles. Miró a su alrededor cuando se detuvo y se apeó del caballo. Él todavía no veía lo que fuera que Alaric quería mostrarle. Nada parecía fuera de lo normal, y no había nada por lo que valiera la pena salir de la cama tan temprano por la mañana.

—Vamos.

Estaba tan ocupado mirando alrededor, que se había perdido totalmente a Alaric acercándose para ayudarlo a bajarse del caballo.

>>—¿Qué tal?

Preguntó Alaric cuando Daniel tocó tierra. Gimió. Joder, no era tan fácil como parecía, sus huesos protestaron y sus muslos… Se sonrojó, no, eso no era por montar precisamente a caballo. Forzó una sonrisa en su rostro.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Cierra los ojos.

—¿Estás loco?

La mano de Alaric se presionó contra el lado de la cara de Daniel.

>>— ¿Daniel, confías en mí?

—Por supuesto, confío en ti.

—¿Qué clase de pregunta era esa? No sabía cómo habían llegado a ese punto, pero Daniel confiaba en Alaric. El hombre se lo había ganado.

—Entonces cierra los ojos.

Dijo Alaric.

>>—¿Por favor?

Daniel cerró los ojos porque no tenía otra opción. Él confiaba en Alaric y el hombre se lo

había pedido. Sintió los dedos de Alaric cerrarse alrededor de su mano y cuidadosamente comenzó a guiarlo.

—Mantén tus ojos cerrados.

Correcto. Como si fuera a ir corriendo con los ojos cerrados.

>>—Sigue caminando, bebé. Ya casi estamos allí.

Daniel estaba muy tentado a abrir los ojos, pero también quería la sorpresa de Alaric.

Poco después se detuvieron, Alaric le dijo que no abriera los ojos todavía, lo escuchó moverse alrededor, Daniel inclinó la cabeza tratando de escuchar a ver si adivinaba lo que el hombre estaba haciendo.

Alaric regresó a su lado e hizo que diera un par de pasos más, después le indicó que se sentara lentamente sin abrir los ojos. Daniel contuvo la respiración mientras lentamente bajó al suelo, excepto que no estaba sentado en el suelo. Acarició el tejido debajo de él, dándose cuenta de que estaba sentado sobre una manta.

—¿Puedo abrir mis ojos?

—Un momento.

Sintió a Alaric a su espalda, se había sentado detrás de él, tiró de su cuerpo y lo hizo que se recargara en él, podía sentir las piernas de Alaric a cada lado de su cuerpo, sus brazos lo rodearon por la cintura. Era una posición muy íntima. Una que se había imaginado que utilizaban las parejas cuando se acurrucaban en el sofá para ver una película… Daniel jamás lo había hecho con nadie. Y descubrió que le gustaba porque podía sentir todo del cuerpo de Alaric apretado contra él, y podía envolver sus brazos alrededor del hermoso hombre que había llegado a significar mucho para él.

—Puedes abrir los ojos.

Daniel abrió los ojos y se quedó sin aliento. Estaban en terreno alto y las viñas que tenía al frente eran un paisaje de fotografía. El sol había salido lo suficiente para iluminar las tinieblas, y una niebla de lento movimiento había rodado en la hierba verde alta. Era como mirar una imagen fija. Todo estaba en silencio.

>>—Mira.

Alaric señaló hacia las viñas de un costado, Daniel vio las hojas revolotear por el suelo como si fueran arrastradas por el viento. A lo lejos se veían personas comenzar a trabajar en el campo, dos hombres montaban a caballo mientras avanzaban pacientemente por un costado del cultivo, uno sujetaba su caballo con una mano mientras que con la otra venía sujetando lo que parecía un termo de café, a su lado su compañero reía por algo que solamente ellos sabían. La amistad y la camarería eran obvias a pesar de la distancia.

—Este es mi lugar especial.

Explicó Alaric.

>>—Fue este lugar el que me inspiró a estudiar fotografía, no todos tienen la suerte de apreciar esto, quería compartirlo contigo.

Daniel asintió que un nudo en la garganta le impidió hablar. Daniel inhaló lentamente, las lágrimas reuniéndose en sus ojos casi le impedían ver.

—Gracias, Alaric.

No había manera de que esas palabras fueran adecuadas para lo que Alaric había hecho por él. ¿Cómo no enamorarse de ese hombre? Alaric se inclinó y besó la mandíbula de Daniel. Había tanto que quería decir… las palabras estaban en su lengua, pero no las dijo. Algo lo detenía. Daniel presionó su frente con la de Alaric. Sospechaba que el nudo en su garganta siempre

estaría allí.

>>—Gracias.

•❤•

Por la tarde estaban reunidos en los campos cerca de los viñedos, era día de fiesta, una boda, aunque una de las mujeres le dijo que no importaba si había un motivo o no, siempre buscaban la ocasión para reunirse, aunque fuera solo para cenar. Todos ellos vivían en estas tierras, el pueblo más cercano estaba a varios kilómetros y muchos años antes el patrón viejo había dado terrenos a sus trabajadores para que construyeran sus casas en la propiedad, así que se podría decir que eran como un pequeño pueblo aquí.

Daniel ya amaba este lugar, la gente era cálida y amable, aunque estuvo nervioso al principio, temía la reacción de la gente ante lo que tenían Alaric y él. Se preocupó sin motivo, todos estaban contentos en que su patrón hubiera encontrado pareja y no importaba si era hombre o mujer. Lo hicieron sentir bienvenido entre la gente inmediatamente. Daniel estaba tan feliz y relajado, que no recordaba haberse sentido así en otro sitio que no fuera la casa de sus padres.

Se irían en un par de horas, pero Alaric había querido estar presente en el matrimonio de su capataz. Ya que era su mano derecha aquí. Daniel estudió a Alaric mientras se desenvolvía entre esta gente. Su gente. Así lo había llamado él. Estas personas eran su familia, puesto que había crecido aquí. Los lugareños, de más edad, le contaron varias anécdotas divertidas de la infancia de Alaric.

Ahora mismo, Alaric estaba con un grupo de hombres tocando guitarra. Era un pequeño conjunto que estaba alegrando la fiesta. Nuevamente, se preguntó cómo era que este hombre era amigo de los K.A., aunque también admitía que Franco había cambiado a lo que alguna vez fue.

Revisó nuevamente su teléfono celular… Nada. Ni una llamada, ni un mensaje. Daniel había llegado a la resolución de que llegando a Nueva York iría a hablar con él. Las cosas no podían seguir de esta manera.

—Creo que esa canción es para usted, Daniel.

Comentó una de las mujeres a su lado. Él levantó la vista para mirar al grupo de hombres que estaban tocando. Alaric le sonreía. ¿Se había perdido de algo? Dudaba que Alaric hubiera dicho algún anuncio o algo, a esa distancia no hubiera alcanzado a escuchar de todas formas. Alaric hizo una señal de su corazón hacia el suyo. Daniel contuvo el aliento.

Ya sé que no hay reglas.
Ni en el amor, ni en la amistad.
Lo que es muy importante.
Es hablar con honestidad.
Por eso hoy te traigo.
Unas palabras que regalarte.
No soy ningún poeta.
Ni busco impresionarte.

Daniel sentía la cara roja. ¿Qué estaba haciendo este loco? Nunca había escuchado esa canción. Todos se apilaron a su alrededor, mientras los hombres seguían cantando. Le gustaba la voz de Alaric. En la preparatoria lo había encontrado en algunas ocasiones tocando la guitarra y cantando alguna melodía sin sentido. Tenía buena voz.

Es que me gustas tú.
Me haces feliz en un segundo.
No sé si sea tu luz.
Pero te veo y me quedo mudo.
¡Oh baby, I love you!
Yo quiero que te quedes en mi mundo.
Y quiero confesarte.
Que, aunque te conozco poco,
Ya te quiero mucho.
Mucho, mucho, mucho.

¡Santa mierda! ¡Santa mierda! ¡Santa mierda! Eso era una declaración. ¡Era una declaración! Las mujeres a su lado reían tontamente como chicas enamoradas, mientras que Daniel sentía el corazón, es su garganta. ¿Alaric lo amaba? ¿Solo era la canción? ¿Era posible? ¿Qué sentía Daniel? Él amaba a Franco, ¿cierto? Tenía solo sexo con Alaric. No significaba nada, ¿verdad? Daniel comenzó a sentir que le faltaba el aire. Era como estar en una habitación cerrada y las paredes se estaban cerrando a su alrededor.

No vayas a pensar.
Que sea una declaración casual.
No busco una respuesta.
Busco que tú sepas nada más.
¿Qué me gustas tú?
Me haces feliz en un segundo.
No sé si sea tu luz.
Pero te veo y me quedo mudo.
¡Oh baby, I love you!
Yo quiero que te quedes en mi mundo.
Y quiero confesarte.
Que, aunque te conozco poco,

Alaric debió de presentir que él estaba entrando en pánico porque, aun cantando, dejó la guitarra y se acercó a él. Las mujeres rieron emocionadas, no pudo moverse cuando Alaric llegó al lado. Le quitó la copa de vino que tenía en la mano y se la entregó a alguien. Lo abrazó mientras seguía cantando.

Ya sé que tal vez te sorprenda.
Mi sinceridad, mi sinceridad.
Pero no hay nada de malo.
En decirte la verdad.

Estando en los brazos de Alaric, se calmó, ese hombre tenía ese efecto en él. A Alaric le gustaba, en serio, pero tenía mucho que aclarar en su cabeza. Alaric lo hizo que lo mirara a los

ojos. En verdad le encantaban esos ojos de chocolate. Su corazón latía a mil por hora. Alaric le sonrió y pegó su frente a la suya mientras que continuaba cantando.

Es que me gustas tú.
Me haces feliz en un segundo.
No sé si sea tu luz.
Pero te veo y me quedo mudo.
¡Oh baby, I love you!
Yo quiero que te quedes en mi mundo.
Y quiero confesarte.
Que, aunque te conozco poco,
Ya te quiero mucho.
Mucho, mucho, mucho.
Pero...
Mucho, mucho, mucho[40]

Todo a su alrededor se evaporó, solo estaban ellos dos, y ese momento tan especial que Daniel jamás olvidaría.

CAPÍTULO 17

El lunes por la mañana, Daniel llegó a la casa de Franco. Margaret le había enviado un mensaje diciéndole que fuera directamente a la empresa esa mañana, que el señor Murphy había dado la orden de que se ocupará de algunas cosas ahí. ¡Pretextos! Estaba claro que Franco no quería verlo, si tenía trabajo para él. ¿Por qué no decírselo él mismo? ¿Acaso lo había degradado? Ahora Margaret era la asistente y Daniel el secretario. Bueno, pues, que se lo dijera Franco mirándolo a los ojos. Si quería despedirlo, tal vez era lo mejor, era momento de avanzar, durante toda la noche no había podido dormir tratando de poner en claro sus ideas. Habían llegado un poco tarde y Alaric se había quedado a pasar la noche, esa mañana lo había dejado profundamente dormido cuando abandonó la casa. No había tenido coraje para despertarlo, además le daría muchísima vergüenza darle la llave de su departamento estando Alaric mirándolo a los ojos. Alaric era bueno en los detalles bonitos, Daniel no sabía cómo le hacía. Para él, parecía un infierno complicado. Alaric lo hacía parecer tan fácil, pero Daniel prefirió dejarle la llave junto con una nota de "*Cierra cuando salgas*" y una taza de café.

Vio a Linda en la cocina, pero apenas la saludó; se apresuró hacia el pasillo. Franco no estaba en su estudio, ni en su habitación, por suerte tampoco estaba otra visita indeseada de la que tuviera que deshacerse, se apresuró escaleras arriba hacia el gimnasio privado. Lo encontró ahí, escuchando demasiado alto la música metálica. Franco estaba en el banco haciendo pesas, sabía que el hombre se dio cuenta de que había llegado, pero aparentaba estar demasiado ocupado. Daniel no permitirá esa mierda, estaba bastante molesto. Apagó el reproductor de música.

—Te ordené ir a la oficina esta mañana.

—¿Me ordenaste?

Daniel bufó.

>>—Me enviaste un mensaje con tu nueva asistente. ¿Qué ocurre, Franco? ¿Acaso hice algo malo?

Franco dejó la pesa sobre la barra y se sentó en el banco, no llevaba camisa, sus músculos brillaban a causa del sudor. Apenas Daniel se dio cuenta de eso. Era consciente que Franco no tenía el mismo efecto en él que antes, y eso era a causa de una persona. Sonrió internamente. ¡Maldito bastardo se estaba saliendo con la suya!

Franco tuvo la esperanza de que Daniel hubiera hecho lo que había pedido… Ordenado. No quería verlo en su casa, estaba planeando poner distancia de alguna manera. Anoche que había hablado con Omar, se dio cuenta de lo estúpido que había sido.

Franco sombríamente se preguntaba si estaría perdiendo la cabeza. ¿Realmente estaba permitiendo que su mundo cambiara por la estúpida suposición de que Daniel estaba enamorado de él y no se había dado cuenta? Jodidamente increíble.

Franco respiró profundamente, era momento de enfrentar al elefante blanco en medio de la habitación, clavó su mirada en Daniel. Él tenía los brazos cruzados en el pecho, los hombros rígidos, sus ojos lo fulminaban con la mirada. El cuarto estaba extrañamente silencioso cuando Franco caminó hacia él. La actitud de Daniel cambió; lo observó como una presa que miraría a un depredador acercándose. Era bastante irónico. Franco se sentía como si hubiera sido atrapado y arrojado hacia una presa engañosamente inofensiva.

Se detuvo a algunas pulgadas del hombre que consideraba su amigo, sin remordimiento lo aprisionó contra la pared. Daniel tragó audiblemente, sus labios se separaron. Franco alejó la

vista de ellos, hacia los ojos oscuros, y acunó la mejilla de Daniel; su pulgar descansó contra su garganta. Percibió un estremecimiento recorriendo al hombre y sintió su propio cuerpo ponerse rígido en varios sentidos, ¡mierda! Nunca se había sentido atraído a ningún hombre, había visto a sus amigos besar hombres, pero jamás se sintió tentado por ello. «*Pero es Daniel*». Su Daniel. La fuerza de atracción fue muy fuerte. ¿Nunca lo había notado?

—¿Por qué nunca me di cuenta?

Su voz era tranquila, pero sonaba áspera y afilada en el silencio total del cuarto.

—Franco…

Daniel murmuró. Se miraron uno al otro, sus irregulares respiraciones volviéndose más sonoras, luego mezclándose, desapareciendo la distancia entre ellos. Daniel colocó la mano en su pecho tratando de empujarlo hacia atrás.

>>—Déjeme ir, por favor.

Pidió a Daniel suavemente, todavía sin mirarlo, Franco tomó su cabeza y lo besó, derramando su ira en un beso hambriento. Maldición. Así no es como se suponía que debería ser. Se suponía que debía sentir repugnancia por no solo estar besando a un hombre, sino a uno de sus amigos. No debería gustarle esto, pero lo cierto era que su cuerpo estaba reaccionando a la cercanía del hombre más pequeño. Daniel permaneció rígido contra él. Franco deseaba… De repente fue lanzado lejos de Daniel, gruño cuando se golpeó contra una de las barras. El grito de Daniel fue una advertencia antes de que Alaric se abalanzara sobre él y lo agarrara por la garganta. Alaric lo empujó contra la pared, la cabeza de Franco golpeó contra ella con un ruido sordo. ¡Joder!

—¿Por qué?

Demandó saber a Alaric, furioso, jamás había visto tanta ira en la cara de su amigo, él siempre era tan tranquilo y pacifista.

>>—¿Por qué lo hiciste?

Demandó saber a Alaric apretando su garganta con más fuerza, Franco no podía respirar.

—¡Deténganse!

Daniel se apresuró hacia ellos, y Alaric lo empujó hacia un lado con el brazo. Franco se enfureció, no tenía ningún derecho de tratar al hombre así. Dando un rodillazo a Alaric, logró empujarlo hacia atrás. Después de darle un puñetazo en su mandíbula, Alaric cayó hacia atrás, pero rápidamente se recuperó y volvió a lanzarse de nuevo hacia él. Pero Daniel se interpuso entre los dos.

—¡Suficiente!

Gritó.

>>—No lo hagas, Alaric, por favor.

—¡Cómo te atreves a traicionarme!

Gruñó Alaric con rabia, mirando directamente a Daniel.

>>—Después de…

—Alaric… por favor, no.

La voz de Daniel estaba temblorosa, su mirada era angustiosa, la realidad lo golpeó, Franco había cometido un grave error.

—Alaric, déjame explicarte.

Dijo Franco.

—¡No!

Alaric lo fulminó con la mirada.

—Amigo.

—¡No soy tu amigo!

Intentó alcanzarlo para golpearlo y obligarlo a escuchar, pero Daniel le obstruyó el paso.

—Felicidades.

Le dijo Alaric a Daniel.

>>—Me utilizaste para llegar a él y funcionó.

—No es así, Alaric, yo…

Daniel intentó tocar a Alaric, pero él lo apartó de malos modos.

—¡No te acerques!

Gruño, apartándose de Daniel como si le diera asco.

>>—No quiero volver a saber nada de ti.

Dio unos pasos hacia la puerta y miró a Franco.

>>—Me apuñalaste por la espalda, te voy a destruir. Desmembraré al grupo Murphy pedazo por pedazo.

Amenazó a Franco. Después de eso se marchó. Daniel se derrumbó de rodillas sobre la alfombra. Franco se sentía terrible. ¿Qué había hecho?

—Dan.

Franco colocó la mano en su hombro, pero Daniel se apartó como si lo hubiera quemado.

—¡No me toques!

Daniel se puso de pie y, con piernas inestables, salió de la habitación. Ira y arrepentimiento revolvieron sus entrañas, le hicieron hervir la sangre. Maldita sea, jodido idiota. ¡Estúpido! ¡Estúpido! Por sus idioteces había perdido a dos hombres que realmente le importaban.

•❤•

Daniel se apresuró por el pasillo, alcanzó a Alaric en el elevador. Daniel luchó contra las lágrimas.

—Alaric, escúchame, por favor.

Suplicó.

>>—Déjame explicarte.

Alaric detuvo las puertas del elevador.

—¿Explica algo?

—Alaric… Lo siento.

—¿Qué sientes? Ahora tienes lo que querías.

Alaric escupió las palabras.

>>—Tu amor no correspondió, ahora es correspondido.

—No… yo…

Alaric lo interrumpió.

—Me enamoré de ti, y me has utilizado para llamar la atención del hombre del que estás enamorado, eso es bajo, incluso para ti, Nerdando.

Daniel tembló ante esas palabras, había visto a Alaric molesto, pero ahora la furia brotaba por cada poro de su piel.

>>— ¿Era esto una venganza? Enfrentar a ambos amigos por lo que hicimos.

—¡No es verdad! Yo no haría eso.

—Olvídalo.

Alaric apartó las manos para que las puertas del elevador se pudieran cerrar.

>>—Sé que no era lo bastante importante para ti, pero por lo menos hubieras tenido algo de consideración hacia mí.

Dio un paso atrás.

>>—Mi orgullo y mis sentimientos también son importantes.

Las puertas del ascensor se cerraron en ese momento. Una fisura dividió su corazón al ver al hombre que amaba dejarlo allí, llevándose su mundo, su felicidad y su amor con él.

CAPÍTULO 18

Daniel encontró a Franco en la azotea del edificio, siempre hacía eso cuando estaba preocupado por algo. El aire helado de la tarde lo hizo estremecer, pero se acercó al hombre. Franco estaba sentado en el suelo con la espalda recargada en la pared. Estaba muy concentrado dibujando en la libreta que tenía en el regazo.

—¿Cómo estás?

Preguntó.

—No te preocupes por mí, tú estás peor.

Contestó Franco mirándolo, Daniel medio sonrió y se arrodilló a su lado.

—Siento mucho lo que sucedió.

—¿Por qué te disculpas? Fui yo quien te besó.

Cierto, pero…

—La situación se me salió de control.

Daniel miró sus manos.

>>—Lástima los sentimientos de Alaric.

Él era el único responsable de esto, Alaric pensaba que había jugado con él, ¿cómo podría contradecirlo? Después de todos los detalles del hombre… ¿Qué hizo Daniel a cambio? Nada, simplemente, jamás le dio indicios a Alaric sobre sus sentimientos. Franco sujetó su barbilla e hizo que lo mirara.

—Me pone triste ver tu cara triste.

Comentó Franco, y Daniel frunció el ceño. Las cosas solo iban de mal en peor. ¿Cómo era que su vida se había complicado tanto?

—Alaric amenazó con enviar la empresa a la quiebra. ¿Puede hacerlo?

Preguntó Daniel recargándose en la barda de la azotea.

—Es socio de la empresa, si decide vender sus acciones me perjudicará, por supuesto, no estoy acostumbrado a darle cuentas a nadie más.

Franco se encogió de hombros.

>>—Confío en mis amigos, y Alaric me había dejado carta blanca.

Apenas Daniel se había enterado de que Alaric era socio inversionista del grupo Murphy.

—Esas son malas noticias.

—Podría intentar comprar su parte y dejar de lado el golpe financiero que recibiría, dudo mucho que quiera vendérmela a mí, así que estamos en problemas.

Dijo Franco, pero parecía tan relajado, a estas alturas pensaba que estaría gritando y desgarrando cosas. Daniel suspiró.

>>—No pongas esa cara, no me dejaré vencer tan fácilmente.

—¿Tienes algún plan?

—Estoy pensando en algo, pero el problema no es fácil de solucionar.

En ocasiones Daniel preferiría que Franco no fuera tan sincero. Pero era mejor hablar las cosas claras, estaban en problemas. Alaric no los perdonaría fácilmente. Daniel miró hacia abajo, la libreta que Franco tenía le llamó la atención, sonrió.

—Eres bueno dibujando.

Dijo que Franco sonrió y le mostró el dibujo a lápiz. Era Alaric, el boceto era una caricatura del hombre furioso.

—Alaric estaba realmente molesto, jamás lo había visto así.

Comentó Franco, Daniel sonrió. Él sí lo había visto enojado en algunas ocasiones, como cuando se le quemaron los panqueques. Claro que esa situación no era nada comparada a esta.

—Le falta algo.

Tomó el lápiz de la mano de Franco, no era nada bueno dibujando, pero ¿qué importaba? Comenzó a resaltar las cejas.

>>—Cuando se molesta, sus cejas son dos líneas furiosas. Rio.

>>—Y su cabello parece que se eriza como la melena de un león furioso.

Mientras añadía más líneas al dibujo, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Dios! Dolía tanto, ¿cuándo se había enamorado de Alaric de esta manera? Lo que sentía por ese hombre loco, no era nada comparado respecto de lo que llego a sentir por Franco. «É*l nunca me va a perdonar»*

—Dan…

—Lo siento mucho.

No quería llorar, él no lloraba, pero no podía controlarlo.

—Vamos a arreglarlo, Daniel, lo prometo.

Daniel sabía que no había manera de atravesar por esto, tener a Alaric odiándolo era más de lo que podía manejar. Franco tiró de él y lo abrazó. ¿Cuántas veces imagino esto? Soñó con esto, pero ahora no era lo que quería. A pesar de estar rodeado por el calor del hombre, Daniel deseaba otro olor y otro tipo de calor. Daniel no quería estar en brazos de otro hombre que no fuera Alaric. Pensar que no volvería a verlo era un vacío que estaba consumiendo y desgarrando su interior. Él no sobreviviría a esto.

CAPÍTULO 19

Franco entró en el bar del hotel, fue fácil averiguar dónde se había ido Alaric, le asombraba que no hubiera salido del país, pero eso le daba esperanzas de que podía solucionar las cosas, la había cagado a lo grande. Daniel estaba sufriendo y no era más que responsabilidad de Franco. Alaric no lo miró mientras tomaba asiento a un lado de él, pero Franco supo que se dio cuenta de su presencia al verlo apretar los puños sobre la barra.

—Disculpa.

Susurró Franco.

>>—Sé que una disculpa no será suficiente, pero, amigo…

—¿Pero…?

Preguntó Alaric con voz seria.

—Déjalo tranquilo.

El cantinero le arrimó una cerveza a Franco, pero él no bebió, necesitaba estar sobrio para esto.

>>—Destruye mi empresa si quieres, te haré frente en esta batalla, pero a Daniel… Él no merece esto.

—Y si no lo hago?

—Voy a protegerlo.

Dijo con convicción, y Alaric se levantó molesto.

>>—Tengo que hacerlo.

Franco no permitiría que Daniel recibiera más daño, no merecía estar en fuego cruzado entre Alaric y él.

—Prepárate para lo que sigue.

Sentenció Alaric dándole la espalda.

•❤•

Daniel entró en el hotel, necesitaba hablar con Alaric, no contestaba sus llamadas y sus mensajes. En un principio, decidió dejar las cosas como estaban y darle tiempo al tiempo, pero ya había pasado por esto. Con Franco no había resultado bien y no quería correr el mismo riesgo con Alaric. Además, por lo que sabía, nada ataba a Alaric a la ciudad; bien podría salir de Nueva York en cualquier vuelo.

Se acercó al vestíbulo para preguntar por la habitación de Alaric Lee, pero no fue necesario, una voz dura a su espalda llamó su atención.

—¿Qué haces aquí?

Preguntó Alaric.

>>—No te quedó claro que no quiero verte.

—Dime la verdad.

Daniel trataba de tragar el nudo en la garganta.

—¿Crees que después de lo que vivimos, yo simplemente me arrojaría a brazos de otro hombre?

—Eso no lo sé, él ni siquiera sabe toda la verdad. ¿Por qué debería confiar en tu palabra?

En la mirada de Alaric no lograba distinguir nada, solo vacío. Él estaba siendo tan frío.

>>—¿Quieres escuchar que regresaré contigo?

Alaric rió.

>>—Solo me utilizaste.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Ahora se me cayó la venda de los ojos, puedo ver las cosas con claridad, no me engañarás de nuevo, admito que fuiste un buen actor.

—Yo no mentía.

A Daniel le picaban los ojos por las lágrimas contenidas.

—No importa ya.

Interrumpió a Alaric.

>>—Por mí puedes irte a revolcar con Franco, Colton y Noah al mismo tiempo, para lo que me importa, juega con ellos también.

Daniel apretó las manos en puños.

>>—Sería una interesante venganza, ¿no crees? Los cuatro jinetes del Apocalipsis se destrozándose los unos a los otros por el amor de un hombre.

Daniel comenzó a temblar. Alaric rió.

—¿Esto es todo? Alaric, por favor.

Dijo Daniel con voz entrecortada.

>>—Lo nuestro fue…

—Una pesadilla que quiero olvidar.

Las palabras de Alaric atravesaron su corazón como ninguna otra cosa. ¡Dios! Estaba tan cansado, sentía como si hubiera peleado contra las olas durante horas, no podía más. ¿Valía la pena? Las personas pasaban a su lado y los miraban curiosos, casi se había olvidado dónde estaban, ese era el problema, que muy seguido olvidaba quién era y de dónde venía. La felicidad no se hizo para él. Una solitaria lágrima bajó por su mejilla, Daniel la limpió con el dorso de la mano y sorbió su nariz. Sonrió amargamente.

—Te has vuelto muy cruel.

Dijo sin aliento, no podía ni hablar.

>>—Tú no eras así.

Daniel estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no perder la compostura y avergonzarse más de sí mismo.

—No.

Dijo Alaric seriamente.

>>—Siempre he sido así, solo que a veces fingía.

¡Cielos! Un nuevo golpe a sus entrañas. Él no podía más que esto, intentó llevar aire a sus pulmones y trató de controlar el temblor de su cuerpo. Fingió una amarga sonrisa.

—Ya me voy.

Anunció con voz temblorosa, quería correr, odiar a Alaric, maldecirlo. Sin embargo, no podía, a pesar de que esta era la despedida, podía intentar odiarlo, pero jamás lo lograría, fuera como fuese, no le deseaba ningún mal. No le quedaría más remedio que atesorar esos hermosos recuerdos. Fueron pocos días, muchos le afirmarían que no podía amar a una persona en ese periodo de tiempo, pero lo cierto es que ahora estaba tan dolido… Su corazón estaba roto y sin posibilidad de reparación. Eso se ganaba por haber bajado la guardia.

>>>—Cuídate mucho.

Dijo con un nudo en la garganta.

—No te preocupes por mí.

Afirmó Alaric sin mirarlo, y caminó hacia los ascensores. Daniel lo observó marcharse, y aún más doloroso fue darse cuenta de que un hombre lo esperaba ahí. El tipo le sonrió a Alaric cuando se acercó. Daniel tenía que irse, apartar la vista, pero no podía, a su alrededor pasaban personas, pero Daniel solo podía escuchar los fragmentos de su corazón caer como vidrios rotos en una habitación vacía. Cuando Alaric se inclinó hacia el hombre, supo lo que sucedería… él iba a besarlo delante de Daniel… La escena estaba desarrollándose en cámara lenta frente a sus ojos. Daniel sintió que le faltaba el aire. Ver a Alaric besar a otro sería la cosa más dolorosa. Pero, aun así, no podía apartar la vista. Sus ojos observaron claramente cómo disminuía la distancia entre sus labios, poco a poco, hasta que…

—Hay que irnos.

Franco le obstruyo la vista. Ni siquiera se había dado cuenta de que él había estado ahí. Aun así, el daño estaba hecho. Lágrimas picaron sus ojos, pero él no lloraría. Dejó que Franco lo rodeara por los hombros y lo alejara de ahí.

CAPÍTULO 20

—Lo odio, lo odio, lo odio.

Exclamó Daniel con cada paso que daba, era su mantra, «Solo soporta un poco más». Ya estaban en exámenes finales, lo que significaba que los K.A. se irían para siempre de su vida. Solo tenía que soportar un poco más, con ese pensamiento logró calmarse un poco, al menos hasta que su mochila en conspiración con Franco decidió terminar de romperse.

>>—Mierda.

Todas sus cosas se esparcieron por el césped, ahora no sabría cómo le haría para llegar a casa, la cinta adhesiva no había funcionado, miró al cielo, no tardaría en llover.

>>—¡¿Podría empeorar mi día?!

Gritó al cielo desesperado, si existía un Dios de los estudiantes patéticos y nerds, rogaba porque tuviera misericordia de él.

—¿Siempre tienes que ser tan ruidoso?

Daniel saltó del susto, a unos metros estaba Alaric Lee recostado sobre la hierba, el chico no lo veía, tenía los ojos cerrados y parecía sumamente relajado.

>>—Algunos intentamos dormir.

Daniel miró hacia todos lados y temió que en cualquier momento aparecerán los otros tres secuaces a atacarlo.

—Lo… siento.

Daniel se inclinó a recoger sus cosas, tenía que correr, había considerado dejar todo ahí. No obstante, por más miedo que tuviera a las consecuencias, no podía arriesgarse a perder sus trabajos finales. Si sacaba malas notas perdería su beca. No podía permitir eso. Daniel estaba recolectando los lápices esparcidos por el césped cuando Alaric se enderezó. Daniel se detuvo temeroso de que el chico hiciera algo en contra de él. Daniel estaba entrenado para estar alerta alrededor de los cuatro A.K.

Alaric se sentó, se restregó los ojos, de verdad había estado dormido, se veía cansado. Bostezando, buscó algo a su costado; era una bolsa de deporte. Daniel se puso alerta, sin cuidado alguno Daniel vacío el contenido del bolso a un costado de él. Era ropa deportiva y zapatos. Después le lanzó el bolso a él.

—Ahora vete y déjame dormir.

Se recostó nuevamente sobre la hierba, utilizó la ropa como almohada. ¿Era en serio? Daniel contempló la idea de solo irse, tomar lo que pudiera y correr. Sin embargo… Con manos temblorosas alcanzó el bolso y guardó a toda prisa sus pertenencias. Murmurando un gracias al chico, salió a toda prisa. Alaric no le contestó, puesto que ya estaba roncando.

—¿Te encuentras bien, Daniel?

Daniel salió de su ensoñación al escuchar la voz de Margaret preocupada.

—Lo siento.

Carraspeó y se removió en el sillón; había invitado a Margaret a almorzar en la cafetería de un lado de la empresa.

>>—Mi mente está en otra parte.

—Ya lo noté.

Dijo la chica regresando la atención a su comida. Daniel miró su plato, no había probado el bocado, no tenía hambre.

>>—Sé que algo te sucede, tienes días muy decaídos, soy tu amiga Daniel, si en algo puedo ayudarte…

Daniel sonrió a Margaret.

—Gracias.

Fue todo lo que dijo. Miró a través de la estancia, ahí estaba el hombre que acababa de entrar, el bolso que llevaba era el causante de que su mente se hubiera disparado a ese recuerdo. ¿Cómo pudo haberlo olvidado? Alaric le había prestado su bolso en esa ocasión, al día siguiente Daniel lo había dejado en el casillero del chico en el gimnasio de la escuela. No tuvo la valentía para entregárselo cara a cara. Y lo había olvidado por completo. De hecho, estos últimos días había tenido pequeños flashbacks de cosas que se habían escapado de su mente. Había incluso llamado a su psicóloga para pedir una cita, estaba tan jodido. Daniel se sentía como si no fuera persona últimamente.

En estos días, él subsistía, no vivía. Se concentraba en el trabajo y mantenía la mayor parte de su tiempo ocupado en eso. Desde muy temprano hasta altas horas de la noche trabajaba. Había trabajado tanto que ahora ya estaba al día en sus pendientes y no tenía cosas que hacer, por esa razón había invitado a almorzar a Margaret. Lo que menos deseaba Daniel era estar solo.

Con Franco apenas hablaba y solo comentaban cosas del trabajo. Le agradecía el hombre no tocar nunca el tema de Alaric, era una cosa prohibida entre ellos. Sabía que la situación estaba mal, ayer tuvieron una reunión con el equipo legal, Alaric estaba cumpliendo su promesa, el grupo Murphy estaba en problemas. Franco le había dicho esa mañana que tendrían una reunión por la noche con algunos inversionistas; estaba realizando una estrategia. No tenía mucho interés en salir esa noche, pero Franco le dijo que lo necesitaba ahí. Era su trabajo, y lo mínimo que Daniel podría hacer era tratar de ayudar a salvar la empresa.

En lo personal de Alaric no había sabido nada, se había dado por vencido, no iría a rogarle de nuevo, con una vez había bastado para que su corazón terminara de romperse. ¡Había sido tan estúpido! Pero Daniel se sobrepondra a esto. Ya tenía un plan, después de que estuviera seguro de que el grupo Murphy estaba fuera de peligro, Daniel tomaría el siguiente paso…

Más tarde ese día, Daniel entró en el restaurante donde se llevaría a cabo la reunión. Frunció el ceño, esto no era un restaurante, era más bien un bar con comida rápida, nada apropiado para una reunión de negocios; sin embargo, ¿quién era él para juzgar? El lugar estaba relativamente tranquilo, la música de jazz llenaba los altavoces, había varios hombres y mujeres alrededor de la estancia, unos bebiendo, otros lanzando dardos o jugando billar. Desatando su corbata, Daniel buscó con la mirada a Franco, lo divisó en una de las cabinas al fondo del local. Esquivando a la multitud e ignorando el olor a cigarro, Daniel se abrió paso hacia la mesa. Franco estaba de espaldas a él, entonces clavó la mirada en los dos hombres que estaban sentados a su lado. Daniel se detuvo a escasos metros. ¡No puede ser!

—¿Por qué lo hiciste, Franco? Ese hombre debió ser importante para Alaric. Realmente está molesto.

Comentó Colton.

—Siempre te apoyamos, Franco, pero esta vez te has accedido.

Agregó Noah. A Daniel le sentía que le faltaba el aire. ¿Por qué no se le ocurrió pensar que ellos dos serían el apoyo que Franco buscaría? Tenía que correr, tenía que alejarse, ellos no se habían dado cuenta de su presencia, podría salir de esto si tan solo retrocedía con cuidado.

Llamaría a Franco y podría cualquier pretexto.

—Lo sé.

Comentó Franco.

>>—Pero no pude evitarlo, la situación es…

—¡No hay pretextos!

Colton golpeó la mesa.

>>—Sabes lo precaria que es la salud de Alaric, esto puede empeorar su situación.

Esas últimas palabras lo detuvieron. ¿Qué? ¿Alaric estaba enfermo? Sin pesarlo, sus pasos en reversa cambiaron de dirección.

—¿Qué tiene Alaric?

Demandó saber, acercándose a la mesa sin pensar dos veces en lo que estaba haciendo, y los tres hombres lo miraron sorprendido. Clavó su mirada en Franco.

>>—¿Está enfermo? ¿Por qué no me lo dijiste?

¿Por qué él no sabía nada? ¿Estaba muriendo? ¡Dios no! No podía permitir eso.

—Daniel, yo…

Franco se levantó.

—¿Nerdando?

Interrumpió a Colton riendo.

>>—Demonios, ¡si es él! ¿Qué sucede aquí, Franco?

Franco miró sin comprender a los dos hombres, Daniel cerró los ojos. Tomó una respiración profunda para calmarse. Él, que suponía que no podía empeorar las cosas, miró a Franco; él retrocedió un paso hacia atrás, lo miraba como si le hubiera crecido tres cabezas. Colton y Noah se pusieron de pie y se acercaron hacia él. Gracias a sus risas y comentarios llamaron la atención de varios curiosos.

—¡Mierda! Si eres nerd ¡No puedo creerlo! Franco ¿Decidiste torturarlo toda la vida o qué?

Preguntó Noah sí era divertido, Daniel no podía moverse, sus peores pesadillas estaban reviviendo, estaba en una habitación llena de personas, riéndose a sus costillas gracias a los comentarios de Noah y Colton, mientras Franco lo miraba sin comprender nada. Estaba tan incrédulo como Daniel. Seguramente recordará todas y cada una de las fechorías que le hizo.

—Pero si no has cambiado nada.

Se burló Colton, acercándose a él.

>>—Tal vez solo porque no usas los lentes de montura. Colton entrecerró los ojos y se tensó cuando le colocó la mano en sus hombros.

>>—Qué guardadito te lo tenías, Franco.

Colton y Noah rieron. Daniel miró a Franco suplicante. Esperando que interviniera.

—Considero que el maldito bastardo no quiso decirnos nada para tener toda la diversión, él solito.

Noah también se aproximó hacia él y lo sujetó del rostro. Daniel no se movió. No podía. Se sentía paralizado.

>>—Te has vuelto muy lindo.

Declaró Noah estudiando sus rasgos. A su lado, Colton volvió a reír mientras apartaba la mano de sus hombros y tocaba su trasero.

—No te culpo, amigo, con este culo la tortura ha llegado hasta la cama, por esa razón Franco no nos dijo nada, no quiere compartir.

—¿Es eso? ¿Franco se te folla?

Ahora que Noah obstruía su visión, no podía ver a Franco, pero él seguía sin hacer nada... Estaba claro que él no lo ayudaría, después de todo no había cambiado, seguía siendo aquel idiota de la preparatoria. Y ahora que todos sabían la verdad, las torturas volverían a comenzar, él tuvo la culpa por haber tenido la ligera esperanza de que cuando por fin todo se descubriera, Franco se disculpará y serían… negó con la cabeza, solo eran fantasías estúpidas hechas por su cabeza.

«Eres un adulto ahora, puedes enfrentarlos»

Dijo su conciencia. Pero, en cambio, comenzó a temblar, a su alrededor todos murmuraban y se reían, sentía las miradas puestas en él. Por un instante su mente volvió a viajar al pasado, a una escena en particular donde estaba en la salida trasera de la escuela, el grupo de deportistas lo habían golpeado y quemado su bicicleta, no conforme con eso, continuaron arrojándole verdura podrida… Era su cumpleaños y esa era la fiesta que le habían organizado.

Por primera vez había rogado que lo dejaran en paz, no había tenido la fuerza para soportar ese día. Rezó para que alguien apareciera para ayudarlo. Pero nadie lo hizo. Y hoy se volvió a repetir. Mirando a los ojos de estos hombres y escuchando la burla de todos a su alrededor, Daniel supo que estaba solo. Nadie aparecería para salvarlo. Era un patético idiota por haber pensado que su vida había mejorado. «Yo no le importo a nadie» ¿Por qué luchar? Su amigo le había dado la espalda. Su amante ahora lo odiaba. Qué más daba lo que decidieron hacer estos dos con él. Colton y Noah continuaron diciendo obscenidades y gracias a eso más comentarios de otros hombres se sumaron a la fiesta. Daniel no luchó cuando Noah sujetó su rostro con la cara en intención de besarlo…

—¡Aparta tus manos de él, Noah!

Una voz furiosa dijo a su espalda: en sus prisas por soltarlo, Noah y Colton lo tumbaron, sentía las piernas tan débiles que no había podido sostenerse. Daniel estaba entumecido y sabía que no podría ponerse de pie. Levantó un poco la cabeza para lograr ver a Alaric atravesando el local como un ángel vengador, jamás lo había visto tan furioso, mucho menos golpear a alguien. Se hizo paso entre la gente a empujones, uno de los hombres que lo habían rodeado para burlarse también salió volando hacia los pies de Colton cuando Alaric lo golpeó. Sus amigos estaban tan sorprendidos que ninguno tuvo la capacidad de decir nada. Ignorando a sus tres amigos, Alaric se arrodilló delante de él. Daniel jadeaba tratando de tomar aire, se sentía como si hubiera corrido un maratón y un nudo cerraba su garganta, sus ojos picaban por las lágrimas contenidas.

De rabia.

De impotencia.

De vergüenza.

Esto era tan vergonzoso, no quería hacer más el ridículo delante de todos, ya era patético en estado normal. Era un hombre de treinta y dos años, independiente, trabajador, con una carrera profesional y un departamento propio… pero estos hombres se las arreglaban para que se sintiera la peor basura del mundo.

Vio a Alaric defenderlo, no pudo contener las lágrimas, estas caían como una cascada que había sido contenida durante años. «Él había venido, él estaba aquí».

—Lo siento.

Susurró Alaric abrazándolo, y Daniel se aferró a su cuello.

>>—Perdóname.

Daniel no podía hablar, tenía un nudo en la garganta, sin apenas esfuerzo e ignorando a todos los demás, Alaric lo ayudó a ponerse de pie. Lo atrajo contra su cuerpo, Daniel enterró su rostro

contra su cuello, lo único que deseaba era perderse en Alaric. Él lo abrazó apretadamente y lo obligó a caminar sin soltarlo. Todo el mundo abrió paso para que ellos pasaran. No miró a los tres K.A.

—Yo no te utilicé.

Susurró apenas sin fuerzas.

—No tiene importancia.

Contestó Alaric.

—Solo cierra la boca, Dan. Todo irá bien.

—Aún no me perdonas.

Daniel tenía tanto miedo, no quería salir de una situación difícil solo para comenzar otra.

>>—Debes creerme, yo no…

—Confío en ti, Daniel.

Contestó Alaric dirigiéndose a la salida, podía sentir la mirada de todos en ellos. Pero no le importaba. Alaric había dicho que confiaba en él. Nadie jamás había confiado en él, y Daniel nunca confió en nadie... Hasta ahora.

CAPÍTULO 21

Alaric se movió por el cuarto de baño mientras Daniel permanecía sentado sobre el banco esperando, lo observó llenar la bañera, colocar fragancia de lavanda en el agua, quería señalar que él no era una chica para oler a lavanda, pero era como si Daniel hubiera perdido la capacidad de hablar. Cuando Alaric se arrodilló delante de él para quitarle los zapatos, Daniel intentó detenerlo.

—Yo lo hago.

Intentó apartar el pie, pero Alaric no se lo permitió.

—¿Te vas a quedar quieto o te amarro las manos?

Amenazó Alaric. Daniel dejó que le quitara los zapatos.

>>—¿No aprendes después de todo lo que te ha sucedido?

Preguntó Alaric en tono furioso. El ángel amable que lo había salvado, se había ido.

>>—¿Eres tonto? ¿Por qué no escapaste cuando ellos comenzaron a molestarte? No sé cómo terminaste la universidad con ese coeficiente intelectual.

Alaric estaba molesta, muy molesta.

>>—Tonto.

Esa palabra bastó para que Daniel se enfureciera. Él era el que acababa de perder todo y no estaba para aguantar los sermones de Alaric.

—Hablarme de esta manera te hace sentir muy hombre, ¿no? Yo no tengo la culpa de que tus amigos sean unos idiotas.

Alaric bufó y le hizo que se pusiera de pie para quitarle la camisa y los pantalones.

—Debiste correr.

Gruñó las palabras.

—Nunca corro.

Se quejó mientras trataba de evitar que Alaric quitara sus pantalones.

>>—Deja eso, yo puedo hacerlo.

—¿Qué te preocupa? Te he visto desnudo.

Daniel se tensó y lo miró a la cara, sus ojos se cruzaron, ambos recordando esas ocasiones en las que… Su corazón se aceleró. Él quería… entonces Alaric se apartó.

>>—Veo que estás mejor, termina de desvestirte tú, iré a ordenar algo de comer.

Dijo, apartándose rápidamente de él. Daniel sintió dolor en su corazón ante el rechazo. «*¿Pero estás aquí?*» Señaló una voz en su cabeza. Alaric podría estar molesto todavía, sin embargo, lo había ayudado, eso significaba algo, ¿no?

Se desvistió apresuradamente y entró en la ducha; no era una chica para darse un baño en la bañera… Tal vez en algunas ocasiones sí se le antojaba «más *si Alaric estuviera ahí con él*», pero ahora mismo no. Tal vez debería utilizar esta oportunidad para aclarar las cosas con él, si no se arreglaban, si no podían estar juntos… Por lo menos no quería que Alaric lo odiara, se iría si el hombre se lo pedía, no obstante, esperaba que la despedida en esta ocasión no fuera agria.

Entró en la ducha, fue algo rápido, simplemente quería que el agua caliente lo relajara. Se talló con fuerza todo el cuerpo, especialmente los lugares donde Colton y Noah lo habían tocado, no importaba que lo hubieran hecho por encima de la ropa, se sentía sucio. Cerró los ojos. Ahora Franco conocía toda la verdad y él no había hecho nada por ayudarlo. Sabía que tenían un pasado

de mierda. Sin embargo, ¿todos estos años trabajando juntos no valían de nada? Si Daniel había superado su odio y se había enamorado del hombre, ¿Era mucho pedir que por lo menos él lo hubiera considerado un amigo? Franco se había quedado ahí sin hacer nada mientras sus amigos lo humillaban.

Apartó esos pensamientos, por ahora tenía que concentrarse en una cosa a la vez, tarde o temprano tenía que enfrentarse de nuevo a Franco, pero por ahora…

Apagó el agua y salió. Se secó con una toalla esponjosa, sobre el lavabo vio unos pantalones de chándal y una camiseta de Alaric, el hombre debió haberlos dejado ahí. Sonrió. Este era el Alaric que conocía. Le dio esperanzas.

«*Sabes lo precaria que es la salud de Alaric, esto puede empeorar su situación*».

Recordó las palabras de Colton: ¡Alaric estaba enfermo! ¿Qué tendría? ¿Qué tan grave sería? Tenía que hablar con él. Se apresuró a vestirse. En la recámara no se encontraba, se apresuró hacia la puerta, pero se detuvo con el pomo de la puerta en la mano al escuchar voces al otro lado.

—¿Se van a quedar mirándome toda la noche o tienen algo que decir?

Era la voz de Alaric. Parecía molesto. Daniel pegó la oreja en la puerta.

—Tú eres quien tiene mucho que explicar.

Dijo Colton.

—¿Yo?

—¿Nerdando?

Dijo Noah. Daniel se tensó.

—Él tiene nombre.

Escupió Alaric. Daniel entreabrió la puerta para mirar. En la sala de estar de la suite, se encontraban Alaric, Colton y Noah. Se preguntó dónde estaría Franco, pero lo encontró rápidamente parado junto a la puerta. Recargado en la puerta con los brazos y las piernas cruzados. Una pose completamente despreocupada, pero Daniel lo conocía muy bien, Franco era bueno enmascarando sus emociones, ahora mismo estaba de todo menos tranquilo.

—Tú sabías quién era y no me lo dijiste.

Acusó a Franco duramente, Daniel se estremeció, Franco lo odiaba.

—¿Por qué lo haría?

Dijo Alaric, colocando las manos en los bolsillos.

>>—¿Acaso importa? Tú eres el despistado, yo solo tenía una cosa en mente.

Dijo Alaric con una sonrisa burlona. El corazón de Daniel comenzó a latir con fuerza. ¿Qué era esto? Franco se separó de la pared y se acercó peligrosamente a Alaric.

—¿Qué cosas?

Franco apretó los labios con sutileza.

— ¿Tú qué crees?

Preguntó Alaric burlonamente.

>>— Cuando lo volví a ver, supe quién era. Sin embargo, es una cosa linda. ¿No crees? Qué importa que fuera el inadaptado de la escuela, su culo no está nada mal.

¡¿Qué?! Jadeó Daniel… Alaric no… Pero no tuvo mucho tiempo para sentir dolor en su corazón ante esas palabras. Franco sorprendió a todos cuando se lanzó contra Alaric tomándolo por la camisa.

—¡Repite eso, idiota!

Gruñó Franco las palabras, sujetando a Alaric cerca de su rostro. Nariz con nariz. Franco

estaba furioso, pero Alaric no parecía preocupado ante el estallido violento.

—¿Qué más te da? Es el tonto que torturabas en la escuela, ¿por qué no puedo utilizarlo ahora?

—¡Ya basta!

Gruñó Franco zarandeándolo, Colton y Noah intentaron apartarlos, pero Franco empujó a Alaric contra la pared.

>>—Eres un imbécil, Daniel, no es un juguete para que puedas divertirte.

Franco lo golpeó lanzándolo contra una de las mesas del salón. Alaric cayó al suelo, derrumbando todo a su paso.

—Él es Nerdando, ¿no? Ahora puedes jugar con él a juegos para adultos.

Alaric se rió, estaba siendo cruel, y Franco se enfurecía cada vez más. Daniel sabía que tenía que salir, enfrentarse al imbécil de Alaric y sostenerlo mientras Franco lo golpeaba, si Alaric pensaba de esa manera. Sin embargo, algo lo detuvo. ¿Por qué lo había salvado de Colton y de Noah horas antes?

—¡Su nombre es Daniel!

Gruñó Franco lanzándose sobre Alaric en el piso, lo golpeó un par de veces.

>>—Repite nuevamente eso, que él es un juguete para follar, idiota. ¡Te mataré!

—Lo que suceda entre él y yo no te importa, no significa nada para ti.

Se burló Alaric. Franco rugió.

—¡Te equivocas!

Franco lo golpeó otra vez.

>>—Todo lo que tenga que ver con Daniel me concierne.

—¡No lo protegiste!

Acusó a Alaric.

>>—Prometiste que lo harías y no hiciste nada mientras era humillado, ¿qué más te da? Puedo utilizarlo como quiera. Es solamente pensar en después de todo, ¿no?

Le reclamó. Franco volvió a golpearlo una vez más, antes de que Colton y Noah lo apartaran.

—¡Daniel!

Gruño Franco.

>>— ¡Su nombre es Daniel y si lastimas sus sentimientos te juro que te haré pagar! ¡Entendiste!

Gritó mientras trataba de liberarse del agarre de sus amigos. Todos se sorprendieron cuando Alaric comenzó a reír a carcajadas.

—Te tomó tiempo admitirlo. Al fin sales de tu aturdimiento.

Susurró Alaric intentando incorporarse.

>>—¿Te das cuenta? Sabes quién es él, pero no te importa, él sigue siendo el Daniel al cual confiarías tu vida y lucharías contra mí por arrebatármelo, no es Nerdando. Tus sentimientos te traicionan.

Daniel jadeó. ¿Qué cosa?

—Ahora solo tienes que pedirle disculpas.

Señaló Alaric con la cabeza hacia él. Daniel había abierto la puerta del todo. Los cuatro K.A. lo miraron al unísono. Sus ojos se clavaron en Franco. Su torturador en el pasado y su mejor amigo en el presente… Él parecía confundido y asustado… ¿Por qué? ¿Por qué Daniel podría odiarlo? Tal vez… Daniel desvió la mirada hacia Alaric. Estaba intentando levantarse, pero se quejaba de dolor en las costillas. Sus pies se movieron por inercia y corrió hacia él.

—Mierda, esto duele.

Se quejó Alaric, Daniel se arrodilló a su lado.

—¿Ahora, quién es el tonto?

Lo acusó.

—¿Por qué te dejaste golpear de ese modo?

Hizo que Alaric lo rodeará con un brazo, su hombro y lo ayudó a levantarse.

—No seas entrometido, estoy arreglando las cosas con estos idiotas.

Daniel levantó la vista, Colton y Noah los observaban, pero Franco… Él se había alejado, estaba en la puerta, sus miradas se cruzaron un instante antes de que él se marchara. A pesar de los intentos estúpidos de suicidio de Alaric, las cosas entre ellos no estaban solucionadas.

>>—¿Qué haces?

Alaric apartó las manos de Daniel.

Ve tras de él, esta es tu oportunidad.

Alaric lo empujó. Daniel dudó, sentía que si dejaba enfriar la situación nada se solucionaría ni con Franco, ni con Alaric. No obstante, se dio cuenta de que su preocupación era por Alaric. Tardo un segundo en descubrir las intenciones de Alaric, rodó los ojos internamente. Este hombre agotaba su paciencia, "*por oportunidad*" Alaric le estaba diciendo que si aprovechaba esto podría estar ahora sí con su amor no correspondido. ¡Idiota! ¿Acaso pensaba que seguía enamorado de Franco? Agradecía que Alaric tratara de ser un caballero de brillante armadura, pero Daniel estaba dispuesto a darle un par de golpes para hacerlo reaccionar.

—Ve con él.

Dijo Noah.

>>—Nosotros nos ocuparemos de Alaric.

Daniel miró a ambos hombres en la habitación, los dos evitaban mirarlo a los ojos. Claramente, estaban avergonzados, pero Daniel se negaba a sentir lástima por ellos.

—¿Nos podían dejar a solas…? Por favor.

Dijo seriamente. Ambos hombres se miraron entre sí, antes de asentir. Le dijeron a Alaric que si necesitaba algo los llamara. Pues eso no sucedería pronto si Daniel tenía algo que decir. Primero tenía que solucionar lo que fuera que tenía con Alaric antes de poder concentrarse en arreglar todo a su alrededor.

—Siéntate.

Ordenó a Daniel guiar a Alaric hacia el sofá.

—Estoy bien, y tú no deberías estar aquí.

Dijo Alaric, sujetándose las costillas.

—¿Quieres que me marche?

Preguntó Daniel, acercándose a la zona del bar y tomando una toalla con una bandeja de agua fría y hielos del frigobar.

—Debiste haber ido a hablar con Franco.

—No te puedo dejar así.

Dijo, acercándose hacia él.

>>—Hablaré con él en otra ocasión.

Alaric estaba mirando a otro lado y Daniel lo supo, él estaba contento de que hubiera decidido quedarse con él en lugar de ir tras del otro hombre, contuvo la risa. Los hombres eran hombres, y eran tan simples criaturas.

—Eres extraño, desaprovechaste una oportunidad impórtate para conquistar al hombre que te

gusta.

Daniel rodó los ojos. ¡Lo sabía! Había aprendido a leer con claridad a este hombre.

—Me estás haciendo enojar.

Daniel se arrodilló delante de él, sumergió la toalla en el agua fría y después comenzó a limpiarle la sangre del labio. No sintió remordimiento cuando él se quejó a causa del escozor que le provocó.

>>—Eres tan molesto que ni siquiera sé la razón por la que me gustas tanto.

Tomó un cubito de hielo para envolverlo en la toalla y colocarlo en el morado que se estaba formando en el ojo.

—¿Te gusta?

Alaric apartó la toalla y lo sujetó por los brazos; parecía sorprendido. Daniel resopló.

—¿No lo sabes?

Lo miró a los ojos y le brindó una sonrisa.

>>— ¿Estás jugando conmigo?

Fingió el tono de indignación.

>>— Me gustas, sabes que desde hace tiempo me gustas y temía decírtelo por temor a que pensaras que era muy voluble con mis emociones…

Daniel hizo una pausa, no era bueno en expresar lo que sentía, nunca se sintió cómodo expresando sentimientos, ni siquiera a sus padres les decía te quiero. Alaric estaba esperando que continuara, le miró en silencio. Estaba cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Un solo movimiento y estaría en sus brazos, pero, si él lo rechazaba, sabía que se moriría. «*No seas un cobarde*>> se dijo a sí mismo, si quería que esto funcionara no podía dejar todo el peso de la relación en los hombros de Alaric, tenía que poner de su parte. Tenían tantas cosas que aclarar. Despacio, Daniel se alzó sobre sus rodillas y le pasó los brazos por el cuello, haciéndole inclinar la cabeza. Buscó su boca y le ofreció sus labios.

—Te quiero… mucho más de lo que te mereces.

Dejando escapar un suspiro, Alaric lo estrechó contra su cuerpo y después apresó su boca con una pasión que no le dejó dudas, y disfrutó de la fuerza de sus brazos, de la intensidad de su excitación, mientras Alaric lo besaba hasta casi dejarlo sin aliento. Con mucha ternura, Alaric le quitó la sudadera, a su vez Daniel le quitó la camisa en unos segundos y le exploró el cuerpo con sus dedos.

—Eres mi perdición, Daniel.

Gruñó Alaric, con una sonrisa desdeñosa.

>>—Eres lo único que no estaba en mi lista de cosas por hacer.

Daniel sonrió, recordó su vago intento por aprender a cocinar, un pensamiento llegó a la mente de Daniel, pero rápidamente se le escapó, no era fácil concentrarse cuando Alaric lo miraba y lo tocaba de esa forma.

—Creo que los dos sentimos lo mismo.

Murmuró Daniel, sonrojándose. Con ojos llenos de pasión, Alaric le preguntó:

— ¿Qué crees que debemos hacer ahora?

Daniel fingió pensarlo y sonrió provocativamente.

—Tengo algunas ideas.

Comentó mientras se colocaba a horcajadas sobre el regazo de Alaric.

— ¿De verdad?

La delicia de jugar con él produjo un brillo malicioso en sus ojos.

— ¿Después de cenar?

Preguntó Daniel inocentemente.

— ¿Quieres decir con eso que tienes hambre?

—Bueno, creo que, de cualquier forma, la tendré.

Río le miró de forma insinuante.

>>—¿No vas a besarme?

— ¿Estás proponiéndome que haga contigo el amor?

—Eso espero.

Le dijo tembloroso.

>>— Te deseo, te necesito tanto, que siento dolor.

No necesitó decir nada más, Alaric lo tumbó sobre el sofá y terminó de desnudarlo, él se quitó también toda la ropa. Daniel le pasó la mano por detrás de la cabeza y le besó, feliz de tomar la iniciativa, hasta que Alaric se hizo cargo de todo.

•❤•

Horas más tarde seguían acurrucados en el sofá, habían recibido servicio a la habitación y no precisamente usaron la comida para cenar. Incluso seguramente el camarero predijo el desastre que se avecinaba cuando Alaric recibió el carrito del servicio en el pasillo, vestido solamente con los pantalones sin abrochar. La sala de estar de la suite era una zona de guerra, por la mañana la mucama de limpieza de la habitación le daría un ataque. Daniel prácticamente se sentía como un esposo en sus noches de bodas. Era jodidamente fantástico. Alaric era fantástico, el dolor que había sentido los últimos días había desaparecido casi por completo… casi.

—Alaric…

Dudo, pero necesitaba saber.

>>—Escuche a tus amigos hablar de que estabas enfermo…

Al ver la duda en sus ojos, le cogió la cara entre sus manos y lo contempló. Alaric sonrió y rozó un lado de la cara de Daniel con el dorso de la mano.

—Tengo un problema cardiaco.

Confesó Alaric tranquilamente. Daniel giró su cabeza y besó los cariñosos dedos.

—No sabía…

Alaric negó.

—Nadie lo sabe.

Suspiró.

>>— Bueno, excepto Noah, Colton y Franco… Y mi madre, claro, después de todo, es una condición cardiaca de nacimiento.

—¿Es grave?

Preguntó con voz temblorosa. Alaric le dio un beso en el mentón.

—No, gracias a que fue detectado a tiempo, tuve varias cirugías de niño, prácticamente he tenido una vida normal.

—¿Prácticamente?

Eso no lo tranquilizaba en nada. No tenía sentido para Daniel. Si Alaric tenía problemas cardíacos, debería hacerlo alguien en caso de que necesitara asistencia. El hombre se la pasaba viajando por el mundo sólo, podría pasarle algo en cualquier momento… Alaric sonrió.

—Hace poco tuve una crisis en Milán, por esa razón estoy en Nueva York, tenía que ver al

médico.

Alaric explicó. Daniel rompió el contacto. Pero Alaric tenía otros planes. jalo a Daniel a su regazo. Daniel se acomodó con las piernas a los lados de Alaric.

—¿Fue muy malo?

Preguntó con temor. Alaric tomó su mano y se la llevó a los labios, lamió cada dedo. Daniel sabía que estaba tratando de desviar su atención.

>>—¿Qué te dijo el médico?

—Necesito una cirugía.

—¿Cirugía? ¿Qué clase de cirugía?

Ahora el que sentía que estaba a punto de tener un ataque al corazón era Daniel, no podía contemplar qué sucedería con él si le sucedía algo a Alaric.

—Una angioplastia. Ellos quieren limpiar unas venas. El tiempo de recuperación no es malo.

—¿Cuándo?

Daniel preguntó.

—Aún necesito varios estudios, pero me he sentido bien estos días.

Sonrió. Eso no lo tranquilizaba. Daniel se abrazó al hombre; por un momento ninguno dijo nada, simplemente cada uno estuvo sumergido en sus pensamientos. Ahora todo tenía sentido. Alaric siempre fue tranquilo en la escuela, nunca lo vio hacer deporte, salvo por alguno que otro tiro en la cancha de básquetbol, no como los otros tres que estaban en el equipo de fútbol. Recordaba a Alaric siempre paseando por la escuela o tumbado bajo un árbol, durmiendo… De verdad, durmiendo, una cosa era que quisieras descansar de clase en clase y te recostaras sobre la hierba, pero Alaric se dormía. ¿Se debía a su enfermedad?

—Lo lamento.

Dijo Alaric.

—¿Por qué?

Daniel miraba a la pared.

—Por lo que dije el otro día… Por pensar que tú…

—No importa.

Interrumpió Daniel.

>>—Ahora estamos juntos y superaremos esto.

Daniel estaba seguro de que lo harían, de eso se trataba, ser pareja, ¿no? Al enfrentar todo juntos, no todo era color de rosas, por supuesto que tendría problemas a lo largo del camino.

—Daniel.

Dijo Alaric después de otro largo silencio.

—¿Sí?

Seguían en la misma posición.

—Cuando llegué a Nueva York y te vi por primera vez, quiero que sepas que no tuve la intención de seducirte.

Confesó Alaric.

>>—Tenía planeado conocer tus intenciones para con Franco, no entendía cómo era que estabas trabajando con él después de todo lo que te hicimos.

—Yo…

—Sin embargo, te metiste en mi piel y, una vez que estuviste allí, no pude deshacerme de ti. Además, poco después tampoco lo deseaba. En cuanto al amor… Hasta ese momento, nunca había creído en él, pero cada vez que te veía con Franco despertaba en mí una horrible irritación.

Daniel se apartó de Alaric lo suficiente para mirarlo a los ojos. Se ensombreció la mirada en los ojos de Alaric e hizo una mueca irónica.

—Te comportas tan natural con él, tan sincero, que al verlos juntos comprendí que me dominaban los celos. Con arrogancia, pensé que podría utilizar la persuasión para hacer que me quisieras.

—Lo lograste.

Daniel sonrió.

—Fui egoísta.

Continuó Alaric con pesar.

>>— Logré seducirte solamente para que estuvieras atrapado con un hombre que puede tener un ataque cardiaco en cualquier momento de su vida.

—Escúchate.

Protestó él.

>>—Estás hablando como si fueras un anciano en etapa terminal.

—Daniel, tienes que considerar todo lo que puede suceder.

—Tonterías? ¿Cómo podemos saber lo que sucederá en el futuro?

Daniel comprendía las inseguridades de Alaric, y conociendo su alma de caballero blanco, Daniel pronosticaba que Alaric estaría dispuesto a entregarlo en brazos de Franco solamente para asegurarse de que Daniel fuera feliz. Pero tenía que hacerlo comprender…

>>—Escucha… cuando te enseñan a andar en bicicleta, te dicen que cuando estés cayendo gires el *manubrio*[41] hacia el lado en el que estás cayendo para estabilizarte, pero por instinto siempre lo giras a otro lado.

Alaric enarcó una ceja.

—Tu punto es…

—Cuando tú llegaste, no pude hacer otra cosa que girar el manubrio hacia tu lado, por más que mi cabeza decía otra cosa…

Con los ojos llenos de lágrimas, continuó.

>>— Te quiero, Alaric Lee... Con todo el corazón. ¿Quieres decirme que no debemos disfrutar estos años juntos sólo por preocuparnos por algo que no pueda llegar a suceder jamás? La medicina hoy en día evoluciona cada día, has llegado a los treinta y tres años, ¿Quién asegura que no muera yo antes que tú? ¿Crees que mi amor es tan superficial? Te quiero. Si estás deseando desperdiciar esta oportunidad, entonces...

La boca de Alaric se apoderó de la suya, dura, posesiva, buscando borrar toda incertidumbre y dolor, estableciendo su demanda para pasar toda la vida juntos, a la cual no tenía intenciones de renunciar.

—Eres mi amor… Mi vida.

Juró Alaric. Después hizo con Daniel el amor de nuevo, esta vez con ternura y con tanta reverencia que a Daniel no le quedaron dudas acerca de los sentimientos del hombre hacia él.

CAPÍTULO 22

Daniel contempló el edificio que estaba cruzando la avenida en el cual había trabajado tantos años, era como si lo mirara por primera vez. Un gran tiempo de su vida entró y salió de este edificio en una rutina diaria que para Daniel pareciera que había sido solamente ayer cuando comenzó a trabajar para Franco. En cambio, tantas cosas habían sucedido y tantas decisiones tenía que tomar.

—Pareciera que tenías miedo.

Dijo Alaric a su lado que habían llegado dos minutos antes. Alaric había permanecido a su lado mientras que Daniel terminaba lo que fuese que estuviera haciendo. Era agradable saber que Alaric podría anticipar lo que Daniel hacía o sentía. La verdad es que había necesitado tiempo para decidir entrar o no. Esa mañana se decidió que era mejor enfrentar a Franco juntos, respecto a la situación personal de los tres, y posteriormente tocar el tema de si sería despedido o no.

—No sé si tengo empleo todavía.

Dijo, por lo que sabía bien el guardia de seguridad, ni siquiera lo dejaría cruzar la puerta.

—¿Crees que Franco te despediría sin más?

—Ayer apenas me miré, así que no tengo idea de nada.

Susurró.

>>—Ni siquiera me ha mandado un mensaje, ni una llamada, nada.

—¿Tú le importas?

Aseguró Alaric.

—Lo sé.

Contestó mirando al hombre que amaba: ¡Qué locura! Semanas antes estaba muriendo de amor por Franco y ahora no podía vivir sin Alaric. ¿Habían sido sus sentimientos tan frágiles? Tal vez, había estado pensando en eso, había llegado a creer que todo lo que él creyó sentir no fue más que una extraña fascinación por el hombre que tanto perturbó su vida, bueno o malo, antes o después, fuera como abusador o salvador, Franco fue y era parte importante de su vida.

>>—Lo escuché anoche, pero siento que las cosas se van a poner raras.

—¿Raras?

Río Alaric

>>— Yo no utilizaría esa palabra.

—Deja de reírte de mí, hablo en serio.

—Yo también.

Alaric tomó una profunda respiración y estiró los brazos a los lados, y movió su cuello de un lado a otro como si estuviera preparándose para una carrera o algo así. Miró al cielo.

>>—Es un bonito día, me gusta esta sensación.

Daniel entrecerró los ojos.

—¿Qué sensación?

Alaric lo miró con una sonrisa en los labios.

—Nunca me planteé de verdad tener una relación seria, pero creo que me va a gustar esto de acompañar a mi esposo a su trabajo.

Daniel comenzó a toser al atragantarse con su propia lengua.

—¡¿Esposo?!

Prácticamente, gritó, llamando la atención de todos los transeúntes hacia ellos.

—¿Por qué te asombras tanto?

Preguntó Alaric si era divertido.

>>—Anoche te confesaste y poco te faltó para que me propusieras matrimonio… A lo cual aceptaría.

Alaric se acercó a él seductoramente, Daniel dio un par de pasos atrás.

—Creo que estás loco.

Murmuró Daniel, ¿matrimonio? ¡Dios! Apenas estaba conciliando con el hecho de estar enamorado de Alaric y no de su amor no correspondido de varios años.

—Tal vez.

Alaric se encogió de hombros.

>>—Creo que tomé las cosas con entusiasmo pensando que tengo que aprovechar el tiempo de vida que puedo llegar a tener.

En un auto reflejo, Daniel caminó dos pasos y sujetó a Alaric del brazo desesperadamente, como si en cualquier comento Alaric pudiera desaparecer o correr.

—Tú no vas a morir.

Dijo con voz estrangulada.

>>—No puedes dejarme.

Alaric debió ver la angustia en su cara, él podría estar muy conforme con su enfermedad, puesto que ya había tenido años para acostumbrarse, Daniel, por otra parte, estaba aterrado. Alaric le sujetó el rostro con ambas manos y le dio un beso tierno en la nariz.

—Tranquilo, bebé, no pienso morir pronto…

Daniel le tapó la boca con la mano.

—Por favor, no juegues con eso ¿De acuerdo? Deja de decir esa palabra.

Alaric asintió. Ya habían acordado que Daniel lo acompañaría al médico para ver lo de su próxima cirugía. En realidad, Daniel ordenó que lo haría, quería escuchar de los propios labios del médico sobre la condición de Alaric. Sonriendo, Alaric se retrocedió un paso y le tendió la mano. Daniel miró su mano, su rostro y después a su alrededor.

—¿Por qué no tienes un poco de coraje?

Preguntó Alaric. Daniel lo miró a los ojos, envidiaba su seguridad, pero Daniel no era así. Este era su lugar de trabajo, las secretarias últimamente cotilleaban sobre su vida privada y todo era por culpa de Alaric y su libre disposición a conquistarlo. Daniel era reservado y no le gustaba llamar la atención sobre sí mismo. Sin duda un polo opuesto completamente a Alaric. ¡Mierda! Porque dudaba tanto, lo que pensaran los demás no podía importarle, apretó las manos en puños. ¿Dos hombres tomados de las manos? Era raro, sin duda, y no se sentía cómodo con ello. Pero al mirar la forma que en Alaric lo miraba, el brillo en sus ojos… Daniel estuvo perdido, era momento de salir de su zona de confort; aun así, dudó antes de tomar la mano que Alaric le ofrecía.

—Estoy llegando tarde.

Informó Daniel forzando una sonrisa, pero solamente porque no tenía nada mejor que decir, Alaric rio y apretó con más fuerza su mano.

—Andando entonces.

Cruzaron la calle tomados de la mano, Alaric agradecía que él estuviera a su lado. Era como una fuerza que lo impulsaba a enfrentar a sus fantasmas. Alaric no lo soltó ni cuando entraron en el edificio. Daniel saludó con la cabeza y unos buenos días a todos los conocidos con los que se encontraba, y no le pasaban desapercibidos los cuchicheos a su alrededor, pero no les hizo caso.

Al llegar al piso de las oficinas Murphy, Daniel dudó en salir del ascensor, pero Alaric no le permitió correr.

—Buenos días, Daniel.

Saludó Margaret con una sonrisa y un sonrojo en el rostro.

>>—Buenos días, señor Lee.

Daniel se mordió en el interior de las mejillas cuando coquetamente Margaret batió sus pestañas. «Olvídalo, *niña, el fotógrafo está pillado*»

—Buenos días, Margaret.

Dijo Daniel, llamando la atención de la mujer.

>>—¿El señor Murphy está en su oficina?

—Llegó temprano y mandó llamar a Hermes de recursos humanos, apenas acaba de desocuparse de su reunión con él y al salir, Hermes me pidió que te informara que te espera en recursos humanos tan pronto como llegaras.

Daniel apretó la mano de Alaric, tal vez no tendría trabajo después de todo.

—En seguida iré a verlo, pero primero tengo que hablar con el señor Murphy.

—Está en una llamada, no sé…

—Yo me encargo, Margaret, gracias.

Cortó Daniel a la mujer, ella aún no sabía si lo despedían o no, por lo tanto, Daniel seguía teniendo un puesto más importante que ella. Margaret apretó los labios y sabiamente se alejó de su escritorio.

—Déjame hablar con él.

Pidió ayuda a Alaric, Daniel lo detuvo.

—Yo lo haré.

Era el momento que enfrentara a su peor pesadilla y mejor amigo, él solo, no podía estarse escudando detrás de Alaric cada que tuviera un problema, mucho menos este. Era claro que había un lazo más importante entre Franco y Alaric que el que Daniel había forjado con el hombre estos años, por lo tanto, si no arreglaba esto, Alaric perdería a su amigo y no podía permitir eso. Le entregó su maletín a Alaric y se encaminó a la oficina de Franco; no llamó a la puerta, simplemente entró. Efectivamente, el hombre estaba hablando por teléfono. Cuando levantó la vista y lo miró, fue obvia la sorpresa escrita en su cara. Pero se giró en la silla y siguió hablando por teléfono. Daniel no permitiría que lo ignorara, cerró la puerta y se aproximó al escritorio, se cruzó de brazos y esperó.

Largos minutos pasaron hasta que Franco terminó su llamada con Omar Dante; aun así, Franco tomó su tiempo antes de girarse para mirarlo.

—¿Me odias tanto que ahora ni siquiera puedes mirarme a la cara?

Preguntó Daniel directamente y sin anestesia. Esa pregunta pareció ser un puñetazo para Franco; lo miró a la cara.

Tú eres quien debe odiarme a mí.

—No lo hago.

Aseguró.

>>—Al menos ya no lo hago.

Era verdad, hace mucho tiempo dejé de odiarlo, de hecho, ni miedo le tenía ya. Franco se levantó. Para estar ambos casi a la misma altura, solamente separados por el escritorio.

—¿Por qué?

Preguntó Franco colocando las manos en los bolsillos, parecía inseguro y fuera de su

elemento. Daniel no se hizo el tonto, sabía a qué se refería.

—Creía tener una razón para ello.

Explicó Daniel.

>>—Pero no creo que me vayas a comprender.

—Inténtalo.

—Quería…

Dudó.

>>—Quería saber si el demonio de mi adolescencia seguía siendo el mismo años después.

Daniel tomó una respiración profunda.

>>—Te odié, muchísimo, fuiste la razón por la que casi no logro ir a la universidad.

Franco bajó la cabeza.

>>—Y ni siquiera sé por qué fui el objetivo de tus abusos, creo que me debes eso al menos.

—No lo sé.

Explicó Franco, rió y negó con la cabeza.

>>—No lo sé.

Repitió, miró al cielo como buscando inspiración.

>>—Supongo que me sentía superior al ser el patán de la escuela, me agradaba que todos me tuvieran miedo.

—Supongo que fui algo tan insignificante para ti, entonces no me recordaste.

Auch. Daniel, la verdad, hubiera esperado otra respuesta, como que tal vez a Franco le hubiera disgustado su modo de vestirse, sus lentes, su perfume, algo que identificara que odiaba directamente a Daniel y no que cualquier saco de boxeo le hubiera servido. ¿Qué tan patético era eso?

—Fue hace muchos años, ¿cómo esperas que recuerde eso? Todo lo que pasó antes de graduarme de la universidad es como un borrón en mi vida, nada importante.

Se burló.

>>—No recuerdo ni siquiera los nombres de las novias que tuve por aquel entonces, cuando maduré.

—Colton, Noah y Alaric sí me reconocieron.

—No somos ellos.

Se defendió Franco.

>>—Y si en realidad te hice mucho daño, me disculpo, y opino que no deberías haber elegido trabajar conmigo. ¿Qué pretendías?

—Necesitaba un empleo.

Aseguró.

>>—Y demostraste no ser aquel abusador de mi adolescencia.

Durante un segundo se miraron fijamente.

>>—El adulto Franco Murphy me llegó a gustar de verdad.

Si estaban hablando con sinceridad, Daniel opinaba que de una vez todas las cosas quedarían claras.

—Supongo que ya no es así.

Dijo Franco. Daniel asintió, aunque Alaric y él estuvieron separados, ellos no tocaron el tema de por qué Franco lo había besado o de qué era lo que Daniel había sentido por él.

—Amo a Alaric, y te considero un buen amigo.

Daniel sonrió.

>>—Si es que quieres seguir siendo mi amigo y quieres que siga trabajando contigo.

Franco dio un paso hacia él y lo abrazó. Daniel se quedó tenso en sus brazos. La última vez que intentó un movimiento como este, las cosas no salieron del todo bien.

—Lo siento tanto.

Susurró Franco.

>>—Perdóname, Dan.

Daniel se quedó tenso.

>>—Por todas esas cosas horribles…

—Eso ya no importa.

Intentó tranquilizarlo, sin embargo, Franco siguió hablando.

—Si importa, hice de tu vida un infierno y no lo recuerdo bien… y después no detuvo a Noah y a Colton.

Por fin Daniel pudo moverse, era raro que ellos se abrazaran de esta forma, pero por esta ocasión decidió corresponder este abrazo en un gesto de un nuevo.

—Te perdono, Franco.

Dijo sinceramente. Daniel respiró profundamente, la ansiedad que había estado cargando por horas, al fin estaba desapareciendo. Estaba recuperando a su mejor amigo…

—¡Bravo! Muy bien.

Daniel frunció el ceño al escuchar la voz de Alaric a su espalda.

>>—Me alegro de que hayan arreglado las cosas, pero ahora quiero que lo sueltes antes de que pierdas los brazos, Franco.

Daniel rodó los ojos, Franco no lo liberó del todo, ambos se giraron a mirar a Alaric en la puerta, parecía un Dios vengador buscando justicia.

—Pensé que tú te jactabas de no ser un hombre celoso.

Dijo Franco.

—Pues me equivoqué, suéltalo.

Alaric dio un paso dentro de la habitación.

—Alaric…

Daniel no pudo protestar, Alaric lo sujetó del antebrazo y lo arrancó de los brazos de Franco.

—Creo que me acaba de gustar la idea de que despediste a Daniel, así no me preocuparé por tus malditas manos sueltas.

Dijo Alaric. Realmente estaba celoso, Daniel suspiró. Tendría que trabajar en esos celos irracionales.

—¿Despedirlo? ¿Por qué piensas eso?

Franco jaló a Daniel del brazo, arrancándolo de los brazos de Alaric, pero su amante fue más rápido y lo sujetó del otro brazo, así que se quedó en medio de ambos hombres, mientras ellos tironeaban de un lado al otro.

>>—Podrá ser tu novio ahora, pero es mi mano derecha aquí, es mi hombre aquí, no te lo pienso ceder.

—Pues fíjate que no te voy a ceder nada.

Retó Alaric.

—Mi Daniel no tiene que preocuparse por trabajar, tengo de sobra empleo para él.

—¡Suficiente!

Gritó Daniel, apartándose de ambos hombres.

>>—No soy un muñeco para que me traten como un trapo viejo.

Se quejó.

—¡No puedes renunciar, Daniel!

Dijo Franco.

>>—Acabo de revisar tu contrato con Hermes y este es por tres años más, así que no me vas a dejar en la estancada.

Daniel parpadeó. ¿Por eso había estado Hermes aquí? Franco temía que fuera a renunciar y había decidido buscar una manera de impedirlo. Rodó los ojos, ya entendía por qué Alaric y él eran amigos, ambos estaban locos.

—Un contrato se puede deshacer.

Se quejó Alaric.

—Para eso están los abogados.

—No es tu decisión.

Retó Franco.

—Basta de ustedes dos.

Intervino Daniel Miró a Franco.

>>—Si vamos a hacer esto, tenemos que llegar a un acuerdo, no pueden andarse golpeando cada vez que se vean.

—¿Vas a dejar el trabajo por él?

Preguntó Franco. Daniel dudó, ¿lo haría? Había cosas que considerar, después de todo, Alaric viajaba por el mundo, pero no sabría a ciencia cierta qué tan profunda sería su relación o qué harían en el futuro.

—Si pensara en renunciar, te lo haría saber.

Contestó Daniel, miró a Alaric.

>>—Me gusta trabajar y no hemos decidido qué haremos en el futuro.

Sentía que también le debía una explicación a Alaric, después de todo, el hombre era tan voluble como un globo a punto de reventar, Alaric era seguro de sí mismo en algunas cosas, pero para otras…

—Trabajas para él veinticuatro horas, ¿cuándo me dedicarás tiempo?

Preguntó Alaric, cruzándose de brazos.

>>—Seguro que tu contrato marca solo ocho horas, si haces cuenta, de veinticuatro horas por siete días a la semana, multiplicado por los años de trabajo, terminaste de cumplir esos tres años restantes en tu contrato.

—¡Oye! No…

Intentó alegar a Franco, pero Daniel lo detuvo. ¡Dios! Era como estar hablando con dos niños, ¡increíble! Que tuviera que negociar entre su novio y su jefe seguramente solo ocurría en las novelas.

—Seguro que podremos acomodar mi horario.

Dijo Daniel a Franco que le dolía, pero lo que acababa de explicar Alaric era cierto, prácticamente era esclavo de Franco.

>>—Antes no me importaba, pero creo que me gustaría entrar y salir a la hora que marca mi horario.

Franco arrugó los labios.

—Claro.

Franco miró a Alaric.

>>—Empiezo a maldecir la hora en que llegaste a Nueva York.

Dijo, pero sabía que no era verdad.

—Lástima por ti.

Dijo Alaric con petulancia.

>>—Además del horario, quiero discutir un aumento en el suelo y un ascenso para Daniel, después de todo es el novio de uno de los socios mayoritarios de la firma, no quiero que sea tu asistente de por vida.

Daniel miró al cielo pidiendo paciencia; esto no podía terminar bien.

•❤•

Días después, estaban acurrucados en la cama en forma de cucharita, ambos vestían pijama y no estaban haciendo nada más aparte de abrazarse y besarse. Había sido un día difícil. Tuvieron cita con el médico de Alaric y, aunque el hombre se mostraba entusiasta ante la operación de Alaric, Daniel no dejaba de preocuparse por ello. Le era difícil imaginar que podría perder a Alaric en alguna etapa de su vida.

Pero lo que de verdad lo estaba perturbando es que horas antes Daniel había escuchado sin querer una conversación entre Franco y Alaric. Era de mala educación escuchar tras las puertas, pero no había podido evitarlo. Alaric le estaba diciendo a Franco que no culparía a Daniel si quería alejarse de él.

—No seas idiota, Alaric, Daniel no es de los que salen corriendo a la primera dificultad.

Comentó Franco, molesto.

—Tú no comprendes.

Dijo Alaric.

>>—Yo no quiero que por obligación esté conmigo, lo amo demasiado, se merece algo más que vivir atado a un enfermo.

Franco gruñó.

—No estás muriendo, no eres un enfermo en fase terminal, simplemente tienes una condición cardiaca que puede ser un problema, pero por esa razón estas en tratamiento.

—Por ahora.

Alegó Alaric.

—Tengo una vida normal por el momento, pero llegará un día…

—¡Maldita sea!

Lo interrumpió Franco.

>>—No sabes lo que sucederá mañana, mucho menos en unos años, deja de mortificarte, Daniel te ama y suceda lo que suceda, se quedará contigo.

—Aun así, quiero que sepa que no lo voy a obligar a estar conmigo, es libre de irse, me costará trabajo, pero deseo que sea feliz y tenga una vida normal.

—¡Muy bien! Digamos que haces ese sacrificio, ¿entonces qué?

La frustración de Franco era obvia en su tono de voz.

—Él te necesitará.

Dijo Alaric en voz seria.

>>— No importa lo que diga, escúchalo… Si llora, dale un pañuelo y espera a que termine de llorar.

—Alaric…

—*Si me maldice… maldiceme con él y si te pregunta por mí, dile… dile que lo siento mucho.*

Daniel sentía un nudo en la garganta al recordar esas palabras, Alaric lo amaba y estaba preocupado por él. «*Era un idiota… <<Un idiota lindo y tierno, pero al fin idiota>>*. Admiraba su determinación a no hacerle daño y quererlo proteger, pero así no funcionaba una relación. Alaric tenía que darse cuenta de que sus sentimientos no eran tan superficiales. Durante todo el día había esperado que Alaric tocara ese tema. Daniel estaba dispuesto a golpearlo si era necesario, pero lo haría entender que él no se acobardaba a la primera señal de complicaciones.

—Tengo que ir a Irlanda en las próximas semanas, antes de la cirugía.

Dijo Alaric en su oído. Daniel se tensó, esperaba que hubiera dicho algo diferente. Tomó una profunda respiración.

—Creo que…

—Quiero que vengas conmigo.

Dijo Alaric interrumpiéndolo.

>>—Pide tus vacaciones, Franco, no puede negarse, en todo caso, si lo hace, liquidaré la empresa a la primera oportunidad.

Bromeó, Daniel rio, sin importar qué tensas eran las cosas, Alaric siempre encontraba la manera de aligerar las cosas.

—Nunca he viajado fuera del país.

Alaric se removió en la cama y se giró hacia Alaric, abrazándolo por el cuello.

>>—Unas vacaciones solas contigo no suenan nada mal, sin importar donde sean.

Alaric sonrió. Se inclinó hacia adelante y le dio un profundo beso. Cuando se separaron, ambos estaban jadeando. Alaric lo atrajo hacia él, Daniel recargó la cabeza contra su pecho… Le gustaba el escuchar, el palpitar de su corazón. No sabía si era por el hecho de saber que este podría detenerse en cualquier momento o el hecho de que no podía dejar de creer que semejante hombre lo amara, pero cada que estaban así, Daniel se sentía completo, amado… Pasaron minutos en que ninguno dijo nada.

—¿Daniel?

Preguntó Alaric, pero Daniel no contestó, volvió a llamarlo, pero no lo hizo, quería que Alaric pensara que se había quedado dormido. No tenía ganas de hablar, no quería romper la magia del momento, además temía escuchar lo que fuera que Alaric quería decir, odiaba sentirse a la defensiva, pero odiaría terminar este horrible día con una discusión. Primero tenía que pensar en cómo afrontaría la situación, comprendía los temores de Alaric, pero resolvería esto. Encontraría la manera de hacerlo entrar en razón, Alaric quería ser un caballero de brillante armadura, pero era absurdo. Daniel podía hacer frente a su enfermedad a su lado, no era de los que se daban la vuelta sin más. «*Mañana hablaré con él, y si no iré al plan B… tortura*».

—Puedes seguir haciéndote el dormido si quieres.

Dijo Alaric. ¡Mierda! Se quejó Daniel, ¿acaso algún día lograría ganarle una partida a este hombre?

>>—Solo quiero que escuches.

Alaric lo apretó contra su cuerpo, sintió los labios de Alaric rozar su frente.

—Te amo mucho.

Susurró Alaric en su oído.

>>—Siento mucho que acerté a sufrir, y pensar en terminar contigo cuando no quiero hacerlo, siento hacerte llorar, tanto en tan poco tiempo, solo diré… que lo siento mucho, en el

futuro, diré que te amo, te amo, y mucho Daniel.

Daniel sintió un nudo en la garganta, levantó la cabeza y miró al hombre a la cara.

—¿Entonces no terminarás conmigo para protegerme?

Preguntó, Alaric enarcó una ceja, entonces comprendió que debió haber escuchado la conversación con Alaric.

—Debes dejar de escuchar a escondidas, bebé. Es de mala educación.

—¡Contesta mi pregunta!

Apresuró su demanda con un golpe en el pecho del hombre.

—No, al parecer no soy tan considerado como crees que soy.

Alaric los hizo rodar en la cama, quedando él encima.

>> —No puedo dejarte marchar, lo siento, pero soy muy egoísta, te quiero para mí, sin importar cuánto tiempo sea, yo…

Daniel alzó el rostro para callarlo con un beso.

—No sé por qué crees que podrías dejarme marchar, no es tu decisión.

Dijo Daniel contra sus labios.

>> —Estás atrapado conmigo por el resto de tu vida, suceda lo que suceda.

Alaric le sonrió.

—Suceda lo que suceda…

Y selló su promesa con un ardiente beso.

EPÍLOGO

Washington, años después…

Daniel leyó una vez en un libro la frase de un poeta que decía: Los cuarenta son la edad madura de la juventud; los cincuenta, la juventud de la edad madura; pero la realidad era…

—Iron Man es el mejor, no solo es un robot.

Alegó Colton.

>>—No te burles del héroe de mi infancia.

—¡Por Dios! Si no hay nadie que le gane a Superman.

Señaló Noah.

>>—Superman siempre salva la tierra y se queda con la chica.

—¡Olvídalo!

Gruñó Franco.

—¿Qué hombre que se respeta usa mallas azules? No hay como el color negro para un hombre que se respeta. ¡Batman es el hombre!

Alaric, Colton y Noah bufaron ante esa afirmación.

—Batman no protege la tierra, sino solo una ciudad gótica, eso sin duda no es heroico.

Aseguró Alaric.

>> El mejor es Spider-Man.

Daniel rió al ver cómo Alaric hacía señales con sus manos como lo hace Spiderman en los dibujos animados para lanzar su telaraña. ¡Niños! Daniel se recargó en la pilastra de granito mientras observaba a cuatro hombres de más de cuarenta años discutir por cuál era el mejor héroe.

—Spider-Man es un torpe, no pude siquiera conseguir un empleo decente. ¡Iron Man es el más astuto e inteligente de todos los vengadores, además es millonario!

Dijo Colton.

—¡Estás loco! Solo es una lata de metal, nada sorprendente. Superman vuela, lanza rayos láser, sopla hielo. ¡Nadie le gana a eso!

Alegó Noah.

—Tonterías? Batman es misterioso y oscuro.

Insistió Franco.

>>—Es solitario, rico, astuto, sexy y tiene la gatubela…

Daniel rio, esto era sorprendente, ojalá hubiera traído su cámara y grabado esto para subirlo al internet, sería famoso si creara un blog con el título "*Cómo sobrevivir a los cuarenta"*

—Sé que mi obligación es apoyar a Franco.

Dijo Omar, llegando a su lado, dio un trago a su vino mientras ambos observaban a los cuatro K.A. seguir defendiendo a su superhéroe favorito.

>>—Pero no creo que perder mi reputación valga la pena.

Daniel ríe.

—¿No tenías un héroe favorito de niño?

—*Tenía.…* es la palabra clave.

Se burló Omar.

>>—¿Cuántos años dices que tienen?

Omar señaló con su copa de vino al grupo de cuatro hombres en la terraza. Era ya casi hora de cenar y había venido a buscar a Alaric para que le ayudará a darle la merienda a Lily y Nelson, pero no quería interrumpirlos. Hoy era un buen día y estaba muy animado, le gustaba verlo así, últimamente había estado muy tenso.

—A veces creo que, si tú no estuvieras en una relación con Franco y Amanda, ella sería la única mujer madura en la familia Murphy.

Dijo Daniel.

>>—Sería caótico para ella lidiar con dos niños todo el tiempo-

—Alguien tenía que ser el cerebro en la relación.

Hace cinco años Franco los había sorprendido a todos al unirse en una relación matrimonial con Omar Dante y una mujer. Ambos habían estado detrás de Amanda por un año, ella era una chica sencilla que al parecer ambos habían conocido en la universidad, se había enterado de que ella en realidad fue la razón por la que siempre hubo una extraña rivalidad entre ambos hombres. Por azares del destino se volvieron a reunir. Amanda había quedado viuda de su primer marido y ambos al enterarse fueron tras de ella nuevamente, quedaron atascados como en la universidad, ambos en guerra de frente por ella y Amanda en medio.

Daniel desconocía a quién se le había ocurrido compartirla en una relación de ménage , pero estaba funcionando, y secretamente Daniel sabía que no solo era compartir a Amanda, había algo más entre Franco y Omar. Hace dos noches, sin querer, había encontrado a ambos hombres en la cocina a media noche compartiendo un momento muy íntimo. Daniel había corrido a su habitación. Hace dos años, habían tenido un niño, pero nadie cuestionaba quién era el padre biológico. Estando en una relación de tres vías, los tres eran los padres y punto, a nadie le importaba nada más. Daniel estaba feliz por su amigo.

Daniel regresó su mirada a los hombres, le había costado acostumbrarse a esto, los cuatro amigos, los cuatro K.A. reunidos. No iba a decir que no le había costado llegar a un acuerdo consigo mismo con respecto a recibir a Noah y a Colton en su casa. Franco era su amigo y lo aceptaba como tal, pero al final comprendió que tenían que ser los cuatro. Alaric necesitaba en su vida tanto a Noah y a Colton como a Franco, así que se había propuesto a superar su aversión. Le costó, después de todo, ni siquiera había invitado a los hombres a su boda. Alaric no había insistido.

Daniel miró hacia los viñedos, recordando cómo Alaric le había propuesto matrimonio… Fue una propuesta única, como solo él podía haberlo sugerido. Sonrió, el muy loco había organizado que todos los hombres bailaran y cantaran mientras Daniel observaba atónito. Segundos después, Alaric había aparecido, vestido con un traje elegante con corbata, sin importar el calor que estaba haciendo ese verano, lució tan serio y tan guapo. Fue una propuesta cursi y romántica, un tanto ridícula para dos hombres… Sin embargo, Daniel lo había amado.

Un tropel de niños entró corriendo por la terraza, cada niño corrió hacia sus padres. Sin importar cuántas veces viera este cuadro, Daniel amaba ver a Alaric con sus hijos. Los mellizos eran el reflejo perfecto de la esencia de Alaric, listos, inteligentes, angelicales, amables… Eso al menos en sus momentos buenos, ya que sin duda le ganaban a cualquier niño en la comarca con sus originales travesuras.

Lily y Nelson eran una bendición, sus angelitos pelirrojos y cara de querubín. Hace cinco años, cuando decidieron que era momento de iniciar una familia, esos niños llegaron a iluminar su vida. Cuando los vieron por primera vez en el hogar, supieron sin lugar a dudas que ellos eran los indicados para su pequeña familia. Se enamoraron de esos angelitos de dos años al instante.

Noah y Colton también se habían casado, Noah con una rubia inglesa de nombre Sofía y Colton con un chico latino muy alegre, Carlos. Ambos habían cambiado con los años y ahora eran respetuosos hombres de familia y padres. Noah tenía dos hijos y Colton una niña.

Desde hacía algunos años, por lo menos una vez al año, se reunían en el viñedo de Alaric, toda una semana de vacaciones para convivir con los amigos. Daniel amaba esto, le gustaban las familias grandes y estas personas ahora eran su familia.

—Un dólar por tus pensamientos.

Daniel salió de su ensoñación, Alaric se había acercado a él y ni cuenta se había dado.

—¡Tenemos hambre, papá!

Gritaron los mellizos colgados a cada lado de Alaric, como si fueran sacos de harina.

—Primero tienen que irse a lavar y después su padre les dará la merienda.

Los niños protestaron ante la mención del agua, sus hijos actuaban como los gatos asustados cada vez que mencionaba la palabra agua. Las horas del baño eran una guerra campal.

—Pero estamos limpios.

Dijo Nelson.

—Nos bañamos ayer.

Alegó Lily.

—Ya escucharon a papá.

Intervino Alaric, dejando a los niños en el suelo.

>>—Vayan a lavarse la cara y las manos o no cenarán, y si regresan con la cara sucia, mañana me aseguraré que Octavio no los lleve a cabalgar.

Ante la mención del castigo, los niños salieron corriendo a lavarse.

—Sabes que no usarán jabón de nuevo, ¿cierto?

Dijo Daniel.

>>—Y ellos alegarán que en ningún momento mencionaste que tenían que lavarse con jabón también, ¿verdad?

Alaric rió mientras lo abrazaba por la cintura.

—Es que nuestros hijos son chicos listos y saben aprovechar la situación a su favor.

Daniel le dio un codazo.

—Eres un sinvergüenza, mira cómo educas a los niños.

Ambos rieron, y Daniel se giró para estar cara a cara con Alaric.

>>—¿Cómo te sientes?

Alaric le dio un beso en los labios.

—Deja de preocuparte, ¡estoy bien! ¿Te preocupas demasiado?

Daniel recargó la cabeza en el pecho de su esposo, a sus oídos llegó el latido de su corazón. Daniel siempre podía respirar de nuevo cada vez que escuchaba ese sonido. Hace menos de dos meses, Alaric había tenido un pre infarto. Daniel recordaría ese día para toda la vida, jamás se había sentido tan aterrado como cuando vio a Alaric caer del caballo. Daniel jamás había estado tan asustado en toda su vida, en una semana viajarían de nuevo a Nueva York para realizar nuevos estudios. Le habían hecho una cirugía el mes pasado para corregir una válvula y hasta ahora todo estaba resultando bien, aunque notaba el cansancio en los ojos de Alaric, el doctor le había dicho que eso era normal. Y el siguiente paso que tomarían sería ya fuera un bypass o la colocación de stent, eso dependería del resultado de los estudios. Después de todo, había tenido suerte de que no hubiera sido un infarto en forma. ¿Suerte? Casi quiso golpear al médico cuando dijo esa palabra.

Durante segundos más permanecieron en su pequeña burbuja hasta que el tropel de niños comenzó a correr por los pasillos pidiendo su cena y volviendo loco a los adultos. Darles la merienda y enviarlos a la cama era buena idea, así todos tendrían un segundo de paz. Después de todo, los niños los superaban en número, si ellos querían podrían organizar un motín y los adultos perderían.

En la cocina ayudé a Amanda a terminar la cena, mientras Carlos y Sofía ponían la mesa del comedor, los otros padres estaban luchando con los niños por hacerlos terminar su cena. Definitivamente, Daniel prefería estar en la cocina.

—Franco mencionó que ustedes estaban pensando vivir definitivamente aquí.

Comentó Amanda revisando el horno. Daniel hizo una mueca mientras continuaba picando la cebolla. Odiaba la cebolla.

—Vivir en Nueva York es muy estresante, el médico recomendó algo más tranquilo.

Dijo Daniel.

>>—Pero no podemos alejarnos de la ciudad sin más, los niños tienen que ir a la escuela.

El primer año de la relación de Alaric y Daniel vivieron en Nueva York, más específicamente Alaric se había mudado con Daniel, ya que él no tenía departamento ahí. En realidad, ese no fue un problema. Al comienzo, Daniel creyó que Alaric estaría incómodo con tan poco espacio, pero se equivocó. Alaric dijo que le encantaba estar juntitos en todos los rincones. Rio no podía evitarlo, ese hombre era único.

Al principio todo iba bien, hasta que después de los primeros meses Alaric comenzó a reanudar sus viajes después de haberse recuperado de la angioplastia que le hicieron por aquel entonces. Fue un infierno estar separados por varios periodos de tiempo. Alaric no necesitaba trabajar para ganar dinero, pero le gustaba su trabajo, la fotografía era su vida y él no podía quitarle eso. Soportó lo mejor que pudo hasta que decidió que era suficiente. No podía estar esperando que Alaric siempre diera los pasos en su relación, tomando el valor que necesitaba, renunció a su empleo y comenzó a viajar con Alaric. Tampoco fue que se volvió un mantenido dependiendo solo de Alaric. Él lo había contratado como administrador de todos sus bienes y no era cosa fácil. Al principio le costó poner todo en orden, Alaric era un descuidado y su antiguo administrador tenía todo de cabeza. Cuando pudo desenredar todo, resultó que el hombre le había estado robando a la familia Lee.

Ahora mismo Daniel se encargaba de la administración de todo y el manejo del viñedo. Alaric… bueno, él era él, y si le ponían una hoja de cálculo enfrente, lo más seguro es que terminaría haciendo aviones de papel con la hoja. Hoy en día no viajaba tanto como antes, pero seguía con la fotografía. Alaric podría ser muy creativo a la hora de usar cualquier objeto para trabajar... Hace un año una de sus fotografías había ganado un premio importante, era realmente una foto maravillosa. Se trataba de una fotografía en blanco y negro de una mujer trabajadora de la zona que estaba sirviendo una taza de café. Alaric había difuminado los rasgos de la mujer para proteger su identidad, pero en la fotografía reflejaba el esfuerzo, la dedicación y la entrega en su trabajo. La foto después fue vendida en varios miles de dólares para una campaña de café, y aunque Alaric no lo diría jamás públicamente. Daniel había sabido que había enviado un cheque a la mujer de la foto. Después de todo ella fue modelo y merecía una ganancia por ello. Alaric era generoso, amable, cariñoso, buen esposo, buen padre, amigo… amante… ¡Amaba a ese hombre!

De vez en cuando hacían viajes cortos de un fin de semana o en vacaciones familiares aprovechaban para ir a los lugares donde Alaric quería trabajar. A los niños les encantaba y a

Daniel le encantaba estar con su familia sin importar donde fuera.

•❤•

Más tarde esa noche, los adultos estaban compartiendo una parrillada en el jardín trasero de la propiedad; la noche era agradable a pesar del calor del verano. Además, las vacaciones anuales casi terminaban, y por el ruido que hacían la mayoría de ellos decidieron mejor hacer su convivio fuera y dejar a los niños dormir. Ahora mismo los cuatro K.A. estaban tocando y cantando. Al menos lo intentaban, no tenían ni pies ni cabeza. Alaric cantaba y tocaba casi todos los instrumentos, pero los otros tres… era más un circo divertido el que ellos armaban que un cuarteto musical, por lo menos tenían a sus otros espectadores muertos de la risa.

—Cantas mejor que Noah, deberías ayudar a Alaric.

Dijo Sofía a Omar, él sonrió, pero se recargó en el asiento y cruzó su pierna mientras disfrutaba de su copa de vino.

—Ellos se las arreglan solos para hacer el ridículo, estoy bien aquí. Gracias.

—Ahora entiendo por qué ustedes son tres.

Dijo Carlos.

—Toda la seriedad y cordura que le tocaba a Franco, a ti te la dieron en exceso… incluido la dosis extra de aburrimiento.

—Si tanto quieres divertirte, ¿por qué no vas tú?

Desafío Omar a Carlos, él hizo una cara de horror.

—Estoy bien aquí, gracias.

Repitió las palabras de Omar. Los cinco rieron, Amanda se levantó y se sentó en el regazo de su esposo Omar.

—Los tres juntos somos el equilibrio del otro, ¿verdad, cielo?

Aseguró ella con orgullo. Daniel miró a los cuatro amigos que seguían haciendo el ridículo, peleaban entre ellos porque desafinaban o alguno tocaba mal una estrofa o porque Franco tocaba la batería muy deprisa. Después miró a su lado, Carlos reía mientras los observaba, Sofía les aplaudía y Omar y Amanda miraban con amor a Franco. Las palabras de Amanda tenían algo de razón, todo aquí era el equilibrio de la otra pareja, los unos de los otros. Daniel había comprendido eso hace mucho, que Alaric necesitaba a su familia tanto como a sus amigos. Por esa razón, Daniel se había esforzado en aceptarlos muchos años atrás. Mirando a su lado, también aceptó que tanto Amanda, Omar, Sofía y Carlos eran parte de su familia ahora. Habían entablado buena amistad entre ellos, aunque tal vez no era una unión tan fuerte como el lazo y la complicidad de los cuatro K.A. originales; ellos trataban de mostrar un frente unido contra sus esposos.

Por primera vez en días, el peso que cargaba en el corazón desapareció. Era normal tener momentos de debilidad ante la situación, siempre temía perder a Alaric en cualquier momento. Sin embargo, no podían estar preocupándose todo el tiempo, ellos lucharían contra lo que fuese mientras estuvieran juntos. Su amor por su familia era lo que les daba fortaleza para seguir juntos y enfrentar las adversidades como se presentaran. Y mientras pudiera hacerlo lo disfrutaría. Gozaría de su marido, de su amor, de sus hijos, de sus amigos… Una verdadera sonrisa adornó su rostro, el aroma de comida se mezclaba con el sonido de las risas y la música; ¡Señor, qué alegría era estar en casa!

FIN

[1] Job es el protagonista del libro de Job narrado en el Antiguo Testamento de la Biblia. Según el relato, Job es sometido a duras pruebas establecidas por Satanás con permiso de Dios, para demostrar la fidelidad e integridad de Job ante Dios.

[2] ¡¡¡ ELOÍ, ELOÍ, LAMÁ SABACTANI!!! es el grito desgarrador de Jesús crucificado, el cual nunca ha dejado de impactarnos muy en lo hondo de nuestro corazón. En el evangelio, esta expresión aparece en arameo y su traducción al español sería: "¡¡¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!!!"

[3] Crepúsculo: la saga es una serie de cinco películas de fantasía romántica de Summit Entertainment, basada en las cuatro novelas de la autora estadounidense Stephenie Meyer. Las estrellas de la película fueron Kristen Stewart, Robert Pattinson, y Taylor Lautner

[4] Las células plasmáticas son un tipo de glóbulo blanco en la médula ósea. En esta afección, un grupo de células plasmáticas se tornan cancerosas y se multiplican. La enfermedad puede dañar los huesos, el sistema inmunológico, los riñones y el recuento de glóbulos rojos

[5] Antiguo aparato eléctrico de reproducción del sonido, con una caja especial de resonancia en forma de mueble ornamental que incluía un plato para un disco fonográfico, un brazo con una púa reproductora, un altavoz y una manivela para darle cuerda.

[6] La terapia intravenosa o terapia I.V. es la administración de sustancias líquidas directamente en una vena a través de una aguja o tubo (catéter) que se inserta en la vena, permitiendo el acceso inmediato al torrente sanguíneo para suministrar líquidos y medicamentos.

[7] [1] La Convención Internacional de Cómics, es un evento de historieta que se celebra durante cuatro días de verano en el Centro de Convenciones de San Diego en San Diego.

[8] 2] El cosplay, contracción de costume play, es una especie de moda representativa, donde los participantes, también llamados cosplayers, usan disfraces, accesorios y trajes que representan un personaje específico o una idea.

[9] El irlandés es una película dirigida por Martin Scorsese con Robert De Niro, Al Pacino, Joe Pesci, Stephen Graham.

[10] La selva Hoh se encuentra en la Península Olímpica, en el oeste del estado de Washington, EE. UU. Es uno de los únicos bosques templados en los EE. UU., y también uno de los más grandes. En el Parque Nacional de Olympia, el bosque está protegido contra la explotación comercial.

[11] es un pastel dulce de origen danés. Se elabora con harina, levadura, leche, huevos y cantidades generosas de mantequilla y, a veces, cardamomo. Suele presentarse como una especie de pasta enrollada en numerosas capas en su interior.

[12] Ganadora del Premio Pulitzer, Las uvas de la ira, no sólo lanzó a la fama a John Steinbeck sino que lo hizo objeto de fuertes críticas por parte de numerosos intelectuales tanto de derechas como de izquierdas en su país. Ninguna otra novela ha retratado con mayor realismo las duras condiciones de vida de los millones de desplazados y desempleados durante la época de la Gran Depresión en los Estados Unidos. Lo más resaltante, sin embargo, es que, pese a su crudeza, en la novela resalta la esperanza como protagonista principal, por encima de las humillaciones y el sufrimiento.

[13] Lanzarote del Lago es uno de los caballeros de la Mesa Redonda, perteneciente al conjunto de leyendas artúricas. Era el más fiel de los caballeros del Rey Arturo y jugó un papel importante en muchas de las victorias de Arturo.

[14] En Julia César conocerás cómo se formó la conspiración que acabó con la vida de Julio César. La muerte de este y los posteriores efectos también aparecen representados.

[15] Antonio y Cleopatra cuentan la trágica historia de amor entre la famosa faraona y el militar romano.

[16] William Shakespeare fue un dramaturgo, poeta y actor inglés. Conocido en ocasiones como el Bardo de Avon, Shakespeare es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal.

[17] Se refiere a la actividad que realiza la persona que trabaja de forma independiente o se dedica a realizar trabajos de manera autónoma que le permitan desenvolverse en su profesión.

[18] Creencia según la cual toda acción tiene una fuerza dinámica que se expresa e influye en las sucesivas existencias del individuo.

[19] La hipoacusia es la pérdida de la capacidad auditiva. Esta pérdida puede ser desde leve o superficial hasta severa, y se puede dar de manera unilateral o bilateral, dependiendo de que sea en uno o ambos oídos.

[20] Madre

[21] Kun. Este honorífico se utiliza generalmente para tratar a personas de sexo masculino de menor edad o categoría.

[22] Abuelo.

[23] Hermano mayor

[24] Maldita sea (maldición en japonés)

[25]

[1] La otosclerosis consiste en un crecimiento anormal del hueso del oído. La otosclerosis es una enfermedad que afecta a los tres huesecillos situados en el oído medio, en particular, al estribo.

[26] Chan: es un sufijo diminutivo que indica afecto.

[27] Senpai: se usa para dirigirse a una persona de mayor rango, o con más experiencia, en colegios, empresas, asociaciones deportivas y otros grupos.

[28] Rayos. (idioma japonés)

[29] Padre

[30] Vestimenta japonesa, es un pantalón largo con pliegues.

[31] generalmente se utiliza para designar una gran variedad de guerreros del antiguo Japón.

[32] Un chōzuya o temizuya es un pabellón de ablución de agua sintoísta para realizar un rito ceremonial de purificación llamado temizu.

[33] [1] También conocido como Boys' Love o BL, es un término japonés utilizado para denotar la representación artística, erótica, sexual o romántica de relaciones centradas entre dos individuos de sexo masculino.

[34] El sombrero de paja toquilla o sombrero panamá es un tradicional sombrero con ala de Ecuador, que se confecciona de las hojas trenzadas de la palmera del sombrero de paja toquilla.

[35] También el término nerd se popularizó en los años 1970 inspirado por el filósofo Timothy Charles Paul, que usó la palabra para describir un estereotipo de persona inteligente, con reducidas habilidades sociales, y que suele ser objeto de burlas.

[36] El síndrome de Estocolmo es un término utilizado para describir una experiencia psicológica paradójica en la cual se desarrolla un vínculo afectivo entre los rehenes y sus captores.

[37] Panqueques o tortitas dependiendo del país.

[38] Canción de Río Roma. https://www.youtube.com/watch?v=x-0KoCAV4mc

[39] Pastura, hierba, forraje, heno, paja, hierba.

[40] Canción de Río Roma. https://www.youtube.com/watch?v=vBz2KFBOGwI

[41] Pieza mecánica, generalmente de hierro, con forma de ángulo recto, que, al darle movimiento rotatorio con la mano, hace girar un eje y pone en funcionamiento un motor o mecanismo.